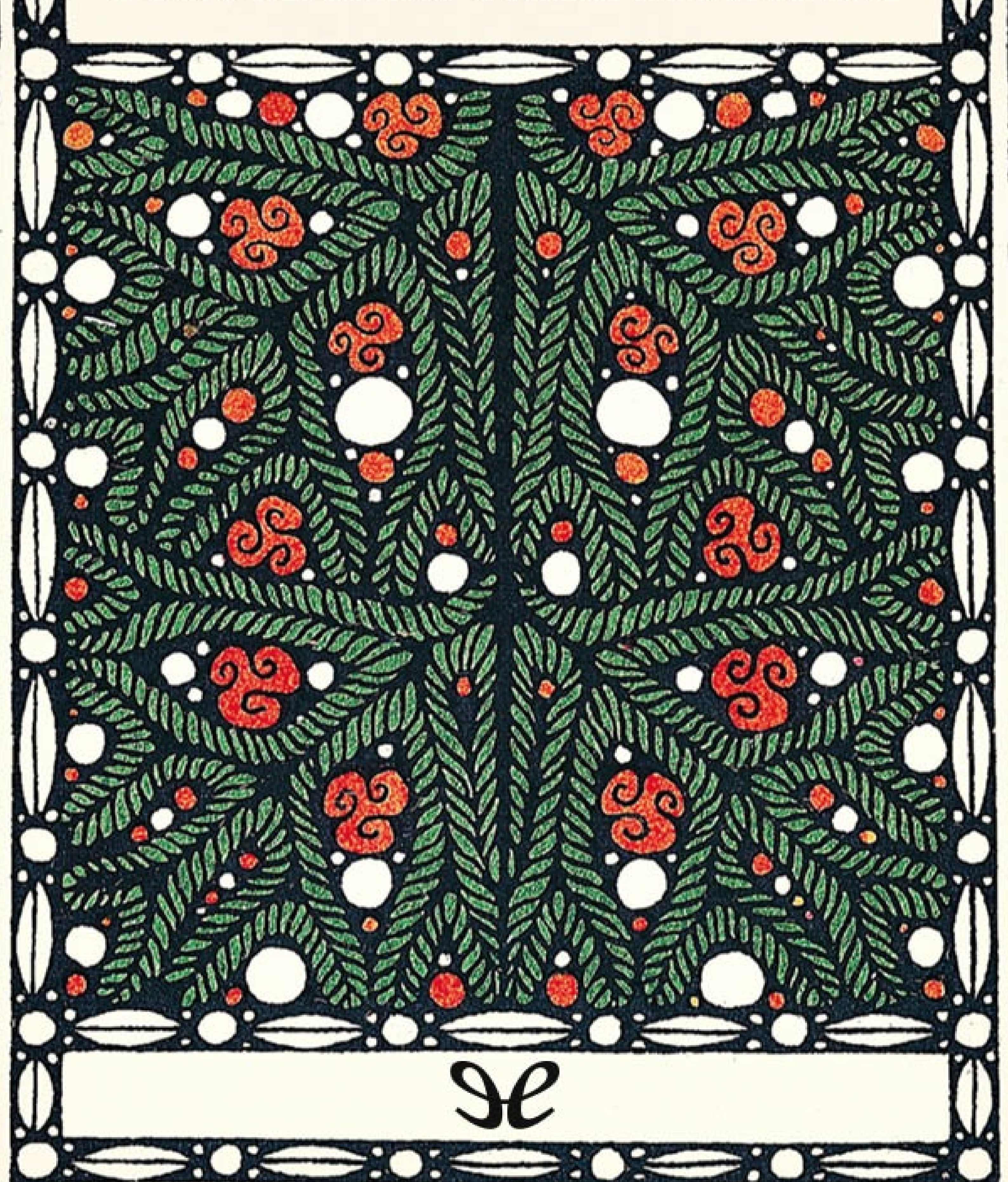
Cuentos de Navidad

De los hermanos Grimm a Paul Auster



La Navidad, siempre muy presente en la literatura, ha inspirado relatos magníficos, y son muchos los grandes escritores que se han acercado a ella. En esta antología se refleja la alegría, el sentido de comunidad, la excitación espiritual, la oportunidad de cambio, los deseos, la nostalgia e incluso el rechazo que estas fechas despiertan en muchos de nosotros, porque, si bien es cierto que la tradición invita a los buenos sentimientos, no lo es menos que se presta a una variedad sorprendente de estilos y de tonos: no faltan aquí ni el humor, ni la oscuridad, ni la crítica social, ni la fantasía, ni la tragedia. De Berlín a Brooklyn, de un pueblecito sardo a un rancho del Lejano Oeste, de la Provenza a Nueva Zelanda, de un aristocrático salón a un pueblo de mineros, de Dublín a un cohete espacial…: en todos esos lugares veremos celebrar la Nochebuena, la Navidad, el día de San Esteban, la Nochevieja o el día de Reyes, y en todos ellos ocurrirá algo que ilustre el espíritu…



AA. VV.

Cuentos de Navidad

De los hermanos Grimm a Paul Auster

ePub r1.1
Un_Tal_Lucas 01.10.16

AA. VV., 2006

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2



La Navidad, siempre muy presente en la literatura, ha inspirado relatos magníficos, y son muchos los escritores, los grandes escritores, que se han acercado a ella desde diferentes perspectivas. Seguramente el primer cuento que la trató es del filósofo neoplatónico Celsio, quien en el siglo II, cuando los cristianos empezaban a celebrar el nacimiento de Cristo, escribió una versión del hecho sagrado en la que Cristo nace en Judea y es hijo de una campesina adúltera y un soldado romano llamado Pantero. Esta antología, sin embargo, parte de una tradición muy posterior y desde luego menos «apócrifa», más ligada a lo que la Navidad sigue significando hoy en el imaginario de Occidente. Hemos intentado reflejar la alegría, el sentido de comunidad, la excitación espiritual, la nostalgia e incluso el rechazo que estas fechas despiertan en muchos de nosotros, sin descuidar, porque es asimismo característica y genuina, su parte más sensiblera. Es cierto que algunos cuentos tienen finalidad moralizante y exhortan a los buenos sentimientos, pero hemos comprobado asimismo que la Navidad inspira una variedad sorprendente de estilos y de tonos, y aquí no faltan ni el humor, ni la lobreguez, ni la crítica social, ni la fantasía, ni lo más tremendo.

Los treinta y ocho relatos seleccionados abarcan dos siglos de literatura navideña y proceden de distintas tradiciones occidentales (anglosajona, germánica, nórdica, mediterránea, eslava). Entre ellos encontraremos clásicos, como «Canción de Navidad» de Dickens o «La niña de los fósforos» de Andersen, junto a piezas inéditas o muy poco conocidas.

El volumen, ordenado cronológicamente a partir de la fecha de publicación (salvo el segundo cuento de Dickens, como señalamos al final de la nota biográfica correspondiente), se inicia a principios del siglo XIX, cuando la Navidad se afianza como la celebración que hoy conocemos. Empezamos precisamente con un cuento de los hermanos Grimm, que, aunque no es de temática navideña, ha pasado a la tradición porque es uno de los más leídos en Navidad en Alemania. No es el único caso en esta antología: al final de «Bajo el abeto», el poema que incluye Theodor Storm dedicado a Ruprecht, el ayudante de san Nicolás, también ha llegado a hacerse tan popular que hoy en día sigue en su país recitándose en Adviento. La relación entre el relato navideño y el folklore ha sido, por otro lado, bien aprovechada por varios autores, como aquí ejemplifican Zacharias Topelius o Alphonse Daudet en sus respectivas piezas.

Algunos de los temas clásicos del género navideño son, curiosamente, anteriores a su «espíritu»: es interesante observar cómo, en el segundo cuento de nuestra antología, publicado en 1815, E. T. A. Hoffmann ambienta en la noche «mágica» de San Silvestre una historia de transformación que luego será una constante del género,

pero que ahí es muy ajena todavía a su sentimentalismo y a su moralidad. Las historias de transformación (sobre todo moral) serán luego, y casi siempre con alguna forma de magia (material, espiritual), muy representativas de la visión de la Navidad como una oportunidad para reconsiderar y rehacer la vida, una ocasión especial para cambiar.

En el mundo anglosajón, el éxito inmediato de «Canción de Navidad» de Charles Dickens, en 1843, desempeñó un papel fundamental en la reinvención de un espíritu navideño que la Reforma protestante y los puritanos habían condenado. Tras la publicación de este relato, la Navidad pareció convertirse en una fiesta más familiar que religiosa; y sin duda su tono jubiloso −que invita a la generosidad, denuncia el sistema de clases, canta al amor y la amistad− iluminó una época en que la celebración era oscura y poco solidaria. Para Dickens, las fechas navideñas serían siempre el momento de la hospitalidad y la tolerancia, la ocasión tanto para alimentar un deseo (que a veces ni siquiera se sabe que se tiene) como para bucear en los recuerdos, sin lamentarse por los sueños que no se han cumplido, y trayendo «a nuestro lado a las personas que quisimos» y que ahora habitan en «la ciudad de los muertos», como dice en «La Navidad cuando dejamos de ser niños», un texto que no se ha incluido en esta antología pero que perfectamente podría estar en ella.

Al popularizarse las costumbres de reunirse con la familia, intercambiar regalos, celebrar fiestas y comidas especiales, escribir tarjetas de felicitación, cantar villancicos, adornar la casa con velas, guirnaldas, abetos y belenes, se abrió todo un microcosmos que enseguida tentó a la literatura costumbrista y realista, proveyéndola de una nueva fuente de episodios y «cuadros» que podían orientarse en las más distintas direcciones; pero por otra parte, y siguiendo el ejemplo de Dickens, no se olvidó que el poder vivificador de esas fiestas se aliaba fácilmente con lo fantástico y sobrenatural.

La variedad de escenarios, una vez implantado el género y el sentido asociado a él, es enorme: de Berlín a Brooklyn, de un pueblecito sardo a un rancho del Lejano Oeste, de la Provenza a Nueva Zelanda, de un aristocrático salón a un pueblo de mineros, de Dublín a un cohete espacial… En todos esos lugares veremos celebrar la Nochebuena, la Navidad, el día de San Esteban, el Año Nuevo o la noche de Reyes, y en todos ellos ocurrirá algo que ilustre el tradicional espíritu navideño… o bien lo desmienta. Esta última orientación es importante y ha llegado a ser, como hemos intentado reflejar en nuestra selección, una de las variantes características del género, donde la Navidad se aleja cruelmente del espíritu de comunidad que se supone que debería fomentar y es a menudo un marco de intenso contraste, ocasión tristemente propicia para el mal, las tentaciones demoníacas, la mezquindad, la crueldad, la guerra y la muerte, a veces en las peores condiciones imaginables.

El sentido religioso está muy presente en relatos como el de Zacharias Topelius, que trata de reconciliar las dos tradiciones pagana y cristiana, el de Dino Buzzati, que alterna lo devoto y lo absurdo, o el de Emilia Pardo Bazán, que reconstruye la historia

de la adoración de los Reyes Magos; y, en un orden más terrenal, Alphonse Daudet, Léon Bloy y Ramón María del Valle-Inclán nos hablan, no sin ironía, de las costumbres del clero. Pero hay cuentos en los que la Navidad está completamente secularizada y no es más que un mero compromiso social donde se forjan o consolidan pactos mundanos (Dostoievski), o donde se remueven anécdotas y episodios que afectan puramente a la vida íntima o personal («Los muertos» de Joyce): de ahí, por cierto, que figuren también en este volumen varios cuentos de intenso lirismo, como los de Luigi Pirandello y Dylan Thomas. Pero en la Navidad de Saki, por ejemplo, más que un compromiso, las fiestas navideñas son ya directamente un engorro.

Una gran variedad de planteamientos, propósitos y tonos animan, pues, a los escritores que tratan el cuento de Navidad, incluso al establecer ingeniosas alianzas con otros géneros, no solo el fantástico, sino también el de detectives y la ciencia ficción. En el cuento que cierra la antología, «El cuento de Navidad de Auggie Wren», escrito casi dos siglos después del que la abre, el narrador se enfrenta ya con desgana a la tarea de escribir una pieza del género, y «guerrea con los fantasmas de Dickens, O. Henry y otros maestros del espíritu de la Navidad», pues teme sus «desagradables connotaciones» y «su evocación de espantosas efusiones de hipócrita sensiblería y melaza». Creemos que este volumen da cumplida cuenta de cómo se ha lidiado con los «fantasmas» y de cómo se han ido formando −y matizando, o desmontando− estas «connotaciones», a lo largo de una tradición mucho más rica y abierta de lo que, al parecer, se supone.

MARTA SALÍS

Los táleros de las estrellas

Jacob y Wilhelm Grimm

(1812)

Traducción

Isabel Hernández

Jacob Grimm (1785-1863) y **Wilhelm Grimm** (1786-1859) nacieron en la localidad alemana de Hanau, en el seno de una familia de intelectuales burgueses. Dedicados a la filología y a la docencia, sus investigaciones eruditas tomaron otro cariz con la exaltación nacionalista que siguió a la invasión de Prusia por parte del ejército napoleónico. Entusiasmados con la idea de devolver sus raíces a Alemania, empezaron a recopilar cuentos de la tradición oral en el entorno burgués de Kassel, marcado por el carácter de los hugonotes. En 1812 y 1815 publicaron en dos volúmenes *Cuentos infantiles y del hogar*, colección que ampliarían más tarde y que titularían *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm* (1857). En ellos divulgaron cuentos como *Blancanieves, La Cenicienta, Barba Azul, Hänsel y Gretel, La Bella Durmiente* y *Juan sin miedo*, conservando su frescura original y mitigando su dureza.

«Los táleros de las estrellas» («Die Sterntaler»), uno de los cuentos más típicos de la Navidad alemana, aunque no esté explícitamente ambientado en estas fechas, se publicó por primera vez en *Kinder und Hausmärchen*, Berlín, Reimer, 1812.

Érase una vez una niña a la que se le habían muerto el padre y la madre, y era tan pobre que ya no tenía siquiera un cuartito en el que vivir ni una camita en la que dormir, ni ninguna otra cosa más que la ropa que llevaba puesta y un pedacito de pan en la mano que le había dado un corazón compasivo. Pero era buena y piadosa. Y, como todo el mundo la había abandonado, echó a andar al campo confiando en Dios. Entonces se encontró con un pobre que le dijo:

—¡Ay! Dame algo de comer, que tengo mucha hambre.

Ella le dio todo el pedacito de pan y dijo:

—Que Dios te lo bendiga —y continuó su camino.

Entonces llegó un niño lloriqueando y le dijo:

—Tengo mucho frío en la cabeza, dame algo con que cubrirme.

Ella se quitó el gorrito y se lo dio. Y no había dado más que unos pasitos cuando se le acercó otro niño que no tenía camisa y se estaba helando; entonces ella le dio la suya, y aún más, otro le pidió la sayita y ella también se la dio. Finalmente llegó a un bosque y ya se había hecho de noche, entonces llegó otro y le pidió una muda, y la buena niña pensó: «La noche está oscura, no te ve nadie, seguro que puedes darle tu muda», y se la quitó y también se la dio. Y estando así, sin tener ya nada más, de repente empezaron a caer estrellas del cielo, y eran un montón de táleros, macizos y relucientes, y, aunque había dado hasta su muda, tenía una nueva, y era del lino más fino. Entonces recogió los táleros y fue rica el resto de su vida.

La aventura de la noche de San Silvestre

E. T. A. Hoffmann

(1815)

Traducción

Isabel Hernández

Ernst Theodor Amadeus Hoffmann (1776-1822) nació en Königsberg, hijo de un abogado. Estudió Derecho y hasta la invasión napoleónica ocupó distintos puestos en la administración prusiana en Varsovia y otras ciudades polacas. Fue compositor y crítico musical, pintor, gerente de un teatro en Bamberg y Dresde, y director musical de una compañía de ópera. En esta época cambió su tercer nombre, Wilhelm, por el de Amadeus, en homenaje a Wolfgang Amadeus Mozart. Su ópera *Undine* fue estrenada en Berlín en 1816. Tras la derrota de Napoleón en 1814, ejerció como juez y llevó una vida políticamente activa, contraria a la persecución de los liberales. Escribió dos novelas, *Los elixires del diablo* (1815-1816) y *Puntos de vista y consideraciones del gato Mur* (1819-1821). Pero quizá su fama se deba sobre todo a su contribución a la literatura fantástica, de la que es considerado un maestro indiscutible: *Fantasías a la manera de Callot* (1814) y *Nocturnos* (1817) fueron colecciones de relatos que inspiraron a escritores como Poe, Hawthorne, Gógol, Dickens, Dostoievski y Kafka, a compositores como Offenbach, Wagner, Delibes y Chaikovski y a psicólogos como Jung y Freud. Hoffmann murió en Berlín en 1822.

«La aventura de la noche de San Silvestre» («Die Abenteuer der Silvesternacht») se publicó en el volumen IV de las *Fantasías a la manera de Callot*, Bamberg, Kunz, 1815. En él, la víspera de fin de año, en la que el diablo siempre tiene guardada «una fiesta muy especial» para el protagonista, se recrea una experiencia fantástica de pérdida y transformación, al lado de otro de los mitos simbólicamente mutilados de la literatura romántica alemana, Peter Schlemihl, el hombre que perdió su sombra.

Prefacio del editor

Es evidente que el viajero entusiasta, de cuyo diario volvemos a contar una fantasía a la manera de Callot[1], separa tan poco su vida interior de la exterior que apenas se puede distinguir el límite entre ambas. Pero precisamente porque tú, benévolo lector, no percibes con claridad ese límite, el visionario tal vez te atrae hacia él y, sin darte cuenta, te hallas en ese extraño reino mágico cuyas extrañas figuras se introducen en tu vida exterior, y quieren tratar contigo de tú a tú, como viejos conocidos. Por eso te ruego de todo corazón, benévolo lector, que lo acojas a él igual que a ellas, incluso que, completamente entregado a sus fantásticos quehaceres, tengas a bien soportar algún que otro escalofrío febril que podrían causarte si se apoderan aún más de ti. ¿Qué otra cosa puedo yo hacer por ese viajero entusiasta al que por todas partes, y cómo no, también en Berlín, la noche de San Silvestre, le van sucediendo cosas tan extrañas e increíbles?

i. La amada

Llevaba la muerte, la gélida muerte en el corazón, incluso desde lo más profundo de mi ser, desde el corazón, me pinchaba los nervios que las llamas atravesaban como con afiladas púas de hielo. ¡Enfurecido eché a correr en medio de la noche, oscura y tempestuosa, olvidando capa y sombrero! Las banderas de la torre crujían, era como si se oyera al viento mover su temible y eterno engranaje y al mismo tiempo el año viejo rodara sin hacer ruido, como un peso muerto, hacia el oscuro abismo… Tú ya sabes que esta época del año, Navidad y Año Nuevo, que a todos vosotros se os revela con tan grata y radiante alegría, a mí me saca siempre de mi tranquila celda para lanzarme a un mar bravío y agitado. ¡Navidad! Son días de fiesta cuyo amable resplandor veo durante mucho tiempo. No soy capaz de esperarlos… soy mejor, más infantil que el resto del año, ningún pensamiento sombrío ni odioso alimenta mi pecho, abierto a una sincera alegría celestial, y vuelvo a ser un chiquillo que grita de júbilo. Entre las doradas tallas polícromas de los luminosos puestecillos navideños me sonríen dulces rostros angelicales y entre el ruidoso murmullo de las calles se oyen, como viniendo de muy lejos, las sagradas notas de un órgano: «¡Porque nos ha nacido un niño!»[2]… Pero después de la fiesta todo se apaga, el resplandor se extingue en medio de la turbia oscuridad. Un sinfín de flores caen marchitas año tras año, su semilla se apaga para siempre, ningún sol de primavera enciende una nueva

vida en las ramas secas. Eso lo sé muy bien, pero las fuerzas hostiles no dejan de ponerlo ante mis ojos alegrándose perversamente de mi mal cada vez que el año se acerca a su fin. «Mira —me susurra al oído—, mira cuántas alegrías que no volverán te has perdido este año, pero a cambio te has vuelto más sabio y ya casi no valoras las diversiones mezquinas, sino que te vas volviendo más serio… sin ninguna alegría». Para la noche de San Silvestre el diablo siempre me guarda una fiesta muy especial. Sabe meterse en mi pecho en el momento justo, con su afilada garra, mofándose terriblemente, y se recrea con la sangre del corazón que mana de él. Siempre encuentra ayuda en cualquier sitio, igual que ayer le ayudó solícito el consejero de Justicia. En su casa (me refiero a la del consejero de Justicia) hay siempre una gran recepción la noche de San Silvestre y, además, con motivo del adorable Año Nuevo quiere agradar a todos haciendo algo especial, pero lo hace con tanta torpeza y tan poco garbo que todas las gracias que le ha costado tanto trabajo idear sucumben en un cómico lamento… Cuando entré en el vestíbulo, el consejero de Justicia me salió raudo al paso, impidiendo que entrara en el sancta sanctórum del que salía el humo del té y de un delicado tabaco. Se lo veía muy complaciente y astuto, me sonrió de una manera muy rara, y dijo:

—Amiguito, amiguito, algo delicioso le espera en ese cuarto… una sorpresa sin igual en esta adorable noche de San Silvestre… pero ¡no se asuste!

Eso me llegó al alma, en mi interior se despertaron oscuros presentimientos y sentí angustia y temor. Las puertas se abrieron, avancé rápidamente, entré y, en el conjunto de las damas sentadas en el sofá, me deslumbró su figura. Era ella… ella en persona: no la había visto desde hacía años, los momentos más dichosos de mi vida atravesaron mi alma como un rayo de luz poderoso y abrasador… No más pérdidas mortales… ¡Aniquilada la idea de la separación!… No pensé en qué maravillosa casualidad la había llevado hasta allí, qué circunstancia la había conducido a la recepción del consejero de Justicia, del que yo ni siquiera sabía que la conociera… ¡Volvía a tenerla! Debí quedarme allí inmóvil, como alcanzado de repente por un mágico hechizo, y el consejero de Justicia me dio un golpecito:

—¿Y bien, amiguito…? ¿Amiguito?

Seguí avanzando mecánicamente, pero solo la veía a ella, y de mi pecho oprimido se escaparon con gran esfuerzo unas palabras:

—Dios mío, Dios mío… ¿Julie[3] aquí?

Estaba ya muy cerca de la mesa del té: solo entonces Julie se percató de mi presencia. Se levantó y dijo en un tono un tanto extraño:

—Me alegro mucho de verlo aquí… ¡Tiene usted muy buen aspecto! —y tras decir esto volvió a sentarse y le preguntó a la dama que tenía al lado—: ¿Hay algo interesante en el teatro la semana que viene?

Te vas aproximando a la adorable flor que resplandece entre dulces y familiares aromas, pero, tan pronto como te inclinas para contemplar de cerca su adorado semblante, sale de entre las relucientes hojas un basilisco frío y escurridizo que

quiere aniquilarte con sus hostiles miradas… ¡Eso era lo que me acababa de ocurrir a mí! Me incliné torpemente ante las damas y, al retroceder a toda prisa, para añadir un poco de torpeza al veneno, le tiré al consejero de Justicia, que estaba detrás de mí sosteniéndola con la mano, la taza de té humeante sobre las chorreras delicadamente plisadas. Se rieron de la mala estrella del consejero y seguro que aún más de mi torpeza. Así que todo estaba preparado para mi enfado de turno, pero me esforcé por no hacerlo con resignada desesperación. Julie no se había reído, mi mirada perdida la alcanzó y fue como si llegase hasta mí un rayo del adorable pasado, de aquella vida llena de amor y poesía. Entonces, en la sala de al lado, alguien empezó a improvisar al piano, y eso puso en movimiento a toda la concurrencia. Dijeron que se trataba de un gran virtuoso extranjero llamado Berger[4], que tocaba divinamente y al que había que escuchar con mucha atención.

—No des esos golpecitos tan espantosos con las cucharillas, Mienchen —dijo el consejero de Justicia y, con la mano ligeramente inclinada en dirección a la puerta y pronunciando un dulce *eh bien!*, invitó a las damas a acercarse al virtuoso. También Julie se había puesto en pie y se dirigía despacio hacia la sala de al lado. Toda su figura había adoptado un no sé qué extraño, me pareció más alta, como hecha de una belleza casi más exuberante que antes. El corte tan especial del cuello de su vestido blanco y plisado, que solo le cubría a medias el pecho, los hombros y la nuca, con unas mangas anchas y abullonadas que le llegaban hasta los codos, el cabello peinado a raya desde la frente y recogido por detrás en muchas trenzas de una manera curiosa, le daban un aire anticuado: casi tenía el aspecto de las vírgenes en los cuadros de Mieris[5]… y, sin embargo, sentía otra vez como si en algún lugar hubiera visto ya con mis propios ojos y con toda claridad al ser en el que se había transformado Julie. Se había quitado los guantes y, debido a la total coincidencia del atuendo, ni siquiera los brazaletes que llevaba enroscados a las muñecas dejaban de evocar aquel oscuro recuerdo con unos colores cada vez más vivos. Antes de entrar en la sala contigua Julie se volvió hacia mí y sentí como si aquel rostro angelical, de juvenil encanto, se hubiera deformado en una sarcástica burla; algo espantoso y terrible se removió en mi interior, como un espasmo que estremeciera todos mis nervios.

—¡Oh, toca divinamente! —susurró una damisela entusiasmada con la dulzura del té, y ni yo mismo sé siquiera cómo ocurrió que se colgó de mi brazo y la conduje, o mejor dicho, ella a mí, a la sala de al lado. Justo en ese momento Berger estaba desencadenando el más furioso de los huracanes, los poderosos acordes subían y bajaban como las atronadoras olas del mar, ¡eso me hacía sentir bien!… Entonces Julie se puso a mi lado y me dijo con una voz más dulce y más adorable que nunca:

—¡Cómo me gustaría que te sentases tú al piano y entonaras algunas dulces canciones sobre esperanzas y placeres pasados!…

El enemigo se había alejado de mí y con el nombre de «Julie» sin más traté de expresar toda la dicha celestial que me embargaba entonces. Pero otras personas que habían llegado entretanto la habían alejado de mí. Ahora me evitaba visiblemente,

pero conseguí a veces rozar su vestido, a veces respirar su aliento muy pegado a ella, y la primavera ya pasada se desplegó ante mí en miles de colores centelleantes… Berger había dejado que el huracán se calmara, el cielo se había despejado, adorables melodías lo atravesaban cual pequeñas nubecillas doradas que se disolvían en el *pianissimo*. Se le tributó al virtuoso un bien merecido aplauso, la concurrencia empezó a moverse y a entremezclarse y de ese modo me encontré sin querer muy cerca de Julie. Aquel espíritu se hizo más fuerte en mi interior, traté de retenerla, de abrazarla enloquecido por el dolor de mi amor, pero se metió entre nosotros el rostro maldito de un laborioso criado que, sosteniendo una enorme bandeja, exclamó de muy mala gana:

—¿Qué desea usted?

En medio de las copas llenas de ponche humeante había una delicadamente tallada, llena, al parecer, de la misma bebida. Quien mejor sabe cómo había llegado a estar entre las copas normales es aquel a quien he ido conociendo poco a poco: como el Clemens de *Octaviano*[6], hace con el pie una encantadora filigrana al andar y adora sobremanera las capitas y las plumas rojas. Julie cogió esa copa delicadamente tallada y con un extraño brillo, y me la ofreció diciendo:

—¿Sigue gustándote igual que siempre que te ofrezca la copa de mi mano?

—Julia… Julia —suspiré. Al coger la copa rocé sus delicados dedos, unos electrizantes rayos de fuego encendieron todas mis venas y arterias… Bebí y bebí… Sentí como si unas pequeñas llamitas azules crepitaran y besaran la copa y mis labios. La copa estaba vacía y ni yo mismo sé cómo de repente me vi sentado en la otomana de un gabinete iluminado tan solo por una lámpara de alabastro… Julie… Julie a mi lado, mirándome con el aire infantil y devoto de siempre. Berger estaba otra vez al piano, tocaba el andante de la sublime *Sinfonía en mi bemol mayor* de Mozart, y sobre las alas de cisne de aquella melodía se removió y salió de mí todo el amor y la dicha de mi vida, sublime y áurea. Sí, era Julie… Julie en persona, angelical y dulce… nuestra conversación, un nostálgico lamento de amor, más miradas que palabras, su mano descansaba en la mía.

—Ahora, y no te dejaré nunca, tu amor es la chispa que arde en mi interior, encendiendo una vida superior en arte y poesía… Sin ti… sin tu amor todo está muerto y entumecido… pero ¿acaso no has venido para ser mía para siempre?

En ese momento entró una torpe figura de patas de araña y ojos saltones de sapo que dijo, chillando de mala manera y riéndose como un necio:

—¿Dónde demonios se ha metido mi esposa?

Julie se levantó y dijo con voz extraña:

—¿Por qué no vamos con los demás? Mi marido me está buscando… Ha sido usted muy divertido, querido, siempre de buen humor como antaño, pero modérese con la bebida —y el petimetre de piernas de araña le cogió la mano y ella lo siguió riendo hacia la sala.

—¡Perdida para siempre! —grité.

—¡Sí, claro, querido, *codille*! —farfulló una bestia que jugaba a *l'hombre*[7].

Salí… Salí corriendo en medio de la noche tempestuosa.

II. La reunión en la taberna

Pasear arriba y abajo por Unter den Linden[8] suele ser muy agradable, pero no la noche de San Silvestre con una buena helada y una tormenta de nieve. Eso es lo que yo, sin capa ni sombrero, acabé pensando cuando los escalofríos me atravesaron en el ardor de la fiebre. Continué por el puente de la Ópera, pasando por el palacio… Doblé una esquina y crucé el puente de la esclusa, dejando atrás la Casa de la Moneda. Estaba en la Jägerstrasse, muy cerca de la tienda de Thiermann[9]. En su interior ardían cálidas luces; me disponía ya a entrar, porque tenía demasiado frío y necesitaba un buen trago de alguna bebida fuerte, cuando salió de golpe un grupo muy alegre. Hablaban de unas magníficas ostras y del buen vino del once[10].

—Que razón tenía aquel —dijo uno de ellos, un imponente oficial de ulanos[11], por lo que pude apreciar a la luz de las farolas—, qué razón tenía aquel que el año pasado, en Maguncia, discutía con aquellos condenados que no querían reconocer que el del once era mejor que el de 1794[12].

Todos se rieron a carcajadas. Sin querer, yo había seguido avanzando unos pasos y me detuve delante de una bodega de la que salía una luz solitaria. ¿Acaso el Enrique de Shakespeare[13] no se sintió en alguna ocasión tan cansado y abatido como para que le viniera a la cabeza esa pobre creación de la cerveza ligera? De hecho a mí me pasó lo mismo, mi lengua estaba sedienta de una botella de buena cerveza inglesa. Me metí rápidamente en la bodega.

—¿Qué desea? —me preguntó el camarero quitándose la gorra en señal de respeto.

Pedí una botella de buena cerveza inglesa y una espléndida pipa de buen tabaco, y pronto me encontré sumido en tan sublime filisteísmo[14] que el propio diablo sintió respeto y se alejó de mí… ¡Oh, consejero de Justicia! Si hubieras visto cómo descendí de tu luminoso salón de té a aquella oscura bodega, te habrías vuelto con expresión altanera y despectiva murmurando: «¿Acaso es de sorprender que un hombre así sea capaz de estropear las chorreras más primorosas?».

Sin capa y sin sombrero yo debía parecerle algo extraño a la gente. El hombre tenía una pregunta en la punta de la lengua cuando alguien aporreó la ventana y una voz exclamó:

—¡Abrid, abrid, ya estoy aquí!

El bodeguero salió corriendo y volvió a entrar poco después con dos candelabros encendidos en las manos; le seguía un hombre muy alto y delgado[15]. Al atravesar aquella puerta tan baja olvidó agacharse y se dio un buen golpe en la cabeza; una

gorra negra que llevaba puesta, parecida a un birrete, evitó, no obstante, que se hiciera daño. De una forma un tanto peculiar se deslizó a lo largo de la pared y se sentó frente a mí mientras colocaban los candelabros en la mesa. Casi hubiera podido decirse de él que tenía un aspecto distinguido e insatisfecho[16]. De muy mal humor pidió cerveza y una pipa, y con unas pocas caladas hizo tanto humo que pronto estuvimos flotando en una nube. Por cierto, su rostro tenía algo peculiar y atractivo, por lo que, a pesar de lo sombrío de su ser, le cogí cariño al instante. Llevaba el pelo negro y abundante peinado a raya y colgando por ambos lados en multitud de pequeños rizos, de tal modo que se parecía a los cuadros de Rubens. Cuando se hubo quitado el gran cuello del abrigo que iba vestido con una kurtka[17] negra con muchos alamares, pero me llamó poderosamente la atención que sobre las botas se había puesto unas delicadas pantuflas[18]. Me percaté de ello cuando vació la pipa, que se había fumado en cinco minutos. Nuestra conversación no acababa de arrancar: el desconocido parecía ocupado con un sinfín de curiosas plantas que había sacado de un recipiente y contemplaba complacido. Le testimonié mi admiración por aquellos hermosos vegetales y, como parecían recién cortadas, le pregunté si acaso había estado en el Jardín Botánico o en el invernadero de Boucher[19]. Sonrió de forma un tanto extraña y respondió:

—No parece que la botánica sea precisamente su especialidad, de lo contrario no habría hecho usted una pregunta tan… —se interrumpió; yo susurré apocado:

—… tonta.

—Tonta —añadió con franqueza—. Al primer vistazo —continuó diciendo— habría usted reconocido que son plantas alpinas, como las que crecen en el Chimborazo[20].

El desconocido dijo estas últimas palabras en voz baja, para sí, y podrás[21] imaginarte que tuve una sensación muy rara. Las preguntas morían en mis labios, pero cada vez más iba surgiendo en mi interior un presentimiento, y sentí entonces que no era que hubiera visto al extraño muchas veces, sino que muchas veces había pensado en él. Entonces volvieron a aporrear la ventana, el bodeguero abrió la puerta y una voz exclamó:

—Tenga usted la bondad de cubrir el espejo.

—¡Ajá! —dijo el bodeguero—. Aquí viene, aunque bien tarde, el general Suvárov[22].

El bodeguero cubrió el espejo y entonces, con apresurada torpeza, con lenta rapidez, diría yo, entró un hombre bajito y enjuto, con una capa de un color parduzco muy extraño que, mientras el hombre andaba a saltos por la bodega, le ondeaba en torno al cuerpo de un modo muy peculiar, formando muchas arrugas y pliegues, de tal manera que a la luz de las velas parecía casi como si muchas figuras entraran y salieran unas de otras como en las fantasmagorías de Enslen[23]. Entretanto se frotaba las manos, ocultas dentro de las amplias mangas, y exclamaba:

—¡Qué frío!… ¡Qué frío!… ¡Oh, qué frío!… ¡En Italia es distinto, es distinto!

Finalmente se sentó entre el hombre alto y yo diciendo:

—Vaya un humo más horrible… tabaco y más tabaco… ¡si tuviera una pizca!…

Yo llevaba en el bolsillo la brillante tabaquera de acero bruñido que tú me regalaste, la saqué al instante y me dispuse a ofrecerle tabaco al hombrecito. Apenas la vio, la empujó con ambas manos y, apartándola de allí, exclamó:

—¡Fuera… fuera de ahí ese espantoso espejo!

Su voz tenía algo terrible y, al mirarlo asombrado, se había convertido en otra persona. El hombrecito había entrado de un brinco, con un agradable rostro juvenil, pero ahora me miraba, con unos ojos hundidos, el rostro marchito, pálido como la muerte y surcado de arrugas de un anciano. Horrorizado me volví hacia el alto y me disponía a gritar: «¡Por el amor del cielo, mire!», pero el alto no se estaba enterando de nada, sino que seguía completamente sumido en sus plantas del Chimborazo, y en ese momento el hombrecito pidió vino del norte, expresándose con mucha afectación. Poco a poco la conversación se fue animando. El hombrecito me resultaba cada vez más inquietante, pero el alto sabía hablar con profundidad y regocijo sobre cosas aparentemente insignificantes, aunque parecía luchar con las expresiones y de vez en cuando incluso decía alguna palabra inexacta, que, sin embargo, daba al asunto una curiosa originalidad y, como cada vez me iba resultando más agradable, atenuaba con ello la mala impresión del hombrecillo. Éste parecía impulsado por un sinfín de resortes, pues no paraba de moverse en la silla, gesticulando mucho con las manos, y un río de hielo se deslizó por mis cabellos y mi espalda al percibir con toda claridad que miraba como con dos rostros diferentes. Con el rostro de viejo miraba sobre todo al alto, cuya confortable calma contrastaba sobremanera con la agitación del hombrecillo, aunque no tan pavorosamente como antes me había mirado a mí… En el juego de máscaras de la vida terrenal, nuestro espíritu interior mira con ojos relucientes a través de su antifaz, reconociendo todo lo que le es afín, y de ese modo pudo haber sucedido que nosotros tres, hombre singulares, nos hubiéramos mirado así y reconocido como tales en la bodega. Nuestra conversación se tiñó de un humor que solo brota de un ánimo herido de muerte.

—Esto también engancha —dijo el alto.

—Ay, Dios —le interrumpí—, y ¿cuántos ganchos no va clavándonos el diablo por todas partes, en paredes de cuartos, cenadores, macizos de rosas, en los que, cuando los rozamos al pasar, nos vamos dejando algo de nuestro yo más querido? Parece, señores, como si todos hubiéramos perdido algo, igual que a mí esta noche me faltan sobre todo la capa y el sombrero. ¡Como bien saben, ambos cuelgan ahora de un gancho en el vestíbulo del consejero de Justicia!

El alto y el bajo se sobresaltaron visiblemente, como si de repente les hubiera alcanzado un rayo. El hombrecito me dirigió una mirada muy fea con su rostro de viejo, pero al instante se subió de un brinco a una silla y tensó más el paño del espejo, mientras el grande limpiaba los candelabros con mucho cuidado. La conversación fue

reviviendo con mucho trabajo; se mencionó a un joven y hábil pintor, de nombre Philipp[24], y el retrato de una princesa que éste había terminado con el espíritu del amor y el devoto anhelo de lo sublime, que el profundo sentimiento religioso de la señora había encendido en él.

—Parece que va a hablar y, sin embargo, no es un retrato, sino una imagen —dijo el alto.

—Es muy cierto —dije yo—, podría decirse que robada del espejo.

Entonces el hombrecito se levantó furioso de un salto y, mirándome con el rostro de viejo y los ojos que echaban chispas, gritó:

—Eso es una tontería, eso es una locura, ¿quién es capaz de robar una imagen del espejo? ¿Quién es capaz de hacer eso? ¿Acaso te refieres al diablo? Él romperá el cristal con sus torpes garras y esas manos blancas y delicadas del cuadro de la dama resultarán también heridas y sangrarán. Eso es una tontería. ¡Venga!… ¡Tú, niño triste, enséñame esa imagen del espejo, esa imagen robada del espejo, y daré un salto maestro de mil brazas!…

El alto se levantó, se dirigió hacia el hombrecito y dijo:

—¡No se haga el tonto, amigo! De lo contrario lo mandaremos al piso de arriba y puede que su propia imagen tenga un aspecto lamentable en el espejo.

—¡Ja, ja, ja, ja! —reía y chillaba el hombrecito con ridículo desprecio—. ¡Ja, ja, ja! ¿Tú crees? ¿Tú crees? Pero yo tengo mi hermosa sombra, oh, tú, pobre muchacho, ¡yo tengo mi sombra!

Y entonces salió de un salto y fuera le oímos aún regruñir y reírse con verdadera malicia:

—Pero ¡yo tengo mi sombra!

El alto se había desplomado en la silla pálido como un muerto, como aniquilado, había apoyado la cabeza en ambas manos y de lo más hondo de su pecho salió un profundo suspiro.

—¿Qué le sucede? —pregunté compasivo.

—Oh, señor mío —respondió el alto—, ese malvado individuo, que tan hostil nos parecía, que me ha seguido hasta aquí, hasta mi bodega de siempre, donde por lo general solía estar a solas, pues como mucho algún espíritu de la tierra se asomaba por debajo de la mesa y mordisqueaba las miguitas del pan… ese malvado individuo me ha devuelto a la más profunda de las miserias. Ay… he perdido, he perdido para siempre mi… ¡Que le vaya a usted bien!

Se levantó y se dirigió a la puerta. A su alrededor todo estaba iluminado: no tenía sombra. Fascinado eché a correr tras él…

—¡Peter Schlemihl!… ¡Peter Schlemihl[25]! —grité todo contento, pero se había quitado las pantuflas. Vi cómo pasaba por la torre de los gendarmes y desaparecía en la noche.

III. APARICIONES

El señor Mathieu es buen amigo mío y su portero un hombre atento. Me abrió la puerta nada más llamar al timbre en El Águila de Oro[26]. Le expliqué que me había escapado de una recepción sin capa ni sombrero, pero que las llaves de mi casa estaban en esta última y que sería imposible tratar de despertar al ama de llaves, que estaba sorda, aporreando la puerta. Aquel hombre amable (me refiero al portero) abrió una habitación, dejó allí los candelabros y me deseó buenas noches. El espejo, grande y hermoso, estaba cubierto con un paño; ni yo mismo sé cómo se me ocurrió quitar el paño y colocar ambos candelabros en la mesa del espejo. Al mirar al espejo me vi tan pálido y demacrado que apenas pude reconocerme… Era como si desde lo más profundo del espejo saliera flotando una figura oscura; al fijar en él la vista y la atención, se fueron desplegando con mayor claridad, en medio de un extraño y mágico resplandor, los rasgos de una dulce imagen de mujer… reconocí a Julie. Preso de un amor y un anhelo fervientes, sollocé:

—¡Julia! ¡Julia!

Entonces alguien gimió y suspiró detrás de las cortinas de una cama en el extremo de la habitación. Escuché con atención, los gemidos se volvían cada vez más temerosos. La imagen de Julie había desaparecido, decidido agarré un candelabro, corrí las cortinas de la cama y miré al interior. Cómo podría describir la sensación que me estremeció al ver al hombrecito, que yacía allí con el rostro juvenil, aunque contraído en un gesto de dolor, y en sueños suspiraba desde lo más profundo de su pecho:

—¡Giulietta! ¡Giulietta!

El nombre penetró como fuego en mi interior. El miedo me había abandonado, agarré al hombrecito y lo zarandeé con violencia, gritando:

—Eh, amigo, ¿qué está haciendo usted en mi habitación? ¡Despiértese y haga el favor de irse al diablo!

El hombrecito abrió los ojos y me lanzó una oscura mirada:

—Ha sido un mal sueño —dijo—. Gracias por despertarme.

Las palabras no sonaron más que como simples suspiros. No sé cómo ocurrió, pero el hombrecito me parecía ahora completamente distinto, incluso me pareció que el dolor que lo inundaba se metía en mi interior y toda mi ira se diluía en una profunda melancolía. Hicieron falta pocas palabras para averiguar que el portero, en un descuido, me había abierto la misma habitación que ya había tomado el hombrecito y que, por tanto, había sido yo el que había sacado al hombrecito de su sueño, al entrar allí sin ninguna consideración.

—Señor mío —dijo el hombrecito—, es probable que en la bodega yo le haya parecido un tanto alocado y dicharachero; atribuya mi conducta al hecho de que no

puedo negar que de vez cuando se apodera de mí un espíritu alborotador que me saca de todos los límites de lo permitido y lo debido. ¿Acaso no le pasa nunca a usted eso mismo?

—¡Ay, Dios, sí! —respondí apocado—. Esta misma noche, al volver a ver a Julie.

—¿Julia? —graznó el hombrecito con una vez repelente, y un temblor recorrió su rostro, que, de repente, volvió a ser viejo—. Oh, déjeme descansar… ¡Tenga usted la bondad de cubrir el espejo, amigo mío! —esto lo dijo completamente agotado, volviendo la vista a la almohada.

—Señor mío —dije yo—, el nombre de mi amor perdido para siempre parece despertar en usted algunos extraños recuerdos, que incluso alteran ostensiblemente los agradables rasgos de su rostro. Pero espero pasar la noche tranquilamente con usted, por lo que voy a cubrir el espejo y a meterme en la cama ahora mismo.

El hombrecito se incorporó, su rostro juvenil me miró con mucha dulzura y bondad, me cogió la mano y dijo, apretándola suavemente:

—Que duerma bien, señor mío, ya veo que somos compañeros en la desgracia. ¿Acaso usted también…? Julia… Giulietta… Sea como sea ejerce usted sobre mí un poder irresistible… No puedo evitarlo… Tengo que revelarle el más profundo de mis secretos. Luego ódieme, luego desprécieme.

Mientras decía estas palabras, el hombrecito había ido incorporándose lentamente, se envolvió en un amplio batín blanco y se deslizó en silencio, como un fantasma, hasta el espejo, ante el cual se colocó. ¡Ay! Nítidos y claros me devolvía el espejo los dos candelabros, los objetos de la habitación, incluso a mí mismo: la figura del hombrecito no se veía en el espejo, ni un solo rayo reflejaba su rostro inclinado hacia él. Se volvió hacia mí, con una profunda desesperación en sus gestos me apretó las manos:

—Ahora ya conoce usted mi infinita desgracia —dijo—, Schlemihl, esa alma pura y buena, es envidiable en comparación conmigo, un ruin. Él vendió su alma sin pensar lo que hacía, pero ¡yo!… ¡Yo le di mi reflejo en el espejo a ella!… ¡A ella!… ¡Oh!… ¡Oh!… ¡Oh!

Gimiendo profundamente, apretando las manos contra los ojos, el hombrecito fue tambaleándose hasta la cama y se metió en ella rápidamente. Yo me quedé petrificado: recelo, desprecio, espanto, compasión, pena, ni yo mismo sé lo que se agitaba en mi pecho a favor y en contra de aquel hombrecito. Sin embargo, pronto empezó a roncar tan melodiosa y plácidamente que no pude resistir la fuerza narcótica de aquellos ruidos. Cubrí rápidamente el espejo, apagué las velas, me metí en la cama igual que él y me sumí en un profundo sueño. Debía ser ya de madrugada cuando un brillo cegador me despertó. Abrí los ojos y vi al hombrecito con el batín blanco y la gorra de dormir en la cabeza, sentado a la mesa de espaldas a mí y escribiendo afanosamente a la luz de los dos candelabros. Tenía un aspecto ciertamente fantasmagórico y sentí un escalofrío; de repente el sueño se apoderó de mí y volvió a llevarme a casa del consejero de Justicia, donde estaba sentado en la

otomana al lado de Julie. Pero pronto me pareció como si todos los allí reunidos formaran parte de una graciosa muestra navideña en Fuchs, Weide, Schoch o cualquier otro por el estilo[27], y el consejero de Justicia una delicada figura de azúcar con chorreras de papel de escribir. Los árboles y los macizos de rosas crecían más y más. Julie se puso en pie y me alcanzó la copa de cristal de la que salían llamas azuladas. Entonces algo me tiró del brazo, el hombrecito estaba detrás de mí con el rostro de viejo y me susurraba:

—No bebas, no bebas… ¡Mírala bien! ¿No la has visto ya antes en los cuadros admonitorios de Brueghel, de Callot o de Rembrandt?

Me estremecí al ver a Julie, porque con su vestido plisado de mangas abullonadas y sus adornos en el cabello ciertamente se parecía a las atractivas vírgenes rodeadas de monstruos infernales de los cuadros de aquellos maestros.

—¿De qué tienes miedo? —dijo Julie—. Si te tengo a ti y a tu imagen del espejo…

Cogí la copa, pero el hombrecito saltó como una ardilla sobre mis hombros, moviendo las llamas con la cola y chillando muy contrariado:

—No bebas… No bebas.

Pero entonces todas las figuras de azúcar de la muestra cobraron vida y empezaron a mover de manera muy graciosa las manitas y los piececitos: el azucarado consejero de Justicia vino de puntillas hasta mí y dijo con una vocecita muy delicada:

—¿A qué viene todo este alboroto, amigo mío? ¿A qué viene todo este alboroto? Apóyese usted en sus adorables pies, pues hace ya mucho que me he dado cuenta de que camina usted por los aires, por encima de sillas y mesas.

El hombrecito había desaparecido, Julie ya no tenía la copa en la mano.

—¿Por qué no has querido beber? —dijo—. ¿Es que acaso esa llama tan pura y hermosa que salía de la copa no era el beso que te di una vez?

Intenté abrazarla, pero Schlemihl se interpuso diciendo:

—Ésta es Mina, la que se casó con Raskal[28].

Había pisoteado algunas figuras de azúcar que gemían mucho… Pero pronto éstas aumentaron a cientos y a miles, y brincaban a mi alrededor y se me subían encima en un horrible barullo multicolor, y zumbaban en mis oídos como un enjambre de abejas… El azucarado consejero de Justicia se me había subido hasta el lazo de la camisa y tiraba cada vez más de él.

—¡Maldito consejero de Justicia de azúcar! —grité y me desperté del sueño.

Era ya pleno día, las once de la mañana. «Todo esto del hombrecito seguro que no ha sido más que un sueño muy vivo», estaba pensando en el momento en que el camarero que entraba con el desayuno me informó de que el desconocido caballero que había dormido en la misma habitación que yo se había marchado por la mañana temprano y que dejaba saludos para mí. En la mesa, en la que por la noche había estado sentado el fantasmagórico hombrecillo, hallé un pliego recién escrito, cuyo

contenido te voy a relatar, puesto que, indudablemente, se trata de su curiosa historia.

IV. La historia de la imagen perdida del espejo

Por fin había llegado el momento de que Erasmus Spikher pudiera hacer realidad el deseo que había abrigado toda la vida. Con el corazón contento y la bolsa bien llena se sentaba en un coche para abandonar su patria norteña y viajar hasta las hermosas y cálidas tierras meridionales. Su amada y devota esposa derramó miles de lágrimas y, después de limpiarle con sumo cuidado boca y nariz, alzó al pequeño Rasmus hasta el interior del coche para que el padre le diera aún unos besos de despedida.

—Que te vaya bien, mi querido Erasmus Spikher —dijo la mujer entre sollozos —, yo cuidaré bien de tu casa, no dejes de pensar en mí, seme fiel y no pierdas tu bonita gorra de viaje cuando te quedes dormido y, como acostumbras, saques la cabeza por la ventanilla.

Spikher se lo prometió.

En la hermosa Florencia, Erasmus encontró a algunos paisanos que, llenos de alegría vital y de ánimo juvenil, gozaban de los abundantes placeres que aquel adorable país ofrecía a raudales. Se les reveló como un audaz compañero de aventuras y, en los muy diversos y regocijantes festines que se organizaban, el espíritu particularmente alegre de Spikher y su talento para poner sensatez en sus alocadas travesuras les daba un particular brío. Así fue como los jóvenes (a Erasmus, que tenía solo veintisiete años, había que contarle entre ellos) asistían una noche a una fiesta muy alegre en el bosquecillo iluminado de un jardín espléndido y fragante. Todos, excepto Erasmus, habían llevado consigo a una encantadora *donna*. Los hombres lucían delicados atuendos de antiguo cuño alemán, las mujeres, fantásticas, llevaban relucientes vestidos de muchos colores, cada uno diferente, y parecían adorables flores andantes. Cada vez que alguna de ellas terminaba de cantar una canción de amor italiana acompañada del susurro de las mandolinas, los hombres entonaban una recia ronda alemana entre el alegre tintineo de las copas llenas de vino de Siracusa… Por algo Italia es el país del amor. La brisa nocturna susurraba como suspirando nostálgica, los aromas de azahar y de jazmín atravesaban el bosquecillo cual melodías de amor, mezclándose con el juego frívolo y delicioso que habían empezado aquellas adorables mujeres, empleando en él todas esas pequeñas y delicadas gracias que solo tienen las mujeres italianas. Friedrich, el más ardiente de todos, se puso en pie; con un brazo había rodeado a su *donna* y, alzando con el otro la copa llena de perlado vino de Siracusa, exclamó:

—¿Dónde pueden encontrarse el placer celestial y la dicha sino entre vosotras, adorables y espléndidas mujeres italianas? Vosotras sois el amor en persona… Pero tú, Erasmus —continuó volviéndose hacia Spikher—, tú no pareces sentir nada especial, porque no solo no has invitado a ninguna *donna* a nuestra fiesta en contra de

todo lo prescrito, de todo uso y costumbre, sino que hoy estás tan triste y tan ensimismado que, de no ser porque al menos has bebido y cantado con ganas, creería que te has convertido de repente en un aburrido melancólico.

—Tengo que confesarte, Friedrich —contestó Erasmus—, que yo no puedo disfrutar de este modo. Ya sabes que he dejado atrás a una amada y devota esposa, a la que amo en lo más profundo de mi ser y a la que, obviamente, traicionaría si en este simple juego eligiera a una *donna* aunque solo fuera para una noche. Para vosotros, jovencitos solteros, esto es diferente, pero yo, como padre de familia…

Los jóvenes se rieron a carcajadas, porque Erasmus, al pronunciar las palabras «padre de familia» se había esforzado por cubrir su agradable rostro juvenil con serias arrugas, lo que resultó muy gracioso. La *donna* de Friedrich hizo que le tradujeran al italiano lo que Erasmus había dicho en alemán; luego se volvió hacia él con la mirada seria y dijo, levantando el dedo en un tono suavemente amenazador:

—¡Oh, frío, frío teutón!… ¡Ten mucho cuidado, aún no has visto a Giulietta!

En ese momento se oyó un rumor de hojas a la entrada del bosquecillo y de la noche oscura surgió a la tenue luz de las velas la estampa de una mujer maravillosa. Su blanco vestido, que solo le cubría a medias el pecho, los hombros y la nuca, con unas mangas anchas y abullonadas que le llegaban hasta los codos, caía en amplios y abundantes pliegues, el cabello peinado a raya desde la frente, recogido por detrás en muchas trenzas… Unos collares de oro en el cuello y unos ricos brazaletes enroscados en las muñecas completaban el anticuado atuendo de la joven que parecía un retrato andante de Rubens o del delicado Mieris.

—¡Giulietta! —gritaron asombradas las muchachas.

Giulietta, cuya belleza angelical resplandecía sobre todas las demás, dijo con una voz dulce y adorable:

—Dejadme que participe de vuestra hermosa fiesta, valientes jóvenes alemanes. Quiero ir con el que de vosotros no tenga alegrías ni amor.

Diciendo esto se volvió con mucha gracia hacia Erasmus y se sentó en el sillón que estaba vacío a su lado, puesto que se suponía que él también iba a llevar consigo a una *donna*. Las muchachas susurraban entre ellas:

—¡Mirad, oh, mirad lo hermosa que está hoy Giulietta! —y los jóvenes decían:

—Pero ¿qué es lo que tiene Erasmus? Pero ¿cómo se ha quedado con la más bella y se ha burlado de nosotros?

Desde la primera mirada que había lanzado a Giulietta, Erasmus había tenido una sensación tan especial que ni él mismo sabía qué era lo que se agitaba con tanta vehemencia dentro de sí. Al aproximarse a él, una fuerza desconocida se adueñó de su ser y le oprimió el pecho de tal modo que se quedó sin aliento. Con la mirada clavada en Giulietta y los labios petrificados, era incapaz de pronunciar una sola palabra mientras los jóvenes ensalzaban en voz alta el encanto y la belleza de la joven. Giulietta cogió una copa llena hasta el borde y se levantó, ofreciéndosela a Erasmus amablemente; éste la cogió, rozando suavemente los delicados dedos de

Giulietta. Bebió y un fuego recorrió sus venas. Entonces Giulietta preguntó en broma:

—¿Seré entonces vuestra *donna*?

Pero Erasmus, como enloquecido, se postró a los pies de Giulietta, apretó las manos de ella contra su pecho y exclamó:

—¡Sí, eres tú, a ti te he amado siempre, a ti, imagen angelical!… ¡Te he visto en mis sueños, tú eres mi dicha, mi felicidad, lo más sublime de mi vida!

Todos pensaron que a Erasmus se le había subido el vino a la cabeza, porque nunca lo habían visto así, parecía otra persona.

—Sí, tú, tú eres mi vida, tú ardes en mi interior con un fuego abrasador. Déjame sucumbir… sucumbir, solo a ti, solo quiero ser tú… —así gritaba Erasmus, pero Giulietta lo cogió dulcemente entre sus brazos; ya más tranquilo, se sentó a su lado y pronto volvió a empezar el alegre juego amoroso con las alegres chanzas y los cantos que se habían interrumpido. Cuando Giulietta cantaba era como si de lo más profundo de su pecho saliera música celestial, jamás oída, encendiendo en todos un placer desconocido, tan solo intuido hasta ese momento. Su maravillosa voz, plena y cristalina, encerraba en sí un misterioso ardor que se apoderaba de todos los espíritus. Todos los jóvenes abrazaban a su *donna* con más fuerza y las miradas irradiaban mayor fogosidad. Un resplandor rojizo anunciaba ya la llegada del alba y Giulietta aconsejó poner fin a la fiesta. Así se hizo. Erasmus se dispuso a acompañar a Giulietta, pero ella lo rechazó y le señaló la casa en la que podría encontrarla en otro momento. Mientras los jóvenes entonaban una ronda alemana para poner fin a la fiesta, Giulietta había desaparecido del bosquecillo; se la vio atravesando un lejano paseo en medio de la fronda detrás de dos sirvientes que la precedían con unas antorchas. Erasmus no se atrevió a seguirla. Entonces los jóvenes cogieron cada uno del brazo a su *donna* y se marcharon todos contentos. Al final, con su pequeño criado alumbrándole con la antorcha, los siguió también Erasmus, completamente aturdido y destrozado en su interior por la nostalgia y el tormento de la pasión. Como los amigos lo habían abandonado, se dirigió a su casa atravesando una calle un tanto apartada. La aurora estaba ya en su cenit, el criado apagó la antorcha en los adoquines, pero entre las chispas que saltaron apareció de repente ante Erasmus una extraña figura, un hombre alto y enjuto de afilada nariz de azor, ojos brillantes y boca torcida con un gesto maligno, que llevaba una levita roja como el fuego con relucientes botones de acero. Se echó a reír y dijo con una voz chillona muy desagradable:

—¡Vaya, vaya!… Parece usted salido de un viejo libro de estampas con esa capa, ese jubón acuchillado y ese birrete de plumas… Tiene usted un aspecto muy divertido, señor Erasmus, pero ¿acaso quiere ser el hazmerreír de la gente? Vuélvase usted tranquilamente a su tomo de pergamino.

—¿Qué más le da a usted cómo me visto? —dijo Erasmus enfadado mientras intentaba pasar echando a un lado al tipo de rojo, el cual le gritó a sus espaldas:

—Bueno, bueno… no corra tanto, a casa de Giulietta sí que no puede ir usted ahora.

Erasmus se volvió rápidamente.

—¿Qué dice usted de Giulietta? —gritó con voz frenética, agarrando al tipo de rojo por la pechera. Pero éste se volvió veloz como el rayo y, antes de que Erasmus se diera cuenta, había desaparecido. Erasmus se quedó perplejo, con el botón de acero que le había arrancado al de rojo en la mano.

—Ése era el curandero, el *signor* Dapertutto[29], ¿qué quería de usted? —dijo el criado, pero a Erasmus le entraron escalofríos y se apresuró a llegar a casa.

Giulietta recibía a Erasmus con toda la fantástica gracia y amabilidad que le eran propias. Sabía oponer una actitud dulce e indiferente a la alocada pasión que encendía a Erasmus. Solo de vez en cuando sus ojos centelleaban y Erasmus sentía cómo lo estremecían unos leves temblores que salían de su interior cuando a veces le dirigía una extraña mirada. Ella nunca le dijo que lo amaba, pero todo en su forma de tratarlo le hacía intuir claramente que era así, y los lazos que lo envolvían eran cada vez más fuertes. Ante sus ojos se abrió una auténtica vida de esplendor; rara vez veía a los amigos porque Giulietta lo había introducido en un círculo desconocido.

En una ocasión se encontró con Friedrich, que no lo dejó marchar, y como Erasmus se enterneciera tras algún que otro recuerdo de su patria y de su casa, Friedrich le dijo:

—¿No sabes, Spikher, que has conocido a gente muy peligrosa? Tienes que haberte dado cuenta ya de que la hermosa Giulietta es una de las cortesanas más astutas que ha habido jamás. Se cuentan de ella un sinfín de historias misteriosas y extrañas que la pintan a una luz muy particular. Que cuando quiere ejerce un poder irresistible sobre las personas y las envuelve en unos lazos indisolubles es algo que puedo ver ya en ti: has cambiado por completo, estás completamente entregado a la seductora Giulietta, ya no piensas en tu amada y devota esposa.

Entonces Erasmus se llevó las manos a la cara y, entre fuertes sollozos, pronunció el nombre de su esposa. Friedrich se dio buena cuenta de que había empezado una dura lucha interior.

—Spikher —prosiguió—, vayámonos a toda prisa.

—Sí, Friedrich —exclamó Spikher con determinación—, tienes razón. No sé cómo de repente se apoderan de mí siniestros y terribles presentimientos… Tengo que marcharme, tengo que marcharme hoy mismo.

Ambos amigos iban a toda prisa por la calle cuando se les cruzó el *signor* Dapertutto; se rió de Erasmus en su propia cara y dijo:

—Ay, apuraos, apuraos todo lo que podáis, Giulietta ya está esperando con el corazón lleno de nostalgia y los ojos llenos de lágrimas… ¡Ay, apuraos, apuraos!

Erasmus sintió como si le alcanzara un rayo.

—Ese tipo —dijo Friedrich—, ese *ciarlatano*[30] me resulta repugnante hasta en lo más profundo de mi ser, y que entre y salga de casa de Giulietta y le venda sus esencias milagrosas…

—¿Qué? —exclamó Erasmus—. ¿Ese tipo repelente en casa de Giulietta… en

casa de Giulietta?

—Pero ¿dónde habéis estado tanto tiempo? Todos os están esperando, ¿es que no habéis pensado en mí? —dijo una dulce voz desde el balcón.

Era Giulietta, ante cuya casa los amigos se habían detenido sin darse cuenta. Erasmus entró de un salto.

—Ya está dentro y sin posibilidad de salvación —dijo Friedrich en voz baja, y se alejó cruzando la calle.

Giulietta nunca había estado tan encantadora, llevaba el mismo vestido que en aquella ocasión en el jardín, resplandecía en la plenitud de su belleza y en su juvenil encanto. Erasmus se había olvidado de todo lo que había hablado con su amigo: la dicha suprema, el encanto supremo lo seducían de un modo irresistible, pero tampoco nunca hasta entonces Giulietta le había hecho ver así, sin reservas, su ferviente amor. Solo parecía verlo a él, ser solo para él… En una villa, que Giulietta había alquilado para el verano, iba a celebrarse una fiesta. Allí se dirigieron. Entre los presentes había un joven italiano de tipo muy feo y aún más feas costumbres que se afanaba mucho en torno a Giulietta y acabó despertando los celos de Erasmus, el cual, lleno de rabia, se apartó y se puso a caminar de arriba abajo por una de las avenidas laterales del jardín. Giulietta fue a buscarlo:

—¿Qué te pasa?… ¿Es que no eres todo mío?

Diciendo esto lo rodeó con sus delicados brazos y le estampó un beso en los labios. Rayos de fuego lo atravesaron, con frenética furia amorosa apretó a la amada contra su pecho y exclamó:

—¡No, no te dejaré, ni aunque sucumba en la más denigrante perdición!

Al oír estas palabras, Giulietta sonrió de una forma extraña y le miraba de esa extraña forma que siempre le hacía estremecerse hasta lo más profundo de su ser. Regresaron a la recepción. El repelente joven italiano se puso entonces en el papel de Erasmus; empujado por los celos profería un sinfín de espinosas ofensivas contra los alemanes, y en particular contra Spikher. Éste, al final, ya no pudo soportarlo más y se lanzó raudo sobre el italiano.

—Deje ya —dijo— sus indignas pullas contra los alemanes y contra mí; de lo contrario le arrojaré a ese estanque para que aprenda usted a nadar.

En ese momento un puñal brilló en la mano del italiano; entonces Erasmus le cogió furioso del cuello y le tiró al suelo; un fuerte puntapié en la nuca y el italiano entregó su espíritu con un estertor… Todos se lanzaron sobre Erasmus, estaba aturdido… Notó cómo lo agarraban, cómo se lo llevaban de allí. Cuando despertó como de un profundo aturdimiento, yacía en un pequeño gabinete a los pies de Giulietta, que, con la cabeza reclinada sobre él, lo sostenía con ambos brazos.

—Oh, malvado, malvado alemán —dijo con infinita suavidad y dulzura—. ¡Cuánta angustia me has hecho pasar! Te he salvado del peligro inmediato, pero ya no estás seguro en Florencia, en Italia. Tienes que marcharte, tienes que abandonarme, a mí, que tanto te amo.

La idea de la separación destrozó a Erasmus con un dolor y una pena innombrables.

—Deja que me quede —gritó—, soportaré gustoso la muerte, ¿es que morir es peor que vivir sin ti?

Entonces le pareció como si una voz suave y lejana pronunciara dolorosamente su nombre. ¡Ay! Era la voz de la devota esposa alemana. Erasmus guardó silencio y Giulietta preguntó de una forma muy rara:

—¿Estás pensando en tu mujer?… Ay, Erasmus, muy pronto me olvidarás.

—Si pudiera ser eternamente tuyo, tuyo para siempre… —dijo Erasmus.

Estaban justo delante del amplio y hermoso espejo que había en la pared del gabinete y a cuyos lados ardían unas luminosas velas. Giulietta abrazó a Erasmus con más fuerza, con más pasión, susurrándole al oído:

—Déjame tu reflejo en el espejo, amado mío, será para mí y se quedará conmigo para siempre.

—Giulietta —exclamó Erasmus muy asombrado—, ¿qué quieres decir?… ¿Mi imagen reflejada en el espejo?

Mientras decía esto, miró al espejo que le devolvió la imagen de él y de Giulietta en un dulce y amoroso abrazo.

—Y ¿cómo podrías quedarte con mi reflejo —continuó diciendo—, que va conmigo a todas partes y sale a mi encuentro en todas las aguas cristalinas, en todas las superficies bruñidas?

—¿Ni siquiera —dijo Giulietta—, ni siquiera me concedes ese sueño de tu yo que brilla en el espejo, tú que querías ser mío en cuerpo y alma? ¿Ni siquiera ha de quedarse conmigo tu imagen inconstante para caminar a mi lado por la pobre vida que, ahora que tú has de huir, se quedará sin placeres y sin amor?

Ardientes lágrimas manaron de los hermosos ojos oscuros de Giulietta. Entonces Erasmus gritó, en el delirio de su mortal pena de amor:

—¿Es que tengo que alejarme de ti?… Si tengo que marcharme, entonces que mi reflejo se quede aquí eternamente y para siempre. Ningún poder… ni siquiera el diablo podrá arrebatártelo hasta que me tengas en cuerpo y alma.

Los besos de Giulietta ardieron como fuego en su boca una vez dicho esto, luego le soltó y, anhelante, extendió los brazos hacia el espejo. Erasmus vio cómo su imagen salía de él independientemente de sus movimientos, cómo se deslizaba hasta los brazos de Giulietta y cómo desaparecía con ella envuelta en una extraña fragancia. Un sinfín de voces horribles cuchichearon y se rieron con infernal escarnio; presa de la lucha mortal con el más profundo de los horrores, cayó al suelo inconsciente, pero la terrible angustia, el horror, lo sacaron de su aturdimiento y, en medio de una abundante y espesa oscuridad, fue a tientas hasta la puerta y bajó las escaleras. A la puerta de la casa, alguien lo sujetó y lo subió a un coche que partió a toda prisa.

—Parece que está usted un poco alterado —dijo en alemán el hombre que

acababa de sentarse a su lado—. Está usted un poco alterado, pero ahora va a ir todo de maravilla, si es que quiere usted ponerse en mis manos. Giuliettita ya ha hecho lo suyo y me ha recomendado a usted encarecidamente. Usted también es un joven muy adorable, con una sorprendente inclinación a esas chanzas tan gratas que a nosotros, a Giuliettita y a mí, tanto nos complacen. Eso sí que fue un buen puntapié alemán en la nuca. Cómo le colgaba la lengua hasta el cuello, toda amoratada, a aquel *amoroso*[31] … era muy divertido, y cómo chillaba y gemía y no podía ni levantarse… ja, ja, ja.

La voz del hombre era tan repugnantemente sarcástica, su cháchara tan horripilante, que sus palabras se clavaron en el pecho de Erasmus como puñales.

—¡Sea quien sea usted —dijo Erasmus—, no hable, no hable de ese espantoso hecho que tanto lamento!

—¡Lamentar, lamentar! —replicó el hombre—. Entonces ¿lamenta también haber conocido a Giulietta y haber conquistado su dulce amor?

—¡Ay, Giulietta, Giulietta! —suspiró Erasmus.

—Bueno —continuó diciendo el hombre—, qué infantil es usted, quiere y desea cosas, pero todo tiene que marchar por un mismo camino sin baches. Ciertamente es una fatalidad que haya tenido usted que abandonar a Giulietta, pero, si se quedara aquí, yo podría librarle de todos los puñales de sus perseguidores y también de nuestra querida justicia.

La idea de poder quedarse junto a Giulietta se adueñó de Erasmus con todas sus fuerzas.

—Y ¿cómo sería eso posible? —preguntó.

—Conozco —continuó diciendo el hombre— un remedio mágico que dejará ciegos a sus perseguidores: en resumen, que hace que lo vean a usted siempre con otro rostro y que no vuelvan a reconocerlo jamás. En cuanto sea de día tendrá usted la bondad de mirarse un buen rato fijamente en algún espejo y, sin dañarlo en lo más mínimo, llevaré a cabo ciertas operaciones en su reflejo y quedará protegido, y entonces podrá vivir con Giulietta sin ningún peligro, gozando de todo y con absoluta felicidad.

—¡Qué espantoso, qué espantoso! —gritó Erasmus.

—¿Qué es lo que es espantoso, mi queridísimo amigo? —preguntó el hombre con sarcasmo.

—Ay, es que yo… he, yo… he… —empezó a decir Erasmus.

—¿… dejado su reflejo?… —terció el hombre rápidamente—, ¿dejado su reflejo en casa de Giulietta?… ¡Ja, ja, ja! ¡*Bravissimo*, querido amigo! Ahora puede correr por campos y bosques, por ciudades y pueblos, hasta que encuentre a su esposa junto con el pequeño Rasmus y volver a ser un padre de familia, aunque sin reflejo, algo de lo que su mujer tampoco se dará cuenta, pues lo tendrá en persona, mientra que Giulietta no tendrá más que un yo de ensueño reflectante.

—Cállese, malvado —gritó Erasmus.

En ese momento se acercó una comitiva que cantaba alegremente, y llevaba unas

antorchas que iluminaron el coche. Erasmus vio el rostro de su acompañante y reconoció al horrible doctor Dapertutto. De un brinco se apeó y echó a correr hacia la comitiva, puesto que a lo lejos había reconocido la armoniosa voz de bajo de Friedrich. Los amigos regresaban de una comida campestre. Rápidamente Erasmus informó a Friedrich de todo lo ocurrido, y solo le ocultó lo de la pérdida de su reflejo. Friedrich se adelantó con él a la ciudad e hicieron tan rápido los preparativos que, al romper el alba, Erasmus ya se había alejado un buen trecho de Florencia en un veloz corcel… Anotó algunas de las aventuras que le acontecieron en el viaje. La más curiosa de todas fue el incidente que, por vez primera, le hizo sentir de una forma muy rara la pérdida de su reflejo. Como el caballo estaba cansado, acababa de detenerse en una gran ciudad y, sin malicia alguna, se sentó a la mesa de la posada, que estaba muy llena de gente, sin darse cuenta de que frente a él había un hermoso y reluciente espejo. Un diabólico camarero que estaba detrás de su silla se dio cuenta de que en el espejo la silla seguía vacía y no se reflejaba nada de la persona que estaba sentada en ella. Le comunicó lo que había observado al vecino de Erasmus, éste a su vez al que tenía a su lado, y por toda la mesa corrieron murmullos y susurros, mientras miraban a Erasmus y luego al espejo. Erasmus aún no se había dado cuenta de que todo ese revuelo tenía que ver con él cuando un hombre muy serio se levantó de la mesa, lo llevó delante del espejo, miró en él y luego, volviéndose hacia los presentes, dijo bien alto:

—¡Es verdad, no se refleja!

—¡No se refleja… no se refleja! —gritaban todos alborotados—. ¡Un *mauvais sujet*, un *homo nefas*[32], echadlo de aquí!

Lleno de rabia y de vergüenza, Erasmus echó a correr a su habitación, pero no había hecho más que llegar cuando la policía le informó de que debía presentarse en el plazo de una hora ante las autoridades con su reflejo completo, completamente igual a él, o abandonar la ciudad. Se apresuró a marcharse, seguido por el populacho ocioso, por los chicos de la calle, que gritaban a sus espaldas:

—¡Ahí va, el que ha vendido su reflejo al diablo, ahí va!

Por fin llegó a campo abierto. Ahora, allí donde llegaba, so pretexto de una aversión natural a todo reflejo, mandaba cubrir rápidamente todos los espejos, y por eso lo llamaban en broma general Suvárov, porque éste hacía lo mismo.

Al llegar a su patria y a su casa, su amada esposa y el pequeño Rasmus lo recibieron con alegría, y pronto le pareció que la tranquila y pacífica vida doméstica podría hacerle olvidar la pérdida de su reflejo. Un día, cuando ya había apartado por completo a la hermosa Giulietta de sus pensamientos, estaba jugando con el pequeño Rasmus, que tenía las manitas llenas de hollín y le untó con él la cara.

—¡Ay, papá, papá, te he manchado de negro, mira!

Eso dijo el pequeño y, antes de que Sipkher pudiera impedirlo, cogió un espejo que, mirándose él también, colocó delante de su padre… Pero al punto soltó el espejo llorando y echó a correr a su habitación. Poco después entró la esposa, con asombro y

terror en el semblante.

—¿Qué es lo que me ha contado Rasmus de ti? —dijo.

—Que no me reflejo en el espejo, ¿verdad, querida? —la interrumpió Erasmus con una sonrisa forzada, intentando demostrar que era una tontería creer que alguien podía perder su reflejo en el espejo, aunque en suma no se perdía mucho con ello, puesto que toda imagen reflejada en un espejo no era más que una ilusión, que la contemplación de uno mismo conducía al envanecimiento y que, además, una imagen así dividía el propio yo en sueño y realidad. Mientras decía esto, la mujer había quitado rápidamente el paño que cubría un espejo que tenían en el cuarto de estar. Miró en él y cayó al suelo como alcanzada por un rayo. Spikher la levantó pero, apenas hubo recuperado el conocimiento, lo apartó con repugnancia.

—¡Déjame! —gritó—. ¡Déjame, hombre abominable! Tú no eres, tú no eres mi marido, no… Tú eres un espíritu infernal, que me quiere robar la dicha, que me quiere llevar a la perdición… ¡Fuera, déjame, no tienes ningún poder sobre mí, condenado!

Su voz resonó por todo el cuarto de estar y por la sala, los sirvientes acudieron espantados y Erasmus salió a toda velocidad de la casa, lleno de rabia y de desesperación. Como empujado por una indómita locura, atravesó corriendo los solitarios caminos del parque que había junto a la ciudad. La figura de Giulietta se le apareció con angelical belleza; entonces exclamó:

—¿Así es como te vengas, Giulietta, por haberte abandonado y entregado solo mi reflejo en vez de a mí mismo? Ay, Giulietta, quiero ser tuyo en cuerpo y alma, ella me ha echado, ella, por la que yo te sacrifiqué, Giulietta, Giulietta, quiero ser tuyo en cuerpo y alma.

—Eso puede hacerlo muy bien, queridísimo amigo —dijo el *signor* Dapertutto a quien, de repente, vio justo a su lado con su levita escarlata y los relucientes botones de acero. Fueron palabras de consuelo para el desdichado Erasmus, de ahí que no prestara atención al rostro feo y malicioso de Dapertutto; se detuvo y preguntó en un tono muy lastimero:

—¿Cómo voy a volver a encontrarla, a ella, que para mí está perdida para siempre?

—De eso nada —respondió Dapertutto—, no está muy lejos de aquí y, asombrosamente, anhela sobremanera su estimada persona, estimado amigo, pues, como usted ve, la imagen de un espejo no es más que una vil ilusión. Por cierto, tan pronto como esté convencida de que tiene su estimada persona, es decir, en cuerpo, vida y alma, le devolverá su grato reflejo, listo e intacto.

—¡Lléveme hasta ella… hasta ella! —gritó Erasmus—. ¿Dónde está?

—Solo hace falta una nimiedad —le interrumpió Dapertutto— antes de que vea usted a Giulietta y pueda entregarse a ella a cambio de su reflejo. Usted no puede disponer por completo de su apreciada persona, puesto que está atado por ciertos lazos que primero es preciso desatar… Su amada esposa y su prometedor hijito…

—¿Qué significa eso? —dijo Erasmus muy sobresaltado.

—Una disolución irrelevante de esos lazos —continuó diciendo Dapertutto— podría llevarse a efecto de una manera muy humana. Ya sabe usted de Florencia que sé preparar con mucha habilidad algunos medicamentos maravillosos: aquí a mano tengo uno de esos remedios caseros. Solo con que aquellos que son un obstáculo entre usted y la amada Giulietta prueben unas gotas se desplomarán sin decir palabra y sin gestos de dolor. Cierto que a eso lo llaman morir, y que la muerte ha de ser amarga; pero ¿acaso no es adorable el sabor de las almendras amargas? Y solo tiene esa amargura la muerte que encierra este frasquito. Justo en el momento en que se desplomen tan felices, su apreciada familia emanará un grato aroma a almendras amargas… Tenga, queridísimo amigo.

Y le tendió a Erasmus una pequeña redoma[33].

—Individuo abominable —gritó éste—, ¿he de envenenar a mi mujer y a mi hijo?

—¿Quién habla de veneno? —terció el de rojo—. En la redoma no hay más que un remedio casero de muy buen sabor. Tendría otros medios a mi disposición para procurarle su libertad, pero con usted me gustaría resultar natural, humano, bueno, eso es lo que más me gusta. ¡Cójalo tranquilo, amigo mío!

Erasmus tenía la redoma en la mano, ni él mismo sabía cómo. Sin pensar en nada corrió a casa y se metió en su habitación. La esposa había pasado la noche entre miles de angustias y tormentos, sin dejar de afirmar que el que había regresado no era su marido, sino un espíritu infernal que había adoptado su figura. En cuanto Spikher entró en la casa, todos salieron volando atemorizados, únicamente el pequeño Rasmus se atrevió a acercarse a él y a preguntarle ingenuamente por qué no traía su reflejo, que a su madre le iba a entrar una pena de muerte. Furioso, Erasmus se quedó mirando al pequeño, aún llevaba en la mano la redoma de Dapertutto. El pequeño llevaba en el brazo su paloma preferida, y así sucedió que esta acercó el pico a la redoma y picoteó el tapón; al instante inclinó la cabeza: estaba muerta. Erasmus dio un salto, horrorizado.

—¡Traidor! —gritó—. ¡No me vas a convencer para que cometa un acto infernal!

Arrojó por la ventana abierta la redoma que se rompió en mil pedazos sobre los adoquines del patio. Un agradable olor a almendras subió y se extendió por la sala. El pequeño Rasmus se había marchado corriendo, asustado. Spikher pasó todo el día torturado por mil tormentos, hasta que llegó la medianoche. Entonces la imagen de Giulietta fue cobrando cada vez más vida en su interior. En una ocasión, en presencia de él, se le había roto un collar de esas pequeñas cuentas que las mujeres llevan como si fueran perlas. Como habían estado en el cuello de Giulietta, al recoger las cuentas se había guardado una rápidamente y la conservaba con gran fidelidad. Ahora la sacó y, mientras la contemplaba, dirigió sus pensamientos a la amada perdida. Fue como si de la perla saliera aquella mágica fragancia que en otro tiempo lo envolvía cuando estaba cerca de Giulietta.

—Ay, Giulietta, verte aunque sea una sola vez más y luego sucumbir a la

perdición y al oprobio.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando en el pasillo, delante de la puerta, empezó a oír un suave crepitar. Oyó unos pasos… y llamaron a la puerta de la habitación. Erasmus se quedó sin aliento por la angustia y la esperanza de un presentimiento. Abrió. Giulietta entró con suma hermosura y gracia. Loco de amor y de deseo la estrechó entre sus brazos.

—Aquí estoy, amado mío —dijo en voz baja y suave—, pero ¡mira con cuánta fidelidad he guardado tu reflejo!

Ella retiró el paño del espejo, Erasmus vio encantado su imagen, pegado a Giulietta; sin embargo, como si él no existiera, no reflejaba ninguno de sus movimientos. Erasmus sintió escalofríos.

—Giulietta —exclamó—, ¿es que mi amor por ti va a volverme loco?… Dame mi reflejo, tómame a mí en cuerpo, vida y alma.

—Todavía hay algo que se interpone entre nosotros, querido Erasmus —dijo Giulietta—, ya lo sabes… ¿No te ha dicho Dapertutto…?

—Por Dios, Giulietta —la interrumpió Erasmus—, si solo puedo ser tuyo de ese modo, prefiero morir.

—Dapertutto —continuó diciendo Giulietta— no tiene por qué inducirte a cometer algo así. Claro que es espantoso que un voto y una bendición sacerdotal tengan tanto poder, pero eres tú el que tiene que deshacer el lazo que te ata, porque de lo contrario nunca serás mío del todo, y para ello hay un remedio mejor que el que te ha propuesto Dapertutto.

—¿En qué consiste? —preguntó Erasmus ansioso.

Entonces Giulietta le pasó el brazo por la nuca y, apoyando la cabeza sobre su hombro, le susurró suavemente:

—Escribes en una hojita tu nombre, Erasmus Spikher, al pie de estas pocas palabras: «Otorgo a mi buen amigo Dapertutto poder sobre mi esposa y mi hijo para que haga y deshaga con ellos lo que le venga en gana y rompa el lazo que me ata, porque, a partir de ahora, quiero pertenecer con mi cuerpo y con mi alma inmortal a Giulietta, a la que he escogido como esposa y a la que siempre estaré unido por un voto especial».

Erasmus sintió un temblor y un estremecimiento que recorrían todo su cuerpo. En sus labios ardían besos de fuego, en la mano tenía la hojita que le había dado Giulietta. De repente, con un tamaño gigantesco, Dapertutto apareció detrás de Giulietta, tendiéndole una pluma de metal. En ese mismo instante, a Erasmus se le reventó una venita de la mano izquierda y empezó a salir sangre.

—Mójala, mójala… escribe, escribe —chilló el de rojo.

—Escribe, escribe, mi eterno, mi único amado —susurró Giulietta.

Ya había llenado la pluma de sangre y se disponía a escribir cuando la puerta se abrió y entró una figura blanca que, con sus fantasmales ojos fijos en Erasmus, exclamó en tono lúgubre, llena de dolor:

—Erasmus, Erasmus, ¿qué estás haciendo?… ¡Por el amor del Redentor, desiste de tan horripilante acción!

Erasmus, reconociendo en la admonitoria figura a su mujer, apartó la hoja y la pluma… Unos rayos centelleantes salieron de los ojos de Giulietta: tenía el rostro espantosamente descompuesto, su cuerpo era un ascua ardiente.

—Desiste de mí, criatura infernal, no tendrás ni una sola parte de mi alma. En nombre del Redentor aléjate de mí. Serpiente… el infierno arde en ti.

Esto gritó Erasmus y, con la fuerza de su puño, apartó a Giulietta, que aún lo tenía abrazado. Se oyeron entonces alaridos y lamentos en un tono desagradable y cortante, y se oyó un rumor, como si unas negras alas de cuervo rondaran por la habitación. Giulietta y Dapertutto desaparecieron entre un humo espeso y maloliente que parecía salir de las paredes y apagaba las velas. Por fin los rayos del alba entraron por la ventana. Erasmus fue enseguida a ver a su mujer. La encontró serena y afable. El pequeño Rasmus estaba sentado en su cama, ya muy despierto; ella le tendió la mano al marido exhausto, diciéndole:

—Ahora sé todo lo malo que te ha acontecido en Italia, y lo lamento de todo corazón. El poder del enemigo es muy grande y, como está entregado a todos los vicios posibles, también roba mucho y no ha podido resistirse al deseo de quitarte perversamente tu apuesto reflejo, en todo igual a ti… ¡Mira en aquel espejo, mi amado, mi bondadoso marido!

Spikher lo hizo, temblando de pies a cabeza, con semblante muy lastimero. El espejo siguió reluciente y transparente, no se veía en él a ningún Erasmus Spikher.

—En esta ocasión —continuó diciendo la mujer—, es mucho mejor que el espejo no refleje tu imagen, porque tienes un aspecto muy ridículo, querido Erasmus. Pero seguro que tú mismo comprenderás que sin reflejo eres el hazmerreír de la gente y no puedes ser un padre de familia honrado y perfecto, que infunda respeto a su esposa e hijos. Rasmito también se ríe ya de ti y dice que va a pintarte un bigote de carbón porque no podrás verlo. Así que vete a recorrer un poco el mundo y trata de quitarle al diablo tu reflejo. Cuando lo tengas, te recibiré de todo corazón. Dame un beso —Spikher se lo dio— y bueno… ¡que tengas buen viaje! Mándale a Rasmus de vez en cuando un par de pantaloncitos nuevos, siempre anda de rodillas y necesita muchos. Y, si vas a Núremberg, como buen padre, cómprale también un húsar de muchos colores y un dulce de especias[34]. ¡Que te vaya muy bien, querido Erasmus!

La mujer se dio la vuelta y se durmió. Spikher levantó al pequeño Rasmus y lo estrechó contra su corazón, pero, como gritaba mucho, volvió a dejarlo en el suelo y se marchó por el ancho mundo. En una ocasión se encontró con cierto Peter Schlemihl, que había vendido su sombra; decidieron ir juntos, de modo que Erasmus Spikher proyectara la necesaria sombra y Peter Schlemihl, en cambio, reflejara la correspondiente imagen en el espejo: pero no dio resultado.

FIN DE LA HISTORIA DE LA IMAGEN PERDIDA DEL ESPEJO

¿Qué es lo que me está mirando en ese espejo?… ¿De verdad soy yo?… Oh, Julie… Giulietta… imagen celestial… espíritu infernal… tormento y éxtasis… anhelo y desesperación… Ya ves, mi querido Theodor Amadeus Hoffmann, que un extraño y oscuro poder se presenta en mi vida con demasiada frecuencia y, engañándome mientras duermo con los mejores sueños, me pone unas figuras muy extrañas en el camino. Absorto en las apariciones de la noche de San Silvestre, estoy a punto de creer que aquel consejero de Justicia era realmente de azúcar, su té la exhibición de Navidad o de Año Nuevo de una confitería, y la encantadora Julie aquel seductor retrato femenino de Rembrandt o de Callot que le robó al desdichado Erasmus Spikher el apuesto reflejo que era igual a él. ¡Perdónamelo!

Las hermanas

Nathaniel Hawthorne

(1839)

Traducción

Miguel Temprano García

Nathaniel Hawthorne (1804-1864) nació en 1804 en Salem, Massachusetts. Cuando tenía cuatro años, su padre, capitán de la marina mercante, murió de fiebre amarilla cerca de Surinam; y, desde entonces hasta casi su matrimonio con Sophia Peabody, en 1842, llevó una vida extraña y solitaria, recluido en la mansión familiar junto a su madre y sus dos hermanas, con las que casi ni se veía ni hablaba. En su soledad, leía y escribía, especialmente cuentos fantásticos, envuelto en la innatural atmósfera de la casa y en su historia de recuerdos trágicos (uno de sus antepasados fue juez en el famoso proceso de las brujas de Salem), que novelaría posteriormente en *La casa de los siete tejados* (1851). Entre sus obras cabe destacar las novelas *La letra escarlata* (1850), *La granja de Blithedale* (1852) y *El fauno de mármol* (1860), así como numerosos relatos breves que recogería, entre otros volúmenes, en *Cuentos contados dos veces* (1837), *Musgos de una vieja casa parroquial* (1846), *El libro de las maravillas* (1852) y *Cuentos de Tanglewood* (1852). Además de inspector de aduanas en Boston, participó brevemente en la experiencia de la comuna de Brook Farm, fue cónsul de Estados Unidos en Liverpool, y vivió en Florencia, Roma y Londres. Murió en Plymouth, Nueva Inglaterra, en 1864.

«Las hermanas» («The Sister Years») se publicó por primera vez en la revista *Salem Gazette* en enero de 1839, y fue incluido en la segunda edición de *Cuentos contados dos veces* (James Munro & Company, Boston, diciembre de 1841). Ambientada en la noche de fin de año, ofrece una curiosa personificación de Año Nuevo y Año Viejo, en un diálogo entre la esperanza y la decepción.

Anoche, entre las once y las doce, cuando Año Viejo dejaba sus últimas huellas en las lindes del imperio del Tiempo, encontró un momento libre y se sentó —de todos los sitios del mundo— en las escaleras del nuevo Ayuntamiento. El invernal claro de luna revelaba que tenía el cuerpo fatigado y el corazón entristecido, como tantos otros que vagan por la tierra. Su ropa, muy usada y expuesta a las inclemencias del tiempo, se hallaba en muy malas condiciones y como, con la precipitación del viaje, no había podido disponer hasta entonces de un instante de descanso, sus zapatos estaban tan gastados que no valía la pena arreglarlos. Pero a la pobre Año Viejo le quedaba por recorrer una corta distancia y luego estaba destinada a disfrutar de un larguísimo sueño. He olvidado decir que cuando se sentó en las escaleras dejó a su lado una enorme sombrerera en la que, como acostumbran los viajeros de su sexo, transportaba muchas cosas de valor. Además de ese equipaje, llevaba debajo del brazo un libro en folio muy parecido al anuario de un periódico. Lo dejó sobre sus rodillas, apoyó los codos en él, descansó la frente en las manos y, fatigada, harapienta y hastiada del mundo, soltó un profundo suspiro como si no conservara ningún buen recuerdo de su pasada existencia.

Mientras esperaba la campanada que a medianoche la convertiría en miembro de la innumerable hermandad de los años pasados, se le acercó una joven doncella que venía andando ligera como de puntillas por la calle que lleva al depósito de ferrocarril. Evidentemente era forastera, y puede que hubiese llegado a la ciudad en el tren nocturno. Una sonriente alegría en el rostro de aquella damisela delataba su total confianza en la buena recepción que le dispensaría la multitud a la que muy pronto iba a conocer. Su vestido era un poco fresco para la estación, y estaba adornado con cintas ondulantes y otros adornos que probablemente le arrebatarían pronto las feroces tormentas o el calor del sol cuando recorriera su sinuoso camino. Pero aun así era una figura tan maravillosamente bella, prometedora y henchida de una indescriptible esperanza, que resultaba casi imposible encontrársela sin concebir algo muy deseable —la consumación de algo bueno y deseado desde hace mucho tiempo — gracias a sus buenos oficios. Aquí y allá hay tristes personajes a quienes han engañado a menudo otras jóvenes doncellas tan prometedoras como ella y que han dejado de tener esperanza en las faldas de Año Nuevo. Pero, por mi parte, tengo mucha fe en ella y, si viviese cincuenta años más, seguiría contando con conseguir de sus sucesivas hermanas algo por lo que valga la pena vivir.

Año Nuevo —pues ésa y no otra era la joven doncella— transportaba todos sus bienes y enseres en una cesta no muy grande ni pesada que llevaba del brazo. Saludó con mucho afecto a la desconsolada Año Viejo y se sentó a su lado en las escaleras del Ayuntamiento para esperar la señal que daría inicio a sus vagabundeos por el

mundo. Las dos eran hermanas, pues eran nietas del Tiempo y, aunque una parecía mucho mayor que la otra, la causa eran más los apuros y las privaciones que la edad, pues solo se llevaban doce meses.

—Caramba, querida hermana —dijo Año Nuevo, después de los primeros saludos —, pareces muerta de cansancio. ¿Qué has estado haciendo durante tu estancia en esta parte del espacio infinito?

—¡Ay!, lo tengo todo aquí escrito en mi libro de recuerdos —respondió Año Viejo con voz apesadumbrada—. No es muy divertido, y pronto lo aprenderás de tus propias vivencias. Es una lectura fatigosa.

No obstante, pasó las páginas del ejemplar en folio y las hojeó a la luz de la luna, llevada por un irresistible interés por su propia biografía por más que recordara los incidentes sin alegría. El volumen, aunque ella lo llamara su libro de recuerdos, era ni más ni menos que la *Gaceta de Salem* de 1838; en cuya exactitud la sagaz Año Viejo tenía tanta confianza que le había parecido innecesario escribir su historia con su propia pluma.

—¿Qué has hecho en cuestiones políticas? —preguntó Año Nuevo.

—Bueno, la verdad es que me avergüenza confesarlo —respondió Año Viejo—, pero aquí, en Estados Unidos, he seguido un rumbo más bien vacilante, unas veces me he inclinado por los *whigs*, y he hecho que el partido de la administración entonara vítores, y otras he alzado la bandera de una oposición casi postrada; así que los historiadores no sabrán qué decir de mí al respecto. Aunque los Locofocos[35]…

—No me gustan esos motes partidistas —la interrumpió su hermana, que parecía muy quisquillosa con determinadas cuestiones—. Si queremos despedirnos de buen humor, vale más que dejemos de lado la política.

—De mil amores —replicó Año Viejo, a quien casi se habían llevado por delante aquellas disputas—. Te aseguro que tanto me da no volver a oír hablar de *whigs* o de *tories*, ni de sus interminables riñas sobre los bancos, la subsecretaría del Tesoro, la abolición de la esclavitud, Texas, la guerra de Florida y un millón de cosas más de las que pronto sabrás más de lo que quisieras. Aunque han ocupado tanto mi atención que casi no sé qué otra cosa contarte. Ha habido, desde luego, una especie de guerra un tanto extraña en la frontera del Canadá, donde ha corrido la sangre en nombre de la libertad y el patriotismo; pero hasta un futuro, tal vez aún muy lejano, no sabremos si esos nombres sagrados se invocaron con justicia. No hay nada que me entristezca más al contemplar los asuntos humanos que ver tanta energía desperdiciada y tantas vidas y dichas tiradas por la borda por designios que a menudo parecen desaconsejables, y aún más a menudo no llegan a cumplirse. Y, pese a todo, las personas más sabias y mejores conservan la fe en el progreso constante de la humanidad y en que tantas angustias y esfuerzos sirven para pulir las imperfecciones del peregrino inmortal y quedarán olvidadas una vez hayan cumplido su función.

—Quizá —exclamó esperanzada Año Nuevo— llegue a ver ese día.

—Dudo mucho que esté tan cerca —respondió Año Viejo con una sonrisa

solemne—. No tardarás en hartarte de esperar y procurarás entretenerte, como he hecho yo a menudo, con los asuntos de alguna ciudad austera y pequeña como esta de Salem. Henos aquí en las escaleras del nuevo Ayuntamiento, que se ha completado bajo mi administración y, si vieras cómo se reproduce en miniatura la partida de ajedrez de la política que se disputa en el gran tablero del Capitolio en Washington, te reirías. Aquí encuentra su combustible la ambición más ardiente, el patriotismo habla con descaro en nombre del pueblo y el bien de la economía exige recortes en los emolumentos del farolero; aquí los concejales hacen acopio de dignidad senatorial en torno al sillón del alcalde, y el consejo comunal cree tener la libertad a su cargo. En suma, las debilidades y fortalezas humanas, la pasión y la política, las tendencias del hombre, sus fines y formas de perseguirlos, su carácter individual y como miembro de la masa pueden estudiarse casi tan bien aquí como en el teatro de las naciones, y con una enorme ventaja: que, aunque la lección sea desastrosa, su alcance liliputiense sigue haciendo sonreír a quien la contempla.

—¿Has hecho mucho por mejorar la ciudad? —preguntó Año Nuevo—. A juzgar por lo poco que he visto, parece antigua y deteriorada por el tiempo.

—He traído el ferrocarril —dijo Año Viejo—, y media docena de veces al día oirás la campana que antes llamaba a la oración a los monjes de un convento español anunciar la partida o la llegada de los vagones. La vieja Salem tiene ahora una expresión mucho más animada que la primera vez que la vi. De Boston llegan forasteros a centenares. Essex Street está abarrotada de caras nuevas. Los carruajes y los ómnibus traquetean sin cesar sobre el pavimento. Se han multiplicado visiblemente los bares de ostras y otros establecimientos para atender a una multitud diurna y transitoria. Pero un cambio aún más importante aguarda a la venerable ciudad. La libre circulación de las personas acabará con una inmensa cantidad de prejuicios polvorientos. Cierta peculiaridad de carácter de la que sus habitantes apenas son conscientes se borrará y desaparecerá para siempre gracias al añadido de esas sustancias foráneas. Gran parte del resultado será para bien; y también habrá cosas no tan buenas. Para bien o para mal es probable que se reduzcan la influencia moral de la riqueza y el poder de una clase aristocrática que, desde tiempo inmemorial, ha ejercido aquí un dominio mayor que en ninguna otra ciudad de Nueva Inglaterra.

Año Viejo, después de agotar con palabras el escaso aliento que le quedaba, cerró su libro de recuerdos y se disponía ya a despedirse cuando su hermana la detuvo un rato más al preguntarle que había en la enorme sombrerera que llevaba a cuestas con tanto esfuerzo.

—No son más que bagatelas —respondió Año Viejo— que he ido recogiendo en mis vagabundeos y que me dispongo a depositar en el receptáculo de las cosas pasadas y olvidadas. La hermandad de los años nunca se lleva del mundo nada de verdadero valor. Hay aquí algunas muestras de casi todas las cosas que he puesto de moda y que ya han vivido el tiempo que les fue asignado; tú las reemplazarás con

otras igual de efímeras. Aquí, dentro de estos botecitos de porcelana, como si fuese colorete, está la lozanía que muchas bellas desconsoladas me reprocharon con amargura que les robara. También tengo bastante cabello negro de los hombres, y a cambio les he dejado mechones grises o nada. Las lágrimas de las viudas y otros mortales afligidos que han recibido consuelo en los últimos doce meses las conservo en varias docenas de frasquitos de esencias, bien cerrados y sellados. Tengo varios mazos de cartas amorosas que exhalan una eternidad de pasión ardiente que se enfrió y pereció casi antes de que se secara la tinta. Además tengo un surtido de miles de promesas rotas y otras cosas averiadas, todas muy livianas y empaquetadas en muy poco espacio. Los objetos que más pesan son un gran paquete de esperanzas defraudadas, que hace poco eran lo bastante ligeras para inflar el globo aerostático del señor Lauriat.

—Yo llevo muchas esperanzas en mi cesta —observó Año Nuevo—. Son una flor muy aromática… una especie de rosa.

—Pronto perderán su perfume —respondió la sombría Año Viejo—. ¿Qué más has traído para asegurarte la bienvenida de la insatisfecha raza de los mortales?

—Pues, para serte sincera, poca cosa más —respondió su hermana con una sonrisa—, solo unos cuantos anuarios y almanaques nuevos y unos cuantos regalos para los niños. Pero les deseo lo mejor a los pobres mortales y haré todo lo que esté en mi mano para que mejoren y sean felices.

—No es mal propósito —replicó Año Viejo—. Por cierto, tengo un montón de buenos propósitos que se han vuelto tan rancios y mohosos que me avergüenza llevarlos conmigo. Si no fuese por miedo a que las autoridades municipales enviaran al alguacil Mansfield a detenerme, los tiraría a la calle ahora mismo. Llevo muchas más cosas en la sombrerera, pero el lote completo no recibiría una sola oferta ni en una subasta de muebles viejos; y, como no tienen valor ni para ti ni para nadie, prefiero no incomodarte con el catálogo completo.

—Y ¿yo también tendré que cargar con tanto trasto inútil en mis viajes? —preguntó Año Nuevo.

—Casi seguro, y considérate afortunada si no te toca algo más pesado —respondió la otra—. Y ahora, querida hermana, tengo que despedirme, no sin antes aconsejarte, y exhortarte a ello con la mayor seriedad, que no esperes gratitud ni buena voluntad de este mundo malhumorado, insensato, desconsiderado, malintencionado y grosero. Por calurosa que sea su bienvenida, y por mucho que hagas para procurarles la felicidad, seguirán quejándose, anhelando lo que no puedes concederles y esperando que otro año se cumplan unos proyectos que nunca deberían haber concebido y que, si llegan a realizarse, solo les darán nuevos motivos de descontento. Si esa gente tan ridícula ve alguna vez algo tolerable en ti, será después de que te hayas ido para siempre.

—Pero yo intentaré dejarla más sabia que a mi llegada —exclamó la ingenua Año Nuevo—. Les ofreceré gratis todos los dones que la Providencia me permita

concederles y les diré que se sientan agradecidos por lo que tienen y que esperen más con humildad; y, sin duda, si no son tontos de remate, condescenderán a ser felices y me dejarán ser un año feliz. Pues mi felicidad depende de ellos.

—¡Ay de ti, mi pobre hermana! —dijo Año Viejo con un suspiro mientras levantaba su carga—. Las nietas del Tiempo hemos nacido para sufrir. Dicen que la felicidad reside en las mansiones de la eternidad, pero solo podemos llevar allí a los mortales paso a paso, entre murmullos reticentes, y debemos perecer al llegar al umbral. Pero ¡escucha!, mi tarea está cumplida.

El reloj del campanario de la iglesia del doctor Emerson dio las doce. Se oyó la respuesta de la del doctor Flint, al otro extremo de la ciudad; y, cuando las campanadas resonaban aún en el aire, Año Viejo alzó el vuelo o se desvaneció, y ni la sabiduría ni el poder de los ángeles, por no hablar de los anhelos arrepentidos de los millones de personas que la habían tratado mal, habrían conseguido que retrocediese un solo paso. Aunque, acompañada por el Tiempo y toda su familia, algún día ajustará cuentas con la humanidad. Igual que la damisela Año Nuevo que, en cuanto el reloj dejó de sonar, se levantó de las escaleras del Ayuntamiento e inició con timidez su recorrido terrenal.

—Feliz Año Nuevo —gritó un sereno, mirándola con gesto indeciso, aunque sin albergar la menor sospecha de que se estaba dirigiendo al Año Nuevo en persona.

—Muchas gracias —respondió ella, y le dio al sereno una de las rosas de esperanza que llevaba en su cesta—. ¡Adiós! Y ojalá que esta flor conserve su aroma por mucho tiempo.

Luego aceleró el paso por las calles silenciosas, y los que estaban despiertos dijeron al oír sus pasos: «¡Ya tenemos Año Nuevo!».

Todos los corrillos de juerguistas y trasnochadores bebieron a su salud. No obstante, ella suspiró al notar el ambiente viciado —como siempre será el aire de este mundo— con el aliento agónico de los mortales que habían aguardado lo suficiente para que ella los enterrara. Pero aún quedaban millones con vida para celebrar su llegada, así que prosiguió su camino con confianza, esparciendo ante el umbral de casi todas las casas flores simbólicas, que unos recogerían para llevarlas en el pecho y otros pisotearían. El mensajero solo puede añadir que a primera hora de esta mañana le llenó la cesta de proclamas de Año Nuevo y le aseguró que toda la ciudad, con el nuevo alcalde, los regidores y el concejo comunal a la cabeza, correría a procurarse un ejemplar. Amables patronos: ¿no cumpliréis las promesas de Año Nuevo?

Canción de Navidad
en prosa
o
Historia navideña de fantasmas

Charles Dickens

(1843)

Traducción

José Luis López Muñoz

Charles Dickens (1812-1870) nació en Portsmouth, segundo de los ocho hijos de un funcionario de la marina. A los doce años, encarcelado el padre por deudas, tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Bosquejos de Boz* (1836-1837) tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de *Los papeles póstumos del club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inicia su época de madurez novelística, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona y su favorita, en la que elaboró algunos episodios autobiográficos, *Casa desolada* (1852-1853), *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1860-1861). Trabajador infatigable, Dickens escribió además relatos breves, artículos, dirigió dos revistas —*Household Words* y *All the Year Round*— e hizo varias giras de conferencias por Gran Bretaña y Estados Unidos. Murió en Londres en 1870.

«Canción de Navidad» («A Christmas Carol») se publicó por primera vez en Londres en diciembre de 1843 (Chapman & Hall). Su éxito ayudaría a recuperar las viejas tradiciones navideñas (condenadas por la Reforma protestante y los puritanos), convirtiendo estas fiestas en una celebración más familiar que religiosa y popularizando las costumbres de escribir tarjetas navideñas, adornar la casa, intercambiar regalos y cantar villancicos.

PREFACIO

En este librito fantasmal me he esforzado por despertar el fantasma de una idea que impida a mis lectores enfadarse consigo mismos, con otras personas, con las fiestas navideñas o conmigo. Ojalá esta obrita hechice amablemente sus hogares y nadie sienta deseos de interrumpir su lectura.

Vuestro fiel amigo y servidor
C. D.
Diciembre de 1843

PRIMERA ESTROFA
EL FANTASMA DE MARLEY

Marley estaba muerto: empecemos por ahí. Sobre eso no hay ninguna duda. El clérigo, el funcionario, el empresario de pompas fúnebres y la persona que presidió el duelo firmaron el registro del entierro. Lo firmó Scrooge, y el apellido Scrooge hacía bueno cualquier documento en el que apareciera. El viejo Marley estaba tan muerto como un clavo de puerta.

Vayamos por partes: no quiero decir con eso que yo sepa, por experiencia propia, qué tiene de especialmente muerto un clavo de puerta. Por lo que a mí respecta, me inclinaría a considerar que un clavo de ataúd es el trozo de hierro más muerto que hay en el mercado. Pero la sabiduría de nuestros antepasados radica en el símil; y mis manos pecadoras no lo perturbarán, porque, de lo contrario, el país iría a la ruina. Me permitirán ustedes, por tanto, que repita, con rotundidad, que Marley estaba tan muerto como un clavo de puerta.

¿Lo sabía Scrooge? Por supuesto que sí. ¿Cómo podría ser de otra manera? Marley y él habían sido socios no sé cuantísimos años. Scrooge fue además su albacea, administrador, cesionario, legatario del remanente, amigo y única persona que lo acompañó al cementerio. Y ni siquiera Scrooge quedó tan afectado por el triste acontecimiento como para no solemnizarlo —excelente hombre de negocios que era — con un trato de lo más ventajoso el día mismo del funeral.

La mención del funeral de Marley me devuelve al punto de partida. No hay duda de que Marley estaba muerto. Esto hay que entenderlo con toda claridad; de lo contrario la historia que me dispongo a relatar perdería todo su encanto. Si no estuviéramos convencidos de que el padre de Hamlet muere antes de que empiece la

obra, no tendría nada de particular que se diera un paseo de noche, con viento de levante, por las murallas de su castillo: no pasaría de hacer lo mismo que cualquier otro caballero de edad avanzada que, después de oscurecido, se presenta de manera imprudente en un sitio ventoso —pongamos el cementerio de San Pablo— para dejar estupefacto a su hijo, un poco inestable mentalmente.

Scrooge nunca borró el nombre del viejo Marley. Allí seguía, años después, encima de la puerta de su negocio: Scrooge y Marley. A la empresa se la conocía como Scrooge y Marley. Y los recién llegados unas veces llamaban Scrooge a Scrooge, y otras lo llamaban Marley, pero él contestaba en ambos casos. Le daba lo mismo.

Y es que el bueno de Scrooge tenía la mano bien firme en la piedra de afilar. ¡Era un avaro que sabía apretar, arrancar, torcer, empujar, rascar y sobre todo no soltar nunca! Duro y cortante como el pedernal, ningún acero había hecho que se le escapara nunca una chispa de generosidad; cerrado, sellado, solitario como una ostra. El frío interior le helaba las viejas facciones, le mordía la nariz puntiaguda, le arrugaba las mejillas, le agarrotaba las extremidades, le enrojecía los ojos y le amorataba los labios; y se manifestaba hacia el exterior en el tono agrio de su voz. Una escarcha helada le teñía la cabeza, las cejas y la barbilla enjuta. Siempre lo acompañaba su baja temperatura; helaba su despacho en los días de canícula; y tampoco entraba en calor por el hecho de ser Navidad.

El calor y el frío de fuera le influían muy poco. Ninguna tibieza lo calentaba, ni tiempo invernal alguno lo enfriaba. Ningún viento, por mucho que soplara, era más cortante que él, ninguna nieve que cayera estaba más concentrada en su propósito, ninguna lluvia violenta menos dispuesta a escuchar súplicas. El mal tiempo no sabía cómo hacer presa en él. La lluvia más intensa, la nieve y el granizo, al igual que el aguanieve, solo podían presumir de aventajarlo en una cosa. Ellos, a menudo, caían «con profusión»; en el caso de Scrooge, eso no sucedía nunca.

Nadie lo paraba en la calle para decirle, con alegre sorpresa: «Mi querido Scrooge, ¿qué tal está? ¿Cuándo vendrá a verme?». Ningún mendigo le pedía un óbolo, ni los niños le preguntaban la hora, ni tampoco hombre o mujer se le acercaron una sola vez en toda su vida para averiguar cómo ir a tal o cual sitio. Incluso los perros de los ciegos parecían conocerlo; y cuando lo veían acercarse, tiraban de sus dueños para meterlos en un portal o en el interior de un patio, y luego movían la cola como si dijeran: «¡Que no lo vean a uno siempre es más seguro que el mal de ojo, pobre amo mío!».

Pero ¡qué más le daba a Scrooge! Era precisamente eso lo que le gustaba. Para Scrooge, abrirse camino por los abarrotados senderos de la vida advirtiendo a la buena gente de la conveniencia de guardar las distancias era como engullir pastelillos para el goloso.

Sucedió en cierta ocasión —de todos los días hermosos que hay en el año, una Nochebuena— que el viejo Scrooge trabajaba como de costumbre en su

establecimiento. El tiempo era frío, desolado, cortante, neblinoso; y él oía a la gente fuera que estornudaba mientras iba de aquí para allá, que se golpeaba el pecho con las manos y que daba patadas a los adoquines para tratar de calentarse. Los relojes de la ciudad acababan de dar las tres, pero ya había oscurecido —apenas hubo luz en todo el día— y empezaban a encenderse velas en las ventanas de los despachos vecinos, como manchas rojizas en un aire gris y espeso. La niebla se introducía por las rendijas y los ojos de las cerraduras y se espesaba tanto en el exterior que, si bien el patio era de los más estrechos, las casas del otro lado no pasaban de simples fantasmas. Al ver las nubes oscuras descender más y más, ennegreciéndolo todo, se podría haber pensado que la Naturaleza había venido a instalarse allí cerca, y que fabricaba cerveza a gran escala.

La puerta del despacho estaba abierta porque Scrooge no quería perder de vista a su empleado, que, situado un poco más lejos, en un sombrío cubículo, una especie de celda de presidiario, pasaba cartas a limpio. Scrooge disponía de un fuego pequeño, pero el del empleado era tan diminuto que parecía no tener más que un trozo de carbón. No podía, sin embargo, añadirle combustible, porque Scrooge guardaba el cubo en su cuarto; y, todas las veces que el pobre desgraciado entraba con la pala, su patrón le anticipaba que no iba a tener más remedio que despedirlo. Con lo que el empleado se ponía su bufanda blanca y trataba de calentarse con la vela, esfuerzo en el cual, por ser hombre de poca imaginación, fracasaba.

—¡Feliz Navidad, tío! ¡Que Dios le bendiga! —exclamó una voz alegre. Era el sobrino de Scrooge, y había aparecido tan de repente que aquella exclamación fue la primera señal que recibió su tío de su presencia.

—¡Bah! —dijo Scrooge—. ¡Paparruchas!

Tanto se había calentado caminando a buen paso entre la niebla y el hielo aquel sobrino de Scrooge que estaba todo él resplandeciente, el rostro encendido y cordial; los ojos le brillaban y lanzaba nubes de vapor con la respiración.

—¿Paparruchas las Navidades, tío? —preguntó el recién llegado—. Estoy seguro de que no lo dice en serio.

—Claro que sí —respondió Scrooge—. ¿Por qué demonios estás tan alegre? ¿Qué motivos tienes para regocijarte? No has salido de pobre, que yo sepa.

—Vamos, vamos —replicó alegremente el sobrino—. ¿Qué derecho tiene usted a verlo todo tan negro? ¿Qué razón aduce para estar taciturno? No le falta dinero, que yo sepa.

Scrooge, incapaz de improvisar sobre la marcha una respuesta contundente, repitió su «¡Bah!». y concluyó de nuevo con su «¡Paparruchas!».

—¡No se enfade, tío! —dijo el sobrino.

—¿Cómo no me voy a enfadar —replicó el tío—, si vivo en semejante mundo de estúpidos? ¡Feliz Navidad! ¡Al infierno con vuestra feliz Navidad! ¿Qué son las navidades excepto un tiempo para no tener dinero con que pagar las facturas; para descubrir que ha pasado un año más pero no eres ni una hora más rico; una época

para cuadrar tu contabilidad y tener todos tus asientos, a lo largo, nada menos, de doce meses, presentados sin remedio contra ti? Si de mí dependiera —dijo Scrooge lleno de indignación— a todo imbécil que va por ahí con «¡Feliz Navidad!». en los labios, habría que cocerlo con su propio pudín y enterrarlo con una rama de acebo clavada en el corazón. ¡Te lo aseguro!

—¡Tío! —suplicó el sobrino.

—¡Sobrino! —replicó Scrooge con dureza—. Celebra la Navidad a tu manera y déjame que yo la celebre a la mía.

—¡Celebrarla! —repitió el sobrino—. Pero ¡si usted no la celebra!

—Déjame entonces que la olvide —dijo Scrooge—. ¿Es que a ti te va a servir de algo celebrarla? ¿Te ha servido de algo alguna vez?

—Hay muchas cosas de las que podría haberme beneficiado y que no he sabido aprovechar, me atrevo a decir —replicó el sobrino—. La Navidad entre otras. Pero estoy seguro de que siempre he pensado en ella, cuando llega (aparte de la veneración debida a lo sagrado de su nombre y de su origen, si es que algo relacionado con ella se puede separar de eso), como una buena época; un tiempo de amabilidad, de perdón, de caridad, de alegría; la única época, que yo sepa, en el largo calendario del año, en que hombres y mujeres parecen, de común acuerdo, abrir su corazón sin restricciones, y pensar en sus inferiores como si de verdad fuesen compañeros de viaje hacia la tumba, y no otra raza de criaturas empeñadas en recorridos completamente distintos. Y en consecuencia, tío, aunque nunca me ha metido en el bolsillo ni una pizca de oro ni de plata, creo que la Navidad me ha hecho bien, y me lo seguirá haciendo; y lo que digo es: ¡que Dios la bendiga!

El empleado, desde su celda, aplaudió sin querer. Como se dio cuenta en el acto de la incorrección cometida, atizó el fuego y acabó para siempre con el último débil destello.

—Como le oiga a usted hacer algún otro ruido —dijo Scrooge— ¡celebrará la Navidad perdiendo su empleo! Eres un orador muy elocuente, caballerete —añadió, volviéndose hacia su sobrino—. Me pregunto por qué no estás aún en el Parlamento.

—No se enfade, tío. ¡Vamos! Venga mañana a cenar con nosotros.

Scrooge dijo que lo vería en el… Sí; cierto que lo hizo. Dijo la frase entera, y añadió que antes lo vería en aquella situación extrema.

—Pero ¿por qué? —exclamó el sobrino de Scrooge—. ¿Por qué?

—¿Por qué te casaste? —preguntó Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¡Porque te enamoraste! —gruñó Scrooge, como si aquello fuese la única cosa del mundo más ridícula que una feliz Navidad—. ¡Buenas tardes!

—No, tío, recuerde que tampoco venía usted a verme antes de que eso sucediera. ¿Por qué darlo como una razón para no hacerlo ahora?

—Buenas tardes —dijo Scrooge.

—No quiero nada de usted; no le pido nada; ¿por qué no podemos ser amigos?

—Buenas tardes —repitió Scrooge.

—Siento, de todo corazón, encontrarlo tan mal dispuesto. Nunca nos hemos peleado, al menos por la parte que me toca. Pero hago este intento en homenaje a la Navidad, y voy a conservar mi humor navideño hasta el final. De manera que, ¡felices navidades, tío!

—¡Buenas tardes! —insistió Scrooge.

—¡Y próspero Año Nuevo!

—¡Buenas tardes!

El sobrino, de todos modos, salió del despacho sin una palabra de enfado. Se detuvo en la puerta para felicitar la Navidad al empleado, quien, pese al frío que estaba pasando, se mostró más cálido que Scrooge, porque devolvió la felicitación con la mayor cordialidad.

—Otro que tal baila —murmuró Scrooge, que oyó lo que decía—: mi empleado, con quince chelines a la semana, mujer e hijos, hablando de una Navidad feliz. Como para irse al manicomio.

El supuesto loco, al abrir la puerta para dejar salir al sobrino de Scrooge, permitió el paso a otras dos personas. Eran caballeros corpulentos, de aspecto agradable, que avanzaron, destocados, hasta entrar en el despacho de Scrooge. Traían en las manos libros y papeles y le hicieron una inclinación de cabeza.

—Scrooge y Marley, según creo —dijo uno de los caballeros, consultando su lista —. ¿Tengo el placer de dirigirme al señor Scrooge o al señor Marley?

—El señor Marley lleva siete años enterrado —replicó Scrooge—. Murió hace siete años, la noche de este mismo día.

—No nos cabe la menor duda de que la liberalidad de la firma está bien representada en la persona del socio supérstite —dijo el caballero, al tiempo que presentaba sus credenciales.

Desde luego que sí, porque habían sido almas gemelas. Ante la ominosa palabra «liberalidad», Scrooge frunció el entrecejo, movió la cabeza y devolvió las credenciales.

—En esta época festiva, señor Scrooge —dijo el caballero, tomando una pluma —, es, si cabe, más deseable que de ordinario hacer una pequeña donación para los pobres y los necesitados, que sufren lo indecible en el momento presente. A muchos miles de personas les faltan hasta las cosas más necesarias; cientos de miles necesitan los consuelos más elementales, señor mío.

—¿No hay cárceles? —preguntó Scrooge.

—En gran número —respondió el caballero, dejando la pluma.

—¿Y los talleres para los pobres? —quiso saber Scrooge—. ¿Siguen todavía en funcionamiento?

—Así es. Todavía —respondió el caballero—. Bien me gustaría decir que no.

—¿La rueda de disciplina y la Ley de Pobres siguen en pleno vigor, entonces? —insistió Scrooge.

—Las dos se aplican, señor mío.

—Ah. Me temía, por lo que acaba de decirme, que hubiera sucedido algo para detenerlas en su útil operación —dijo Scrooge—. Me alegro de saberlo.

—Como algunos estamos convencidos de que proporcionan en muy escasa medida alegría cristiana al espíritu y al cuerpo —respondió el caballero—, nos hemos propuesto recaudar fondos para comprar a los pobres comida y bebida, y medios para calentarse. Elegimos esta época porque son unas fechas, entre todas, en las que la necesidad se siente en lo más vivo y la abundancia alegra. ¿Con qué cantidad querrá que lo apunte?

—¡Con ninguna! —replicó Scrooge.

—¿Desea hacerlo en el anonimato?

—Deseo que se me deje en paz —dijo Scrooge—. Puesto que me preguntan ustedes lo que deseo, tal es mi respuesta. La Navidad no me procura ninguna alegría y no me puedo permitir alegrar a los desocupados. Ayudo a financiar los establecimientos que he mencionado, que son bastante onerosos; y es ahí donde deben ir quienes carecen de medios.

—Muchos no pueden; y muchos preferirían morir.

—Si prefieren morir —replicó Scrooge—, será mejor que lo hagan y contribuyan a disminuir el exceso de población. Por lo demás, perdónenme, no me consta tal extremo.

—Pero podría llegar a constarle —observó el caballero.

—No es asunto mío —arguyó Scrooge—. Basta con que un hombre entienda sus propios negocios y no interfiera en los de otras personas. Los míos me ocupan todo el tiempo. ¡Buenas tardes, caballeros!

Al ver con claridad meridiana que sería inútil insistir, los caballeros se marcharon. Scrooge reanudó sus trabajos con una opinión más favorable sobre sí mismo, y con un humor, en su caso, más burlón que de ordinario.

Mientras tanto la niebla y la oscuridad se habían espesado tanto que la gente corría de aquí para allá con teas encendidas, ofreciendo sus servicios para ir delante de los coches de caballos y mostrarles el camino. La centenaria torre de una iglesia, cuya áspera y vieja campana miraba siempre de reojo a Scrooge desde una ventana gótica, se hizo invisible, y daba las horas y los cuartos en las nubes, seguido todo ello de unas vibraciones tan tremendas como si le castañetearan, allá en lo alto, los dientes en su cabeza helada. El frío se volvió intenso. En la calle principal, en la esquina del patio, algunos obreros arreglaban las tuberías del gas, y habían encendido un gran fuego en un brasero, alrededor del cual se reunía un grupo de hombres y muchachos andrajosos: se calentaban las manos y guiñaban, encantados, los ojos delante de las llamas. El agua de la fuente, abandonada a su suerte, se había helado melancólicamente, convirtiéndose en hielo misantrópico. El brillo de las tiendas donde las ramitas y las bayas de acebo crepitaban al calor de las luces de los escaparates sonrojaba los pálidos rostros de los viandantes. Pollerías y tiendas de

ultramarinos se convertían en bromas espléndidas: un desfile glorioso, con el que era prácticamente imposible creer que estuvieran relacionados principios tan grises como tratos y ventas. El lord alcalde, en su poderosa fortaleza del Ayuntamiento, daba órdenes a sus cincuenta cocineros y criados para celebrar la Navidad como debe hacerse en el hogar del lord alcalde; e incluso el insignificante sastre, al que se había multado con cinco chelines el lunes anterior por estar borracho y mostrarse pendenciero en la calle, removía el pudín del día siguiente en su buhardilla, mientras su flaca esposa y su bebé salían a la calle para comprar carne.

Siguieron aumentando las nubes y el frío. Un frío que penetraba, que cortaba, que mordía. Si el bueno de san Dunstan se hubiera limitado a morderle la nariz al Espíritu Maligno con un toque de mal tiempo como aquél, en lugar de utilizar sus armas habituales, el demonio habría rugido aún con mayor fuerza[36]. El propietario de una joven naricilla, roída por el frío famélico tanto como los huesos por los perros, se agachó ante el ojo de la cerradura para obsequiarle con un villancico, si bien nada más oír las primeras palabras

Dios le conserve, amable señor,
el cuerpo y alegre el corazón,

Scrooge se apoderó de una regla con tanta energía y determinación que el cantor huyó, aterrorizado, y abandonó el ojo de la cerradura a la niebla y a la escarcha, mucho más acordes con la disposición anímica del cambista.

Llegó por fin el momento de cerrar la contaduría. A regañadientes Scrooge descendió de su escabel y admitió tácitamente el fin de aquella jornada laboral; el empleado, expectante en su cubículo, apagó al instante la vela y se puso el sombrero.

—Querrá usted tener libre todo el día de mañana, imagino.

—Si es conveniente, señor Scrooge.

—No es conveniente —fue su respuesta—, ni justo. Si le retuviera media corona de su sueldo, se consideraría tratado injustamente, no me cabe la menor duda.

El empleado esbozó una pálida sonrisa.

—Y, sin embargo —señaló Scrooge—, no le parece injusto que yo pague el sueldo de un día sin recibir trabajo a cambio.

El empleado hizo notar que semejante circunstancia solo se producía una vez al año.

—¡Una excusa poco válida para meterme la mano en el bolsillo todos los 25 de diciembre! —exclamó Scrooge, mientras se abotonaba el abrigo hasta la barbilla—. Y supongo que necesitará el día en su totalidad. Pero pasado mañana trate al menos de estar aquí a su hora.

El empleado prometió que así sería, y Scrooge salió refunfuñando. La oficina quedó cerrada en un santiamén y el empleado, con los largos extremos de su bufanda blanca colgándole por debajo de la cintura (porque no disponía de abrigo), fue a

deslizarse veinte veces por un tobogán en Carnhill, detrás de una hilera de muchachos, para celebrar así la Nochebuena, y luego corrió hasta su casa en Camden Town lo más deprisa que pudo, con la intención de jugar a la gallina ciega.

Scrooge consumió su melancólica cena en su taberna habitual, igualmente melancólica; y, después de leer todos los periódicos y de pasar agradablemente el resto de la velada con su cuaderno de contabilidad, volvió a su casa para acostarse. Vivía en el mismo alojamiento que ocupara antiguamente su difunto socio. Se trataba de una serie de habitaciones oscuras en fila que formaban parte de un viejo edificio sombrío, situado al final de un patio, en un lugar donde resultaba tan absurda su presencia que difícilmente podía dejar de pensarse que había llegado allí corriendo cuando, todavía joven, jugaba al escondite con otras casas, y que luego había terminado por olvidarse de cómo salir. Era ya viejo, y bastante triste, porque allí solo vivía Scrooge: las restantes habitaciones se alquilaban para oficinas. El patio estaba tan oscuro que incluso él, que se conocía de memoria hasta la última piedra, tenía que encontrar el camino a tientas. La niebla y la escarcha se acumulaban de tal manera en su vieja entrada sombría que era como si el genio del invierno se sentara, tristemente meditabundo, en el umbral.

Si bien es del todo cierto que la aldaba de la puerta no tenía nada de extraordinario, excepto que era muy grande, también es una verdad incontrovertible que Scrooge la había visto, día y noche, todo el tiempo que llevaba residiendo en aquel sitio; quedaba igualmente fuera de duda que el viejo cambista tenía tan poco de lo que se conoce con el nombre de imaginación como cualquier otra persona de la ciudad de Londres, sin excluir —lo que es toda una audacia— al consistorio, a los concejales y a la servidumbre. Tampoco debemos perder de vista que Scrooge no había vuelto a pensar en Marley desde que por la tarde lo habían confundido con su antiguo socio, bajo tierra desde hacía ya siete años. Y luego que alguien venga a explicarme, si es que puede, cómo sucedió que Scrooge, al introducir la llave en la cerradura de la puerta, vio en el llamador, sin que aquel objeto sufriera ningún proceso intermedio de cambio, no una aldaba, sino el rostro de Marley.

El rostro de Marley. No se trataba de una sombra impenetrable, como los otros objetos del patio, sino que parecía rodearlo una luz siniestra, como de crustáceo en mal estado en un sótano oscuro. Su expresión no tenía nada de enojo ni de ferocidad; se limitaba a mirar a Scrooge como Marley solía hacerlo: con los fantasmales lentes alzados sobre una frente igualmente fantasmal y los cabellos curiosamente alborotados como por el soplo de alguien o por aire caliente; y, si bien los ojos estaban del todo abiertos, no se movían en absoluto. Eso, y su lívida palidez, lo hacían horrible; pero el horror que inspiraba parecía ajeno al rostro y sin control por parte del interesado, por lo que no era, en realidad, un componente de su expresión.

Mientras Scrooge observaba aquel fenómeno, el rostro de Marley volvió a convertirse en llamador.

Decir que el cambista no se sobresaltó ni sintió en sus entrañas una impresión

terrible que no había vuelto a experimentar desde la infancia sería faltar a la verdad. Pero colocó de nuevo la mano sobre la llave que había abandonado en la cerradura, la hizo girar con decisión, entró en la casa y encendió su vela.

Hizo una pausa, al tener un momento de vacilación, antes de cerrar la puerta; y procedió a mirar, precavido, hacia atrás, en primer lugar, como si temiera a medias espantarse con el espectáculo de la coleta de Marley sobresaliendo hacia el vestíbulo. Pero no había nada del otro lado de la puerta, excepto los tornillos y las tuercas que sujetaban el llamador, de manera que dijo «¡Bah!». y la cerró con fuerza.

El portazo resonó por toda la casa como un trueno. Cada una de las habitaciones de los pisos superiores, así como los toneles en las bodegas del vinatero, se hicieron eco del ruido por propia iniciativa. Pero Scrooge no era hombre que se dejase amedrentar por unos ecos. Cerró la puerta con llave, atravesó el vestíbulo y subió las escaleras; lo hizo despacio y, además, despabiló la vela de camino.

Me hablarán ustedes de subir un coche de seis caballos por una buena y amplia escalera de otros tiempos o de «pasar» en el Parlamento un mal proyecto y convertirlo en Ley; pero lo que quiero decirles es que se podría haber hecho subir una carroza fúnebre por aquella escalera, incluso colocada de través, con la barra a la que se atan los tirantes de los caballos hacia la pared y la portezuela hacia la balaustrada y hacerlo sin dificultad. Había anchura suficiente para ello y aún sobraba espacio; lo que quizá fuese la razón de que Scrooge creyera ver un coche fúnebre en movimiento que lo precedía en la oscuridad. Media docena de faroles de gas de la calle no hubieran iluminado la entrada por completo, de manera que pueden ustedes suponer que todo seguía bastante oscuro pese a la vela de Scrooge.

Pero el cambista subió, sin importarle un comino todo aquello: la oscuridad es barata y a Scrooge le gustaba. Pero antes de cerrar con llave la puerta de su vivienda, muy pesada, recorrió sus habitaciones para comprobar que todo estaba en orden. Se acordaba lo bastante de la cara fantasmal de Marley para desear hacerlo.

Cuarto de estar, dormitorio, trastero. Todo tranquilo. Nadie debajo de la mesa, nadie debajo del sofá; un fuego modesto en la chimenea; cuchara y tazón, listos; y un cacillo de gachas (Scrooge estaba resfriado) sobre el fogón. Nadie debajo de la cama; nadie en el armario; nadie en su bata, que colgaba en actitud sospechosa contra la pared. El trastero, como de costumbre. Vieja pantalla de chimenea, zapatos viejos, dos cestas para pescado, lavabo sobre tres patas y un atizador para el fuego.

Satisfecho, cerró la puerta y echó la llave; le dio dos vueltas, algo contrario a sus costumbres. Protegido así contra las sorpresas, se despojó de la corbata; se puso la bata, las zapatillas y el gorro de dormir; y se sentó delante de la chimenea para tomarse las gachas.

El fuego era en verdad modesto; insuficiente para una noche tan fría. Scrooge se vio obligado a sentarse muy cerca, y casi a incubarlo para extraer una mínima sensación de calor de tan exiguo montón de combustible. La chimenea era antigua, construida por algún comerciante holandés hacía mucho tiempo, y recubierta de

pintorescos azulejos también holandeses, pensados para ilustrar las Sagradas Escrituras. Allí había Caínes y Abeles, hijas de Faraón, reinas de Saba, mensajeros angélicos que descendían por el aire en nubes como lechos de plumas, Abrahames, Baltasares, apóstoles que se hacían a la mar en barcos con forma de salsera, cientos de figuras para atraer la atención de Scrooge; el rostro de Marley, sin embargo, muerto de siete años, aparecía como la vara de Moisés, y se lo tragaba todo. Si, para empezar, cada liso azulejo hubiese estado en blanco, con capacidad para formar en su superficie una imagen con los fragmentos inconexos de los pensamientos del cambista, habría habido una reproducción de la cabeza del viejo Marley en cada uno de ellos.

—¡Paparruchas! —dijo Scrooge, antes de empezar a pasearse por la habitación.

Después de dar varias vueltas volvió a sentarse. Al reclinar la cabeza en el respaldo de la silla, su mirada tropezó con una campana, una campana en desuso, que colgaba del techo del cuarto de estar y que comunicaba, por algún propósito —olvidado ya—, con una cámara en el piso superior del edificio. Sucedió que, con gran asombro y un miedo extraño, inexplicable, Scrooge vio que la campana empezaba a balancearse. Al principio tan suavemente que apenas hacía ruido; pero pronto resonó con fuerza, y lo mismo sucedió con todas las campanas de la casa.

Aquello duró quizá medio minuto, o un minuto, pero a Scrooge le pareció una hora. Las campanas callaron como habían empezado, todas al mismo tiempo. Siguió un ruido metálico, muy profundo y subterráneo, como si alguien arrastrase una enorme cadena sobre los barriles en la bodega del vinatero. Scrooge recordó entonces haber oído que cuando se describía a los fantasmas de las casas encantadas siempre arrastraban cadenas.

La puerta de la bodega se abrió con un ruido retumbante, y a continuación Scrooge oyó otro, mucho más fuerte, en el piso de abajo; luego algo subió las escaleras y se dirigió directamente hacia su puerta.

—¡Siguen siendo paparruchas! —dijo Scrooge—. No me lo voy a creer.

Su color cambió, sin embargo, cuando, sin pausa, la aparición atravesó la pesada puerta y se presentó en la habitación, delante de sus ojos. Al aparecer el fantasma, la llama agonizante dio un salto como si gritase «¡Lo conozco! ¡El difunto Marley!», antes de volver a caer.

El mismo rostro: exactamente el mismo. Marley con la coleta, el chaleco habitual, calzas y botas; las borlas de estas últimas, erizadas, como la coleta, los faldones del chaquetón y los cabellos. La cadena que arrastraba la llevaba sujeta a la cintura. Era larga, se le enroscaba como una cola y estaba hecha (porque Scrooge la vio muy de cerca) de cajas de caudales, llaves, candados, libros de contabilidad, escrituras, y macizos monederos trabajados en acero. El cuerpo de Marley era transparente, por lo que Scrooge, al contemplarlo y atravesar el chaleco con la vista, veía los dos botones en la parte de atrás del chaquetón.

Scrooge había oído decir a menudo que Marley carecía de entrañas, pero no se lo

había creído hasta aquel momento.

No; tampoco se lo creyó, incluso ahora. Pese a examinar al fantasma de arriba abajo y de verlo delante de él, pese a sentir la influencia heladora de sus ojos, fríos como la muerte, y pese a reparar en la textura misma del pañuelo doblado que le ataba la cabeza y la barbilla, envoltura en la que no había reparado antes, siguió sin creérselo y luchó contra la evidencia de sus sentidos.

—¿Qué significa esto? —dijo Scrooge, tan cáustico y frío como siempre—. ¿Qué quieres de mí?

—¡Muchas cosas! —La voz de Marley, con toda certeza.

—¿Quién eres?

—Pregúntame quién era.

—¿Quién eras si puede saberse? —dijo Scrooge, alzando la voz—. Muy puntilloso, para no ser más que una sombra. —Iba a decir «sin sombra de duda», pero al final optó por lo otro, como más apropiado.

—En vida era tu socio, Jacob Marley.

—¿Te es posible…? ¿Te puedes sentar? —preguntó Scrooge, mirándolo, dubitativo.

—Sí que puedo.

—Siéntate, entonces.

Scrooge hizo la pregunta porque ignoraba si un fantasma tan transparente estaba en condiciones de ocupar una silla; y le pareció que, en el caso de que fuera imposible, quizá acarrease la necesidad de una explicación embarazosa. Pero el fantasma tomó asiento en el lado opuesto de la chimenea, como si estuviera muy acostumbrado a hacerlo.

—No crees en mí —señaló el fantasma.

—No —replicó Scrooge.

—¿Qué prueba necesitas de mi existencia, además del testimonio de tus sentidos?

—No lo sé —dijo Scrooge.

—¿Por qué dudas de tus sentidos?

—Porque —respondió Scrooge— la cosa más insignificante los afecta. Un ligero trastorno estomacal hace que te engañen. Puedes ser una tajada de carne mal digerida, media cucharadita de mostaza, un trocito de queso, un pedazo de patata poco hecho. Seas lo que seas me haces pensar más en el asado que en el pasado.

Scrooge no tenía por costumbre hacer chistes, ni tampoco se sentía, en aquel momento, inclinado a mostrarse jocoso. La verdad es que ensayaba el ingenio como manera de distraer sus pensamientos y de superar el miedo; porque la voz del espectro hacía que se estremeciera hasta el tuétano de los huesos.

Quedarse quieto mirando en silencio por un momento aquellos ojos helados, fijos en él, le pareció una prueba sin duda diabólica. Había algo terrible, además, en el hecho de que el espectro se le apareciera rodeado de una atmósfera infernal toda suya. Él no lo sentía personalmente, pero resultaba a todas luces evidente; porque, si

bien el fantasma estaba por completo inmóvil, sus cabellos, los faldones y las borlas de las botas seguían agitados como por los vapores calientes de un horno.

—¿Ves este mondadientes? —preguntó Scrooge, volviendo rápidamente a la carga, por la razón que acaba de exponerse, y deseoso, aunque fuera solo por un segundo, de alejar de él la mirada pétrea de su huésped.

—Lo veo —replicó el fantasma.

—No lo estás mirando —se quejó Scrooge.

—Lo veo de todos modos —dijo el otro.

—¡Vaya! —replicó Scrooge—: si acepto que existes, me veré perseguido el resto de mis días por una legión de trasgos, todos de mi propia cosecha. ¡Paparruchas, te lo aseguro! ¡Nada más que paparruchas!

Al oír esto el fantasma lanzó un grito horroroso, y agitó sus cadenas con un ruido tan sombrío y atroz que Scrooge se pegó lo más que pudo a la silla, para evitar desmayarse. Su espanto, sin embargo, creció lo indecible cuando el fantasma procedió a quitarse el pañuelo que le rodeaba la cabeza, como si hiciera demasiado calor para seguir llevándolo dentro de casa, y la mandíbula inferior se le cayó sobre el pecho.

Scrooge se arrodilló, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Piedad! —exclamó—. Espantosa aparición, ¿por qué te ensañas conmigo?

—¡Hombre de corazón mundano! —replicó el fantasma—. ¿Crees en mí o no?

—Creo —dijo Scrooge—. No me queda otro remedio. Pero ¿por qué hay espíritus que caminan por la tierra y por qué se me aparecen?

—A todo hombre se le exige —le contestó el fantasma— que el espíritu que habita en su interior salga fuera, entre sus congéneres, y viaje a lo largo y a lo ancho de la tierra; y si no da ese paso en vida, se le condena a hacerlo después de la muerte. Está obligado a errar por el mundo, ¡ah, desdichado de mí!, y presenciar lo que ya no puede compartir, aunque podría haberlo hecho en vida y ¡convertirlo en felicidad!

De nuevo el espectro lanzó un grito, agitó la cadena y se retorció las manos de sombra.

—Estás encadenado —dijo Scrooge, temblando—. Dime por qué.

—Llevo la cadena que me forjé en vida —replicó el fantasma—. La hice eslabón a eslabón y metro a metro; me la ceñí voluntariamente y voluntariamente la llevo. ¿Te resulta extraña su composición?

Scrooge tembló más y más.

—¿O te gustaría saber —prosiguió el espectro— el peso y la longitud de la espiral inmensa que llevas contigo? Era tan pesada y tan larga como ésta hace siete navidades. Y has seguido trabajando en ella desde entonces. ¡Actualmente es una cadena enorme!

Scrooge contempló el suelo, con el temor de encontrarse rodeado de cincuenta o sesenta brazas de un cable de hierro, pero no vio nada.

—Jacob —dijo, suplicante—. Mi buen Jacob Marley, cuéntame más. ¡Ofréceme

algún consuelo!

—No tengo ninguno que darte —replicó el fantasma—. Viene de otras regiones, Ebenezer Scrooge: son otros sus ministros y lo llevan a otra clase de hombres. Como tampoco puedo decirte todo lo que quisiera. Es muy escaso el tiempo que se me concede. No se me está permitido descansar, ni quedarme ni demorarme en ningún sitio. Mi espíritu nunca fue más allá de nuestra casa de cambio, ¡tenlo presente! En vida jamás me aventuré más allá de los estrechos límites de nuestro agujero para cambiar dinero; y ¡son bien fatigosos los viajes que me esperan!

Era costumbre de Scrooge meterse las manos en los bolsillos cuando meditaba. Al considerar lo que acababa de decirle el fantasma hizo ahora lo mismo, aunque sin alzar los ojos ni levantar las rodillas del suelo.

—Habrás ido muy despacio, Jacob —señaló con entonación muy seria, aunque también con humildad y deferencia.

—¡Despacio! —repitió el fantasma.

—Muerto siete años —reflexionó Scrooge—. Y ¡viajando todo el tiempo!

—Todo el tiempo —dijo el fantasma—. Sin descanso ni paz. La tortura incesante del remordimiento.

—¿Viajas deprisa? —preguntó Scrooge.

—En las alas del viento —replicó el fantasma.

—Habrás cubierto mucho terreno en siete años —dijo Scrooge.

El fantasma, al oír esto, gritó de nuevo e hizo un ruido tan espantoso con la cadena en el silencio de la noche que habría estado del todo justificado llevarlo ante los tribunales por alteración del orden público.

—¡Ah! Cautivo, encadenado, cargado de cepos —exclamó el fantasma—, por no saber que habrán de pasar siglos y siglos de trabajo incesante realizado por criaturas inmortales en favor de este planeta antes de que el bien posible se desarrolle en su totalidad. Por no saber que todo espíritu cristiano, aun trabajando en la reducida esfera que se le ha concedido, sea cual fuere, encontrará demasiado breve la vida mortal para sus enormes posibilidades de hacerse útil. Por no saber que la inmensidad del remordimiento no compensa las ocasiones perdidas en la propia vida. Pero eso es lo que hice. Así he sido yo.

—Y ¿tu reputación de excelente hombre de negocios, Jacob? —balbució Scrooge, que empezaba a aplicarse todo aquello.

—¡Negocios! —exclamó el fantasma, retorciéndose las manos una vez más—. La humanidad era mi negocio. El bienestar de todos era mi negocio; caridad, misericordia, tolerancia y benevolencia eran, todas ellas, mi negocio. ¡Los asuntos de mi profesión no eran más que una gota de agua en el inmenso océano de mis negocios!

Alzó la cadena todo lo que le permitió la longitud de su brazo, como si fuera la causa de todo su estéril pesar, y luego la arrojó sonoramente contra el suelo una vez más.

—Al término de cada año —dijo el espectro— es cuando más sufro. ¿Por qué anduve entre la multitud de mis semejantes con los ojos bajos, sin alzarlos nunca a esa bendita estrella que condujo a los Reyes Magos hasta un humilde pesebre? ¿Es que no había hogares de desposeídos a los que podría haberme conducido con su luz?

Scrooge, más consternado que nunca por las palabras apremiantes del espectro, empezó a temblar como una caña agitada por el vendaval.

—¡Escúchame! —exclamó el fantasma—. Se me acaba el tiempo.

—Te escucho —dijo Scrooge—. Pero ¡no seas duro conmigo! ¡No me aplastes con tu elocuencia, Jacob! ¡Te lo ruego!

—No te puedo explicar por qué aparezco ante ti en forma visible. Has de saber que he estado invisible a tu lado muchos, muchísimos días.

No era una idea agradable. Scrooge se estremeció y se secó el sudor de la frente.

—No es ésa una parte insignificante de mi penitencia —prosiguió el espectro—. Me hallo aquí esta noche para avisarte, para advertirte de que todavía tienes una posibilidad y una esperanza de escapar a mi destino. Una oportunidad y una esperanza que te procuro yo, Ebenezer.

—Siempre has sido un buen amigo —dijo Scrooge—. Mil gracias.

—Recibirás la visita —continuó el fantasma— de tres espíritus.

El semblante de Scrooge palideció casi tanto como lo había hecho el de su antiguo socio.

—¿Es ésa la oportunidad y la esperanza de la que has hablado, Jacob? —preguntó, con voz casi inaudible.

—Lo es.

—Creo que… casi preferiría que no se presentaran —dijo Scrooge.

—Sin esas visitas —replicó el fantasma— no esperes evitar el camino que he seguido yo. Espera al primero mañana, cuando el reloj dé la una de la madrugada.

—¿No podría recibirlos al mismo tiempo y acabar de una vez, Jacob? —sugirió Scrooge.

—El segundo se presentará la noche siguiente a la misma hora. Y el tercero una noche después, cuando haya cesado de resonar la última campanada de las doce. No esperes volver a verme; pero, por tu propio bien, ¡no olvides nada de lo que hemos hablado aquí!

Dichas estas palabras, el espectro recogió el pañuelo que había dejado sobre la mesa y volvió a atárselo, como antes, alrededor de la cabeza. Scrooge lo supo por el ruido seco de los dientes al juntarse las mandíbulas. Se atrevió entonces a alzar los ojos una vez más y vio delante de él a su visitante de ultratumba en actitud erguida y con la cadena recogida por encima y alrededor de un brazo.

La aparición se retiró de espaldas y, con cada paso, la ventana se fue abriendo un poco, por lo que al llegar Marley a su altura estaba abierta de par en par.

Hizo entonces una señal a Scrooge para que se acercara, y el cambista le obedeció. Cuando estaban a dos pasos el uno del otro, el fantasma alzó la mano,

indicándole que no se acercara más. Scrooge se detuvo.

No tanto por obediencia como sorprendido y asustado: porque en el momento en que el fantasma alzó la mano advirtió la presencia de ruidos confusos en el aire; rumores incoherentes de pesar y desesperación; gemidos indescriptiblemente apesadumbrados y llenos de remordimientos. El fantasma, después de escuchar unos instantes, se unió al lúgubre coro y desapareció, flotando, en la noche oscura y desolada.

Dominado por la curiosidad, Scrooge siguió al espectro hasta la ventana y miró fuera.

El aire estaba lleno de fantasmas que iban de un lado a otro, como almas en pena, al tiempo que lanzaban gemidos. Todos arrastraban cadenas como el fantasma de Marley; unos cuantos (quizá gobernantes culpables) estaban encadenados juntos, y ninguno libre por completo. A muchos los había conocido Scrooge personalmente. Un viejo fantasma, de chaleco blanco, al que había tratado de manera bastante íntima, llevaba atada al tobillo una monstruosa caja de caudales, y lloraba lastimeramente por no poder ayudar a una desgraciada mujer con un niño de corta edad, a los que veía debajo, en el quicio de una puerta. El suplicio de todos ellos era, sin duda, que deseaban intervenir, para hacer el bien, en los asuntos humanos, pero habían perdido la capacidad de hacerlo.

Si aquellos seres se disolvieron en la niebla o si la niebla los envolvió es algo que Scrooge no llegó a saber. Pero tanto ellos como sus voces desaparecieron por completo; y la noche volvió a ser como antes, cuando regresaba andando a casa.

Cerró la ventana y examinó la puerta por la que había entrado el espectro. Estaba cerrada con dos vueltas de llave, que él mismo había dado con sus propias manos, y nadie había tocado los cerrojos. Trató de decir: «¡Paparruchas!», pero se detuvo en la primera sílaba. Y al encontrarse, ya fuese por las emociones sufridas, o la fatiga del día, o el atisbo del mundo invisible, o la triste conversación con el espectro, o lo avanzado de la hora, muy necesitado de reposo, Scrooge se fue directamente a la cama, sin desvestirse, y se durmió al instante.

SEGUNDA ESTROFA

EL PRIMERO DE LOS TRES ESPÍRITUS

Cuando Scrooge se despertó, el mundo estaba tan oscuro que, al mirar desde la cama, apenas supo distinguir la ventana de las paredes opacas de su dormitorio. Y se esforzaba, con sus ojos de hurón, por penetrar la oscuridad cuando, en una iglesia vecina, sonaron los cuatro cuartos, de manera que esperó a que el reloj diera la hora.

Con gran sorpresa para él, la enorme campana no se detuvo en las seis; pasó a las siete, de las siete a las ocho y así, sucesivamente, hasta las doce; después se detuvo. ¡Las doce! Y él se había acostado pasadas las dos de la madrugada. El reloj estaba

mal. Se le debía de haber helado la maquinaria. ¡Las doce!

Tocó el resorte de su reloj de repetición, para corregir el despropósito del otro. El pulso rápido de su maquinaria latió doce veces y luego se detuvo.

—¡Cómo! ¡No es posible —dijo Scrooge— que haya dormido todo un día y buena parte de la noche siguiente! ¡Tampoco es posible que le haya sucedido algo al sol y que sean las doce del mediodía!

Esta última posibilidad era tan alarmante que saltó de la cama y llegó a tientas hasta la ventana. Se vio obligado a quitar la escarcha con la manga de la bata para poder ver algo; y no fue mucho lo que distinguió. Apenas pudo comprobar que la niebla seguía siendo espesa y el frío intenso, y que no se oía ruido en la calle, ni estrépito de gente corriendo de aquí para allá, como sucedería si la noche hubiera desbancado al luminoso día y tomado posesión del mundo. Eso le supuso un gran alivio, porque, si ya no fuese posible contar los días, ¿no se convertirían sus letras de cambio «a tres días vista, páguese al señor Ebenezer Scrooge o a su orden», etcétera, etcétera, en algo de tan poco valor como los bonos de Estados Unidos[37]?

Scrooge se acostó de nuevo y se puso a pensar y a pensar, y a dar una y mil vueltas a sus pensamientos, sin llegar a ninguna conclusión. Cuanto más pensaba, más perplejo se sentía; y, cuanto más se esforzaba por no pensar, menos lo conseguía.

El fantasma de Marley le preocupaba en grado sumo. Cada vez que decidía, después de madura reflexión, que todo era un sueño, su cerebro regresaba, como cuando se suelta un muelle poderoso, a su primera posición, y planteaba el mismo problema que era necesario volver a resolver: «¿Era o no era un sueño?».

Scrooge siguió en esta situación hasta que el carillón avanzó tres cuartos de hora más, momento en el que, de repente, recordó el aviso de Marley: iba a recibir una visita cuando el reloj diese la una. Decidió seguir despierto hasta que pasase la hora; y, si se tiene presente que dormir le resultaba tan poco factible como ir al Paraíso, ésa fue quizá la decisión más sensata que estaba a su alcance.

El cuarto de hora se le hizo tan largo que más de una vez tuvo el convencimiento de que debía de haberse adormilado sin darse cuenta y de que había dejado pasar la hora. El reloj, finalmente, resonó en su oído atento.

—¡Talán, talán!

—Y cuarto —dijo Scrooge, contando.

—¡Talán, talán!

—Y media —siguió.

—¡Talán, talán!

—Menos cuarto.

—¡Talán, talán!

—La una —dijo Scrooge, convencido de su triunfo—, y ¡nada más!

Lo dijo antes de que sonara la campana de la hora, que emitió, de inmediato, un tañido profundo, lúgubre, sonoro y melancólico. La luz iluminó al instante el dormitorio y se corrieron las cortinas de su cama.

Les repito que una mano invisible corrió las cortinas de la cama. No las cortinas de los pies, ni las que Scrooge tenía a la espalda, sino aquéllas hacia las que miraba. Las cortinas de su cama se corrieron y Scrooge, incorporándose desde una posición medio recostada, se encontró frente a frente con el visitante sobrenatural que las había abierto, tan cerca como, ahora, estoy yo de usted: y téngase en cuenta que, en espíritu, estoy pegado a su codo.

Era una figura extraña: semejante a un niño, aunque, más que un niño parecía un anciano visto a través de algún medio sobrenatural que le daba la apariencia de haberse alejado hasta quedar reducido a las proporciones de un niño. El cabello, que le cubría el cuello y le bajaba por la espalda, era blanco, como consecuencia de la edad; el rostro, sin embargo, sin una sola arruga, tenía el color de la primera juventud. Los brazos resultaban muy largos y musculosos; las manos, por su parte, también parecían poseer una fuerza poco común. Las piernas y pies, delicadamente formados, estaban, como los miembros superiores, al descubierto. El fantasma llevaba una túnica del blanco más inmaculado; y un lustroso cinturón, de hermoso brillo, le ceñía la cintura. Sostenía en la mano una rama de acebo fresco y muy verde y, en singular contradicción con aquel emblema invernal, su ropa se adornaba de flores estivales. Pero lo más extraño de todo era que de lo más alto de la cabeza le surgía un chorro de luz, brillante y clara, que hacía visible todo lo demás, y que era sin duda la ocasión de que utilizara, en los momentos de tristeza, un enorme apagavelas a modo de gorra, el cual sujetaba ahora bajo el brazo.

Aunque ni siquiera esto, cuando Scrooge contempló a su visitante con detenimiento cada vez mayor, era su cualidad más extraña. Porque, si bien su cinturón centelleaba y relucía tan pronto por una parte como por otra, y lo que era claro en un momento se oscurecía acto seguido, la figura sufría las mismas fluctuaciones y se presentaba de maneras diversas: primero era una cosa con un brazo, después con una pierna, luego con veinte piernas; a continuación un par de piernas sin cabeza y acto seguido una cabeza sin cuerpo; y los miembros que desaparecían no dejaban silueta alguna visible en la densa oscuridad en la que se disolvían. A la larga, por un prodigio singular, la aparición volvía a ser la misma de antes, más precisa y visible que nunca.

—¿Sois, señor mío, el espíritu cuya visita me ha sido anunciada? —preguntó Scrooge.

—¡Lo soy!

La voz era suave y amable. Singularmente baja, como si en lugar de hallarse muy cerca, casi a su lado, se encontrase a gran distancia.

—¿Quién sois y a qué os dedicáis? —quiso saber Scrooge.

—Soy el fantasma de las navidades pasadas.

—¿Pasadas desde hace mucho? —inquirió Scrooge, fijándose en su reducida estatura.

—No; de tus navidades pasadas.

Quizás Scrooge no habría sabido explicarle a nadie el porqué, si se lo hubieran preguntado, pero sintió un gran deseo de ver al espíritu con su gorra, por lo que le suplicó que se cubriera.

—¡Cómo! —exclamó el fantasma—, ¿apagarías tan pronto, con manos mundanas, la luz que doy? ¿No basta con que seas uno de aquéllos cuyas pasiones fabrican esta gorra, y que me han forzado, a través de los siglos, a llevarla bien hundida sobre la frente?

Scrooge, respetuoso, negó toda intención de ofender y rechazó la posibilidad de haber «cubierto» al espíritu de manera deliberada en cualquier etapa de su vida. Después hizo de tripas corazón para preguntarle qué asunto le traía a su casa.

—¡Tu felicidad! —exclamó el fantasma.

Scrooge manifestó su agradecimiento, pero no pudo por menos de pensar que una noche de descanso sin interrupciones habría contribuido mucho más a procurarle semejante fin. El espíritu debía de oír sus pensamientos, porque dijo de inmediato:

—Tu salvación, si lo prefieres. ¡Ten cuidado!

Extendió la mano mientras hablaba y le tomó amablemente por el brazo.

—¡Levántate y sígueme!

Habría sido inútil que Scrooge objetara que el mal tiempo y la hora no eran propicios para un paseo a pie; que la cama estaba tibia, y el termómetro muy por debajo de cero; que se hallaba insuficientemente vestido con sus zapatillas, bata y gorro de dormir; y que estaba acatarrado en aquel momento. La presión, aunque tan suave como la de una mano de mujer, era imposible de resistir. Scrooge se alzó, pero, al descubrir que el espíritu se dirigía hacia la ventana, lo sujetó por la túnica, suplicante.

—Soy mortal —protestó—, y propenso a caer.

—Permite tan solo que mi mano te toque ahí —dijo el espectro, colocándosela sobre el corazón—, porque eso bastará para sostenerte además en otras muchas pruebas.

Mientras el espíritu pronunciaba aquellas palabras, atravesaron la pared y se encontraron en una carretera rural, con campos a los lados. La ciudad había desaparecido por completo. No quedaba el menor rastro de ella y habían desaparecido, además, la oscuridad y la niebla, porque era un día de invierno claro y frío, con nieve en el suelo.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó Scrooge, las manos unidas en un gesto de supremo asombro mientras miraba a un lado y a otro—. Me crié en este sitio. ¡Es aquí donde pasé mi infancia!

El espíritu lo contempló con simpatía. La presión de su mano, aunque había sido suave y de muy breve duración, aún la sentía el anciano. Scrooge captaba mil olores que flotaban en el aire, ¡cada uno de ellos relacionado con mil pensamientos, esperanzas, alegrías y preocupaciones olvidados desde hacía mucho, muchísimo tiempo!

—Te tiemblan los labios —dijo el fantasma—. Y ¿qué es eso que te ha aparecido en la mejilla?

Scrooge balbució, con una inusitada emoción en la voz, que no era más que un granito, y suplicó al fantasma que lo condujera donde quisiese.

—¿Te acuerdas del camino? —quiso saber el espíritu.

—¡Que si me acuerdo! —exclamó Scrooge con fervor—; podría recorrerlo con los ojos vendados.

—¡Qué extraño que lo hayas olvidado tantos años! —observó el fantasma—. Sigamos.

Avanzaron por la carretera, y Scrooge reconoció todas las puertas, los postes y los árboles, hasta que apareció en la distancia una pequeña población con su puente, su iglesia y su río sinuoso. Algunos caballitos de largas crines trotaban, acercándose, montados por niños; los pequeños llamaban, a su vez, a otros que, como ellos, se trasladaban en carros y calesines conducidos por granjeros. Todos estaban de excelente humor, y se gritaban unos a otros, hasta que los amplios campos se llenaron tanto de alegres músicas que el aire, frío y vigorizante, rió al oírlas.

—No son más que sombras de cosas que fueron —explicó el fantasma—. No saben de nuestra presencia.

Los alegres viajeros siguieron acercándose y, al aproximarse, Scrooge reconoció y nombró a todos y cada uno de ellos. ¿Por qué se alegró hasta límites insospechados? ¿Por qué le brillaron los ojos y el corazón le saltó en el pecho al verlos pasar? ¿Por qué le llenó de felicidad oír cómo, cuando se separaron en las distintas encrucijadas y caminos vecinales para dirigirse a sus hogares respectivos, se desearon unos a otros unas felices Pascuas? ¿Qué le importaba a Scrooge una Navidad feliz? ¡Al diablo con la Navidad! ¿Es que alguna vez le había servido de algo?

—La escuela no está del todo vacía —dijo el fantasma—. Sigue allí un niño solitario, olvidado de su familia.

Scrooge dijo estar al tanto. Y se le escapó un gemido.

Abandonaron la carretera principal para tomar un sendero que Scrooge recordaba a la perfección, y pronto se acercaron a un edificio de ladrillo de color rojo oscuro, con una torrecilla en la que colgaba una campana y coronada por una veleta. Era una casa grande, pero conservaba huellas de las vicisitudes de la fortuna, porque las espaciosas dependencias se utilizaban poco, las paredes estaban húmedas y cubiertas de musgo, las ventanas, rotas, y las puertas, deterioradas. Por los establos se paseaban las gallinas cacareando, y la hierba había invadido cocheras y cobertizos. Tampoco el interior se conservaba como antaño; porque, al entrar en el sombrío vestíbulo y lanzar una ojeada por las puertas abiertas de muchas habitaciones, los dos visitantes las encontraron mal amuebladas, frías y demasiado grandes. Olía a cerrado, y se percibía la desnudez glacial asociada de algún modo con el excesivo levantarse antes del amanecer y con la escasez de alimentos.

El fantasma y Scrooge cruzaron el vestíbulo hasta una puerta en la parte trasera del edificio que se abrió ante ellos y dejó al descubierto un aula larga, desnuda y melancólica, que aún se veía más desnuda por las hileras de bancos y pupitres de madera de pino. En uno de ellos un niño solitario leía cerca de un fuego insuficiente; y Scrooge se sentó en uno de los bancos y lloró el verse, tal como se encontraba por aquel entonces, pobre y olvidado.

Ni un solo eco dormido en la casa, ni un chillido ni una refriega de ratones detrás del revestimiento de madera, ni un goteo de hielo medio derretido del canalón en el triste patio trasero, ni un suspiro entre las ramas sin hojas de un álamo desalentado, ni el perezoso balanceo de una puerta en un almacén vacío, ni siquiera un simple chasquido producido por el fuego dejaron de tener su dulce influencia sobre el corazón de Scrooge y de facilitarle el libre curso de las lágrimas.

El espíritu lo tocó en el brazo, señalándole su yo infantil, concentrado en la lectura. De repente un individuo con ropaje exótico, un espectáculo maravillosamente real y preciso se detuvo en el exterior de la ventana, un hacha sujeta a la cintura y, conducido por la brida, un borrico cargado de leña.

—Pero ¡si es Alí Babá! —exclamó Scrooge, extasiado—. ¡El bueno de Alí Babá, un hombre honrado! ¡Ya lo creo que lo conozco! Unas navidades, cuando ese pobre niño se quedó aquí completamente solo, apareció, por primera vez, exactamente así. ¡Pobre niño! Y Valentine —dijo Scrooge—, y el bribón de su hermano, Orson[38]; ¡ahí van! Y aquél, cómo se llamaba, al que dejaron dormido en paños menores, en la Puerta de Damasco; ¿acaso no lo veis? Y el palafrenero del sultán, a quien los genios pusieron cabeza abajo; ¡allí se le divisa, tal como digo! Le está bien empleado. Me alegro. ¡A quién se le ocurre casarse con la princesa[39]!

Oír a Scrooge volcar todo el entusiasmo de su naturaleza en semejantes temas, con una voz singular, entre la risa y el llanto, y ver la animación que expresaba su rostro, habría sido sin duda toda una sorpresa para sus colegas de Londres.

—¡Ahí está el loro! —exclamó Scrooge—. Cuerpo verde, cola amarilla y una cosa parecida a una lechuga creciéndole en lo alto de la cabeza, ¡ahí está! «¡Pobre Robinsón Crusoe!»: con esas palabras lo recibía cuando regresaba a casa después de circunnavegar la isla. «Pobre Robinsón Crusoe, ¿dónde has estado, Robinsón Crusoe?». El interpelado creyó que soñaba, pero estaba despierto. Se trataba del loro, ¿os dais cuenta? Ahí va Viernes, que corre hasta la cala porque peligra su vida. ¡Deprisa! ¡Ánimo! ¡Vamos!

Luego, pasando de una emoción a otra con una rapidez del todo ajena a su manera de ser, añadió: «¡Pobre chico!», y lloró de nuevo.

—Me gustaría… —murmuró acto seguido, metiéndose la mano en el bolsillo y mirando a su alrededor después de secarse las lágrimas con la manga—, pero ya es demasiado tarde.

—¿Qué sucede? —preguntó el espíritu.

—Nada —dijo Scrooge—. Nada. Anoche vino un muchacho a cantar un

villancico delante de mi puerta. Me gustaría haberle dado algo: nada más.

El fantasma sonrió, pensativo, y agitó una mano, diciendo al mismo tiempo:

—¡Veamos otra Navidad!

El niño que había sido Scrooge creció con aquellas palabras, y la habitación se hizo un poco más oscura y más sucia. Se agrietaron puertas y ventanas; cayeron del techo trozos de yeso, y quedaron al descubierto los listones de madera; pero de cómo se producían todos aquellos cambios Scrooge sabía tan poco como ustedes. Solo discernía que había sido exactamente así; que todo había sucedido así; que allí estaba él, de nuevo solo, mientras sus compañeros habían vuelto a casa para pasar unas alegres vacaciones.

Ahora no leía ya, sino que se paseaba de arriba abajo por el aula, desesperado. Scrooge se volvió hacia el espectro y, con un triste movimiento de cabeza, miró de reojo hacia la puerta, muy nervioso.

La puerta se abrió; y una niñita, mucho más pequeña que el muchacho, entró corriendo, le echó los brazos al cuello, lo besó repetidas veces y se dirigió a él llamándolo «queridísimo hermano».

—¡He venido a llevarte a casa! —dijo la niña, entre palmadas de sus manos diminutas, el pecho sacudido por la risa—. Para llevarte a casa, ¿te das cuenta?

—¿A casa, mi pequeña Fan? —preguntó el muchacho.

—¡Sí! —respondió la niña, desbordante de alegría—. A casa de verdad. A casa para siempre. Nuestro padre está mucho más cariñoso que antes y ¡nuestro hogar es como el cielo! Me habló con tanta amabilidad una noche cuando me iba a acostar que me atreví a preguntarle una vez más si podías volver a casa, y dijo: «Sí, que vuelva», y me ha enviado con un coche para recogerte. ¡Te vas a convertir en persona mayor! —dijo la niña, abriendo mucho los ojos—, y no tendrás nunca que volver aquí; pero primero estaremos todos juntos estas navidades, y disfrutaremos más que nadie en el mundo.

—¡Eres toda una mujercita, mi pequeña Fan! —exclamó el Scrooge adolescente.

La niña aplaudió y rió de nuevo y trató de tocar la cabeza de su hermano, pero, como era demasiado pequeña, tuvo que renunciar, rió de nuevo y se puso de puntillas para abrazarlo. Luego empezó a arrastrarlo, con su impaciencia infantil, hacia la puerta; y él, que no tenía nada en contra de marcharse, la dejó hacer.

En el vestíbulo se oyó una voz terrible: «¡Bajen el baúl del alumno Scrooge!», y acto seguido apareció allí el director en persona, que fulminó al aludido con la mirada, rebosante de feroz condescendencia, y lo sumió en la confusión más absoluta al estrecharle la mano. Luego los condujo a él y a su hermana a una gélida sala para las visitas, la cosa más parecida a un pozo que haya existido nunca, un lugar donde los mapas de las paredes y los globos celeste y terráqueo en las ventanas parecían recubiertos de cera a causa del frío. Una vez allí, el director les ofreció una licorera con un vino extrañamente ligero y una bandeja con una tarta extrañamente pesada y procedió a administrar porciones de aquellas exquisiteces a los dos hermanos, al

tiempo que enviaba a un exiguo criado para ofrecer un vaso de «algo» al cochero, quien respondió que daba las gracias al caballero, pero que, si era del mismo barril que había probado antes, mejor no. Como el baúl del alumno Scrooge ya estaba para entonces atado en lo alto del coche de caballos, los dos dijeron adiós al director de buena gana; e, instalados en el interior, recorrieron alegremente la avenida del jardín, mientras las ruedas veloces ocasionaban la caída de fragmentos de escarcha y nieve de los árboles de hoja perenne.

—Siempre una criatura delicada, a la que un soplo podría haber agostado —dijo el espectro—. Pero ¡tenía un corazón muy grande!

—Cierto —dijo Scrooge—. Tenéis razón. No lo voy a negar, espíritu. ¡Dios no lo permita!

—Murió casada —dijo el otro— y tuvo, creo, hijos.

—Un varón —respondió Scrooge.

—En efecto —dijo el fantasma—. ¡Vuestro sobrino!

Scrooge pareció turbarse, y respondió secamente:

—Sí.

Aunque acababan de dejar atrás en aquel momento el internado, estaban ya en las concurridas calles de una ciudad por donde pasaban en todas direcciones sombras humanas, por donde sombras de carros y de coches se disputaban la calzada y en donde se asistía a todo el tumulto y a los conflictos de una verdadera ciudad. Quedaba del todo claro, por los adornos de las tiendas, que también allí era de nuevo la época de Navidad; pero había caído la tarde y las calles estaban iluminadas.

El espíritu se detuvo delante de la puerta de cierto almacén y le preguntó a Scrooge si lo conocía.

—¡Conocerlo! —exclamó el interpelado—. ¡Fui aprendiz aquí!

Entraron. Al ver a un anciano caballero con gorra de estambre, sentado detrás de un pupitre tan elevado que si hubiese sido cinco centímetros más alto habría conseguido que la cabeza le chocara con el techo, Scrooge exclamó con gran emoción:

—Vaya, ¡si es el viejo Fezziwig! ¡Que Dios lo bendiga, Fezziwig vivo de nuevo!

El viejo Fezziwig dejó la pluma y miró el reloj, que marcaba las siete. Se frotó las manos; se ajustó el amplio chaleco; rió con toda su alma desde los pies a la coronilla; y llamó con voz sonora, jovial, rotunda, generosa:

—¡Eh, vosotros dos! ¡Ebenezer! ¡Dick!

Un Scrooge del pasado, convertido ya en adulto, acudió veloz, con su compañero de aprendizaje.

—¡Dick Wilkins, claro! —le comentó Scrooge al espectro—. ¡Ahí está, como en otro tiempo! Me tenía mucho afecto el bueno de Dick. ¡Pobrecillo! ¡Cuántos recuerdos!

—¡Vamos, hijos míos! —dijo Fezziwig—. Se acabó el trabajo por hoy. Nochebuena, Dick. ¡Navidad, Ebenezer! ¡A poner los postigos —gritó a

continuación, dando una fuerte palmada— en menos que canta un gallo!

¡No creerían ustedes el ímpetu con que los dos jóvenes se pusieron a la tarea! Salieron disparados a la calle con los postigos, uno, dos, tres; los colocaron en su sitio, cuatro, cinco, seis; colocaron las barras y las chavetas, siete, ocho, nueve; y regresaron al interior antes de que nadie pudiera contar doce, resoplando como caballos de carreras.

—¡Adelante! —exclamó el viejo Fezziwig, bajando con extraordinaria agilidad de su elevado pupitre—. ¡Despejad la habitación, hijos míos, para que tengamos sitio en abundancia! ¡Manos a la obra, Dick! ¡No te quedes atrás, Ebenezer!

¡Despejar! No había nada que los dos jóvenes no hubiesen retirado, o no hubiesen podido retirar, en presencia del viejo Fezziwig. Terminaron en un minuto. Todo lo que era transportable se despachó como si se tratara de retirarlo para siempre de la vida pública; el suelo se barrió y se fregó, se despabilaron las lámparas, se acumuló combustible para el fuego; y el almacén se convirtió en una sala de baile todo lo acogedora, cálida, seca y luminosa que se pueda desear en una noche de invierno.

Enseguida apareció un violinista con sus partituras, se subió al elevado pupitre, lo convirtió en estrado para la orquesta y se puso a afinar el instrumento con sonidos semejantes a dolores de estómago. Entró a continuación la señora Fezziwig, con una amplia sonrisa de gran solidez. La siguieron las tres señoritas Fezziwig, también sonrientes y encantadoras. A continuación los seis jóvenes pretendientes cuyos corazones se dedicaban a romper. Acto seguido, todos los jóvenes de ambos sexos empleados en el negocio. La doncella con su primo, el panadero. La cocinera con el lechero, amigo íntimo de su hermano. El aprendiz del inmueble de enfrente, de quien se sospechaba que su patrón no le daba suficiente de comer, tratando de esconderse detrás de la criada de dos puertas más allá, de quien se sabía con certeza que su señora le tiraba de las orejas. Todos fueron entrando, uno tras otro; algunos con timidez, otros desafiantes, algunos con gracia, otros con torpeza, algunos a empujones, otros arrastrados; todos entraron, en cualquier caso, y de todas las maneras posibles. Veinte parejas empezaron a bailar a la vez; cogidos de la mano media vuelta y de regreso por el otro lado; la mitad se adelanta y luego retrocede; vueltas y más vueltas en diferentes estadios de agrupamiento afectuoso; la primera pareja de más edad gira siempre en el sitio que no toca; la nueva pareja que la sustituye empieza de nuevo tan pronto como llega allí; al final todas son primeras parejas, ¡sin nadie en la fila de enfrente para ayudarles! Alcanzado tal resultado, el viejo Fezziwig da palmadas para detener la danza y exclama: «¡Muy bien!», momento en que el violinista hunde el rostro acalorado en una jarra de cerveza, especialmente preparada para ese fin. Nada más reaparecer, sin embargo, desprecia el descanso y comienza de nuevo, aunque todavía no hay nadie dispuesto a bailar, como si al anterior violinista se lo hubieran llevado a casa, exhausto, sobre un postigo, y él fuera un músico nuevo, llegado para reemplazarlo, y dispuesto a hacer que todo el mundo se olvide de él o a morir en el intento.

Hubo más danzas, y juegos de prendas, y de nuevo se bailó, y hubo tartas, y ponche caliente de vino con limón y especias, y un gran trozo de asado frío y otro, enorme, de carne hervida fría, y después pasteles de carne y cerveza en abundancia. Pero la gran sensación de la noche llegó después del asado y el hervido, cuando el violinista (¡un zorro viejo, sin la menor duda! ¡Una persona que sabía su oficio y ni ustedes ni yo hubiéramos podido enseñárselo!) atacó *Sir Roger de Coverley*. Salió entonces el viejo Fezziwig a bailar con la señora Fezziwig. De primera pareja, además; y con un trabajo hercúleo por delante; veintitrés o veinticuatro parejas a las que dirigir; personas con las que no se podía jugar; personas decididas a bailar y que no tenían la menor intención de ir al paso.

Pero aunque hubieran sido el doble, o cuatro veces más, el viejo Fezziwig habría estado a la altura, y lo mismo la señora Fezziwig, quien, por su parte, era digna de ser su compañera en todas las acepciones del término. Si eso no es alabanza por todo lo alto, que alguien me sugiera otra mejor, y la utilizaré. Las pantorrillas de Fezziwig brillaban con luz propia. Resplandecían como lunas en cada paso del baile. Se podía predecir, en cualquier momento, lo que iba a suceder con ellas a continuación. Y mientras el viejo Fezziwig y su esposa desgranaban toda la danza, adelante y atrás, de la mano con vuestra pareja, reverencia y saludo, el sacacorchos, enhebrar la aguja y vuelta al punto de partida; Fezziwig ejecutaba los trenzados del baile con tanta destreza que parecía hacer guiños con las piernas, y luego volvía a poner los pies en el suelo tan derecho como un huso.

Al dar el reloj las once concluyó aquel baile casi familiar. El señor y la señora Fezziwig ocuparon sus puestos a ambos lados de la puerta, y, mientras estrechaban la mano a cada uno de los participantes a medida que salían, les desearon unas felices pascuas. Cuando todo el mundo se hubo retirado, a excepción de los dos aprendices, hicieron lo mismo con ellos; y así las voces alegres se fueron apagando y los muchachos se acomodaron en sus modestos lechos, situados bajo un mostrador en la trastienda.

Durante todo aquel tiempo Scrooge se comportó como un enajenado. Su corazón y su alma estaban en la escena y con su yo de otro tiempo. Corroboró todo, lo recordó y lo disfrutó íntegramente, sometido a la más extraña de las agitaciones. Tan solo al final, cuando dejó de tener delante los rostros encendidos de su otro yo y de Dick, se acordó del espectro, y se dio cuenta de que lo miraba con gran atención y que la luz sobre su cabeza brillaba con extraordinaria intensidad.

—Una cosa de poca monta —dijo el espíritu— lograr la gratitud eterna de esa pobre gente.

—¡De poca monta! —repitió Scrooge.

El espíritu le hizo una señal para que escuchara a los dos aprendices, que se deshacían en alabanzas de Fezziwig y, después de que Scrooge le obedeciera, prosiguió:

—¿No te parece cierto? No se ha gastado más que unas cuantas libras del dinero

que utilizáis vosotros, los mortales: tres o cuatro, quizá. ¿Acaso tan pequeña cantidad merece semejantes alabanzas?

—No es eso —replicó Scrooge, sulfurado por la observación de su acompañante y hablando sin darse cuenta como su antiguo yo—. No se trata de eso, espíritu. Fezziwig tiene el poder de hacernos felices o desgraciados; de lograr que nuestro trabajo nos resulte ligero o pesado; un placer o un sufrimiento. Digamos que ese poder descansa en las palabras y en las miradas; en cosas tan ligeras e insignificantes que es imposible enumerarlas y sumarlas pero ¿qué importancia tiene? La felicidad que procura es tan grande como si costase una fortuna.

Scrooge sintió la mirada del espíritu y guardó silencio.

—¿Qué sucede? —preguntó éste.

—Nada especial —respondió Scrooge.

—Debe de ser algo —insistió su interlocutor.

—No —dijo Scrooge—. Nada. Me gustaría poder decirle ahora una palabra o dos a mi empleado. Solo eso.

Su yo de otro tiempo apagó las lámparas en el momento en que expresaba aquel deseo; y el espectro y el cambista se encontraron al aire libre.

—Me queda poco tiempo —señaló el espíritu—. ¡Deprisa!

Aquella exhortación no se dirigía ni a Scrooge ni a ninguna otra persona visible, pero su efecto fue inmediato. Porque Scrooge volvió a encontrarse ante otro de sus yos. Un Scrooge mayor; un hombre en la flor de la vida. Su rostro no tenía aún los rasgos severos y rígidos de años ulteriores, pero ya empezaba a dar señales de preocupación y avaricia. Había un movimiento inquieto, ávido, impaciente en su mirada, que mostraba la pasión, enraizada ya, y en qué dirección se proyectaría la sombra del árbol en crecimiento.

No estaba solo: a su lado se sentaba una hermosa joven vestida de luto, en cuyos ojos brillaban lágrimas que resplandecían gracias a la luz despedida por el espíritu de las navidades pasadas.

—Poco importa —dijo la muchacha dulcemente—. A ti, menos todavía. Otro ídolo me ha desplazado; y, si te alegra y conforta en el futuro, como yo habría tratado de hacerlo, no tengo motivos fundados para lamentarme.

—¿Qué ídolo te ha desplazado? —replicó él.

—El becerro de oro.

—¡He aquí la estupenda imparcialidad del mundo! —dijo él—. Con nada se muestra tan cruel como con la pobreza; pero tampoco hay nada que asegure una condena tan severa como la búsqueda de la riqueza.

—Temes demasiado al mundo —respondió ella dulcemente—. Tus otras esperanzas han quedado sumergidas para evitar ser víctima de sus sórdidos reproches. He visto desaparecer una a una tus aspiraciones más nobles, hasta que la pasión principal, el lucro, te ha dominado. ¿No estoy en lo cierto?

—Y ¿qué tiene de malo? —se defendió él—. Aunque me haya vuelto más

prudente, ¿qué hay de malo en ello? No he cambiado en lo que a ti se refiere.

La joven negó con la cabeza.

—¿He cambiado?

—Nuestro compromiso es antiguo. Lo contrajimos cuando los dos éramos pobres y nos conformábamos con serlo a la espera de que, con el tiempo, mejorase nuestra situación en el mundo gracias a nuestra laboriosidad perseverante. Tú has cambiado. Cuando lo hicimos eras otra persona.

—Solo un muchacho —dijo él, molesto.

—Tus mismos sentimientos te dicen que ya no eres el mismo —replicó la joven —. Yo sí lo soy. Lo que nos prometía felicidad cuando formábamos un solo corazón solo causa dolor ahora que tenemos dos. No voy a decir cuántas veces y con qué amargura he pensado en esto. Baste con que sepas que lo he meditado y que te devuelvo la libertad.

—¿La he pedido alguna vez?

—Con palabras, no. Nunca.

—¿De qué manera, entonces?

—Con un cambio en tu manera de ser; con otra forma de ver las cosas; con el ambiente distinto en el que se mueve tu vida y con una esperanza distinta de la que era el propósito principal de nuestra existencia. Porque ya no te importa nada de lo que hacía valioso mi amor. Sin ese compromiso entre nosotros —prosiguió la joven, mirándolo con dulzura, pero con fijeza—, dime, ¿me buscarías y tratarías ahora de conquistarme? ¡No, claro que no!

El Scrooge de otro tiempo pareció reconocer, aunque a regañadientes, la verdad de esta suposición. Pero dijo, haciendo un esfuerzo:

—Tú crees que no.

—Me encantaría pensar de otra manera si pudiera —respondió ella—, ¡bien lo sabe Dios! Para que me haya rendido a una verdad tan penosa, ha de tener sin duda una fuerza irresistible. Pero, si estuvieras libre hoy, mañana, ayer, ¿podría creer que elegirías a una chica sin dote, tú que, hasta en las confidencias más íntimas, no dejas de medirlo todo de acuerdo con el principio del lucro? O, si la eligieras, si olvidaras por un momento para hacerlo el principio que siempre te guía, ¿acaso no sé con toda certeza que llegaría enseguida tu arrepentimiento y tu pesar? Estoy convencida y por ello te devuelvo la libertad. Y lo hago de todo corazón, por amor al que fuiste en otro tiempo.

Scrooge se disponía a responder, pero la joven siguió hablando sin mirarlo.

—Cabe, el recuerdo del pasado casi me lo hace esperar, que sufras algo. Será durante un tiempo breve, muy breve, y acabarás por prescindir con gusto del recuerdo, como de un sueño inútil del que ha sido una suerte despertar. ¡Ojalá seas feliz en la vida que has elegido!

La joven se fue y los dos espectadores de la escena también se alejaron.

—¡Espíritu —exclamó Scrooge—, no me mostréis nada más! Llevadme a casa.

¿Por qué disfrutáis torturándome?

—¡Una sombra más! —exclamó el fantasma.

—¡Ninguna más! —gritó Scrooge—. Basta. No quiero verla. ¡No me mostréis nada más!

Pero el fantasma, implacable, lo sujetó por los dos brazos y le obligó a ver lo que sucedía a continuación.

Estaban en otra escena y lugar; una salita, no muy amplia ni lujosa, pero muy cómoda. Cerca del fuego de la chimenea se hallaba una joven muy bella, tan parecida a la anterior que Scrooge creyó que era la misma, hasta que vio a su antigua novia, ahora convertida en madre de familia, sentada frente a su hija. El ruido era indescriptible, porque había allí más niños de los que Scrooge, en su estado de agitación, era capaz de contar; y, a diferencia de la celebrada manada de la que habla el poema, no se trataba de cuarenta niños comportándose como uno[40], sino de que cada uno de los presentes se comportaba como cuarenta. El resultado era increíblemente estrepitoso, pero a nadie parecía preocuparle; más bien, por el contrario, madre e hija reían complacidas y disfrutaban mucho con el espectáculo; y esta última, al participar a la larga en los juegos de los pequeños, se vio muy pronto dominada por unos jóvenes malhechores que la trataron sin piedad. ¡Qué no habría dado yo por ser uno de ellos! Aunque nunca podría haberme mostrado tan cruel, ¡por supuesto que no! Ni por todo el oro del mundo habría aplastado aquellos cabellos trenzados, ni le habría deshecho el peinado; en cuanto al precioso zapatito, tampoco se lo habría quitado, Dios me bendiga, ni para salvar la vida. Por lo que respecta a medirle el talle por juego, como hacía aquella prole audaz, tampoco me hubiera resultado posible; habría temido que, en castigo por semejante herejía, el brazo se me torciera para siempre. Y, sin embargo, me habría complacido, más allá de toda ponderación, lo reconozco, tocar sus labios; hacerle una pregunta, para que hubiese tenido que abrirlos; contemplar sus pestañas, sin provocar su sonrojo, mientras miraba al suelo; dejar sueltas las ondas de sus cabellos, un centímetro de los cuales habría sido para mí el más precioso de los recuerdos: en resumen, me habría gustado, lo confieso, que me fuese permitido disfrutar con ella de la libertad de un niño, sin dejar de ser lo bastante hombre para apreciar semejante privilegio en todo su valor.

Pero enseguida se oyó llamar a la puerta, y siguió de inmediato tal tumulto y tal confusión que la joven de rostro sonriente y ropa en desorden fue trasladada hacia allí en el centro del grupo ruidoso y animado, justo a tiempo de recibir al padre, que, acompañado por un dependiente, regresaba a casa cargado de regalos y juguetes de Navidad. ¡Imagínense los gritos, los forcejeos, el asalto del que fue objeto el indefenso portador de los obsequios! Se le subieron encima utilizando sillas a modo de escaleras de mano para registrarle los bolsillos, lo desposeyeron de paquetes cuidadosamente envueltos, lo sujetaron por la corbata, se le abrazaron al cuello, le golpearon la espalda y le dieron patadas en las piernas sin otra intención que manifestarle su incontenible afecto. ¡Con qué gritos de asombro y de júbilo se recibió

la aparición de lo que guardaba cada uno de los paquetes! ¡La consternación producida por el terrible anuncio de que el bebé había sido sorprendido en el acto de introducirse en la boca una sartén de juguete, además de temerse que se hubiera tragado un pavo de mentirijillas, pegado a una bandeja de madera! ¡El inmenso alivio de descubrir que se trataba de una falsa alarma! ¡Imposible describir la alegría, la gratitud, el entusiasmo! Baste decir que poco a poco los niños y sus emociones salieron de la sala uno tras otro, subieron por la escalera hasta la parte alta de la casa y, una vez allí, se acostaron y renació la calma.

Y ahora Scrooge contempló la escena con más atención que nunca, cuando el dueño de la casa, en quien se apoyaba tiernamente la hija, se sentó con ella y con su madre delante del fuego de la chimenea; y, cuando se le ocurrió que otra criatura parecida, tan llena de gracia y con un futuro tan prometedor, podría haberlo llamado padre, y haber convertido en primavera el triste invierno de su vida, sintió que las lágrimas le dificultaban la visión.

—Belle —dijo el marido, volviéndose hacia su esposa con una sonrisa—, esta tarde he visto a un antiguo amigo tuyo.

—¿A quién?

—¡Adivina!

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Espera! Ya lo sé —añadió, riéndose como él—. El señor Scrooge.

—Ni más ni menos. Pasé por delante de la ventana de su despacho y, como no estaba cerrada y tenía encendida una vela, difícilmente podía dejar de verlo. Su socio se halla al borde de la muerte, según dicen; y él estaba allí solo. Completamente solo en el mundo, tengo entendido.

—¡Espíritu —suplicó Scrooge con la voz quebrada—, alejadme de aquí!

—Ya te dije que solo eran sombras de cosas que han sido —replicó el fantasma —. Son lo que son, ¡no me culpes a mí!

—¡Llevadme de aquí! —exclamó Scrooge—. ¡No lo soporto!

Se volvió hacia el espectro y, al ver que lo miraba con un rostro en el que, de alguna extraña manera, había fragmentos de todos los rostros que le había mostrado, se arrojó contra él.

—¡Dejadme! Devolvedme a mi casa. ¡No me atormentéis por más tiempo!

En el forcejeo, si es que se puede llamar forcejeo a una situación en la que al espíritu, sin visible resistencia por su parte, no le molestaban en absoluto los esfuerzos de su adversario, Scrooge observó que su luz brillaba cada vez con más fuerza; y, al relacionar vagamente aquello con la influencia que tenía sobre él, se apoderó del apagavelas y, con un movimiento brusco, se lo hundió en la cabeza.

El espíritu se ocultó tan bien debajo del apagavelas que su figura desapareció por completo; pero, aunque Scrooge siguió apretando con todas sus fuerzas, no consiguió ocultar la luz, que siguió brotando en ondas que se extendían, sin interrupción, a su alrededor. El viejo cambista tuvo conciencia de su total agotamiento, le invadió una

irresistible somnolencia y enseguida se encontró en su dormitorio. Hizo un último esfuerzo para hundir más el apagavelas, la mano se le relajó y solo pudo tumbarse en la cama antes de caer en un profundo sueño.

TERCERA ESTROFA
EL SEGUNDO DE LOS TRES ESPÍRITUS

Al despertarse a mitad de un ronquido prodigiosamente sonoro e incorporarse en la cama para ordenar sus pensamientos, Scrooge no tuvo necesidad de que nadie le dijera que el reloj estaba de nuevo a punto de dar la una de la madrugada. Supo que había vuelto al estado de vigilia en el momento justo de recibir al segundo mensajero que se le enviaba gracias a la intervención de Jacob Marley. Pero, como sintió un estremecimiento de frío al preguntarse cuál de las cortinas de su cama correría aquel nuevo espectro, las abrió todas con sus propias manos; luego se tumbó de nuevo y no dejó de vigilar la cama. Porque se proponía plantar cara al espíritu en el momento mismo en que apareciese, y no quería que la sorpresa le pusiera nervioso.

Las personas de carácter fuerte, que se precian de estar de vuelta de todas las emociones y de encontrarse, en todo momento, a la altura de las circunstancias, manifiestan la amplitud de su disponibilidad para la aventura jactándose de estar preparadas para todo, desde un partido de tejo hasta el homicidio; entre esos extremos opuestos existen, sin duda, una serie bastante amplia y completa de posibilidades. Sin querer hacer de Scrooge un paradigma de valentía, no tendré inconveniente en rogarles a ustedes que me crean si les digo que estaba preparado para un número muy elevado de extrañas apariciones y que nada, entre un bebé y un rinoceronte, le habría sorprendido demasiado.

Que estuviera preparado para casi todo no implica, en absoluto, que lo estuviese para nada en concreto y, en consecuencia, cuando el reloj dio la una y no apareció ningún fantasma, Scrooge empezó a temblar como una hoja. Pasaron cinco minutos, diez, un cuarto de hora sin que se presentase nadie. Durante todo aquel tiempo siguió tumbado, centro y vértice de una gran luz rojiza que le iluminó por completo cuando el reloj dio la hora y que, por ser solo luz, le resultó más alarmante que una docena de fantasmas, dada su impotencia para averiguar lo que significaba ni cuál era su causa; y en algunos momentos le preocupó que su cuerpo pudiera ser en aquel mismo momento un caso interesante de combustión espontánea, sin el consuelo de saberlo. A la larga, sin embargo, empezó a ocurrírsele, como usted o como yo lo habríamos pensado desde el primer momento (porque es siempre la persona que no está en apuros la que sabe lo que habría que haber hecho en semejante caso, y lo que ella habría hecho sin lugar a dudas), a la larga, digo, empezó a pensar que la fuente y el secreto de aquella luz fantasmal podía hallarse en la habitación vecina, desde la que, de hecho, al seguir sus rayos, se la veía surgir. Aquella idea, al apoderarse de su

entendimiento, hizo que Scrooge se levantara sin prisa y se trasladara en zapatillas y sin hacer ruido hasta la puerta.

En el momento en que su mano descansó sobre el picaporte, una voz extraña lo llamó por su nombre y le dijo que entrase, orden que obedeció.

Seguía siendo su apartamento. Sobre eso no cabía la menor duda, aunque hubiese sufrido una sorprendente transformación. El techo y las paredes estaban tan cubiertos de frondosa vegetación que creaban un verdadero bosquecillo, en cuyas ramas resplandecían, por todas partes, bayas carmesíes. Como otros tantos espejitos, las hojas lustrosas del acebo, el muérdago y la hiedra reflejaban la luz; y en la chimenea rugía un espléndido fuego, como nunca lo había visto aquel gélido hogar ni en la época de Scrooge ni en la de Marley, ni durante muchos, muchísimos inviernos. Amontonados en el suelo, hasta formar algo que se asemejaba a un trono, se veían pavos, gansos, caza, aves de corral, piezas de vacuno, lechones, ristras de salchichas, empanadas, pudines de ciruelas, barriles de ostras, castañas asadas, manzanas de mejillas encendidas, naranjas jugosas, peras suculentas, inmensos roscones y cuencos de ponche hirviente que difuminaban los contornos de la habitación con su delicioso vapor. Cómodamente instalado en aquel diván, un alegre gigante, de magnífico aspecto, empuñaba una antorcha centelleante, no muy diferente, por su forma, al cuerno de la abundancia, y la sostenía en alto, muy en alto, para arrojar su luz sobre Scrooge cuando éste se atrevió a asomar por la puerta.

—¡Entra! —exclamó el fantasma—. ¡Entra y aprende a conocerme, amigo mío!

Scrooge se adelantó tímidamente e inclinó la cabeza ante aquel espíritu. No era ya el Scrooge empecinado de antes; y, aunque los ojos del espectro eran sinceros y amables, no se atrevió a mirarlo de hito en hito.

—Soy el espíritu de la Navidad presente —le explicó el otro—. ¡Mírame!

Scrooge obedeció, con actitud reverencial. Su interlocutor vestía un sencillo manto o túnica verde, con una orla de piel blanca. Llevaba tan poco ajustada aquella prenda que no le cubría el amplio pecho, como si desdeñase quedar protegido u oculto por cualquier artificio. Los pies, visibles bajo los amplios pliegues del ropaje, estaban descalzos; y en la cabeza no llevaba otro adorno que una corona de acebo, sembrada, aquí y allí, de pequeños carámbanos relucientes. Los rizos, de color castaño oscuro, flotaban en libertad, tan sueltos como franca era la expresión del espíritu, brillantes sus ojos, abiertas sus manos, risueña su voz, espontáneo su comportamiento y alegre todo su aspecto. Ceñida a la cintura llevaba una funda antigua, que no alojaba espada alguna y estaba comida por la herrumbre.

—¡Nunca has visto a nadie como yo! —exclamó el espectro.

—Nunca —respondió Scrooge.

—Nunca has caminado con los miembros más recientes de mi familia; me refiero (porque yo mismo soy muy joven) a mis hermanos mayores nacidos en estos últimos años, ¿no es cierto? —prosiguió el fantasma.

—Me parece que no —dijo Scrooge—. Mucho me temo. ¿Tenéis muchos

hermanos, espíritu?

—Más de mil ochocientos —respondió el fantasma.

—¡Una familia tremenda a la que mantener! —murmuró Scrooge.

El fantasma de la Navidad presente se puso en pie.

—Espíritu —comenzó Scrooge con gesto dócil—, llevadme donde queráis. Anoche salí en contra de mi voluntad, y aprendí una lección que empieza a dar sus frutos. Hoy, si tenéis algo que enseñarme, permitid que me sea de provecho.

—¡Toca mi túnica!

Scrooge hizo lo que se le decía y se agarró con fuerza.

Acebo, muérdago, bayas, hiedra, pavos, gansos, caza, aves de corral, piezas de vacuno, cerdos, salchichas, ostras, empanadas, pudines, fruta y ponche se desvanecieron al instante. Lo mismo sucedió con la habitación, el fuego del hogar, el resplandor rojizo y la hora nocturna, y se hallaron en el corazón de Londres la mañana de Navidad, donde (porque el tiempo era inclemente) quienes estaban en la calle producían una música áspera, pero enérgica y no del todo desagradable, al quitar la nieve de las aceras delante de sus casas y de los tejados de los edificios, lo que causaba el regocijo de los niños que la veían caer sobre la calle, en pequeñas nevadas artificiales.

Las fachadas de las casas parecían decididamente negras, y las ventanas todavía más, en contraste con el suave manto blanco de los tejados e incluso con la nieve más sucia de la calle, sobre cuya última capa habían labrado ya surcos profundos las pesadas ruedas de carros y carretas; surcos que se cruzaban unos con otros cientos de veces en los lugares donde las grandes arterias se bifurcaban, y trazaban intrincados canales, difíciles de seguir, en el espeso lodo amarillo y el agua helada. El cielo se mostraba sombrío y las calles más cortas desaparecían envueltas en una niebla espesa que se transformaba en agua nieve y cuyas partículas más densas descendían en un chaparrón de átomos tiznados, como si todas las chimeneas de Gran Bretaña se hubieran encendido y lanzaran bocanadas de humo con verdadero entusiasmo. El clima de Londres no tenía nada de agradable, pero se advertía por doquier un ambiente de alegría que el día más hermoso del verano y el sol más radiante habrían tratado en vano de conseguir.

Y es que las gentes que limpiaban los tejados, alegres y de buen humor, se llamaban de una casa a otra e intercambiaban de cuando en cuando amistosas bolas de nieve —proyectiles más inofensivos que muchas chanzas—, con risas contagiosas si daban en el blanco y no menos cordiales si fallaban. Las pollerías estaban todavía abiertas solo a medias, pero las fruterías brillaban en toda su gloria. Se veían grandes cestos de castañas, redondos, barrigudos, semejantes a chalecos de alegres caballeros ancianos, apoltronados en la entrada, y derramándose hacia la calle en su apoplética opulencia. Había cebollas españolas rojizas, morenas, de amplia circunferencia abdominal, que se parecían, por su gordura satisfecha, a los monjes de su país, y que, con licenciosa picardía, hacían guiños desde sus estanterías a las muchachas que

pasaban por la calle y contemplaban, con recato, los adornos de muérdago. Había peras y manzanas, en altas pirámides deslumbrantes; racimos de uvas a los que se hacía colgar, por benevolencia de los tenderos, de llamativos ganchos, para que a los transeúntes se les hiciera la boca agua mientras pasaban por delante; había montones de avellanas, velludas y de color marrón, que recordaban, con su fragancia, antiguos paseos por bosques donde se tenía el placer de hundirse hasta los tobillos en hojas secas; había manzanas para asar procedentes de Norfolk, rechonchas y morenas, que realzaban el amarillo de naranjas y limones, y que parecían recomendarse con insistencia y suplicar, por lo compacto de sus jugosas personas, que se las llevara a casa en bolsas de papel para comerlas como postre. Los mismos peces de oro y de plata, colocados en bocales entre las frutas escogidas, parecían saber, pese a ser miembros de una raza triste y apática, que allí estaba pasando algo; y, todos a una, iban y venían por su pequeño universo abriendo la boca en un estado de lento y desapasionado entusiasmo.

¿Y los tenderos de ultramarinos? ¡Ah, los tenderos! Aunque casi cerrados sus establecimientos, quizá solo con uno o dos postigos sin colocar, ¡qué cosas se vislumbraban a través de aquellas aberturas! No se trataba únicamente de que el platillo del peso al descender sobre el mostrador hiciera un ruido alegre, o de que el bramante se separase de la bobina a toda velocidad, o de que se hiciera ruido con las latas de conservas de aquí para allá como si se tratara de trucos de prestidigitación, o incluso que los aromas mezclados del té y del café fuesen tan agradables al olfato, las pasas tan abundantes y poco comunes, las almendras tan extraordinariamente blancas, la canela en rama tan larga y recta, las otras especias tan deliciosas, los frutos confitados tan bien glaseados y recubiertos de azúcar cande como para conmover y hacer desfallecer al más frío de los espectadores; tampoco era que los higos dejaran escapar sus jugos y fuesen carnosos, ni que las ciruelas francesas se ruborizasen, en su modesta acidez, desde sus cajas llenas de adornos, ni que todo fuese un manjar exquisito con su ropa de Navidad; sino que los clientes, tan diligentes y ansiosos por las esperanzadas promesas del día, se tropezaban unos con otros en la puerta, entrechocaban las cestas de las provisiones, olvidaban las compras sobre el mostrador, regresaban corriendo para recuperarlas y cometían cientos de pequeños errores con el mejor humor imaginable; mientras que el tendero y sus dependientes se mostraban tan sinceros y alegres que los corazones de cobre brillante con los que se sujetaban por detrás los delantales podrían haber sido los suyos propios, expuestos al público para inspección de todos y para que las cornejas de la Navidad los picotearan[41] si era ése su deseo.

Pero pronto los campanarios y las espadañas empezaron a llamar a la buena gente a iglesias y capillas y todos salieron de su casa, para recorrer las calles con su mejor ropa y su cara más alegre. Y al mismo tiempo surgieron de docenas de callejas, callejones y bocacalles sin nombre un número incalculable de personas que llevaban su cena a los hornos de las panaderías. El espectáculo de aquellos modestos

festejadores pareció interesar mucho al espíritu, porque se situó, con Scrooge a su lado, a la entrada de una panadería y, alzando las tapaderas a medida que pasaban sus portadores, espolvoreaba las cenas con polvo de su antorcha. Y se trataba de un tipo de antorcha muy poco común porque una o dos veces, cuando algunos de los clientes se empujaron y tuvieron un intercambio de palabras agrias, el espíritu derramó sobre ellos unas pocas gotas de agua y el buen humor se restableció de inmediato. Porque, dijeron ellos, era una vergüenza pelearse el día de Navidad. Y ¡era bien cierto! ¡Ya lo creo que sí, por el amor de Dios!

Llegado el momento las campanas cesaron de tocar y se cerraron las panaderías; y, sin embargo, había como un alegre sabor anticipado de todas aquellas cenas y de los progresos de su cocción en el vapor de agua que enturbiaba el aire encima de cada horno, porque las piedras mismas echaban humo como si se cocinaran con los platos.

—¿Tienen un sabor particular esas gotas que derramáis con vuestra antorcha? —preguntó Scrooge.

—Así es. El mío.

—¿Sirve para cualquier cena en el día de hoy? —quiso saber Scrooge.

—Para todas las que se ofrezcan de buen grado. Y sobre todo para las más pobres.

—¿Por qué a las más pobres? —insistió Scrooge.

—Porque lo necesitan más.

—Espíritu —dijo Scrooge, después de reflexionar un instante—, me sorprende que vos, de todos los seres en los muchos mundos a nuestro alrededor, os hayáis atribuido la tarea de arrebatar a esta gente la ocasión de un placer inocente.

—¿Yo? —exclamó el espíritu.

—Les priváis del medio para cenar cada siete días, que es con frecuencia el único día en el que de verdad se puede decir que se sientan a la mesa —dijo Scrooge—. ¿No es cierto?

—¿Yo? —repitió el espíritu.

—¿No sois vos quien quiere cerrar estos hornos todos los séptimos días[42]? —dijo Scrooge—. Viene a ser la misma cosa.

—¿Soy yo el que quiere eso? —exclamó el espíritu.

—Perdonadme si me equivoco. Eso es algo que se ha hecho en vuestro nombre o, al menos, en el de vuestra familia —dijo Scrooge.

—Hay algunas personas en este mundo vuestro —replicó el espíritu— que presumen de conocernos y que, en nuestro nombre, no hacen más que servir a sus pasiones culpables, el orgullo, la maldad, el odio, la envidia, el fanatismo y el egoísmo, pero que son tan ajenos a nosotros y a nuestra familia como si nunca hubieran vivido. Recordadlo, y atribuidles a ellos sus acciones, no a nosotros.

Scrooge prometió hacerlo así; y siguieron adelante, invisibles, igual que antes, camino de los barrios humildes de la ciudad. Una cualidad notable del espíritu (que Scrooge había advertido en la panadería) era cómo, pese a su tamaño gigantesco, se acomodaba en cualquier sitio con facilidad; y cómo se ponía de pie bajo un techo de

poca altura con la misma elegancia y la misma majestad sobrenatural con que hubiera podido hacerlo bajo la elevada bóveda de un palacio.

Y quizá fuera el placer que el buen espíritu sentía al poner de manifiesto aquel poder suyo, o quizá fuese su manera de ser amable, generosa, campechana, y su afecto por los pobres, lo que lo llevó directamente al empleado de Scrooge; porque allí fue, y se llevó al cambista consigo, sujeto a su túnica; y en el umbral el espíritu sonrió, y se detuvo a bendecir la vivienda de Bob Cratchit con un rociado de su antorcha. ¡Piénsenlo! Bob no ganaba a la semana más que quince *bobs* (que es como llama la gente del pueblo al chelín); los sábados solo se embolsaba quince ejemplares de su nombre; y, sin embargo, ¡el espíritu de la Navidad presente bendecía su casa de cuatro habitaciones!

Se levantó entonces la señora Cratchit, la mujer del empleado, pobremente engalanada con un vestido vuelto dos veces, pero con abundancia de cintas, que son baratas y consiguen un efecto muy agradable por seis peniques; y procedió a poner la mesa, ayudada por Belinda, la segunda de sus hijas, también con abundancia de cintas; mientras Peter, el mayor de los hijos varones, al inclinarse para hundir un tenedor en la olla de las patatas, conseguía meterse en la boca las puntas del monstruoso cuello de la camisa (propiedad realmente de Bob, quien se la había cedido a su hijo y heredero dada la festividad que se celebraba), feliz de verse tan bien engalanado y ardiendo en deseos de mostrar tanta elegancia en los parques de moda. Y a continuación dos Cratchit más pequeños, chico y chica, entraron veloces, anunciando a gritos que delante de la panadería habían olido el ganso, y se habían dado cuenta de que era el suyo; y, embriagados por la visión festiva de la salsa de salvia y cebollas, aquellos jóvenes Cratchit danzaron alrededor de la mesa y pusieron a Peter por las nubes, mientras el primogénito (nada orgulloso, aunque el cuello de la camisa casi lo asfixiaba) soplaba en el fuego, hasta que las patatas, siempre lentas, al borbotar, llamaron con fuerza a la tapa de la olla para que las dejaran salir y las pelaran.

—¿Qué le puede haber sucedido al bueno de vuestro padre? —preguntó la señora Cratchit—. ¿Y a vuestro hermano pequeño, Tim? Y Martha, ¿no había llegado hace ya media hora la Navidad pasada?

—¡Aquí está Martha, madre! —dijo la aludida, apareciendo en aquel momento.

—¡Aquí está Martha, madre! —exclamaron los dos jóvenes Cratchit—. ¡Viva! ¡No te imaginas qué ganso, Martha!

—¡Ah, hija mía, que Dios te bendiga, qué tarde llegas! —dijo la señora Cratchit, besándola una docena de veces, y despojándola del chal y la gorra con solícito celo.

—Anoche tuvimos que terminar muchísimo trabajo —replicó la jovencita—, y hoy por la mañana ha habido que entregarlo.

—¡Vaya! Pero ¡lo mismo da puesto que ya estás aquí! —dijo la señora Cratchit—. Siéntate delante del fuego, corazón, y caliéntate, que Dios te bendiga.

—¡No, no! Ya llega nuestro padre —exclamaron los dos Cratchit más pequeños,

que estaban en todas partes al mismo tiempo—. ¡Escóndete, Martha, escóndete!

La hija mayor obedeció antes de que entrase su padre con casi un metro de bufanda, sin contar los flecos, colgándole del cuello; y su ropa muy gastada pero remendada y cepillada, para no desmerecer de la festividad, con el pequeño Tim a hombros. ¡Pobre Tim, que llevaba una muleta, y las piernas sostenidas por un armazón de hierro!

—¡Cómo! ¿Dónde está nuestra Martha? —exclamó Bob Cratchit, mirando a su alrededor.

—No viene —dijo la señora Cratchit.

—¡No viene! —exclamó Bob, presa de un súbito abatimiento, perdido el impulso que le había permitido traer al pequeño Tim, todo el camino desde la iglesia, cabalgando como un verdadero purasangre—. ¡No viene el día de Navidad!

Martha no quería verlo desilusionado, aunque solo se tratara de una broma; de manera que salió de su escondite —detrás de la puerta del armario— antes de tiempo. Y corrió a echarse en sus brazos, mientras los dos jóvenes Cratchit se apoderaban del pequeño Tim y lo llevaban al lavadero para que oyera cantar al pudín en su cacerola de cobre.

—Y ¿qué tal se ha portado Tim? —preguntó la señora Cratchit, después de burlarse de su marido por su excesiva credulidad y de que Bob hubiera abrazado a su hija hasta quedar satisfecho.

—Como un ángel —dijo Bob—, y aún mejor. A veces se vuelve pensativo, cuando está solo mucho tiempo, y piensa las cosas más extrañas que hayáis oído nunca. Me ha dicho, mientras volvíamos a casa, que confiaba en que la gente lo hubiera visto en la iglesia, porque es un lisiado, y quizá a los demás les agradase recordar, el día de Navidad, quién había hecho andar a los cojos y había devuelto la vista a los ciegos.

A Bob le tembló la voz al contarles aquello, y aún le tembló más cuando dijo que el pequeño Tim crecía fuerte y vigoroso.

Se oyó resonar la muleta del niño, que regresó antes de que se pudiera decir una palabra más, escoltado por su hermano y por su hermana hasta el taburete delante del fuego; Bob, mientras tanto, doblándose los puños —como si, pobrecillo, fuese posible gastarlos más—, preparó en una jarra una mezcla de ginebra y limones, mezcla que luego agitó una y otra vez antes de colocarla en el hornillo para que se calentara; Peter y los dos jóvenes Cratchit —que conseguían estar en todas partes al mismo tiempo— salieron en busca del ganso, con el que no tardaron en regresar en desfile triunfal.

Fue tal el bullicio subsiguiente que cualquiera podría haber pensado que un ganso es la más extraordinaria de las aves, un fenómeno con plumas ante el cual un cisne negro sería una vulgaridad; y era cierto que en aquella casa representaba algo muy parecido. La señora Cratchit hizo hervir la salsa, preparada de antemano, en un cacito; Peter machacó las patatas con vigor increíble; la señorita Belinda endulzó el

puré de manzana; Martha limpió los platos; Bob situó a su lado al pequeño Tim en una esquina de la mesa; los dos jóvenes Cratchit trajeron sillas para todos, ellos incluidos, y montaron guardia en sus puestos, la cuchara dentro de la boca, para no pedir el ganso a gritos antes de que les llegara el turno. Por fin se colocaron los platos y se bendijo la mesa. Lo que siguió fue una pausa en la que todo el mundo contuvo el aliento, mientras la señora Cratchit, recorriendo lentamente con la vista el cuchillo de trinchar, se dispuso a clavarlo en la pechuga que tenía delante; pero, cuando lo hizo, y el chorro de relleno tan largamente esperado salió al exterior, un murmullo de felicidad se alzó por encima de toda la mesa y hasta el pequeño Tim, empujado por los dos jóvenes Cratchit, golpeó la mesa con el mango de su cuchillo y gritó débilmente: «¡Viva!».

Nunca se había visto ganso semejante. Bob estaba convencido de que nunca se había cocinado un ganso como aquél. Su ternura y sabor, su tamaño y baratura, fueron temas de universal admiración. Reforzado con puré de patatas y de manzana, resultó cena suficiente para toda la familia; de hecho, como dijo la señora Cratchit muy satisfecha (contemplando un trocito de hueso en la bandeja), ¡al final no se lo habían terminado! Y, sin embargo, todo el mundo había comido hasta saciarse y los jóvenes Cratchit, chico y chica, en particular, ¡se habían manchado hasta las cejas de salvia y cebolla! Pero a continuación, mientras la señorita Belinda cambiaba los platos, la señora Cratchit abandonó sola el comedor —demasiado nerviosa para tolerar testigos—, en busca del pudín que llevaría luego a la mesa.

Supongamos que no estuviera del todo hecho. Supongamos que se hubiera roto al darle la vuelta. Supongamos que alguien hubiese saltado la pared del patio trasero, robándolo, mientras ellos estaban entretenidos con el ganso, ¡una suposición ante la que los dos jóvenes Cratchit palidecieron! Toda suerte de horrores eran posibles.

¡Veamos! ¡Gran cantidad de vapor! El pudín había salido del recipiente. ¡Un olor como el de un día de colada! El paño que lo cubría. Un aroma como de casa de comidas y pastelería, puerta con puerta, y una lavandería en la casa vecina. ¡Aquello era el resultado! Medio minuto después entró la señora Cratchit —arrebolada, pero sonriendo orgullosa— con un pudín, semejante a una bala de cañón con pintas, elástico y firme, que ardía envuelto en medio cuartillo de aguardiente y estaba coronado por una ramita de acebo navideño.

—¡Ah, qué pudín maravilloso! —dijo Bob Cratchit, para añadir a continuación con gran calma que lo consideraba la mayor proeza lograda por la señora Cratchit desde que se casaron.

Su mujer confesó que se le había quitado un peso de encima por sus dudas sobre la cantidad de harina. Todo el mundo aportó algún comentario sobre el dulce, pero nadie dijo ni pensó que fuera demasiado pequeño para una familia numerosa. Habría sido sencillamente una herejía hacerlo. A cualquier Cratchit se le hubiera caído la cara de vergüenza ante semejante insinuación.

Finalmente concluyó la cena, se retiró el mantel, se barrió el hogar de la chimenea

y se reavivó el fuego. Se probó el ponche preparado por Bob, considerándolo perfecto, y se colocaron manzanas y naranjas sobre la mesa y un buen puñado de castañas en el fuego. Acto seguido toda la familia Cratchit se acercó a la chimenea, formando lo que Bob Cratchit llamaba un círculo, aunque en realidad solo era medio; y junto al codo del progenitor se desplegó la cristalería de la familia: dos vasos y un cuenco para servir natillas.

Aquellos tres recipientes hacían tanto honor al contenido de la jarra, de todos modos, como habrían podido hacerlo unas copas doradas; y Bob lo sirvió con ojos sonrientes, mientras las castañas crujían sobre el fuego y se resquebrajaban con gran ruido. A continuación propuso:

—Feliz Navidad para todos nosotros, queridos míos. ¡Que Dios nos bendiga!

Deseo del que la familia en pleno se hizo eco.

—¡Que Dios nos bendiga a todos! —repitió el pequeño Tim, el último de todos.

Estaba sentado muy cerca de su padre, en su taburetito. Bob apretaba su manita atrofiada, como para darle una muestra especial de amor y guardarlo siempre a su lado, temeroso de que pudieran arrebatárselo.

—Espíritu —dijo Scrooge, con un interés que nunca había sentido—, decidme si el pequeño Tim vivirá.

—Veo un sitio vacío —replicó su acompañante— en el rincón de ese pobre hogar y una muleta sin dueño, cuidadosamente conservada. Si el futuro no modifica esas sombras, el niño morirá.

—¡No, no! —dijo Scrooge—. No, bondadoso espíritu, decidme que se salvará.

—Si el futuro no altera esas sombras, ningún otro miembro de mi raza —replicó el espíritu— lo encontrará aquí. ¿Qué más da? Dado que, probablemente, morirá, más vale que lo haga y que contribuya a reducir el exceso de población.

Scrooge bajó la cabeza al oír cómo el espíritu repetía unas palabras salidas de su boca, y se sintió dominado por el arrepentimiento y el dolor.

—Hombre mortal —dijo el espíritu—, si tienes un corazón que late y no una piedra insensible, renuncia a ese perverso cinismo hasta que hayas descubierto qué exceso de población es ése y dónde se halla. ¿Decidirás tú qué seres humanos deben vivir y cuáles han de morir? Pudiera ser que, a ojos del Paraíso, seas tú más despreciable y menos digno de vivir que millones de seres semejantes al hijo de este pobre hombre. ¡Dios omnipotente! ¡Oír al insecto que, encima de la hoja, dictamina sobre el exceso de vida entre sus hermanos hambrientos que viven en el polvo!

Scrooge se encogió ante la reprimenda del espectro y, tembloroso, bajó los ojos al suelo. Pero los alzó al instante, al oír que se pronunciaba su nombre.

—¡Por el señor Scrooge! —dijo Bob—; ¡propongo un brindis por el señor Scrooge, que nos da los medios para celebrar esta fiesta!

—¡Los medios para celebrarla! —exclamó la señora Cratchit, enrojeciendo—. Me gustaría tenerlo aquí ahora. Le iba a decir unas cuantas verdades a modo de celebración y no sé si le caerían bien en el estómago.

—Querida mía —dijo Bob—: ¡los niños! Hoy es Navidad.

—Tiene que ser el día de Navidad, no me cabe la menor duda —respondió ella—, para que bebamos a la salud de una persona tan odiosa, tacaña, dura y sin sentimientos como el señor Scrooge. ¡Sabes que lo es, Robert! ¡Nadie lo sabe mejor que tú, pobrecito mío!

—Querida mía —fue la amable respuesta de Bob—: hoy es Navidad.

—Voy a brindar a su salud porque me lo pides tú y por ser Navidad —dijo la señora Cratchit—, pero no por él. ¡Que viva muchos años! ¡Felices pascuas y próspero Año Nuevo! ¡No me cabe la menor duda de que estará muy contento y será muy feliz!

Los niños brindaron después de su madre. Era la primera cosa que hacían sin entusiasmo aquel día. El pequeño Tim fue el último, y tampoco lo hizo con alegría. Scrooge era el ogro de la familia. La mención de su nombre arrojó una oscura sombra sobre la fiesta, sombra que tardó al menos cinco minutos en disiparse.

Una vez olvidada, la alegría anterior se multiplicó por diez, por el simple alivio de haberse librado del siniestro Scrooge. Bob Cratchit procedió a contar a su familia que tenía en perspectiva un puesto para Peter, el primogénito, empleo que les proporcionaría, si se lograba, nada menos que cinco chelines y seis peniques a la semana. Los dos jóvenes Cratchit, chico y chica, rieron a carcajadas ante la idea de que su hermano mayor se convirtiera en hombre de negocios; el mismo Peter contempló el fuego, pensativo, desde el interior del cuello de su camisa, como si calibrara qué inversión concreta debía hacer cuando estuviera en condiciones de recibir ingresos tan exorbitantes. Martha, modesta aprendiza en el taller de un sombrerero, les contó a continuación el tipo de trabajo que hacía, y cuántas horas trabajaba de un tirón, y cómo tenía el propósito de quedarse en la cama a la mañana siguiente para descansar de verdad, ya que se trataba de un día de fiesta que pasaría en casa. También explicó que había visto a una condesa y a un lord pocos días antes, y cómo el lord «era más o menos de la talla de Peter», lo que hizo que el aludido se subiera tanto el cuello de la camisa que no le habrían visto ustedes la cabeza si hubieran estado presentes. Durante todo aquel tiempo las castañas y el ponche pasaron de mano en mano; al poco rato Tim empezó a cantar una canción sobre un niño perdido que caminaba por la nieve; tenía una vocecita quejumbrosa, pero no cantaba mal ni muchísimo menos.

No había nada de extraordinario en todo aquello. No eran una familia bien parecida; no iban bien vestidos; sus zapatos distaban mucho de ser impermeables; su ropa era insuficiente; y Peter era muy posible que hubiera descubierto ya, no tendría nada de extraño, el interior de una casa de empeños. Pero eran felices, agradecidos, estaban satisfechos unos con otros, y contentos con su suerte; y cuando ya se estaban desvaneciendo a Scrooge le parecieron aún más felices a la luz de los destellos de la antorcha del espíritu, y hasta el último momento no les quitó los ojos de encima, en especial al pequeño Tim.

Para entonces se había hecho de noche y nevaba con mucha fuerza; mientras Scrooge y el espíritu recorrían las calles, era maravilloso el brillo de los alegres fuegos en cocinas, cuartos de estar y habitaciones de todo tipo. En un sitio, el parpadeo de las llamas dejaba ver los preparativos de una agradable cena familiar, con los platos que se calentaban delante del fuego y con cortinas de color rojo oscuro, listas para ser corridas y dejar fuera el frío y la oscuridad. En otro, todos los niños de la casa salían corriendo a la nieve para recibir a sus hermanas casadas, hermanos, primos, tíos, tías, y ser los primeros en darles la bienvenida. Más allá, de nuevo, aparecían sobre los estores las sombras de los invitados que se congregaban; y allí un grupo de jóvenes bien parecidas, todas con capuchas y botas de piel y todas parloteando al mismo tiempo, se trasladaban con pie ligero a la cercana casa de algún vecino, donde ¡pobre del soltero que las viera entrar —brujas taimadas, bien lo sabían ellas— con su tez sonrosada animada por el frío!

Aunque se pudiera pensar, a juzgar por el número de personas camino de reuniones con amigos, que no quedaba nadie en casa para darles la bienvenida cuando llegaran, sucedía en realidad todo lo contrario, ya que no había ninguna casa que no esperase sus invitados ni hogar de chimenea al que faltase un buen montón de combustible. ¡Cómo se alegraba el espectro, bendito sea Dios! ¡Cómo descubría el amplio pecho y abría la mano de vastas proporciones y seguía flotando por encima de aquella multitud, derramando con generosidad su alegría, viva e inocente, en todo lo que se ponía a su alcance! El farolero mismo, que corría por delante, y que, vestido ya para pasar la velada en algún sitio, llenaba las calles oscuras de manchas de luz, rió a carcajadas con el paso, muy cercano, del espectro, aunque no supo aquel buen hombre que, por unos instantes, había tenido por compañero al espíritu de la Navidad en persona.

De repente, sin que el espectro hubiera dicho una sola palabra con el fin de preparar a su acompañante para tan brusco cambio, se encontraron en medio de un triste páramo, sembrado de monstruosas aglomeraciones de toscas piedras, como si se tratara de un cementerio de gigantes; y el agua se habría extendido por todas partes de no haber sido por el obstáculo de la helada que la tenía prisionera; nada crecía allí excepto el musgo, la aulaga y unas desagradables hierbas malolientes. En el horizonte, del lado oeste, la puesta de sol había dejado una estela de rojo encendido, que brilló sobre aquella desolación un instante, como la mirada de un ojo sombrío, y se veló poco a poco, cada vez más, hasta desaparecer en el horror de una noche oscurísima.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Scrooge.

—Un lugar donde viven mineros, que trabajan en las entrañas de la tierra —replicó el espíritu—. Pero me conocen. ¡Mira!

Una luz brillaba en la ventana de una choza y rápidamente se dirigieron hacia ella. Al atravesar una pared de barro y piedra se encontraron con un alegre grupo reunido en torno a un espléndido fuego. Un hombre y una mujer de avanzada edad,

con sus hijos, sus nietos y sus biznietos, estaban reunidos y llevaban su mejor ropa de fiesta. El anciano, con una voz que raras veces se alzaba sobre los aullidos del viento en el páramo, les cantaba un villancico —uno que ya era muy antiguo en su juventud — y de cuando en cuando todos se unían a él para entonar el estribillo. Cada vez que los demás le acompañaban, la voz del anciano se hacía más robusta y alegre; terminado el estribillo y calladas las otras voces, disminuía su vigor.

El espíritu no se entretuvo allí, e indicó a Scrooge que se agarrase de nuevo a su túnica; dejaron atrás el páramo y se dirigieron veloces, ¿hacia dónde? ¿No hacia el mar? Precisamente hacia allí. Para horror de Scrooge, al mirar atrás vio a su espalda el límite de la tierra, una temible cadena de rocas; y le ensordeció el estruendo del agua al revolverse y rugir entre las terribles cavernas talladas en los acantilados, como si, en sus accesos de furor, el mar tratase de debilitar a la tierra.

Construido sobre el triste arrecife de unos peñascos a flor de agua, a una legua, más o menos, de la orilla, batido encarnizadamente por las olas a lo largo de todo el año, se alzaba un faro solitario. Grandes acumulaciones de algas colgaban de su base y los pájaros de las tormentas —cabe suponer que engendrados por los vientos como las algas por el agua— se alzaban y descendían a su alrededor, como las olas que rozaban al volar.

Pero incluso allí dos fareros habían hecho un fuego que, a través de una apertura practicada en el espeso muro, lanzaba un rayo de claridad sobre el mar espantoso. Unidas las manos callosas sobre la rústica mesa a la que estaban sentados, se deseaban mutuamente una feliz Navidad mientras bebían su ponche; y uno de ellos, el de más edad, el rostro marcado por las inclemencias de la intemperie, como podría estarlo el mascarón de proa de un barco viejo, procedió a entonar, con voz ronca, una recia canción que era como un golpe de viento durante el huracán.

De nuevo el espíritu reemprendió la marcha sobre las aguas oscuras y embravecidas —siempre hacia alta mar— hasta que, muy lejos de cualquier costa, como le explicó a Scrooge, se detuvieron en un barco. Visitaron al timonel que guiaba la nave, al vigía en la proa, a los oficiales de guardia; figuras oscuras, fantasmales, en sus diferentes situaciones; pero todas tarareaban algún villancico, tenían algún pensamiento navideño o hablaban en voz baja de navidades pasadas con algún compañero, y de esperanzas de regreso al hogar. Y todos los hombres de a bordo, despiertos o dormidos, buenos o malos, habían intercambiado, unos y otros, palabras más cordiales aquel día que el resto del año; habían compartido en cierta medida las festividades; se habían acordado de las personas a las que querían y que estaban lejos; y habían sabido que sentían la misma alegría recordándolos.

Fue toda una sorpresa para Scrooge, mientras escuchaba los gemidos del viento y pensaba en qué cosa tan solemne era atravesar aquella solitaria oscuridad sobre un abismo desconocido, cuyas profundidades eran un secreto tan insondable como la muerte; fue, como digo, una gran sorpresa para Scrooge, mientras estaba así ocupado, escuchar una alegre carcajada. Y la sorpresa fue aún mayor al reconocerla como

procedente de la boca de Fred, su sobrino, y encontrarse en una habitación bien iluminada, cálida, con el resplandor de la limpieza, y al espíritu, con una amplia sonrisa, a su lado, que contemplaba a aquel mismo sobrino con una afabilidad llena de aprobación.

—¡Ja, ja! —reía Fred—. ¡Ja, ja, ja!

Si por casualidad, si por una extraña coincidencia, conocen ustedes a alguien con una risa más contagiosa que la del sobrino de Scrooge, todo lo que les puedo decir es que me gustaría conocerlo. Preséntenmelo y cultivaré su amistad.

Merced a una feliz compensación, una compensación noble y justa, aunque es cierto que la enfermedad y la tristeza son transmisibles, no hay nada en el mundo tan irresistible y contagioso como la risa y el buen humor. Cuando el sobrino de Scrooge reía de aquella manera, cuando se sujetaba el costado, agitaba la cabeza y retorcía la cara con las contorsiones más inconcebibles, su mujer reía con tantas ganas como él. Y los amigos que los acompañaban, nada dispuestos a quedarse atrás, reían también a mandíbula batiente.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

—¡Dijo que la Navidad era una paparrucha, os lo juro! —exclamó el sobrino de Scrooge—. Y ¡además estaba convencido!

—¡Más imperdonable todavía, Fred! —dijo la sobrina, muy indignada. Benditas las mujeres como ella; nunca hacen las cosas a medias. Se lo toman todo muy en serio.

Era muy bonita, extraordinariamente bonita. Con una carita encantadora toda ingenuidad, asombro y hoyuelos en las mejillas; una boquita madura que parecía hecha para besarla, como, sin duda, le sucedía; y otros hoyuelos más en torno a la barbilla que se le confundían al reír; y el par de ojos más risueños que se hayan visto nunca en una joven. En conjunto, su belleza tenía algo que podría llamarse provocador, no sé si me explico; pero muy satisfactorio también. Completamente satisfactorio.

—Es un viejecito muy cómico —dijo el sobrino de Scrooge—, ésa es la verdad: y no tan simpático como podría serlo. De todos modos, esos defectos encierran su propio castigo, y no tengo nada que decir contra él.

—Estoy segura de que tiene mucho dinero —apuntó la sobrina—. Por lo menos eso es lo que me dices siempre.

—Y ¿qué más da, cariño mío? —dijo Fred—. Su riqueza no le sirve de nada. No hace nada con ella que merezca la pena. Ni siquiera la utiliza para su propia comodidad. Ni siquiera tiene la satisfacción de pensar, ¡ja, ja, ja!, que alguna vez será nuestro benefactor.

—No lo soporto —opinó la sobrina. Sus hermanas, y todas las demás señoras presentes, fueron de la misma opinión.

—Yo no lo veo con tan malos ojos —dijo Fred—. Lo siento por él; no podría enfadarme aunque quisiera. ¿Quién sufre por sus malos humores? Se le ha metido en

la cabeza, por ejemplo, desconfiar de nosotros, y no quiere venir a cenar. ¿Cuál es la consecuencia? Aunque tampoco se pierde una cena excepcional.

—Pues yo sí que creo que se pierde una cena excelente —le interrumpió su mujer. Todos los demás dijeron lo mismo, y hay que concederles que estaban en condiciones de ser jueces competentes porque acababan de cenar y, con el postre sobre la mesa, se apiñaban en torno al fuego, a la luz de las lámparas.

—¡Vaya! Me alegro de oírlo —dijo Fred—, porque tengo gran fe en estas jóvenes amas de casa. ¿Tú qué dices, Topper?

Era evidente que Topper se había fijado en una de las hermanas de la mujer de Fred, porque respondió que un soltero era un desdichado paria que no tenía derecho alguno a dar su opinión sobre aquel tema. Con lo que una de las cuñadas —la rellenita con la pechera de encaje, no la de las rosas— se ruborizó.

—Termina lo que estabas diciendo, Fred —dijo su mujer, aplaudiendo—. ¡Nunca acaba lo que empieza a decir! ¡Qué persona más ridícula!

El sobrino de Scrooge se deleitó con otra carcajada, y como fue imposible evitar el contagio, aunque la hermana rellenita se esforzó mucho en conseguirlo con vinagre aromático, el ejemplo de Fred se siguió de manera unánime.

—Iba solo a decir —continuó después el sobrino de Scrooge— que por desconfiar de nosotros y no querer pasar un buen rato en nuestra compañía, renuncia, creo yo, a algunos momentos agradables que no le harían ningún daño. Estoy seguro de que pierde una compañía más grata que la de sus propios pensamientos, tanto en su vieja y mohosa oficina como en sus habitaciones polvorientas. Me propongo ofrecerle la misma oportunidad todos los años, tanto si le gusta como si no, porque me inspira compasión. Nada le impedirá despotricar contra la Navidad hasta el día en que se muera, pero, es inevitable, tendrá mejor opinión de la fiesta si comprueba que me presento, de buen humor, año tras año y le pregunto: «Tío Scrooge, ¿qué tal está usted?». Aunque con eso solo consiga sugerirle la conveniencia de legarle cincuenta libras a ese pobre empleado suyo, ya es algo; y, si no estoy equivocado, creo que ayer conseguí inquietarlo un poco.

Ahora les tocó reírse a los demás ante la idea de haber inquietado a Scrooge. Pero, como Fred era una buenísima persona y le daba lo mismo de qué se rieran, siempre que lo hiciesen, los animó en su jolgorio, e hizo circular la botella de oporto alegremente.

Después del té hicieron algo de música, porque se trataba de una familia musical, y sabían lo que se traían entre manos cuando interpretaban una arieta o un retornelo, se lo aseguro: de manera especial Topper, que hacía bramar al contrabajo como el mejor, sin que se le hincharan las venas de la frente ni se le enrojeciese la cara como a un cangrejo. La sobrina de Scrooge tocaba bien el arpa y, entre otras melodías, ejecutaba una cancioncilla sin ninguna complicación (muy poca cosa, algo que ustedes aprenderían a silbar en un par de minutos), y que era precisamente una de las piezas preferidas de la hermana de Scrooge, la niña que lo sacó del internado, tal

como al viejo cambista se lo había recordado el espíritu de las navidades pasadas. Cuando sonaron aquellos compases, a Scrooge le vinieron a la cabeza todas las cosas que aquel espíritu le había mostrado, lo que hizo que se ablandara más y más; y pensó que, si hubiese podido escucharla más a menudo, años antes, quizá hubiera cultivado, con sus propias manos, para su propia felicidad, los dulces afectos de la vida, algo mucho mejor que afilar, impaciente, la pala de sepulturero que había enterrado a Jacob Marley.

Pero los allí reunidos no dedicaron toda la velada a la música. Al cabo de algún tiempo jugaron a las prendas; porque es bueno ser niño alguna vez, y nunca mejor que en Navidad, una fiesta instituida por todo un Dios que también se había hecho niño. ¡Atención! He aquí que comienza el juego de la gallina ciega. No podía ser de otra manera. Y me parece tan poco probable que Topper no viera nada como que tuviera ojos en las botas. Si se me permite opinar creo que Fred y él se habían puesto de acuerdo; y que el espíritu de la Navidad presente estaba en el ajo. La manera que tuvo de ir detrás de la hermana rellenita —la de la pechera de encaje— supuso todo un abuso de los límites de la credulidad humana. Topper procedió a tirar las tenazas de la chimenea, tropezó con las sillas, se estrelló contra el piano, casi se asfixió entre las cortinas, porque donde iba la cuñadita de Fred, ¡allí la seguía Topper! Siempre sabía dónde estaba. No quería atrapar a ningún otro invitado. Si ustedes se hubieran arrojado sobre él (como hicieron algunos) aposta, habría fingido esforzarse por atraparlos, pero con una torpeza que era un insulto a la inteligencia del interesado, para escurrirse de inmediato en busca de la presa que sin duda perseguía. La interesada exclamó repetidas veces que no era justo; y en verdad que no lo era. Pero, cuando por fin la capturó, cuando, pese a todo el agitarse de su vestido de seda y de sus rápidos quiebros para evitar a Topper, su verdugo consiguió llevarla a un rincón donde no tenía escape, cabe afirmar que la conducta del de los ojos vendados fue de lo más execrable. Porque fingió que no la reconocía; fingió que necesitaba palparle el tocado y, para asegurarse aún más de su identidad, le deslizó cierto anillo en el dedo y le colgó cierta cadena del cuello, ¡sin duda una vileza monstruosa! No cabe duda de que la cuñada de Fred le dijo lo que pensaba de todo ello cuando, al convertirse en gallina ciega otro invitado, se dedicaron a hacerse confidencias detrás de las cortinas.

La sobrina de Scrooge, sin tomar parte en el juego, se acomodó en un sillón y colocó los pies sobre un escabel en un rincón muy acogedor, muy cerca de donde, detrás de ella, se encontraban el viejo cambista y el espíritu navideño. Pero sí participó cuando pasaron a las prendas, y respondió admirablemente a «¿Cómo os gusta?». con todas las letras del alfabeto. De manera parecida, en el juego de «Cómo, cuándo y dónde» demostró ser una experta y, para secreto regocijo de Fred, hizo morder el polvo a sus hermanas, aunque también eran unas chicas muy listas, como Topper se habría apresurado a explicarles a ustedes. En total podía haber allí unas veinte personas, jóvenes y de más edad, pero todas participaron, como también lo hizo Scrooge; tan interesado estaba en lo que sucedía que, olvidado por completo de

que sus palabras no llegaban a los oídos de los otros jugadores, alguna vez aventuró una solución en voz bastante alta, y acertó con mucha frecuencia; porque la aguja de punta más afilada y de mejor acero, con la garantía de no cortar el hilo al pasarlo por su ojo, no era más aguda que Scrooge, por muy romo que se creyera.

Al espíritu le agradaba sobremanera encontrarlo tan animado y lo miraba con tanta simpatía que el cambista suplicó, como un niño, que se le permitiera quedarse hasta que se marcharan los invitados. Pero su acompañante aseguró que no era posible.

—¡Empiezan un juego nuevo! —dijo Scrooge—. ¡Solo media hora, nada más!

Era un juego llamado «sí y no», en el que el sobrino de Scrooge tenía que pensar algo y los demás descubrir de qué se trataba, si bien la respuesta a las preguntas de los participantes era sencillamente sí o no, según los casos. La rápida sucesión de requerimientos a los que Fred se vio sometido dejó en claro que estaba pensando en un animal, en un animal vivo, más bien desagradable, salvaje, un animal que gruñía y bramaba a veces, que en ocasiones hablaba, que vivía en Londres, caminaba por sus calles, no lo exhibían en ningún sitio, nadie lo llevaba atado, no formaba parte de un circo, no lo sacrificaban para venderlo en el mercado y no era ni caballo, ni asno, ni vaca, ni toro, ni tigre, ni perro, ni cerdo, ni gato, ni oso. Cada vez que le hacían una pregunta más, el sobrino de Scrooge lanzaba una nueva carcajada; y se divertía de manera tan indescriptible que se vio obligado a levantarse del sofá y dar patadas en el suelo. Por fin la cuñada rellenita, presa de las mismas convulsiones de hilaridad, exclamó:

—¡Ya lo tengo! ¡Sé de quién hablas, Fred! ¡Seguro que sí!

—¿Quién es? —exclamó Fred.

—¡Tu tío Scro-o-o-oge!

Era, en efecto, la respuesta acertada. La admiración fue el sentimiento general, aunque algunos pusieron la objeción de que la respuesta a «¿Es un oso?». debería haber sido «Sí», por cuanto la negativa bastaba para apartar sus pensamientos del señor Scrooge, en el caso de que se hubieran dirigido en aquella dirección.

—Ha logrado que lo pasemos francamente bien, no me cabe la menor duda —dijo Fred—, y sería una ingratitud que no brindásemos por él. Alzo el vaso de ponche que tenemos tan a mano en este momento; ¡a la salud de mi tío Scrooge!

—¡De acuerdo! —exclamaron todos—. ¡Por tu tío Scrooge!

—¡Felices pascuas y Año Nuevo para el viejo, dondequiera que esté! —dijo el sobrino de Scrooge—. No la aceptaría de mí, pero ahí va la felicitación, de todos modos. ¡Por el tío Scrooge!

El aludido se había dejado ganar poco a poco por la alegría general y se le había ensanchado tanto el corazón que habría respondido de buena gana al brindis y les habría dado las gracias en un discurso inaudible si el espíritu le hubiera concedido el tiempo necesario. Pero la escena entera se esfumó mientras su sobrino pronunciaba la última palabra; y el espectro y él reemprendieron una vez más sus viajes.

Fue mucho lo que vieron, grandes las distancias recorridas, muchos los hogares visitados y siempre con final feliz. Al detenerse junto al lecho de los enfermos, la presencia del espíritu hizo que olvidaran sus penas; acompañados por él, quienes se hallaban en tierra extranjera se sintieron por un momento más cerca de casa; los hombres que luchaban con la desventura se resignaron al descubrir una esperanza mejor; el espíritu hizo que aquella noche la pobreza se transformara en riqueza. En hospicios, hospitales y cárceles, en todos los refugios del dolor donde la vanidad del ser humano, con su breve e insignificante autoridad, no había cerrado la puerta con una doble vuelta de llave, impidiendo así el paso del espíritu, dejó éste sus bendiciones y enseñó a Scrooge sus preceptos.

Fue una noche muy larga, si es que fue solo una noche; porque el cambista tenía sus dudas, dado que todas las vacaciones de Navidad parecieron condensarse en el lapso de tiempo que los dos pasaban juntos. También era extraño que, mientras él no se alteraba en su apariencia exterior, el espíritu se hacía más viejo, mucho más viejo. Scrooge se había fijado en el cambio, aunque sin mencionarlo nunca, hasta que abandonaron una fiesta de la noche de Reyes y, al mirar al espíritu cuando estaban los dos al aire libre, reparó en que tenía el pelo gris.

—¿Es tan breve la vida de los espíritus? —preguntó.

—Mi vida en la tierra es muy breve —respondió su acompañante—. Acaba esta noche.

—¡Esta noche! —exclamó Scrooge.

—A medianoche. ¡Escucha! Se acaba el tiempo.

Los relojes daban en aquel momento las doce menos cuarto.

—Perdonadme si carezco de justificación para preguntarlo —dijo Scrooge, mirando al espíritu—, pero veo algo extraño, que no os pertenece y que asoma por debajo de vuestra túnica. ¿Es un pie o una garra?

—Podría ser una garra, dada la escasa carne que lo recubre —fue la apesadumbrada respuesta del espectro—. Mira.

De entre los pliegues de la túnica salieron dos niños —desdichados, abyectos, horrendos, espantosos, lamentables—, que se arrodillaron a los pies del espíritu y se agarraron al exterior de su manto.

—¡Mira aquí! ¡Aquí abajo! —exclamó el fantasma de la Navidad presente.

Eran un niño y una niña. Amarillos, flacos, harapientos, con cara de pocos amigos, feroces, aunque postrados, también, en su desamparo. Donde la dulzura de la infancia debiera haber dominado sus rasgos, tocándolos con sus tintes más risueños, una mano anquilosada y reseca, como la de los muchos años, los había encogido, retorciéndolos, hasta deformarlos por completo. Donde deberían ser entronizados los ángeles, acechaban demonios que miraban amenazadores. Ningún cambio, ninguna degradación, ninguna perversión de la especie humana, en grado alguno, en todos los misterios más maravillosos de la creación, ha producido jamás monstruos tan horribles y espantosos.

Scrooge retrocedió, consternado. Al ver cómo se le mostraban, trató de decir que eran unos niños muy guapos, pero se le atragantaron las palabras, que se negaban a formar parte de una mentira de tan enormes proporciones.

—¿Son vuestros? —Scrooge no fue capaz de decir nada más.

—Son hijos del hombre —respondió el espíritu, bajando la cabeza para mirarlos —. Y se cuelgan de mí para acusar a sus padres. Este niño es la Ignorancia. Y la niña es la Indigencia. Guárdate de los dos, y de toda su progenie, pero sobre todo guárdate de este niño, porque en su frente veo escrito Condena, a no ser que se consiga borrar esa palabra. ¡Niégalo! —exclamó el espíritu, indicando con una mano extendida hacia la ciudad—. ¡Apresúrate a borrar esa palabra que te condena más que a él! A ti a la ruina y a él a su desgracia. ¡Calumnia a quienes te lo dicen! Admítelo tan solo para coronar con éxito tus abominables proyectos. Pero ¡prepárate para el resultado final!

—¿Carecen de refugio o de recursos? —preguntó Scrooge.

—¿No hay cárceles? —dijo el espíritu, devolviéndole por última vez sus propias palabras—. ¿Ni talleres para los pobres?

El reloj dio las doce.

Scrooge miró a su alrededor en busca del espíritu y no lo encontró. Mientras dejaba de vibrar en el aire la última campanada, recordó la predicción del viejo Jacob Marley y, al alzar los ojos, vio a un fantasma solemne, bien cubierto y encapuchado que, como una niebla que se deslizara sobre el suelo, se dirigía hacia él.

CUARTA ESTROFA
EL ÚLTIMO DE LOS ESPÍRITUS

El fantasma se acercó lento, serio, silencioso. Cuando llegó a su lado, Scrooge hizo una genuflexión, porque aquel espíritu parecía sembrar desolación y misterio por el aire mismo en el que se movía.

Iba envuelto en una larga túnica negra que le ocultaba la cabeza, el rostro, la silueta, y que solo dejaba visible una mano extendida. De no ser por ello habría sido difícil separar su figura de la noche y distinguirla de la oscuridad que la rodeaba.

Cuando llegó a su lado Scrooge advirtió que era alto y majestuoso, y que su presencia misteriosa lo llenaba de un terror solemne. No supo nada más, porque el espíritu ni habló ni se movió.

—¿Estoy en presencia del espíritu de la Navidad futura? —preguntó Scrooge.

La aparición no respondió, pero señaló al frente con la mano.

—Os disponéis a enseñarme sombras de cosas que no han sucedido, pero que sucederán con el paso del tiempo —prosiguió Scrooge—. ¿No es así, espíritu?

La parte superior de la túnica se plegó por un instante, como si la aparición hubiera inclinado la cabeza. Tal fue su única respuesta.

Aunque acostumbrado ya para entonces a la compañía fantasmal, al cambista le inspiró tal temor aquella figura silenciosa que empezaron a temblarle las piernas y vio que apenas era capaz de mantenerse en pie cuando se dispuso a seguirlo. El espíritu hizo una pausa, como si advirtiese su situación y le diera tiempo para recuperarse.

Scrooge, sin embargo, se sintió peor. Le produjo un vago escalofrío de horror saber que detrás de aquella oscura mortaja había unos ojos fantasmales que no dejaban de mirarlo mientras él, por mucho que se esforzara, no veía más que una mano espectral y una gran cantidad de negrura.

—¡Fantasma del futuro! —exclamó—, os temo más que a ninguno de los espectros que conozco. Pero, como sé que os proponéis hacerme el bien, y como espero vivir para ser un hombre distinto del que era, estoy preparado para aceptar vuestra compañía y para hacerlo con el corazón agradecido. ¿No hablaréis conmigo?

No obtuvo respuesta. La mano seguía señalando al frente.

—¡Conducidme! —dijo Scrooge—. ¡Adelante! La noche se acaba deprisa, y para mí se trata de un tiempo precioso, lo sé. ¡Adelante, espíritu!

El fantasma se alejó como antes se había acercado. Scrooge lo siguió en la sombra de su túnica y le pareció que aquella sombra lo alzaba y lo llevaba con ella.

Apenas tuvo la sensación de entrar en la ciudad: más bien le pareció que la ciudad, por decisión propia, surgía a su alrededor y los rodeaba. Pero allí estaban, en el corazón de la metrópoli, en la Bolsa, entre los hombres de negocios que iban de un lado a otro, hacían sonar el dinero que llevaban en el bolsillo, conversaban en grupos, miraban el reloj y jugueteaban, pensativos, con sus grandes sellos de oro, tal como Scrooge los había visto en innumerables ocasiones.

El espíritu se detuvo junto a uno de los grupos que departían. Al fijarse en que la mano del espectro los señalaba, Scrooge se adelantó para escuchar su conversación.

—No —decía un individuo grande y gordo con una barbilla monstruosa—; no sé nada más. Solo sé que ha muerto.

—¿Cuándo? —preguntó otro.

—Creo que anoche.

—Caramba, y ¿qué le pasaba? —preguntó un tercero, mientras sacaba una enorme cantidad de rapé de una caja muy grande—. Yo creía que no se moriría nunca.

—Vaya usted a saber —dijo el primero, con un bostezo.

—¿Qué ha hecho con su dinero? —preguntó un caballero de rostro colorado al que le colgaba una excrecencia de la punta de la nariz que se agitaba como la carúncula de un pavo.

—No he oído nada —dijo el individuo de la enorme barbilla, bostezando de nuevo—. Se lo habrá dejado a su sociedad mercantil. A mí no, desde luego. Es lo único que sé.

Aquella broma fue recibida con risas generalizadas.

—Será un funeral muy barato el que le hagan —dijo la misma persona—; porque,

a fe mía, no sé de nadie que vaya a ir. ¿Qué tal si formamos un grupo de voluntarios?

—No me importa ir si está incluido el almuerzo —observó el caballero con la excrecencia en la nariz—. Pero tienen que darme de comer para que valga la pena.

Otra risa colectiva.

—Bien —dijo el primero que había hablado—, soy el más desinteresado de ustedes, según parece, porque nunca llevo guantes negros ni tomo nada al mediodía. Pero me ofrezco a ir, si hay alguien más que me acompañe. Pensándolo bien, casi estoy seguro de que yo era su amigo más íntimo, porque solíamos pararnos para hablar siempre que nos encontrábamos. ¡Hasta la vista!

El grupo se dispersó y se mezcló con otros. Scrooge conocía a aquellas personas, y se volvió hacia su acompañante en busca de una explicación.

El fantasma se deslizó hasta otra calle. Con el dedo señaló a dos personas que conversaban. Scrooge escuchó de nuevo, pensando que quizá encontraría allí la explicación.

También conocía bien a aquellos dos, hombres de negocios muy acaudalados y personas importantes. Siempre se había esforzado por granjearse su aprecio, aunque desde el punto de vista de los negocios, por supuesto; estrictamente desde el punto de vista de los negocios.

—¿Qué tal le va? —dijo uno.

—¿Y a usted? —respondió el otro.

—¡Bien! —dijo el primero—. Al viejo tacaño le llegó por fin su hora, ¿no es eso?

—Eso me han dicho —replicó el segundo—. Mucho frío, ¿verdad?

—Lo normal en Navidad. Imagino que a usted no le gusta patinar.

—No, no. Tengo otras cosas en que pensar. ¡Buenos días!

Ni una palabra más. Aquél fue su encuentro, su conversación y su despedida.

Al principio a Scrooge le sorprendió que el espíritu concediera importancia a conversaciones en apariencia tan triviales; pero, convencido de que encerraban algún propósito oculto, se puso a considerar cuál podría ser. Difícilmente cabía suponer que tuvieran alguna conexión con la muerte de Jacob, su antiguo socio, porque se trataba de un suceso que pertenecía al pasado, y el campo de acción del nuevo espíritu era el futuro. Y tampoco le parecía que se pudieran referir a alguna otra persona estrechamente relacionada con él. Pero, seguro de que —se aplicaran a quien se aplicasen— encerraban alguna enseñanza moral en beneficio suyo, decidió atesorar todas las palabras que oía y todo lo que veía; y en especial observar su propia imagen cuando apareciese. Porque tenía la esperanza de que el comportamiento de su yo futuro le diera la clave que le faltaba y le facilitara la solución de aquellos enigmas.

Scrooge se buscó allí mismo, pero había otra persona en su lugar acostumbrado y, aunque el reloj señalaba la hora habitual de su presencia allí, no vio a nadie que se le pareciera entre la multitud que se acumulaba a la entrada de la Bolsa. No le sorprendió demasiado, sin embargo, porque estaba considerando un cambio de vida, y pensó y esperó descubrir en aquella circunstancia que, en efecto, sus nuevas

resoluciones producían el efecto deseado.

Silencioso y oscuro, el fantasma seguía a su lado, la mano extendida. Cuando Scrooge salió de su pensativa búsqueda, se imaginó, por la posición de la mano, y su situación con respecto a sí mismo, que los ojos invisibles de su acompañante lo miraban con gran interés, lo que le hizo estremecerse y sentir un frío intenso.

Abandonaron aquel lugar tan concurrido para trasladarse a una zona oscura de la ciudad donde Scrooge no había puesto nunca los pies, si bien reconoció el sitio y su mala reputación. Las calles estaban sucias y eran estrechas; las tiendas y las viviendas, espantosas; la gente, medio desnuda, borracha, desaliñada, fea. Callejones y pasadizos oscuros, como otras tantas cloacas, vertían sus ofensivos olores, suciedad y vida sobre el laberinto de callejas; y todo el barrio respiraba la delincuencia, la basura y el sufrimiento.

En lo más profundo de aquel infame lugar había un local comercial de poca altura que sobresalía bajo el alero de una casa, en donde se compraba hierro, trapos viejos, botellas, huesos y restos grasientos. En el suelo, en el interior, se apilaban montones de llaves oxidadas, clavos, cadenas, goznes, limas, balanzas, pesas y residuos de hierro de todas clases. Misterios que a pocos les habría gustado investigar se generaban y escondían bajo montañas de trapos indecorosos, masas de grasa rancia y sepulcros de huesos. Sentado entre las mercancías con las que comerciaba, junto a una estufa de carbón, se hallaba un granuja de cabellos grises, cercano a los setenta años de edad, que se protegía del aire frío exterior por medio de una desastrada cortina hecha de andrajos heterogéneos y colgada de una cuerda; y allí fumaba su pipa con todo el sosiego de un tranquilo retiro.

Scrooge y el fantasma se presentaron ante aquel individuo al mismo tiempo que una mujer se introducía sigilosamente en la tienda con un pesado fardo. Pero apenas había cruzado el umbral cuando una segunda mujer, con una carga similar, entró también; y casi de inmediato la siguió otro sujeto, vestido de negro desteñido, que se sorprendió tanto a la vista de las dos primeras, como ellas se habían sobresaltado al reconocerse. Después de un breve intervalo de mudo asombro, en el que el viejo de la pipa se reunió con los tres, todos se echaron a reír.

—¡Que pase delante la asistenta! —exclamó la que había entrado en primer lugar—. La lavandera será la segunda y el contratista de pompas fúnebres el tercero. ¡Fíjese, Joe, viejo tunante, qué casualidad! ¡Nos hemos reunido aquí los tres sin habérnoslo propuesto!

—¡No podíais haber elegido un sitio mejor! —dijo el viejo Joe, sacándose la pipa de la boca—. Pasad al salón. Tú hace ya mucho tiempo que tienes aquí el paso franco, no hace falta decirlo; y los otros dos tampoco son desconocidos. Esperad a que cierre la puerta de la tienda. ¡Ah! ¡Cómo chirría! No hay en toda la casa un trozo de metal tan oxidado como sus goznes, estoy seguro; ni huesos tan viejos como los míos. ¡Ja, ja! Todos hacemos honor a nuestra vocación, nos acoplamos bien a nuestro oficio. Pasad al salón. Pasad al salón.

El salón era el espacio situado detrás del biombo de trapos viejos. Joe avivó el fuego con una barra de hierro procedente de una vieja escalera y, después de despabilar (porque era de noche) la lámpara, que humeaba, con la caña de su pipa, se la volvió a meter en la boca.

Mientras hacía todo aquello, la mujer que ya había hablado dejó en el suelo el fardo que llevaba, y se sentó, con aire desenvuelto, en un taburete; luego se cruzó de brazos y miró, desafiante, a los otros dos.

—¿Qué le parece, señora Dilber? —preguntó—. Todo el mundo tiene derecho a cuidarse. Él lo hacía siempre.

—¡Cierto, muy cierto! —dijo la lavandera—. Más que nadie.

—¿Qué sucede, entonces? —exclamó la asistenta—. No se me quede mirando como si tuviera miedo, mujer; ¿quién va a enterarse? No le vamos a ir con el cuento a nadie, imagino yo.

—No, claro que no —dijeron al unísono la señora Dilber y el hombre de negro—. Faltaría más.

—¡Muy bien, entonces! —exclamó la asistenta—. No se hable más. ¿Quién sale perjudicado por la pérdida de unas pocas cosas como éstas? Un muerto no, desde luego.

—Por supuesto que no —dijo la señora Dilber, riendo.

—Si hubiera querido conservarlas, viejo avaro que era —prosiguió la asistenta—, ¿por qué no se portó como una persona normal mientras vivía? Si lo hubiera hecho, habría tenido a alguien para cuidarlo a la hora de la muerte, en lugar de quedarse más solo que un perro hasta el último estertor.

—Eso que dice usted es la pura verdad —dijo la señora Dilber—. Dios le ha dado su merecido.

—Me habría gustado traer un fardo más grande —dijo la asistenta—; y habría sido así, pueden estar seguros, si consigo echar el guante a algo más. Abra el bulto, Joe, viejo tunante, y dígame lo que vale. Con toda franqueza. No me da miedo ser la primera, ni que lo vean ellos. Sabíamos muy bien, antes de reunirnos aquí, que a quien madruga Dios le ayuda. No es ningún pecado. Abra el bulto, Joe.

Pero la cortesía de sus amigos no lo podía permitir; y el individuo vestido de negro desvaído, lanzándose primero al asalto, presentó su botín. No era abundante. Un sello o dos, un plumier, un par de gemelos de camisa y un broche de poco valor, nada más. El viejo Joe examinó los objetos por separado, los valoró y escribió con tiza en la pared las cantidades que estaba dispuesto a pagar por cada cosa y que luego sumó hasta alcanzar el total.

—Ésa es su cuenta —dijo Joe—, y no le daría seis peniques más aunque me ahorcaran por no hacerlo. ¿Quién viene ahora?

La señora Dilber era la siguiente. Sábanas y toallas, un traje, dos cucharillas de plata para el té pasadas de moda, unas pinzas para el azúcar y unas botas. Su cuenta quedó reflejada en la pared de la misma manera.

—Siempre doy demasiado a las señoras. Es una debilidad mía, y así es como me arruino —dijo el viejo Joe—. Ahí tiene su cuenta. Si me pide un penique más, e insiste en regatear, me arrepentiré de ser tan generoso y le rebajaré media corona.

—Y ahora deshaga mi bulto, Joe —dijo la primera mujer.

Joe se arrodilló porque así le resultaba mucho más fácil abrir el atado y, después de soltar un buen número de nudos, extrajo un rollo grande y pesado de paño oscuro.

—Y ¿esto qué es? —dijo Joe—. ¡Cortinas de cama!

—¡Claro! —respondió la asistenta, riendo e inclinándose hacia delante sin descruzar los brazos—. ¡Cortinas de cama!

—¿No me va a decir que te las ha llevado, con anillas y todo, mientras él estaba allí tumbado? —preguntó Joe.

—¡Claro que sí! —replicó la otra—. ¿Por qué no?

—Naciste para hacer fortuna —dijo Joe—, y sin duda lo conseguirás.

—Desde luego no me temblará la mano cuando pueda lograr algo sin más esfuerzo que extenderla, tratándose de un personaje como él, de eso puede estar seguro, Joe —replicó la mujer con frialdad—. Que no se le caiga el aceite sobre las mantas, hágame el favor.

—¿Las mantas del difunto? —preguntó Joe.

—¿De quién le parece que puedan ser? —replicó la asistenta—. No es probable que se resfríe por no tenerlas, diría yo.

—Espero que no se haya muerto de nada contagioso, ¿eh? —dijo el viejo Joe, deteniéndose en su tarea y alzando la vista.

—No se preocupe —replicó la otra—. No me gustaba tanto su compañía como para entretenerme con cosas tan íntimas si así fuera. ¡Ah! Puede repasar esa camisa hasta que le duelan los ojos, porque no encontrará ningún agujero ni ningún sitio donde esté raída. Es la mejor que tenía, y de muy buena calidad por añadidura. La habrían desperdiciado, de no haber sido por mí.

—¿A qué llamas desperdiciar? —preguntó el viejo Joe.

—Ponérsela para enterrarlo, por supuesto —replicó la asistenta con una risotada—. Alguien fue lo bastante estúpido para hacerlo, pero se la quité. Si el algodón no es bueno para irse a la tumba, es que no sirve para nada. Al cadáver le sienta igual de bien. No puede quedar más feo que con ésta.

Scrooge escuchaba horrorizado aquel diálogo. Mientras seguían reunidos en torno a su botín, a la escasa luz que les proporcionaba la lámpara del anciano, los contempló con una indignación y una repugnancia que difícilmente podrían haber sido mayores aunque se hubiese tratado de demonios espantosos, dispuestos a vender el cadáver mismo del difunto.

—¡Ja, ja! —rió la misma mujer cuando el viejo Joe, sacando una bolsa de franela, contó en el suelo el dinero que le correspondía a cada uno—. ¡Así es como termina todo, no lo duden! ¡Consiguió asustar a propios y extraños cuando estaba vivo, y ahora nos aprovechamos, una vez muerto! ¡Ja, ja, ja!

—¡Espíritu! —dijo Scrooge, estremecido de pies a cabeza—. Ya veo. El caso de este pobre desgraciado podría ser el mío. Mi vida lleva esa misma dirección. ¡Cielo misericordioso! ¿Qué es esto?

Scrooge retrocedió, lleno de terror, porque la escena había cambiado y ahora casi tocaba una cama: un lecho desnudo y sin cortinas en el que, bajo una sábana harapienta, yacía algo que, pese a su mudez, se anunciaba ya con un lenguaje terrible.

La habitación estaba muy oscura, demasiado en sombras para examinarla con precisión, aunque Scrooge la recorrió con la vista obedeciendo a un impulso secreto, ansioso de saber qué clase de habitación era. Una luz pálida, procedente del exterior, caía directamente sobre la cama; y en ella yacía el cadáver de un hombre despojado, robado, abandonado de todos, que nadie velaba y por el que nadie lloraba.

Scrooge se volvió hacia el espíritu. Su mano firme apuntaba a la cabeza del difunto. El sudario estaba tan descuidadamente colocado que la menor modificación, el simple movimiento de un dedo por parte de Scrooge, habría dejado el rostro al descubierto. El cambista lo pensó, advirtió lo sencillo que sería y deseó hacerlo con toda su alma; pero le era tan imposible apartar aquel velo como despedir al espectro que lo acompañaba.

¡Ah, muerte, muerte terrible, fría y rígida, instala aquí tu altar y adórnalo con todos los terrores que tienes a tu disposición, porque ése es tu dominio! Pero de la cabeza amada, reverenciada, honrada, no puedes cambiar un solo cabello para tus terribles propósitos o para hacer odioso ni uno solo de sus rasgos. No es que la mano no pese y caiga cuando se la suelta; ni que el corazón y el pulso no se hayan detenido, sino que la mano estaba abierta, era generosa y sincera; el corazón valiente, cálido y compasivo; era un verdadero corazón de hombre el que latía en ese pecho. ¡Golpea, muerte implacable! Y ¡verás cómo de la herida brotan sus buenas obras para sembrar el mundo con vida inmortal!

Ninguna voz pronunció aquellas palabras en los oídos de Scrooge, pero las oyó cuando contempló el lecho. Su pensamiento fue: si este hombre pudiera alzarse ahora, ¿en qué pensaría por encima de todo? ¿En la avaricia, en la dureza de corazón, en la avidez de las ganancias? ¡Terrible riqueza la que le habían conseguido aquellas pasiones!

Abandonado en una casa oscura y vacía, sin un solo hombre, ni mujer, ni niño que dijeran: «Fue amable conmigo en esto o en aquello y por el recuerdo de una palabra cariñosa lloraré su pérdida». Un gato arañaba la puerta y había un ruido de ratas que roían bajo la piedra del hogar. Qué era lo que querían en el cuarto del difunto y por qué estaban tan inquietos y trastornados, Scrooge no se atrevía a imaginarlo.

—¡Espíritu! —exclamó—, ¡qué lugar tan terrible! Aunque lo abandone no olvidaré sus lecciones, os lo aseguro. ¡Vayámonos!

Pero el fantasma siguió señalando la cabeza con un dedo inmóvil.

—Os entiendo —replicó Scrooge—, y lo haría si pudiera. Pero no me es posible. No puedo.

De nuevo pareció que el espectro lo miraba.

—Si hay alguna persona en la ciudad que sienta alguna emoción por la muerte de este hombre —dijo Scrooge dominado por la angustia—, mostrádmela, ¡os lo ruego!

El fantasma extendió por un momento, como si fueran unas alas, su oscura túnica; al recogerla de nuevo, dejó al descubierto una habitación iluminada por la luz diurna, donde se hallaba una madre con sus hijos.

La mujer esperaba a alguien con angustiada impaciencia, porque paseaba de un lado a otro sin descanso; se sobresaltaba con cualquier ruido; miraba por la ventana; consultaba la hora; trataba, aunque en vano, de trabajar con la aguja; y apenas soportaba las voces de los niños que jugaban.

Finalmente se oyeron los golpes tanto tiempo esperados. La madre corrió hacia la puerta para encontrarse con su marido, un hombre apesadumbrado, de rostro agobiado por las preocupaciones, aunque todavía joven. Ahora, sin embargo, había en él una notable expresión; algo así como un profundo júbilo del que se avergonzaba y que se esforzaba por reprimir.

Se sentó para tomarse la cena que su mujer, para que no se enfriase, había dejado cerca del fuego; y, cuando ella le preguntó, casi sin voz, qué noticias traía (cosa que solo hizo después de un largo silencio), pareció avergonzarse de responder.

—¿Son buenas o malas? —dijo ella para facilitarle la tarea.

—Malas —respondió el otro.

—¿Estamos completamente arruinados?

—No. Todavía hay esperanzas, Caroline.

—Si se apiada —dijo ella, sorprendida—, ¡claro está! Si ha sucedido un milagro semejante, puede esperarse cualquier cosa.

—Ya no se apiadará —dijo su marido—. Ha muerto.

La mujer era una criatura dulce y paciente si había que dar crédito a la expresión de su rostro; pero su alma sintió gratitud al oír aquello, y así lo dijo, uniendo las manos. Rezó pidiendo perdón un momento después, y se sintió culpable; pero lo primero que dijo le salió del corazón.

—Fue lo que me contó la mujer medio borracha de la que te hablé anoche cuando traté de verlo para obtener una prórroga de una semana; y lo que creí una simple excusa para evitarme ha resultado ser cierto. No solo estaba muy enfermo entonces: agonizaba ya.

—¿A quién se le traspasará nuestra deuda?

—No lo sé. Pero para entonces habremos conseguido el dinero; e, incluso aunque no fuera así, tendríamos muy mala suerte si encontrásemos de nuevo un acreedor tan despiadado. ¡Esta noche dormiremos tranquilos, Caroline!

Sí. Por mucho que procurasen disimularlo, su corazón se había librado de un peso terrible. Los rostros de los niños, silenciosos a su alrededor para oír lo que apenas entendían, se iluminaron; ¡la muerte del acreedor devolvía un poco de felicidad a una familia! La única emoción, causada por aquel suceso, que el espíritu podía mostrar a

Scrooge era de júbilo.

—Permitidme presenciar la expresión de algún sentimiento de ternura relacionado con una muerte —dijo Scrooge—, o esa habitación oscura que acabamos de abandonar estará siempre presente en mi recuerdo.

El fantasma lo condujo a través de varias calles con las que sus pies estaban familiarizados y, a medida que avanzaban, Scrooge miraba a un lado y a otro con la esperanza de reconocerse, pero no se vio por ningún sitio. Entraron en la casa del pobre Bob Cratchit, el hogar que ya había visitado en una ocasión anterior; y encontraron a la madre y a los niños sentados en torno al fuego.

Silenciosos. Muy silenciosos. Los pequeños Cratchit, siempre tan bulliciosos, estaban en un rincón, inmóviles como estatuas, la mirada pendiente de Peter, que tenía un libro delante. La madre y las hijas cosían. Pero ¡todos estaban muy callados!

—«Y tomando un niño lo puso en medio de ellos»[43].

¿Dónde había oído Scrooge aquellas palabras? No eran parte de un sueño. El muchacho tenía que haberlas leído en voz alta en el momento en que el espíritu y él cruzaban el umbral. ¿Por qué no seguía adelante?

La madre dejó su labor sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos.

—El color de esa tela me hace daño a los ojos —dijo.

¿El color? ¡Ah, pobre Tim!

—Ahora ya están mejor —dijo la mujer de Cratchit—. Trabajar a la luz de la vela los fatiga; pero por nada del mundo me gustaría que lo notase vuestro padre cuando vuelva a casa. Debe de estar al llegar.

—Se retrasa ya —respondió Peter, cerrando el libro—. Pero creo que estas últimas tardes camina más despacio que de ordinario, madre.

Volvieron a quedarse en silencio. Finalmente la mujer de Cratchit dijo con voz alegre y firme, que solo se quebró una vez:

—Lo he visto pasear con… lo he visto pasear muy deprisa con el pequeño Tim a hombros, ya lo creo.

—Yo también —exclamó Peter—. A menudo.

—Lo mismo que yo —exclamó otro. Todos lo habían visto.

—Como pesaba tan poco no era difícil llevarlo —continuó la madre, pendiente de su labor—, y lo quería tanto que no era una molestia, en lo más mínimo. ¡Vuestro padre está ya en la puerta!

Corrió a recibirlo; Bob, con su bufanda —la necesitaba el pobrecillo—, entró en la sala. Tenía el té listo muy cerca del fuego, y todos se esforzaron por serle de utilidad. Luego los dos Cratchit más jóvenes se le sentaron en las rodillas y apoyaron la mejilla sobre el rostro de su padre al tiempo que decían: «No pienses más en ello, papá. ¡No sufras!».

Bob se mostró muy alegre y prodigó las buenas palabras a toda la familia. Se fijó en la labor que su mujer había dejado sobre la mesa y alabó la laboriosidad y la rapidez de la señora Cratchit y de las niñas. Habrían acabado mucho antes del

domingo, dijo.

—¡El domingo! Entonces, ¿has ido hoy, Robert? —preguntó la esposa.

—Sí, querida —respondió Bob—. Me gustaría que hubieses podido ir. Te habría consolado ver qué sitio tan verde hemos elegido. Pero tendrás muchas ocasiones. Le he prometido que iré allí andando un domingo. ¡Mi niñito, mi pobre niñito! —exclamó Bob—. ¡Pobrecito mío!

Se echó a llorar sin poder remediarlo. Para evitarlo quizás habría hecho falta que no se sintiera tan cerca de su hijo.

Salió y subió a la habitación del piso alto, alegremente iluminada y con adornos navideños. Había una silla colocada muy cerca del cuerpo del niño, y señales de que alguien había estado allí recientemente. El pobre Bob se sentó en ella y, después de pensar un poco y de serenarse, besó la cara de su hijo. Se resignó con lo que había sucedido y volvió a bajar con rostro alegre.

Toda la familia se reunió en torno al fuego y conversaron; las chicas y la madre trabajaban como siempre. Bob les habló de la extraordinaria amabilidad del sobrino del señor Scrooge, a quien apenas había visto más que una vez, pero que, al encontrárselo por la calle, como lo había visto un poco… «pero solo un poco alicaído, ya sabéis», dijo Bob, le preguntó qué había sucedido para apenarlo.

—Por lo cual —continuó Bob—, y dado que es el caballero más afable que pueda pensarse, se lo conté. «No sabe cuánto lo siento, señor Cratchit —me dijo—, y lo lamento de todo corazón por su excelente esposa». Por cierto, no sé cómo se ha enterado de eso.

—¿Enterado de qué, cariño?

—Vaya, de que eres una esposa excelente —replicó Bob.

—¡Eso lo sabe todo el mundo! —exclamó Peter.

—¡Muy bien dicho, hijo mío! —aprobó Bob—. Espero que así sea. «Lo lamento de todo corazón —dijo— por su excelente esposa. Si puedo serle de ayuda en alguna cosa —añadió dándome su tarjeta—, aquí es donde vivo. Por favor, venga a verme». Pero lo que ha hecho nuestro encuentro tan agradable ha sido, más que lo que pueda hacer por nosotros —prosiguió Bob—, su manera amable de tratarme. De verdad parecía como si hubiera conocido a nuestro pequeño Tim, y sintiera de verdad lo mismo que nosotros.

—¡Estoy segura de que es un alma buena! —dijo la señora Cratchit.

—No tendrías la menor duda, querida mía —replicó Bob—, si lo vieras y hablaras con él. No me sorprendería en absoluto, fíjate en lo que te digo, que le consiguiera a Peter un puesto mejor.

—Escucha lo que dice tu padre —dijo la señora Cratchit.

—Y luego —exclamó una de las chicas— Peter buscará la compañía de alguien y se instalará por su cuenta.

—¡Guárdate tus ocurrencias! —replicó Peter, sonriendo.

—Antes o después —dijo Bob—, es una cosa que puede pasar; aunque sobra

tiempo para eso, hijo mío. Pero, comoquiera y cuando quiera que nos separemos unos de otros, estoy seguro de que no nos olvidaremos del pobre Tim, ¿verdad que no?, ni de esta primera separación.

—¡Nunca, papá, nunca! —exclamaron todos.

—Y sé también —prosiguió Bob—, estoy convencido, queridos míos, de que, cuando recordemos su paciencia y su bondad, aunque no era más que un niño pequeño, será difícil que nos peleemos, porque tendríamos que olvidarnos de él para hacerlo.

—¡No, nunca, papá! —repitieron todos.

—Me hacéis muy feliz —dijo Bob—, ¡feliz de verdad!

La señora Cratchit lo besó, lo besaron sus hijas, los Cratchit más jóvenes hicieron lo mismo, y Peter le estrechó la mano. ¡Alma de Tim, tu esencia infantil venía de Dios!

—Espíritu —dijo Scrooge—, algo me dice que se acerca el momento de separarnos. Lo sé, aunque ignoro cómo sucederá. Decidme, ¿a quién hemos visto en su lecho de muerte?

El fantasma de la Navidad futura lo transportó, como antes —aunque a una época diferente, pensó Scrooge: de hecho no parecía que hubiese un orden en aquellas últimas visiones, excepto que se situaban en el futuro—, a los lugares donde se reunían los hombres de negocios, pero él no estaba entre los presentes. A decir verdad, el espíritu no se detuvo en ningún sitio, sino que siguió su camino, como para llegar lo más directamente posible a su meta, hasta que Scrooge le suplicó que se detuviera un momento.

—Este patio —dijo— que atravesamos tan deprisa es desde hace tiempo el lugar donde trabajo. Reconozco la casa. ¡Dejadme ver lo que seré en días venideros!

El espíritu se detuvo; su mano señalaba en otra dirección.

—La casa está ahí —exclamó Scrooge—. ¿Por qué me hacéis signo de ir más allá?

El dedo inexorable no experimentó cambio alguno.

Scrooge se acercó, presuroso, a la ventana de su oficina y miró dentro. Seguía siendo una oficina, pero no la suya. Los muebles eran otros y la persona sentada en la silla no era él. El espectro seguía en la misma posición.

Volvió con él y, mientras se preguntaba el porqué de su desaparición y cuál habría sido su destino, lo acompañó hasta que llegaron a una verja de hierro. Scrooge se detuvo para mirar a su alrededor antes de entrar.

Un cementerio. Allí, por tanto, yacía bajo tierra el desdichado cuyo nombre estaba a punto de saber. Un lugar muy adecuado. Encajonado entre casas; invadido por las malas hierbas, que son la muerte y no la vida de la vegetación; asfixiado por un exceso de sepulturas; buen ejemplo de las consecuencias de un apetito desmedido. ¡Un lugar impagable!

El espíritu se detuvo entre las tumbas y con el dedo señaló una. Scrooge avanzó

temblando. El espectro seguía siendo exactamente el mismo, pero el cambista temió descubrir un significado nuevo en su figura solemne.

—Antes de que me acerque más a la lápida que señaláis —dijo Scrooge—, contestadme a una pregunta: ¿son éstas las sombras de las cosas que serán o solo las sombras de las que podrían ser?

El espectro, por toda respuesta, bajó la mano señalando el sepulcro que tenía al lado.

—Las acciones humanas anuncian siempre ciertos resultados, que pueden hacerse inevitables si se persevera en ellas —dijo Scrooge—. Pero, si cambian, cambiará el resultado. ¡Decidme que también es ése el caso con lo que os disponéis a mostrarme!

El espíritu siguió tan inmóvil como siempre.

Scrooge se arrastró hacia él, temblando mientras avanzaba; y, siguiendo la dirección del dedo, leyó, sobre la lápida de la descuidada sepultura, Ebenezer Scrooge, su nombre.

—¿Soy yo el difunto que yacía en aquel lecho? —exclamó, de rodillas.

El dedo del espectro pasó de señalar la tumba a señalarlo a él y luego de nuevo a la tumba.

—¡No, espíritu! ¡No, no!

El dedo no se movió.

—¡Escuchadme! —exclamó Scrooge, agarrando con fuerza su túnica—. No soy el hombre que era. Gracias a vuestras enseñanzas no seré ya el hombre que iba a ser. ¡Para qué mostrarme esto si debo abandonar toda esperanza!

Por primera vez la mano pareció temblar.

—Espíritu benévolo —prosiguió Scrooge, mientras se prosternaba ante él—. Sé que intercedéis y que os apiadáis de mí. Aseguradme que todavía puedo cambiar esas sombras que me habéis mostrado si mi vida emprende otro camino.

La mano se movió de nuevo, en un gesto de aliento.

—Celebraré la Navidad en mi corazón y me esforzaré por vivir sus enseñanzas todo el año. Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro. Los espíritus que los encarnan a los tres se esforzarán conmigo y nunca desoiré las lecciones que me enseñen. ¡Os lo ruego, decidme que puedo borrar lo que está escrito en esa lápida!

Dominado por la angustia, se apoderó de la mano del espectro, que intentó soltarse, pero que él retuvo con fuerza inusitada. El fantasma, sin embargo, más enérgico aún, lo rechazó.

Mientras alzaba las manos en una última súplica para cambiar su destino, observó un cambio en la capucha y en la túnica del espíritu, que se encogieron, se derrumbaron y quedaron reducidas a la columna de una cama.

Quinta estrofa
El final

¡Sí! La columna era una de las de su cama. Su cama y su dormitorio. Y lo mejor y lo que le llenó de esperanza fue que el tiempo que tenía por delante era suyo, y ¡podía rectificar!

—Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro —repitió Scrooge mientras saltaba de la cama—. Los espíritus de los tres se esforzarán conmigo. ¡Ah, Jacob Marley! ¡Benditos sean el Cielo y la fiesta de Navidad! Lo digo de rodillas, mi buen Jacob, ¡de rodillas!

Estaba tan agitado, tan radiante con sus buenos propósitos, que su voz gastada apenas respondía a sus deseos. Había llorado encendidamente en su lucha con el espíritu y aún le corrían las lágrimas por las mejillas.

—No las han arrancado —exclamó, abrazándose a una de las cortinas de la cama—. Siguen aquí, igual que yo. Las sombras de las cosas que podrían haber sido se pueden disipar. Así sucederá. ¡Estoy seguro!

Durante todo aquel tiempo sus manos se peleaban con las prendas de vestir; se las ponía del revés, o las de arriba, abajo; las rasgaba, se le iban de las manos, las confundía de la manera más extravagante.

—¡No sé qué hacer! —gritó Scrooge, riendo y llorando al mismo tiempo, y convirtiéndose, gracias a las medias que trataba de ponerse, en un perfecto Laoconte con su serpiente—. Me siento tan ligero como una pluma, tan feliz como un ángel, tan alegre como un colegial. Tan aturdido como un borracho. ¡Felices pascuas y próspero Año Nuevo para todo el mundo! ¡Saludos! ¡Qué tal!

Había pasado al cuarto de estar casi dando saltos, y se detuvo allí, totalmente sin resuello.

—¡Ahí está el cuenco de las gachas! —exclamó Scrooge, poniéndose otra vez en agitado movimiento delante de la chimenea—. ¡Ahí está la puerta por donde entró el fantasma de Jacob Marley! ¡Ése es el rincón donde se sentó el espíritu de la Navidad presente! ¡La ventana desde donde vi a los fantasmas errantes! Todo está como toca, es verdad todo lo que ha sucedido. ¡Ja, ja, ja!

Realmente, para un hombre tantos años falto de práctica, fue una carcajada espléndida, una carcajada ilustre. ¡La primera de una larga, larguísima sucesión de brillantes carcajadas!

—No sé a qué día del mes estamos —dijo Scrooge—. Ignoro cuánto tiempo he pasado entre espíritus. No sé nada. Soy como un recién nacido. Qué más da. Me tiene sin cuidado. Más me vale ser un niño pequeño. ¡Saludos a todos! ¡Qué tal!

Quedó detenido en sus transportes de alegría por las campanas de las iglesias que lanzaban al aire los repiques más alegres que había oído nunca.

¡Bim, bom, ding, dong, dang! Badajo y campana. ¡Ding, dong, dang! ¡Completamente maravilloso!

Scrooge corrió hasta la ventana, la abrió y sacó la cabeza. Ni niebla, ni bruma; un día claro, luminoso, azul, vigorizante, frío; uno de esos fríos que alegran y que animan; dorada luz del sol; un cielo divino; dulce aire fresco; campanas jubilosas. ¡Maravilloso!

—¿Qué día es hoy? —gritó Scrooge, reclamando la atención de un muchachito endomingado que quizá se había detenido para mirarlo.

—¿Cómo? —replicó el chico, asombrado al máximo.

—¿Qué día es hoy, hijo mío? —preguntó Scrooge.

—¿Hoy? —replicó el muchacho—. Caramba, ¡hoy es Navidad!

—¡Navidad! —se dijo Scrooge—. No me he perdido la fiesta. Los espíritus han hecho su trabajo en una sola noche. Hacen lo que quieren. Por supuesto que sí. Claro que sí. ¡Escucha, hijo mío!

—¡Dígame! —replicó el otro.

—¿Conoces la pollería que está dos calles más allá, en la esquina?

—¡Faltaría más!

—¡Un chico listo! —dijo Scrooge—. ¡Un chico fuera de lo corriente! ¿Sabes si han vendido el pavo que tenían colgado en la puerta? ¡No el pequeño, el grande!

—¿Cómo? ¿El que era de mi tamaño? —respondió el muchacho.

—¡Qué chico tan encantador! —dijo Scrooge—. Es un placer hablar con él. ¡Sí, amigo mío!

—Sigue allí colgado —replicó el muchacho.

—¿De verdad? —dijo Scrooge—. Ve y cómpralo.

—¡No soy tonto! —replicó el muchacho.

—No, no —dijo Scrooge—. Hablo en serio. Ve y cómpralo, y diles que lo traigan aquí, para que les dé la dirección a donde tienen que llevarlo. Vuelve con el de la tienda y te daré un chelín. ¡Si vuelves con él en menos de cinco minutos te daré media corona!

El muchacho salió como una bala. Haría falta tener la mano bien firme en un gatillo para disparar la mitad de deprisa.

—¡Se lo voy a mandar a Bob Cratchit! —susurró Scrooge, frotándose las manos y desternillándose—. No sabrá quién ha sido. El pavo es dos veces más grande que el pequeño Tim. ¡Joe Miller[44] nunca hizo un chiste tan bueno como será enviarle ese pavo a Bob!

Le temblaba un poco la mano con la que escribió la dirección, pero lo hizo de todos modos, bajó la escalera y abrió la puerta de la calle, preparado para la llegada del pollero. Mientras esperaba allí, reparó en la aldaba.

—¡Te querré mientras viva! —exclamó Scrooge, dándole palmaditas—. Apenas te había mirado nunca. ¡Qué expresión tan sincera en el rostro! ¡Qué aldaba tan maravillosa! ¡Aquí está el pavo! ¡Hola! ¡Vaya! ¡Qué tal estamos! ¡Feliz Navidad!

¡Menudo pavo! No habría podido sostenerse nunca sobre sus patas, aquella ave. Se le habrían roto en un instante, como barras de lacre.

—Ahora que lo pienso, es imposible llevar eso a pie hasta Camden Town —dijo Scrooge—. Alquila un coche.

La alegría con la que dijo esto, con la que pagó el pavo, con la que pagó el coche y con la que recompensó al muchacho, solo se vio superada por la que sintió cuando, otra vez sin aliento, volvió a sentarse en su silla y estuvo riéndose hasta que se le saltaron las lágrimas.

Afeitarse no le resultó una tarea sencilla, porque la mano seguía temblándole; y afeitarse requiere atención, incluso si no bailas mientras lo haces. Pero, aunque se hubiese cortado la punta de la nariz, Scrooge se habría quedado tan contento poniéndose un esparadrapo.

Se vistió con sus mejores galas y finalmente salió a la calle. La gente, para entonces, llenaba la ciudad, tal como había podido comprobarlo en compañía del espíritu de la Navidad presente; y mientras paseaba con las manos a la espalda, iba mirando a todo el mundo con una sonrisa de satisfacción. Causaba una impresión tan sumamente agradable, por decirlo de una vez, que tres o cuatro paseantes de buen humor no resistieron el deseo de saludarlo con un «¡Buenos días, señor! ¡Que pase una feliz Navidad!». Y, más adelante, Scrooge diría con frecuencia que, de todos los sonidos agradables que había escuchado en su vida, aquéllos eran los que le resultaban más placenteros.

No había llegado muy lejos cuando reconoció, viniendo hacia él, al corpulento caballero que le había visitado en su oficina el día anterior y que le dijo: «Scrooge y Marley, según creo». Sintió una punzada en el corazón al pensar en cómo lo miraría aquella persona cuando se cruzasen; pero sabía cuál era el camino recto que tenía delante y no dudó en tomarlo.

—Mi querido señor —dijo Scrooge, acelerando el paso para cogerle las dos manos—. ¿Cómo se encuentra? Confío en que todo le fuera bien ayer. Fue usted muy amable. ¡Le deseo la más feliz de las navidades!

—¿El señor Scrooge?

—Así es —dijo Scrooge—. Ése es mi apellido, y me temo que no le resulte muy agradable. Permítame que le pida perdón. Y, ¿tendrá usted la amabilidad…? —Aquí Scrooge le susurró algo al oído.

—¡Dios bendito! —exclamó el caballero, como si se hubiera quedado sin aliento —. Mi querido señor Scrooge, ¿habla usted en serio?

—Se lo ruego —dijo su interlocutor—. Ni un penique menos. Se incluyen en esa suma muchos pagos atrasados, se lo aseguro. ¿Tendrá usted la amabilidad?

—Mi querido señor —dijo el caballero, estrechándole la mano—. No tengo palabras para alabar semejante munifi…

—No diga nada, por favor —replicó Scrooge—. Venga a verme. ¿Lo hará?

—¡Claro que sí! —exclamó el anciano caballero. Y quedó claro que no dejaría de

hacerlo.

—Muchas gracias —respondió Scrooge—. Le quedo muy agradecido. Le doy infinitas gracias. ¡Que Dios lo bendiga!

Scrooge fue a la iglesia, paseó por las calles, vio a la gente que se apresuraba de aquí para allá, dio palmaditas a los niños en la cabeza, preguntó a los mendigos por sus necesidades, miró con curiosidad en las cocinas de las casas y alzó la vista hasta las ventanas, y descubrió que todo le procuraba placer. Nunca había soñado que un paseo —que nada— pudiera darle tanta felicidad. Por la tarde dirigió sus pasos hacia la casa de su sobrino.

Pasó por delante de la puerta una docena de veces antes de reunir el valor suficiente para subir los escalones de la entrada y llamar a la puerta. Finalmente no se lo pensó más y lo hizo:

—¿Está tu señor en casa, hija mía? —preguntó Scrooge a la criada que le abrió la puerta. ¡Una chica simpática! Mucho.

—Sí, señor.

—¿Dónde está, guapina?

—En el comedor, señor, con la señora. Pase al salón, si es tan amable.

—Muchas gracias. Me conoce —dijo Scrooge, ya con la mano en el picaporte del comedor—. Voy a entrar aquí.

Lo giró con suavidad y asomó la cabeza con la puerta entreabierta. Sus sobrinos examinaban la mesa (que estaba preparada como en los grandes acontecimientos); porque quienes llevan poco tiempo casados están siempre preocupados por hacer las cosas como es debido.

—¡Fred! —dijo Scrooge.

¡Dios todopoderoso y cómo se sobresaltó su sobrina política! Scrooge había olvidado, por un momento, que la había visto sentada en un rincón y con un taburete para alzar los pies, porque de lo contrario no hubiera querido asustarla por nada del mundo.

—¡Válgame Dios! —exclamó Fred—, ¿quién está ahí?

—Soy yo. Tu tío Scrooge. He venido a cenar. ¿Me dejas que pase, Fred?

¡Dejarlo pasar! Fue una suerte que no le arrancara el brazo al estrecharle la mano. Scrooge se sintió en casa en cinco minutos. Nada podría haber sido más cordial. Su sobrina era tal como la había visto en compañía del espíritu de la Navidad presente. Y lo mismo Topper cuando llegó a la casa. Y la hermana rellenita cuando apareció. Y todos los demás invitados cuando se incorporaron a la fiesta. Estupenda reunión, maravillosos juegos de sociedad, maravillosa unanimidad, ¡singular felicidad!

A la mañana siguiente, no obstante, Scrooge llegó temprano a su despacho. ¡Ya lo creo que lo hizo! ¡Solo si llegaba pronto podría sorprender a Bob Cratchit retrasándose! Y eso era lo que deseaba de todo corazón.

Como así sucedió, ¡ya lo creo que sí! El reloj dio las nueve. Ni rastro de Bob. Las nueve y cuarto. Nada. Se presentó dieciocho minutos y medio tarde. Scrooge tenía la

puerta de su despacho abierta, para verlo así entrar en su cubículo.

Bob se había quitado el sombrero y la bufanda antes de abrir la puerta. Ocupó su sitio en un abrir y cerrar de ojos y se puso a escribir a toda velocidad como si tratara de alcanzar las nueve que ya se habían ido.

—¡Oiga! —gruñó Scrooge, con su voz de siempre, todo lo que fue capaz de imitarla—. ¿Qué se propone usted llegando a esta hora?

—Lo siento mucho, señor —dijo Bob—. Me he retrasado.

—¿Se ha retrasado? —repitió Scrooge—. Sí. No tengo la menor duda. Hágame el favor de venir aquí, caballero, si lo tiene usted a bien.

—Es solo una vez al año, señor —alegó Bob, saliendo de su cubículo—. No volverá a suceder. Ayer estuvimos de fiesta, señor.

—Bien, pues aténgase a las consecuencias, amigo mío —dijo Scrooge—. No voy a permitir más una cosa así. Y, en consecuencia —prosiguió, al tiempo que se bajaba de un salto de su taburete y daba a Bob un codazo tal en el costado que lo devolvió, tambaleándose, a su cubículo—; y, en consecuencia, ¡me dispongo a subirle el sueldo!

Bob tembló y se acercó un poco más a la regla que tenía sobre la mesa. Tuvo por un momento la idea de golpear a Scrooge con ella, sujetarlo después y llamar a los vecinos para pedirles ayuda y una camisa de fuerza.

—¡Felices pascuas, Bob! —dijo Scrooge, con una sinceridad que era imposible malinterpretar, al tiempo que le palmeaba la espalda—. ¡Unas pascuas más felices, Bob, amigo mío, de las que te he dado, en tantos años! Voy a subirte el sueldo, a esforzarme por ayudar a esa familia tuya que tanto lucha por salir adelante, y vamos a hablar de tu situación esta misma tarde, mientras nos bebemos un buen ponche caliente. Y ahora aviva el fuego, y ¡sal a comprar otro cubo para el carbón antes de escribir una palabra más, Bob Cratchit!

Scrooge hizo más de lo que había prometido. Lo hizo todo e infinitamente más; y para el pequeño Tim, que no llegó a morir, fue un segundo padre. Se convirtió en un amigo tan bueno, un patrón tan bueno, una persona tan excelente como no se ha conocido ni en Londres ni en ninguna otra ciudad, pueblo o distrito del mundo entero. Algunas personas se reían al verlo tan cambiado, pero Scrooge los dejaba reírse y no les hacía el menor caso; porque era lo bastante prudente para saber que nunca sucede nada bueno en este mundo nuestro sin que alguien se harte de reír desde el primer momento; y, sabedor de que individuos como aquéllos acabarían ciegos de todos modos, le parecía muy bien que se les hicieran arrugas en torno a los ojos por culpa de la risa, en lugar de ser víctimas de la enfermedad de maneras menos atractivas. El corazón de Scrooge reía también y eso era más que suficiente para él.

No volvió a tener relación alguna con espíritus, ni sobrenaturales ni volátiles, porque vivió desde entonces de acuerdo con el principio de la abstinencia total; y siempre se dijo de él que sabía cómo celebrar la Navidad, si es que alguna persona



viva poseía ese saber. Ojalá de verdad se pueda decir lo mismo de nosotros, de todos nosotros. Así que, como hizo notar el pequeño Tim, ¡que Dios nos bendiga a todos y a cada uno!

El cuento del pariente pobre

Charles Dickens

(1852)

Traducción

Marta Salís

«El cuento del pariente pobre» («The Poor Relation’s Story») se publicó por primera vez en «A Round of Stories by the Christmas Fire», el número navideño de la revista *Household Words*, en 1852. Es uno de los cuentos menos conocidos de Dickens, pero no menos relevante como ejemplo de su influyente concepto del «espíritu de la Navidad», y así lo incluimos, aunque excepcionalmente alteremos el orden cronológico que sigue nuestra antología. Al llegar la Navidad, diarios y revistas como *Household Words*, editada por el propio Dickens, publicaban anuarios, suplementos y ediciones especiales con hermosas ilustraciones, poemas y cuentos que la sociedad victoriana adoraba. Hay que recordar que su precio era asequible para un amplio sector de la población.

Se resistió mucho a tener prioridad sobre tantos miembros respetables de la familia y ser él quien empezara la ronda de historias que se disponían a contar sentados en un amplio círculo al amor de la lumbre navideña; y sugirió con modestia que fuera «John, nuestro querido anfitrión» (por cuya salud pidió que brindaran) quien tuviera la gentileza de comenzar. Él estaba tan poco acostumbrado a ser el primero, dijo, que realmente… Pero, como todos le gritaron que empezara de una vez, exclamando al unísono que podía, debía y tenía que hacerlo, dejó de frotarse las manos, sacó las piernas de debajo del sillón e inició su relato.

—Estoy seguro —dijo el pariente pobre— de que sorprenderé a todos los presentes, y sobre todo a John, nuestro querido anfitrión, a quien tanto debemos por su hospitalidad de hoy, con la confesión que voy a hacer. Pero, si me concedéis el honor de asombraros por lo que pueda contar una persona, en la familia, tan insignificante, os prometo que seré escrupulosamente fiel a la verdad.

»No soy lo que aparento. Soy muy diferente. Pero quizá sea mejor que, antes de continuar, eche una ojeada a lo que se supone que soy.

»La gente cree, si no me equivoco (y de ser así, lo que es muy probable, espero que los miembros aquí presentes de la familia me corrijan) —el pariente pobre miró afablemente a su alrededor por si alguien le contradecía—, que no tengo otro enemigo que yo mismo. Que nunca tuve el menor éxito en nada. Que fracasé en los negocios porque fui crédulo y poco profesional al no prever los planes interesados de mi socio. Que fracasé en el amor porque fui ridículamente confiado al creer imposible que Christiana me traicionara. Que no se cumplieron mis expectativas con el tío Chill porque no fui lo bastante sagaz para él en los asuntos mundanos. Que a lo largo de la vida he sufrido, por lo general, desaires y decepciones. Que hoy soy un soltero de casi sesenta años que vive de una pequeña renta en forma de asignación trimestral a la que, por lo que veo, John, nuestro querido anfitrión, no desea que continúe refiriéndome.

»Mis ocupaciones y hábitos en la actualidad son, en teoría, los siguientes:

»Vivo en un alojamiento de Clapham Road (en una habitación trasera muy limpia, en una casa muy respetable), donde no está previsto que pase el día, a menos que me sienta mal, y que normalmente abandono a las nueve de la mañana con el pretexto de dirigirme a la oficina. Desayuno (un panecillo con mantequilla y media pinta de café) en un antiguo café cerca del puente de Westminster; y luego entro en la City[45] (no sé por qué) y me siento en el café Garraway, y en la Lonja, y callejeo un rato, y visito las escasas oficinas y contadurías donde algún pariente o conocido tiene la amabilidad de tolerar mi presencia, y donde me arrimo, sin sentarme, al fuego si hace frío. Es así como paso el día hasta que llegan las cinco, hora en que ceno por un

promedio de un chelín y tres peniques. Como me sobra un poco de dinero para mi entretenimiento vespertino, entro en algún viejo café de camino a casa, y tomo una taza de té, y quizá un poco de pan tostado. De tal modo que, cuando la manecilla gruesa vuelve a ponerse en la misma hora de la mañana, regreso a Clapham Road y me voy directamente a la cama, ya que encender la chimenea es caro, y la familia que me aloja no quiere hacerlo porque da trabajo y ensucia mucho.

»A veces, alguno de mis parientes o conocidos tiene el detalle de invitarme a comer. Para mí son días festivos, y normalmente doy un paseo por el parque. Soy un hombre solitario, y rara vez lo hago acompañado. No es que la gente me evite porque vaya mal vestido; soy un hombre atildado, y siempre tengo un buen traje negro (o preferiblemente gris oscuro, que parece negro y se estropea menos); pero me he acostumbrado a hablar muy bajo, y más bien poco, y ni soy divertido ni me considero una compañía interesante.

»La única excepción a esta regla es el hijo de mi primo hermano, el pequeño Frank. Siento especial cariño por ese niño, y él me quiere mucho. Es una criatura tímida por naturaleza; de esas que la multitud enseguida arrolla y olvida. Pero los dos nos llevamos extraordinariamente bien. Supongo que el pobre niño acabará ocupando el mismo extraño lugar que yo en la familia. Apenas hablamos; y, sin embargo, estamos muy compenetrados. Paseamos juntos, de la mano; y, sin decir casi nada, él me entiende y yo lo entiendo a él. Cuando era muy pequeño, solía llevarlo a los escaparates de las jugueterías y le enseñaba lo que había en la tienda. Es asombroso lo pronto que comprendió que yo le habría cubierto de regalos si lo hubiera permitido mi situación.

»El pequeño Frank y yo vamos a contemplar el Monumento[46] (a él le encanta el Monumento) y los puentes, y todas las vistas que no cuestan dinero. En dos de mis cumpleaños hemos cenado ternera *e la mode*[47], hemos ido al teatro a mitad de precio, y lo hemos pasado muy bien. Un día en que íbamos caminando por Lombard Street, un lugar que visitamos a menudo porque yo le conté que allí vivía gente muy rica (a Frank le encanta Lombard Street), un caballero dijo al cruzarse conmigo: “A su hijito se le ha caído un guante”. Os aseguro, y disculpad que comente un hecho tan trivial, que esa mención fortuita de que fuera hijo mío me conmovió hasta tal punto que unas lágrimas ridículas asomaron a mis ojos.

»Cuando manden a Frank a un internado en el campo, lo echaré mucho de menos, pero tengo la intención de ir andando a verlo una vez al mes, cuando él tenga medio día libre. Me han dicho que estará jugando en el Heath[48]; y, si mis visitas no se consideran oportunas para el niño, lo veré de lejos sin que se entere, y volveré andando a casa. Su madre es de muy buena familia, y soy consciente de que no le gusta que pasemos demasiado tiempo juntos. Sé que no soy la mejor compañía para su carácter retraído; pero creo que me echaría realmente de menos si nos impidieran vernos.

»Cuando muera en Clapham Road, no dejaré mucho más en este mundo de lo que

me llevaré de él; pero tengo la miniatura de un niño de rostro vivaracho y pelo ensortijado, con una camisa con chorreras bajando desde el cuello (mi madre encargó ese retrato, pero no puedo creer que jamás se pareciera a mí), que no tendría el menor valor si se vendiera, y que pediré que sea entregada a Frank. He escrito, asimismo, una carta muy breve a mi querido pequeño, diciéndole cuánto lamento separarme de él, aunque me haya visto obligado a confesarle que no se me ocurre ningún motivo para seguir aquí. Le doy algún pequeño consejo, en la medida de mis posibilidades, para advertirle del peligro de no tener otro enemigo que uno mismo; y trato de consolarle por lo que le parecerá, me temo, una gran pérdida, señalándole que, salvo para él, no he pintado nada para nadie más de la familia; y que, al no haber conseguido hacerme un lugar entre esta concurrida asamblea, estaré mejor fuera de ella.

»Ésa es —dijo el pariente pobre, carraspeando y elevando un poco la voz— la imagen que todo el mundo tiene de mí. Pues bien, se da la circunstancia extraordinaria, y que constituye el objetivo de mi historia, de que nada de eso es verdad. Ni ésa es mi vida, ni ésos son mis hábitos. Ni siquiera me alojo en Clapham Road. En términos relativos, rara vez estoy allí. Vivo por lo general (y casi me avergüenza pronunciar la palabra, suena tan pretenciosa) en un castillo. No digo que sea una antigua residencia de la nobleza, pero sigue siendo un edificio que todo el mundo llama castillo. En él conservo los detalles de mi historia, que enumeraré a continuación:

»Cuando convertí a John Spatter (que había sido mi empleado) en mi socio, siendo yo un joven de veinticinco años que vivía en casa del tío Chill, quien me había hecho abrigar grandes esperanzas, me atreví a pedirle a Christiana que se casara conmigo. Llevaba mucho tiempo enamorado de ella. Era muy hermosa, y encantadora en todos los sentidos. Yo desconfiaba un poco de su madre viuda, pues temía que fuera intrigante y mercenaria; pero, por Christiana, tenía de ella el mejor concepto posible. Jamás había amado a nadie que no fuera Christiana, y ella había sido todo… bueno, mucho más que todo para mí desde que éramos niños.

»Christiana aceptó ser mi mujer con el consentimiento de su madre, y me hizo el hombre más feliz del mundo. Mi vida en casa del tío Chill era austera y aburrida, y mi dormitorio de la buhardilla tan inhóspito, oscuro y frío como una celda en lo alto de una severa fortaleza norteña. Pero, teniendo el amor de Christiana, no deseaba nada más en la tierra. No habría cambiado mi destino por el de ningún otro ser humano.

»La avaricia era, por desgracia, el principal defecto de mi tío Chill. A pesar de su riqueza, era cicatero, mezquino y tacaño, y vivía míseramente. Como Christiana no tenía dinero, no me atreví a contarle enseguida que nos habíamos comprometido; pero, finalmente, le escribí una carta para comunicarle la noticia. Se la di una noche, antes de acostarme.

»La mañana siguiente, bajé por la escalera tiritando en medio del gélido

diciembre (más frío en la casa sin calentar de mi tío que en la calle, donde el sol invernal brillaba a veces, y que, en cualquier caso, se veía animada por los rostros joviales y las voces que la transitaban) y me dirigí apesadumbrado a la sala alargada y de escasa altura donde desayunaba con mi tío. Era una estancia grande con un fuego muy pequeño, y tenía un ventanal enorme en el que la lluvia había dejado su huella durante la noche, al igual que lágrimas de los que vagan sin hogar. Daba a un patio desnudo, con el empedrado en muy mal estado y algunas rejas de hierro oxidado medio arrancadas, desde donde una fea edificación anexa, antaño una sala de disección (en tiempos del famoso cirujano que había hipotecado la casa con mi tío), parecía mirarla.

»Nos levantábamos siempre tan temprano que, en esa época del año, desayunábamos a la luz de una vela. Cuando entré en la sala, mi tío estaba tan encogido en la silla por el frío, tras la escasa luz de la única vela, que no advertí su presencia hasta que me acerqué a la mesa.

»Cuando le tendí la mano, cogió su bastón (como estaba débil y achacoso, siempre llevaba uno para andar por casa) y me golpeó con él profiriendo un insulto.

»—Tío —le contesté—, no esperaba que se enfadara usted de ese modo.

»Y lo cierto es que no lo había esperado, aunque fuera un anciano severo e irascible.

»—¿Que no lo esperabas? —dijo—. ¿Cuándo se te ocurrió esperar algo? ¿Cuándo se te ocurrió contar con algo, o desear algo, perro despreciable?

»—¡Sus palabras son duras, tío!

»—¿Duras? No son más que plumas para lanzarle a un idiota como tú —exclamó —. ¡Míralo, Betsy Snap!

»Betsy Snap era una vieja de rostro amarillento, feo y demacrado (nuestra única criada) que, a aquellas horas de la mañana, estaba siempre frotando las piernas de mi tío. Cuando éste le ordenó que me mirara, puso su huesuda garra en la coronilla de ella, arrodillada a su lado, y le obligó a volver la cara hacia mí. Un pensamiento involuntario relacionando a ambos con la sala de disección, como seguramente a menudo los habría relacionado en tiempos del cirujano, me asaltó en medio de la inquietud.

»—¡Mira cómo lloriquea este gallina! —dijo mi tío—. ¡Mira qué niñito de pecho! He aquí al caballero que, según dicen, no tiene otro enemigo que a sí mismo. He aquí al caballero incapaz de decir que no. He aquí al caballero que ganaba tanto con su negocio que no ha tenido más remedio que asociarse con otro hace unos días. He aquí al caballero que contraerá matrimonio con una mujer sin un penique, y ¡que ha caído en manos de unas Jezabeles que especulan con mi muerte!

»Comprendí entonces lo furioso que estaba; pues tenía que estar casi fuera de sí para pronunciar una palabra que le inspiraba tanta repugnancia que, por ningún concepto, podía siquiera insinuarse en su presencia.

»—Con mi muerte —repitió, como si estuviera desafiándome al desafiar su

propio terror a esa palabra—. Con mi muerte… muerte… ¡Muerte! Pero yo terminaré con tanta especulación. Que sea la última vez que comes en esta casa, sinvergüenza, y ¡ojalá te atragantes!

»Como podéis imaginar, no tenía demasiadas ganas de desayunar con tales condiciones; pero me senté en mi sitio habitual. Sabía que el tío Chill me estaba repudiando para siempre; pero, con el amor de Christiana, podría sobrellevarlo bien.

»Él vació un tazón de pan con leche como todos los días, aunque esta vez se lo puso en las rodillas y la silla de espaldas a la mesa donde yo me sentaba. Cuando hubo acabado, apagó cuidadosamente la vela; y un día gélido, grisáceo y triste cayó sobre nosotros.

»—Y ahora, señor Michael —dijo—, antes de separarnos, me gustaría hablar con esas damas en tu presencia.

»—Como usted quiera, señor —contesté—; pero se engaña a sí mismo, y nos juzga equivocada, cruelmente, si piensa que entre nosotros hay algún otro sentimiento que no sea el amor más puro, desinteresado y sincero.

»—¡Mentiroso! —se limitó a responder.

»Nos dirigimos entre la nieve medio derretida y la lluvia medio congelada a la casa donde vivían Christiana y su madre. Mi tío las conocía muy bien. Estaban desayunando, y las sorprendió vernos tan temprano.

»—A sus pies, señora —dijo mi tío a la madre—. Supongo que adivina usted el propósito de mi visita. Tengo entendido que lo que se cuece aquí es el amor más puro, desinteresado y sincero. Me alegra traerles cuanto necesita para ser perfecto. Aquí tienen a su yerno, señora, y a su marido, señorita. A este caballero yo no lo conozco de nada, pero le deseo lo mejor en su bonito negocio.

»Me gruñó al salir, y jamás volví a verlo.

»También es un error suponer —prosiguió el pariente pobre— que mi querida Christiana se dejara convencer e influenciar por su madre y se casara con un hombre adinerado, cuyo carruaje me llena de barro siempre que, en estos nuevos tiempos, ella pasa a mi lado. No, no. Se casó conmigo.

»El modo en que llegamos a casarnos antes de lo previsto fue como sigue. Yo alquilé una habitación muy barata, y estaba ahorrando y planificando lo mejor para ella cuando un día me dijo con la mayor seriedad:

»—Mi querido Michael, te he dado mi corazón. He dicho que te amaba y me he comprometido a ser tu mujer. Soy tan tuya en lo bueno y en lo malo como si nos hubiéramos casado el día en que acepté tu mano. Te conozco y sé que, si tuviéramos que separarnos y nuestro vínculo se rompiera, tu vida entera se ensombrecería, y toda la fortaleza que necesitas, incluso ahora, para enfrentarte al mundo se convertiría en la sombra de lo que es.

»—¡Que Dios me ayude, Christiana! —exclamé—. Tienes razón.

»—¡Michael! —dijo ella, dándome la mano con virginal devoción—. No sigamos separados por más tiempo. Nadie sabe mejor que yo lo feliz que viviré con los

medios de que dispones, y sé de sobra que son suficiente para ti. Te lo digo con el corazón. No sigas luchando solo; luchemos juntos. Michael, querido, no es justo que te oculte algo que ni siquiera sospechas y que a mí, sin embargo, me aflige indeciblemente. Mi madre, olvidando que, cuanto has perdido lo has perdido por mí, y con la certeza de que te seré fiel, quiere que tenga un marido rico e insiste, pobre de mí, en que me case con otro. No puedo ni pensarlo, pues, si lo hiciera, te traicionaría. Prefiero compartir tu lucha que contemplarla sin hacer nada. No necesito un hogar mejor del que tú puedas ofrecerme. Sé que tus esfuerzos y aspiraciones serán mayores si soy tu mujer, así que ¡casémonos cuando quieras!

»Aquel día fui realmente bendecido, y un nuevo mundo se abrió ante mí. Nos casamos enseguida, y llevé a mi esposa a nuestro feliz hogar. Éstos fueron los cimientos de la residencia que he mencionado antes; el castillo donde hemos vivido juntos desde entonces. Todos nuestros hijos nacieron en él. El primero fue una niña (hoy en día casada), a la que llamamos Christiana. Su hijo se parece tanto al pequeño Frank que apenas los distingo.

»La idea más extendida sobre la manera en que me trató mi socio también es completamente errónea. No empezó a tratarme con frialdad, como si fuera un pobre inútil, cuando mi tío y yo nos enemistamos para siempre; tampoco fue apoderándose poco a poco de nuestro negocio hasta echarme de él. Por el contrario, fue sumamente leal y honrado conmigo.

»Las cosas, entre nosotros, tomaron este rumbo: el día en que me alejé de mi tío, e incluso antes de que llegaran mis baúles a nuestra contaduría (los envió en un carruaje que se negó a pagar), bajé al despacho que teníamos en nuestro pequeño muelle, con vistas al río, y le conté a John Spatter lo sucedido. John no me respondió diciendo que los parientes viejos y ricos eran una realidad palpable y el amor y los sentimientos, una tonta fantasía. Me dijo lo siguiente:

»—Michael, fuimos al colegio juntos, y yo siempre me las arreglé mejor que tú y gocé de más prestigio.

»—Así es, John —contesté.

»—Aunque perdía los libros que me prestabas; no te devolvía el dinero que me dejabas; te vendía mis navajas deterioradas por más dinero del que me habían costado nuevas; y eras tú quien pagaba el pato por las ventanas que yo había roto.

»—No vale la pena que hablemos de eso, John Spatter —dije—, pero es cierto, sí.

»—Cuando abriste este negocio, que promete ser de lo más próspero —prosiguió John—, vine a pedirte trabajo, el que fuera, y me hiciste tu secretario.

»—Tampoco vale la pena que lo recuerdes, mi querido John Spatter —dije—; pero también es cierto, sí.

»—Y, al darte cuenta de que yo tenía buena cabeza para los negocios, y de que era realmente útil para la empresa, no quisiste retenerme en ese puesto y te pareció un acto de justicia que fuera enseguida tu socio.

»—Todavía menos digno de mención que esos otros pequeños detalles que acabas

de señalar, John Spatter —dije—; pues fui consciente, y lo sigo siendo, de tu valía y mis limitaciones.

»—Sin embargo, querido amigo —dijo John, obligándome a darle el brazo como hacía en el colegio; mientras, al otro lado de las ventanas de nuestro despacho (con la misma forma que las ventanas de una popa), dos barcos se deslizaban lentamente por el río empujados por la marea, al igual que John y yo navegábamos juntos, seguros y confiados, por la vida—, ahora que reina la concordia entre nosotros, tenemos que ser sinceros. Eres demasiado blando, Michael. No tienes otro enemigo que tú mismo. Si yo, consciente de este rasgo perjudicial para nuestra sociedad, me limitara a encogerme de hombros, mover la cabeza y suspirar; e incluso si llegara a abusar de la confianza que has depositado en mí…

»—Pero nunca lo harás, John —exclamé.

»—¡Nunca! —repitió él—; solo es una suposición… Pero si llegara a abusar de esa confianza ocultándote ciertos detalles de nuestro negocio, revelándote otros o dejando que solo los vislumbraras, mi poder se vería fortalecido y tu debilidad sería cada vez mayor; y un día acabaría encontrándome en el camino que lleva a la riqueza después de haberte dejado atrás, en algún baldío lejos de la ruta principal.

»—Así es —dije yo.

»—Para evitar esto, Michael —dijo John Spatter—, o la más remota posibilidad de esto, debemos tenernos la mayor confianza. No nos ocultaremos nada, y tendremos un único interés.

»—Mi querido John Spatter —le aseguré—, eso es precisamente lo que quiero.

»—Y, cuando seas demasiado blando —prosiguió John, con el rostro rebosante de amistad—, con tu permiso, impediré que los demás se aprovechen de ese defecto de tu carácter; no esperes que te siga la corriente…

»—Mi querido John Spatter —le interrumpí—, no espero que me sigas la corriente. Es algo que deseo corregir.

»—Yo también —exclamó John.

»—¡Exactamente! —dije—. Los dos tenemos el mismo objetivo; y persiguiéndolo con honradez, confiando por completo el uno en el otro, y compartiendo un único interés, nuestra sociedad será próspera y feliz.

»—¡Estoy seguro! —contestó John Spatter antes de estrecharnos la mano con el mayor afecto.

»Llevé a John a mi castillo y pasamos un día muy dichoso. Nuestra sociedad prosperó. Mi socio y amigo subsanaba mis limitaciones, como yo había previsto, y, mejorándonos tanto al negocio como a mí, reconocía con creces cualquier pequeño ascenso en la vida que hubiera obtenido con mi ayuda.

»—No soy —dijo el pariente pobre, mirando el fuego mientras se frotaba lentamente las manos— muy rico, ya que nunca le di importancia a serlo; pero tengo lo suficiente para cubrir mis modestas necesidades y estoy muy lejos de pasar penurias. Mi castillo no es un lugar lujoso, pero sí muy acogedor; su atmósfera es

cálida y alegre, y es la viva imagen del hogar.

»Nuestra hija mayor, que es el vivo retrato de su madre, está casada con el primogénito de John Spatter. Nuestras dos familias están muy unidas por otros lazos. Nos encanta pasar la velada juntos (algo que hacemos con frecuencia), y John y yo hablamos de los viejos tiempos y del único interés que hemos compartido siempre.

»Lo cierto es que en mi castillo no sé lo que es la soledad. Siempre hay algún hijo o nieto, y las voces jóvenes de mis descendientes me resultan deliciosas… ¡tan deliciosas!… de oír. Mi queridísima y abnegada esposa, siempre leal, siempre cariñosa, siempre amable y servicial, pródiga en apoyo y consuelo, es la mayor bendición de mi hogar; de ella salen las demás bendiciones. Somos una familia bastante musical y, cada vez que Christiana me ve un poco cansado o afligido, a la hora que sea, se acerca silenciosamente al piano y canta una dulce melodía que solía cantar cuando nos prometimos. Soy tan sensible que no puedo escucharla interpretada por otra persona. La tocaron una vez en el teatro, cuando fui con el pequeño Frank; y el niño me preguntó extrañado: "Primo Michael, ¿de quién son estas lágrimas tan calientes que me han caído en la mano?".

»Ése es mi castillo, y ésas son las circunstancias reales de mi vida allí. A veces llevo al pequeño Frank conmigo. Mis nietos lo reciben con alegría, y juegan juntos. En esta época del año, Navidad y Año Nuevo, rara vez salgo de mi castillo. Pues los recuerdos de estos días parecen retenerme allí, y sus preceptos parecen enseñarme que es bueno estar en él.

—Y el castillo está… —empezó a decir la voz grave y armoniosa de uno de los presentes.

—Sí. Mi castillo —continuó el pariente pobre, moviendo la cabeza sin dejar de contemplar el fuego— está en el aire. John, nuestro querido anfitrión, ha adivinado muy bien su emplazamiento. ¡Mi castillo está en el aire! He llegado al final. ¿Tendría la amabilidad de contar su historia el siguiente?

La niña de los fósforos

Hans Christian Andersen

(1845)

Traducción

Blanca Ortiz Ostalé

Hans Christian Andersen (1805-1875) nació en Odense, en Dinamarca, en el seno de una familia muy pobre que alentó siempre su poderosa imaginación. Tras la muerte de su padre, un humilde zapatero, dejó de asistir a la escuela; y en 1819 se fugó a Copenhague para probar fortuna como cantante de ópera, bailarín y actor. No consiguió su propósito, pero acabó trabajando para el director del Teatro Real, que le pagó sus estudios. Su primer gran éxito fue el relato fantástico *Un paseo desde el canal de Holmen hasta la punta oriental de Amager en 1828 y 1829*. Poeta, novelista y dramaturgo, fueron, sin embargo, sus más de ciento cincuenta cuentos infantiles los que le convirtieron en uno de los grandes autores de la época. Traducidos a más de ochenta idiomas, han sido también adaptados al teatro, al ballet y al cine. Entre sus cuentos más famosos, además del elegido para nuestra antología, se encuentran «La princesa y el guisante», «La sirenita», «El patito feo», «La reina de las nieves», «El soldadito de plomo», «El traje nuevo del emperador», «El sastrecillo valiente» y «Las zapatillas rojas». Andersen, viajero incansable, murió a los setenta años en Rolighed, la casa de sus mejores amigos, cerca de Copenhague.

«La niña de los fósforos» («Den lille Pige med Svovlstikkerne») se publicó por primera vez en diciembre de 1845 en el almanaque danés *Dans Folkekalander for 1846*. El elemento de tristeza y privación que nunca es ajeno al género navideño no parece tener aquí, sin embargo, otra redención que el tránsito a «donde no existe el frío, ni el hambre, ni el temor».

Hacía un frío terrible. Nevaba y empezaba a caer la noche; la última noche del año, la víspera de Año Nuevo. En medio de tanto frío y de tanta oscuridad, deambulaba por las calles una niña muy pobre, la cabeza descubierta y los pies descalzos; cierto es que al salir de casa llevaba unos pantuflos puestos, pero ¡de bien poco habían servido! Eran tan enormes que la última en llevarlos había sido su madre, y la pequeña los había perdido al cruzar la calle al paso de dos carruajes que iban a galope tendido. De uno de los pantuflos no se volvió a saber más y el otro se lo llevó un chiquillo diciendo que le serviría de cuna para sus hijos cuando los tuviera.

Ahora la niña iba descalza y con los piececitos amoratados de frío. En un viejo delantal llevaba unos cuantos fósforos y sostenía también un puñado en una mano. Nadie le había comprado nada en todo el día. Nadie le había dado una triste moneda. Caminaba hambrienta, aterida de frío, y ¡con un aire tan abatido! Los copos de nieve iban cayéndole sobre los largos cabellos rubios, que por detrás se rizaban en hermosos tirabuzones; aunque ella no reparaba en tales adornos. Todas las ventanas estaban iluminadas y hasta las calles llegaba un aroma delicioso a ganso asado. Claro, era la víspera de Año Nuevo, pensó.

En el rincón que formaban los muros de dos casas contiguas, una más adelantada que la otra, se acurrucó con las piernas encogidas. El frío arreciaba, pero no tenía valor para regresar a casa; como no había vendido un solo fósforo, no iba a llevar siquiera una moneda y su padre le pegaría. Además, en casa también pasaban frío, pues era poco más que un techo bajo el que cobijarse y, aunque habían rellenado con paja y trapos las grietas más anchas, dentro también gemía el viento. Tenía las manitas casi muertas de frío. ¡Ay! Qué agradable sería encender un fósforo. Si se atreviera a sacar uno del manojo, frotarlo contra el muro y calentarse los dedos… Escogió uno y ¡ras!, ¡cómo chisporroteaba, cómo ardía! Al rodearlo con la mano, sintió el calor de la llama, que brillaba como una lamparita. Era una luz muy extraña. La niña creyó encontrarse frente a una estufa enorme y reluciente, con sus bolas de latón y su cilindro. El fuego ardía que era una bendición, ¡cómo calentaba! Pero ¡no! ¿Qué sucedía? La pequeña ya arrimaba los pies para sentir el calor cuando… adiós, llama. La estufa se esfumó y allí quedó la pobre, con un pedacito de fósforo consumido en la mano.

Encendió otro, que también ardió y brilló, y que al proyectar sobre el muro su fulgor lo volvió transparente como un velo de gasa. La niña vio una sala con la mesa servida; el mantel era blanquísimo y la porcelana, de la más fina; el ganso, relleno de ciruelas y manzanas, despedía un aroma delicioso y, lo que es más extraordinario, asado y todo bajó de la mesa de un salto y se contoneó por el suelo con cuchillo y tenedor aún clavados a la espalda. Pero una vez al alcance de la pobre niña… el

fósforo se apagó y no quedó más que el muro, grueso y frío.

Encendió uno más. Entonces se encontró a los pies del más maravilloso de todos los árboles de Navidad, más grande aún y más adornado que el que había entrevisto a través de los cristales en casa del rico comerciante las navidades pasadas. En sus ramas verdes ardían miles de velas, e imágenes de colores como las que decoraban los escaparates se asomaban a mirarla. La pequeña alzó las manitas… y entonces se apagó el fósforo. Cuando las luces de Navidad se perdieron en el cielo, comprendió que eran las estrellas. Una de ellas cayó, dejando una larga estela de fuego en el firmamento.

—¡Ha muerto alguien! —exclamó la niña, pues su abuela, la única persona que la había tratado bien en esta vida, antes de expirar le había explicado que, cuando cae una estrella, un alma sube con Dios.

Volvió a frotar contra el muro un fósforo que lo iluminó todo y a su luz vio a su anciana abuela rebosante de claridad, de brillo, de ternura y de paz.

—¡Abuela! —gritó la pequeña—. ¡Oh, llévame contigo! ¡Sé que cuando se apague el fósforo te irás muy lejos, como la cálida estufa, el delicioso asado y ese árbol de Navidad tan grande y tan hermoso!

Y, para retenerla, se apresuró a encender el resto de los fósforos del manojo, que brillaron con más intensidad que la luz del día. La abuela nunca había sido tan hermosa, tan grande; levantó a la niña en sus brazos y las dos, envueltas en fulgor y en dicha, volaron alto, muy alto, hasta donde no existe el frío, ni el hambre, ni el temor. Estaban con Dios.

La fría madrugada encontró a la niña en su rincón, las mejillas encendidas y una sonrisa en los labios. Muerta, muerta de frío en la última noche del viejo año. La mañana de Año Nuevo amaneció sobre el pequeño cadáver, que sostenía un manojo de fósforos casi consumido. Quiso calentarse, dijeron. Nadie llegó a saber toda la belleza que había visto ni en medio de qué esplendor ella y su abuela habían salido al encuentro de la dicha de Año Nuevo.

Un árbol de Navidad y una boda

(De las memorias de un desconocido)

Fiódor M. Dostoievski

(1848)

Traducción

Marta Sánchez-Nieves

Fiódor M. Dostoievski (1821-1881) nació en Moscú, hijo de un médico militar. Estudió en un colegio privado de su ciudad natal y en la Escuela Militar de Ingenieros de San Petersburgo. En 1845, su primera novela, *Pobre gente*, fue saludada con entusiasmo por el influyente crítico Bielinski, aunque no así sus siguientes narraciones. En 1849, su participación en un acto literario prohibido le valió una condena de ocho años de trabajos forzados en Siberia, la mitad de los cuales los cumplió sirviendo en el ejército en Semipalatinsk. De regreso a San Petersburgo en 1859, publicó la novela *La aldea de Stepánchikovo y sus habitantes*. Sus recuerdos de presidio, *Memorias de la casa muerta*, vieron la luz en forma de libro en 1862, un año después que su primera novela larga, *Humillados y ofendidos*. Fundó con su hermano Mijaíl la revista *Tiempo* y, posteriormente, *Época* cuyo fracaso le supuso grandes deudas. La muerte de su hermano y de su esposa el mismo año de 1864, la relación «infernal» con su amante, Apolinaria Suslova, la pasión por el juego, un nuevo matrimonio y la pérdida de una hija le llevaron a una vida nómada, perseguido por acreedores y sujeto a contratos editoriales desesperados. Sin embargo, desde la publicación en 1866 de *Crimen y castigo*, su prestigio y su influencia fueron centrales en la literatura rusa, y sus novelas posteriores no hicieron sino incrementarlos: *El jugador* (1867), *El idiota* (1868), *El eterno marido* (1870), *Los demonios* (1872), *El adolescente* (1875) y, especialmente, *Los hermanos Karamázov* (1878-1880). Sus artículos periodísticos se hallan recogidos en su monumental *Diario de un escritor* (1873-1881). Dostoievski murió en San Petersburgo.

«Un árbol de Navidad y una boda» («Yolka i svadba») se publicó en 1848 en el número 9 de la revista *Otéchestvennye zapiski*. Aquí el espíritu social de las fiestas navideñas, tan celebrado en otros cuentos, muestra una generosidad equívoca que no hace sino destacar las diferencias de clase y propicia ocasiones para los más mezquinos cálculos.

Hace unos días vi una boda… pero, no, mejor voy a hablarles de un árbol de Navidad. La boda fue muy bonita, me gustó mucho, pero el otro episodio es mejor. No sé por qué, pero al ver la boda, recordé lo del árbol. Esto es lo que pasó: hace justo cinco años, la víspera de Año Nuevo, me invitaron a un baile infantil. La persona que me invitó era una persona de negocios conocida, con vínculos, con conocidos e intrigas, así que se podía pensar que un baile infantil era un pretexto para que los padres hicieran corrillos y conversaran sobre otros asuntos más interesantes de una forma inocente, casual, accidental. Yo era un extraño allí, no tenía asuntos, así que pasé la velada bastante a mi aire. Había otro señor que parece que tampoco tenía ni padre ni madre, pero que, como yo, había acabado en esta felicidad familiar… Fue el primero en quien me fijé. Era un hombre alto, tirando a delgado, muy serio, muy correctamente vestido. Pero se veía que no estaba ni para fiestas ni para felicidad en familia: cuando se apartaba en algún rincón, enseguida dejaba de sonreír y arrugaba sus cejas pobladas y negras. No conocía a nadie en el baile, excepto al anfitrión. Era evidente que se aburría muchísimo, pero que iba a mantener con valentía, hasta el final, su papel de hombre completamente divertido y feliz. Después me enteré de que era un señor de la provincia y que tenía un asunto decisivo, intrincado, en la capital, que traía una carta de recomendación para nuestro anfitrión, y que éste le había ofrecido su amparo no *con amore* y que lo había invitado al baile por cortesía. No jugaba a las cartas, no le ofrecían cigarros, nadie le daba conversación, quizá porque le habían visto el plumero, y por eso nuestro señor se vio obligado a pasarse toda la velada atusándose las patillas, para tener las manos ocupadas. Las patillas estaban, en realidad, bastante bien. Pero él las atusaba con tanto celo que, al verlo, uno podía pensar que las primeras en ver la luz habían sido, sin duda, las patillas y que solo después les habían añadido un señor para que las atusara.

Aparte de esta figura que participaba de tal forma en la felicidad familiar del anfitrión, que tenía cinco niños bien alimentados, también me llamó la atención otro señor. Pero era de una naturaleza muy diferente. Se trataba de todo un personaje. Se llamaba Yulián Mastakóvich. A primera vista se podía ver que era el invitado de honor y que tenía la misma relación con el anfitrión que éste con el señor que se atusaba las patillas. El anfitrión y su señora le hablaban con muchísimos miramientos, le ofrecían de beber, le agasajaban, le llevaban a sus invitados para alguna recomendación, pero a él no lo llevaban a conocer a nadie. Reparé en que al anfitrión le brillaron los ojos de emoción cuando Yulián Mastakóvich se refirió a la velada diciendo que pocas veces pasaba el tiempo de una forma tan agradable. Yo empecé a sentir algo de miedo en presencia de una persona así y por eso, después de

tranquilizarme mirando a los niños, me fui a un pequeño salón que estaba completamente vacío y me senté en el cenador de flores de la dueña, que ocupaba casi la mitad de la estancia.

Todos los niños eran increíblemente agradables y no querían ni por asomo ir con los *mayores,* a pesar de todos los avisos de institutrices y madres. Habían desmontado el árbol en un abrir y cerrar de ojos, por completo, hasta el último dulce, y les había dado tiempo a romper la mitad de los juguetes antes de averiguar para quién era cada uno. Había un niño especialmente encantador, de ojos negros y pelo rizado, que no quería más que dispararme con su escopeta de madera. Pero quien más atraía la atención era su hermana, una niña de unos once años, adorable como un querubín, tranquila, soñadora, de cara pálida y ojos grandes, saltones y soñadores. Algo habían hecho los niños que la había molestado y por eso se había marchado al mismo salón donde estaba yo, y en un rinconcito se dedicó a su muñeca. Los invitados señalaban con respeto a un rico rentista, el padre de ella, y alguien indicó en susurros que se le había reservado una dote de trescientos mil rublos. Yo me volví para observar a quienes sentían curiosidad por esa circunstancia y mi mirada cayó sobre Yulián Mastakóvich, quien, con las manos a la espalda y la cabeza ligeramente ladeada, parecía prestar extraordinaria atención a la vanilocuencia de esos señores. Después no pude dejar de sorprenderme ante la sabiduría de los anfitriones al repartir los regalos de los niños. La niña que ya tenía trescientos mil rublos de dote recibió la muñeca más valiosa. Después siguieron con los regalos en orden descendente, según iba descendiendo el rango de los padres de todos esos felices niños. Por fin el último niño —un crío de unos diez años delgadito, pequeño, pecoso, pelirrojo— recibió solo un librito de narraciones con comentarios sobre la majestuosidad de la naturaleza, sobre las lágrimas de ternura y cosas así, sin dibujos y sin viñetas de adorno siquiera. Era el hijo de la institutriz de los hijos de los anfitriones, ella una viuda pobre, él un niño sumamente temeroso, asustadizo. Llevaba puesta una chaquetita mísera de nanquín. Tras recibir el libro, pasó un buen rato merodeando alrededor de los otros juguetes; tenía unas ganas terribles de jugar con los otros niños, pero no se atrevía; era evidente que ya había sentido y comprendido su situación. Me gusta mucho observar a los niños. Es extraordinariamente curiosa su primera manifestación independiente de la vida. Me di cuenta de que el crío pelirrojo estaba hasta tal punto seducido por los valiosos juguetes de los otros niños, sobre todo por el teatro, donde sin duda le gustaría tener algún papel, que decidió rebajarse. Con una sonrisa se lanzó a jugar con los niños, le dio su manzana a un crío pequeño y regordete que tenía un pañuelo lleno de golosinas, y hasta se decidió a llevar a uno a caballito con tal de que no lo echaran del teatro. Pero al poco un granuja lo sacudió de lo lindo. El niño no se atrevió a llorar. Entonces apareció la institutriz, su madre, y le ordenó que no molestara a los niños que jugaban. El niño entró al salón donde ya estaba la niña. Ella dejó que se quedara allí y los dos se aplicaron a adornar a la valiosa muñeca.

Yo llevaba media hora entre la hiedra del cenador y casi adormecido bajo los

mínimos susurros del niño pelirrojo y de la niña bonita con una dote de trescientos mil, entretenidos con la muñeca, cuando en la estancia entró Yulián Mastakóvich. Había aprovechado el escándalo de la discusión de los niños para salir discretamente del salón. Yo había reparado en que momentos antes había estado hablando muy entusiasmado con el padre de la futura novia rica, al que acababa de conocer, sobre la superioridad de cierto empleo sobre otro.

Ahora estaba meditando y parecía contar algo con los dedos.

—Trescientos mil… trescientos mil… —susurraba—. Once… doce… trece… etcétera. Hasta los dieciséis ¡son cinco años! Pongamos que a un cuatro por ciento serían doce, por cinco son sesenta, y por estos sesenta… bueno, pongamos que dentro de cinco años hará un total de cuatrocientos. Vaya… Pero ese pícaro no presta a un cuatro por ciento. Quizá cobre un ocho o un diez. Bueno, serían quinientos, al menos habrá quinientos mil, seguro; bueno, y sobras para trapitos…

Terminó sus meditaciones, se sonó e iba a salir de la estancia cuando, de pronto, se fijó en la niña y se detuvo. A mí no podía verme por los tiestos de plantas. Me pareció que estaba realmente agitado. O los cálculos le habían afectado o había sido otra cosa, pero se restregaba las manos y no podía parar quieto. La agitación aumentó *nec plus ultra* cuando se detuvo y dirigió una mirada diferente, resuelta, a la futura novia. Hizo ademán de acercarse, pero primero miró a un lado y a otro. Después, de puntillas, como si se sintiera culpable, empezó a acercarse a la niña. Se acercó sonriendo, se inclinó y le dio un beso en la cabeza. Ella, que no esperaba el ataque, gritó asustada.

—¿Qué está haciendo aquí, querida niña? —susurró, mirando a su alrededor y acariciando a la niña en la mejilla.

—Jugamos…

—¿Ah, sí? ¿Con él? —Yulián Mastakóvich miró de reojo al niño—. ¿Por qué no te vas al salón, guapo? —le dijo. El niño guardaba silencio y lo miraba fijamente. Yulián Mastakóvich de nuevo miró a su alrededor y de nuevo se inclinó hacia la niña —. ¿Y qué es esa muñeca que tiene, querida niña? —preguntó.

—Una muñeca —respondió la pequeña, haciendo un mohín y enrojeciendo ligeramente.

—Ah, una muñeca… Y ¿sabe, querida niña, de qué está hecha su muñeca?

—No… —susurró la pequeña y bajó la cabeza del todo.

—De trapos, bonita. Deberías irte al salón, chico, con los de tu edad —dijo Yulián Mastakóvich mirando con severidad al niño. La niña y él fruncieron el ceño y se agarraron de la mano. No querían separarse—. ¿Y sabe por qué le han regalado esa muñeca? —preguntó Yulián Mastakóvich bajando la voz cada vez más.

—No lo sé.

—Pues porque esta semana ha sido una niña amable y buena. —Aquí Yulián Mastakóvich, agitado a más no poder, miró a un lado y a otro y, bajando aún más la voz, preguntó finalmente con voz inaudible, prácticamente ahogada por la emoción y

la impaciencia—: Y ¿va usted a quererme, criatura, cuando vaya de visita a casa de sus padres?

Habiendo dicho esto, Yulián Mastakóvich quiso dar otro beso a la querida niña pero el crío pelirrojo, al ver que ella estaba a punto de echarse a llorar, la agarró de la mano y empezó a gimotear de pura compasión por ella. Yulián Mastakóvich se enfadó de veras.

—¡Vete! ¡Vete de aquí, largo! —le decía al niño—. ¡Vete al salón! ¡Vamos, largo con los de tu edad!

—¡No, no! ¡Váyase usted! —dijo la niña—. ¡Déjelo, déjelo! —decía casi llorando.

Alguien hizo ruido en la puerta, inmediatamente el imponente cuerpo de Yulián Mastakóvich se incorporó, asustado. Pero el niño pelirrojo se asustó aún más que Yulián Mastakóvich, dejó a la niña y sigilosamente, pegado a la pared, salió del salón y entró en el comedor. Para no levantar sospechas Yulián Mastakóvich también se fue al comedor. Estaba rojo como un cangrejo y se observó en un espejo, parecía desconcertado consigo mismo. Puede que estuviera descontento por su acaloramiento y su impaciencia. Puede que al principio le afectaran tanto las cuentas con los dedos, que le tentaran y le animaran tanto, que se decidió a comportarse como un niño pequeño, a pesar de su seriedad y de su importancia, y abordar directamente a su objeto, a pesar de que ese objeto en realidad solo podría ser un objeto auténtico no antes de cinco años. Salí del salón tras el huésped de honor y me encontré ante un espectáculo extraño. Yulián Mastakóvich, completamente colorado por el enojo y la ira, asustaba al niño pelirrojo, que, alejándose cada vez más de él, ya no sabía dónde echar a correr de miedo.

—¡Largo! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Fuera, granuja! ¿Qué haces, robar fruta? ¿Eso es lo que haces? ¡Largo, granuja! ¡Vamos, largo, mocoso, vete con los de tu edad!

El atemorizado muchacho se decidió por una opción arriesgada y probó a colarse debajo de la mesa. Entonces su perseguidor, acalorado a más no poder, sacó un pañuelo largo de batista y empezó a sacudir por debajo de la mesa al niño, sumiso en grado superlativo. Hay que señalar que Yulián Mastakóvich estaba un poco regordete. Era un hombre bien alimentado, sonrosado y robusto, con tripa, con muslos gruesos, en resumen, era lo que suele llamarse un fortachón, redondo como una nuez. Se cubrió de sudor, resoplaba y estaba terriblemente colorado. Al final estaba casi rabioso, tan grande era su sentimiento de indignación y, es posible (¿quién sabe?), de celos. Rompí a reír a carcajada tendida. Yulián Mastakóvich se volvió y, a pesar de toda su importancia, se asustó mortalmente. En ese momento el anfitrión entró por la puerta en el otro extremo. El niño salió de debajo de la mesa y se restregó codos y rodillas. Yulián Mastakóvich se apresuró a llevarse a la nariz el pañuelo que sujetaba por un extremo.

El anfitrión nos miró a los tres algo perplejo, pero, como alguien que conoce la

vida y que la contempla desde un punto de vista práctico, enseguida aprovechó que había pillado solo a su invitado.

—Pues éste es el niño —dijo señalando al pelirrojo—, sobre el que he tenido el honor de pedirle…

—¿Cómo? —respondió Yulián Mastakóvich, aun no repuesto del todo.

—El hijo de la institutriz de mis hijos —continuó el anfitrión en tono de ruego—, una pobre mujer, viuda, esposa de un funcionario honrado, y por eso… si fuera posible, Yulián Mastakóvich…

—Ah, no, no —empezó a gritar este precipitadamente—, no, perdóneme, Filipp Alekséievich, es imposible. He hecho averiguaciones, ya no hay vacante y, de haberla, tengo diez candidatos que tienen mucho más derecho que ése… Una pena, sí, una pena…

—Una pena —repitió el anfitrión—, es un niño sencillo, tranquilo…

—Un granujilla, por lo que he podido ver —respondió Yulián Mastakóvich torciendo histérico el gesto—; largo, niño, ¿qué haces ahí parado? ¡Vamos, con los de tu edad! —dijo dirigiéndose al niño.

Aquí creo que no pudo contenerse y me miró por el rabillo del ojo. Yo tampoco pude contenerme y le solté una carcajada a la cara. Acto seguido Yulián Mastakóvich me dio la espalda y preguntó a nuestro anfitrión, con bastante claridad para que yo lo oyera, quién era el extraño joven. Empezaron a cuchichear y salieron de la estancia. Después vi cómo Yulián Mastakóvich, al oír a nuestro anfitrión, movía la cabeza suspicaz.

Me harté de reír y regresé al salón. Allí nuestro gran hombre, rodeado de padres y madres de familia, de los anfitriones, charlaba acalorado con una señora a la que acababa de ser presentado. La señora agarraba por un brazo a la niña con la que diez minutos antes Yulián Mastakóvich había organizado su numerito del salón. Ahora se deshacía en elogios y admiración por la belleza, el talento, la gracia y la buena educación de la querida niña. Era evidente que estaba tirando de la levita a la madre. Ésta le escuchaba casi con lágrimas de entusiasmo. Los labios del padre esbozaban una sonrisa. El anfitrión se complacía de la efusión de alegría generalizada. Todos los invitados la sentían, incluso los juegos de los niños cesaron para no dificultar la conversación. El aire estaba impregnado de veneración. Después oí a la madre de la niña interesante pedir, tocada en lo más hondo de su corazón y con fórmulas seleccionadas, a Yulián Mastakóvich que le concediera un honor especial, que obsequiara a la familia con su valiosa amistad; oí el entusiasmo auténtico de Yulián Mastakóvich al aceptar la invitación y después a los invitados, que, al dispersarse en varias direcciones, tal como exigía el decoro, se deshacían en elogios conmovedores al rentista, a la rentista, a la niña y, sobre todo, a Yulián Mastakóvich.

—¿Está casado ese señor? —pregunté casi en voz alta a uno de mis conocidos, el que estaba más cerca de Yulián Mastakóvich.

Éste me lanzó una mirada penetrante y rabiosa.

—¡No! —respondió mi conocido, profundamente afectado por una torpeza que yo había cometido a sabiendas.

Hace poco pasé por delante de la iglesia de…; me dejaron estupefacto la muchedumbre y la gran cantidad de gente que llegaba en carruaje. Fuera se hablaba de una boda. El día estaba gris, empezaba a lloviznar; me colé tras la multitud en la iglesia y vi al novio. Era un hombre pequeño, redondo y bien alimentado, con tripa, muy engalanado. Corría, se alteraba, disponía. Por fin se oyó un murmullo, traían a la novia. Me abrí paso entre el gentío y vi a una belleza encantadora que apenas acababa de alcanzar su primavera. Pero la bella joven estaba pálida y triste. Tenía la mirada perdida; incluso me pareció que sus ojos estaban enrojecidos por lágrimas recientes. La severidad clásica de cada uno de los rasgos de su cara añadía cierta trascendencia y solemnidad a su belleza. Pero, a través de esa severidad y trascendencia, a través de su tristeza, todavía afloraba el primer semblante infantil, inocente; reflejaba algo extremadamente inocente, algo transitorio, joven, algo que parecía implorar sin pedir, por sí mismo, clemencia.

Decían que apenas había cumplido los dieciséis. Contemplé con atención al novio y, de pronto, reconocí en él a Yulián Mastakóvich, al que llevaba sin ver justo cinco años. La miré a ella… ¡Dios mío! Empecé a abrirme paso para salir cuanto antes de la iglesia. La muchedumbre comentaba que la novia era rica, que la novia tenía una dote de quinientos mil… y algo más en ropa…

«Pues los cálculos los hizo bien», pensé yo ya en la calle…

Bajo el abeto

Theodor Storm

(1862)

Traducción

Isabel Hernández

Hans Theodor Storm (1817-1888), hijo de un abogado, nació en Husum, en la región nórdica de Schleswig-Holstein. Estudió Derecho en la Universidad de Kiel, donde junto con sus compañeros Tycho y Theodor Mommsen publicaría en 1843 el *Liederbuch dreier Freunde* [Libro de canciones de los tres amigos]. Instalado como abogado en su ciudad natal, entonces bajo dominación danesa, tuvo que exiliarse a Alemania en 1853, y no podría regresar hasta once años después. Su primer volumen de *Poesías* apareció en 1852, y fue revisado y ampliado en sucesivas ediciones hasta 1885. Sus primeras obras narrativas se hallan compuestas bajo la impronta lírica; pero posteriormente evolucionarían hacia un estilo de crónica, extrañamente objetivo, de sucesos trágicos y legendarios. Murió en Hademarschen.

«Bajo el abeto» («Unter dem Tannenbaum») se publicó por primera vez el 20 de diciembre de 1862 en la *Leipziger Illustrierte Zeitung*. Ilustra uno de los temas asociados a la Navidad, la nostalgia, que aquí forma parte —se diría— del propio sistema de valores del orden familiar burgués.

Un atardecer

Era el despacho de un funcionario. Éste, un hombre de unos cuarenta años, de rasgos muy marcados, pero suaves y claros ojos azules bajo unos cabellos lisos de color rubio claro, estaba en un escritorio cubierto de libros y papeles, ocupado en firmar algunos escritos que le iba alcanzando el anciano ordenanza que tenía a su lado. El sol de aquella tarde de diciembre alumbraba con su último rayo el gran tintero negro en el que de tanto en tanto hundía la pluma. Por fin estuvo todo firmado.

—¿El señor juez quiere alguna cosa más? —preguntó el ordenanza mientras ordenaba los papeles.

—No, muchas gracias.

—Entonces tengo el honor de desearle una feliz Navidad.

—Yo a usted también, querido Erdmann.

El ordenanza hablaba uno de los dialectos del centro de Alemania; en el tono del juez había algo de la dureza de aquellos pueblos nórdicos alemanes que hacía pocos años, y en esta ocasión en vano, habían derramado mucha sangre en una de sus viejas luchas con los extranjeros del pueblo vecino[49]. Cuando su subordinado se hubo alejado, sacó de debajo de los papeles una carta empezada y continuó escribiendo despacio.

Las sombras del despacho se hacían cada vez mayores. No vio la delgada figura femenina que, detrás de él, había entrado por la puerta con suave paso; no se dio cuenta hasta que ella le puso el brazo en el hombro. Su rostro tampoco era joven, pero en sus ojos había aún aquella expresión juvenil que uno encuentra en las mujeres que se sienten amadas, pasada incluso la primera juventud.

—¿Estás escribiendo a mi hermano? —preguntó, y en su voz, solo que algo más suave, resonaba el mismo timbre que en la de su marido.

Él asintió con la cabeza.

—¡Léelo tú misma! —dijo dejando la pluma y mirándola.

Ella se inclinó por encima de él, pues ya se había hecho de noche. Leyó lo siguiente, despacio, igual que él lo había escrito:

—«Ya vuelvo a estar sano y puedo trabajar… por suerte; porque en tierra extraña es necesario labrarse cada hora el suelo que uno pisa. Por muy malo que sea, vosotros estáis bien en casa, y ¿quién no hubiera preferido quedarse de haber podido conservar un pedazo de pan y aquella imprescindible y “suave almohada” del viejo refrán[50]?».

En silencio, le puso la mano en la frente mientras él, que había seguido su mirada, volvía la hoja. Entonces ella continuó leyendo:

—«He tenido la satisfacción de poder prestarle un buen servicio a aquella buena e inteligente mujer que conociste en nuestra casa las pasadas navidades: ese hermoso bosque que ella tanto deseaba está por fin desde hace poco en su poder. Si mañana tuviéramos para tu amigo Harro un abeto de ese bosque… Porque aquí no hay ni una conífera en muchos kilómetros a la redonda. ¿Y qué es una Nochebuena sin un árbol así, con su aroma lleno de magia y de secretos[51]?».

—Pero ¡tú —dijo el juez cuando su mujer hubo terminado de leer—, tú llevas en tu ropa el aroma de la auténtica Nochebuena!

Sonriendo, ella se llevó la mano al bolsillo del vestido y puso ante su marido, en la mesa, un buen pedazo de pastel de Navidad tostado.

—Acaban de llegar de la pastelería —dijo—, prueba, ¡tu madre no te los hace mejores!

Él cogió un pedazo y lo examinó con detenimiento; pero encontró todo lo que de pequeño siempre le había encantado: la masa estaba quebradiza como el cristal, los terrones de azúcar enrollados en ella bien deshechos y escarchados.

—Qué espíritus tan buenos salen de este pastel —dijo reclinándose en la silla—: de repente veo cómo llega la Navidad a nuestra tierra, a la vieja casa de piedra… Los picaportes de latón están, si cabe, más relucientes que nunca; la gran lámpara de cristal del pasillo alumbra hoy con más claridad las volutas de estuco de las paredes bien encaladas; un reguero de niños, cantando y pidiendo, va entrando por la puerta; desde la amplia cocina del sótano huelen el aroma de la masa de las galletas que chisporrotea al fuego en el gran caldero de cobre… Lo veo todo; veo a mi padre y a mi madre… ¡gracias a Dios que los dos están vivos! Pero ¡esos tiempos que veo están tan lejos!… ¡Aún soy un niño!… Las habitaciones a ambos lados del pasillo están iluminadas, a la derecha está la sala del abeto. Mientras yo estoy en la puerta, escuchando cómo dentro crujen el espumillón y las ramas del árbol, baja por la escalera del patio el cochero con una vara que tiene un cabo de cera en la mano… «¿Ya vas a encender, Thomas?». Sonriendo, niega con la cabeza y desaparece dentro de la sala… Pero ¿dónde está tío Erich?… Alguien está fuera, subiendo la escalera, se abre la puerta. No, es solo su aprendiz, que trae la larga pipa del «señor consejero»; detrás de él brota otro reguero de niños, diez pequeñas gargantas entonan a la vez: «¡De lo alto del cielo vengo!»[52]. Y mi abuela ya está entre ellos, en el medio, la anciana y laboriosa mujer, con la llave de la despensa en el dedo meñique y un plato lleno de galletas en la mano. ¡Cómo desaparecen todas a la velocidad del rayo! Yo también cojo mi parte y justo en ese momento llega también mi hermana con la niñera, vestida de fiesta, las largas trenzas recién peinadas. Pero yo no me detengo y bajo los escalones al patio de tres en tres.

Poco a poco se había ido haciendo de noche; en silencio, la mujer del juez había quitado una pila de actas de una silla y se había sentado al lado de su marido.

—Allí, en el edificio anexo, está el estudio de mi padre. Al vestíbulo no llega hoy ningún rayo de luz a través del cristal de la puerta del escritorio; mi madre ha estado

colocando al viejo mago[53] junto con los otros secretos de Navidad. Pero yo avanzo a tientas en la oscuridad, porque enfrente, en su estudio, oigo los pasos de mi padre. Ya no está trabajando. Abro la puerta con cuidado, ¡con cuánta claridad lo veo ante mí, a él en persona y el enorme despacho lleno de humo en el que repiquetea el seco tictac del viejo reloj de pared! Va pasando entre las mesas llenas de papeles con solemne nerviosismo, en una mano el candelabro de latón, como si todo lo que le molesta hubiera de quedar ahora excluido. Abre el cajón de su pequeño atril y saca la gran tabaquera dorada del estuche de piel de serpiente, un antiguo regalo de la bisabuela a su prometido; luego, tras la muerte del bisabuelo, un presente de honor y de confianza en él. Pero aún no está listo; en el cestito del dinero rebusca unas relucientes monedas de plata para los sirvientes, una moneda de oro para el escribiente. «¿Ha llegado ya el tío Erich?», pregunta sin volverse hacia mí. «¡Todavía no, padre! ¿Puedo ir a buscarlo?». «Podrías hacerlo». Y cruzo corriendo la casa, salgo a la calle, doblo la esquina y sigo por el puerto y, mientras oigo el silbido del viento del crepúsculo en los cabos de los barcos, llego a la vieja casa con el voladizo en la fachada. La puerta se abre y el timbre resuena por el pasillo y el zaguán. Delante del mostrador está el viejo dependiente que dirige la venta al por menor. Me mira un poco enfadado. «El señor está en su tienda», dice en tono muy áspero; no le gustan los diablillos indómitos y entrometidos. Pero ¿a mí qué más me da? Salgo por la puerta del patio, atravieso otros dos más pequeños y oscuros, luego una construcción anexa muy antigua y extraña, en la que se encuentra el sancta sanctórum del tío. Recorro el estrecho pasillo oscuro sin ningún incidente y llamo a una puerta. «¡Pase!». Allí está el hombrecito, sentado ante su enorme escritorio con su delicada chaqueta marrón de paño; la luz de la lámpara de la tienda cae sobre sus amables ojitos y sobre la poderosa nariz de familia que sobresale por encima del cuello de frac recién almidonado. «Tío, ¿no ibas a venir?», digo yo después de haber cobrado aliento. «¿No quieres que nos sentemos un ratito?», responde él mientras, sumando, desliza la pluma por el folio del libro de cuentas que tiene abierto. Estoy muy a gusto, no estoy nada impaciente, pero tampoco me siento; me quedo de pie y contemplo los barcos del tío, los de Inglaterra y las Indias Occidentales, cuyos cuadros cuelgan de la pared. No pasa mucho tiempo y se cierra con ganas el libro de cuentas, el manojo de llaves resuena y «¡Bueno!», dice el tío, «¡ya estamos listos!». Mientras se quita del ojo el monóculo me dispongo a salir por la puerta, pero él me retiene. «¡Ay, espera un poco! Tenemos que coger algunas cosas de aquí». Y de un oscuro rincón de la estancia saca dos misteriosos paquetitos, bien cerrados. Yo sabía de sobra que en esos paquetitos había un buen pedazo de Navidad en persona, pues el tío tenía un hermano en Hamburgo, y nunca se sentaba delante del abeto de Navidad con las manos vacías. Jamás he vuelto a ver unos dulces tan curiosos, tan fantásticos, como los que solía ponernos en el plato de Navidad a mi hermana y a mí cuando se abrían los regalos.

»Poco después estoy subiendo la amplia escalera de piedra de nuestra casa de la mano del tío. Durante unos segundos desaparece con sus paquetitos en la sala donde

está el abeto; todavía no han encendido las velas, pero por la puerta entreabierta, y que se vuelve a cerrar a toda velocidad, sale un destello del crepúsculo que aún reina en su interior. Cierro los ojos porque no quiero ver nada y entro en la habitación de enfrente, iluminada para la fiesta, y que emana el aroma del pastel tostado y de la delicada mezcla de té, hoy muy especial. Mi padre la recorre con lentos pasos de un lado a otro, las manos a la espalda. "Bueno, ¿ya estáis aquí?", pregunta deteniéndose. Y al punto está también el tío Erich con nosotros; me parece que todo se ilumina de repente cuando él entra. Saluda a la abuela, a mi padre y le coge a mi hermana la taza que ella le ofrece en la bandejita lacada de amarillo. "¿Tú qué opinas? —dice tratando de dar a sus ojos una expresión preocupante—, ¡seguro que hoy no nos caen muchas cosas!" Pero al decirlo ríe con tal consuelo que sus palabras resuenan como una promesa de oro. Luego, mientras la tetera silba en el reluciente calentador de latón, empieza uno de sus breves relatos sobre lo que ha acontecido en los últimos días, desde que no le hemos visto. Ya fuera la compra de un nuevo bastón o la desafortunada rotura de una taza, todo discurría con tal suavidad que todos nos animábamos rápidamente. Y, si no hacía ninguna pausa para seguir disfrutando entre agradables risas lo que había contado hasta el momento, ¿quién no se habría reído con él? En vano añade mi padre su pequeña crítica, pero al final tiene que darle la razón. Este inocente parloteo (esto es algo que me quedó claro tiempo después) era, para aquel infatigable hombre de negocios, la forma de descansar del trabajo diario. Aún resuena en mi memoria con infinito cariño y me siento como si ahora nadie más lo entendiera… Pero, mientras el tío está contando esas cosas, mi madre, a la que no hemos visto desde el mediodía, mete de repente la cabeza en la sala. El tío hace un cumplido e interrumpe su historia: la puerta, y también la puerta que está enfrente, se abren de par en par. Entramos vacilantes y, ante nosotros, reflejado por el gran espejo de la pared, está el árbol encendido con sus tiritas de espumillón, sus redecillas blancas y sus huevos dorados colgando de las oscuras ramas como sueños infantiles.

—Paul —dijo la mujer—, aunque tengamos que traerlo de tan lejos, deberíamos volver a tener un abeto. El pobre niño se ha construido él mismo un jardín de Navidad[54]: acaba de volver a salir a buscar musgo y hojitas de roble.

El juez calló unos instantes.

—No sienta nada bien irse al extranjero —dijo luego— cuando uno ha tenido ya un hogar propio… ¡Aquí sigo sintiéndome como un huésped y puede que mañana o pasado mañana haya pasado ya la hora en que todos habríamos debido volver a casa!

Ella le cogió la mano y la retuvo firmemente en la suya, pero no respondió.

—¿Te acuerdas de unas navidades? —empezó otra vez—. Yo ya había terminado los estudios y estaba viviendo otra vez, la última vez, por un breve período de tiempo, en casa de mis padres, como cuando era niño. Claro que las cosas ya no eran tan alegres como antaño: habían sucedido cosas inolvidables, la vieja cripta familiar situada bajo el gran tilo se había abierto un par de veces; mi madre, esa mujer tan activa e infatigable, a menudo bajaba las manos en medio del trabajo y se quedaba

allí, sin moverse, como si se hubiera olvidado de sí misma. Como decía nuestra vieja Margret, llevaba un cuartito en la cabeza, en el que jugaba un niño muerto… Solo el tío Erich, claro que un poco más canoso que antes, seguía contando sus breves y gratas historias, y la hermana y la abuela también vivían aún. Fue entonces, aquella Nochebuena; una hermosa joven había ido a visitar a mi hermana. ¿Sabes cómo se llamaba?

—Ellen —dijo en voz baja, apoyando la cabeza en el pecho de su marido.

La luna ya estaba en el cielo y alumbraba algunos hilos de plata en el sedoso cabello castaño, que llevaba peinado con una sencilla raya, recogido en una trenza sin adorno ninguno con una peineta de carey.

El juez le pasó la mano por el cabello, todavía de una extraña hermosura.

—Ellen tuvo también algunos regalos —continuó diciendo—; en la mesita de caoba había regalos de mi madre y lo que sus padres habían enviado del país hermano[55]. Estaba de espaldas al árbol encendido, la mano apoyada en la mesa; llevaba ya un buen rato así, aún la veo —y, en silencio, posó durante un rato los ojos en el hermoso rostro de su mujer—, cuando mi madre se acercó a ella sin que se diera cuenta; le cogió la mano suavemente y la miró inquisitiva a los ojos… Ellen no miró a su alrededor, tan solo inclinó la cabeza; pero de repente se incorporó y se escabulló en la sala de al lado. ¿Te acuerdas aún? Mientras mi madre movía la cabeza en silencio, yo fui tras ella, pues desde una pequeña disputa que habíamos tenido la noche anterior éramos grandes amigos. Ellen se había sentado en una silla en el rincón de la estufa; allí estaba muy oscuro, en la sala solo ardía una vela olvidada con una mecha muy larga. «¿Tienes nostalgia, Ellen?», pregunté. «¡No lo sé!»… Durante un rato me quedé frente a ella, en silencio. «¿Qué es lo que tienes en la mano?». «¿Lo quieres?». Era una bolsa de seda de color rojo oscuro. «Si la has hecho para mí…», dije yo, pues los días anteriores había visto esa labor en sus manos y me había percatado de que Ellen, en cuanto yo me acercaba, la hacía desaparecer en su costurero. Pero Ellen no respondió y tampoco me dio el regalo. Se levantó y despabiló las velas, por lo que, de repente, la sala quedó completamente iluminada. «¡Ven —dijo—, el abeto está prendido y tío Erich va a regalarnos golosinas!». Diciendo esto se pasó un par de veces el pañuelo por los ojos y regresó a la sala del abeto, y cuando más tarde nos sentamos ante el tablero de juegos ella era la que estaba más contenta de todos. Pero de mi regalo de Navidad no se volvió a hablar. En cualquier caso, ¿sabes una cosa, mujer? —y le soltó la mano que hasta entonces tenía sujeta—, las chicas no tendrían que ser tan obstinadas, aquello entonces no me dejaba vivir, yo quería la bolsa a toda costa, y además…

—¿Además, Paul?… ¡Dilo sin miedo!

—Bueno, ¿es que no has oído nunca hablar de esa historia? Con ella embauqué a la chica.

—Por supuesto —dijo ella y, con el claro resplandor de la luna, él vio brillar algo en sus ojos que le recordó a la traviesa joven que había sido en otro tiempo—, por

supuesto que conozco la historia, y yo también te la puedo contar, pero fue un año después, y no en Nochebuena, sino en Año Nuevo, y no fue en tu casa, sino en la suya.

Hizo a un lado el tintero y algunos papeles y se sentó al escritorio, frente a su marido.

—El primo estaba de visita en casa de los padres de Ellen, en casa del anciano y elegante preboste que, por aquel entonces, era como un colosal Nemrod. Ellen no había recibido jamás una carta tan bonita y tan larga como aquella en la que el primo les había anunciado su llegada, aunque la escopeta no sabía manejarla tan bien como la pluma. Pero, en cualquier caso, ya fuera el aire del campo o el lindo armero del cuarto del preboste, no había manera, todos los días tenía que salir de caza. Y, cuando luego por las noches regresaba a casa completamente calado, con los bolsillos vacíos, y, sin decir palabra, dejaba la escopeta en el rincón… ¡cuán placenteros resultaban los puyazos del anciano! «¡Qué mala suerte, primo, hoy se te han vuelto locas todas las liebres!». O: «¡Mi buen chico! ¿Qué va a pensar Diana de ti?». Pero la que más… ¿me estás escuchando, Paul?

—Te estoy escuchando, mujer.

—La que más le atormentaba era Ellen; en secreto le ponía una corona de paja, le ataba una pluma de ganso al cañón de la escopeta… Una mañana (¿te acuerdas?, estaba todo nevado) había sacado de la despensa una liebre que había cazado el criado y al rato estaba otra vez en su viejo comedero del huerto, como si estuviera viva, con una hoja de col entre las patas delanteras. Luego fue a buscar al primo y lo llevó hasta la puerta del patio. «¿La ves, Paul? Allí detrás, donde la col; ¡se le ven las orejas entre la nieve!». Él también la veía, le temblaba la mano. «¡Calla, Ellen! ¡No hables tan alto! ¡Voy a coger la escopeta!». Pero apenas se hubo cerrado a sus espaldas la puerta del despacho del padre, Ellen echó a correr hacia la nieve y, cuando él por fin llegó con la escopeta cargada, la liebre colgaba otra vez del seguro gancho de la despensa… Pero el primo se dejaba atormentar con mucha paciencia.

—Por supuesto —dijo el juez apoyando confortablemente los brazos en el respaldo del sillón—, ¡todavía no tenía la bolsa!

—¡Por eso también! Seguía allí intacta, en la cómoda, en la buhardilla de Ellen. Pero… allí donde estaba Ellen, también estaba el primo; es decir, cuando no estaba de caza. Si ella estaba en la mesa de costura, él seguro que había cogido un libro del cuarto de los trastos y le leía en voz alta; si estaba en la cocina haciendo galletas, él estaba a su lado, con el reloj en la mano, para que diera la vuelta al hierro en el momento justo… Así llegó la noche de Año Nuevo. Por la tarde habían estado en el patio disparando con las pistolas del padre a los huevos dorados que Ellen había cogido del árbol de Navidad de sus hermanos, y el primo había acertado dos veces entre los aplausos de los pequeños. Pero, ya fuera porque tenía que marcharse al día siguiente o porque Ellen había salido corriendo cuando la había ido a buscar a su habitación (ya no era el primo paciente de antes), actuó rápido y con poca cortesía,

sin mirar apenas hacia donde estaba ella. Continuó así toda la tarde, incluso después, cuando se sentaron a la mesa. En un momento, la madre de Ellen los miró inquisitiva, pero no dijo nada. El preboste tenía que estar pendiente de otras cosas, escanciando el ponche que él mismo había hecho, y cuando en el pueblo dieron las doce, entonó la vieja canción de Año Nuevo de Johann Heinrich Voss[56], que todos cantaron fielmente de principio a fin. Luego todos gritaron: «¡Feliz Año Nuevo!». y se estrecharon la mano, y también Ellen se la dio al primo, pero él apenas le rozó la punta de los dedos. Lo mismo sucedió después, cuando se desearon buenas noches. Una vez que la joven estuvo sola en su buhardilla (y ¡ahora fíjate, Paul, lo sincera que soy al contarlo!) no encontraba sosiego para dormirse; se sentó en silencio en el borde de la cama sin quitarse la ropa y sin prestar atención al frío seco de aquella habitación sin estufa. Porque estaba muy afectada: no le había hecho nada malo a aquel ser. Claro que él había vuelto a preguntarle el día anterior si no había vuelto a ver a la liebre entre las coles, y ella lo había negado con la cabeza. ¿Acaso se trataba de eso y entonces sabía que él mismo había contribuido a comerse la liebre tres días antes? Se dispuso a leer de nuevo la linda carta del primo. Pero, al echar mano al bolsillo, echó de menos la llave de la cómoda. Bajó con la vela al cuarto de estar y, como allí no la encontró, se dirigió a la cocina, donde había estado trajinando hacía poco. Aquel gran cuarto oscuro seguía aún caliente de todos los guisos y los pasteles de aquella noche. Y, en efecto, allí estaba la llave, en el alféizar de la ventana. Pero se quedó aún un momento allí, mirando la noche a través de los cristales. Los campos de nieve se extendían tan anchos y tan claros… Allí abajo, dispersos, se veían los negros tejados de paja del pueblo; no lejos de la casa, entre las ramas desnudas de los álamos plateados vio con toda claridad los grandes nidos de las cornejas: las estrellas brillaban. Le vinieron a la cabeza unos antiguos versos, un conjuro, que le había enseñado hacía mucho tiempo la hija del maestro. A sus espaldas, en la casa, todo estaba en silencio y vacío, y se estremeció; pero, a pesar de ello, aumentó su deseo de probar esas cosas inquietantes. Vacilante, retrocedió unos pasos. Sin hacer ruido se quitó un zapato y, respirando profundamente y dirigiendo los ojos a las estrellas, dijo: «¡Te saludo, lucero vespertino!»… Pero ¿qué era aquello? ¿No se había abierto a sus espaldas la puerta del patio? Se acercó a la ventana y escuchó. No, era solo el gran álamo que crujía en el frontal de la casa. Y de nuevo empezó a decir en voz baja:

saludo, lucero vespertino!
í, a lo lejos, desprendes tal brillo,
el este, por el oeste,
todas las cornejas nacientes.
ha nacido para mí un amorcito,
e escogido ya a mi amorcito,
e cuando se va,
ndo aquí se va a quedar,

su trajecito de diario!

»Luego zarandeó el zapato y lo tiró a sus espaldas[57]. Pero esperó en vano: no lo oyó caer. Tuvo una sensación muy extraña por haber sido tan osada. ¿Qué cosa siniestra había atrapado su zapato antes de que llegara al suelo? No se movió; luego, con el último resto de valor que le quedaba, se volvió lentamente hacia la puerta. En la oscuridad de la puerta había un hombre, y era Paul: ¡había salido otra vez a ver si veía a la desdichada liebre!

—No, Ellen —dijo el juez—, lo sabes muy bien, no había salido a eso; lo único que le pasaba era que tampoco podía dormir, como tú; pero entonces tenía el zapatito de la joven en la mano, y Ellen se había sentado en una silla, junto al hogar, con los ojos cerrados, las manos juntas y estiradas sobre el pecho. No había duda de que lo daba todo por perdido, pues sabía muy bien que el primo lo había visto y oído todo. Y ¿te acuerdas aún de lo que le dijo?

—Sí, Paul, aún me acuerdo; y fue horrible, y muy poco noble por su parte. «Ellen —dijo—, ¿sigues sin haber hecho la bolsa para mí?». Pero en esta ocasión Ellen tampoco le dio el gusto; se levantó y abrió la ventana, y todo el aire de la noche y todo el brillo de las estrellas entró en la cocina, donde estaban ellos.

—Sin embargo —le interrumpió él—, Paul se había acercado a ella y ella apoyó en silencio la cabeza en su hombro; y todavía oigo el dulce tono de su voz, mientras decía, al tiempo que asentía con la cabeza en medio de la noche: «¡Te saludo, lucero vespertino!».

La puerta se abrió rápidamente; un muchacho de unos diez años entró en la sala con una vela encendida en la mano.

—¡Padre! ¡Madre! —gritó, haciéndose sombra en los ojos con la mano—. ¡Aquí tengo musgo y hiedra, y también una rama de enebro!

El juez se había levantado.

—¿Eres tú, mi niño? —dijo mientras le quitaba la caja con los tesoros que había llevado a casa.

Pero la señora Ellen se bajó en silencio del escritorio y se sacudió un poco, como si saliera de un sueño. Colocó ambas manos sobre los hombros de su marido y lo contempló un rato, con intensidad y cariño. Luego cogió al niño de la mano.

—Vamos, Harro —dijo—, ¡vamos a hacer jardincitos de Navidad!

Bajo el abeto

Era el día de Nochebuena y empezaba ya a anochecer. El juez había vuelto de un paseo con su hijo; la señora Ellen los había mandado fuera una horita. Delante de ellos, al fondo, estaba la pequeña ciudad; veían con toda claridad cómo salía el humo

de todas las chimeneas, pues detrás, en el horizonte, ardía el crepúsculo de color fuego. Hablaron primero de los abuelos en la vieja patria, luego de las últimas navidades que habían pasado allí.

—Y la víspera —dijo el padre—, cuando vino a casa el siervo Ruprecht, con la enorme barba y el morral y la vara en la mano…

—Yo sabía que era el tío Johannes —replicó el muchacho—, ¡siempre pensaba en hacer algo así!

—¿Te acuerdas aún de lo que dijo?

Harro miró a su padre y negó con la cabeza.

—Espera —dijo el juez—, tengos los versos en casa, en mi escritorio; ¡a lo mejor consigo recordarlos! —y tras un rato, continuó diciendo—: ¡Acuérdate de que primero se oyeron tres golpes de vara fuera, en la puerta, y que luego entró en la sala aquella figura tosca e hirsuta, con la gran nariz aguileña!

Después, empezó a decir, despacio y con voz profunda:

fuera, del bosque hasta aquí vengo,
liré que la Navidad se nota ya en el tiempo,
as copas de los abetos por todas partes
visto cómo las lucecitas doradas arden.
llá en lo alto, en las puertas del cielo
Niño Jesús las miraba perplejo.
mientras yo entre la espesura de los abetos vagaba
me llamó, con una voz clara:
iervo Ruprecht —dijo—, viejo compañero,
anta las piernas y corre bien presto!
rder ya empiezan las velas
puerta del cielo también está abierta,
ra podrán jóvenes y viejos
cansar por fin de todos sus ajetreos».
dije: «¡Oh, mi amado señor Jesucristo!
viaje está ya llegando a su destino;
esta ciudad solo me queda,
uro que muchos niños buenos habrá en ella».
levas contigo también el morral?».
dije: «El morral, aquí conmigo está,
que almendras, nueces y manzanas
men los niños buenos con muchas ganas».
levas contigo también la vara?».
dije: «¡La vara, aquí conmigo se halla!
o solo para los niños que han sido malos,
s que dará en el sitio indicado».

Niño Jesús dijo: «¡Bien está eso,
ɔues con Dios, mi leal siervo!».
 fuera, del bosque hasta aquí vengo,
liré que la Navidad se nota ya en el tiempo!
:idme, ¿qué hallaré aquí dentro?
ños malos o niños buenos[58]?

—Pero —continuó diciendo el juez con la voz mutada— yo le dije al siervo Ruprecht:

chico es de corazón bueno,
que a veces es un poco terco!

—¡Lo sé, lo sé! —gritó Harro en tono triunfal y, levantando el dedo, y con gesto astuto añadió—: Luego pasó algo…

—Algo que te hizo gritar mucho, porque el siervo Ruprecht sacó la vara y dijo:

ɔ decís vosotros por caso:
ıbeza gacha y pantalones abajo»?

—Oh —dijo Harro—, yo no tenía miedo, ¡solo estaba enfadado con el tío!

Sobre la ciudad, que ya casi habían alcanzado, no había más que un brillo mortecino en el cielo. Estaba anocheciendo, pero empezó a nevar; los copos caían abundantes y en silencio, y el camino brillaba entonces todo blanco a sus pies.

Padre e hijo llevaban un rato andando en silencio uno al lado del otro.

—La noche siguiente —empezó a decir otra vez el juez— estaba ya encendido el último abeto que has tenido. Eran aquellos tiempos revueltos; hasta los dulces que colgaban entre las ramas del abeto se habían vuelto belicosos: ¡todo nuestro ejército, soldados a caballo y a pie[59]!… ¡De todo aquello ya no queda nada! —añadió más bajo y como si hablara consigo mismo.

Pareció como si el muchacho fuera a responder algo, pero otra cosa acaparó de repente su atención. Era un hombre alto, con barba, que, saliendo por un sendero, llegó hasta la carretera. Sobre los hombros llevaba una valija larga con forma de palo que se balanceaba de un lado a otro, mientras con una rama de abeto que tenía en la mano iba dando latigazos al aire con cada paso. Al adelantarlos, Harro reconoció a la luz del crepúsculo la gran nariz colorada y aguileña que sobresalía bajo la gorra de piel. El hombre llevaba también un morral que, al parecer, estaba repleto de un montón de cosas cuadradas. Iba delante de ellos a toda velocidad.

—¡Siervo Ruprecht —susurró el muchacho—, levanta las piernas y corre bien presto!

El remolino de los copos de nieve iba haciéndose cada vez más espeso; lo vieron aún bajar hacia la ciudad, luego desapareció de su vista, pues la casa de la familia quedaba un buen trecho a las afueras.

—Claro —dijo el juez mientras avanzaban a toda prisa—, el viejo llega tarde; allí abajo, en la calle, se ve ya el resplandor de todas las ventanas en la nieve.

Finalmente llegaron a la casa. Tras quitarse en el pasillo los abrigos llenos de nieve, entraron en el despacho del juez. Allí habían servido ese día el té; el gran globo de la lámpara estaba encendido, todo estaba iluminado y ordenado. Sobre el fino mantelito de damasco estaba la bandeja del té, de un delicado lacado, con las tazas de los cumpleaños y el azúcar glasé; al lado, sobre la alfombra, en el calentador de caoba con incrustaciones de latón, hervía la tetera, como tiene que ser, sobre brasas de turba bien ardiente; igual que en su día en casa, en la gran sala de la vieja casa familiar, también aquí en la pequeña salita los pasteles de Navidad tostados, hechos según la receta de la bisabuela, desprendían su aroma… Pero mientras la madre preparaba aún la fiesta en el cuarto de estar, padre e hijo se quedaron solos; no vino ningún tío Erich para compartir con ellos la fiesta. Sí que era diferente a como era en casa.

Harro había llamado a la puerta un par de veces con dedos cautelosos y la respuesta había sido un «¡Paciencia!». muy bajito de la madre. Finalmente, la propia señora Ellen entró. Sonriendo, aunque no sin un ligero aire de nostalgia, extendió las manos y se llevó a su esposo y a su hijo, cada uno de una mano, hasta la iluminada sala dispuesta para la Nochebuena.

Daba una impresión lo suficientemente agradable. Sobre la mesa del centro, entre dos filas de velas encendidas, estaba la pequeña obra de arte que madre e hijo habían hecho los días previos, un jardín al gusto del siglo anterior, con setos perfectamente cortados y oscuros cenadores, todo delicadamente hecho con musgo y un variado follaje invernal. Sobre el estanque de cristal de espejo nadaban dos cisnes blancos; al lado del pabellón chino había damas y caballeros en miniatura hechos de papel maché, todos empolvados y con *robes à la française*. A ambos lados estaban los regalos para el muchacho; una buena lupa para la colección de escarabajos, unos pliegos de historietas de Múnich, que no podían faltar, firmadas por Schwind y Otto Speckter[60]; un libro en cartoné con el lomo de piel roja, entremedias un pequeño globo en un estuche negro, al parecer una pieza antigua.

—Fue el último regalo de Navidad que me hizo el tío Erich —dijo el juez—, ¡te lo doy! Estos días he sentido mucho no haberle podido siquiera agradecer después la alegría que me dio cuando era niño… ¡El pasado otoño me enterraron al anciano!

La señora Ellen rodeó a su marido con el brazo y lo condujo hasta la mesa del espejo, donde ese día ardían los dos candelabros de plata. Ella también tenía un regalo para él; pero lo primero a lo que echó mano fue a una pequeña fotografía. Sus ojos descansaron en ella un buen rato, mientras la señora Ellen lo contemplaba en silencio. Era el jardín de sus padres; allí, bajo el arce de delante de la caseta de

recreo, estaban los dos ancianos en persona, los espesos cabellos canos de su padre se reconocían perfectamente.

El juez se había dado la vuelta; era como si sus ojos buscaran algo. Las velas del jardincito de musgo seguían ardiendo y crepitaban; a su luz estaba el muchacho ante el libro de Navidad abierto. Pero arriba, bajo el techo de la alta sala, estaba oscuro; faltaba el abeto, que habría llevado allí la luz de la fiesta.

Entonces, fuera en el pasillo, sonó la campanilla, y la puerta se abrió de par en par con gran alboroto.

—¿Quién es? —preguntó la señora Ellen, y Harro echó a correr hacia la puerta.

Fuera oyeron una voz ronca que preguntaba:

—¿Es ésta la casa del señor juez?

Y en ese mismo momento el muchacho volvió la cabeza y gritó:

—¡Siervo Ruprecht, siervo Ruprecht!

Luego tiró del padre y de la madre para que salieran con él.

Era el hombre alto de la barba, que los dos paseantes se habían encontrado antes, a las afueras de la ciudad; al resplandor de la lamparita del pasillo vieron brillar con toda claridad la colorada nariz aguileña bajo la gorra de piel cubierta de nieve. Había apoyado contra la pared su larga valija.

—¡Tengo que entregar esto aquí! —dijo mientras se quitaba del hombre el pesado morral.

—¿De parte de quién?

—De eso no me han dicho nada.

—¿No quiere acercarse un poco?

El anciano negó con la cabeza.

—¡Ya está todo! ¡Que pasen una buena Navidad!

Y salió por la puerta asintiendo una vez más con la gran nariz.

—¡Esto es un regalo! —dijo la señora Ellen casi con algo de timidez.

Harro había abierto la puerta de par en par. Así vio a la gran figura oscura alejándose ya por el camino nevado.

Entonces llamaron a la criada, a quien hasta ese momento no habían podido dar sus regalos por culpa de ese entreacto; y, una vez que, con su ayuda, llevaron todas las cosas envueltas a la luminosa sala de Navidad, la señora Ellen se arrodilló en la alfombra y, con su cuchillo, empezó a cortar las cuerdas de aquel gran paquete. Pronto sintió cómo se hinchaba por dentro y trataba de estallar los lazos cada vez más débiles, y cuando el juez, que hasta entonces había guardado silencio, hubo quitado los últimos envoltorios y lo sostuvo en pie ante él, resultó ser un gigantesco abeto que ahora extendía sus ramas ya liberadas por todas partes. Por él caían largas y estrechas tiras de espumillón que brillaban desde las puntas y a través del oscuro verde; las piñas del abeto que colgaban de todas las ramas también eran doradas.

Entretanto Harro no había estado ocioso; había desatado el morral y, con brillo en los ojos, había arrastrado hasta allí una caja lisa, pintada de verde.

—¡Mirad, se oyen golpecitos! —dijo—. ¡Dentro hay un cajón!

Y, al abrirlo, encontraron un total de sesenta de las más delicadas velas de cera blanca.

—Esto lo ha enviado un san Nicolás de verdad —dijo el juez mientras tiraba de una de las ramas del árbol—, ¡ya están colocadas todas las lamparillas de chapa!

Pero en la caja no había solo un cajón: en la parte superior había un cubito con un paso de rosca. El juez entendía de esas cosas; a los pocos minutos el árbol estaba atornillado y lucía firme y derecho, estirando su verde copa hasta el techo. La vieja criada había dejado la fuente de las manzanas y las galletas especiadas; mientras los demás se afanaban en colocar las velas, ella no se movió de su lado cual candelabro viviente, sujetando en cada mano uno encendido. Había venido con ellos desde su patria y era a la que más le había costado hacerse a las costumbres extranjeras. También ahora contemplaba el orgulloso árbol con ojos desconfiados.

—Pero ¡se han olvidado de los huevos dorados! —dijo.

El juez la miró sonriente:

—Pero, Margret, ¡las piñas doradas son más bonitas!

—¿Eso piensa el señor? En casa siempre teníamos los huevos dorados.

Eso no se le podía negar, pero tampoco había tiempo para hacerlo. Entretanto Harro había vuelto a ponerse con el morral.

—¡No lo encendáis aún! —exclamó—. ¡Lo más pesado sigue aquí dentro!

Era un cajoncito de madera bien cerrado con clavos. Pero el juez sacó martillo y cincel de su cajita de herramientas; con un par de golpes saltó la tapa y un montón de virutas de papel les saltaron a la cara.

—¡Dulces! —dijo la señora Ellen mientras extendía las manos sobre ellos como protegiéndolos—. ¡Huelo el mazapán! ¡Sentaos, los desenvolveré!

Y con mano cuidadosa fue cogiendo y poniendo en la mesa una pieza tras otra, que luego padre e hijo sacaron del papel de seda que las envolvía.

—¡Frambuesas! —exclamó Harro—. Y ¡fresas, toda una mata!

—Pero ¿lo has visto bien? —dijo el juez—. Son fresas silvestres, esas no crecen en los jardines.

Luego, como si estuvieran vivos, fueron saliendo toda clase de insectos, avispones y abejorros y todo aquello que suele andar zumbando a la luz del sol en los silenciosos bosques, hechos de azúcar con toda delicadeza, con las alas espolvoreadas de oro; luego un panal (las celdas debían estar rellenas de licor) como los que las abejas silvestres construyen en el tronco de los robles huecos, y por último un gran ciervo volante de chocolate, con las patas juntas y las alas extendidas.

—¡Cervus lucanus! —gritó Harro dando palmadas.

Cada pieza, según el tamaño, llevaba una cintita de seda de color verde claro. No pudieron resistirse a la tentación y empezaron en ese mismo instante a adornar con ellas el árbol, mientras las manos de la señora Ellen seguían sacando a la luz nuevos tesoros.

Muy pronto, entre las abejas, pendía también de las agujas del abeto una bandada de mariposas; allí estaban la mariposa blanca del majuelo, la *Daphnis* de color azul plata y la *Aegeria* de color de oliva, y como quiera que se llamaran todas las que Harro había tratado de cazar en vano. Y los paquetitos, que las afanosas manos iban abriendo celosamente uno tras otro, cada vez pesaban más. Porque ahora llegaba la familia de las grandes aves; ahora venían el pardillo y el picapinos, un par de piquituertos, oriundos de los bosques de abetos, y, en ese momento, la señora Ellen lanzó un leve grito… todo un nido lleno de pequeñas aves que abrían el pico; y el padre y el hijo empezaron a discutir sobre si eran reyezuelos o pequeños chamarices, mientras Harro ocultaba ya aquel pequeño hogar en lo más profundo de las ramas.

Apareció aún otro habitante del bosque; debía de haber llegado de algún lugar con hayas: una ardillita de mazapán a la mitad del tamaño real, con la cola levantada y ojos astutos.

—Y ¡ya se acabó! —exclamó la señora Ellen. Pero no: ¡aún quedaba un paquetito muy pesado! Lo abrió y lo escondió con toda rapidez entre sus manos.

—¡Una obra de arte! —dijo—. Pero no, Paul, yo soy más noble que tú, ¡no te lo voy a enseñar!

El juez no lo dio por bueno y le abrió las manos, que no había cerrado demasiado en serio, mientras ella, riendo, miraba por encima de sus hombros.

—¡Una liebre! —dijo Harro todo contento—. ¡Tiene una hoja de col entre las patitas delanteras!

La señora Ellen asintió:

—¡Claro, viene del huerto del viejo preboste!

—Harro, hijo mío —dijo el juez mientras levantaba amenazante el dedo hacia su mujer—, ¡prométeme comerte esta liebre para que desaparezca de una vez por todas de este mundo!

Harro se lo prometió.

El árbol estaba lleno, las ramas se arqueaban; la anciana Margret gemía, no podía sostener los candelabros más tiempo, ya ni siquiera tenía brazos en el cuerpo.

Pero ahora había más trabajo.

—¡A encender! —ordenó el juez; los niños de Navidad, pequeños y grandes, estaban allí, con rostros acalorados, subiéndose a escabeles y sillas y no pararon hasta que todas las velas estuvieron encendidas.

El árbol ardía, la sala estaba llena de aromas y resplandores, ahora sí que era Navidad de verdad.

Un poco fatigado del inusitado esfuerzo, el juez se sentó en el sofá, pensativo, mirando al gran espejo de pared que tenía enfrente, y que reflejaba la imagen del árbol encendido.

La señora Ellen, que en secreto había empezado a ordenar todo un poco, intentaba hacer a un lado la caja vacía, mientras volvía a acariciar con la mano las virutas de papel. Se quedó perpleja.

—¡Esto no tiene fin! —dijo sonriendo. Acababa de sacar un estornino de chocolate—. Y Paul —continuó diciendo—, ¡habla!

Se había sentado a su lado en el brazo del sofá y ambos leyeron juntos la hoja que el ave llevaba en el pico: «Un saludo navideño natural del bosque de una amiga agradecida».

—¡Así que es de ella!… —dijo el juez—. Su corazón tiene buena memoria. El siervo Ruprecht ha tenido que recorrer un buen trecho, porque sus tierras están a ocho kilómetros de aquí.

La señora Ellen se abrazó al cuello de su marido.

—¿No es verdad, Paul? No queremos ser desagradecidos con los extraños.

—Oh, yo no soy desagradecido… pero…

—Pero ¿qué?, Paul.

—¿Qué estarán haciendo ahora los viejos allí?

No respondió a esto, le dio la mano sin decir palabra.

—¿Dónde está Harro? —preguntó al cabo de un rato.

Harro acababa de entrar de nuevo en la sala; de una cajita que llevaba consigo sacó una figurita descolorida y la sujetó con cuidado a una rama del abeto. Los padres se habían dado buena cuenta de que era una pieza de los confites del último árbol de Navidad que habían tenido en casa: un dragón sobre un caballo negro y con un abrigo de color gris azulado. El muchacho se colocó ante él y lo contempló inmóvil: bajo su ancha frente los grandes ojos azules se volvieron mucho más sombríos.

—Padre —dijo por fin con voz temblorosa—, ¡qué pena lo de nuestro lindo ejército! ¡Si no lo hubieran fundido… entonces creería que aún estábamos en casa!

A estas palabras del muchacho siguió una silenciosa calma. Luego el padre lo llamó a su lado.

—Tú recuerdas aún la casa de tus abuelos —dijo—, tal vez seas el último de los nuestros que ha jugado en aquellas grandes salas, en cada uno de los pisos; poco falta ya para que pase a manos desconocidas. Uno de tus antepasados la construyó para su hijo. El joven la encontró terminada y amueblada cuando, tras varios años de ausencia en las ciudades comerciales de Francia, regresó a su hogar. A su muerte se la dejó a sus descendientes, y han vivido en ella como comerciantes o senadores o, después de haberse dedicado al estudio de la jurisprudencia, como alcaldes o síndicos de su ciudad natal. Eran hombres apreciados y bien intencionados que, en el curso del tiempo, pusieron sus fuerzas y su fortuna al servicio de sus conciudadanos de las formas más diversas. Por ello echaron raíces en la patria. Cuando yo era niño no había una sola familia cuyos padres o abuelos no hubieran trabajado para la nuestra, ya fuera en los barcos o en las fábricas o incluso en la propia casa. Eran relaciones de confianza mutua; cada cual elogiaba al prójimo y trataba de mostrar su valor ante el otro; los padres transmitían esa confianza a los hijos como una fortuna, todos se conocían, más allá del nacimiento y la muerte, pues conocían el carácter y a la familia de los chicos que nacían, y a los ancianos que habían estado allí antes que ellos.

El juez guardó silencio un momento, mientras el muchacho lo miraba inmóvil.

—Pero tus antepasados no solo construyeron hacia lo alto —continuó diciendo—, sino también en las profundidades: a la casa de piedra de la ciudad le pertenecía la cripta que está fuera del cementerio, porque los muertos también tenían que estar juntos… Y fue muy raro cuando pensé que yo tendría que marcharme: mi primer pensamiento fue que yo podría perder mi puesto. La he visto abierta más de una vez; la última cuando murió tu bisabuela, una mujer de avanzada edad, como suelen llegar a serlo los nuestros. No olvidaré el día. Yo había bajado y estaba abajo, en la oscuridad, entre los ataúdes que, a mi lado y por encima de mi cabeza, descansaban sobre las barras de hierro: todo el mundo de antaño, un grupo serio y silencioso. A mi lado estaba el sepulturero, un hombre canoso. Pero en una ocasión había sido joven y el cochero que había llevado, con el caniche negro entre las rodillas, los caballos negros de mi abuelo. Allí estaba, apoyado en un alto ataúd, y, como acariciándolo, deslizó la mano por el paño negro de la tapa. «¡Es mi viejo señor! —dijo en su bajo alemán—. ¡Era un buen hombre!». Hijo mío, solo allí, en casa, podía oír yo tales palabras. Sin querer, bajé la cabeza, porque tenía la sensación de que las bendiciones de la patria en persona caían sobre mí. Yo era el heredero de aquellos difuntos; ellos habían muerto, pero su bondad y su empeño seguían viviendo, y estaban allí para mí y me ayudaban allí donde yo me equivocaba, donde mis fuerzas me abandonaban. E incluso ahora, cuando (no para mi alegría ni la de los míos, sino empujado por aquella misteriosa nostalgia) regresaba por un breve espacio de tiempo, lo sé muy bien: allí se le tendía la mano a todos, no solo a mí.

Se había levantado y había abierto una de las contraventanas. Los campos nevados se extendían a lo lejos; el viento soplaba, y bajo las estrellas las nubes se dirigían hacia donde, a una distancia invisible, se hallaba su patria. Con fuerza rodeó con el brazo a su mujer, que lo había seguido en silencio; sus ojos de color azul claro miraban penetrantes la noche.

—¡Allí! —dijo en voz baja—. No quiero pronunciar el nombre, nadie gusta de oírlo en tierras alemanas; lo pronunciaremos en silencio en nuestro corazón, como los judíos el nombre del Santísimo.

Y cogió la mano de su hijo y la estrechó con tal fuerza que el niño apretó los dientes.

Siguieron allí, mirando cómo pasaban las nubes en la oscuridad, un buen rato. A sus espaldas, en la sala, la vieja criada iba en silencio de un lado a otro vigilando con cautelosa mirada las velas de Navidad que poco a poco se iban quemando.

De cómo Santa Claus visitó Simpson's Bar

Bret Harte

(1872)

Traducción

Miguel Temprano García

Francis Bret Harte (1836-1902) nació en Albany (Nueva York). Ávido lector desde la infancia, publicó su primer poema a los once años. En 1853 emigró a California, donde —además de trabajar como mensajero, minero, tipógrafo y maestro de escuela— publicó sus primeros artículos en *The Californian* y más tarde dirigió la revista mensual *Overland Monthly*. Se hizo famoso con un libro de poemas, *The Lost Galleon*, pero sobre todo con sus crónicas y relatos sobre la vida del pionero en California, en los que forjó la iconografía del Lejano Oeste. Sus historias están plagadas de buscadores de oro, bandidos y diligencias, indios y vaqueros, pistoleros, *saloons* atestados, sheriffs, ganaderos… y todo ese universo del que más tarde se adueñaría el cine. Bret Harte murió en Inglaterra, donde residió sus últimos años de vida.

«De cómo Santa Claus visitó Simpson's Bar» («How Santa Claus Came to Simpson's Bar») se publicó por primera vez en la revista *Atlantic Monthly* en marzo de 1872. Ambientado en la California de la fiebre del oro, recrea un caso de virtud navideña —un impulso de generosidad— en un curioso tono, medio cómico, medio épico, de canto a la precariedad.

Había llovido en el valle del Sacramento. El North Fork se había desbordado y el arroyo Rattlesnake era infranqueable. Las pocas rocas que habían señalado en verano el vado en el paso Simpson estaban cubiertas por una enorme capa de agua que se extendía hasta la ladera de las montañas. La posta se había detenido en Grangers; el jinete se había visto obligado a abandonar el último correo en las marismas y se había puesto a salvo a nado. «Una zona —observó el *Sierra Avalanche*, con meditabundo orgullo local— tan grande como el estado de Massachusetts está ahora bajo el agua».

El tiempo no era mucho mejor al pie de las montañas. La carretera estaba enfangada; carretas que ni la fuerza física ni las reprensiones morales podían apartar de sus malas costumbres bloqueaban el paso, y el camino a Simpson’s Bar estaba jalonado por reatas de mulas exhaustas, juramentos y blasfemias. Y más allá, apartado e inaccesible, destartalado bajo la lluvia, golpeado por los fuertes vientos y amenazado por las aguas, el asentamiento de Simpson’s Bar, el día de Nochebuena de 1862, se aferraba como un nido de golondrina a la rocosa entabladura y a los astillados capiteles de Table Mountain, estremecido por la tempestad.

Cuando cayó la noche sobre el asentamiento, unas pocas luces centellearon entre la neblina desde las ventanas de las cabañas a ambos lados de la carretera atravesada por anárquicos riachuelos e imprevisibles ráfagas de viento. Por suerte la mayor parte de la población se había refugiado en el almacén de Thompson, en torno a una estufa en la que escupía sin decir palabra, en una especie de comunión social que hacía innecesaria la conversación. De hecho hacía tiempo que se habían agotado las diversiones en Simpson’s Bar; la crecida de las aguas había suspendido las actividades habituales en el barranco y en el río, y la consiguiente falta de whisky y de dinero había dejado sin chispa casi todos los entretenimientos ilegítimos. Hasta el señor Hamlin se alegró de marcharse con cincuenta dólares en el bolsillo —la única cantidad que pudo conservar de las grandes sumas ganadas en el fructífero ejercicio de su fatigosa profesión—. «Si me pidieran —observó tiempo después— que escogiese un pueblecito, animado y populoso, para un jubilado a quien no le importase el dinero, diría Simpson’s Bar; pero a un joven con una familia numerosa a su cargo, no le compensaría». Como la familia del señor Hamlin consistía solo en mujeres adultas, citamos sus palabras más para dejar constancia de su sentido del humor que del verdadero alcance de sus responsabilidades.

Sea como fuere, los objetos inconscientes de esta sátira estaban esa noche dominados por una lánguida apatía fruto de la ociosidad y la falta de emociones. Ni siquiera los despertó el ruido de cascos delante de la puerta. Dick Bullen fue el único que dejó de limpiar la pipa y alzó la cabeza, pero nadie más mostró ningún interés, ni pareció reconocer, al hombre que entró.

Era una figura familiar para todos, conocida en Simpson's Bar como el Viejo. Un hombre de unos cincuenta años; de cabello escaso y entrecano, pero con la tez todavía joven y lozana. Un rostro de una simpatía no excesivamente jovial y con una capacidad camaleónica para adoptar el tono y el color del humor y los sentimientos de sus acompañantes. Era evidente que acababa de despedirse de unos amigos alegres, y al principio no reparó en la seriedad del grupo, por lo que le dio una cordial palmada en el hombro al hombre que tenía más cerca y se desplomó en una silla vacía.

—¡Me acaban de contar una historia buenísima, muchachos! ¿Conocéis a Smiley, Jim Smiley, el tipo más gracioso de Simpson's Bar? Pues bien, nos ha contado una historia divertidísima sobre…

—Smiley es un… imbécil —le interrumpió una voz lúgubre.

—Un… canalla —añadió otra voz en tono sepulcral.

Un silencio siguió a aquellas afirmaciones. El Viejo recorrió el grupo con la mirada. Luego su rostro cambió poco a poco.

—Es cierto —dijo en tono pensativo, después de una pausa—, es un poco canalla y bastante imbécil, claro. —Calló un instante, como si considerara la imbecilidad y las canalladas del impopular Smiley—. Hace un tiempo de perros, ¿eh? —añadió, dejándose arrastrar por el sentimiento predominante—. Pinta mal y no habrá mucho dinero estos días. Y mañana es Navidad.

Este anuncio causó cierta agitación entre los hombres, aunque no quedó claro si de satisfacción o de disgusto.

—Sí —continuó el Viejo, con el mismo tono lúgubre que había adoptado sin darse cuenta—, Navidad, y esta noche es Nochebuena. No sé, muchachos, se me había ocurrido que… He pensado que tal vez os apeteciera pasaros por mi casa a tomar algo. Pero supongo que no queréis, ¿no? No tendréis muchas ganas, ¿no? —añadió con preocupación mientras escrutaba el rostro de sus compañeros.

—Pues no sé —respondió Tom Flynn con cierta animación—. Puede que sí. Pero ¿y tu mujer, Viejo? ¿Qué dice ella?

El Viejo dudó. Su experiencia conyugal no había sido muy feliz, y en Simpson's Bar todo el mundo lo sabía. Su primera esposa, una mujercita guapa y delicada, había padecido en secreto los celos de su marido, que un día llevó a todo el asentamiento a su casa para que sus habitantes fuesen testigos de su infidelidad. Al llegar encontraron a la mujer, tímida y menuda, entretenida con las tareas domésticas y se volvieron avergonzados y desconcertados. Pero aquella criatura sensible no se recuperó con facilidad de tan extraordinario ultraje. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar la suficiente compostura para sacar a su amante del armario donde lo había escondido y fugarse con él. Dejó a un niño de tres años para consolar a su afligido marido. La actual mujer del Viejo era su antigua cocinera. Una señora grande, leal y colérica.

Antes de que pudiera responder, Joe Dimmick observó con brusca franqueza que

era «la casa del Viejo», apeló al derecho divino y añadió que él, en su lugar, invitaría a quien quisiera aunque pusiera en peligro su salvación. Las potencias del mal, añadió, lucharían contra él en vano. Lo dijo con un convencimiento y un laconismo que se pierden necesariamente al contarlo.

—Por supuesto. Claro. Así es —dijo el Viejo con un gesto comprensivo—. No pasará nada. Es mi casa, la construí yo mismo. No os preocupéis por ella, muchachos. Tal vez se enfade un poco, pero seguro que acabará entrando en razón.

El Viejo confió en secreto en la exaltación del alcohol y la fuerza de un ejemplo valeroso para ayudarle en semejante contingencia.

Dick Bullen, el oráculo y líder de Simpson’s Bar, aún no se había pronunciado. Se quitó la pipa de los labios.

—Viejo, ¿qué tal está tu Johnny? La última vez que lo vi en el barranco tirándoles piedras a los chinos no parecía muy animado. Ayer se ahogaron unos cuantos en el río y pensé en Johnny y en lo mucho que los iba a echar de menos. ¿No se estará poniendo enfermo?

El padre, claramente tocado no solo por la emotiva descripción de la pérdida de Johnny sino por la conmovedora consideración, se apresuró a asegurarle que Johnny estaba mejor y que «un poco de diversión podría animarlo». Al oírlo, Dick se puso en pie, se desperezó y dijo:

—Pues por mí que no sea. Vamos, Viejo.

Él mismo se puso en cabeza de un salto y, con un gruñido característico, se internó en la noche. Al pasar por la habitación de fuera cogió un tronco encendido de la chimenea. El resto del grupo siguió sus pasos, empujándose y dándose codazos, y antes de que el sorprendido propietario del almacén de Thompson fuese consciente de la intención de sus invitados, la sala quedó vacía.

La noche estaba oscura como la pez. La primera ráfaga de viento apagó sus antorchas improvisadas, y solo las brasas rojas que danzaban en la oscuridad como fuegos fatuos ebrios indicaban su paradero. El camino los llevó por el cañón de Pine-Tree, en cuya cabecera había una cabaña baja, cubierta de corteza y excavada en la ladera de la montaña. Era el hogar del Viejo, y la entrada al túnel donde trabajaba, cuando trabajaba. El grupo se detuvo un instante, por deferencia a su anfitrión, que llegó jadeando detrás.

—Será mejor que esperéis un segundo mientras entro a comprobar que todo está en orden —dijo el Viejo con una indiferencia muy poco sincera.

Su idea fue aceptada con magnificencia, la puerta se abrió y se cerró para dejar pasar al anfitrión, los demás esperaron con la espalda contra la pared debajo del alero y escucharon.

Por un instante solo se oyó el goteo del agua en los aleros y el roce de las ramas sobre sus cabezas. Luego los hombres se intranquilizaron y empezaron a susurrar con suspicacia: «¡Debe de haberle partido la crisma de un golpe!». «¡O lo ha metido en el túnel y ahora no le deja salir!». «Lo habrá tirado al suelo y estará sentada encima».

«A lo mejor está buscando algo para tirárnoslo a la cabeza, ¡apartaos de la puerta, muchachos!». Pues justo en ese momento se oyó correr el pestillo, se abrió despacio la puerta y una voz dijo:

—Entren, no se queden ahí bajo la lluvia.

No era la voz del Viejo ni la de su mujer, sino la de un niño pequeño, con los débiles agudos quebrados por esa aspereza sobrenatural que solo pueden ser obra del vagabundeo y la necesidad de demostrar tu valía antes de tiempo. El rostro que les miró era el de un niño, un rostro que podría haber sido hermoso e incluso refinado, pero que estaba ensombrecido por dentro por las malas ideas y por fuera por la suciedad y muchas vivencias difíciles. Llevaba una manta por encima de los hombros y era evidente que se acababa de levantar de la cama.

—Pasen —repitió—, y no hagan ruido. El Viejo está ahí hablando con madre —continuó, señalando la habitación de al lado, que parecía ser una cocina, donde se oía la voz del Viejo en tono desaprobatorio—. Déjame —le dijo quejoso a Dick Bullen, que lo había cogido en volandas con manta y todo y estaba haciendo ademán de ir a echarlo al fuego—, suéltame, viejo idiota, ¿no me has oído?

Exhortado así, Dick Bullen dejó a Johnny en el suelo reprimiendo una risa, mientras los hombres iban entrando en silencio y se sentaban en torno a una larga mesa de toscos tablones que ocupaba el centro de la sala. Johnny fue muy serio a una alacena y sacó varias cosas que dejó sobre la mesa:

—Ahí hay whisky. Y galletas. Y arenques. Y queso. —Dio un mordisco camino de la mesa—. Y azúcar. —Cogió un puñado con la mano pequeña y muy sucia—. Y tabaco. También hay manzanas secas, aunque a mí no me gustan. Ya está todo —concluyó—, ahora esperen y no tengan miedo. Madre no me asusta. A mí no me mangonea. Adiós.

Había cruzado el umbral de una habitación poco más grande que un armario, separada del resto de la casa y donde había una cama pequeña. Se quedó allí un momento mirando al grupo, con los pies descalzos asomándole por debajo de la manta y moviendo la cabeza.

—¡Eh, Johnny! No irás a acostarte otra vez, ¿verdad? —dijo Dick.

—Sí —respondió Johnny con decisión.

—¡Vaya! ¿Qué te ocurre, chico?

—Estoy enfermo.

—¡Enfermo!

—Tengo fiebre. Y sabañones. Y reumatismo —replicó Johnny y desapareció en su cuarto. Al cabo de un momento añadió desde la oscuridad, en apariencia debajo de las mantas—: Y estoy de malas pulgas.

Se produjo un violento silencio. Los hombres se miraron y contemplaron el fuego. Pese al apetitoso banquete que tenían delante, daba la impresión de que fuesen a caer en el mismo desánimo que los había dominado en el almacén de Thompson cuando se oyó indiscreta la voz del Viejo que llegaba quejosa desde la cocina.

—Pues ¡claro! Eso es. Sí, señor. Un hatajo de vagos y de borrachos, y el tal Dick Bullen es el peor de todos. No se les ocurre nada mejor que venir cuando no tenemos nada que ofrecerles y con un enfermo en casa. Y no será porque no se lo haya advertido: «Bullen —le dije—, no sé cómo se te ha podido ocurrir una idea semejante, o eres idiota o estás borracho como una cuba». «¿Y tú, Staples, te consideras un hombre y quieres ir a correrte una juerga bajo mi techo cuando hay enfermos en casa?». Pero han insistido en venir, no ha habido manera de disuadirles. ¡Qué se puede esperar de la gentuza de este asentamiento?

Una carcajada de los hombres siguió a tan desafortunado alegato. No sabría decir si se oyó en la cocina, o si la airada compañera del Viejo había agotado cualquier otro modo de expresar su desdeñosa indignación, pero alguien dio un violento portazo. Al momento, el Viejo volvió a aparecer sin ser ni remotamente consciente de la causa de aquel ataque de hilaridad y sonrió con amabilidad.

—Mi mujer ha decidido ir de visita a casa de la señora McFadden —explicó con desenvoltura e indiferencia al sentarse a la mesa.

Es curioso que hiciese falta ese desafortunado incidente para aliviar la vergüenza que empezaba a sentir el grupo, que recobró su audacia al llegar el anfitrión. No me propongo reproducir la diversión de la noche. El lector curioso se contentará si le digo que la conversación se caracterizó por la misma exaltación intelectual, la misma cauta reverencia, la misma meticulosa delicadeza, la misma precisión retórica y la misma lógica y coherencia en el discurso que distingue otras reuniones parecidas de individuos de sexo masculino en sitios más civilizados y bajo auspicios más favorables. Nadie rompió ninguna copa, porque no las había, y el alcohol escaseaba tanto que nadie lo derramó en el suelo ni en la mesa.

Era casi medianoche cuando se interrumpió el jolgorio. «¡Chis!», dijo Dick Bullen levantando la mano. Era la voz quejosa de Johnny desde la habitación de al lado: «¡Papá!».

El Viejo se levantó enseguida y desapareció en la habitación. Al cabo de un rato regresó.

—Le ha vuelto el reumatismo —explicó—, y quiere que le dé unas friegas.

Alzó la damajuana de whisky de la mesa y la agitó. Estaba vacía. Dick Bullen dejó su taza de lata en la mesa con una risa avergonzada. Y lo mismo hicieron los demás. El Viejo miró su contenido y dijo esperanzado.

—Supongo que bastará; no hace falta mucho. Esperad un momento que ahora vuelvo.

Y desapareció en la habitación con una camisa vieja de franela y el whisky. La puerta no se cerró del todo y pudo oírse con claridad el siguiente diálogo:

—Bueno, hijo, ¿dónde te duele?

—A veces aquí y a veces aquí abajo; pero lo peor es de aquí a aquí. Frótame, papá.

Un silencio pareció indicar unas vigorosas friegas. Luego Johnny dijo:

—¿Lo estáis pasando bien, papá?

—Sí, hijo.

—Mañana es Navidad, ¿no?

—Sí, hijo. ¿Te encuentras mejor?

—Mejor frota un poco más. ¿Qué es eso de la Navidad? ¿En qué consiste?

—Pues es un día.

Esa definición tan exhaustiva debió de resultar muy convincente, pues se hizo un silencio mientras continuaban las friegas. Después Johnny volvió a hablar:

—Madre dice que en todos los sitios menos aquí todo el mundo se hace regalos en Navidad. Y luego empezó a meterse contigo. Dice que hay un hombre llamado Santa Claus, no un blanco, sino una especie de chino, que se cuela por la chimenea la noche de antes de Navidad y les da cosas a los niños como yo. Y ¡que se las deja en las botas! Y quería que me tragase esa trola. Cuidado, papá, ¿dónde estás frotando…? No es ahí. Se lo ha inventado, ¿no?, para hacernos enfadar. No frotes ahí… ¡Cuidado, papá!

En el profundo silencio que pareció abatirse sobre la casa se oyó con suma claridad el suspiro de los pinos cercanos y el gotear de las hojas. Johnny también bajó la voz antes de seguir:

—Puedes parar, ya me siento mejor. ¿Qué hacen los muchachos?

El Viejo entreabrió la puerta y se asomó. Sus invitados se estaban comportando con mucha educación y había unas monedas de plata y un monedero de piel sobre la mesa.

—Apostar, debe de ser algún juego. Están bien —replicó, y volvió a empezar con las friegas.

—Me gustaría jugar y ganar un poco de dinero —dijo meditativo Johnny, tras una pausa.

El Viejo repitió, sin demasiado convencimiento, la fórmula evidentemente familiar de que si Johnny esperaba hasta que se hiciera rico en el túnel tendrían mucho dinero, etc., etc.

—Sí —insistió Johnny—, pero el momento no llega. Y ¿qué más da que tengas suerte o que lo gane yo? Es solo cuestión de suerte. Pero eso de la Navidad es curioso, ¿no crees? ¿Por qué lo llaman así?

Tal vez por una deferencia instintiva a sus invitados, o por un vago sentido de la incongruencia, el Viejo respondió en voz tan baja que resultó inaudible fuera de la habitación.

—Sí —dijo Johnny, un poco menos interesado—. He oído hablar de Él. Ya está, papá. Ya no me duele tanto. Ahora envuélveme en esa manta de ahí. Así. Y ahora —añadió con un susurro—, quédate a mi lado hasta que me quede dormido.

Para asegurarse de que le obedecía, sacó una mano por debajo de la manta, sujetó a su padre por la manga y volvió a acostarse.

El Viejo esperó con paciencia un rato. Luego el desacostumbrado silencio de la

casa despertó su curiosidad y, sin apartarse de la cama, abrió con cuidado la puerta con la mano que tenía libre y se asomó a la sala principal. Para su infinita sorpresa la encontró oscura y vacía. Pero en ese momento se movió uno de los troncos del hogar y las llamas revelaron la figura de Dick Bullen sentado junto a las brasas.

—¡Hola!

Dick dio un respingo, se levantó y se le acercó dando tumbos.

—¿Adónde han ido los muchachos? —preguntó el Viejo.

—Han salido a pasear un poco por el cañón. En un minuto pasarán a recogerme. Les estoy esperando. ¿Qué miras, Viejo? —añadió con una risa forzada—. ¿Crees que estoy borracho? —Al Viejo podría habérsele disculpado que lo supusiera, pues Dick tenía los ojos húmedos y el rostro encendido. Volvió a la chimenea, bostezó, se desperezó, se abotonó el abrigo y se rió—. No había alcohol para tanto, Viejo. No te levantes —continuó al ver que el Viejo hacía ademán de soltarse la manga—. Déjate de buenos modales. Sigue donde estás; ya me marcho. Mira, ahí están.

Alguien llamó despacio a la puerta. Dick Bullen la abrió deprisa, deseó buenas noches con un gesto a su anfitrión y desapareció. El Viejo lo habría seguido de no haber sido por la mano que inconscientemente seguía aferrada a su manga. Podría haberse soltado con facilidad: era pequeña, débil y delgada. Pero, tal vez porque era pequeña, débil y delgada, cambió de opinión, acercó la silla a la cama y apoyó la cabeza en ella. Los efectos de sus anteriores libaciones se hicieron más evidentes en esa postura tan vulnerable. La habitación tembló y se desdibujó ante sus ojos, volvió a aparecer, se desdibujó, desapareció y se quedó dormido.

Entretanto Dick Bullen cerró la puerta y se encontró con sus amigos.

—¿Preparado? —preguntó Staples.

—Sí —respondió Dick—; ¿qué hora es?

—Las doce y media —respondió alguien—, ¿llegarás a tiempo? Entre ir y volver son casi setenta kilómetros.

—Calculo que sí —repuso lacónico Dick—. ¿Dónde está la yegua?

—Bill y Jack la tienen en el cruce.

—Déjalos que esperen un minuto más —respondió Dick.

Se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa sin hacer ruido. A la luz de la vela a punto de consumirse y del fuego casi apagado vio que la puerta de la habitación estaba abierta. Se acercó de puntillas y se asomó. El Viejo se había desplomado en la silla y roncaba con las piernas alargadas y en línea con los hombros encorvados, y el sombrero sobre los ojos. A su lado, en una estrecha camita yacía Johnny, arrebujado en una manta de la que solo asomaban un poco la frente y unos cuantos rizos húmedos por el sudor. Dick dio un paso adelante, dudó y contempló por encima del hombro la inhóspita habitación. Reinaba el silencio. Con repentina decisión, se apartó los bigotazos con las manos y se inclinó sobre el niño dormido. Pero en ese momento una maldita ráfaga que estaba al acecho se coló por la chimenea, reavivó el fuego e iluminó la habitación con un impúdico resplandor del que Dick huyó horrorizado.

Sus compañeros le estaban esperando en el cruce. Dos de ellos se debatían en la oscuridad con un extraño bulto contrahecho que al acercarse Bill adoptó la forma de un gran caballo amarillo.

Era la yegua. No era muy hermosa. Ni su nariz romana, ni las ancas protuberantes, ni el espinazo arqueado y oculto por las rígidas machillas de una silla mexicana, ni las patas gruesas, rectas y huesudas conservaban el menor vestigio de gracia equina. Sus ojos medio ciegos pero perversos, su labio leporino y su color monstruoso expresaban solo fealdad y vicio.

—Bueno —dijo Staples—, cuidado con los cascos, chicos, ya puedes montar. Sujétate a la crin y mete deprisa el pie en el estribo. ¡Vamos!

Hubo un corcoveo, un salto, la gente se apartó, los cascos volaron, dos saltos estremecieron la tierra, se oyó un rápido tintineo de espuelas y luego la voz de Dick en la oscuridad.

—¡Ya está!

—¡No vayas por la carretera de abajo a no ser que se te eche el tiempo encima! No le tires de las riendas cuando vayas cuesta abajo. Estaremos en el vado a las cinco. ¡Vamos! ¡Arre, caballo! ¡Ve!

Un chapoteo, una chispa en la orilla del camino, una trápala en el rocoso barranco y Dick desapareció.

¡Canta, oh, Musa, la cabalgada de Richard Bullen! ¡Canta, oh, Musa, a los hombres caballerosos, la búsqueda sagrada, los hechos esforzados, los torpes patanes, la valerosa cabalgata y los terribles peligros que corrió la flor de Simpson’s Bar! ¡Ay!, qué Musa tan remilgada. ¡No quiere saber nada de ese jinete bruto, harapiento, jactancioso y obstinado, así que tendré que seguirle a pie y en prosa!

Era la una en punto y solo había llegado a Rattlesnake Hill. Pues Jovita había hecho gala ya de todos sus vicios e imperfecciones. Tres veces había tropezado. Dos veces había alineado su nariz romana con las riendas y, resistiéndose al bocado y las espuelas, había galopado a campo través. Dos veces se había encabritado y se había sentado, pero en ambas ocasiones el ágil Dick, ileso, volvió a subir a la silla antes de que pudiera cocearlo. Y dos kilómetros más adelante, al pie de una larga montaña, estaba el arroyo Rattlesnake. Dick sabía que ahí estaba la prueba decisiva para culminar su empresa, apretó sombrío los dientes, le clavó las rodillas en los costados y cambió de una táctica defensiva a una agresión clara. Espoleada y fuera de sí, Jovita empezó a descender por la ladera. El astuto Richard fingió querer retenerla con imprecaciones y falsos gritos de alarma. No hace falta añadir que Jovita salió al galope. Tampoco es necesario anotar aquí el tiempo que duró el descenso; consta ya en las crónicas de Simpson’s Bar. Baste con decir que un momento después, o eso le pareció a Dick, estaba chapoteando en las orillas inundadas del arroyo Rattlesnake. Tal como había previsto Dick, la inercia adquirida le impidió recular, con que se sujetó con fuerza y se plantaron de un salto en mitad de la corriente. Cocearon, vadearon y nadaron y un instante después Dick pudo volver a tomar aliento en la otra

orilla.

El camino desde el arroyo Rattlesnake hasta Red Mountain era tolerablemente llano. Fuese porque la zambullida en el arroyo había sofocado su siniestro fuego, o porque la artimaña que la había llevado hasta allí había dejado clara la superior astucia del jinete, Jovita ya no desperdició sus excesos de energía en caprichos sin sentido. Una vez se había resistido, pero más por costumbre que por otra cosa; una vez había rehusado, aunque fue al ver una casa recién pintada en un cruce. Los hoyos, las zanjas, los depósitos de grava, la hierba fresca volaban bajo sus cascos. Empezó a oler mal, una o dos veces tosió un poco, pero no disminuyeron ni sus fuerzas ni su velocidad. A las dos en punto pasó Red Mountain e inició el descenso hacia el llano. Diez minutos después «un hombre en un caballo pinto» adelantó a la diligencia Pioneer, un hecho lo bastante notable para ser reseñado. A las dos y media, Dick se incorporó sobre los estribos con un grito. Las estrellas brillaban entre las nubes rasgadas y más adelante, en plena llanura, se alzaban dos campanarios, un asta de bandera y una línea de objetos negros desperdigados, Jovita brincó y al cabo de un momento entraron en Tuttleville y se detuvieron ante la veranda de madera del Hotel de las Naciones.

Lo que sucedió esa noche en Tuttleville no forma estrictamente parte de este relato. En pocas palabras, podemos decir, no obstante, que después de entregarle a Jovita a un mozo de cuadra soñoliento a quien la yegua dejó inconsciente de una coz poco después, Dick fue con el dueño del bar a recorrer la ciudad dormida. Todavía brillaba alguna que otra luz en unas cuantas tabernas y casas de juego; pero los evitaron y se detuvieron delante de varias tiendas cerradas y, a fuerza de llamar y gritar juiciosamente sacaron a sus propietarios de la cama, y les hicieron abrir la puerta de sus comercios y exponer sus mercancías. Unos cuantos les recibieron con improperios, pero más a menudo con interés y preocupación por sus necesidades, y cada conversación concluyó con un trago. Dieron las tres antes de que pusieran fin a aquellas cortesías, y Dick volviese al hotel con una bolsita de caucho al hombro. Allí le abordó la Belleza, ¡una Belleza de encantos opulentos, ostentosa en el vestido, convincente en el habla y de acento español! En vano repitió la invitación hasta el exceso, pues fue felizmente rechazada por ese hijo de las montañas, un rechazo suavizado en ese caso por una risa y su última moneda de oro. Luego volvió a saltar a la silla y salió al galope por la calle desierta rumbo a la llanura solitaria, donde enseguida las luces, la negra línea de casas, los campanarios y el asta de bandera volvieron a hundirse en la tierra a sus espaldas y se perdieron en la distancia.

La tormenta había despejado, el aire era frío y seco, los perfiles de las cosas se distinguían con claridad, pero hasta las cuatro y media Dick no llegó a la casa del cruce. Para evitar la pendiente había tomado un camino más largo y sinuoso, en cuyo fango viscoso Jovita se hundía hasta los corvejones. Era un mal preámbulo para un ascenso de otros ocho kilómetros; pero Jovita lo acometió con la furia ciega e irracional de costumbre, y media hora después llegó a la altura que llevaba al arroyo

Rattlesnake. Media hora más y llegarían al arroyo. Dick aflojó las riendas sobre el cuello de la yegua, le chistó y empezó a cantar.

De pronto Jovita hizo un extraño y dio un brinco que habría desmontado a un jinete menos experimentado. Una figura que había saltado desde la cuneta la sujetaba por las riendas y al mismo tiempo surgieron de la penumbra un jinete y su caballo.

—¡Arriba las manos! —ordenó esa segunda aparición con un juramento.

Dick notó que la yegua temblaba, se estremecía y daba la impresión de humillar. Sabía lo que eso significaba y se preparó.

—Aparta, Jack Simpson, te conozco, j… ladrón. Déjame pasar o…

No terminó la frase. Jovita se alzó en el aire con un salto temible, tiró al suelo a la figura que la sujetaba por el bocado con un simple movimiento de cabeza y cargó con mortífera maldad contra el obstáculo que tenía delante. Se oyó un juramento, un disparo de revólver y el caballo y el bandido cayeron a un lado de la carretera; instantes después Jovita se había alejado más de cien metros. Pero el brazo derecho de su jinete, destrozado por un balazo, colgaba inútil a un lado.

Sin aminorar el paso, Dick sujetó las riendas con la mano izquierda. Pero poco después tuvo que detenerse para apretar la cincha de la silla que se había desplazado un poco. Lisiado como estaba tardó un rato. No temía que le persiguieran, pero al alzar la mirada vio que las estrellas empezaban a palidecer por el este, y que los lejanos picos habían perdido su fantasmal blancura, y ahora destacaban negruzcos contra un cielo más luminoso. Empezaba a despuntar el día. Totalmente absorbido por su idea olvidó el dolor de su herida, volvió a montar y se dirigió deprisa al arroyo Rattlesnake. Pero ahora Jovita jadeaba, Dick se tambaleaba en la silla y el cielo cada vez estaba mas claro.

¡Galopa, Richard; corre, Jovita, espera, oh día!

Los últimos kilómetros notó un atronador silbido en los oídos. ¿Era cansancio por la pérdida de sangre o qué? Mientras bajaban la montaña se sentía aturdido y confuso y no reconocía los alrededores. ¿Se habría equivocado de camino, o eso era el arroyo Rattlesnake?

Lo era. Pero el alborotado torrente que había cruzado unas horas antes había doblado con creces su caudal, y ahora un verdadero río fluía sin detenerse ante nada entre él y Rattlesnake Hill. Por primera vez esa noche, Richard se dejó llevar por el desánimo. El río, la montaña, el despuntar del alba por el este, desfilaron ante sus ojos. Los cerró para recobrar el dominio de sí mismo. En ese breve intervalo, por algún increíble proceso mental, el cuartito de Simpson’s Bar y las figuras del padre y el niño dormidos se alzaron ante él. Abrió los ojos decidido, se desembarazó del abrigo, el revólver, las botas y la silla de montar, se ató las alforjas con el precioso paquete a la espalda, clavó con fuerza las rodillas en los costados de Jovita y con un grito se zambulló en el agua amarilla. Un chillido se alzó en la otra orilla cuando la cabeza del hombre y el caballo se debatieron unos momentos contra la corriente y luego fueron arrastrados por ella entre los árboles arrancados y las ramas a la deriva.

El Viejo dio un respingo y despertó. El fuego del hogar se había apagado, la vela en la otra habitación chisporroteaba en la palmatoria y alguien estaba llamando a la puerta. La abrió y retrocedió con un grito al ver la figura chorreante y medio desnuda que se tambaleaba en el umbral.

—¡Chis! ¿Se ha despertado ya?

—No… pero ¿Dick?

—¡Calla, viejo idiota! Dame un poco de whisky, ¡deprisa!

El Viejo salió corriendo y regresó con… ¡una botella vacía! Dick habría soltado una maldición, pero no tenía fuerzas. Trastabilló, se sujetó a la puerta y le hizo un gesto al Viejo.

—Hay una cosa para Johnny en las alforjas. Sácala. Yo no puedo. —El Viejo soltó la correa y dejó las alforjas ante el hombre exhausto—. ¡Deprisa, ábrelas!

Lo hizo con dedos temblorosos. Dentro no había más que unos cuantos juguetes: Dios es testigo de que eran toscos y vulgares, pero relucían con la pintura y el oropel. Uno estaba roto; otro me temo que lo había echado a perder el agua y el tercero… ¡ay de mí!, tenía una mancha cruel.

—No parecen gran cosa, ya lo sé —dijo cariacontecido Dick—. Pero no había nada mejor… Cógelos, Viejo, ponlos en su calcetín, y dile… dile, ya sabes…, sujétame, Viejo… —El Viejo le sujetó antes de que se desplomara—. Dile —continuó Dick con una débil risita— que ha venido Santa Claus.

Y así fue como, desaliñado, harapiento, sin afeitar, con el cabello enmarañado y con un brazo colgando inútil, Santa Claus visitó Simpson’s Bar y se desmayó en la puerta de la primera casa. El amanecer navideño llegó despacio poco después y rozó los picos más lejanos con el calor sonrosado de un amor inefable. Contempló Simpson’s Bar con tanta ternura que la montaña entera, como sorprendida en un acto de generosidad, se ruborizó hasta los cielos.

Ojo de Estrella

Zacharias Topelius

(1873)

Traducción

Carmen Montes Cano

Zacharias Topelius (1818-1898) nació en Nykarleby, en Finlandia, en el seno de una familia acomodada, y recibió una sólida educación religiosa luterana. Poeta, novelista, dramaturgo, periodista e historiador, sus novelas históricas tuvieron una gran influencia en el proceso de independencia de Finlandia, que en 1917 dejó de ser el Gran Ducado de Finlandia —anteriormente ligado al Imperio ruso— para convertirse en una república soberana. Topelius, figura clave del nacionalismo romántico, escribió siempre en sueco, pero con una marcada intención de patriotismo finlandés. Obtuvo una enorme popularidad con los tres volúmenes de poesía *Flores de la landa* (1845, 1850 y 1853) y el libro de lecturas infantiles *Nuestro país* (1875). Escribió, asimismo, dos extensas colecciones de relatos históricos, en los que también aparece el elemento sobrenatural: *Los cuentos del cirujano militar* (1853-1867) y *Las veladas de invierno* (1880-1897). Entre sus narraciones infantiles, destacan *Cuentos* (1847-1852) y *Lectura para niños* (1865-1896), una recopilación de prosas y poesías, publicada en ocho volúmenes, inspirada en conocidas fábulas y en sus recuerdos infantiles.

«Ojo de Estrella» («Stjernöga») se publicó por primera vez en 1873 en la revista *Trollsländan* [La libélula] de Helsinki. Después formaría parte del volumen V de *Lectura para niños (Läsning för barn),* publicado en Estocolmo por Bonniers Förlag en 1880. Ésta es la versión que hemos utilizado para nuestra traducción, por cortesía del Ateneo de la Literatura Sueca en Finlandia. Con una estructura muy nítida de cuento de hadas popular, la Navidad está en él muy presente en un genuino sentido religioso, como «un rayo de eternidad» que hay que saber apreciar.

Érase una vez un recién nacido que estaba en un montículo de nieve. ¿Por qué estaba en un montículo de nieve? Porque a su madre se le había caído.

Era víspera de Navidad.

El lapón iba en trineo con su reno por las montañas desiertas, y tras él iba la lapona con el suyo. Al hombre le parecía un espectáculo impresionante y echó una ojeada en busca de la mujer, que iba conduciendo sola un trineo pequeñín, porque los renos no pueden tirar de más de una persona. La nieve espejeaba, la aurora boreal lanzaba fuegos de artificio y las estrellas brillaban claras en el cielo.

La mujer llevaba en brazos a la criatura. La había envuelto en una gruesa piel de reno, y no podía guiar bien el trineo mientras sujetaba a la niña.

Cuando llegaron a la cima de la montaña, antes de empezar el descenso, aparecieron unos lobos. Era una manada de las grandes, tendría sus buenos cuarenta o cincuenta lobos, como suelen verse en Laponia en invierno, cuando van a la zaga de los renos.

Resultó que los lobos no habían cazado ningún reno hasta ese momento, aullaban de hambre y, al ver al lapón y a su mujer, empezaron a perseguirlos.

Cuando los renos de los dos trineos se dieron cuenta, emprendieron la huida con todas sus fuerzas y se precipitaron montaña abajo a una velocidad de vértigo, de modo que los trineos salieron disparados, y bajaban dando tumbos y rodando por los montones de nieve.

El lapón y la lapona estaban acostumbrados, iban bien agarrados al trineo, aunque les fallaban la vista y el oído. Y en aquéllas estaban cuando a la lapona se le cayó la criatura en la nieve.

Gritaba y trataba de detener al reno, pero era en vano, pues los renos sabían que los lobos iban pisándoles los talones, así que afinaron el oído y siguieron corriendo más rápido todavía, tanto que les crujían los huesos como cuando se casca una nuez.

Muy poquito después, renos y trineos se encontraban muy lejos.

La niña quedó en la nieve envuelta en la piel de reno, observando las estrellas. En un abrir y cerrar de ojos la alcanzaron los lobos, pero la criaturita no podía mover ni las manos ni los pies, lo único que podía hacer era mirarlos.

Ni lloraba ni se movía; miraba, simplemente.

Y los ojos inocentes de una niña pequeña tienen un poder prodigioso. Las fieras hambrientas se detuvieron, no se atrevían a tocarla. Se quedaron un rato sin moverse, observándola, como maravilladas, luego echaron a andar muy diligentes y se alejaron de allí a toda prisa, siguiendo las huellas de los renos, con la intención de continuar la cacería.

Y allí estaba, pues, la niña, sola en aquella tierra desolada, salvaje e inmensa.

Contemplaba las estrellas, y las estrellas la miraban también, y entre ellas surgió una amistad. Esa cantidad ingente de soles gigantescos, hermosos y lejanos, que parpadean en el cielo nocturno, parecieron apiadarse de aquella criatura indefensa de la tierra, abandonada en la nieve. Y tan largamente se quedaron mirando a la pequeña, y tan largamente se las quedó mirando ella, que la luz de las estrellas se le prendió en los ojos.

Sea como fuere, la criaturita no habría tardado mucho en morir de frío si Dios no hubiera dispuesto que llegara otro viajero por el mismo camino de aquella tierra desierta.

Era un colono finlandés de la comarca de la parroquia de Enare. Volvía de la ciudad noruega de Vadsö, llevaba sal y harina para la Navidad; encontró a la criatura y se la llevó en el trineo.

La mañana de Navidad, el colono llegó a su casa cuando las campanas de la iglesia de Enare llamaban al oficio matutino. Metió a la criatura en el calor de la cabaña y se la entregó a su mujer

—Aquí tienes, Lisu, un regalo de Navidad —dijo mientras se sacudía la escarcha del pelo castaño. Y, acto seguido, le contó cómo la había encontrado.

La mujer del colono cogió a la niña, la liberó de la piel de reno y le dio leche templada.

—Dios te ha enviado a nuestra casa, criatura desvalida —dijo—. Y ¡qué forma de mirarme! ¿No tienes padre ni madre? Pues Simon Sorsa será tu padre, y yo seré tu madre y tú serás nuestra hija. Y Simmu, Palte y Matte se alegrarán de tener una hermana. Digo yo que serás cristiana y estarás bautizada.

—Yo no lo daría tan por seguro —dijo el colono Simon Sorsa—. A los lapones les quedan muy lejos la iglesia y el pastor, por eso van juntando hijos, y al final acuden con toda la prole. Y al final son los niños los que conducen el trineo para ir a ver al pastor, le dan la mano y dicen «amén» cuando los ha bautizado. Ya que es la misa de Navidad, lo mejor será que llevemos a la niña a acristianar a la iglesia sin tardanza.

A la mujer le pareció buena idea, así que acristianaron a la niña recogida y la llamaron Elisabeth, por su madre adoptiva.

El pastor no podía sino admirarse, porque a la criatura le brillaban los ojos como estrellas cuando la bendijo, y añadió sonriendo cariñosamente:

—Ojo de Estrella, así deberías llamarte, en lugar de Elisabeth.

La mujer del colono pensó que no era cristiano hablar de ese modo, y así se lo dijo a su marido. Pero Simon Sorsa había notado el efecto igual que el pastor y, en su opinión, ese nombre podía valer casi tan bien como el primero.

—Pero ¿cómo? —dijo la mujer—. Ni se te ocurra atribuirle poderes mágicos a la niña solo porque es lapona y los lapones saben de encantamientos. Los ojos grises de Simmu, Palte y Matte son tan buenos como los ojos castaños de la niña, y, si quieres que tenga un apodo, llámala Ojos de Gato, que puede irle igual de bien.

El colono no quería contrariar a su mujer y fingió que olvidaba el nombre nuevo, pero las palabras del pastor llegaron a oídos de la gente y, a partir de aquel día, los vecinos empezaron a llamar Ojo de Estrella a la niña recogida de Simon Sorsa.

La niña se crió con los tres hermanos de acogida y creció tan delgada y esbelta como se criaban fuertes y corpulentos los tres muchachos.

La pequeña tenía el pelo negro y los ojos castaños, como la mayoría de los niños lapones; pero los lapones pueden ser a veces tan impetuosos y tercos como los niños negros, y Ojo de Estrella siempre se mostraba tranquila, pacífica y callada.

Los cuatro niños se llevaban bien, de no ser porque, de vez en cuando, los muchachos llegaban a las manos. El colono y su mujer los querían a los cuatro por igual, todo les iba bien y ningún padre ni ninguna madre se presentó por allí preguntando por Ojo de Estrella. ¿Qué iban a pensar el lapón y la lapona, sino que los lobos habían devorado a su niña?

Ojo de Estrella no había cumplido más de tres años cuando su madre adoptiva empezó a notar algo que no conseguía explicarse. Aquella niña tenía en los ojos un poder que nadie podía resistir. Nunca le llevaba la contraria a nadie, ni se defendía cuando los niños la importunaban: simplemente, los miraba y ellos se esforzaban al punto por complacerla. El gato negro de ojos brillantes no se atrevía a mirarla; Kettu, el perro lanudo color canela que cuidaba la granja, dejaba de ladrar y de gruñir en cuanto Ojo de Estrella posaba en él la mirada.

La madre adoptiva empezó a figurarse que veía los ojos de la niña brillando en la oscuridad y un día, cuando la tormenta de nieve arrasaba en las montañas, Ojo de Estrella salió al porche y casi se habría dicho que aplacó la tormenta, pues unos minutos después se hizo la calma.

Por mucho que la mujer del colono quisiera a la niña, aquello no le gustaba ni mucho ni poco.

—Deja de mirarme —le decía a veces a la pequeña con tono arisco—. ¡Me está pareciendo que quisieras verme por dentro!

Ojo de Estrella se entristecía mucho y bajaba la vista: lo único que comprendía era que su madre estaba disgustada. Entonces la madre le acariciaba cariñosamente la mejilla y le decía:

—No llores, Lisulill bonita, ¡tú no tienes la culpa de ser hija de lapones!

Un día, cuando Ojo de Estrella ya tenía tres años, la mujer del colono estaba hilando y pensando en su marido, que otra vez andaba de viaje por esos mundos. Y entonces se acordó de que al caballo se le había caído la herradura de la pata trasera izquierda. Ojo de Estrella estaba en un rincón, sentada a horcajadas en el banco como si fuera un caballito, y fingía que lo estaba montando. De repente, le dijo al banco:

—Mamá está pensando que se te ha caído la herradura de la pata trasera izquierda.

La mujer del colono dejó de hilar y le dijo maravillada:

—Y ¿tú cómo lo sabes?

—Lisulill lo ha visto —respondió Ojo de Estrella.

La madre adoptiva se sintió un tanto inquieta, pero le quitó importancia y resolvió que, en lo sucesivo, observaría atentamente a la niña. Unos días después, un forastero pasó la noche en la cabaña y por la mañana, le faltaba a la anfitriona un anillo de oro que tenía encima de la mesa. Sospechaban del forastero, le revisaron toda la ropa, pero no encontraron el anillo. En ese momento se despertó Ojo de Estrella, miró al hombre sorprendida y dijo:

—Tiene un anillo en la boca.

Allí estaba el anillo. Echaron al hombre, pero la mujer del colono siguió haciendo como si nada. Pasó un tiempo. Palte contrajo el sarampión y el pastor fue a visitarlo, porque también tenía nociones del arte de sanar a los enfermos. La madre guardaba en la despensa dos salmones frescos, y pensó para sus adentros: «¿Qué salmón le doy al pastor, el pequeño o el grande? Bueno, yo creo que con el pequeño bastará».

Ojo de Estrella estaba en el rincón, jugando a que la escobilla que tenía en el regazo estaba enferma. Entonces llegó la escoba, que hacía de pastor; y Ojo de Estrella le dijo a la escoba:

—¿Qué salmón te doy, el pequeño o el grande? Yo creo que con el pequeño bastará.

A la madre adoptiva, que la estaba oyendo, estas palabras se le clavaron en el corazón una a una como agujas. Cuando el pastor se marchó, ya no pudo contener la ira, y le dijo a Ojo de Estrella:

—¡Ya veo que la magia no te abandona un instante, hija de lapones! Así que no quiero que vuelvas a mirarme con esos ojos embrujados. Te quedarás en el sótano, debajo de este suelo; ahí vivirás y subirás aquí una vez al día para comer, pero entonces llevarás una venda gruesa en los ojos para que no puedas ver a las personas, hasta que esas malas artes hayan salido de ti.

Obviamente, no era de recibo tratar así a una niña que no había hecho ningún daño a nadie, pero la mujer del colono era supersticiosa y, al igual que muchos de sus semejantes, creía a pie juntillas que los lapones sabían hacer encantamientos.

Por eso encerró a Ojo de Estrella en el sótano, pero le dio ropa, comida y cama para que no tuviera que pasar hambre ni frío. Ojo de Estrella lo tenía todo, menos libertad, amor, compañía humana y luz del sol.

El colono estaba de viaje y Ojo de Estrella, encerrada en el sótano. Gustarle no le gustaba, pero tampoco era para tanto. En realidad, sí tenía compañía. Un tronco viejo, una jarra desportillada, un leño, un huso y una botella sin cuello. El tronco hacía de padre; la jarra, de madre; el leño, el huso y la botella eran los tres hermanos, y todos, salvo el tronco, vivían en un caldero vacío. Allí dentro tenían sus tareas que hacer, Ojo de Estrella les cantaba y los ratones y las ratas escuchaban.

Lisu, la mujer del colono, tenía una vecina que se llamaba Murra. La víspera de Navidad, las dos mujeres se sentaron en la cabaña a hablar de las artes de magia de los lapones. La madre estaba tejiendo unos guantes de lana, Simmu jugaba con unas

monedas de cobre, Palte estaba rompiendo un ladrillo en pedazos y Matte le había atado las patas al gato con un cordel. Entonces oyeron en el sótano a Ojo de Estrella, que, meciendo el huso, le canturreaba:

ı lana de cordero teje madre
s guantes, suaves, muy suaves;
ımu cuenta a manos llenas
ɔuñado de monedas;
:e muele el ladrillo,
:te ata al gatito,
ıientras, el sol brilla
huso se adormila.

—¿Qué está cantando en el sótano la niña lapona? —preguntó Murra.

—Una canción de cuna para los juguetes que tiene en el caldero —respondió Lisu.

—Pero ¡si es capaz de ver a través del suelo todo lo que hacemos! —dijo Murra—. Y está viendo brillar el sol en la oscuridad del sótano.

—¡Qué va a estar viendo! —exclamó Lisu—. ¿Qué va a ser de mí con esta criatura? ¡Esa niña es bruja!

—Yo tengo el remedio —dijo la malvada Murra—. Véndale los ojos con siete paños de lana y pon siete alfombras encima de la trampilla del sótano, así no podrá ver nada.

—Mira, voy a probar —respondió Lisu, y bajó enseguida al sótano, le puso a la niña siete paños de lana delante de los ojitos de estrella y extendió siete alfombras sobre la trampilla del sótano. Pero al cabo de un rato, se hizo de noche, las estrellas empezaron a brillar y la aurora boreal ascendía en dos grandes arcos rojizos en el cielo nocturno.

Entonces, volvió a resonar el canto de Ojo de Estrella:

ɔrillan las estrellitas
a noche callada,
ɔs arcos rojos lucen
de las altas montañas.
ıjo miran mil estrellas,
dos arcos me contemplan.
:ellitas que sois buenas,
Javidad ya se acerca.

—¡No! ¿La oyes? —dijo Murra—. Ahora, además, está viendo la aurora boreal y las

estrellas. No he conocido niña más bruja en mi vida.

—Es imposible —dijo la mujer del colono—. Voy a bajar al sótano. —Retiró las siete alfombras, bajó y se encontró a Ojo de Estrella con los siete paños de lana cubriéndole los ojos, y le preguntó—: ¿Ves las estrellas?

—Sí, hay muchísimas —respondió Ojo de Estrella—. Hay tanta luz y tanta claridad, madre… Ya se acerca la Navidad.

La mujer del colono volvió arriba y se lo contó a Murra. Y ésta dijo:

—Pues ya no queda otro remedio que cavar un hoyo de siete varas de profundidad bajo el suelo del sótano, meter allí a la niña y llenar el hoyo de arena. Eso servirá.

—No, no —dijo Lisu—, eso sí que no lo pienso hacer. Me da pena de la niña, y temo que mi marido se enfade si se entera.

—Bueno, pues dame a la niña —dijo Murra—. Yo la llevaré a Laponia otra vez.

—Siempre que no le hagas ningún daño… —dijo la mujer del colono.

—¿Qué daño le iba a hacer? —dijo Murra—. La llevo al lugar al que pertenece.

Murra cogió a la niña, la envolvió en una vieja piel de reno y la llevó a la montaña. Allí la dejó y se fue por donde había llegado, mientras se decía:

—No hago sino lo prometido, ni más ni menos. Apareció en un montículo de nieve, pues en un montículo de nieve la he dejado.

Y allí estaba Ojo de Estrella, envuelta en la piel de reno, contemplando los astros en el firmamento. Igual que tres años antes, también aquella noche era víspera de Navidad, y los miles de soles lejanos y gigantes que brillaban hermosos en el cielo volvían a mirar compasivos a la inocente criatura. Le brillaban a la niña en los ojos, veían el fondo de su corazón infantil y no hallaban en él más que bondad y amor de Dios. Entonces, los ojos de la niña adquirieron un brillo más extraordinario si cabe, y una capacidad mayor de ver más lejos todavía. Así podían ver más allá de las estrellas, hasta el manto del trono invisible de Dios, allí donde los ángeles llevan y traen mensajes entre los muchos millones de mundos de la creación infinita de Dios. Y hacía una noche clara y silenciosa, preñada de muda admiración. Tan solo la aurora boreal crepitaba en el cielo, con su arco rojizo sobre la cabeza de Ojo de Estrella.

La mañana de Navidad, muy temprano, mientras los niños aún dormían en la cabaña, el colono volvió a casa de su viaje. Después de abrazar a su mujer y de sacudirse la escarcha del pelo castaño, preguntó por los niños. La mujer le dijo que Palte había pasado el sarampión, pero que ya se había recuperado; y Simmu y Matte estaban rollizos como panecillos de trigo.

—¿Y Ojo de Estrella? —preguntó el colono.

—Bien —dijo la mujer, pues temía a su marido y le remordía la conciencia.

—Tenemos que cuidar bien de Ojo de Estrella —continuó el colono—. Anoche tuve un sueño. Mientras dormía en el trineo, me pareció que me caía una estrella en la piel con la que me cubría y que me decía: «Llévame contigo y vela por mí, ¡yo soy la bendición de tu casa!». Pero fíjate: cuando alargué el brazo para coger la estrella, se

había esfumado. Me desperté y me puse a pensar que en verdad la bendición de Dios había presidido cuanto habíamos emprendido estos tres últimos años, desde que nos hicimos cargo de la extraña que era aquella niña. Antes nada nos salía bien, estábamos enfermos y éramos pobres, se nos helaban los campos, el oso atacaba las vacas, el lobo se llevaba las ovejas. Ahora, en cambio, todo va como Dios manda, porque Dios es misericordioso con las almas caritativas, y sus ángeles se preocupan muy en particular de los niños inocentes.

Al oír esto, la mujer del colono volvió a notar una punzada en el corazón, pero no se atrevió a decir nada. Por fin se despertaron los niños, el padre los abrazó y se alegró de que estuvieran tan sanos y fuertes. Luego, después de jugar con ellos unos instantes y de columpiarlos en las rodillas, volvió a preguntar:

—¿Dónde está Ojo de Estrella?

Entonces, Simmu respondió:

—Madre la ha encerrado en el sótano.

Palte dijo:

—Madre le ha vendado los ojos con siete paños de lana y ha cubierto la trampilla del sótano con siete alfombras.

Matte dijo:

—Madre se la entregó a Murra, y Murra se la ha llevado a la montaña.

El colono se puso rojo de ira al saberlo, en tanto que su mujer se puso blanca como la cera, y solo pudo responder:

—Era hija de lapones, y los lapones saben de encantamientos.

El colono no dijo nada, volvió al establo y, a pesar del cansancio, unció de nuevo el caballo al trineo. Acto seguido se dirigió primero a la cabaña de Murra, la arrastró hasta el trineo para obligarla a que le mostrara dónde había dejado a la niña. Llegaron a la montaña, se bajaron del trineo y recorrieron con los esquís las rocas nevadas. Cuando llegaron al lugar donde Murra había abandonado a la criatura, aún se apreciaba una hondonada pequeñita justo en el sitio donde la niña había estado sobre la nieve. Y, unos pasos más allá, se veían huellas de esquís. A Ojo de Estrella, en cambio, no la vieron, no estaba allí, y, después de buscarla un buen rato sin encontrarla, tuvieron que volver. El colono iba deslizándose sobre los esquís, mientras Murra lo seguía a unos metros. Entonces, de repente, se oyó un grito. El colono, que iba bajando la loma a toda velocidad, se detuvo y, al volverse a mirar, vio que una manada de lobos de Laponia muertos de hambre estaban despedazando a Murra en la cima de la montaña. Y él no pudo ayudarla, la pendiente era demasiado empinada y le dificultaba el ascenso; y cuando llegó por fin, después de mucho esfuerzo, los lobos ya habían devorado a la mujer. Apesadumbrado, reemprendió la marcha y llegó a la cabaña en el momento mismo en que las campanas dejaron de tocar llamando al oficio de Navidad.

La mujer del colono no tenía valor de ir a la iglesia a alabar a Dios, de tan amargamente arrepentida como estaba, pues, aquella mañana, cuando fue a dar de

comer a las ovejas, los lobos ya habían estado allí, habían entrado en el establo por la noche y no habían dejado viva ni a una sola.

—Ya empieza nuestro castigo —dijo el colono—. Madre, vayamos con los niños a la iglesia, nos hace más falta que nunca, pues hemos de pedir perdón por un gran pecado.

Desde aquel día, nadie supo del paradero de Ojo de Estrella. Las huellas de los esquís que había en la nieve allí donde la había dejado Murra hacían suponer que, una vez más, un ángel bondadoso habría guiado a un caminante hasta aquella montaña solitaria; el caminante encontró a la niña y se la llevó. Debemos creer que así fue como ocurrió, pero nadie sabe quién era el caminante, adónde se llevó a Ojo de Estrella ni dónde tiene ahora la niña su hogar, y esperemos que sea un hogar mejor, al que llevar la bendición y en el que ver más de lo que ven los demás. Sí, Ojo de Estrella verá a través de siete muros, verá a través del corazón de los hombres, verá más allá de las estrellas, a través de la bóveda celeste hasta las moradas de los bienaventurados.

Y ¿qué había de tener eso de extraño? ¿No conocemos a veces personas que se diría que tienen un don y que pueden leer los pensamientos de los demás? ¿No conocemos a veces personas buenas y piadosas que, gracias a la fortaleza de su fe, pueden ver el manto de gloria de los bienaventurados? Más allá del manto no, pues mucho de lo que allí hay «no lo ha visto ni lo ha oído nadie», pero el simple hecho de ver más allá de los confines de la tierra ya es un gran don, solo al alcance de unos pocos elegidos.

Antiguamente se pensaba que el destino de los hombres dependía de las estrellas. Ahora, que depende de la voluntad de Dios, pero no por ello han perdido las estrellas ese poder prodigioso. Pues, cuando las miramos sobrecogidos, siempre vemos algo así como un pliegue del manto de Dios en su creación infinita. Entonces brilla un rayo de eternidad a través de la noche de la tierra, y entonces puede que su reflejo se nos quede prendido en los ojos y en el espíritu. Ese reflejo arraigó en Ojo de Estrella porque era una niña inocente y abandonada que no tenía ningún apego a la tierra. La diferencia radica en que, en los demás, ese brillo de estrellas palidece por culpa de los pensamientos y apetitos por los que nos aferramos a este mundo.

Ya nadie sabe dónde estará Ojo de Estrella. Seguirá siendo una niña, eso es seguro, pues no hace tanto que desapareció. Observa, pues, a todos los niños buenos de ojos claros y brillantes: puede que alguno de ellos sea Ojo de Estrella. Cuentan que tenía el pelo negro y los ojos castaños, como los lapones, pero no creas que eso le impedirá existir también en los niños rubios de ojos azules. Estos detalles no significan gran cosa, y puede que ahora tenga otro aspecto. Eso sí, estate atento y ve si es capaz de leerte el pensamiento, de aplacar una tormenta y de adivinar un secreto aun con siete vendas en los ojos. Y, si es capaz de hacer tales prodigios, seguro que es Ojo de Estrella. Si la encuentras, háznoslo saber a los demás, pero no se lo digas a ella, porque ya hace tiempo que ha olvidado el sótano y la crueldad de los hombres, y

es mejor que así sea.

¡Ay, querida Ojo de Estrella, una vez te vi, no diré dónde, y me leíste el pensamiento y me abrazaste calurosamente, pues viste que yo te quería! ¿Quién no te querría, niña adorable, con ese brillo de eternidad y ese esplendor en los ojos?

Las tres misas rezadas

Alphonse Daudet

(1875)

Traducción

Marta Salís

Alphonse Daudet (1840-1897) nació en Nîmes, donde su familia tenía una sedería. Cursó estudios en Lyon, y tuvo que dar clases particulares para completarlos. Decidido a emprender una carrera literaria, en 1858 se trasladó a París, donde ese mismo año publicó un volumen de poesías, *Les amoureuses*. Ganó cierta notoriedad como periodista y en 1860 obtuvo el puesto de secretario del duque de Morny, presidente del cuerpo legislativo. Un año después empezaron a manifestarse en él los primeros síntomas de sífilis. La publicación en 1866 de *Cartas desde mi molino* supuso su primer éxito y su primera recreación de una Provenza siempre más o menos ideal, un tema que de un modo u otro reaparecería en una serie de obras que alcanzaron asimismo gran popularidad: *Tartarín de Tarascón* (1872), *Cuentos del lunes* (1873), *Nouma Rumestan* (1879). Otras novelas suyas son *Fromont Jeune et Resiler aîné* (1874), *Jack* (1876), *El nabab* (1877), *L'Évangéliste* (1883) y *Safo* (1884). Como dramaturgo cabe mencionar *L'Arlésienne* (1872) y *L'obstacle* (1890). A partir de 1884 su salud empezó a decaer visiblemente: ese año empieza a redactar el cuaderno de notas sobre su enfermedad, *En la tierra del dolor (La doulou)*, que no sería publicado por su viuda hasta 1930. Daudet murió en París.

«Las tres misas rezadas» («Les trois messes basses») se publicó por primera vez en *Cuentos del lunes* (1875), y más tarde se incluyó en la versión definitiva de *Cartas desde mi molino* (1878). De nuevo la Navidad es aquí ocasión de hacer hincapié en los pecados (el de la gula, concretamente) con una comicidad que sin duda diluye la enseñanza moral, y de nuevo se enmarca en la tradición popular, con sus derivaciones fantásticas.

I

—¿Dos pavos trufados, Garrigou…?

—Sí, mi reverendo, dos magníficos pavos rellenos de trufas. Y sé de qué hablo porque yo mismo ayudé a prepararlos. Parecía que iban a reventar al asarse, ¡tenían la piel tan estirada!

—¡Jesús, María y José! ¡Con lo que me gustan las trufas! Dame enseguida la sobrepelliz, Garrigou… Y, además de los pavos, ¿qué has visto en la cocina?

—¡Un montón de cosas ricas! Desde mediodía no hemos hecho más que desplumar faisanes, perdices, urogallos, abubillas. Volaban plumas por todas partes… Después trajeron del estanque anguilas, carpas doradas, truchas…

—¿De qué tamaño eran las truchas, Garrigou?

—Así de gordas, mi reverendo… ¡Enormes!

—¡Cielo santo! Me parece estar viéndolas… ¿Has puesto vino en las vinajeras?

—Sí, mi reverendo, he puesto vino en las vinajeras… Pero ¡caramba!, no puede compararse con el que beberá usted después de la misa del gallo. Si viera cómo brillan en el comedor del castillo las jarras llenas de vino de todos los colores… ¡Y la vajilla de plata, los centros de mesa cincelados, las flores, los candelabros! Jamás se ha visto una cena de Nochebuena semejante. El señor marqués ha invitado a todos los caballeros de la vecindad. Serán cuarenta en la mesa como poco, sin contar al juez y al escribano. ¡Ah, qué suerte tiene de que le hayan invitado, mi reverendo! De solo oler esos pavos el aroma de las trufas me sigue a todas partes… ¡Ah!

—Vamos, vamos, hijo mío. Guardémonos del pecado de la gula, sobre todo en Nochebuena… Ve enseguida a encender los cirios y da el primer toque a misa; se acerca la medianoche y no podemos retrasarnos.

Esta conversación la sostenían una Nochebuena del año de gracia de mil seiscientos algo el reverendo padre Balaguère, antiguo prior de los barnabitas, y entonces capellán a sueldo de los señores de Trinquelage, y su menudo ayudante Garrigou, o eso creía el sacerdote, pues deben saber que esa noche el diablo se había apropiado de la cara redonda y las facciones anodinas del joven sacristán, a fin de que el reverendo padre sucumbiera a la tentación y cometiera el espantoso pecado de la gula. Así pues, mientras el presunto Garrigou (¡ejem, ejem!) hacía repicar con fuerza las campanas de la capilla señorial, el reverendo terminaba de ponerse la casulla en la pequeña sacristía del castillo; y, con el espíritu turbado por todas aquellas descripciones gastronómicas, se repetía a sí mismo:

—¡Pavos asados… carpas doradas… truchas así de gordas!

Fuera soplaba el viento de la noche esparciendo la música de las campanas, y,

poco a poco, iban apareciendo luces en la sombra de las faldas del monte Ventoux, en cuya cima se elevaban las viejas torres de Trinquelage. Eran las familias de los arrendatarios que iban a oír la misa del gallo en el castillo. Subían la ladera cantando, en grupos de cinco o seis, con el padre a la cabeza, farol en mano, y las mujeres envueltas en sus amplios mantos oscuros, con los que abrigaban a sus hijos. A pesar de la hora y del frío, aquella buena gente caminaba con entusiasmo, animada por la idea de que, al salir de misa, como todos los años, tendrían una mesa preparada en la cocina. De vez en cuando, en la empinada cuesta, la carroza de algún señor, precedida de lacayos con antorchas, veía brillar sus ventanillas a la luz de la luna, o alguna mula trotaba agitando su cencerro; y, entre el resplandor de los faroles envueltos en bruma, los arrendatarios reconocían al juez y le saludaban a su paso:

—¡Buenas noches, buenas noches, señor Arnoton!

—¡Buenas noches, buenas noches, hijos míos!

La noche era clara, las estrellas más radiantes por el frío; el viento del norte arreciaba, y una escarcha fina, deslizándose por la ropa sin mojarla, perpetuaba fielmente la tradición de una Navidad cubierta de nieve. En lo alto, el castillo constituía la meta, con su enorme masa de torres y aguilones, y el campanario que se elevaba en el cielo azul oscuro. Una multitud de lucecitas parpadeaban, iban, venían y se agitaban en todas las ventanas; y, sobre el fondo oscuro del edificio, parecían chispas que corrieran por las cenizas de un papel quemado… Pasado el puente levadizo y la poterna, era necesario, para llegar a la capilla, cruzar el primer patio, lleno de carrozas, de criados y de sillas de manos, e iluminado por la luz de las antorchas y las llamaradas de las cocinas. Se oía el tintineo de los asadores, el estruendo de las cacerolas, y el roce de los cristales y de la plata unidos siempre a los preparativos para una cena; y, por encima de todo, un vapor tibio que difundía el olor de las carnes asadas, de las hierbas aromáticas y de las salsas más elaboradas hacía decir a los arrendatarios, al juez, a todo el mundo:

—¡Qué bien vamos a cenar después de la misa!

II

¡Drilindindín…! ¡Drilindindín…!

Empieza la misa del gallo. En la capilla del castillo, una catedral en miniatura con arcos entrecruzados y paneles de roble hasta el techo, han extendido todos los tapices y encendido todos los cirios. ¡Y qué de gente! ¡Y menudos trajes! En primer lugar, en los asientos tallados que rodean el coro, está el señor de Trinquelage, de tafetán color salmón, junto a todos los nobles invitados. Enfrente, en los reclinatorios tapizados de terciopelo, se encuentran la anciana marquesa viuda, con su vestido de brocado color de fuego, y la joven señora de Trinquelage, con un tocado de encaje como una torre, siguiendo la última moda de la corte de Francia. Más abajo, de negro, con grandes

pelucas puntiagudas y rostros afeitados, se ve al juez Thomas Arnoton y al señor Ambroy, el escribano, dos notas graves entre las brillantes sedas y los damascos brochados. Luego vienen los gordos mayordomos, los pajes, los lacayos, los intendentes y la señora Barbe, con todas las llaves en un costado, en un llavero de plata fina. En el fondo, en los bancos, están los demás sirvientes, las criadas, los arrendatarios con sus familias; y justo al lado de la puerta, que entreabren y cierran discretamente, los señores marmitones que se acercan, entre salsa y salsa, a oír un poco de misa y llevar el aroma de la cena a la iglesia toda de fiesta y caldeada por los muchos cirios encendidos.

¿Es la visión de los pequeños birretes blancos lo que distrae al oficiante? Será más bien la endiablada campanilla de Garrigou, que se agita al pie del altar con una precipitación infernal y parece decir con insistencia:

—Deprisa, deprisa… Cuanto antes acabemos, antes nos sentaremos a la mesa.

Lo cierto es que, cada vez que suena esa campanilla del diablo, el capellán olvida su misa y piensa únicamente en la cena. Imagina el rumor de voces de los cocineros, los hornos en los que arde un fuego de fragua, el vapor que sale de las cazuelas entreabiertas… y, entre aquel vapor, dos magníficos pavos, rellenos, a punto de reventar, atiborrados de trufas.

O bien ve pasar filas de pajes con fuentes envueltas en tentadores vahos, y entra con ellos en la gran sala preparada para el festín. ¡Cuántas delicias! Ahí está la inmensa mesa toda repleta de viandas y resplandeciente, los pavos adornados con sus plumas, los faisanes abriendo sus alas ambarinas, las frascas de color rubí, las pirámides de frutas brillando entre las ramas verdes, y los maravillosos pescados de que hablaba Garrigou (¡ah, sí, Garrigou!) extendidos sobre un lecho de hinojo, con las escamas nacaradas como si salieran del agua, y con un ramillete de hierbas aromáticas en su boca de monstruos. Tan vívida es la imagen de estas maravillas que al padre Balaguère le parece que todos esos platos asombrosos están servidos delante de él, sobre los bordados del mantel litúrgico, y dos o tres veces, en lugar de *Dominus vobiscum!*, se sorprende diciendo el *Benedicite*[61]. Aparte de esas pequeñas equivocaciones, el digno reverendo celebra su misa concienzudamente, sin saltarse una línea, sin omitir una genuflexión; y todo marcha bien hasta el final de la primera misa, ya que, como saben, el día de Navidad el mismo oficiante debe celebrar tres misas seguidas.

«¡Ya va una!», piensa el capellán, dando un suspiro de alivio; y, sin perder un minuto, hace señas a su monaguillo, o al que cree su monaguillo, y…

—¡Drilindindín…! ¡Drilindindín…!

Empieza la segunda misa, y con ella el pecado del padre Balaguère.

—¡Rápido, rápido, más deprisa! —le grita con su vocecilla agria la campanilla de Garrigou; y esta vez el desdichado oficiante, entregado por completo al demonio de la gula, se abalanza sobre el misal y devora las páginas con la avidez de su apetito sobreexcitado. Frenéticamente, se inclina, se levanta, esboza la señal de la cruz, las

genuflexiones, acorta todos sus ademanes para acabar antes. Apenas extiende los brazos en el evangelio, apenas se golpea el pecho en el confiteor. Es como si entre el monaguillo y él compitieran por farfullar más deprisa. Los versículos y las respuestas se precipitan, se atropellan. Las palabras medio pronunciadas, sin abrir la boca, algo que les haría perder demasiado tiempo, acaban en murmullos incomprensibles.

—*Oremus ps… ps… ps…*

—*Mea culpa… pa… pa…*

Como vendimiadores apresurados que pisaran la uva en el lagar, ambos estrujaban el latín de la misa, salpicando por doquier.

—*¡Dom… scum!* —dice Balaguère.

—… *Stutuo!* —contesta Garrigou; y, mientras tanto, la maldita campanilla tintinea en sus oídos, como los cascabeles que ponen a los caballos de posta para que galopen a toda velocidad. A ese ritmo, hay que ver lo rápido que se despacha una misa.

—¡Ya van dos! —exclama el capellán, jadeante; y, sin perder tiempo en respirar, rojo, sudoroso, baja corriendo los escalones del altar y…

—¡Drilindindín…! ¡Drilindindín…!

Empieza la tercera misa. Faltan ya muy pocos pasos para llegar al comedor; pero ¡ay!, cuanto más se acerca la cena, más dominado se ve el infortunado Balaguère por la impaciencia y por la glotonería. Su visión se acentúa: las carpas doradas, los pavos asados están ahí, ahí mismo… Los toca… Los… ¡Oh, Dios mío! Las fuentes humean, el perfume de los vinos es embriagador; y, moviendo su furioso badajo, la campanilla le grita:

—¡Rápido, rápido, más deprisa…!

Pero ¿cómo podría correr más? Apenas mueve los labios. Ya no pronuncia las palabras… Solo le queda hacer trampa a Dios y escamotearle su misa. Y ¡es lo que hace el desdichado! De tentación en tentación, comienza por saltarse un versículo, después dos. Luego la epístola es demasiado larga, y no la termina; roza el evangelio, pasa ante el credo sin entrar en él, se salta el *Pater*, saluda de lejos el prefacio y, entre saltos y carreras, se precipita en la condena eterna, seguido siempre por el infame Garrigou *(¡Vade retro, Satanás!),* que lo secunda con asombroso entendimiento, le levanta la casulla, pasa las páginas de dos en dos, empuja los atriles, vuelca las vinajeras, y toca sin cesar la campanilla cada vez más fuerte, cada vez más deprisa.

¡Menudo desconcierto tienen los feligreses! Obligados a seguir por la mímica del reverendo una misa de la que no entienden nada, unos se levantan cuando otros se arrodillan, o se sientan cuando los demás están de pie; y todas las fases de ese oficio singular se confunden en los bancos en multitud de actitudes diversas. La estrella de Navidad, que se dirige al humilde pesebre por los caminos del cielo, palidece de espanto al ver semejante confusión.

—El reverendo va demasiado rápido… No podemos seguirlo —murmura la anciana marquesa, moviendo su cofia con desespero.

El señor Arnoton, con sus anteojos de acero sobre la nariz, busca en su devocionario por dónde diablos pueden ir. Pero, en el fondo, a toda esa buena gente, que también piensa en la cena, no le molesta que la misa vaya a esa velocidad; y, cuando el padre Balaguère, con expresión radiante, se vuelve hacia los asistentes gritando con todas sus fuerzas el *Ite, missa est*, todos en la capilla le contestan a la vez un *Deo gratias* tan jubiloso, tan entusiasta, que parece el primer brindis de la cena.

III

Cinco minutos después, los señores se sentaban en la gran sala, con el capellán en el centro. En el castillo, iluminado de arriba abajo, resonaban cánticos, gritos, risas y rumores; y el venerable padre Balaguère pinchaba con el tenedor un ala de urogallo, ahogando el remordimiento de su pecado bajo el torrente del vino del papa[62] y el generoso jugo de las carnes. Tanto comió y bebió el santo varón que murió esa misma noche de una indigestión terrible, sin haber tenido tiempo siquiera de arrepentirse. Y, de madrugada, llegó al cielo todo agitado por la fiesta nocturna; es fácil imaginar cómo lo recibieron.

—¡Aléjate de mi vista, mal cristiano! —le dijo el Juez Supremo, nuestro Señor Dios—. Tu pecado es lo bastante grande para borrar una vida entera de virtud… ¡Ah! Me has robado una misa de Navidad… Pues bien, me pagarás trescientas en su lugar, y no entrarás en el Paraíso hasta que celebres en tu propia capilla esas trescientas misas de Navidad, en presencia de todos los que han pecado por tu culpa y contigo…

Y ésta es la leyenda del padre Balaguère, tal como se cuenta en el país de los olivos. Hoy en día el castillo de Trinquelage ha dejado de existir, pero la capilla sigue en pie en la cima del monte Ventoux, entre un grupo de encinas verdes. El viento azota la puerta desencajada, la hierba invade el umbral; hay nidos en las esquinas del altar y en el alféizar de las altas ventanas, cuyas vidrieras de colores desaparecieron hace mucho tiempo. Pero, al parecer, todas las nochebuenas, una luz sobrenatural recorre sus ruinas; y, cuando se dirigen a misas y cenas, los campesinos ven esa capilla espectral iluminada con cirios invisibles que arden a la intemperie, aunque caiga la nieve o sople el viento. Pueden reír si lo desean, pero un viticultor del lugar llamado Garrigue, descendiente sin duda de Garrigou, me aseguró que una Nochebuena, después de beber más de la cuenta, se perdió en la montaña cerca de Trinquelage, y he aquí lo que vio: hasta las once de la noche, nada. Todo estaba silencioso, oscuro, inanimado. De pronto, hacia la medianoche, sonó en lo alto una campana, una campana vieja, muy vieja, que parecía casi a cincuenta kilómetros. Luego, por el camino del monte, Garrigue vio luces que parpadeaban, y sombras informes que se movían. Bajo el pórtico de la capilla, una multitud andaba y susurraba:

—¡Buenas noches, señor Arnoton!

—¡Buenas noches, buenas noches, hijos míos…!

Cuando entró todo el mundo, mi viticultor, que era muy valiente, se acercó sigiloso y, mirando por la puerta rota, presenció un curioso espectáculo. Toda la gente que había visto pasar estaba alrededor del coro, entre las ruinas de la nave, como si los antiguos bancos existieran. Hermosas damas con ricos brocados y cofias de encaje, señores suntuosamente vestidos, campesinos con chaquetas floreadas como las de nuestros abuelos, todos con un aire anticuado, marchito, polvoriento y fatigado. De vez en cuando, las aves nocturnas, huéspedes habituales de la capilla, desveladas por todas aquellas luces, se cernían sobre los cirios cuya llama se elevaba recta e imprecisa como si ardiera detrás de una gasa; y a Garrigue le divirtió mucho cierto personaje de grandes anteojos de acero que movía a cada instante su alta peluca negra porque uno de esos pájaros, que batía silenciosamente las alas, se había enredado en ella.

En el fondo, un viejecillo de estatura infantil, de rodillas en medio del coro, tocaba desesperadamente una campanilla sin badajo y sin voz, mientras un sacerdote, vestido de oro viejo, iba y venía ante el altar recitando oraciones ininteligibles… Naturalmente, era el padre Balaguère, celebrando su tercera misa rezada.

Catherine Carmichael, o el paso de tres años

Anthony Trollope

(1878)

Traducción

Marta Salís

Anthony Trollope (1815-1882) nació en Londres, hijo menor de un abogado en bancarrota y de la escritora Frances Milton Trollope. Después de estudiar en Winchester y en Harrow, consiguió un puesto de funcionario en el Servicio de Correos, donde trabajó más de treinta años. En 1841 fue enviado a Irlanda, país que siempre le fascinó. Allí conoció a Rose Heseltine, con la que contrajo matrimonio y tuvo dos hijos. Publicó su primera obra en 1847 y, a lo largo de su prolífica carrera, escribió cuarenta y siete novelas, varios libros de viajes y numerosos ensayos y relatos breves. Trollope reflejó como nadie la sociedad clerical inglesa en su serie de novelas ambientadas en la imaginaria Barchester: *The Warden* (1855), *Barchester Towers* (1857), *Doctor Thorne* (1858), *Framley Parsonage* (1859-1860), *The Small House at Allington* (1864), *The Last Chronicle of Barset* (1867); pero también escribió magníficas novelas políticas y sociales, entre las que cabe destacar: *Orley Farm* (1862), *Can You Forgive Her?* (1864-1865), *He Knew He Was Right* (1869) y *The Way We Live Now* (1875).

«Catherine Carmichael, o el paso de tres años» («Catherine Carmichael; or Three Years Running») apareció por primera vez en el número navideño de *Masonic Magazine*, en noviembre de 1878. Más tarde se incluiría en el volumen de relatos *Why Frau Frohman Raised Her Prices and Other Stories*, Wm. Isbister, diciembre de 1882. En él la Navidad es casi una disculpa para contar la historia de una joven dividida ente el odio a su marido y el amor a otro hombre. Es curioso que un autor tan victoriano como él eligiera escribir una historia con la tensión sexual y emocional de Catherine Carmichael, en vez de un relato cargado de enseñanzas morales y de virtudes que ya se consideraban propias de esas fechas.

PRIMER DÍA DE NAVIDAD

Catherine Carmichael, cuyo nombre sirve de título a esta historia, conoció muy pronto la adversidad. Adoptó ese apellido al contraer matrimonio, pero el lector debe saber que antes se llamaba Catherine Baird. Su padre era un escocés de noble linaje, y había gozado en otro tiempo de una buena posición. Pero el mundo se había vuelto en su contra, y había emigrado con toda la familia a Nueva Zelanda cuando Catherine solo tenía diez años. Del señor Baird y sus desgracias solo es necesario decir que, durante casi doce años, se dedicó a la precaria y desalentadora ocupación de buscar oro en Hokitika. Unas veces tenían mucho dinero, otras no tenían nada. Nunca les faltaba comida, aunque fuera de lo más ordinaria. En cuanto a la bebida, generalmente tenían más de la cuenta. Todo lo que rodeaba a los pequeños Baird era tosco y grosero. Cambiaban con frecuencia de cabaña, y siempre la última era la más miserable. En lo que se refiere a las buenas costumbres, parecían cada vez más alejadas de ellos, a pesar de la honestidad de las mujeres de la familia, y de que vivían en una región en la que, por entonces, abundaba el oro. El lenguaje, la educación, los principios morales de la madre siempre fueron intachables, y luchó denodadamente por sacar adelante a sus hijos. Gracias a ella, aprendieron a leer y escribir, y se aficionaron a esa clase de ocupaciones; pues el padre, con el paso de los años, fue acostumbrándose a la dureza de aquella vida, y adquirió poco a poco los hábitos de un simple minero. Un año antes de su muerte, nadie habría creído que fuera el hijo del señor Fergus Baird, de Killach, y que, al casarse con la hija de un terrateniente vecino, a él y a su joven esposa todo les hubiera sonreído.

Después falleció su mujer, y él la siguió a la tumba un año más tarde. De nada sirve contar los horrores de aquellos doce meses. La afición de un hombre por la bebida, si no es malo de verdad, puede ser moderada por una esposa, y luego rebasar todos los límites cuando ella desaparece. Ése fue su caso; y durante algún tiempo se cernió sobre los hijos el mismo peligro. Catherine era la mayor de las hijas, y tenía veintidós años. Había un hermano de más edad y, después de ella, cuatro chicos y tres niñas. Aquel año fue muy duro para Catherine… demasiado duro, casi insoportable. Pero llegó a las excavaciones, donde continuaban viviendo, un joven llamado John Carmichael, cuya presencia alegró un poco sus días. Él también había venido en busca de oro y se había unido a los Baird debido a una lejana amistad entre las dos familias.

Antes de que transcurrieran doce meses, el padre se reunió con la madre y los nueve hijos se quedaron sin protección y sin nada que pudieran considerar suyo. Los muchachos podían ganarse la vida, y no les quedó otro remedio. Las tres pequeñas

fueron enviadas nuevamente a Escocia, pues una tía materna prometió hacerse cargo de ellas; pero Catherine tuvo que quedarse. Cuando las niñas partieron, alguien le ofreció un hogar; y costaba tanto cubrir las necesidades de los huérfanos, incluso de los más pequeños, que a todos les pareció muy bien que Catherine aprovechara aquella oportunidad.

El principal motivo de que John Carmichael se hubiera unido a los buscadores de oro de Hokitika, en la costa oeste de la Isla Sur de Nueva Zelanda, era que se había peleado con su primo, Peter Carmichael, un colono establecido al otro lado de las montañas, en la provincia de Canterbury, con quien había vivido los últimos tres o cuatro años. Ese Peter Carmichael, que tenía casi cincuenta años, había guardado una estrecha relación con Baird y, durante algún tiempo, había sido su socio en las excavaciones. John había oído hablar de Baird y de Hokitika, y cuando sus discrepancias le resultaron insoportables, abandonó la granja de ovejas de Canterbury para probar fortuna en un placer aurífero.

Después había muerto Baird, y sus amigos estudiaron juntos el mejor modo de sacar adelante a la familia. Los muchachos, y John Carmichael con ellos, seguirían buscando oro. Una tía escocesa escribió una carta ofreciéndoles ayuda. Que la carga no fuera demasiado pesada para ella. Si tenían que enviarle niños, que fuesen, a ser posible, pequeños. Peter Carmichael atravesó la cordillera para ir a Hokitika y se encargó de organizar el viaje; y, antes de marcharse, planeó, asimismo, el futuro de Catherine: cruzaría las montañas con él y viviría en Mount Warriwa, su hogar, después de convertirse en su esposa.

Todo estuvo decidido antes de que Catherine pudiera expresar su opinión. Era evidente que no podía aumentar la carga que habían impuesto a la tía escocesa. Era evidente que sus hermanos no podían encontrarle un hogar. Era evidente que no podía vivir sola en aquel país salvaje. ¡Y era también muy evidente que John Carmichael no pensaba hacerle ninguna proposición! Peter Carmichael le parecía un hombre odioso, pero en aquellas circunstancias no podía permitirse el lujo de pensar en sus preferencias.

John Carmichael y Catherine Baird jamás habían intercambiado una palabra de amor. Eran casi de la misma edad y, por ese motivo, la joven parecía mayor. Ninguno de los dos tenía un amigo por el que sintiera más cariño. Aquellos días tan aciagos en que Catherine había visto cómo su padre agonizaba y sus hermanos se desviaban con demasiada frecuencia del buen camino, la joven había necesitado un amigo. Y John había sido muy bueno con ella, y había trabajado de firme para ayudarla todo lo posible en sus dificultades. Y Catherine había confiado en él, y le había pedido que vigilara a los muchachos y no la dejara sola con las niñas. No hay palabras para elogiar la conducta de la joven; y John, siguiendo su ejemplo, se había portado de un modo ejemplar. Catherine, por supuesto, lo amaba, pero no había dicho nada, pues él había preferido guardar silencio.

Entonces había sobrevenido la segunda muerte y todo se había desmoronado. El

mayor de los Carmichael había llegado a Hokitika y se había encargado de todo. Decían que era un hombre muy duro, pero, a pesar de eso, les había dado un poco de dinero, aumentando así lo que pudieron reunir tras vender sus escasas posesiones. Arregló esto, lo otro y lo de más allá, como suelen hacerlo los hombres acaudalados. Catherine fue comprendiendo poco a poco —no muy lentamente, de forma gradual— que cruzaría las montañas y se convertiría en la dueña de Warriwa. Peter Carmichael apenas le dedicó una palabra de cariño.

—Podrías venir a casa conmigo, Kate. Les avisaré y nos casaremos al pasar por Christchurch.

Cuando se lo dijo sin rodeos, la joven ya conocía sus intenciones. Se las había contado su hermano mayor. No se mostró sorprendida, ni retrocedió diciendo que no.

Desde que Peter Carmichael había llegado, toda familiaridad entre Kate y John parecía haber desaparecido. Los dos hombres, cuya relación era distante, no reanudaron sus disputas. Lo cierto es que el mayor de ellos fue muy cortés, y dijo algo a su joven primo sobre la conveniencia de que regresara a Warriwa. Pero a John parecía abrumarle la presencia del otro, y no hizo el menor comentario sobre el futuro de la muchacha. Ella tampoco se dirigió a él. La primera vez que mencionaron aquel matrimonio delante de la joven, no se atrevió a mirar a su amigo, pero se dio cuenta de que él tampoco la miraba. Reparó en ello sin necesidad de fijar la vista en él. Catherine no se estremeció, ni su rostro cambió de color, ni su pie hizo el menor movimiento. El joven no dijo nada, pero ella pensó que, con aquel silencio, estaba dando su consentimiento. No habría sido necesario preguntar nada aunque hubiera tenido oportunidad de hacerlo.

Y el asunto quedó zanjado. Peter Carmichael era un hombre justo, a su manera, pero rudo y sin sentimientos. Hablaba de aquel acuerdo como lo habría hecho de la compra de unas ovejas; pero no se olvidaba de señalar que, en aquel trato, él ponía todo a cambio de casi nada. Es posible que Catherine, como su esposa, fuera de alguna utilidad; pero estaba convencido de que, en realidad, no necesitaba una mujer en casa. De todos modos, la joven serviría. Podrían contraer matrimonio al pasar por Christchurch, y luego instalarse cómodamente en Warriwa. Los hermanos no tenían nada en contra, y a John parecía serle indiferente. De modo que lo acordaron así. Y ¿qué podía importarle a Catherine si a los demás les traía sin cuidado?

Peter Carmichael era un hombre muy trabajador, con fama de poseer una gran fortuna. Pero decían que tenía mano dura y un corazón de piedra: un hombre severo y obstinado, al que solo interesaba su dinero. John y Kate habían hablado mucho de él antes de su llegada a Hokitika, cuando no parecía probable que apareciera.

—Es un hombre justo —había comentado John—, pero tan mezquino que, en mi opinión, es imposible vivir en su compañía.

Y, sin embargo, aquel joven con cuyo amor ella había soñado ¡había sido incapaz de despegar los labios cuando decidieron que Kate pasara el resto de su existencia con él! Pues ella no se dignaría siquiera preguntarle algo de su futuro hogar. ¿Qué

importaba? Debía vivir en algún sitio, pues no podían deshacerse de ella y enterrarla a toda prisa bajo tierra. Nadie la quería. No era más que una carga. Daba igual que la llevaran a Warriwa y muriera allí o en cualquier otro lugar; de modo que se marchó con Peter Carmichael.

Viajaron dos días y dos noches por las montañas hasta llegar a Christchurch, donde, de manera casual, contrajeron matrimonio el día de Navidad, ya que fue en esa fecha cuando pasaron por la ciudad. Les quedaban dos días y dos noches para alcanzar su destino, en el extremo sur de la provincia de Canterbury; y allí se dirigieron sin que nada cambiara demasiado entre ellos, pues simplemente se habían convertido en marido y mujer durante su estancia en Christchurch. Mientras cruzaban un inmenso río tras otro en su camino hacia el sur, Kate pensaba cuánto le gustaría que las aguas se la tragaran. Pero éstas se negaban a liberarla de la pesada carga de vivir. Así, siguió adelante y llegó a su nuevo hogar en Warriwa.

Catherine Carmichael, como debemos llamarla ahora, era una joven alta y hermosa que, a pesar de haber crecido entre privaciones, conservaba cierta nobleza de sus antepasados. Su madre le había inculcado que existía un mundo mejor que aquel que les rodeaba. Hacer algo por los demás, y después, a ser posible, por sí misma, había sido su principal objetivo. De las diversiones, caprichos y placeres de la vida no sabía nada. Jamás le había sobrado una hora para enfrascarse en la lectura de un libro; ni había podido dejar que el tiempo discurriera apaciblemente con la disculpa de tener una labor de aguja en las manos. Las toscas prendas de vestir, apropiadas para el trabajo de un minero, pasaban por sus manos. El cuidado de los niños, la preparación de la comida, los esfuerzos por mejorar la sencilla casa familiar… esas cosas la habían tenido muy ocupada desde que amanecía hasta que caía rendida en la cama. Pero a ella le había gustado su trabajo porque ayudaba a sus padres y a sus hermanos. Y se había respetado a sí misma, sin despreciar jamás las tareas que realizaba; ninguno de los rudos mineros con los que su padre se relacionaba había osado nunca decir algo descortés a Kate Baird. Había heredado algo de su madre, que, mientras ésta vivió, incluso mientras su padre vivió, le había hecho sentirse dueña de sus actos. Pero toda esa independencia desapareció, toda esa sensación de hacer las cosas lo mejor posible… cuando Peter Carmichael se cruzó en su camino.

Hasta que aquel hombre de mediana edad, duro y severo, se convirtió en su dueño, ella no reconoció en su fuero interno que estaba enamorada de John Carmichael. Al llegar a Hokitika, Peter se había impuesto a los demás. Él y solo él tenía dinero. Él y solo él podía conseguir que los demás hicieran algo. Y luego todos parecieron encontrar una salida excepto ella. Nadie la quería, salvo aquel viejo adusto. Era evidente que John Carmichael no la amaba. Sumida en el dolor, permitió que la aplastaran, a pesar de esa fortaleza que tanto la enorgullecía. Se sentía aturdida, casi paralizada, de modo que no tuvo palabras para imponerse. Cuando le dijeron que aquel hombre adusto y severo establecería un hogar para ella, no encontró ninguna razón para oponerse. Cuando aceptó que la llevaran al otro lado de las

montañas, no comprendió realmente lo que significaba. Cuando llegó a Warriwa, sin que las aguas de los ríos salvajes e insalvables se la hubieran tragado… entonces fue consciente de todo.

Era la mujer de aquel hombre, y lo odiaba. Jamás había sabido antes lo que era odiar a un ser humano. Siempre le había gustado ayudar a los demás, y es natural querer a quienes ayudamos. Incluso los hombres más rudos que empujaban a beber a su padre habían sido amigos suyos.

—Oh, Dick —rogaba al más brutal de todos, poniéndole la mano en la manga—, no le pidas a papá que vaya contigo esta noche.

Y aquel hombre tan rudo se marchaba. Ella le habría remendado la chaqueta de buen grado, o habría lavado su camisa. Aunque su vida era muy dura, la joven no había odiado a nadie. Pero ahora odiaba a ese hombre con todo el corazón, y era su marido.

Desconocer ese odio era bueno para él, aunque no sabía si también era bueno para ella.

—Aquí tendrás un verdadero hogar, mujer —exclamó Peter Carmichael, dejando que saliera de la calesa donde la había traído desde Christchurch—. Encontrarás todo más limpio y ordenado que en Hokitika.

Catherine bajó de un salto al patio, con una sombrerera en la mano, y entró en la casa por una puerta trasera. Una anciana mugrienta —mucho más sucia que cualquiera que hubiera visto en las excavaciones de oro— la siguió desde la cocina, que estaba en otro edificio, en la parte posterior de la casa.

—De modo que es usted su nueva mujer… —dijo la anciana.

—Sí, soy la señora Carmichael. ¿Es usted la criada?

—No sé nada de criadas. Hago lo que él no puede hacer. Supongo que ahora lo hará usted.

En ese momento apareció su marido y le pidió que fuera con él a descargar la calesa. Cualquier actividad era un alivio para ella. No se le ocurría ningún futuro mejor que cargar y descargar noche y día esa calesa. Luego llegó un maorí envuelto en una manta para ayudarles a llevar las cosas. Era un hombre apacible y muy silencioso —apacible y silenciosamente cortés—, y la joven sintió que la protegería de aquella anciana mugrienta y de su marido, que le inspiraba una repugnancia mucho mayor.

Entonces empezó la vida en su nuevo hogar. Una mujer suele interesarse por los pequeños objetos que le rodean, sintiendo que las mesas y las sillas, las camas y la ropa blanca son de su propiedad. Al ser suyos, le resultan muy queridos y los usa con una fidelidad que un hombre es incapaz de comprender. Catherine intentó encariñarse con ellos, aunque no le perteneciesen y él fuera su único dueño. Pero Peter Carmichael se lo recordó tantas veces que la joven no consiguió tenerles apego. Había muy pocas cosas que una mujer pudiera amar; pero ella las habría amado por su marido, si éste hubiera sido algo cariñoso. La casa tenía tres habitaciones, y ellos

vivían en la central y dormían en una de las laterales. La tercera estaba sin amueblar, y lo único que había en ella eran pieles de oveja; los pastores se las quitaban cuando morían en los pastos, y las guardaban allí hasta enviarlas al mercado. El mobiliario consistía casi únicamente en una mesa o dos con algunas sillas, un armazón de cama con un viejo colchón de plumas, un lavamanos con un aguamanil roto, y cuatro o cinco baúles en lugar de armarios. Un par de cazuelas de hierro, una sartén, y algunas piezas de loza, descascarilladas y desiguales, completaban la lista de los bienes domésticos. ¿Cómo iba a encariñarse con algo así teniendo semejante dueño?

Él se había jactado de que todo estaba más limpio y mejor cuidado que en las excavaciones. La parte exterior de la casa sí lo estaba, pues las tres habitaciones que daban a la gran pradera donde pastaban las ovejas tenían una veranda delante, y el lugar no se hallaba en ruinas. Pero había más comodidades en la cabaña que su padre y sus hermanos habían construido en el placer aurífero. En cuanto a la comida, algo que le era indiferente, sin duda había sido mucho mejor y más abundante en Hokitika. Los alimentos no la habrían preocupado de no haber sido por el modo en que se racionaban, lo que la empujó a odiar cada vez más a su marido. Siempre había suficiente carne. Los hombres que comían en la explotación cortaban las porciones que querían al sacrificar los animales. Peter contaba las cabezas de ganado todas las semanas para saber, más o menos, si le habían robado. Si Catherine hubiera podido contentarse con la carne de ovino, habría sido dichosa. Pero Peter pesaba cada onza del resto de las provisiones que les daba a ella y a los trabajadores de la explotación. Tanto té para la semana, tanto azúcar, tanta harina, y tanta sal. Eso era todo… a menos que sintiera la tentación de comprar un saco de patatas a algún vendedor ambulante, y en ese caso las contaba casi una por una. Había un almacén pegado a la cocina, cerrado siempre con doble llave, que era la construcción más resistente de toda la granja. Tardó algunos meses en dejarle ver su interior. Catherine supo entonces que guardaba en él otras exquisiteces, además del té y del azúcar: mermeladas, encurtidos y cajas de sardinas. Los trabajadores de la explotación, como llamaban a los pastores, venían a llevarse tarros y botellas, y Peter lo anotaba en su libreta y se lo descontaba de su sueldo, obteniendo de ese modo bastantes beneficios. Pero ¿cuáles iban a ser sus ganancias si llevaba esos manjares a casa? Y, a medida que fue conociendo las costumbres de aquella gente, la joven se enteró de que los víveres destinados al propio Peter, a la anciana y al maorí no habían aumentado con su llegada. Las raciones de tres personas debían ser suficiente para los cuatro.

—Usted tiene la culpa de que él nos mate de hambre —protestaba la anciana.

¿Por qué demonios se habría casado con ella para llevarla a ese lugar si no la necesitaba?

Pero él había sido consciente de lo que hacía. Aunque Catherine no encontrara muchas cosas que hacer, la vida del granjero era ahora más agradable. La joven sabía cocinar, un arte que la anciana no poseía. También remendaba su ropa, y a él no le disgustaba tener a alguien con quien hablar. Tal vez la quería a su manera, aunque del

mismo modo que un hombre quiere al perro que golpea para que le obedezca. Aunque la acusara de tener mal carácter y la tratase con violencia si ella contestaba, jamás se arrepintió de su decisión. Si había algún trabajo para la joven, él se aseguraba de que lo hiciera; como en las ocasiones en que venía a recoger las pieles de oveja y ella tenía que dárselas desde el otro lado de la veranda mientras las contaba. Aunque lo cierto es que era muy poco lo que ella podía hacer.

Tan poco que las horas y los días le parecían interminables. Con su juventud, su fuerza y su imaginación, ¿tendría que llevar siempre esa vida? ¿No la esperaba nada mejor? En ese caso, ¿por qué no podía morir? Y entonces empezó a odiar cada vez más a su marido, a odiarle y a despreciarle, diciéndose a sí misma que no había ningún otro ser humano tan ruin. Aquellos mineros que pasaban semanas trabajando entre el barro, día y noche, sin pensar en otra cosa que no fuese el oro, y que, cuando lo encontraban, se comportaban como bestias hasta que se acababa, ¡eran mejores que él! ¡Mucho mejores! Porque eran humanos; mientras que su marido, aquel miserable, ¡era peor que el más rastrero de los gusanos! Cuando llevaba unos ocho meses casada con él, tenía que morderse la lengua para no decirle cuánto le odiaba.

El único ser que le agradaba en aquel lugar era el maorí. Era dócil, silencioso y no se quejaba nunca. Su principal ocupación era sacar agua del pozo y cortar leña. Cuando había que realizar otra tarea, se lo pedían de malos modos, y él les obedecía con la calma que le caracterizaba. Un par de veces al mes se dirigía a la oficina de correos más cercana, a treinta kilómetros de distancia, y llevaba o, tal vez, recogía una carta. La anciana y el colono le insultaban por todo o por nada; y el maorí, a decir verdad, parecía hacer caso omiso de sus palabras. Pero Catherine era amable con él, y a él le gustaba que lo fuera. Luego Peter Carmichael empezó a tener celos, sintiendo, probablemente, que su mujer le hablaba con más dulzura al criado que a él… y despidió al maorí.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Catherine, enojada.

—Porque es un indeseable y un vago.

—¿Quién traerá la leña?

—¿Acaso es un problema para ti? Cuando vivías en Hokitika, tú misma te encargabas de hacerlo.

No dijeron nada más y, durante una semana, ella se ocupó de la leña. Después llegó un muchacho que había sido pastor y era medio idiota; pero, con ayuda de Catherine, se las arregló para cortar leña y sacar agua del pozo.

Fue entonces cuando un día le anunciaron algo muy importante.

—John Carmichael llegará la semana que viene.

—¡John!

—Sí; ¿por qué te extraña? Ocupará esa habitación. Si quiere una cama, tendrá que traerla.

Cuando le dieron esta noticia, noviembre había llegado de nuevo, y faltaban unas seis semanas para Navidad.

¡Llegaba John Carmichael! Y Catherine comprendió que iba a vivir con ellos; pues Peter había dicho que se alojaría en aquella habitación como si fuera algo permanente. Poco a poco, de un modo indirecto, la joven había ido enterándose de la situación de Warriwa. Había quince mil ovejas que, con el derecho de pasto, debían de valer unas quince mil libras. Su marido era el dueño de todo. Unos años antes había llamado a John, cuando éste era un muchacho, para que fuera su capataz o ayudante, y los dos habían trabajado juntos hasta que se desató una violenta discusión entre ellos. Peter había declarado varias veces su intención de dejar todos sus bienes al joven, y John jamás había dudado de su palabra. Pero, a cambio de su futura riqueza, tenía que ser el esclavo de su primo hasta que éste muriera. Como era muy probable que Peter viviera veinte años más, y la esclavitud era difícil de soportar, John se había peleado con él y se había marchado en busca de oro. Pero ahora, al parecer, se habían reconciliado, y John iba a volver a Warriwa. Que se necesitaba a alguien más, aparte de Peter, que fuese a caballo entre los cuatro o cinco ovejeros… alguien que vigilara el esquileo, se ocupase de los corderos jóvenes y se encargara de que los abrevaderos no se quedaran secos, era algo evidente incluso para la propia Kate. Peter, siempre parco en palabras, había comentado que alguien debía venir, y ahora le decía que John Carmichael regresaría a su viejo hogar.

Aunque odiaba a su marido, Kate sabía bien cuál era su deber. Por mucho que le detestara, había procurado siempre cumplir con sus obligaciones. No podía sonreírle, ni siquiera hablarle con ternura; pero sí podía hacer su cama, planchar sus camisas, preparar su comida y ocuparse de que la anciana o el muchacho idiota no destrozaran lo que tenía a su cargo. Quizá él obtuviera de ella todo lo que quería. No se quejaba de que su voz fuera poco afectuosa. Era un hombre odioso y cruel con ella, a veces casi violento; pero dudo que las cosas hubieran sido diferentes si la joven hubiese intentado ganárselo con alguna muestra de falso cariño. Catherine tenía la sensación de que, al servirle, hacía cuanto él necesitaba, y de que era ahí donde acababan sus obligaciones. Pero, con la llegada de su primo, ¿no sería su deber hacer algo más?

Desde que estaba en Warriwa, había dejado que sus pensamientos volaran libremente, reconociendo con valentía que odiaba a su esposo y amaba a otro hombre. También se decía a sí misma que, con ello, no faltaba a su deber. Jamás volvería a verlo. Él se había cruzado en su camino y después había desaparecido. Lo único que le quedaba en esta vida eran su marido y Warriwa. No odiar a Peter resultaba imposible; su amor por John solo era un sueño. Era la única dueña de sus pensamientos, así que continuó queriéndolo. No tenía otro alimento para su imaginación, salvo la esperanza de morir, y la vaga idea de que, si la muerte tardaba demasiado en llegar por sí sola, quizá estuviera a su alcance el último río negro y

turbulento que le habían hecho atravesar en la oscuridad. Con esos razonamientos, decidió que no había nada malo en amar a John Carmichael; pero, ahora que éste iba a vivir bajo el mismo techo, las cosas eran muy diferentes.

¡Ahora sí que estaba mal! ¡Ahora sí que sería un crimen amarlo! Pero no podría dejar de quererlo porque él estuviera allí y los dos se vieran a diario. Con sus suaves cabellos castaños, su frente despejada y aquella sonrisa que se dibujaba en sus labios, ¡qué guapo era! ¡Y qué cerca habían estado en una ocasión de jurarse que lo serían todo el uno para el otro!

—¡Kate! —había exclamado él cuando la joven se acercó para coserle un botón de la camisa—. ¡Kate!

Y ella había rozado su cuello con dedos temblorosos, consciente de que él percibía su agitación. Los niños habían llegado en ese momento, y ellos habían guardado silencio. Luego había aparecido Peter… Peter, su futuro marido… y John Carmichael no había vuelto a hablar con ella. Aunque había estado muy cerca de amarla al sentir el roce de sus dedos temblorosos, todo había terminado con la llegada de Peter. Pero el corazón de Kate seguía amándolo, y sería incapaz de ahogar ese sentimiento cuando él estuviera allí, sentado todos los días en la misma mesa. Aunque fuera un ser tan despreciable, había algo sagrado para ella en la palabra esposo… y algo muy sagrado en la palabra esposa.

—¿Por qué tiene que venir? —preguntó a su marido un día después de que le diera la noticia, después de haber tenido veinticuatro horas para pensar.

—Porque nos conviene —respondió él, levantando la vista del mugriento libro de cuentas donde apuntaba lentamente unos números.

¿Qué podía decir ella para que le escuchara? ¿Hasta dónde podía abrirle su corazón? ¿Debía contárselo todo y luego dejarle actuar como quisiera? Pensaba hacerlo, pero fue incapaz de pronunciar esas palabras. Él habría pensado… ¡Oh, las cosas que él habría pensado! Era imposible tratar de razonar con alguien tan desconfiado, poco caballeroso e inhumano.

—No saldrá bien —exclamó, hoscamente.

—¿Por qué no? ¿Qué puede importarte a ti?

—No saldrá bien; seguro que él y yo… seguro… seguro que no nos llevaremos bien.

—Pues tendréis que hacerlo. ¿Acaso no es mi primo? ¿Esperas que me pase la vida cabalgando alrededor de unos animales falsos y perezosos mientras tú estás en casa con los brazos cruzados? —Kate comprendió que se refería tanto a las ovejas como a los pastores—. Si algo me sucede, ¿de quién crees que será Warriwa?

Un día en Hokitika le había dicho con rudeza que era bueno para una joven casarse con un viejo, pues tendría la certeza de heredarlo todo cuando él muriera.

—Supongo que ése es el motivo de que no te guste John —añadió en tono burlón.

—Pero él me gusta —repuso ella, con voz firme y clara—; claro que me gusta.

Entonces Peter le dirigió una mirada malévola, moviendo la cabeza como si

quisiera darle a entender que no le engañaría con sus trucos, y después continuó con sus números.

John llegó a Warriwa antes de que noviembre llegara a su fin. La joven consiguió, al menos, hacer algo para que estuviera más cómodo. Ignoro cómo, pero se las arregló para que tuviera una cama. Al principio se limitó a preguntarle por sus hermanos. Éstos habían decidido marcharse a otras excavaciones en Nueva Gales del Sur, pero John no les había seguido.

—Las ovejas son mejores que el oro, Jack —señaló Peter, moviendo la cabeza y mirándole de reojo.

Kate trató de hablar muy poco en su presencia; y fue precisamente su silencio lo que empujó al joven a ser comunicativo. En el pasado, ella había sido más locuaz que él, pues una muchacha siempre tiene más cosas que contar que un muchacho. Pero ahora él parecía buscar cualquier oportunidad para dirigirse a ella. Por lo general, John se marchaba a caballo con las primeras luces del día, y nunca volvía antes que Peter. Pero las oportunidades, como es natural, no tardarían en presentarse. Tampoco sería prudente dejar que él advirtiera que ella le rehuía. No solo era necesario evitar que Peter sospechara algo, tampoco John debía saber nada. No importaría demasiado que su marido sospechase; pero si él… el otro hombre lo hiciera y le preguntase algo, ¿qué respondería ella?

—Kate —le dijo un día—, ¿te acuerdas alguna vez de Hokitika?

—¡Por supuesto que sí! Es el lugar donde reposan mis padres.

—Pero ¿te acuerdas de la época en que los dos teníamos que luchar para sacar adelante a tu familia? En aquellos días nunca se me ocurrió pensar que acabarías aquí… dueña y señora de Warriwa.

—No, nadie lo habría imaginado.

—Pero, Kate…

Era evidente que ella debía poner fin a esos recuerdos, por muy difícil que fuera.

—Pienso que tendrías que cambiar algo, John —exclamó.

—¿Cambiar qué?

Se esforzó para no ruborizarse mientras le contestaba, y lo consiguió.

—En aquellos tiempos yo era una niña, pero ahora soy una mujer casada. Será mejor que no vuelvas a llamarme Kate.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—¿De malo? No tiene nada de malo; pero, cuando una joven contrae matrimonio, solo debería llamarla así un hermano o, como mucho, un primo. Además, no me llamas Kate delante de él.

—¿De veras?

—No me llamas nada. Y tienes que hacer lo mismo delante y detrás de él.

—¡Con lo amigos que éramos!

La joven no pudo soportar aquel comentario, y abandonó la estancia; no salió de la cocina hasta que Peter regresó.

Transcurrió un mes, y el nombre de Kate siguió sonando en sus oídos cuando el marido estaba ausente. Y sonaba del mismo modo que aquel día en que le había rozado el cuello con sus dedos temblorosos. ¿Por qué no rendirse a ese sonido? ¿Por qué no tratar mal al hombre que se había portado con ella de un modo tan espantoso? ¿Qué le debía sino su desgracia? ¿Qué había hecho por la joven sino convertirla en su esclava? Y ¿por qué ella, que vivía en aquellas remotas praderas tan alejada de las demás mujeres, tenía que obedecer las leyes que el mundo había dictado para su sexo? Al resto de las mujeres, la vida les ofrecía algo a cambio de su obediencia. El amor de un hombre, el brazo protector de un verdadero amigo, la conciencia de tener a alguien que las defendiera del mundo, ¡alguien en quien apoyarse con confianza! Eso era lo que las demás mujeres conseguían a cambio de su lealtad; pero ¿acaso ella obtenía algo de eso cuando él se volvía y la observaba maliciosamente, recordándole con su mirada que la había capturado para convertirla en su esclava? Y luego estaba aquel joven, ¡más dulce y querido para ella que nunca!

Mientras pensaba todo eso, tomó de repente… en unos instantes… una determinación, al tiempo que golpeaba violentamente la mesa con la mano. Debía contarle todo a su marido. Tenía que hacerlo o se convertiría en una esposa infiel. Cuando pensó en esta posibilidad, un dulce éxtasis pareció embargar por un momento sus sentidos. Arrojarse en brazos de John y decirle que le amaba sería casi suficiente compensación por el sufrimiento de los últimos doce meses. En ese momento la palabra esposa penetró sigilosamente en sus oídos, y la joven recordó unas palabras que había leído sobre la virtud femenina. Pensó en sus padres. Y ¿qué sería de ella cuando, al cabo de un rato, despertara de su sueño? Llevaba una hora sentada sola en silencio, tan pronto sucumbiendo a la tentación como sacando de su interior toda la fortaleza femenina. Finalmente, frunció el ceño con aire sombrío; y, dando un puñetazo en la mesa, exclamó:

—¡Se lo contaré todo!

Y así lo hizo, a su manera. Los dos hombres acostumbraban a salir juntos casi al amanecer, y Kate se ocupaba de prepararles la comida antes de que se fueran. Al día siguiente de tomar la decisión, pidió a su marido que retrasara un poco su marcha. Había pensado decírselo en la intimidad del dormitorio, pero luego le pareció mejor que John no estuviera en casa en esos momentos. Peter se quedó con ella, mirándola con impaciencia, mientras Kate esperaba en la puerta trasera que el joven partiera a caballo. Después se volvió hacia su marido.

—Él tiene que marcharse —exclamó, señalando por encima del hombro la figura del jinete que se alejaba.

—¿Por qué motivo? ¿Se puede saber qué ha hecho? —preguntó Peter bajando la voz hasta convertirla en un susurro, como si ella hubiese descubierto alguna fechoría de su primo.

Ella se proponía darle la noticia del modo más despiadado posible. Su marido debía conocer su pureza, pero también hasta qué punto lo despreciaba. El único

castigo que él podía infligirle era pensar que ella le era infiel. Aunque le hiciera pasar hambre, la golpeara o asesinara, a la joven no le importaría. Se la había llevado indefensa a su asqueroso hogar, y a ella lo único que le quedaba era proteger firmemente su honra.

—Él es un hombre, un hombre joven, y yo soy una mujer. Será mejor que dejes que se vaya.

Peter se quedó unos instantes con la boca abierta, sujetando a Kate por el brazo, con la vista clavada en el lugar donde su primo estaba desapareciendo. Poco después, sus labios se cerraron y emitieron un silbido largo y muy débil. Continuó agarrado a ella, contemplando la figura que se alejaba; pero, durante un buen rato, pareció sin habla.

—Será mejor que dejes que se vaya —repitió Kate.

Entonces él le dijo algo al oído. Ella levantó con tanta violencia el brazo que él sujetaba que le obligó a retroceder, y Peter comprendió que ella le ganaría si decidía emplear la fuerza.

—Te he contado todo lo que debías saber —afirmó la joven—. Aunque no lo merezcas, has caído en manos de una persona honrada. Déjale marchar.

—Pero él ¿te ha dicho algo? —insistió.

—No tengo nada más que contarte.

—Lo mataría.

—Si eres lo bastante bestia para acusarle, te matará él a ti; o lo haré yo, si alguna vez le cuentas lo que acabo de decirte. Pídele que se vaya; y déjalo estar.

Kate se alejó entonces de su marido y, atravesando la casa, cruzó la veranda y salió a los campos que había al otro lado. Él tardó en marcharse media hora, pero no la siguió. Luego subió a su viejo caballo y se fue cabalgando por la pradera tras sus ovejas.

—¿Se lo has dicho ya? —inquirió la joven esa noche cuando estuvieron solos.

—¿Decirle qué?

—Que debe irse.

Él movió la cabeza, pero no enojado sino con desesperación. Aquella mañana había aprendido a temer a su mujer.

—Si no lo haces tú —exclamó ella muy despacio, mirándole a los ojos—, si no lo haces tú… lo haré yo. Se lo diremos esta noche, antes de acostarnos.

—¿Y tengo que decirle que él… que él…? —mientras intentaba formular la pregunta, la pesadumbre le hizo palidecer.

—Lo único que tienes que decirle es que debe abandonar Warriwa inmediatamente. Si le dices eso, él comprenderá.

La joven no supo lo que ocurrió entre los dos hombres al día siguiente. Y no creo que se enterase nunca. Peter no volvió a hablar del asunto. Pero dos días después, a primera hora de la mañana, había una calesa lista y Peter estaba preparado para llevar a su primo. Era obvio que su marido no se había atrevido a hablar mal de ella, y

tampoco creía que dudara de su honestidad. A pesar de lo miserable que era, sintió que le había enseñado a respetarla. El asunto concluía como ella quería, y John tenía que marcharse.

Los dos últimos días, los jóvenes apenas hablaron, excepto cuando ella le pasó la comida. Mientras él estaba lejos en los pastos, Kate se aseguró de que a su ropa no le faltara una puntada. Lavó sus pertenencias y las guardó cuidadosamente en su baúl… ¡con tanto cariño! Cuando se arrodilló para hacerlo, volvió la cabeza para cerciorarse de que la puerta estaba cerrada, no fuera a ser que la anciana estuviera husmeando; y luego se agachó y, hundiendo su rostro bajo la tapa, besó la ropa blanca que sus manos habían alisado. Podía hacer eso y no sentirse indigna; pero, cuando amaneciera, tendría que dejarle marchar sin decir una palabra. Salió de su cuarto antes de que John se levantara para preparar el desayuno, y luego volvió a su habitación para que los dos hombres comieran juntos antes de partir. Pero el joven fue incapaz de alejarse sin una palabra de despedida.

—Al menos, dime adiós —exclamó entre sollozos ante la puerta de su dormitorio, que daba a la veranda.

Peter, entretanto, observaba la escena con una pipa encendida en la boca.

—Adiós, John.

Sus palabras resultaron audibles, pero logró disimular el llanto.

—Dame la mano —dijo él.

Y ella se la dio… únicamente una mano. John la cogió entre las suyas y, por un momento, sintió la tentación de rozarla con los labios. Pero comprendió… comprendió como un hombre… que no debía herir sus sentimientos. La apretó unos instantes antes de que la mano desapareciera.

—Si hemos de marcharnos, será mejor que lo hagamos —señaló Peter.

De modo que subieron a la calesa y se alejaron de Warriwa.

La población más cercana se llamaba Timaru, y por ella pasaba la diligencia que iba de Dunedin a Christchurch tres días a la semana. Estaba a sesenta kilómetros y en ella se hacían todos los negocios relacionados con la explotación ovejera. Provisiones como el azúcar, el té y la harina se compraban en Timaru, que era también el lugar donde Peter Carmichael solía vender su lana. Allí estaba, asimismo, el banco donde guardaba su dinero y tenía un crédito muy elevado. No se desplazaba con frecuencia de Warriwa a Timaru; pero, cuando era necesario, lo hacía encantado. Tenía la sensación de tocar su dinero al mirar el banco que lo atesoraba, y podía enterarse del precio aproximado que pagarían los comerciantes por el siguiente esquileo. En aquella ocasión parecía muy contento de tener una excusa para visitar Timaru, aunque no creo que él y su acompañante se trataran con demasiada amabilidad durante el trayecto. El camino, o más bien el sendero que unía Warriwa con Timaru era muy llano. Lo único que se divisaba alrededor era una planicie interminable cubierta de hierbajos grises y pedregosos. En Warriwa, la silueta de las lejanas montañas solo era visible al oeste, pero el viajero, cuando se dirigía hacia el este

rumbo a la ciudad y el camino, no tardaba en perder de vista las colinas, y lo único que veía era una llanura gris. Había, sin embargo, que cruzar tres ríos, el Warriwa y otros dos que, descendiendo del noroeste, desembocaban en el Warriwa. Este último era el más ancho, profundo y turbulento. Fue cruzando este río, a quince kilómetros de casa, en medio de la oscuridad, cuando Catherine sintió el deseo de ahogarse en aquellas aguas para no tener que conocer su hogar. Desde entonces, había lamentado con frecuencia que aquella fuerte corriente no la hubiera salvado de los horrores de su nueva vida.

No creo que los dos hombres hablaran demasiado durante el viaje. A Peter le traía sin cuidado la conversación, y era capaz de pasar horas en su calesa calculando el peso de la lana y el dinero que le reportaría. En Timaru cenaron juntos, probablemente sin dirigirse apenas la palabra. Luego llegó la diligencia y John Carmichael se marchó… sin que su primo le preguntara siquiera adónde se dirigía. Los dos hombres liquidaron una pequeña deuda, y John se alejó de allí para seguir su propio destino.

De haber sido posible, Peter habría vuelto inmediatamente a Warriwa, pero los caballos le obligaron a pasar la noche en la ciudad. Después se quedó en Timaru casi todo el día siguiente, reuniendo información y velando por su dinero y su lana. Inició el regreso hacia las dos de la tarde, y cruzó sin problemas los dos ríos más pequeños. En el Warriwa encontró solo a un barquero y, como tenían que llevar la calesa, necesitaban la ayuda del hombre que se ocupaba de los caballos. El día anterior, aunque los ríos bajaban muy crecidos, no era de noche y tenían a John Carmichael. En aquel momento, aunque se hallaban en pleno verano, estaba oscuro como boca de lobo y las aguas corrían impetuosas. El barquero se negó al principio a subir el carruaje en la balsa, pidiendo al viejo Carmichael que esperara hasta la mañana siguiente. Era víspera de Navidad, dijo, y no le gustaría morir ahogado ese día.

Pero no era ése su destino, sino el de Peter Carmichael. Las aguas se lo tragaron a él y a uno de sus caballos. Su cuerpo llegó a la granja de Warriwa a las tres de la mañana, atado a lomos del otro animal. El barquero no pudo salvar la vida del hombre, pero recuperó su cadáver, y se lo llevó a la joven viuda doce meses después del día en que se había convertido en su mujer.

Tercer día de Navidad

¡Y ahí estaba Catherine, la mañana de ese día de Navidad, con el barquero y la anciana, el muchacho medio idiota y el cuerpo de su difunto marido! Se quedó tan aturdida que pasó horas inmóvil al lado del cadáver, tendido en el suelo de la veranda con una sábana por encima. Algo muy cruel en los lugares solitarios, alejados de todo, es que, cuando la muerte se presenta, no hay unas manos extrañas que puedan mitigar el dolor de los que sufren ocupándose de los pequeños detalles.

Cuando la mujer más humilde de nuestro país se queda viuda, otras manos se encargan de cerrar los ojos vidriosos, de tapar el cuerpo y de cerrar ese ataúd siempre cercano; y después se lo llevan y lo entierran. Siempre hay un lugar preparado, aunque solo sea bajo el muro de un asilo. Pero en Warriwa no había ningún lugar preparado, ninguna mano dispuesta, ningún ataúd, ningún juez de instrucción que impusiera su autoridad, ningún oficial de la parroquia que diera indicaciones. La joven se quedó como atontada, sorda, paralizada, pensando dónde estaría John Carmichael. ¿No podría ser que volviera a su lado para librarla de la espantosa tarea de deshacerse de aquello que estaba tendido en el suelo a menos de dos metros de su brazo?

Intentó llorar, diciéndose que, como viuda, tenía el deber de llorar por su marido. Pero no hubo ninguna lágrima, ningún sollozo, ningún gemido. Se lo reprochó a sí misma, obligándose a llorar su pérdida ahora que había muerto. Pero era incapaz de sentir pena… por eso; solo por su desolación y su desdicha. Si se hubiera ahogado ella, ¡cuán grande habría sido la misericordia divina! El peso de su infortunio cayó sobre ella: el desconsuelo, la soledad, la impotencia, la falta de intereses en la vida, de alguna razón para vivir; pero supo en todo momento que la muerte de su marido no era la causa de su dolor. Aquella voz, aquel tacto, aquella mirada maliciosa, jamás volverían a molestarla. Se sentía liberada. Se enfadó consigo misma por pensar así; pero fue incapaz de albergar otro sentimiento. En una ocasión había amenazado con matarle… con matarle si decía unas palabras que ella le había pedido que silenciara. Ahora estaba muerto… las hubiera dicho o no. Se preguntó si habría respetado sus deseos, y también qué diría o haría John Carmichael cuando se enterara del fallecimiento de su primo. Así, pasó horas sentada en su dormitorio, completamente inmóvil, sin cerrar la puerta que daba a la veranda y con los pies del cadáver a escasos metros de su silla.

El viejo barquero cogió el caballo y salió en busca de los pastores guiado por el muchacho. Las distancias son grandes en esas explotaciones, y no es fácil encontrar a un pastor con su rebaño. Casi había anochecido cuando regresó con dos de esos hombres, que cavaron la tumba no demasiado lejos de la casa, pues tenían que llevar el cuerpo en brazos; y luego lo enterraron, levantando una tosca empalizada para proteger el lugar, aunque fuera por algún tiempo, de las ratas. Catherine caminó a su lado mientras trasladaban el cadáver y se quedó con ellos hasta que terminaron su trabajo; la anciana también les acompañó, prestándoles un poco de ayuda. Pero la viuda no despegó los labios y, cuando volvieron a casa, se sentó en la misma silla. Ni una sola vez experimentó el alivio de una lágrima, o siquiera de un sollozo.

El barquero regresó a su río y los pastores a sus ovejas, y la anciana y el muchacho se quedaron con ella, preparando la comida. La llave del almacén estaba ahora en su poder, pues la habían sacado del bolsillo de Peter antes de darle sepultura, y podían hacer lo que quisieran con las provisiones allí guardadas. La joven continuó así quince días, totalmente inactiva, sin tomar ninguna decisión. No hay duda de que

las ideas bullían en su cabeza: ¿qué iba a ser de ella? ¿De quién era la granja, y las ovejas, y el dinero que, como sabía, estaba depositado en el banco? Se lo habían prometido a John, pero eso había sido antes de su matrimonio. Entonces el viejo Carmichael, con su rudeza habitual, había dado a entender que ella lo heredaría. Después había vuelto a insinuar que John viviría con ellos. ¿Qué habría decidido? Antes de poder expresarlo con palabras, el corazón de Kate decidió que John Carmichael debía ser, tenía que ser, el propietario de Warriwa. ¡Qué distinto sería entonces ese lugar! Pero se rebeló contra ese sentimiento, consciente de que ella no era objetiva. Si hubiera sido posible… si hubiera sido posible, habría alejado esos pensamientos de su cabeza.

Transcurridos quince días, apareció el joven ayudante de un abogado de Timaru con una carta del director del banco. La misiva explicaba que el señor Carmichael, al regresar a casa desde Christchurch, después de contraer matrimonio, había formalizado un testamento y lo había depositado en el banco. En él nombraba al director como único albacea y dejaba todos sus bienes a Catherine. El remitente añadía que podía existir un testamento posterior. Sabía que John Carmichael había regresado a Warriwa, y tal vez Peter Carmichael hubiera vuelto a desear que el heredero fuese su primo. Había un primer testamento en ese sentido, destruido en presencia del banquero. No tenían ningún documento de ese tenor en Timaru. Si existía, debía de estar en Warriwa. ¿Dejaría la señora Carmichael que su joven empleado lo buscara? Si no aparecía ese documento, el dinero y la propiedad serían suyos. Convendría que ella volviera con el joven a la ciudad, y se alojara allí unas semanas hasta que todo estuviera arreglado.

Y de ese modo se convirtió en la dueña de Warriwa, de las ovejas y del dinero. Como es natural, obedeció el consejo y se trasladó a la ciudad. No encontraron ningún otro testamento; nadie fue a reclamar nada. Pasaron las semanas y los meses, muy lentamente, y al cabo de medio año todo fue indudablemente suyo. Contrató a un encargado que residiera en Warriwa, y su firma fue reconocida en el banco como propietaria de todo el dinero. La cantidad era tan elevada que no pudo sino asombrarse de que el viejo hubiera vivido de un modo tan miserable. Luego llegaron dos de sus hermanos de Nueva Gales del Sur. Habían ido a verla porque estaba sola. No, dijeron; no necesitaban su ayuda, aunque un poco de dinero les iría bien. Habían ido a verla porque estaba sola.

Entonces Kate les contó sus planes y les encomendó una tarea. Sí, había estado muy sola… y nadie le había aconsejado en aquel trance; pero había pergeñado un plan. Si ellos pudieran ayudarla, les compensaría por el tiempo perdido. ¿Dónde estaba John Carmichael? Sus hermanos no habían vuelto a saber nada de él desde que abandonaron Hokitika.

Acto seguido la joven les dijo que aquella propiedad no le pertenecía; que nada de lo que veían sería suyo jamás; que estaba convencida de que la explotación, los pastos, las ovejas y el dinero eran de John Carmichael. Cuando le recordaron que ella

había sido la mujer de Peter, un parentesco mucho más cercano que el de su primo, se limitó a negarlo con la cabeza. No podía explicarles lo que pensaba o sentía. Era incapaz de decirles que no podía considerarse la esposa de un hombre al que siempre había odiado, y por el que ni un solo instante había experimentado la menor ternura.

—Solo estoy cuidando de todo hasta que él venga —exclamó—; solo por ese motivo gastaré algún centavo de su dinero.

Entonces les mostró una carta dirigida al joven, de la que había enviado varias copias —que había pasado muchas horas escribiendo— a las oficinas de correos de algunas ciudades de Nueva Zelanda; en ella se leía lo siguiente:

> Si regresas a Warriwa, encontrarás que he cuidado de todas tus pertenencias lo mejor que he sabido. El número de ovejas es aproximadamente el mismo. El dinero está en un banco de Timaru, excepto lo poco que he cogido para pagar los salarios y vivir hasta que pueda marcharme y dejarlo todo. Deberías venir cuanto antes, pues no podré abandonar Warriwa hasta tu llegada.

CATHERINE

No era, quizá, una carta muy juiciosa. Un anuncio en los periódicos de Nueva Zelanda habría sido más eficaz y habría costado menos esfuerzo. Pero fue su forma de empezar a actuar, hasta que aparecieron sus hermanos y les confió una misión. Resultó inútil discutir con ella. Tenían que marcharse, encontrarlo y enviarle… no a su lado, sino a Warriwa. A su llegada lo encontraría todo preparado. Tendrían que arreglar algún pequeño asunto con el abogado, pero no les llevaría mucho tiempo. Cuando el hermano mayor preguntó por Kate en el banco, el director le dijo que en Timaru nadie comprendía a la heredera. Todo el mundo sabía que el viejo Peter Carmichael había sido un avaro, que tenía muchísimo dinero en el banco, y que en los pastos de Warriwa había miles de ovejas. Sabían, asimismo, que la viuda lo había heredado todo. Pero no podían entender por qué era tan cuidadosa con el dinero como el viejo Peter; por qué vivía en una pensión sin ver a nadie; por qué ordenaba que la llevaran a Warriwa una vez al mes; y por qué, en esas ocasiones, se quedaba un día o dos repasando exhaustivamente las cuentas, como aseguraban que hacía. Si le gustaba la vida de un colono, ¿por qué no se instalaba allí y arreglaba la casa? Si, como era más probable, encontraba el lugar demasiado duro para ella, ¿por qué no lo vendía y se marchaba con sus amigos? Seguro que tenía amigos que la recibirían con los brazos abiertos. Pues, aunque había escrito las cartas y las había enviado, de una en una o de dos en dos, lo cierto es que no había confesado a nadie sus propósitos hasta que llegaron sus hermanos. Entonces el banquero lo comprendió todo, y es probable que sus hermanos también adivinaran algo.

Finalmente averiguaron el paradero de John, y lo encontraron en Queensland, hundido hasta el cuello en el barro, buscando oro en un arroyo. ¿Suerte? Sí, la poca

que había tenido la había gastado. No hay duda de que había oro, pero aquel lugar no le gustaba demasiado. Los buscadores de oro que van de un lado a otro suelen hablar así de su última aventura. Cuando le comunicaron la muerte de Peter Carmichael, salió de un salto del arroyo, dejando tras él la batea donde había lavado el limo buscando pepitas de oro.

—¿Y Warriwa? —preguntó John.

Entonces le contaron qué decía el testamento.

—¿Y el dinero también?

Sí, el dinero también se lo había dejado a su viuda.

—Habría sido suyo de todos modos —dijo el joven—, aunque no se lo hubiera dejado a ella. ¡Me alegro! Así que Kate es una mujer rica.

Y saltó de nuevo al arroyo y cogió su batea. Poco a poco le fueron explicando todo… al menos todo lo que podía explicarse. Tenía que ir a Warriwa. Ella no haría nada hasta que él se presentara.

—Dice que todo será tuyo —exclamó el hermano pequeño.

—No digas más de lo que sabes —le interrumpió el otro—. Deja que vaya y lo averigüe por sí mismo.

—Pero ésas fueron las palabras de Kate…

—Kate es una mujer, y puede cambiar de idea. Deja que vaya y lo averigüe por sí mismo.

De modo que John malvendió su derecho en la mina, y partió enseguida rumbo a Nueva Zelanda y Warriwa.

Desembarcó en Dunedin para evitar que le vieran y le hicieran preguntas al pasar por Timaru, y desde allí se dirigió directamente a Warriwa. No es necesario que aburra a mis lectores con la geografía de Nueva Zelanda, pero en un pequeño poblado llamado Oamaru alquiló una calesa con un par de caballos y pidió que le llevaran a Warriwa. Sabía que Catherine vivía en la ciudad, no en la explotación; pero, aunque estuviera a sesenta kilómetros de distancia, prefirió enviar a buscarla para no debatir los asuntos que tendrían que debatir delante de los banqueros y del abogado, así como de todos los ojos y oídos curiosos de Timaru. Todavía ignoraba lo que iban a debatir; pero sí sabía, o creía que sabía que le habían echado de Warriwa porque el viejo Peter Carmichael no había querido tener a «un joven como él rondando a su mujer». Peter había expresado con esas palabras su deseo de que se marchara. Ahora le habían pedido que regresara por las tierras. Éstas pertenecían a su viuda. No tenía la menor duda al respecto. Había llegado de nuevo la Navidad, y hacía justo un año —un año y un día— que ella le había dado la mano a través de la puerta y le había dicho adiós.

La joven estaba allí cuando él entró, sentada en la mesita lateral, delante de los mismos libros que Peter había pasado tantas horas revisando.

—Kate —dijo John, cruzando el umbral—, he venido porque has enviado a buscarme.

Ella se levantó de un salto y corrió hacia él, como si fuera a arrojarse en sus

brazos, olvidando… olvidando que jamás habían hablado de amor entre ellos. Entonces se detuvo, y se quedó unos instantes mirándolo.

—John —exclamó—, John Carmichael, ¡me alegro tanto de que por fin hayas llegado! Estoy cansada de cuidar de todo… muy cansada, y sé que no lo hago como debo.

—¿Qué es lo que no haces como debes, Kate?

—Cuidar de todo… para ti. Nadie más podía hacerlo, pues soy yo quien tiene que firmar los documentos. Pero, ahora que has venido, podrás hacer lo que desees. Ahora que has venido… podré marcharme.

—Pero Peter te lo dejó todo a ti; todo: el dinero, y las ovejas, y la explotación.

Ella le miró frunciendo el ceño, no porque estuviera enfurecida, sino desconcertada. ¿Cómo explicárselo? ¿Cómo hacerle entender que tenía que ser como ella quería… que él tenía que quedarse con todo? Y no porque ella se lo diera, sino como heredero de su primo. ¿Cómo podía hacer todo eso y enseñarle al mismo tiempo que no había gratitud… ni, por supuesto, amor en aquel gesto?

—John —dijo la joven—, no quiero nada de él por ser su viuda. Jamás le quise. Jamás sentí el menor cariño por él. Me moriría antes que aceptarlo. Me niego a hacerlo. Tiene que ser tuyo.

—Y ¿qué harás tú?

—Irme de aquí.

—Y ¿adónde irás? ¿Dónde piensas vivir?

Kate se quedó inmóvil delante de él, con cara de pocos amigos. ¿Qué podía importarle a él adónde fuera? Recordó el día en que le había cosido el botón de la camisa, cuando él había tenido la oportunidad de decirle algo. Y se acordó también de cómo había preparado sus cosas cuando, después de que ella lo pidiera, habían echado al joven de Warriwa. ¿Qué podía importarle a él lo que fuera de ella?

—Estoy cansada de esto —señaló—. Debes venir a Timaru para que el abogado pueda arreglarlo todo. Habrá que preparar algunos documentos. Después me marcharé.

—¡Kate!

Ella se limitó a dar una patada en el suelo.

—Kate, ¿por qué me obligó Peter a abandonar Warriwa?

—No podía soportar que hubiera gente en la casa, y tener que darles de comer y beber.

—¿Por ese motivo?

—O quizá te odiaba. Supongo que es fácil odiar en un sitio tan horrible como éste.

—¿Y no es fácil amar?

—No he tenido ocasión de hacerlo. Pero ¿qué sentido tiene todo eso? ¿Harás lo que te pido?

—¿Qué? ¿Coger todo de tus manos?

—No; de mis manos, no… de las suyas. No aceptaré los bienes de Peter. No son míos, no puedo darlos; son tuyos. No es necesario que discutas conmigo, no puede ser de otro modo.

La joven se dio la vuelta, como si fuera a marcharse; pero no sabía adónde ir, y se detuvo al final de la veranda, con la mirada fija en el lugar donde una pequeña valla señalaba la tumba.

Se quedó allí unos instantes sin moverse. Entonces John fue tras ella y, poniéndole la mano en el hombro, dijo exactamente las palabras que debía decir.

—Kate, si no quieres aceptarlos de él, ¿los aceptarás de mí?

Ella no le contestó enseguida, y el brazo de él rodeó su cintura.

—Si no quieres aceptarlos de él, ¿los aceptarás de mí?

—De ti, sí —respondió la joven—. De ti aceptaré cualquier cosa.

Y así lo hizo.

Cuento de Navidad

Guy de Maupassant

(1882)

Traducción

Marta Salís

Guy de Maupassant (1850-1893) nació en 1850 en el castillo de Miromesnil, en el seno de una ennoblecida familia normanda. De la mano de Flaubert, amigo de su madre, conoció en París a la sociedad literaria del momento; fue funcionario y periodista, y en 1880 publicó su cuento «Bola de sebo» en el volumen colectivo *Las veladas de Médan*, piedra fundacional del movimiento naturalista. Otros cuentos como los recogidos en *La casa Tellier* (1881) o *Mademoiselle Fifi* (1882) lo acreditaron como uno de los maestros del género, de modo que, cuando en 1883 salió a la luz su primera novela, *Una vida*, ya era un escritor famoso. A esta novela siguieron otras de la talla de *Buen amigo (Bel-Ami)* (1885), *Mont-Oriol* (1887), *Pierre y Jean* (1888), *Fuerte como la muerte* (1889) y *Nuestro corazón* (1890). Murió en París, víctima de una enfermedad hereditaria que lo llevó a la locura.

«Cuento de Navidad» («Conte de Noël») apareció por primera vez en *Le Gaulois*, el 25 de diciembre de 1882, y más tarde formaría parte del volumen *Claire de Lune*, publicado en 1884. Según la ciencia médica de la época, la histeria estaba relacionada con el útero; en la protagonista de este cuento, los síntomas histéricos vienen originados por un huevo, símbolo de la fecundidad. Aquí la Navidad también obra milagros, pero son observados por una mentalidad naturalista.

El doctor Bonenfant hizo memoria, repitiendo en voz baja:

—¿Un recuerdo de Navidad…? ¿Un recuerdo de Navidad…?

Y de repente, exclamó:

—¡Ah… sí! Tengo uno, y además muy raro; es una historia fantástica. ¡Presencié un milagro! Sí, señoras, un milagro, una Nochebuena.

»Les sorprenderá que diga esto… yo, que no creo en casi nada. Y, sin embargo, ¡fui testigo de un milagro! Lo vi, sí, sí, lo vi con mis propios ojos.

»¿Que si me sorprendió mucho? No, en absoluto; pues, aunque no comparta sus creencias religiosas, creo en la fe, y sé que mueve montañas. Podría citar muchos ejemplos; pero se enfadarían ustedes, y además correría el riesgo de que mi historia no les impresionara tanto.

»Les confesaré antes de nada que lo que vi, aunque no lograra convertirme, me conmovió profundamente; procuraré contarles el hecho con sencillez, con la credulidad propia de un auvernés.

»Yo era entonces médico rural y vivía en Rolleville, una pequeña población en mitad de Normandía.

»Aquel año el invierno fue terrible. A finales de noviembre llegaron las primeras nieves después de una semana de heladas. Densas nubes, cada vez más cercanas, se amontonaban en el norte; y los blancos copos empezaron a caer.

»En una noche toda la llanura quedó sepultada.

»Las granjas, aisladas en sus corralones cuadrados, detrás de una cortina de gigantescos árboles espolvoreados de escarcha, parecían dormir bajo la acumulación de aquella espuma espesa y ligera.

»Ningún ruido turbaba la campiña inmóvil. Solo los cuervos, en bandadas, describían largos festones en el cielo, buscando alimento en vano, lanzándose al mismo tiempo sobre los campos lívidos y picoteando la nieve con sus enormes picos.

»Solo se oía el deslizamiento tenue y continuo de aquel polvo helado que caía sin parar.

»Aquello duró ocho días enteros; luego la avalancha cesó. La tierra estaba cubierta de un manto de casi dos metros de espesor.

»Y, durante tres semanas, un cielo por el día claro como un cristal azul, y por la noche sembrado de estrellas que semejaban escarcha debido a las bajas temperaturas, se extendió sobre la capa uniforme, dura y reluciente de las nubes.

»La llanura, los setos, los olmos de los cercados, todo parecía muerto, devastado por el frío. Ni los hombres, ni los animales salían al exterior; solo las chimeneas de las cabañas de blancos tejados revelaban la vida oculta, con las delgadas columnas de humo que ascendían rectas en el aire glacial.

»De vez en cuando se oía el crujido de los árboles, como si sus troncos se quebraran bajo la corteza; y a veces una rama gruesa se desgajaba y caía: la invencible helada petrificaba la savia y rompía sus fibras.

»Las casas, diseminadas aquí y allá por los campos, parecían estar a quinientos kilómetros las unas de la otras. Cada uno vivía como podía. Yo era el único que intentaba visitar a mis pacientes más cercanos, arriesgándome a quedar sepultado bajo el hielo en alguna hondonada.

»Me di cuenta enseguida de que un terror misterioso se cernía sobre la región. Semejante azote, pensaban, no era natural. Algunos creían oír de noche voces, silbidos agudos, gritos pasajeros.

»Esos gritos y silbidos procedían sin duda de las aves migratorias que viajaban en el crepúsculo, y que huían en masa hacia el sur. Pero no hay quien haga entrar en razón a la gente aterrorizada. Un miedo cerval invadía las conciencias, y se aguardaba algún suceso extraordinario.

»La fragua del señor Vatinel estaba al final de la aldea de Épivent, junto al camino principal, ahora invisible y desierto. Pero, como no tenían pan, el herrero decidió acercarse al pueblo. Se quedó unas horas conversando en las seis casas que forman su núcleo; recogió el pan, varias noticias, y un poco de aquel temor que se extendía por la zona.

»Y emprendió el regreso antes de que anocheciera.

»De pronto, al bordear un seto, creyó ver un huevo en la nieve; sí, un huevo… depositado allí, tan blanco como el resto del mundo. Se agachó, y, en efecto, era un huevo. ¿De dónde había salido? ¿Qué gallina había podido salir del gallinero y poner un huevo en semejante sitio? El herrero se quedó muy sorprendido, no entendía nada; pero cogió el huevo y se lo llevó a su mujer.

»—Toma este huevo que he encontrado en el camino.

»Ella movió la cabeza:

»—¿Un huevo en el camino? ¿Con este tiempo? ¡Estás borracho, seguro!

»—¡Qué va, mujer! Estaba al pie de un seto, caliente aún… No se había congelado. Mira, me lo metí en el pecho para que no se enfriara. Lo cenarás hoy.

»Lo echaron en la olla donde hervía la sopa; y el herrero empezó a contar lo que se decía en la comarca. La mujer escuchaba, pálida como la cera.

»—Estoy segura de haber oído silbidos la otra noche, y parecían entrar por la chimenea.

»Se sentaron a la mesa; primero tomaron la sopa, y después, mientras el marido untaba el pan con mantequilla, la mujer cogió el huevo y lo examinó con desconfianza.

»—Y ¿si hubiera algo en su interior?

»—Y ¿qué podría haber?

»—Yo qué sé.

»—Vamos, cómetelo, y deja de decir tonterías.

»Ella rompió la cáscara. Era un huevo normal y corriente, y además muy fresco. Empezó a comerlo de lo más indecisa, probando un poco, dejándolo, volviendo a cogerlo. Su marido decía:

»—¿Qué tal? ¿Está bueno?

»Ella, sin responder, se lo tragó. Y acto seguido clavó en su marido unos ojos extraviados, despavoridos; levantó los brazos, se retorció y, entre fuertes convulsiones, cayó al suelo dando alaridos.

»Pasó la noche presa de violentos espasmos y temblores, deformada por terribles convulsiones. El herrero no tuvo más remedio que atarla.

»Ella gritaba sin parar, incansable:

»—¡Lo tengo dentro! ¡Lo tengo dentro!

»Me avisaron al día siguiente. Le receté todos los calmantes conocidos, pero ninguno dio resultado. Había perdido el juicio.

»Con una rapidez asombrosa, a pesar de la gran nevada, la noticia, la extraña noticia, corrió de granja en granja: “¡La mujer del herrero está endemoniada!”. Y acudían de todas partes, sin atreverse a entrar en la casa; oían desde lejos sus espantosos gritos, tan fuertes que no parecían humanos.

»Llamaron al cura del pueblo. Era un viejo sacerdote muy ingenuo. Se presentó con la sobrepelliz, como si fuera a dar la extremaunción, y, extendiendo las manos, pronunció las fórmulas del exorcismo mientras cuatro hombres sujetaban a la mujer, que echaba espumarajos y se retorcía en la cama.

»Pero el espíritu no fue expulsado.

»Y la Navidad llegó sin que cambiara el tiempo.

»La víspera, por la mañana, recibí la visita del sacerdote.

»—Me gustaría que esa desdichada —dijo— asistiera al oficio de esta noche. Quizá Dios haga un milagro con ella a la misma hora en que Él nació de una mujer.

»—Tiene usted razón, señor cura —le respondí—. Si a su espíritu le impresiona la ceremonia sagrada (y qué podría conmoverlo más), tal vez logre salvarse sin necesidad de otro remedio.

»—Sé que no es creyente, doctor —murmuró el anciano sacerdote—, pero me ayudará, ¿verdad? ¿Se encargará usted de llevarla?

»Yo le prometí mi ayuda.

»Llegó la tarde, luego la noche; y la campana de la iglesia empezó a sonar, lanzando su voz lastimera a través del espacio sombrío, sobre la superficie blanca y helada de las nieves.

»Figuras negras se acercaban lentamente, en pequeños grupos, obedeciendo al grito de bronce del campanario. La luna llena alumbraba con su tenue claridad todo el horizonte, volviendo más visible la pálida desolación de los campos.

»Fui a la herrería con cuatro hombres corpulentos.

»La endemoniada seguía dando alaridos, atada a la cama. La vistieron como es debido, a pesar de su violenta oposición, y se la llevaron.

»La iglesia, iluminada y fría, estaba llena de gente; los cantores entonaban sus notas monótonas; el serpentón roncaba; la campanilla del monaguillo tintineaba, regulando el movimiento de los feligreses.

»Encerré a la mujer y a sus guardianes en la cocina del presbiterio mientras esperaba el momento oportuno. Elegí justo el que sigue a la comunión. Todos los campesinos, hombres y mujeres, habían recibido la eucaristía para aplacar el rigor de Dios. Reinaba un profundo silencio mientras el cura terminaba el misterio divino.

»En cuanto di la orden, mis cuatro ayudantes abrieron la puerta y entraron con la demente.

»Cuando ella vio a los fieles de rodillas, las luces, el brillo del coro y el tabernáculo dorado, forcejeó con tanta violencia que estuvo a punto de escapar; sus gritos fueron tan agudos que un estremecimiento de horror recorrió la iglesia; todas las cabezas se alzaron; algunos huyeron.

»Apenas tenía ya forma de mujer, crispada, retorcida, con el rostro descompuesto y la mirada enloquecida.

»La arrastraron hasta las gradas del coro y luego la sujetaron con fuerza, acuclillada en el suelo.

»El sacerdote se había puesto en pie; la esperaba. En cuanto la vio inmovilizada, cogió en sus manos la custodia ceñida por rayos de oro, con la hostia blanca en el centro, y, dando unos pasos, la elevó con ambos brazos extendidos por encima de su cabeza, presentándola a la mirada extraviada de la mujer demoníaca.

»Ella seguía dando alaridos, con los ojos clavados en aquel objeto brillante. Y el cura estaba tan quieto como si fuera una estatua.

»Y esto duró mucho mucho tiempo.

»La mujer parecía muerta de miedo, fascinada; contemplaba fijamente la custodia, presa aún de unos temblores espantosos, aunque pasajeros, y sin dejar de gritar, pero con una voz menos desgarradora.

»Y esto duró un buen rato.

»Era como si ella no pudiera bajar los ojos, que parecían clavados en la hostia; no hacía más que gemir; y su cuerpo en tensión perdía rigidez, se ablandaba. Todo el mundo estaba arrodillado, con la frente en el suelo. La endemoniada abría y cerraba los párpados, como si no pudiera soportar la visión de su Dios. Se había callado. Y entonces, de pronto, me di cuenta de que tenía los ojos cerrados. Dormía el sueño de los sonámbulos, hipnotizada, mejor dicho, vencida por la contemplación persistente de la custodia de los rayos de oro, derrotada por el Cristo victorioso.

»Se la llevaron, inerte, mientras el sacerdote subía de nuevo al altar.

»Los feligreses, conmovidos, entonaron un *Te Deum* en acción de gracias.

»Y la mujer del herrero durmió cuarenta horas seguidas, y se despertó sin recordar nada de la posesión ni del exorcismo.

»Éste es, señoras, el milagro que presencié.

El doctor Bonenfant se calló, y añadió luego en tono contrariado:

—No he podido negarme a atestiguarlo por escrito.

Pål y Per

August Strindberg

(1882)

Traducción

Carmen Montes Cano

August Strindberg (1849-1912) nació en Estocolmo. El autoritarismo de su padre y la extrema religiosidad de su madre (que había sido criada y amante de su marido antes de casarse) marcaron su formación. En 1879, con la publicación de su novela *El salón rojo*, se consagró como escritor. Su extensa y polifacética producción —recogida en sesenta y dos volúmenes— incluye todos los géneros literarios. Considerado el mejor escritor sueco de la historia, es uno de los padres indiscutibles del teatro moderno. Gran innovador, y precursor del teatro de la crueldad y del absurdo, desvelaría con precisión la estructura y desintegración de la familia burguesa. Entre sus dramas destacan *El padre* (1887), *La señorita Julia* (1888), *Acreedores* (1889) y *Comedia onírica* (1901). Padecía esquizofrenia, sus tres matrimonios fracasaron y protagonizó violentas polémicas éticas y políticas, pero, cuando murió en Estocolmo, cincuenta mil personas asistieron a su entierro.

«Pål y Per» («Pål och Per») apareció en una conjunto de ocho relatos publicados en un cuadernillo y recogidos bajo el título *Aventuras y desventuras de los suecos. Relatos de todos los tiempos (Svenska öden och äfventyr. Berättelser från alla tidehvarf),* Estocolmo, Looström & Komp:s Förlag, 1882-1883. Este cuento parece desmentir el célebre sentimiento de concordia del espíritu navideño; en él no solo la «paz familiar» se ve perturbada, sino la misma paz social.

La noche de Navidad se extiende gélida y con una mudez de sepulcro sobre la ciudad, toda manifestación de vida aparece como helada, y el viento mismo se contiene y las estrellas palpitan como lucecillas para seguir vivas. Un guardia solitario va por la calle medio corriendo para que no se le hielen los pies, y los viejos edificios de madera crujen al encogerse las vigas.

En la residencia del comerciante Pål Hörning, sita en el Pasaje de Drakatorn, la señora de la casa ya se ha levantado, pero no se atreve a encender ni la luz de las candelas ni el fuego de la chimenea, porque aún no han anunciado el fin del turno de guardia, aunque a cada minuto espera oír las campanas de la iglesia de la ciudad tocando a misa de alba, pues tiene el presentimiento de que ya van siendo las cuatro y toda la casa asistirá a la misa de Navidad en Spånga; claro que antes tendrá que tomarse algo caliente. Coge la ropa de los días de fiesta, que había dejado en una silla, y se compone a oscuras como puede. Pero, al ver que la espera se prolonga y que la oscuridad no ayuda, enciende un farol de hierro, que coloca en un rincón, con la esperanza de que, en pro de la paz navideña, los guardias no alboroten si la descubren, y así recorre de puntillas las habitaciones, más bien pequeñas. El padre está durmiendo con los ojos medio abiertos, y Sven, el menor de los hijos, se encuentra lejos, muy lejos, en el país de los sueños, y eso que tiene la cabeza apoyada en un caballo de madera y lleva en la mano una pelota de bádminton.

Karen, que se confirmó en otoño, también duerme detrás de la cortina, y ha colgado en el poste del cabecero de la cama la chaquetilla de terciopelo y el collar de cuentas de cristal de Bohemia. El árbol de Navidad, cargado de manzanas y de avellanas españolas, arroja su sombra hirsuta sobre todas las cosas y les da un aspecto espantoso en la semipenumbra.

La mujer va a la cocina y despierta a Lisa, que está en el catricofre y se levanta como un torbellino y enciende los candelabros de hierro porque ella no tiene miedo, se lleva bien con Truls, el vigilante y, además, la cocina da al patio. Entonces, la señora aporrea el techo con el mango de la escobilla para llamar a Olle, el criado, que está durmiendo en el desván, y Olle da tres golpes con la bota en señal de que la ha oído.

Luego entra en el dormitorio y le cose al padre un corchete en la camisa de satén almidonada con el cuello de encaje fruncido y, del gran armario de roble, saca los calcetines rojos de Sven, el pequeñuelo, y los examina a la luz, y se pone a darle una puntada aquí y un tirón allá. Va y despierta a Karen, que mete los piececillos recién lavados en las zapatillas de paja y empieza a vestirse detrás de la cortina, porque viven con mucha estrechura. Entonces se despierta Sven, con la marca roja que el caballo de madera le ha dejado en la mejilla, y se pone a lanzar la pelota de

bádminton, que vuela por encima de la cortina y que le viene devuelta enseguida, pero le da en la nariz al padre, que también se despierta y gruñe cariñosamente un «a la paz de Dios», y se levanta de esa cama suya gigantesca, que tiene la forma de una casa pequeñita.

Y el hermano menor quiere pasar al otro lado de la cortina y ver los regalos navideños de su hermana, pero ella le grita que no puede ser, que se está lavando.

En ese momento, en la iglesia de la ciudad tocan a misa de alba, y entonces se saludan todos con la paz de Dios y la madre enciende en el gran salón las velas del árbol, y Sven va y, sin más prenda que la camisa de dormir, se sienta debajo del árbol de Navidad, y quiere creer, y que lo crean los demás, que está en el bosque, así que en un periquete se pone a roer una manzana por la parte de dentro, la que pega con el árbol, para que no se vea, pero la fruta empieza a dar vueltas colgada del hilo y, en ese momento, aparece la madre y le dice que le dará un azote en el trasero si no va y se viste cuanto antes.

Lisa enciende el fuego y la llama ruge en la estufa. Luego pone a calentar el cazo de la leche. La madre cubre con un mantel la amplia mesa de comedor y saca los cuencos; pero en el sitio del padre coloca la jarra de plata recién lustrada; luego hace unas volutas de mantequilla y las pone en la bandeja, antes de cortar el bollo y el jamón de Navidad, porque hay que tomar algo antes de emprender el viaje para ir a misa. Olle lleva ya un buen rato despierto, ha bajado al establo a despabilar al mozo de cuadra y ha cepillado los alazanes. Ya han sacado el trineo del tapadizo y están sacudiendo las pieles. Enseguida tienen el vehículo presto en el callejón, y Olle enciende las antorchas, que iluminan la fachada como una hoguera.

Jöns atiza con el látigo en señal de que ha enganchado los caballos, y los alazanes resoplan y muestran su impaciencia arañando el suelo con las pezuñas.

Arriba, en la casa del comerciante, todos corren de aquí para allá en busca de las prendas de abrigo: se enfundan pieles y gorros, se calzan botas laponas y mitones, y Karen, que está lista la primera, baja y les ofrece a Olle y a Jöns una jarra de cerveza calentita. El padre termina de abrigarse y se echa al coleto un vaso de vino francés bien caliente antes de salir. La madre echa los cerrojos y lo sigue con Sven y Lisa, y ya están todos en el callejón. Es un trineo enorme tan espacioso como un bote, con tres bancos: en el primero van el padre, la madre y Sven, el más pequeño; en el segundo van Karen y Olle y en el tercero, Lisa y Jöns, que lleva las antorchas. El padre es el último en sentarse, pues debe comprobar que los caballos van bien herrados y que la frontalera y los jaeces están firmes. Entonces se sube en el trineo, cuyo suelo responde con un crujido. Coge las riendas, pregunta una vez más si no han olvidado nada, hace restallar el látigo, echa una ojeada a las ventanas de la vieja casa de madera y ¡adelante! Primero hasta la plaza mayor de Stortorget, el lugar convenido para reunirse un puñado de buenos amigos de la burguesía de Estocolmo que poseen caballerizas. Y allí están ya esperando en los trineos, orondos cerveceros y panaderos escuálidos, y toda la plaza se ve iluminada con la llama humeante de las antorchas.

¡Chas! Tintineo de cascabeles, ya se pone en marcha la comitiva, bajan la empinada calleja y salen por la puerta norte de la ciudad.

—Me estaba preguntando cómo nos recibirá este año mi hermano Per —le dice Pål a su mujer cuando ya se han calmado los ánimos.

—¿Por qué? —pregunta ella un tanto preocupada.

—Mujer, no es que tenga motivos, las cosas como son, pero me temo que el año pasado le saqué demasiado por la sal, y desde entonces se me antoja que está algo quisquilloso.

—Ya, bueno, bueno, aunque así fuera, no creo que ahora lo demuestre. No os veis tan de continuo y, aunque es verdad que no sois hermanos de sangre, os habéis tenido por tales.

—Mats es rencoroso, acuérdate, y, si se enturbian las aguas, no creo que Karen y él lleguen a nada. ¡Ya se verá! ¡Ya se verá!

El pequeño Sven está sentado en la paja que cubre el suelo y va sujetando el extremo de las riendas en la creencia de que es él quien guía el trineo. Olle, el criado, quiere decirle a Karen unas ternezas, pero ella tiene la cabeza en otra parte y no le hace caso. Lisa, en cambio, ha permitido que su vecino de viaje le coja la mano y la meta en su manopla, que es bien holgada, y la joven le ayuda a veces a sostener la antorcha, porque Jöns tiene los dedos helados.

Y allá van, al pie de la loma de Brunkebergsåsen, cruzan el lodazal y salen a la calle de Uppsalavägen y enseguida empiezan a divisarse entre los abetos las luces de la iglesia de Solna resplandeciendo en la oscuridad de la madrugada invernal. Y Pål, el comerciante, se separa ahí de los demás señores, pues él tiene que tomar la calle de Västeråsvägen, que conduce a Spånga. Admirado va el niño Sven de lo grandes que son los árboles de Navidad que orillan las calles y que, de vez en cuando, iluminan las antorchas, para quedar al punto ocultos otra vez en la penumbra, donde el pequeño cree entrever a los enanitos que, escondidos detrás de los troncos de los árboles, saludan agitando las capuchas rojas; pero su padre le dice que no es más que la vislumbre rojiza del fuego, que se mueve sin cesar en agitada danza, pues el padre es un hombre ilustrado que ha dejado de creer en los enanitos, y a Sven se le antoja que los árboles de Navidad corren imponentes a la par que el trineo, y que las estrellas bailan sobre su cabeza, hasta que la madre dice que en las estrellas vive Dios y que hoy bailan de alegría porque ha nacido el niño Jesús, y Sven lo entiende perfectamente.

Allá van, pues, acompañados del retumbar de los caballos, ya cruzan un puente y empieza a clarear el bosque, se abren los llanos, salpicados de alguna que otra colina con su prado de abedules aquí y allá; ya ven una luz que brilla en la ventana de una cabaña, ya una antorcha que pasa volando y, a lo lejos, sobre la llanura, refulge el lucero de la mañana irradiando su luz grande y hermosa, y Olle, el criado, le cuenta a Karen que ésa, precisamente, fue la estrella que guió a los pastores a Belén, pero eso Karen ya lo sabe, porque la gente que vive en la ciudad lo sabe todo, y Olle es del

campo.

La carretera describe un último meandro y, a través del alto talle de los tilos deshojados, se vislumbra la iglesia en todo su esplendor. En la explanada han arrojado las antorchas formando una buena hoguera junto a la cual entran en calor los cocheros, después de haber dejado los caballos en los establos. Pål hace restallar el látigo mientras rodea majestuosamente la hoguera y deja que los caballos se pavoneen ante los campesinos, que los contemplan admirados. En la puerta de la iglesia se encuentran Per y su mujer y el larguirucho de su hijo, y todos se abrazan, se desean feliz Navidad y se preguntan por la salud. Después de un rato de conversación sobre todo lo habido y por haber, tocan las campanas por segunda vez y entran en la iglesia. Hace allí tanto frío como en el fondo del mar, pero apenas se nota, porque están en buena compañía y, por lo demás, los caldean el sermón y los cánticos, y los pequeños tienen muchas cosas que ver, todos van y vienen saludándose y no se cansan de admirar tantas velas como hay encendidas.

Y, cuando por fin termina la misa y salen otra vez a la explanada, ya se han apagado las estrellas, pero por Oriente se ve el cielo de color rojizo como una manzana de verano ya madura, así que, con paso redoblado, se ponen en camino a casa de Per, el hermano de Pål.

A un tiro de piedra de la iglesia se encuentra el gran caserío del hacendado Per Matson con obrador, pabellón de invitados y alcoba en la buhardilla. En el poste de la verja hay una gavilla de cebada sin trillar donde los gorriones ya se han instalado para celebrar la Navidad. Cerca de la puerta de la casa se yerguen un par de abetos a cuyas ramas arranca destellos la escarcha. Per se planta en la puerta y da la bienvenida a su hermano adoptivo, a su mujer y a los demás miembros de la familia, y acto seguido entran en el zaguán y se quitan los abrigos. La mujer, que se ha adelantado, ya está calentando cerveza en los fogones. Mats, el hijo, ayuda a Karen con las pieles mientras Sven se revuelca entre la paja navideña que cubre el suelo hasta media cuarta.

Al comerciante Pål y a su mujer les indican que tomen asiento en el banco lateral, debajo de los tapices azules y rojos que representan la entrada de Cristo en Jerusalén y a los tres sabios de Oriente, en tanto que Per preside en el lugar de honor. Y la larga mesa ofrece un aspecto impresionante, pues no queda ni un palmo sin una bandeja o un cuenco, tienen pan como para toda la Navidad y cuanta comida había en la casa está servida en la mesa: una cabeza de cerdo entera y verdadera sonríe desde una bandeja de madera pintada de rojo, en medio de lo más selecto en queso de cerdo, lenguas, lomos y solomillos; pescado salado y pescado seco, cuencos enteros de mantequilla y hogazas de las grandes, galletas y barquillos; jarras de aromática madera de enebro llenas de espumosa cerveza.

La rosada aurora luce en la escarcha de las estrechas ventanas de color verde y parece que en la calle fuera verano, pero dentro lo caldea todo el fuego generoso de la chimenea. En ese momento, el padre saca la navaja y corta unas rebanadas de pan y

le unta con el pulgar una buena capa de mantequilla, animando a sus invitados a que sigan su ejemplo. Y, después de apurada la cerveza caliente, Per abre la conversación, pues Pål se veía un tanto turbado y no sabía cómo empezar.

—El viaje desde la ciudad bien, ¿no?

—De primera —responde Pål—. Además ¡los alazanes son un prodigio a la hora de correr!

Mas no complacen a Per los alazanes de ciudad, y finge siempre que no ha visto a Pål cuando éste llega pavoneándose con ellos.

—¿Buenas ventas de grano por Navidad? —continuó.

—Los precios han bajado, porque esos livonios que Dios confunda no han tenido mala cosecha este otoño.

—Hombre, y ¡tú les negarías una buena cosecha! No maldigas los frutos de la tierra, hermano, no sabes cómo puedes acabar. Cuantas más blasfemias oye la cabra, tanto más a sus anchas está.

—¡Ya, pero yo también tengo derecho a vivir!

—Ara, cava, siembra; así tendrás un fruto que recoger.

—Pero, bueno, ya estamos otra vez con ésas.

—Claro, con ésas estamos siempre. El pastor predica en la iglesia y ruega a Dios que haya buena cosecha, y el hombre de ciudad maldice cuando Dios se la otorga a los hombres. ¡Malhaya la gente que tiene que vivir de la miseria ajena!

Pål bien quería responder, pero en ese momento intervinieron las matronas y suplicaron por Dios bendito que respetaran la paz navideña.

Los dos adversarios pusieron punto en boca, pero mirándose con encono. Mats y Karen, en cambio, bebían de la misma jarra y por el mismo borde, mientras las dos mujeres se miraban encantadas.

—¡Pásame el salero! —dijo Per alargando el brazo.

Mats le dio la sal a su padre, pero se le cayó un poco en el mantel.

—Procura no malgastar los alimentos que nos da el Señor —replicó Per—. La sal es muy cara.

Pål notó el aguijón, pero siguió callado. Las mujeres sacaron otros temas de conversación y ahuyentaron la tormenta. Después de comer, Pål y Per salieron para respirar un poco de aire fresco y contemplar los campos y el ganado. Empezaron visitando los establos.

—¿Qué darías por esta pieza? —preguntó Per al tiempo que le arreaba al toro tal tirón del rabo que el animal se orinó en el sitio.

—Si lo cambias por un buey y me lo llevas a la ciudad para la primavera, lo sabrás.

—Cuando el camino es corto, hasta los burros llegan, pero mi buey no va a ir a la ciudad, eso por descontado.

—Ya veremos —dijo Pål.

—¿Qué es lo que vamos a ver? —preguntó Per con la cabeza ladeada—. Bien me

conozco yo vuestras artimañas, pero que el burro haya metido el hocico por la cerca no significa que vaya a terminar sacando las nalgas.

—Ya veremos, ¡ya lo veremos!

Per no quería hacer más preguntas. Siguieron andando y entraron en el establo.

—¿Qué darías por esta pieza? —preguntó Per, y levantó la pata trasera del caballo negro—. Diez cuartas de alzada al espinazo.

—Mis alazanes tienen once el izquierdo y diez y media el derecho —dijo Pål.

Per no se dio por enterado, sino que le abrió la boca al caballo para que se viera qué buenos dientes tenía.

—¡Más parece una oveja que un caballo! —dijo Pål—. Si le hicieras eso a mi alazán, no volverías a oír el canto del cuco.

—Cada uno le habla a su igual, dijo el molinero a su hijo.

La conversación no terminaba de levantar el vuelo. Fueron a ver las ovejas, fueron a ver los cerdos… pero Pål participaba con afectación y, de vez en cuando, asomaban los alazanes, que estaban en el establo de la iglesia, y ejercían una influencia perturbadora. Finalmente, salieron otra vez al aire libre y se encaminaron a los sembrados. La nieve impedía apreciar la cosecha, pero Per le fue indicando dónde estaban los frutos de otoño, dónde irían los de primavera y dónde el barbecho. Luego había que ver si la leña estaba seca y que comprobar si el almiar estaba húmedo; y después había que ver si las abejas pasaban frío en su choza y si los gansos pasaban calor en su casa.

Entretanto avanzaba la mañana, pronto tocaron a misa mayor. Volvieron todos a la iglesia y luego echaron una siesta hasta mediodía, hora a la que volvieron a la sala para comer. Y comiendo estuvieron hasta tres horas, antes de disponerse a pasar el rato y a esperar la noche en penumbra. Los hombres dormitaban cada uno en un banco; las mujeres parloteaban delante de la chimenea, donde las ascuas bastaban para aguardar la noche sin quedar a oscuras, y conversaban sobre repostería y labores de punto; Mats y Karen se habían acomodado en un arcón y se susurraban sus cosas al oído; el criado Olle había cogido por banda a Lisa y el mozo Jöns, a la criada de la casa, y allí estaban los cuatro sentados en el suelo jugando a las adivinanzas, que el pequeño Sven se devanaba los sesos por resolver.

Pero ya se iban adormeciendo las ascuas en el hogar, las conversaciones se iban apagando; los hombres roncaban de firme y sonaban como un tábano en una jarra de madera; las mujeres daban cabezadas y Mats y Karen se acurrucaban cada vez más cerca el uno del otro y también los criados terminaron por guardar silencio, hasta que la casa entera quedó sumida en un sopor unánime.

La señora de la casa fue la primera en despertarse, y para entonces ya era noche cerrada; avivó el fuego del hogar y encendió unas velas. Los hombres se fueron despabilando poco a poco y pronto empezó a notarse el movimiento. Los muchachos, las muchachas y las mujeres se sentaron sobre la paja esparcida alrededor de la chimenea para partir nueces y contar cuentos. Pål sacó una botella de vino español

con el que pensaba que Per y él podrían regar la velada mientras charlaban y jugaban a las cartas, que así tenían intención de pasar las largas horas de aquella fría noche de invierno. Después de llenar los vasos y de brindar cada uno por la salud del otro, Per salió con el comentario de que aquel vino le resultaba demasiado dulzón. Pål tomó entonces con audacia las riendas de la conversación, para orientarla a donde convenía, y comenzó:

—Bueno, Per, hermano mío, si quieres que intercambiemos unas palabras sobre la otra cosita que tú ya sabes, quita el corcho y deja que corra.

—No me parece mal —dijo Per—, aunque yo siempre he dicho que Sara sale a bailar en cuanto aparece su Abraham. Pero bueno va. ¿Cuánto pones por el muchacho?

—Lo mismo que tú por mi hija.

Per empezó a rascarse la cabeza.

—Eso depende de cómo venga el año. El vestido de novia vale dinero, y, si se me presenta un mal año, no habrá dinero. Y quién sabe cómo se presentará, porque la nieve cubrió la semilla en otoño cuando la tierra estaba empapada.

—Eso mismo, eso mismo, otro tanto me pasa a mí —dijo Pål—. Más vale que lo dejemos hasta el otoño y, cuando los dos podamos poner igual cantidad, iremos adelante con los candiles, como dijo el sacristán. Y, con un poco de suerte, dentro de nada pare la vaca y hasta el buey.

—¡Bueno, bueno! Pues ahí lo dejamos. Los muchachos tendrán que esperar hasta que espiguen los campos.

Y se pusieron a beber. Los jóvenes habían retirado la paja del suelo y se habían sentado en corro muy juntitos para jugar a «escóndeme el zapato».

Pål y Per se quedaron un rato en silencio viendo cómo jugaban, hasta que Pål se animó con la bebida y sintió la tentación irresistible de alentar una conversación más viva, y bien sabía él por dónde empezarla.

—Dime, Per —comenzó—, ¿tienes pensado hacer algún viaje a la ciudad este invierno?

Per puso cara de perro rabioso, miró a Pål, por comprobar si preguntaba de veras, y le dijo:

—Pues no, yo a la ciudad no creo que vaya.

—Pero ¿sigues tan enemigo de la ciudad como hace diez años? ¡Venga, hombre! ¿No puedes verla ni en pintura?

—No la querría ni aunque me la dieras regalada. Ni la necesito, aunque ella no pueda vivir sin mí.

—Ya, ¡seguro!

—¡Seguro! Tengo carne y heno propios, tengo pan y cerveza que son míos, leña y madera, cobijo y ropa, ¿de qué me vales tú? Me construyo la casa yo solito, labro mis tierras, corto la leña que necesito; mi mujer hila la lana, me teje la ropa, amasa el pan que como y fermenta la cerveza que bebo. Y ¿qué haces tú? Me rapiñas el grano, me

saqueas el bosque, y ¡me dejas limpio el almacén! Te asientas sobre una roca más yerma que mi mano; ni siembras ni labras la tierra, pero acumulas provisiones y llenas el granero; te comes mi pan, te bebes mi cerveza, quemas mi leña e hilas mi lana; te pasas la vida sentado, como los holgazanes de los monjes, pero te llevas el diezmo, y ¿qué me das a cambio?

—¡Oye, oye! —balbució Pål—. ¿Acaso no es mía la sal?

—¿Cómo que tuya? Tú no fabricas sal, y si no te las hubieras ingeniado para que fuera menester recurrir al intermediario, tampoco podrías desplumarnos por comprarla. Y, en cuanto al azúcar, no me hace falta ninguna, ¡para eso tengo abejas!

—¿Acaso no es mío el hierro?

—¿Cómo que tuyo? ¿De dónde lo extraes? ¿Del arroyo? ¡Quita, hombre!

—¿Acaso no es mío el vino?

—Ya, y ¿dónde lo cultivas? ¿En los tejados? ¡Quita, hombre!

—¿Y la plata, y el oro?

—Ya me dirás para qué los querría, aunque los tuvieras. ¿Es que podría hacerme un cuchillo, un arado, una pala, una azada, un virote de plata o de oro? ¡Bah! No quiero ni oír hablar de todo eso. Todas esas cosas a las que consagras tus días son inútiles, y si no hubiera tanto necio que te comprara esa basura, ¡te morirías de hambre! Figúrate si, de buenas a primeras, los patanes de pueblo, como los llamáis vosotros, recobrasen la sensatez y no se tomaran la molestia de cambiar el grano por esa porquería tuya, ¿qué ibas a comer entonces? ¡Quita, hombre!

—¿Comer? ¡Para comer no se vive!

—No, pero *de comer* sí. Claro que el que come del pan ajeno puede permitirse además ir al hipódromo y a la casa de juego de pelota, donde se aprenden cosas muy finas; y puede permitirse imprimir libros donde se lee que cuanto hagan los holgazanes bien hecho está, y que es honroso robar siempre que, espada en mano, le pongamos un trapo a una estaca y entremos en tierra ajena al grito de «¡es la guerra!».

—Que siempre tengas que sacar a relucir la vieja historia del hipódromo… ¡Si se lo pagamos al rey en su día! ¿Por qué no vamos a poder disfrutarlo?

—¿Que lo pagasteis vosotros? Ya, y ¿cómo? La ciudad iba a costear su construcción, pero entonces vinieron las quejas: que eran malos tiempos para el comercio, que el campesino no quería comprar vuestra basura… Y ¿qué hicisteis entonces? Pues sí, ¡subir el precio de la sal! Sí, sí, lo tengo muy presente, y no te vas a ir de rositas. Así que al final fue el campesino el que pagó el hipódromo y todos vuestros caprichos, porque eso es lo que son, caprichos; que os habéis hacinado como las abejas en la colmena y no sois capaces de ver ni el sol ni la luna.

Ya empezaba a aflorar la borrachera, y Per se representó para sus adentros la imagen de los odiosos alazanes como si fueran la personificación de la frivolidad de la villa.

—Y, aunque no posees ni el pasto que podría crecerme en la barbilla, ¡te puedes permitir mantener dos alazanes! Pero ¿qué comen esos animales? ¿Azúcar y sal?

¡Quita, hombre! ¿O comerán uvas pasas y almendras? Y ¿qué hacen tus alazanes? ¿Tirar del arado, arrastrar madera? ¿Son bestias de carga? ¡Qué va! ¡Desde luego que no! Bien me sé yo lo que llevan, pero no lo voy a decir, aunque bien me sé yo que las calles de la ciudad no tienen más metros que mi huerto de nabos. Ahí lo tenéis, los holgazanes se lo pueden permitir. ¡Por todos los demonios, qué ganas me entran de ser yo también un holgazán! ¿Me oyes, mujer, no quieres ser una holgazana? Así tendremos rojos alazanes vestidos de cordobán con jaeces de botonadura de plata. Vamos, mujer, ¡a holgazanear se ha dicho!, así podremos viajar con mozos y criadas en un trineo pintado de azul, y meter las botas en bolsas de piel de nutria, y quedarnos durmiendo por la mañana con nuestro gorro de terciopelo, y beber vino español con azúcar. Venga, mujer, ¡a holgazanear se ha dicho!

A Pål le entró la furia.

—Pues me parece que no le has hecho ascos al vino español, aunque tú ni has plantado ni has pisado la uva —dijo.

Per intuía que aquello era una insolencia, pero estaba demasiado aturdido para reconocerla con claridad.

—¡El vino, dices! Oye, no te me envalentones. Recuerda, quien vaya con lengua floja ¡que tenga la espalda fuerte! El uno se suena con pañuelo de seda y el otro escupe en el suelo, pero ¡pueden picar los dos en el mismo comedero! Y aun quienes llevan cuello de encaje y oropeles en las hombreras conviene que sean suaves de lengua. Cosas peores se han visto, y también se puede bailar con un bastón que sea más corto que un cayado. ¿Qué era lo que farfullabas de no sé qué vino? ¿No me está pareciendo que te he calado? ¿Crees que no tengo qué beber? ¡Que el demonio se lleve ese vino tuyo! ¡Vamos fuera, que te vas a enterar!

Per arrojó el resto de vino que le quedaba, se levantó y salió. Las mujeres sujetaban a Pål y le suplicaban por los clavos de Cristo que se quedara; le decían que Per no tardaría en volver a su ser y que no era de recibo alterar así la paz navideña. Per era envidioso y no soportaba que nadie quedara por encima. Pål quería volver a la ciudad sin demora, pero poco a poco se dejó convencer, y empezó a participar en los juegos mientras Per seguía fuera refrescándose un poco.

No tardaron mucho en oírse unos golpecitos en la ventana, e, instantes después, en la puerta. Abrieron y entró Per envuelto en la piel de cabra y se puso a dar vueltas como si fuera un macho cabrío, y a revolotear la paja del suelo; todos se sentaron en los bancos alrededor de la mesa, ya no cabían en sí de gozo, comían y bebían en amor y compaña; hasta que cayó la noche. Y entonces se fueron a dormir.

Después de pasados los días de Navidad y con Karen y Mats ya prometidos, Pål volvió con los suyos a la ciudad; celebrarían la boda allá por el otoño siguiente si la cosecha era buena y buenas eran las ventas. Y así empezaron el nuevo año, ¡los jóvenes con sus esperanzas y los mayores con sus afanes!

Cuando cayeron las primeras nieves de noviembre, Per enganchó el caballo negro al trineo y se llevó a Mats a la ciudad para hablar de boda. La cosecha había sido

mejor de lo que osara esperar, y podría poner una cantidad más que generosa para las galas de la novia. El coche tintineaba por la carretera y Per iba de buen humor, de no ser porque era incapaz de dominar cierta inquietud ante la idea de volver a la ciudad, que llevaba diez años sin pisar, pues recordaba los sinsabores por los que le resultaba odiosa su gente; de ahí que Mats no hubiera estado nunca, así que en aquellos momentos iba camino de un lugar lleno de cosas extraordinarias, que los campesinos tan floridas le pintaban cuando de allí volvían, en unos relatos que a sus oídos sonaban como cuentos.

Les cundió el camino, porque Negrete era un buen caballo de tiro, y no tardaron mucho en oír cómo resonaba bajo los cascos el puente de Norrebro. Mats estaba extasiado de ver tanta maravilla. Aquellos edificios, tan altos como montañas, y tan juntos unos de otros.

—Figúrate —dijo— lo buenos vecinos que deben de ser, mientras que nosotros, en el campo, no somos capaces de estar en paz ni a un cuarto de milla[63] de distancia. Y ¡cuántas iglesias, qué piadosos que son! Y ¡el edificio del juzgado en el centro mismo! ¡Así puede uno pedir justicia a cualquier hora del día!

Per puso cara de disgusto y no dijo nada.

Llegaron a la puerta de peaje, que se les abrió educadamente y se cerró sin necesidad de que se bajaran. A Mats le pareció una costumbre de lo más refinada, pues sabía lo que significaba que se abrieran los portones, pero Per hizo restallar el látigo y el trotón echó a correr, que había que entrar en la villa con cierta dignidad. En ese momento oyeron un grito a su espalda y vieron que hacia ellos se apresuraban dos soldados con las alabardas apuntando al suelo, y un tercero que, agarrando a Negrete por el freno, consiguió detener el trineo.

—¿Es que pensabas darte a la fuga, palurdo del demonio? —preguntó el guardia de la puerta, que se le había acercado.

—¿Darme a la fuga? —preguntó dócilmente Per, que acababa de recordar los sinsabores de antaño.

—¡Tú cierra el pico y sígueme! —Llevaron a Negrete a las oficinas, donde los viajeros tuvieron que esperar media hora mientras inspeccionaban el trineo y tomaban nota de sus nombres. Finalmente, los dejaron entrar, aunque con la advertencia de que debían ir al paso. Cuando llegaron a la calle de Smedjegatan, los patines empezaron a cortar la piedra, pues la nieve allí se había derretido. Negrete tiraba denodadamente, pero avanzaban muy despacio, paso a paso, y no se explicaban cómo podía pesar tanto el trineo. Per azotaba a Negrete, pero el animal tiraba cuanto podía, con las patas traseras en tensión y los ramplones echando chispas al arañar el adoquinado. Mats iba mirando hacia arriba y se limitaba a admirar las cosas tan curiosas que colgaban de las fachadas de los edificios: había allí herraduras y ruedas de carro, veíanse violines, laúdes, trombones; más allá prendas de ropa, arneses, escopetas; el

panadero había colgado una rosquilla; el carpintero, una mesa; el carnicero, ¡una oveja!

—Claro, dentro se moverán con mucha estrechura —le dijo a su padre.

En ese momento, una bola de nieve le dio en la nuca y se le llevó por delante el gorro. Per y Mats se volvieron a mirar, y entonces comprobaron que toda la parte trasera del trineo y los patines iban cargados de zagales que se les habían enganchado.

—¡Largo de ahí, vamos, aire! —dijo Per.

Los muchachos le sacaron la lengua. Entonces Per sacudió el látigo en alto, pero con tan mala fortuna que el trallazo le dio en el ojo al hijo de un panadero, que llevaba una bandeja llena de bollos en el brazo, que se le cayó mientras profería unos chillidos terribles. En ésas empezó a acudir la gente, y un herrero furioso se subió al trineo y le arreó a Per tal puñetazo en la boca y la nariz que el pobre vio las estrellas:

—¡Habrase visto patán más bruto! ¡Mira que pegarle al niño! —le gritó.

Mats quería mediar y echársele encima al herrero, pero entonces tomó partido la muchedumbre. La reyerta prendió como el fuego y Mats y Per estaban ya molidos a palos cuando llegaron los guardias, interrumpieron el altercado y tomaron nota de los nombres de los dos alborotadores, a los que citaron en el juzgado.

—Esto es peor que estar en territorio enemigo —dijo Per—. Aquí no puede uno defenderse.

—Y ¿a santo de qué vienes, picabueyes? —dijo el herrero.

—Pues sí, mira, a traerte comida para que no te mueras de inanición —dijo Per.

—Vaya con el patán —dijo el herrero—. Estos pisaboñigas no saben tener modales cuando tratan con la gente. ¡Ya os enseñaré yo!

Negrete recobró la libertad y tuvo que subir la cuesta con toda la trasera del trineo cargadita de niños, que se habían instalado allí como los cuervos sobre la carroña.

—Resulta de lo más extraño —dijo Mats— que esos bribones tengan derecho a pasearse de balde.

—Ya ves, es la ley urbana, para que veas —dijo Per.

—Ya, pero la ley rural no da ese derecho.

—La ley rural no vale aquí —dijo Per.

Y mientras así discurrían, llegaron a la plaza de Stortorget. Allí paró Per el carro y se bajó. Los muchachos no quedaron muy contentos al ver que no podrían seguir subidos, pero Per les pidió por favor que fueran indulgentes. Buscaba con qué amarrar el caballo, mientras iba a preguntar por su hermano Pål, cuya dirección no conseguía recordar. Al ver un poste con aros en el centro de la plaza, pensó que no era mal sitio, y allí ató a Negrete, bajo la sonrisa burlona de un puñado de espectadores y al son de unos denuestos que no entendió. Luego se volvió al que menos sonreía y le preguntó por el comerciante Pål. Había cincuenta comerciantes Pål y otros tantos Per, así que el hombre no pudo darle razón. Como tenían hambre, Per y Mats fueron a buscar una taberna; seguro que daban con Pål, con lo importante

que era… Y tras deambular unos minutos, terminaron por recalar en la plaza de Järntorget.

Había allí un mercado de caballerías, y muchas cosas dignas de admiración.

—¡Anda, mira! —dijo Mats—. ¿No son ésos los alazanes? ¡Madre mía!

Per miraba boquiabierto. En verdad que aquéllos eran los alazanes de su hermano Pål, con los que tanto había soñado. Se le avivó en las entrañas cierto deseo pecaminoso de poseerlos, y preguntó el precio. Era tirando a alto, pero ¿y la felicidad de llegar con ellos a la puerta de la casa de su hermano? Y luego decirle al cochero: «¡Desengancha los alazanes! ¡Mete los alazanes en el establo! ¡Dales avena a los alazanes!». Y ¡los del pueblo lo mirarían con los ojos como platos cuando llegara con ellos en el tiro y con Negrete suelto detrás! Pagó en mano y al contado, y estaba feliz. Iría a buscarlos a lo largo del día. Culminó la compra con algo de comer y una cerveza en la taberna de Järntorget y supo por el vendedor dónde estaba la casa de su hermano: en el séptimo callejón perpendicular del lado izquierdo de la cuesta Tyska Brinken. Per y Mats empezaron a contar callejones desde la calle de Västra Långgatan, pero no habían llegado ni a la mitad del camino cuando no les quedó más remedio que pararse a contemplar todas las mercancías extraordinarias que había que admirar en las tiendas. Por si fuera poco, eran callejas muy estrechas y resultaba difícil abrirse paso, así que no paraban de chocarse contra los que iban a pie y en carro, y continuamente notaban empujones en la espalda y en el pecho, de modo y manera que perdían la cuenta sin remisión y tenían que volver a la plaza de Järntorget y empezar otra vez. Y después de varias vueltas, se sintieron cansados y sedientos, y entraron en una taberna. Pero, otra vez en la calle, no sabían si ir a la derecha o a la izquierda y, además, la tarde estaba oscura. Entonces se acordó Per de Negrete, al que nadie había dado forraje o agua y, tras muchas averiguaciones, llegaron a la plaza donde, en lugar de a Negrete y el trineo, de los que no había ni rastro, los esperaban dos de los guardias de la ciudad, los cuales, después de tomar nota de sus nombres, los cogieron por el pescuezo y los arrastraron a los calabozos, que allí debían pasar la noche. Per quiso defender su libertad de lo que para él no era sino un acto de violencia, pero lo abatieron y le ataron las manos a la espalda. Pidió una explicación, y le prometieron que al día siguiente la darían una tan clara que se iba a enterar. Llevaron a los dos prisioneros a una larga sala abovedada que había debajo del edificio del juzgado y que estaba llena de gente de toda edad y condición. Un farol de hierro irradiaba un tenue resplandor sobre los presos, que estaban sentados o tumbados en los bancos que había a lo largo de las paredes. Jamás en la vida habían visto hombres con esas trazas ni en semejante estado. Iban harapientos, con la cara estragada y el gesto huraño; pero, por miserable y denigrante que fuera su trance, todos tenían algo en común: el desprecio y la aversión por los recién llegados. El modo mismo en que los interpelaban era un insulto y, aun hablando ellos una lengua

descuidada, se deshicieron en burlas nada más abrir la boca el campesino.

—¡Agarra una silla y siéntate, paleto! —gritó a los recién llegados un mozo de estación medio borracho.

Al ver que Mats, sin sospechar ninguna maldad, le dio las gracias amablemente y miró alrededor en busca de unos asientos que no existían, rompieron todos a reír. El mozo, que, en razón de su fuerza física y de su condición lenguaraz, se había erigido en portavoz de todos, empezó a interrogar a los nuevos imitando el tono de un juez.

—¿Qué habéis hecho, campesinos, para ganar el honor de ingresar en esta noble sociedad?

—No hemos hecho nada de nada —respondió Mats, haciendo caso omiso de su padre, que le advertía por señas que callara.

—Anda, tú, como nosotros —dijo el mozo—. Claro que, si no hacemos nada, estamos en nuestro derecho, en cambio vosotros, campesinos, ¡estáis hechos para trabajar! Pero ¡no trabajáis! Os limitáis a revolver un poco la tierra por la primavera y luego echáis un puñado de semilla y, de vez en cuando, vais a ver cómo crece. Y ¿eso es trabajar? Luego llega el verano: entonces dedicáis vuestros días a bailar en el granero y a hartaros de beber. Después llega el otoño, entonces os metéis en la cama y os pasáis el invierno durmiendo. Y ¡a eso lo llamáis trabajar! ¡A picar piedra en Älvsborg os mandaba yo, os ibais a enterar!

—Si nos tienes envidia, ármate de valor y hazte campesino.

—¿Yo, campesino? Ni soñarlo, ¡antes me haría verdugo o pocero! ¿Envidia, dices? ¿Iba yo a tener envidia? ¿Quién lo dice? ¿Sabéis por qué estoy aquí? Yo os lo diré, ya veréis si cabe pensar que yo tenga envidia.

—Venga, pues dilo —dijo Per—. ¡Dilo!

—Sí, sí, campesino, te lo diré. ¡Por tu culpa, por tus sacos de grano! Culpa tuya es, que lo sepas, que yo esté aquí encerrado. ¿Conoces al comerciante Pål Hörning? No, claro, cómo lo has de conocer. Bueno, pues el caso es que tenía un comercio de grano; y la primavera pasada dejó que un campesino paleto lo persuadiera de que este año habría mala cosecha, así que el comerciante compró todo el grano que pudo y llenó los graneros a rebosar. Pero resulta que el campesino mentía, y la cosecha no pudo ser mejor. El grano bajó de precio y el comerciante Pål se ve ahora con el agua al cuello y ha tenido que vender los alazanes y que despedir trabajadores. Así es como me quedé en la calle y por eso he dado con mis huesos en este lugar. ¡Ya ves, por culpa de ese campesino sinvergüenza y marrullero!

Mats tenía los ojos desorbitados, y a Per lo invadió la pesadumbre.

—Lamento muchísimo oírte decir eso —dijo Per—. Pero no es culpa mía que Dios nos dé un año de bienes.

—¡Ni una palabra más! No quiero oírlo ni en sueños. ¿No es culpa tuya no darte por satisfecho y plantar tanto grano como para hundir al comerciante? Deberías contentarte con lo que hay y dejar que vivan los demás. Cuanto más lo pienso, más ganas me entran de arrearte, la verdad. ¿Le arreo un poco? ¿Eh? Venga, ¿qué decís?

Los congregados tenían opiniones divididas. Un aprendiz de zapatero se opuso a la propuesta, pues se había dado cuenta de que, cuando los campesinos recogían mucho trigo, el pan estaba más barato. El mancebo alemán, empleadillo de un almacén, no tenía nada en contra de los años de buena cosecha, porque entonces los campesinos compraban alegremente sus mercancías. Un músico ambulante, con su lira y su mono al hombro, no tenía nada en contra de que le dieran una paliza al campesino, pues los campesinos no solían llevar monedas; sin embargo, no ponía él objeciones a los años prósperos, porque entonces había mucho ir y venir de gente en el mercado. Un carnicero se ofreció a tundirlo a latigazos, pues cuando a los campesinos les venía abundante la cosecha, subían el precio del ganado. Al vendedor de leña no le gustaba la idea de hacerle daño a nadie, pero, cuando el campesino tenía un año de mucho trigo, le entraba la soberbia y se negaba a cortar leña; otra cosa eran los años de mala cosecha: entonces podía uno comer carne a diario y comprar la leña por nada. El zapatero quiso cambiar de opinión después de oír la intervención del comerciante de leña, pues él también había notado que la piel bajaba de precio cuando el campesino se veía obligado a sacrificar las vacas. El mancebo de almacén también se retractó de su primera declaración, porque la gente de ciudad, que eran sus auténticos clientes, compraban con la misma holgura sin reparar en cómo fuera el año en el campo, que ellos siempre tenían algún recurso para recuperarse de las pérdidas.

Por lo que al mozo de estación se refería, no era capaz de decidirse oyendo tantas opiniones contrarias, pero era partidario de que al campesino le cayera una buena zurra, por una cuestión de principios, y porque de eso no se ha muerto nadie. Sin embargo, cuando se acercó a Per con pasos inseguros, para ejecutar la sentencia, cayó enseguida al suelo derribado por Mats, que se había interpuesto entre los dos. Como quiera que lo único que en realidad ansiaba el mozo era descansar la cabeza, que bien que le pesaba, aprovechó la ocasión y se quedó tumbado, y, dado que nadie tenía ningún deseo de correr la misma suerte, no tardó en hacerse el silencio en la sala. Per y Mats se quitaron las pieles y las extendieron como pudieron a modo de jergón, por ver de procurarse algo de descanso aquella noche.

—Esto es como vérselas con el danés —dijo Per cuando se acurrucaron para dormir— aunque estemos con compatriotas. Pero mañana nos harán justicia.

Mats ya había perdido la fe en que la ley urbana pudiera hacer justicia, y se sentía muy abatido. Rezó en voz alta, como hacía siempre antes de dormir. Pidió por su padre, por su madre y por su prometida, y le rogó a Dios que los protegiera del fuego y de las llamas y de todos los peligros, y le pidió buenas cosechas, y autoridades buenas, y por último le pidió a Dios que protegiera a todos los hombres, a los buenos y a los malos.

Tan anómala conducta suscitó una vez más la división de opiniones entre los presentes, que ya se habían olvidado de aquella historia. El carnicero decía que eso de pedir por los enemigos era gazmoñería, pues del enemigo tiene uno que defenderse, es obligado. El zapatero advirtió alusiones a algún tipo de intención venenosa en la

plegaria por la cosecha, y eso sería tanto como pedir la perdición de nuestros semejantes, lo cual ilustraba bien el reciente suceso con el comerciante. Según el músico, no se podía rogar a Dios por la autoridad, que era quien construía las cárceles, y las cárceles resultaban caras e inútiles; lisa y llanamente, él no se explicaba qué utilidad tenían las cárceles, cuando se supone que la libertad es un derecho irrenunciable del ser humano, amén de ser el bien supremo. Él y su mono no habían tenido nunca un techo, y vivían tan a gusto, siempre y cuando gozaran de libertad. Al vendedor de leña no le gustaba que pidieran a Dios que interviniera en los seres de naturaleza ígnea y en la extinción del fuego: para eso pagaban sobradamente al vigilante. Por lo demás, pensaba que los campesinos lo habían mencionado solo porque él comerciaba con leña y le gustaba que ardiera el fuego en los hogares. Además, consideraba que la autoridad era totalmente superflua, pues si la gente no quería velar por sí misma y por lo suyo, allá ellos; la autoridad solo servía para inmiscuirse en los menesteres ajenos.

Per y Mats, que estaban cansados de las penurias y las adversidades, se durmieron en plena deliberación, y todos los presentes fueron haciendo lo propio. Y, al cabo de pocos minutos, no se oía allí otra cosa que los suspiros y los ronquidos de los que dormían. Al mono, en cambio, le costaba conciliar el sueño. Se levantó de un salto y fue revolviendo todos los bolsillos a su alcance en busca de algún mendrugo, pero nada encontró. Rebuscó entre la paja, le dio un tirón de pelo a uno de los que dormían, que soltó un grito en sueños y volvió a lo suyo. Trepó un poco y apagó el farol, pero de pronto le dio miedo la oscuridad, buscó la lira y empezó a trastearla, con lo que el músico le soltó un sopapo. Luego se conoce que se le ocurrió otra idea, buscó al mozo de estación borracho, le descosió a mordiscos los botones del abrigo y los lanzó al aire, por lo que cayeron como una lluvia sobre los durmientes. Cuando cesaron el ruido y el alboroto del repiqueteo, empezó a rasgar el abrigo del mozo en tiras muy finas, que fue uniendo hasta formar una madeja. Hecho esto, se arrodilló y juntó las manos cruzándolas tal y como había visto hacer a su dueño cuando las ventas no habían sido buenas. Acto seguido, apoyó la cabeza en la madeja y se durmió.

Per y Mats se despertaron por la mañana y se encontraron con que el carcelero estaba listo para llevarlos a la sala de vistas. Mats tenía una confianza inquebrantable en la justicia, en tanto que Per abrigaba serias dudas al respecto. Llegaron ante el juez, que tenía mucha prisa y se limitó a leer la sentencia contra Per, campesino de Spånga, acusado de: 1.º) haber tratado de eludir la vigilancia de la puerta de peaje de la villa; 2.º) haber agredido a un niño; 3.º) haber atado al caballo a la picota de la plaza mayor. La sentencia lo condenaba a una multa. Per suplicó que le permitieran explicar los hechos; el juez lo mandó callar, pues no puede uno defender su propia causa. Per preguntó quién estaba autorizado a llevar la defensa, dicho lo cual lo sacaron de la sala y tuvo que pagar la multa.

—Es la ley urbana, ¡ahí lo tienes! —le dijo a Mats una vez que hubieron salido a

la calle, y tras haber recuperado el caballo y el trineo—. Sea como fuere, ahora toca subir al trineo y volver a casa. Ya mandaremos a buscar los alazanes otro día, y mi hermano Pål tendrá que esperar, igual que tú, querido Mats. Cuando se es joven, ¡un año pasa volando!

Mats se lamentaba y suplicaba que, por lo menos, lo dejara ir a ver a Karen, pero Per se mostró inamovible, así que partieron de vuelta a casa. Pasada ya la puerta de la ciudad, Per se volvió y sacó la lengua:

—Óyeme bien —dijo—, que me lleve el demonio si vuelvo a poner el pie en este lugar. Cuando queráis algo de mí, me encontraréis en mi casa.

Ya fuera de la ciudad, llegando a Solna, Per miró extrañado a un lado y a otro, acercando la cara a las orejas del caballo.

—¡Que me lleve el demonio si no estoy viendo visiones en pleno día! Oye, Mats, ¿no vislumbras algo rojo ahí delante?

Y sí que se veía algo rojo, sí. Después de arrear a Negrete, no tardaron en alcanzar al comerciante de caballerías, que en vano se había quedado esperando a su comprador.

Pusieron así punto final al negocio y, tan orgulloso como el mismísimo comerciante Pål, enganchó Per los alazanes al trineo, ató detrás a Negrete y el viaje a casa fue como una seda. Cuando entraron en la explanada, la mujer, que estaba en el porche, creyó que era su cuñado, que llegaba de la villa. Y, al saber lo que había ocurrido, se entristeció un poco:

—¿No te lo dije yo, marido, que la gente se vuelve engreída en cuanto pone un pie en la ciudad?

Pero él estaba tan contento de verse de nuevo en casa que no oyó el parloteo de su mujer, y no menos contento estaba con sus alazanes, y la idea de que Pål se hubiera llevado un revés lo ponía de buen humor, y así iba, rezongando como para sus adentros mientras llevaba a los alazanes al establo: bien merecido lo tiene.

Pero Mats no estaba contento, pues un año era mucho tiempo, y bien sabía él que, cuando la leche empieza a cortarse, es cuestión de tiempo que se agrie.

Pål no fue a Spånga aquella Navidad, a pesar de que Per le había prometido ir a buscarlo con los alazanes: tenía muchísimo trabajo, según dijo.

Así que llegó la primavera y el grano crecía espléndido en el campo, pero, cuando se presentó el otoño, empezaron las lluvias en tiempos de cosecha. Llovió día y noche, y el grano germinó en la espiga. La paja se pudrió y se arruinó la cosecha. Per tuvo que ir a la villa a vender los alazanes. Mas de poco le valió porque, como no tenía paja, tuvo que vender también algunas reses. En todo caso, el criado volvió con los bueyes sin vender: el precio en la ciudad era muy bajo, dado que todo aquel que había tenido una mala cosecha había llevado sus bueyes a vender. Per empezó a preocuparse, pues esperaba a Pål para San Miguel. Por eso mandó que llevaran los

bueyes a Dannemora, donde sabía que podrían venderse a mejor precio.

Llegó el 29 de septiembre, día de San Miguel. La mujer estaba delante de los fogones guisando salchichas. Mats se encontraba en el pabellón de invitados, poniéndose sus mejores galas. Per no paraba de ir y venir y corría a la carretera presa del nerviosismo para ver si el criado no aparecía pronto con el dinero, pues Pål no tardaría en presentarse y él debía tener encima de la mesa la cantidad acordada. Per, que había visto los trazos de la mala suerte en lo que iba de año, tenía el vago presentimiento de que aquél no sería uno de sus días más felices. Hacía una mañana de otoño soleada, pero soplaba el viento del norte, por lo que un lado de la casa estaba caldeado mientras que en el otro hacía frío, y así se sentía Per por dentro. Estaba convencido de que el criado habría vendido los bueyes, pero le preocupaba su tardanza. No veía la hora de que llegara Pål para poder poner fin a aquella historia, pero temía su llegada. Y así iba y venía por la carretera: cuando no miraba al norte, en busca del criado, miraba al sur, por si veía a Pål; cuando no le soplaba el viento en la espalda, le soplaba en el pecho; cuando no le ardía el sol en el pecho, le ardía en la espalda. Por fin, a lo lejos, oye por el sur el retumbar de un coche en el empedrado del puente, y luego se hizo el silencio unos minutos. Per se quedó inmóvil sin apartar la vista del lado por el que quedaba la ciudad; se hizo sombra con la mano y oteó a lo lejos. Ya llegaba lo que él temía. Tenía que llegar. Vio la cabeza rojiza de dos caballos que sobresalían y, detrás, se divisó enseguida el tejado de una casa en movimiento. Era Pål, que se acercaba en un coche tirado por los dos alazanes. ¡Ahora tenía carruaje! Lo había ganado a costa de la mala cosecha; la hambruna le había devuelto los alazanes. Per sintió deseos de entrar en la casa y meter la cabeza en la lumbre, pero Pål y sus mujeres ya lo habían visto y lo saludaban agitando el pañuelo. Per se quitó el gorro y entornó los ojos fingiendo que le molestaba el sol. Mats se acercó a la carrera y abrió la puerta del coche. Como de costumbre, su madre estaba en el porche y, al ver el carruaje, empezó a inclinar la cabeza respetuosamente. Entraron luego en la casa, donde la mujer de Per había estado horneando para agasajar a la visita. Y Pål habló del estado de la carretera y de la última guerra. Y Per abordó la cuestión del diezmo eclesiástico. Su mujer habló de las salchichas que tenía en la cazuela y de las ovejas, y Mats estaba a lo suyo con Karen, así que no salieron a relucir ni la mala cosecha ni los alazanes ni ningún otro asunto que enturbiara la paz.

Después de comer, los hombres salieron a la explanada, pero Per no tenía ningún interés en enseñarle el cobertizo y el granero; y Pål se cuidó mucho de hablar de los alazanes. Al final llegó el momento de aquella cosita que Per más temía. Fue Pål quien empezó:

—Bueno, Per, ¿estás listo para cerrar el trato? Los muchachos languidecen con la espera y el tiempo vuela.

Per volvió la vista al norte, como si allí pudiera encontrar la respuesta.

—Te quedarás a cenar, ¿verdad? —dijo—. Así podemos hablar luego tranquilamente.

—¿Es que no puedes poner tu parte? —dijo Pål—. Sería un gran perjuicio, porque ¡ahora tengo varias ofertas!

—¿No iba yo a poder? El talento que me tocó en suerte no se echa a perder tan pronto como otros, y aunque no me he enriquecido con la mala cosecha, tampoco me he quedado pobre. Lo uno compensa lo otro.

—En ese caso, hermano, te agradecería que pusieras tu parte, porque querría volver a casa para cenar.

Per se puso nervioso.

—Después de la cena —respondió con calma—. Quien espera lo mucho espera lo poco y, si no ando muy equivocado, tampoco te va la vida en ello.

En ese preciso momento se oyeron cascos de caballo procedentes del norte. Per se sobresaltó y oteó a lo lejos. Allí venía el criado, a caballo, sin los bueyes, señal de que con él venía también el dinero. En tono condescendiente, continuó:

—Pero, si tan apurado estás, hermano, pongo el dinero ahora mismo.

El criado ya estaba más cerca, pero no venía solo. Iba con él un hombre armado que sujetaba el extremo de una cuerda con la que había maniatado al servidor de Per. Los caballos levantaron el polvo del camino pateando el suelo antes de detenerse. Per se quedó mudo.

—¡Alto ahí! —gritó el inspector—. El hacendado Per mandó a su criado a una venta ilícita en el campo. ¿Qué dice ante tal acusación?

—¿Dónde están mis bueyes? —preguntó Per.

—¡Confiscados! —respondió el inspector—. El próximo viaje, cuatrocientos marcos de multa. El siguiente, la muerte.

—¿Quién ha promulgado esa ley?

—¡El rey ha sido!

—Antes dictábamos las leyes nosotros mismos. ¿Cuándo renunciamos a ese derecho?

—Cuando lo decidieron el Consejo y los Señores.

—Nunca les encomendamos la misión de darle al rey permiso para robarnos los bueyes.

—Mide tus palabras, Per, ¡por Dios bendito! —le advirtió Pål.

—¡Mejor harás en callar! Sois tú y tus compinches quienes, desde la ciudad, redactáis leyes en vuestro beneficio. Así están las cosas. El rey necesita dinero para hipódromos y arcos triunfales; él exprime al comerciante, y éste, al campesino. ¿Quién puede impedirme vender donde yo quiera?

—¡La ley! —respondió el inspector—. Pero deja de gruñir, suelta a tu criado y da de comer a mis caballos.

Per se puso fuera de sí. Echó a correr hacia la casa hecho una furia. Una vez dentro, cogió un rascador, barrió con él la mesa y tiró al suelo bandejas y fuentes; abrió las ventanas, echó de allí a todos los que estaban dentro, rompió en pedazos bancos y mesas; un segundo estaba encima de la estufa y al siguiente en lo alto de

una viga; entretanto, no paraba de vociferar echando espuma por la boca; mordía trozos de vidrio, partía platos de estaño, pateaba jarras y cuencos de mantequilla que rodaban por el suelo. Luego se plantó en la puerta y dijo a gritos:

—¡Fuera de aquí, malditos ladrones! Antaño era ley lo justo, ahora la injusticia es ley. Los ladrones dictan las leyes por las que se ha de regir la gente honrada, y ahora es posible robar cumpliendo la ley. Tú, chamarilero de poca monta, que no eres capaz de crear nada de nada, pero comes mi pan, ¿sabes que, al comerlo, estás en él? Y ¡así estarías sujeto al derecho de castigo corporal, y yo podría tener derecho a azotarte! ¡Tú, lacayo de ladrones, alto cargo del monarca! ¿Qué haces tú por *ese pan* que comes? ¡Tomar nota, ya! Yo trabajo y tú tomas nota. ¡Todo lo anotáis! Si circulo por la carretera, si hago un alto, si ato el caballo, si defiendo lo mío, si azoto a un granuja, ¡vosotros tomáis nota y yo por todo tengo que pagar! ¡Que Dios padre, la Virgen María y todos los santos me conserven el juicio! Y ¡tú, coge tus caballos y a tus mujeres y llévatelas, Pål! Y ¡si asomas otra vez por mi territorio, acuérdate de mis palabras! ¡Cómprate un yerno en la ciudad, que harás un buen negocio, si es que puedes endilgarle a tu hija a alguno de tus amigos! Me habéis hundido, pero no pienso quedarme aquí hasta que me pudra, como dijo la vieja que se cayó en el cementerio. Y ¡amén! ¡Amén y gracias a Dios por todo lo bueno y todo lo malo y amén en nombre de Jesús!

Pero Pål y sus mujeres ya habían entrado en el cobertizo y habían enganchado los caballos. Cuando cruzaron la verja, dijo Pål:

—¡Pobre Per, que ha perdido el juicio!

Pål y Per no volvieron a verse nunca más. Y Mats no llegó a casarse con Karen, y nadie lo pudo remediar, porque así eran las cosas, y nadie podía cambiarlas, y aún hoy siguen como estaban.

La fiera

Relato navideño

Nikolái S. Leskov

(1883)

Traducción

Fernando Otero Macías

Nikolái Semiónovich Leskov (1831-1895) nació en la aldea de Gorojovo (Rusia central), hijo de un funcionario judicial y de una aristócrata sin fortuna. Obligado a ganarse la vida ya en la adolescencia, a la temprana muerte de su padre, trabajó primero como éste de escribiente en el juzgado de lo penal de su ciudad y después como agente comercial en Kiev, a las órdenes de un tío político. Este empleo le obligó a viajar por toda Rusia, lo que le permitió conocer a fondo un sinfín de leyendas y costumbres populares. En 1861 se trasladó a San Petersburgo y empezó a colaborar en medios periodísticos. En 1862 apareció su primer relato de ficción, *El bandido*, y en 1864 su primera novela extensa, *Sin salida*, que por su carácter «antinihilista» le valió la enemistad de los círculos progresistas, reforzada años después con la aparición de otra novela del mismo signo, *Enemigos mortales* (1870-1871). En contrapartida, en 1874 obtuvo un puesto en el Ministerio de Instrucción Pública y poco después otro en el de Hacienda; sin embargo, la publicación en 1878 de *Pequeños detalles de la vida episcopal*, de corte satírico y anticlerical, le hizo perder sus cargos oficiales. La breve novela *El peregrino encantado* (1873) y narraciones como *Lady Macbeth de Mtsenk* condensan lo mejor de su estilo, tan admirado por Maksim Gorki, Walter Benjamin o Thomas Mann. En la década de 1880 se identificó con la espiritualidad tolstoiana y reelaboró historias y leyendas de los primeros siglos del cristianismo. Murió en San Petersburgo en 1895.

«La fiera» («Zver») se publicó en el suplemento navideño de la *Revista de A. Gatsuk*, Moscú, 1883. La Navidad como ocasión festiva puede derivar, como en este cuento, en un cúmulo de crueldades; pero al final señalar también el camino de la redención.

La fiera

Relato navideño

Y las fieras escuchaban la palabra sagrada.
Vida del anacoreta Serafim

I

Mi padre fue en su época un célebre juez instructor. Le encomendaban muchos asuntos importantes, por lo que a menudo tenía que ausentarse de casa, donde nos quedábamos mi madre y yo con la servidumbre.

Por entonces, mi madre era aún muy joven, y yo era un chiquillo.

Cuando ocurrió el suceso que me propongo contar ahora, tenía tan solo cinco años.

Era invierno, un invierno muy crudo. Había tales heladas que por la noche las ovejas morían de frío en los establos, y los gorriones y las chovas caían ateridos sobre la tierra congelada. En aquel tiempo, mi padre se encontraba en Yelets por obligaciones de su cargo y ni siquiera para Navidad había prometido regresar a casa, así que fue mamá la que se dispuso a viajar a su encuentro, para no dejarle solo en una festividad tan bonita y alegre. A mí, en vista de las terribles heladas, mi madre no quiso llevarme en un viaje tan largo y me dejó en casa de su hermana, mi tía, casada con un terrateniente de la provincia de Oriol que no tenía muy buena fama. Era un hombre muy rico, viejo y cruel. Los rasgos dominantes de su carácter eran la ruindad y la severidad, y eso era algo que él no lamentaba lo más mínimo, sino que, por el contrario, hacía incluso ostentación de tales atributos que, en su opinión, servían para poner de manifiesto la fuerza viril y la inflexible firmeza del espíritu.

Hacía todo lo posible para que esa misma virilidad y firmeza se desarrollase en sus hijos, uno de los cuales era de mi edad.

Todos temían a mi tío, y yo más que nadie, porque él pretendía que también en mí «se desarrollara la virilidad» y, en una ocasión, cuando tenía tres años, durante una tormenta espantosa que me hizo pasar verdadero terror, me dejó solo en un balcón y cerró la puerta, para que me sirviera de lección y le perdiera el miedo a las tormentas.

Como es comprensible, yo acudía a casa de semejante anfitrión sin ningún entusiasmo y con no poco temor, pero repito que entonces tenía cinco años, y mis deseos no se tomaban en consideración y no había más remedio que someterse a las circunstancias.

II

En la hacienda de mi tío había una enorme casona de piedra que recordaba un castillo. Era un edificio de dos plantas, pretencioso pero sin gracia, deforme incluso, con una cúpula circular y una torre acerca de la cual se contaban historias aterradoras. En un tiempo vivió allí el padre del actual propietario, y más tarde en sus aposentos se instaló una botica. Por algún motivo, también esto se consideraba terrorífico, pero lo más aterrador de todo era que, en la parte superior de la torre, en el hueco arqueado de una ventana, se habían tendido unas cuerdas, formándose de ese modo una «arpa eólica», como allí la llamaban. Cuando el viento corría entre las cuerdas de este caprichoso instrumento, éstas emitían unos sonidos tan impredecibles como, a menudo, extraños, que podían ir desde el rumor sordo y compacto hasta los lamentos inquietos y desacordes o el zumbido frenético, como si a través de ellas pasara volando todo un enjambre de espíritus en fuga, dominados por el terror. A nadie de aquella casa le gustaba el arpa, y todos pensaban que le decía algo al terrible señor, y que éste no se atrevía a replicar, volviéndose por ello cada vez más despiadado y cruel… Lo que se había podido advertir sin ninguna clase de dudas era que, si durante la noche se desataba la tempestad y el arpa de la torre resonaba de tal modo que los sonidos atravesaban los estanques y los parques y llegaban hasta la aldea, entonces el amo no dormía en toda la noche y se levantaba a la mañana siguiente sombrío y severo, y daba alguna orden cruel que hacía que los corazones de sus numerosos siervos se encogieran aterrorizados.

Uno de los principios de la casa consistía en que a nadie se le perdonara jamás culpa alguna. Era ésta una regla que nunca se alteraba, no solo con las personas, sino también incluso con los animales, grandes o pequeños. Mi tío no quería saber nada de la compasión, algo que no le gustaba, pues lo consideraba una debilidad. La severidad inmutable le parecía superior a cualquier género de condescendencia. Por eso en la casa, así como en las numerosas aldeas pertenecientes a este rico hacendado, reinaba perpetuamente una profunda tristeza que compartían gentes y animales.

III

Mi difunto tío era un ferviente aficionado a la caza con perros. Marchaba a caballo en compañía de sus galgos, persiguiendo lobos, liebres y zorros. Además, en sus cacerías intervenían unos perros especiales que capturaban a los osos. A estos perros los llamaban *piavki*[64]. Se aferraban a la fiera de tal modo que no había manera de separarlos de ella. Una vez que el perro, con sus dientes, había hecho presa en el oso

podía suceder que éste lo matara de uno de sus terribles zarpazos o que lo partiera en dos, pero nunca ocurría que el perro se desprendiese de la fiera estando vivo.

Actualmente, cuando solo se caza a los osos en batidas o haciendo uso de jabalinas, parece que la raza de los *piavki* se ha extinguido en Rusia, pero en la época a la que me estoy refiriendo esos perros se encontraban en casi todas las cacerías importantes y bien organizadas. Por entonces había también gran cantidad de osos en nuestras comarcas, y su caza constituía una magnífica diversión.

Cuando se capturaba una familia completa de osos, sacaban del cubil a los oseznos pequeños y se los llevaban. Normalmente los tenían cautivos en un gran cobertizo de piedra, con unas ventanas pequeñas practicadas en el propio tejado. Se trataba de ventanas sin cristales, únicamente con unos gruesos barrotes de hierro. Los oseznos, uno tras otro, solían encaramarse hasta ellos y se colgaban, sujetándose de los hierros con sus zarpas prensiles provistas de grandes uñas. Solo de ese modo conseguían asomarse desde su encierro al libre mundo de Dios.

A nosotros, cuando nos sacaban a pasear antes de la comida, lo que más nos gustaba era acercarnos al cobertizo a mirar los graciosos hocicos de los oseznos que se asomaban entre los barrotes. Kolberg, el preceptor alemán, sabía cómo darles pedacitos de pan en la punta de un palo, y nosotros los reservábamos de nuestro desayuno con este fin.

Quien se ocupaba de los osos y les daba de comer era un joven perrero llamado Ferapont, aunque, como este nombre les resultaba difícil de pronunciar a las gentes sencillas le llamaban «Jrapón[65]», o, más a menudo, «Jraposhka». Me acuerdo muy bien de él: Jraposhka era un joven de estatura mediana, muy hábil, fuerte y valiente, de unos veinticinco años. Jrapón pasaba por ser un buen mozo: tenía la piel blanca y sonrosada, rizos morenos y unos grandes ojos saltones, también oscuros. Además, era extraordinariamente decidido. Su hermana Annushka, que era una de las niñeras, nos contaba unas historias divertidísimas sobre la valentía de su intrépido hermano y sobre su insólita amistad con los osos, en compañía de los cuales dormía en el cobertizo en invierno y en verano, de modo que ellos le rodeaban por todas partes y le ponían la cabeza encima, como si fuera una almohada.

Delante de la casa de mi tío, detrás de un amplio parterre circular y rodeado de una verja pintada, había un ancho portón, enfrente del cual, entre dos lienzos de muro, habían plantado un tronco alto, recto, completamente liso, que llamaban el «mástil». En lo alto de este mástil habían instalado un pequeño entarimado o, como allí lo llamaban, un «templete».

Entre los oseznos cautivos escogían siempre a uno «sabio», aquel que parecía ser más listo y que por su carácter inspiraba más confianza. A éste lo apartaban del resto de sus compañeros para que viviera en libertad, es decir, le permitían andar por el patio y por el parque, aunque en general tenía que montar guardia junto al poste situado frente al portón. Ahí pasaba la mayor parte de su tiempo, bien tendido sobre la paja al pie del mástil, bien sentado o dormido en el «templete», adonde trepaba

para no ser importunado por las personas fastidiosas y los perros.

Únicamente unos cuantos osos podían llevar esa vida libre, los especialmente listos y mansos, y aun así no durante toda su vida, sino solo hasta que empezaban a manifestar sus instintos animales, inadecuados para la vida en sociedad, esto es, en tanto en cuanto se comportaban de un modo pacífico y no tocaban ni a las gallinas, ni a los gansos, ni a los terneros, ni a las personas.

El oso que turbaba la tranquilidad de los habitantes era de inmediato condenado a muerte, y nada podía librarlo de esta sentencia.

IV

El encargado de escoger al «oso sabio» era Jrapón. Como era quien tenía una relación más asidua con los oseznos, y se le consideraba un gran conocedor de su naturaleza, estaba claro que solo él podía hacerlo. El propio Jrapón habría respondido de su elección si ésta no hubiera sido acertada, pero ya a la primera oportunidad seleccionó para esta función a un oso asombrosamente capacitado y listo, al que habían puesto un nombre poco común: en Rusia a los osos generalmente los llaman Mishka, pero éste tenía el mote español de Sganarel. Llevaba ya cinco años viviendo en libertad y todavía no había hecho ninguna «travesura». Cuando decían de un oso que «hacía travesuras», querían decir que ya había manifestado su naturaleza animal mediante algún tipo de comportamiento agresivo.

Entonces, al «travieso» lo encerraban durante una temporada en el «foso» excavado en un extenso claro entre la era y el bosque, y al cabo de cierto tiempo lo liberaban en el claro (él mismo salía trepando por una viga) y allí lo cazaban con «*piavki* jóvenes» (o sea, con cachorros algo crecidos de perros destinados a la caza del oso). Si los cachorros no eran capaces de capturarlo y había algún riesgo de que el animal se escapara al bosque, dos de los mejores cazadores, que esperaban «a escondidas» en la retaguardia, se arrojaban sobre él con una jauría de perros selectos y experimentados, y ahí se acababa la historia.

Pero en el caso de que estos perros resultaran tan torpes como para que el oso consiguiera abrirse paso en dirección a «la isla» (o sea, el bosque), que comunicaba con la vasta región boscosa de Briansk, entraría en acción un tirador especial provisto de una larga y maciza carabina Kuchenreiter y, apuntando sobre un soporte, le dispararía una bala mortal.

Jamás había ocurrido que un oso hubiera superado todos estos peligros, pero la mera idea resultaba espantosa: en tal caso, a todos los que hubieran tenido alguna culpa les esperaría un castigo mortífero.

V

La inteligencia y la formalidad de Sganarel habían permitido que la diversión descrita, o sea, la ejecución de osos, no hubiera tenido lugar desde hacía ya cinco largos años. En ese tiempo, Sganarel tuvo la posibilidad de crecer y se convirtió en un gran oso, un oso hecho y derecho, con una fuerza, belleza y destreza fuera de lo común. Se distinguía por su hocico corto y redondo y por su constitución notablemente proporcionada, gracias a la cual recordaba más a un colosal perro de lanas que a un oso. La parte trasera era más bien enjuta y estaba cubierta de un pelo brillante y poco crecido, pero los hombros y la parte superior del dorso estaban fuertemente desarrollados y recubiertos de una pelambre larga y espesa. También la inteligencia de Sganarel era como la de un perro de lanas y tenía algunas habilidades que resultaban admirables en un animal de su especie: podía, por ejemplo, caminar perfectamente y con gran facilidad sobre sus dos patas traseras, moviéndose hacia delante y hacia atrás; sabía tocar el tambor y marchaba con un gran palo, pintado como un fusil; también, de buena gana y hasta con sumo gusto, acarreaba junto a los aldeanos enormes sacos hasta el molino y, con su peculiar elegancia, se ponía en la cabeza, de un modo harto cómico, un sombrero campesino alto y puntiagudo, con una pluma de pavo real o un haz de paja a modo de penacho.

Pero llegó el momento fatídico: también con Sganarel, la naturaleza animal reclamó lo que era suyo. Poco antes de que yo llegara a casa de mi tío, el manso Sganarel cometió de pronto una serie de fechorías, cada una de ellas, por añadidura, más grave que la anterior.

El programa de actuaciones delictivas de Sganarel fue igual que en todos los demás casos: como primera lección, agarró a un ganso del ala y se la arrancó; después echó su zarpa al lomo de un potrillo que corría detrás de una yegua y le partió el espinazo; finalmente, como no le hacían gracia un viejo ciego y su lazarillo, Sganarel se dedicó a hacerlos rodar por la nieve, y después les pisoteó los brazos y las piernas.

Al ciego y a su lazarillo los trasladaron al hospital y, en cuanto a Sganarel, a Jrapón le ordenaron llevárselo y encerrarlo en el foso, del cual no había más que una salida: la ejecución…

Anna, mientras nos cambiaba por la noche a mí y a mi primo, que era también un niño pequeño por aquel entonces, nos contó que durante el traslado de Sganarel hasta el foso, donde debería aguardar la ejecución de su sentencia de muerte, se produjeron escenas de gran patetismo. Jrapón no tuvo que atravesar los labios de Sganarel con un anillo «de castigo» ni recurrir a la menor violencia contra él, sino que le bastó con decir:

—Vamos, animal, acompáñame.

El oso se levantó y echó a andar, y hasta estuvo gracioso: cogió su sombrero con el penacho de paja y recorrió todo el camino hasta el foso abrazado a Jrapón, como dos amigos.

Y lo cierto es que eran amigos.

VI

A Jrapón le daba mucha pena de Sganarel, pero no podía ayudarlo de ningún modo. Hay que recordar que allí donde todo esto ocurría jamás se le perdonaba ninguna falta a nadie, y Sganarel, tras haberse desacreditado, debía pagar irremediablemente sus inclinaciones con una muerte cruel.

La fecha de su caza quedó fijada para que sirviera como entretenimiento de sobremesa a los invitados que solían reunirse en casa de mi tío por Navidad. Se adoptaron las medidas necesarias para la cacería desde el momento mismo en que se le ordenó a Jrapón que se llevara al culpable Sganarel y lo encerrara en el foso.

VII

A los osos los encerraban en el foso de una manera bastante sencilla. La trampilla o portezuela del foso la solían tapar con ramas secas, de poco peso, dispuestas sobre unas varas frágiles, y cubrían esta techumbre con nieve. Se trataba de camuflarlo todo de forma que el oso no advirtiera la trampa traicionera que le habían tendido. Conducían al dócil animal hasta este lugar y lo obligaban a avanzar. Daba uno o dos pasos y de improviso se desplomaba en el hondo foso, del cual no había escapatoria alguna. El oso se quedaba ahí encerrado hasta que llegaba el momento de cazarlo. Entonces introducían en el foso una larga viga, de unas siete arshinas[66], en posición oblicua, y el oso salía al exterior trepando por la viga. A continuación, daba comienzo la cacería. Si ocurría que el sagaz animal, presintiendo su desgracia, no quería salir, lo sacaban a la fuerza: bien lo molestaban mediante unas largas pértigas con afiladas puntas de hierro, bien arrojaban paja ardiendo o hacían disparos de fogueo con fusiles y pistolas.

Jrapón se llevó a Sganarel y lo dejó encerrado, bajo arresto, valiéndose del procedimiento ya descrito, pero regresó a casa muy turbado y afligido. Para su desgracia —le contó a su hermana—, la fiera le había seguido «amigablemente», y, cuando se desplomó entre las ramas y cayó en el foso, se quedó sentada allí en el fondo y, colocando las zarpas delanteras a modo de manos, empezó a gemir, exactamente igual que si se hubiera puesto a llorar.

Jrapón le confesó a Anna que se había alejado del foso a todo correr, para no oír los tristes gemidos de Sganarel, porque esos gemidos le atormentaban el alma y no

podía soportarlos.

—Gracias a Dios —añadió— no seré yo quien me vea en la obligación de dispararle si intenta escapar, sino otros. Y si me lo ordenaran a mí, estaría dispuesto a sufrir cualquier suplicio, pero en ningún caso le dispararía.

VIII

Anna nos contó todo esto a nosotros, y nosotros se lo contamos al preceptor Kolberg, y Kolberg se lo comunicó a mi tío, ya que deseaba hacerse notar ante él por cualquier medio. Mi tío le escuchó atentamente y dijo: «¡Muy bien, Jraposhka!», y dio luego tres palmadas.

A renglón seguido, mi tío mandó llamar a su ayuda de cámara, Ustín Petróvich, veterano prisionero francés del año 12[67].

Ustín Petróvich, o sea, Justin, se presentó con su atildado frac de color lila con botones plateados, y mi tío le dio la orden de que en la «partida» prevista para el día siguiente, es decir, en la cacería de Sganarel, se situaran como tiradores ocultos Flegont —un tirador reputadísimo que nunca fallaba un disparo— y, además de él, Jraposhka. Por lo visto, mi tío quería divertirse a costa del arduo combate interior del pobre muchacho. Pues, si no disparaba contra Sganarel o erraba el tiro a propósito, a él, por supuesto, le iba a costar caro, y a Sganarel lo abatiría con un segundo disparo Flegont, el cual nunca fallaba un tiro.

Ustín inclinó la cabeza y se marchó a transmitir la orden, y nosotros, los niños, caímos en la cuenta de que habíamos provocado una desgracia y de que era éste un asunto gravísimo, que solo Dios sabía cómo iba a acabar. Después de todo esto, no disfrutamos como correspondía ni de la deliciosa cena de Nochebuena, que se celebraba «al brillar la primera estrella» y que servía a la vez de comida y de cena, ni de los invitados que llegaban para pasar la noche, algunos de los cuales venían también con niños.

Estábamos tristes por Sganarel y tristes también por Ferapont, y ni siquiera éramos capaces de decidir a cuál de los dos compadecíamos más.

Nosotros dos, o sea, el primo de mi edad y yo mismo, estuvimos mucho rato revolviéndonos en la cama. Los dos tardamos en quedarnos dormidos, y luego dormimos inquietos y dando gritos, porque soñábamos con el oso. Y cuando una niñera intentó calmarnos, diciendo que no había que temer al oso porque estaba encerrado en el foso y al día siguiente lo iban a matar, entonces me dominó una angustia aún mayor.

Incluso le pedí a la niñera que me aclarara la siguiente duda: ¿era posible rezar por Sganarel? Pero semejante pregunta superaba la capacidad de discernimiento religioso de la buena mujer, así que ella, bostezando y persignándose los labios, respondió que en verdad no sabía nada de esto, porque nunca se lo había preguntado

al sacerdote, aunque, de todos modos, el oso también es una criatura del Señor y había navegado con Noé en el arca.

Me pareció que la alusión a la navegación en el arca llevaba más o menos a la conclusión de que la infinita misericordia divina puede hacerse extensiva no solo a las personas, sino también a las restantes criaturas de Dios, y yo, con mi fe infantil, me arrodillé en mi cama y, con la cara pegada a la almohada, rogué a la Divina Majestad que no se diera por ofendida con mi ardiente súplica y que salvara a Sganarel.

IX

Llegó el día de Navidad. Nos vistieron a todos de fiesta y fuimos con los preceptores y las ayas a tomar el té. En la sala, además de una gran cantidad de parientes e invitados, había varios miembros del clero: un sacerdote, un diácono y dos sacristanes.

Cuando entró mi tío, el clero empezó a entonar el *Cristo ha nacido*. Después vino el té, a continuación un ligero desayuno y a las dos se celebró la comida festiva. Justo después de la comida estaba previsto ir a cazar a Sganarel. No había tiempo que perder, porque en esa época del año anochece temprano, y en la oscuridad la caza es imposible y el oso puede perderse de vista fácilmente.

Todo se llevó a cabo tal y como estaba previsto. En cuanto nos levantamos de la mesa mandaron que nos cambiaran de ropa para llevarnos a la cacería de Sganarel. Nos pusieron unas pellizas de liebre y unas botas gruesas, hechas de lana de cabra, con suelas enteras, y nos ordenaron subir a los trineos. Junto a las entradas de la casa, en ambos lados, había ya un buen número de trineos tirados por troikas, grandes y alargados, engalanados con alfombras de bellos motivos, y también había allí dos mozos de cuadra sujetando de la brida al alazán inglés de mi tío, llamado Presumido.

Mi tío apareció con un arjaluk[68] de zorro y un gorro picudo, también de zorro, y, en cuanto montó en su silla, cubierta de una negra piel de oso, con las cinchas y el petral adornados con turquesas y «cabecitas de serpientes», nuestra enorme caravana echó a andar y al cabo de diez o quince minutos ya habíamos llegado al lugar de la cacería, donde nos colocamos formando un semicírculo. Se les dio media vuelta a los trineos, que quedaron orientados hacia el campo nevado, llano y espacioso, circundado por una línea de cazadores montados a caballo y rodeado a lo lejos por el bosque.

En el bosque mismo se habían preparado unos escondrijos, unos puestos ocultos entre los matorrales, y allí era donde tenían que apostarse Flegont y Jraposhka.

Estos escondrijos no resultaban visibles: únicamente, algunos señalaban hacia unos soportes casi indistinguibles, desde los cuales uno de los tiradores tendría que apuntar y disparar sobre Sganarel.

El foso en el que estaba el oso era también indistinguible, y a nosotros no nos quedaba más alternativa que la de fijarnos en los vistosos jinetes, quienes llevaban colgadas a la espalda armas de diversas clases, a cual más bonita: había Strabus suecas, Morgenrat alemanas, Mortimer inglesas y Kolet varsovianas.

Mi tío estaba montado en su caballo, por delante de la línea de cazadores. Le habían cedido la traílla de dos de los más feroces y mejor compenetrados *piavki,* y colocó ante ellos, en el armazón de la silla, sobre la gualdrapa, un pañuelo blanco.

Los perros jóvenes, para cuyo adiestramiento había sido condenado a muerte el culpable Sganarel, eran incontables y tenían una actitud en extremo presuntuosa, exhibiendo su fogosa impaciencia y falta de control. Gruñían, ladraban, daban saltos y se enredaban con las traíllas alrededor de los caballos, en los que estaban montados los perreros, vestidos de uniforme. Éstos hacían restallar continuamente sus látigos para que los perros jóvenes, que estaban fuera de sí de impaciencia, los obedecieran. Era una masa en ebullición, ansiosa de lanzarse sobre la fiera, cuya cercanía, naturalmente, habían detectado los perros gracias al fino olfato de que están dotados.

¡Había llegado la hora de sacar a Sganarel del foso y librarlo a la carnicería!

Mi tío agitó el pañuelo blanco colocado sobre la cubierta de la silla y dijo:

—¡Adelante!

X

Del grupo de cazadores que formaban el estado mayor de mi tío se adelantó una decena de individuos y avanzó por el medio del campo.

Tras recorrer unos doscientos pasos se detuvieron y empezaron a levantar de la nieve una viga larga y no muy gruesa, que hasta ese momento no nos había sido posible ver desde lejos.

Esto ocurría al lado mismo del foso donde estaba Sganarel, y que tampoco habíamos podido distinguir desde nuestra posición alejada.

Levantaron el madero y acto seguido lo introdujeron por uno de sus extremos en el foso. Lo dejaron colocado con una leve inclinación, de manera que la fiera pudiera salir sin dificultades a lo largo de él, como si fuera una escalera.

El otro extremo de la viga se apoyaba sobre el borde del foso, a partir del cual sobresalía una arshina.

Todas las miradas estaban pendientes de esta operación preliminar, que nos acercaba al momento más interesante. Esperábamos que Sganarel hiciera su aparición en el exterior de un momento a otro, pero, por lo visto, había comprendido de qué se trataba y no pensaba moverse por nada del mundo.

Dio comienzo el hostigamiento en el interior del foso, a base de bolas de nieve y de pértigas con puntas afiladas; se oían bramidos, pero el animal no salía del foso. Se hicieron algunos disparos de fogueo, apuntando directamente al foso; Sganarel se

limitó a rugir con más furia, pero seguía, igual que antes, sin aparecer.

Entonces, desde detrás de la línea de cazadores, se acercó al galope un vulgar trineo destinado al transporte de estiércol, tirado por un solo caballo, cargado con un montón de paja de centeno seca.

El caballo era alto y flaco, de esos que se utilizaban en los establos para transportar el forraje desde la era, pero, a pesar de su vejez y de su delgadez, volaba levantando la cola y erizando la crin. Sin embargo, era difícil determinar si el brío presente constituía un resto de su antigua audacia juvenil o si era, más bien, fruto del terror y la desesperación que la proximidad del oso había infundido en el viejo caballo. Al parecer, la segunda explicación era más verosímil, porque el caballo estaba embridado no solo con un bocado de hierro, sino además con un penetrante cordel, por culpa del cual los labios grises del animal aparecían malheridos y ensangrentados. El caballo no paraba de correr y se movía de un lado a otro con tal frenesí que el mozo que lo conducía tiraba de su cabeza hacia arriba con la cuerda, al tiempo que, con la otra mano, lo fustigaba sin piedad con una gruesa nagaika.

Pese a todo, la paja fue dividida en tres montoncitos, a los que prendieron fuego en un momento, e inmediatamente los arrojaron al foso, todavía ardiendo, por tres sitios distintos. Tan solo quedó libre de las llamas la parte donde estaba colocada la viga.

Resonó un bramido rabioso, ensordecedor, en el que parecía mezclarse un gemido, pero… el oso seguía sin aparecer…

Hasta nuestra altura llegó el rumor de que Sganarel se había «chamuscado» de arriba abajo y se había tapado los ojos con las zarpas, y que se había tumbado en un rincón, bien aplastado contra el suelo, para que «no lo pudieran mover».

El caballejo de los labios heridos retrocedió al galope una vez más… Todos pensaron que iba a buscar una nueva remesa de paja. Entre los espectadores se alzó un murmullo de desaprobación: cómo era posible que los organizadores de la cacería no hubieran pensado en proveerse de una cantidad suficiente de paja para que hubiera de sobra. Mi tío se enojó y gritó algo que yo fui incapaz de descifrar en medio de la agitación que entonces cundía entre la gente, agitación redoblada por los aullidos de los perros y el restallar de los látigos.

Pero, aunque todo esto transmitía una impresión de desorden, había en ello, no obstante, cierto método, y una vez más el caballejo, dando sacudidas y resoplando, regresaba a la carrera hacia el foso donde estaba tendido Sganarel; pero no traía paja: el que venía ahora montado en el trineo era Ferapont.

La furibunda orden que había dado mi tío consistía en que hicieran bajar a Jraposhka al foso y que él personalmente sacara de allí a su amigo, para que pudieran cazarlo…

XI

Así que allí estaba Ferapont sobre el terreno. Parecía muy turbado, pero actuó con firmeza y decisión. Sin oponer la menor resistencia a la orden de su señor, cogió del trineo la cuerda que acababa de usarse para sujetar la paja y la ató por uno de sus extremos a una muesca que había en la parte superior de la viga. Tomó en su mano el resto de la cuerda y, agarrándose a ella, empezó a bajar al foso por la viga, manteniendo el equilibrio…

El aterrador bramido de Sganarel se calmó y fue reemplazado por un gemido sordo.

El animal parecía quejarse a su amigo del cruel trato que había recibido de la gente; pero de pronto también este gemido dejó paso a un silencio absoluto.

—Está abrazando a Jraposhka y dándole lametazos —gritó uno de los individuos que estaban al borde del foso.

Entre el público instalado en los trineos, algunas personas dieron un suspiro, otras torcieron el gesto.

A muchos les empezaba a dar pena del oso, y su caza, evidentemente, no auguraba grandes deleites. Pero estas sensaciones pasajeras se vieron bruscamente interrumpidas por un nuevo acontecimiento, aún más inesperado y que iba a originar un nuevo patetismo.

A través de la portezuela del foso apareció, como si surgiera del infierno, la cabeza rizada de Jraposhka con su gorra redonda de cazador. Para trepar hasta el exterior volvió a valerse del mismo procedimiento que había empleado para bajar, de modo que Ferapont subió de pie por la viga, ayudándose en su ascensión con la cuerda que estaba firmemente atada por su extremo de fuera. Pero Ferapont no salió solo: a su lado, estrechamente abrazado a él y con su gran garra peluda colocada sobre sus hombros, salió también Sganarel… El oso no venía de buen talante y se le veía desmejorado. Extenuado, víctima no tanto, al parecer, de padecimientos físicos cuanto de una penosa conmoción moral, recordaba vivamente al rey Lear. Miraba de reojo con sus ojos inyectados en sangre, llenos de rabia y de ira. Al igual que Lear, iba desgreñado, y algunas partes de su cuerpo estaban quemadas, mientras que en otras se le habían quedado pegadas briznas de paja. Por añadidura, como aquel desdichado monarca coronado, también Sganarel, por una asombrosa coincidencia, había conservado algo que recordaba a una corona. Tal vez por simpatía a Ferapont, o tal vez por casualidad, traía apretada bajo el brazo la gorra que Jraposhka le había proporcionado y que el oso llevaba en el momento en que aquél le empujó, muy a su pesar, al interior del foso. El oso había conservado este regalo de su amigo y… ahora, cuando su corazón había hallado cierta calma momentánea con los abrazos del amigo, nada más poner el pie en tierra se sacó de debajo del brazo la gorra, deslucida por los

malos tratos, y se la puso en la coronilla…

Esta ocurrencia hizo reír a muchos, pero a otros, en cambio, les resultó muy penoso verlo. Hubo incluso quienes se dieron la vuelta apresuradamente para no ver al animal, al cual le aguardaba ahora una muerte cruel.

XII

Mientras tanto, al tiempo que sucedía todo esto, los perros empezaron a dar alaridos y a soliviantarse, fuera ya de todo control. Ni siquiera el látigo era ahora capaz de ejercer su influencia sobre ellos. Los cachorros y los viejos *piavki*, al ver a Sganarel, se alzaron sobre sus patas traseras y, aullando y jadeando con voces roncas, se ahogaban en sus collares de piel cruda; en aquel momento, Jraposhka regresaba a todo correr con el jamelgo a su puesto oculto en el bosque. Sganarel se había quedado solo una vez más y daba tirones con su zarpa de forma impaciente, pues la cuerda que había dejado Jraposhka, y que estaba sujeta a la viga, se le había enredado por casualidad. El animal, evidentemente, quería desenredarla o romperla a toda prisa y alcanzar a su amigo; pero el oso, por muy avispado que fuera, tenía al fin y al cabo una habilidad osuna, y Sganarel no lograba soltarse, sino que cada vez apretaba con más fuerza el nudo contra su zarpa.

Al ver que las cosas no le salían como quería, Sganarel dio un tirón de la cuerda para romperla, pero la cuerda era fuerte y resistió y, en cambio, la viga pegó un brinco y se quedó de pie en el foso. Al advertirlo, el oso se giró y, en ese mismo instante, dos *piavki*, apartados de la jauría y a los que habían soltado de la traílla, lo alcanzaron, y uno de ellos se lanzó como un rayo y clavó sus aguzados dientes en el lomo del animal.

Sganarel estaba tan entretenido con la cuerda que no se esperaba este ataque, y en un primer momento fue mayor su asombro ante tamaña insolencia que su enfado; pero medio segundo más tarde, cuando el perro quiso clavar otra vez los dientes para ahondar en la presa, logró quitárselo de encima de un zarpazo y lo arrojó muy lejos, despanzurrado. Allí mismo, sobre la nieve ensangrentada, cayeron sus entrañas, mientras el otro perro, en aquel preciso instante, era aplastado por la pata trasera del oso… Pero lo más terrible de todo, y lo más inesperado, fue lo que ocurrió con la viga. Cuando Sganarel hizo el movimiento violento con su zarpa para liberarse del perro que había hecho presa en él, arrancó también del foso, con esa misma acción, la viga a la que estaba firmemente atada la cuerda, y aquélla salió volando recta por el aire. Al tensarse la cuerda, la viga empezó a dar vueltas alrededor de Sganarel, como alrededor de un eje, y, trazando con uno de los extremos una línea en la nieve, ya en el primer giro destrozó y dejó en el sitio no a dos ni a tres, sino a toda una jauría de perros adultos. Algunos de ellos aullaban y se debatían agitando sus patas entre la nieve, mientras que otros daban un tumbo y al instante se quedaban tiesos.

XIII

Fuera porque el animal era sobradamente inteligente para darse cuenta de que había caído en su poder un arma magnífica o fuera porque la cuerda que sujetaba su zarpa le cortaba de forma muy dolorosa, lo cierto es que lanzó un rugido y, agarrando firmemente la cuerda con esa misma zarpa, sacudió con tal fuerza la viga que ésta se alzó en posición horizontal, en una dirección que era prolongación de la zarpa sujeta por la cuerda, y zumbó como solo podría hacerlo una descomunal peonza en movimiento. Todo lo que se cruzara en su camino quedaría inevitablemente hecho añicos. En caso de que la cuerda, en un punto cualquiera de su extensión, no fuera lo bastante sólida y se rompiera, la viga, despedida por la fuerza centrífuga, volaría a una gran distancia, sabe Dios hasta dónde, y en ese vuelo aniquilaría a cualquier ser vivo que encontrara a su paso.

Todos nosotros, tanto las personas que allí estábamos como los caballos y los perros, en todos los círculos y líneas, corríamos un tremendo peligro y, naturalmente, todo el mundo deseaba, en aras de su propia vida, que la cuerda con la que Sganarel hacía girar su formidable honda fuera resistente. Pero, en todo caso, ¿qué clase de final se podía esperar de todo aquello? Por lo demás, nadie quería aguantar hasta el final, salvo unos cuantos cazadores y los dos tiradores que estaban apostados en los escondrijos del bosque. Al resto del público, es decir, a todos los invitados y parientes de mi tío, llegados para asistir a este entretenimiento en calidad de espectadores, no les parecía en absoluto divertido lo que había ocurrido. Estaban espantados, y mandaron a los cocheros que se alejaran a toda velocidad de la zona de peligro, y en completo desorden, agolpándose y adelantándose los unos a los otros, volaron hacia la casa.

En medio de aquella carrera caótica y precipitada se produjeron por el camino algunos choques, algunas caídas, unas cuantas risotadas y no pocos sobresaltos. A los que se caían del trineo les daba la impresión de que la viga se desprendía de la cuerda y pasaba silbando sobre su cabeza, y de que la enfurecida fiera iba en su persecución.

Pero los huéspedes, una vez que llegaron a la casa, pudieron tranquilizarse y recuperarse; en cambio, aquellos pocos que se quedaron en el lugar de la cacería vieron algo mucho más espantoso todavía.

XIV

No era posible mandar ningún perro en pos de Sganarel. Estaba claro que, mientras contara con el arma terrible de la viga, podría vencer a una gran cantidad de perros sin sufrir él el menor daño. Pero el oso, haciendo girar su viga, y dando él mismo

vueltas detrás, se encaminaba resueltamente hacia el bosque, y era precisamente aquí donde le esperaba la muerte, en los puestos secretos, donde estaban Ferapont y el tirador infalible, Flegont.

Una bala bien dirigida podría acabar con todo de forma fácil y segura.

Pero el destino protegió asombrosamente a Sganarel: una vez que se había cruzado en los asuntos de la fiera parecía querer salvarla a toda costa.

Justo cuando llegaba Sganarel a la altura de los puestos de tiro, donde se destacaban, apuntando hacia él, los cañones de las carabinas Kuchenreiter de Jraposhka y de Flegont, colocadas sobre los soportes; justo en aquel preciso momento la cuerda que controlaba el vuelo de la viga se rompió de improviso y… como flecha arrojada por el arco, la viga salió disparada hacia un lado, mientras el oso, al perder el equilibrio, cayó y empezó a rodar hacia el lado contrario.

Ante los ojos de quienes estaban en el campo se alzó de pronto un nuevo cuadro, vivo y aterrador: la viga derribó el soporte y todo el entramado tras el que se ocultaba secretamente Flegont, y luego, saltando por encima de él, se clavó por su otro extremo en un montón de nieve distante y allí se quedó hundida. Tampoco Sganarel perdió el tiempo; después de dar tres o cuatro volteretas fue a caer justamente detrás del parapeto de nieve donde estaba Jraposhka…

Sganarel le reconoció al instante: le echó encima el aliento de su cálido hocico, quería lamerle con su lengua; pero, de pronto, desde el lado opuesto, donde estaba Flegont, se oyó el chasquido de un disparo y… el oso escapó hacia el interior del bosque, y Jraposhka… perdió el sentido.

Le levantaron y examinaron: le había herido una bala, atravesándole el brazo, aunque en su herida también había algunos pelos de oso.

Flegont no perdió por ello la reputación de ser el mejor tirador, ya que había disparado precipitadamente con una carabina pesada y sin soporte, sobre el cual podría haber apuntado mejor. Además, había ya muy poca luz, y el oso y Jraposhka estaban demasiado juntos…

En esas condiciones, un disparo como aquél, que apenas se había desviado unos milímetros de su objetivo, debía considerarse admirable en su género.

En cualquier caso, Sganarel se había escapado. No era posible perseguirlo por el bosque esa misma noche y, para cuando llegara la mañana siguiente, en el espíritu de aquel cuya voluntad era allí la única ley se habría ya impuesto un talante completamente distinto.

XV

Mi tío regresó al concluir la frustrada cacería arriba descrita. Estaba furioso y se mostraba más severo que de costumbre. Antes incluso de apearse del caballo, en el porche, ya había dado una orden: al día siguiente, al amanecer, había que buscar el

rastro de la fiera y rodearla para impedir que se escondiese.

Una cacería bien dirigida debería haber tenido, naturalmente, un resultado totalmente diferente.

Se esperaban a continuación sus disposiciones concernientes al herido Jraposhka. Todos compartían la opinión de que la suerte que le aguardaba habría de ser terrible. En el mejor de los casos era culpable de negligencia por no haber clavado su cuchillo de cazador en el pecho de Sganarel cuando ambos se encontraron, saliendo el animal indemne tras el abrazo. Pero, más allá de esto, existían fuertes y, por lo visto, bien fundadas sospechas de que Jraposhka había actuado de mala fe, y en el momento fatídico, de forma deliberada, no había querido alzar su mano contra su peludo amigo y lo había dejado libre.

La amistad entre Jraposhka y Sganarel, por todos conocida, daba una gran verosimilitud a esta hipótesis.

No solo pensaban de ese modo todos los que habían participado en la cacería: también los demás huéspedes hacían entonces idénticos comentarios.

Nosotros seguíamos atentamente las conversaciones de los mayores, reunidos al caer la tarde en el salón, donde encendían para nosotros en esta época un abeto ricamente adornado, y compartíamos tanto las sospechas generalizadas como el temor generalizado a lo que le esperaba a Ferapont.

Sin embargo, de buenas a primeras, procedente del recibidor por donde mi tío había pasado para ir desde el porche hasta su habitación, hasta «sus aposentos», llegó al salón el rumor de que no había ninguna orden relativa a Jraposhka.

—Pero esto ¿será o no será por su bien? —susurró una voz, y aquel susurro, en medio de la profunda tristeza del ambiente, resonó en todos los corazones.

Llegó también a oídos del padre Alekséi, anciano sacerdote rural, portador de la Cruz de Bronce del año 12[69]. El propio anciano dio un suspiro y dijo, también en un susurro:

—Roguemos al Cristo que acaba de nacer.

Nada más pronunciar estas palabras, él mismo y todos cuantos allí estábamos, niños y adultos, señores y criados, nos persignamos. Y en el momento oportuno. No habíamos bajado todavía los brazos cuando las puertas se abrieron de par en par y entró mi tío con un pequeño bastón en la mano. Iba acompañado por sus dos galgos favoritos y su ayuda de cámara, Justin. Éste le llevaba en una bandejita de plata su fular blanco y su tabaquera redonda con el retrato de Pablo I.

XVI

A mi tío le colocaron un sillón Voltaire sobre una pequeña alfombra persa, delante del abeto, en mitad de la sala. Se sentó en ese sillón sin decir nada y cogió, también sin decir nada, el fular y la tabaquera que Justin le ofreció. Enseguida, los dos perros se

tumbaron a sus pies, y apoyaron en éstos sus largos hocicos.

Mi tío vestía un arjaluk de seda azul, con unos bordados de realce que servían como broches, ricamente adornados con unas hebillas blancas de filigrana y una turquesa de gran tamaño. Sostenía en las manos su bastón, fino pero sólido, de genuino cerezo caucasiano.

El bastón le venía ahora muy bien, porque, en el curso del tumulto que se había producido en la cacería, ni siquiera Presumido, un caballo perfectamente adiestrado, había sabido mantener la calma: se había movido inquieto hacia un lado, aplastando contra un árbol la pierna de su jinete.

Mi tío sentía un fuerte dolor en aquella pierna e incluso cojeaba levemente.

Esta nueva circunstancia, por descontado, tampoco podía aportar nada bueno a su corazón enfurecido e irritable. Por añadidura, también resultó desagradable que todo el mundo se hubiese callado al hacer mi tío su aparición. Como le ocurre a la mayoría de las personas suspicaces, era algo que no podía soportar; y el padre Alekséi, que lo sabía muy bien, se apresuró a corregir la situación lo mejor que pudo, aunque solo fuera para romper aquel siniestro silencio.

Como estábamos a su lado, el sacerdote nos hizo una pregunta al grupo de niños: ¿entendíamos el sentido de la canción *Cristo ha nacido*? Resulta que no solo nosotros, sino tampoco los mayores, la comprendían apenas. El sacerdote empezó a explicarnos las palabras: «glorificad», «acoged», «enalteceos», y al llegar al significado de esta última, él mismo se enalteció mansamente de corazón y de espíritu. Empezó a hablar del presente, que, también ahora, al igual que «en aquel tiempo», cualquier pobre criatura puede ofrecer ante el pesebre «del niño que ha nacido», haciéndolo con más valor y dignidad que cuando los magos de la Antigüedad le ofrecieron oro, incienso y mirra. Nuestro presente es nuestro corazón, enmendado de acuerdo con sus enseñanzas. El anciano sacerdote habló del amor, del perdón, del deber que todos tenemos de consolar tanto a los amigos como a los enemigos «en el nombre de Cristo»… Y me parece que en aquella hora sus palabras fueron persuasivas… Todos entendíamos adónde quería ir a parar, todos le escuchábamos con un sentimiento especial, como rogando que esas palabras alcanzaran su objetivo, y en los ojos de muchos de los presentes temblaron unas hermosas lágrimas…

De repente algo cayó al suelo… Era el bastón de mi tío. Se lo recogieron, pero él no prestó atención: estaba sentado, inclinado hacia un lado, y por fuera del sillón le colgaba una mano, en la que sostenía una turquesa grande de los broches. Pero también dejó caer la turquesa… y nadie se apresuró a recogerla.

Todas las miradas estaban fijas en su rostro. Había pasado algo asombroso: ¡estaba llorando!

El sacerdote apartó suavemente a los niños y, mientras se acercaba a mi tío, lo bendecía en silencio con la mano.

Mi tío levantó la cara, cogió la mano del anciano y de forma inesperada se la besó

delante de todo el mundo, y pronunció débilmente:

—Gracias.

Al instante le dirigió una mirada a Justin y mandó llamar a Ferapont.

Éste se presentó pálido, con el brazo vendado.

—¡Ven aquí! —le ordenó mi tío y le señaló la alfombra.

Jraposhka se acercó y se arrodilló.

—De pie… ¡Levántate! —dijo mi tío—. Te perdono.

Jraposhka volvió a echarse a sus pies. Empezó a decir mi tío con una voz nerviosa, emocionada:

—Tú amabas a ese animal como poca gente es capaz de amar a una persona. Me has conmovido y me has superado en magnanimidad. Te hago saber que voy a ser clemente contigo: te doy la libertad y te entrego cien rublos para el camino. Ve a donde quieras.

—Le doy las gracias, pero no voy a ningún sitio —exclamó Jraposhka.

—¿Qué?

—No voy a ningún sitio.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—En vista de su clemencia, deseo servirle con total libertad y de forma más honorable que por miedo y a la fuerza.

Mi tío pestañeó, con una mano se llevó a los ojos el fular blanco, y con la otra, tras inclinarse hacia delante, abrazó a Ferapont, y… todos comprendimos que debíamos ponernos de pie, y también cerramos los ojos… Ya habíamos tenido ocasión de sentir que allí se había glorificado al Altísimo y que la concordia había exhalado su aroma fragante en el nombre de Cristo, ocupando el lugar del severo temor.

Esto repercutió también en la aldea, adonde enviaron unos calderos de cerveza. Se hicieron hogueras de fiesta y todo el mundo se divirtió, y se decían en broma unos a otros:

—Últimamente han pasado aquí cosas tan raras que también la fiera se habrá retirado del mundo para glorificar a Cristo.

A Sganarel no lo buscaron. Ferapont, como ya se ha dicho, obtuvo la libertad, pronto sustituyó a Justin al servicio de mi tío, y no solo fue su leal servidor, sino también su leal amigo hasta la muerte. Fue él quien cerró con sus propias manos los ojos de mi tío, y también él quien lo enterró en Moscú, en el cementerio de Vagankovo, donde hasta ahora se conserva intacto su monumento. Allí mismo, a sus pies, yace también Ferapont.

Ahora ya no hay nadie que le lleve flores, pero en los cuartuchos de Moscú y en los profundos bosques hay personas que se acuerdan de un anciano alto, de pelo blanco, que, de forma casi milagrosa, era capaz de descubrir dónde se hallaba el verdadero sufrimiento, y sabía presentarse allí a tiempo o enviar, y nunca con las manos vacías, a su buen servidor de ojos saltones.

Esos dos bonachones, de quienes tantas cosas se podrían contar, eran mi tío y su Ferapont; a éste, en broma, el anciano señor le llamaba «el domador de la fiera».

Markheim

Robert Louis Stevenson

(1884)

Traducción

Celia Filipetto

Robert Louis Stevenson (1850-1894) nació en Edimburgo, hijo único de un próspero ingeniero de una familia de constructores de faros. Aunque todos esperaban que siguiera la profesión familiar, se le permitió estudiar Derecho; pero, al terminar la carrera en 1875, tenía ya muy clara su vocación de escritor. Aquejado ya por entonces de una enfermedad respiratoria de la que nunca se desprendería, viajó por Francia y conoció el mundo literario y artístico. Sus primeros libros fueron precisamente crónicas de viaje: *An Inland Voyage* (1876) y *Viajes con una burra* (1897). Enamorado de la norteamericana Fanny Osbourne, cruzó el Atlántico y todo el continente hasta California para casarse con ella, según dejaría constancia en *El emigrante por gusto* (1894) y su continuación, *Across the Plains* (1894). Sin embargo, fue el universo de sus ficciones el que cautivó su siglo y, desde entonces, la posteridad: entre sus inolvidables creaciones cabe mencionar *La isla del tesoro* (1883), *La flecha negra* (1883), *Secuestrado* (1886), *El doctor Jekyll y el señor Hyde* (1886), además de numerosos relatos breves, como los recogidos en *Las nuevas mil y una noches* (1882). Constante viajero, a la vez por espíritu de aventura y por motivos de salud, se instalaría en 1889 en Upolu, una isla de los Mares del Sur. De esa época son *Los traficantes de naufragios* (1892), *Bajamar* (1894) y los ensayos *En los Mares del Sur* (1894). Al morir, fue enterrado en la cima del monte Vaea.

«Markheim», uno de los relatos más inquietantes de su autor, fue escrito para la *Pall Mall Gazette* en 1884 y se incluyó un año después en *The Broken Shaft: Tales of Mid-Ocean*, antología publicada en el *Unwin's Christmas Annual*. En 1887 formaría parte del volumen *The Merry Men and Other Tales and Fables* (Chatto & Windus, Londres). Como *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, es un denso y oscuro episodio sobre la predestinación y la libertad humana para evitar el mal; solo que éste está ambientado… el día de Navidad.

—Sí —dijo el anticuario—, encontrará aquí gangas de diversos tipos. Ciertos clientes son ignorantes, entonces saco provecho de mi conocimiento superior. Otros son poco honrados —y levantó la vela para que la luz alumbrara mejor a su visitante—, en cuyo caso —prosiguió— echo mano de mi virtud.

Markheim acababa de entrar de las calles iluminadas por la luz del día y sus ojos aún no se habían acostumbrado a la mezcla de brillo y oscuridad de la tienda. Al oír esas palabras mordaces y ante la proximidad de la llama, parpadeó dolorosamente y miró hacia otro lado.

El anticuario rió entre dientes.

—Viene a verme usted el día de Navidad —prosiguió—, cuando sabe que estoy solo en mi casa, coloco los postigos y me empeño en rechazar más transacciones. Pues bien, pagará usted por ello; pagará por hacerme perder el tiempo cuando debería estar cuadrando mis libros; pagará, además, por cierta actitud que hoy noto muy claramente en usted. Soy la discreción personificada, no hago preguntas incómodas; pero, cuando un cliente es incapaz de mirarme a los ojos, ha de pagar por ello. —El anticuario rió otra vez entre dientes; después, con su tono comercial de siempre, aunque conservando una pizca de ironía, añadió—: ¿Podrá usted, como de costumbre, ofrecer una explicación clara de cómo ha llegado el objeto a su poder? —Y añadió—: ¿Todavía la vitrina de su tío? ¡Notable coleccionista, señor!

Y el anticuario, menudo, pálido, de hombros redondeados, se puso casi de puntillas, y, mirando por encima de las gafas con montura de oro, asintió con la cabeza exhibiendo todos los signos de la desconfianza. Markheim respondió a su mirada con otra de pena infinita y un punto de horror.

—Esta vez —dijo— se equivoca usted. No he venido a vender sino a comprar. No tengo ningún objeto curioso del que desprenderme; la vitrina de mi tío está vacía, apenas quedan los paneles de madera; aunque siguiera intacta, me ha ido bien en la bolsa, y es más probable que la llene y no lo contrario, además, el recado que hoy me trae por aquí es bien simple. Busco un obsequio de Navidad para una dama —prosiguió, hablando con más soltura al atacar el discurso que traía preparado—, y desde luego le debo todo tipo de disculpas por molestarlo por un asunto tan banal. Pero ayer lo pasé por alto y debo entregar este pequeño detalle en la cena de esta noche, y, como usted bien sabe, un buen matrimonio no es algo que se pueda pasar por alto.

Siguió una pausa durante la cual el anticuario pareció sopesar incrédulamente esta declaración. El tictac de muchos relojes entre los curiosos trastos viejos de la tienda, y el trajinar apenas perceptible de los coches en una calle cercana, llenaron el intervalo de silencio.

—Bien, señor —dijo el anticuario—, así sea. Al fin y al cabo es usted un antiguo cliente, y, si como dice, tiene la oportunidad de casarse bien, no es mi intención ser un obstáculo. He aquí un bonito objeto para una dama —siguió diciendo—, este espejo de mano; siglo XV, garantizado; además, proviene de una buena colección; pero me reservo el nombre en interés de mi cliente, que era exactamente como usted, mi querido señor, sobrino y único heredero de un notable coleccionista.

Mientras esto decía con su voz penetrante y seca, el anticuario se había agachado para sacar el objeto de su sitio, y, una vez lo hubo hecho, el asombro recorrió a Markheim, un respingo de la mano y el pie, un salto repentino de muchas y tumultuosas pasiones en la cara. Pasó tan veloz como había llegado, y no dejó más rastro que un leve temblor de la mano que ahora recibía el espejo.

—Un espejo —dijo con voz ronca, calló y repitió más claramente—: ¿Un espejo? ¿Para Navidad? ¿No lo dirá en serio?

—¿Por qué no? —rebatió el anticuario—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim se quedó mirándolo con una expresión indefinible.

—Y ¿usted me pregunta por qué no? ¡Vaya, mire aquí, mire en el espejo, mírese! ¿A usted le gusta lo que ve? ¡No! Ni a mí, ni a ningún hombre.

El hombrecito había retrocedido de un salto cuando Markheim lo había puesto frente al espejo con tanta brusquedad; pero ahora, al darse cuenta de que no había nada peor en puertas, rió entre dientes y dijo:

—Señor mío, ha de ser muy poco favorecida su futura esposa.

—Le pido un obsequio de Navidad —dijo Markheim—, y usted me ofrece esto… este maldito recordatorio de los años, los pecados y las insensateces… ¡esta conciencia de mano! ¿Lo ha hecho en serio? ¿En qué estaba usted pensando? Dígamelo. Más le vale que me lo diga. Vamos, hábleme de usted. Aventuraré una respuesta, ¿no será que en secreto es usted un hombre muy caritativo?

El anticuario observó con atención a su compañero. Era muy extraño. Markheim no daba la impresión de estar riéndose; en su cara se adivinaba como un ansioso destello de esperanza, pero ningún alborozo.

—¿Qué está usted insinuando? —preguntó el anticuario.

—¿No es caritativo? —replicó Markheim—. No es caritativo, no es pío, no es escrupuloso, no ama, no es amado, es una mano que recibe dinero, una caja de caudales para guardarlo. Y ¿nada más? Hombre, por Dios, y ¿nada más?

—Se lo diré —comenzó a decir el anticuario, mordaz, y luego se interrumpió con otra risita entre dientes—. Pero ya veo que lo suyo es un matrimonio por amor, y que ha estado bebiendo a la salud de la dama.

—¡Ah! —gritó Markheim y preguntó con extraña curiosidad—: ¿Ha estado enamorado alguna vez? Cuénteme.

—¡Enamorado! —gritó el anticuario—. ¡Enamorado yo! Nunca he tenido tiempo, tampoco lo tengo hoy para estas tonterías. ¿Se va a llevar el espejo?

—¿A qué viene tanta prisa? —replicó Markheim—. Es muy agradable estar aquí

hablando; y la vida es tan corta e incierta que no me alejaría corriendo de ningún placer, no, ni siquiera de uno tan moderado como éste. Más bien deberíamos aferrarnos, aferrarnos a lo poco que nos toca, como un hombre al borde de un precipicio. Pensándolo bien, cada segundo es un precipicio, un precipicio de más de mil metros de altura, la suficiente, si caemos, para despojarnos por completo de todo viso de humanidad. Por tanto, es mejor hablar a gusto. Hablemos de nosotros, ¿por qué llevar esta máscara? Entremos en confianza. Quién sabe, quizá podríamos llegar a ser amigos.

—He de decirle una sola cosa —dijo el anticuario—. ¡Haga su compra o márchese de mi tienda!

—Cierto, cierto —dijo Markheim—. Basta de tonterías. Al grano. Enséñeme otra cosa.

El anticuario se agachó de nuevo, esta vez para devolver el espejo a su estante, y al hacerlo, el fino pelo rubio le cayó sobre los ojos. Markheim se acercó un poco más, con una mano en el bolsillo del sobretodo; se irguió y llenó los pulmones; en su cara se reflejaron al mismo tiempo muchas emociones distintas: terror, horror y determinación, fascinación y repulsión física, y, a través de un movimiento alucinado del labio superior, asomaron los dientes.

—Quizá esto sea adecuado —observó el anticuario y, cuando empezó a incorporarse, Markheim se abalanzó sobre su víctima por la espalda. La daga, larga como un espetón, brilló y cayó. El anticuario se resistió como una gallina, se golpeó la sien contra un estante y luego se desplomó.

En aquella tienda el tiempo contaba con un montón de vocecitas, algunas majestuosas y lentas como correspondía a su avanzada edad; otras parlanchinas y presurosas. Todas ellas cantaban los segundos en un complicado coro de tictacs. Después, el paso de un muchacho, corriendo ruidosamente por la acera, se impuso a esas voces más pequeñas y sobresaltó a Markheim, que tomó conciencia de donde estaba. Miró a su alrededor con espanto. La vela seguía en el mostrador, su llama solemne mecida por la corriente; y, con ese desdeñable movimiento, toda la tienda se llenó de un ajetreo silencioso y siguió balanceándose como un mar: las sombras alargadas asentían, los densos manchones de oscuridad se henchían y menguaban como si respirasen, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana cambiaban temblorosos como imágenes en el agua. La puerta interior estaba entornada, y con una larga rendija de luz escudriñaba en aquella alianza de sombras como un dedo acusador.

De esos vagabundeos atenazados por el miedo, los ojos de Markheim regresaron al cuerpo de su víctima, donde yacía encogido y despatarrado, increíblemente pequeño y mucho más tacaño que en vida. Con ese atuendo pobre y miserable, en esa postura torpe, el anticuario era como un montón de serrín. Markheim había temido verlo, y hete aquí que no era nada. Sin embargo, mientras miraba, ese fardo de ropa y el charco de sangre empezaron a hallar voces elocuentes. Ahí debía seguir; nada

accionaría los ingeniosos goznes ni obraría el milagro de la locomoción, ahí debía seguir hasta que lo encontraran. ¡Encontrarlo! Sí, y ¿entonces? De su carne muerta se alzaría un grito que resonaría en toda Inglaterra y llenaría el mundo con los ecos de la persecución. Sí, vivo o muerto, seguía siendo el enemigo. «Hubo un tiempo en que, saltados los sesos», pensó, y le quedó grabada la tercera palabra. Tiempo, ahora que el hecho estaba consumado; el tiempo, concluido para la víctima, se había vuelto inmediato y trascendental para el asesino.

La idea seguía rondándolo cuando, un toque tras otro, con toda variedad de ritmos y voces —una profunda como la campana de la torre de la catedral, otra tocando con sus notas atipladas el preludio de un vals— los relojes comenzaron a dar las tres de la tarde.

El súbito clamor de tantas lenguas en aquella estancia muda lo dejó pasmado. Empezó a agitarse, a ir de acá para allá con la vela, atribulado por las sombras en movimiento, con el alma en un hilo en cuanto veía el menor reflejo. En muchos espejos suntuosos, algunos hechos en el país, otros en Venecia o Ámsterdam, vio su cara repetida infinidad de veces, como un ejército de espías; sus propios ojos detectaban su presencia; y sus propios pasos, por más que pisara suavemente, perturbaban el silencio reinante. Aun así, mientras se seguía llenando los bolsillos, su pensamiento lo acusaba con escalofriante insistencia por los miles de errores cometidos. Tendría que haber elegido una hora más tranquila; tendría que haber preparado una coartada; tendría que haber utilizado un cuchillo; tendría que haber sido más cauteloso, limitarse a atar y amordazar al anticuario, y no matarlo; tendría que haber sido más osado y matar también a la criada; tendría que haberlo hecho todo de otro modo: arrepentimientos dolorosos, incesante y agotadora pugna del pensamiento por alterar lo inalterable, por planificar lo que ahora era inútil, por ser arquitecto del pasado irrevocable. Entretanto, y detrás de toda esa actividad, miedos cervales, como el correteo de las ratas en un desván vacío, llenaron de protestas los más remotos recovecos de su cerebro; la mano del agente de policía caería con todo el peso sobre su hombro, y sus nervios se estremecerían como un pez prendido del anzuelo; o veía pasar al galope el banquillo de los acusados, la cárcel, la horca y el ataúd negro.

El miedo a las personas de la calle se instaló en él cual ejército sitiador. Era imposible, pensó, que el ruido del forcejeo no hubiese llegado a sus oídos y despertado su curiosidad; y ahora, en todas las casas vecinas, adivinaba a sus habitantes sentados e inmóviles, el oído aguzado, gentes condenadas a pasar la Navidad solas, sin más compañía que los recuerdos del pasado. Y ahora obligadas a abandonar tan tierna ocupación; familias felices interrumpían la fiesta para guardar silencio alrededor de la mesa, la madre con el dedo en alto: gentes de toda condición, edad y talante, pero todas ellas junto a sus hogares, husmeando y escuchando y tejiendo la soga con la que sería colgado. A veces tenía la sensación de no poder moverse sin hacer ruido; el tintineo de las altas copas de Bohemia resonaba como el

tañido de una campana; y, sobresaltado por la grandeza de los tictacs, estuvo tentado de parar los relojes. Y después, en una rápida mutación de sus miedos, el silencio mismo era como una fuente de peligro, capaz de golpear e inmovilizar al viandante; y entonces caminaba con mayor audacia, trajinaba ruidosamente entre los objetos de la tienda, y con complicada bravuconería imitaba los movimientos de un hombre atareado y a gusto en su propia casa.

Pero ahora se sentía zamarreado por tantas alarmas diferentes que, mientras una parte de su cabeza conservaba la atención y el ingenio, la otra temblaba al borde de la locura. Una alucinación en particular se impuso con fuerza a su credulidad. El vecino que, con cara pálida, escuchaba junto a su ventana, el viandante que se detenía en la acera asaltado por una horrible conjetura, en el peor de los casos, podían sospechar, pero no saber; a través de las paredes de ladrillo y las ventanas con los postigos cerrados solo podían entrar los sonidos. Pero aquí, en el interior de la casa, ¿estaba solo? Sabía que sí; había visto salir a la criada a ver al novio, modestamente emperifollada, llevaba escrito «es mi día libre» en cada sonrisa y en cada lazo. Sí, estaba solo, por supuesto; sin embargo, en la casa vacía que pesaba sobre él, alcanzaba a oír con claridad el rumor de unos pasos delicados; fue consciente, inexplicablemente consciente de una presencia. Ah, sí, con la imaginación la seguía por todos los cuartos y rincones de la casa, y ahora era una cosa sin rostro, y tenía, sin embargo, ojos para ver; luego era su propia sombra, y después era la imagen del anticuario muerto insuflada de astucia y odio.

A veces, con gran esfuerzo, conseguía echar un vistazo a la puerta abierta que parecía seguir repugnando a sus ojos. La casa era de dos plantas, el tragaluz pequeño y sucio, el día cegado por la niebla; y la luz que llegaba a la planta baja era sumamente tenue, tocaba ya muy débil al umbral de la tienda. Sin embargo, en aquella franja de dudosa claridad, ¿no se estremecía acaso una sombra?

De pronto, desde la calle, un caballero muy jovial se puso a golpear con el bastón la puerta de la tienda, acompañaba los golpes de gritos y chanzas en las que llamaba sin cesar al anticuario por su nombre. Paralizado de miedo, Markheim echó un vistazo al muerto. Pero ¡no! Seguía inmóvil en el suelo, había huido lejos donde no alcanzaba a oír esos golpes y gritos, hundido en la profundidad de mares de silencio; y su nombre, que en otros tiempos habría llamado su atención en medio del aullido de la tormenta, era ahora un sonido vacío. El jovial caballero no tardó en dejar de llamar a la puerta y alejarse.

Era una indirecta muy clara para que despachara lo que quedaba por hacer, se alejara de ese barrio acusador, se sumergiera en un baño de multitudes londinenses y alcanzara, al llegar al final del día, ese remanso de seguridad e inocencia aparente: su cama. Había venido un visitante, en cualquier momento otro podía llegar y ser más obstinado. Haber cometido la acción y no recoger las ganancias supondría un fracaso por completo detestable. El dinero, ésa era ahora la preocupación de Markheim, y para llegar a él, las llaves.

Miró por encima del hombro hacia la puerta abierta, donde la sombra seguía estremeciéndose; y, sin que repugnara a su conciencia, aunque con el estómago algo revuelto, se acercó al cuerpo de su víctima. La humanidad lo había abandonado por completo. Como un traje medio relleno de afrecho, en el suelo yacían los miembros desperdigados, el tronco doblado; aun así, aquella cosa le repelía. Aunque a simple vista era sucio y desdeñable, temía que al tocarlo adquiriese mayor trascendencia. Agarró el cadáver por los hombros y lo puso boca arriba. Era extrañamente ligero y flexible, y los miembros, como si hubiesen sido fracturados, caían en unas posturas de lo más raras. La cara había sido despojada de toda expresión; pero estaba pálida como la cera, y una de las sienes, espantosamente manchada de sangre. Aquélla fue para Markheim una desagradable circunstancia. En un instante lo devolvió a un día de feria en una aldea de pescadores: un día gris, un viento silbante, una multitud en la calle, el estruendo de los metales, el retumbar de los tambores, la voz nasal de un cantante de baladas; y un niño que iba de acá para allá, sepultado en la multitud y dividido entre el interés y el miedo, hasta que, al desembocar en el lugar principal de la explanada, vio una caseta y una gran pantalla con dibujos de terrible factura y colores chillones: Brownrigg con su aprendiz; los Manning y su huésped asesinado; Weare en el momento de morir a manos de Thurtell; e infinidad de crímenes famosos. Aquello le resultó tan claro como una ilusión; volvió a ser aquel niño, a mirar una vez más, con la misma sensación de asco, aquellas viles imágenes, a sentirse otra vez aturdido por el redoble de tambores. Le vino a la memoria un compás de la música de aquel día, y, al recordarlo, por primera vez, lo invadió un escrúpulo de conciencia, una oleada de náusea, una súbita debilidad en las articulaciones; era preciso resistirse a ellas y dominarlas.

Juzgó más prudente enfrentarse a estas reflexiones que huir de ellas, mirando con más coraje la cara muerta, doblegando su entendimiento para que reconociera la naturaleza y la grandeza de su crimen. Apenas un momento antes esa cara había reaccionado a cada cambio del sentimiento, esa boca pálida había hablado, ese cuerpo había ardido de energías domeñables; y ahora, a causa de su acción, ese trozo de vida se había detenido, como el relojero, interponiendo el dedo, detiene el latido del reloj. De este modo discurría en vano; no conseguía que le remordiera más la conciencia; el mismo corazón que había temblado ante las figuras pintadas del crimen contemplaba esta realidad sin conmoverse. Como mucho, Markheim sintió un destello de piedad por alguien que había sido dotado en vano de todas esas facultades capaces de hacer del mundo un jardín encantado, alguien que jamás había vivido y ahora estaba muerto. Pero arrepentimiento, no, ni por asomo.

Y así, desprendiéndose de tales reflexiones, buscó las llaves y fue hacia la puerta abierta de la tienda. Fuera, había empezado a llover con fuerza; el ruido del chaparrón sobre el tejado había desterrado el silencio. Como en una cueva empapada, las estancias de la casa se vieron recorridas por un eco incesante que llenaba los oídos y fue a mezclarse con el tictac de los relojes. Cuando Markheim se acercó a la puerta,

como respuesta a sus cautas pisadas creyó oír los pasos de otros pies subiendo las escaleras. La sombra aún palpitaba libre en el umbral. Markheim se armó de toda su determinación y obligó a sus músculos a abrir del todo la puerta.

La luz tenue y nebulosa brillaba trémula en el suelo y las escaleras desnudas, en la armadura reluciente colocada en el descansillo con la alabarda en la mano, en las tallas de madera oscura, en los cuadros enmarcados que colgaban sobre los paneles amarillos del revestimiento de madera. El repiqueteo de la lluvia resonaba con tal fuerza por toda la casa que, en los oídos de Markheim, comenzó a diferenciarse en mil sonidos. Pasos y suspiros, las zancadas de los regimientos marchando a lo lejos, el tintín de monedas al ser contadas y el chirrido de las puertas entreabiertas furtivamente parecieron mezclarse con el tamborileo de las gotas contra la cúpula y el gorgoteo del agua en las tuberías. La sensación de que no estaba solo se afianzó en él llevándolo al borde de la locura. Las presencias lo acosaban y lo rodeaban por todos los flancos. Markheim las oía moverse en las estancias de arriba; y en la tienda oía al muerto levantarse; y, cuando con gran esfuerzo comenzó a subir las escaleras, sintió unos pasos que lo precedían silenciosos y otros que lo seguían sigilosos. Si hubiese estado sordo, pensó Markheim, ¡qué sencillo habría sido dominarse! Y acto seguido, escuchando con renovada atención, dio gracias por ese sentido incansable que defendía los puestos avanzados y, cual fiel centinela, vigilaba su vida. Markheim movía el cuello sin cesar; los ojos, que parecían salírsele de las órbitas, buscaban por doquier y en todas partes se veían medio recompensados por la cola de algo abominable que desaparecía. Los veinticuatro peldaños que llevaban al piso de arriba fueron veinticuatro calvarios.

En la primera planta las puertas estaban entornadas, tres de ellas, como tres emboscadas, lo hicieron temblar como bocas de cañón. Markheim tuvo la sensación de que jamás volvería a sentirse suficientemente enclaustrado y fortificado ante las miradas de los hombres, deseaba estar en su casa, rodeado de paredes, sepultado bajo las mantas, invisible a todos menos a Dios. Ante ese pensamiento se sorprendió al recordar las historias de otros asesinos y el miedo que, según contaban, les inspiraban los vengadores celestiales. No era ése su caso. Markheim temía que las fuerzas de la naturaleza, con su procedimiento cruel e inmutable, conservaran alguna prueba condenatoria de su crimen. Markheim temía diez veces más, con terror ciego y supersticioso, una escisión en la continuidad de la experiencia del hombre, una ilegalidad deliberada de la naturaleza. El suyo era un juego de ingenio, sujeto a unas reglas, en el que las consecuencias se calculaban a partir de las causas; pero y ¿qué ocurriría si la naturaleza, igual que el tirano derrotado al derribar el tablero de ajedrez, llegaba a romper el molde de su sucesión? Lo mismo le había ocurrido a Napoleón (al menos eso dicen los escritores) cuando el invierno cambió el momento de su aparición. Lo mismo podía ocurrirle a Markheim: las paredes macizas podían hacerse transparentes y mostrar sus actividades como las de las abejas en una colmena de cristal; las robustas tablas podían ceder bajo sus pies como arenas

movedizas y retenerlo en su poder; oh, y existían accidentes menos extraordinarios capaces de destruirlo: si, por ejemplo, la casa se venía abajo y lo aprisionaba junto al cuerpo de su víctima; o si la casa de al lado ardía en llamas y los bomberos lo rodeaban por todas partes. Ésas eran las cosas que Markheim temía, y, en cierto sentido, esas cosas podían considerarse como las manos de Dios tendidas contra el pecado. En cuanto a Dios mismo, Markheim se sentía tranquilo; el acto por él cometido era, sin duda, excepcional, pero también lo eran sus excusas, que Dios conocía; era ante él, y no ante los hombres, ante quien se sentía seguro de la justicia.

Cuando llegó a la sala sano y salvo y cerró la puerta notó una tregua en las alarmas. La sala estaba bastante desmantelada, sin alfombrar, además, y cubierta de cajas de embalaje y variedad de muebles; varios espejos de cuerpo entero, en los que se contempló desde distintos ángulos, como un actor en el escenario; muchos cuadros, enmarcados y sin enmarcar, puestos de pie cara a la pared; un espléndido aparador Sheraton, una vitrina de marquetería, y una enorme cama antigua, con dosel tapizado. Las ventanas llegaban al suelo, pero por fortuna los postigos inferiores estaban cerrados, y, así, quedaba oculto a los vecinos. Una vez ahí Markheim apartó una caja de embalaje que había delante de una vitrina, y se puso a buscar entre las llaves. Era una tarea entretenida, pues había muchas, y además tediosa; porque, al fin y al cabo, era posible que en la vitrina no hubiese nada, y el tiempo pasaba volando. Pero la parsimonia de aquella ocupación lo calmó. Con el rabillo del ojo veía la puerta, incluso de vez en cuando la miraba directamente, como un comandante sitiado satisfecho de comprobar el buen estado de sus defensas. Pero en verdad estaba en paz. En la calle, la lluvia caía, sonando de un modo natural y agradable. Entonces, al otro lado, despertaron las notas de un piano e interpretaron la música de un himno, y las voces de muchos niños llenaron el aire cantando la letra. ¡Qué majestuosa, qué grata melodía! ¡Qué frescas las jóvenes voces! Markheim la escuchó sonriendo mientras ordenaba las llaves; y su cabeza se pobló de imágenes e ideas agradables; niños que iban a la iglesia y el sonido del órgano; niños en lugares lejanos, bañistas a orillas de un arroyo, excursionistas en ejidos cubiertos de zarzas, pequeños remontando cometas en cielos ventosos, surcados por las nubes; y después, al oír otra cadencia del himno, regresó a la iglesia, y a la somnolencia de los domingos de verano, y a la voz aguda y refinada del clérigo (sonrió levemente al recordarla) y a las pinturas de las tumbas jacobeas, y a las letras borrosas de los diez mandamientos grabadas en el presbiterio.

Y mientras Markheim seguía ahí sentado, ocupado y ausente a un tiempo, sufrió un sobresalto y se puso en pie. Una oleada de hielo, una oleada de fuego y la sangre que fluía a borbotones por sus venas lo dejaron paralizado y expectante. Por las escaleras subían unos pasos lentos, seguros, y, enseguida, una mano se posó en el pomo, la cerradura chasqueó y la puerta se abrió.

El terror dejó clavado a Markheim. No sabía a quién vería aparecer, al muerto resucitado o a los ministros de la justicia humana, o a algún testigo accidental llegado

al azar para conducirlo a la horca. Y, cuando por la rendija asomó una cara, echó un vistazo, lo vio, asintió, sonrió amistosamente como si lo reconociera para desaparecer otra vez y cerrar la puerta, Markheim ya no pudo contener el miedo y lanzó un grito ronco. Al oírlo, el visitante regresó.

—¿Me llamaba? —preguntó con simpatía, y luego entró y cerró la puerta.

Markheim se lo quedó mirando con los ojos de par en par. Tal vez tuviera la vista nublada, pero el contorno del recién llegado parecía cambiar y temblar como la aureola de los ídolos expuestos en la tienda a la luz temblorosa de la vela; por momentos creyó reconocerlo, y, por momentos creyó que se le parecía, y siempre, como un nudo de miedo vivo, anidó en su pecho la convicción de que aquella cosa no era de este mundo ni era de Dios. Sin embargo, la criatura tenía un aire extraño de persona común, que miraba a Markheim sonriendo, y cuando a continuación dijo: «Busca usted el dinero, supongo», lo hizo con tono de cotidiana amabilidad.

Markheim no contestó.

—He de advertirle —prosiguió el otro— de que la criada ha dejado a su novio antes de lo que acostumbra y no tardará en llegar. Si encontraran al señor Markheim en esta casa, no es necesario que le describa las consecuencias.

—¿Me conoce? —gritó el asesino.

El visitante sonrió y dijo:

—Hace tiempo que es usted uno de mis preferidos, que lo observo y que, a menudo, he tratado de ayudarlo.

—¿Qué es usted? —gritó Markheim—. ¿El demonio?

—Lo que yo sea —respondió la criatura— no afectará el servicio que me propongo prestarle.

—¡Claro que sí! —gritó Markheim—. ¡Sin duda! ¿Que usted me ayude? ¡No, jamás, usted no! Aún no me conoce. ¡A Dios gracias, aún no me conoce!

—Lo conozco —respondió el visitante, con una especie de severidad o más bien de firmeza—. Lo conozco hasta el fondo del alma.

—¡Me conoce! —gritó Markheim—. ¿Quién puede hacer tal cosa? Mi vida no es más que una farsa y una calumnia de mí mismo. He vivido para ocultar mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen; todos los hombres son mejores que el disfraz que los envuelve y los ahoga. De uno en uno la vida se los lleva por delante, como aquel a quien los villanos atrapan y se llevan envuelto en una capa. Si tuvieran el control, ¡si se les pudiera ver la cara, serían totalmente diferentes, brillarían como héroes y santos! Yo soy peor que la mayoría; mi yo está mucho más oculto; Dios y yo conocemos mi excusa. Pero, si dispusiera de tiempo, podría mostrarme.

—¿A mí? —preguntó el visitante.

—A usted antes que a nadie —respondió el asesino—. Lo suponía inteligente. Pensé que, dado que existe, resultaría usted un lector del corazón. Y aun así ¡propondría usted juzgarme por mis actos! Imagínese, ¡mis actos! Nací y he vivido en un país de gigantes; gigantes que me han arrastrado de las muñecas desde que salí del

vientre de mi madre, los gigantes de las circunstancias. Y ¡usted me juzgaría por mis actos! ¿Acaso no puede ver por dentro? ¿No comprende usted que el mal me resulta aborrecible? ¿No ve usted dentro de mí los claros dictados de la conciencia, jamás empañados por argucias deliberadas aunque desoídos con frecuencia? ¿Acaso no es usted capaz de ver en mí eso tan corriente como la humanidad misma, el pecador no intencional?

—Lo expresa usted con profundo sentimiento —fue la respuesta—, pero nada de eso me atañe. La coherencia de esas razones escapa a mi competencia, y me trae por completo sin cuidado por qué compulsión se ha visto usted arrastrado, con tal de que lo lleve allí donde debe ir. Pero el tiempo vuela; la criada se demora, mirando las caras en el gentío y las ilustraciones de las vallas, no obstante, sigue aproximándose; y recuerde, ¡es como si la horca misma se estuviese aproximando a usted a grandes zancadas por las calles navideñas! ¿Quiere que lo ayude, yo, que lo sé todo? ¿Quiere que le diga dónde encontrar el dinero?

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Le ofrezco este favor como regalo de Navidad —replicó el otro.

Markheim no pudo contener una sonrisa de amargo triunfo y dijo:

—No quiero nada que venga de usted; aunque me estuviera muriendo de sed y fuera su mano la que acercara a mis labios el cántaro, encontraría el valor de negarme. Seré crédulo, pero no haré nada que me comprometa con el mal.

—No pongo reparo alguno al arrepentimiento en el lecho de muerte —observó el visitante.

—Porque ¡no cree en su eficacia! —exclamó Markheim.

—No digo eso —replicó el otro—, sino que veo estas cosas desde otra perspectiva y, cuando la vida toca a su fin, decae mi interés. El hombre ha vivido para servirme, para difundir malevolencia con el pretexto de la religión, o para sembrar cizaña en los trigales como hace usted, obedeciendo sin resistencias al deseo. Ahora que está tan próximo a su liberación, no le queda más que prestar un último servicio: arrepentirse, morir sonriendo, y así fortalecer la confianza y la esperanza de los más medrosos de mis seguidores vivos. No soy un amo tan severo. Haga la prueba. Acepte mi ayuda. Haga lo que le venga en gana en la vida como ha hecho hasta ahora; haga lo que le venga en gana sin ambages, apoye los codos sobre la mesa; y cuando comience a caer la noche y se descorran las cortinas, para su mayor consuelo le digo que incluso le resultará fácil alcanzar un acuerdo en la disputa con su conciencia y hacer las paces servilmente con Dios. Acabo de venir de uno de esos lechos de muerte, y la habitación estaba llena de dolientes sinceros, que escuchaban las últimas palabras del hombre: y, cuando contemplé aquella cara que, dura como el pedernal, se oponía a la misericordia, noté que sonreía esperanzada.

—¿Me supone usted, entonces, como esa criatura? —preguntó Markheim—. ¿Cree que no tengo aspiración más generosa que pecar y pecar y pecar, y, en el último momento, entrar a hurtadillas en el cielo? Mi corazón se regocija ante la idea. ¿Es

ésta, pues, su experiencia del género humano? ¿O acaso es porque me encuentra con las manos en la masa por lo que supone semejante vileza? Y ¿es acaso el delito de asesinato tan impío que seca la fuente misma del bien?

—El asesinato no constituye para mí una categoría especial —respondió el otro—. Todos los pecados son asesinatos, del mismo modo que toda vida es una guerra. Contemplo a su raza, como famélicos navegantes en una balsa, arrancándole migajas de las manos a la hambruna y alimentándose de las vidas ajenas. Persigo los pecados tras haber sido cometidos; en todos los casos compruebo que la última consecuencia es la muerte; y, a mi modo de ver, la doncella hermosa que con gracia cautivadora contraría a su madre con motivo de un baile no derrama sangre humana menos visiblemente que un asesino como usted. ¿He dicho que persigo los pecados? También persigo las virtudes; no se diferencian más que por el grosor de un clavo, unos y otras son guadañas para el ángel segador de la muerte. El mal para el cual yo vivo no consiste en la acción sino en el carácter. El hombre malvado me es caro; no así la mala acción, cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos el tiempo suficiente a lo largo de la tumultuosa catarata de los siglos, quizá resultaran más benditos que los de las virtudes más excepcionales. Y, si me ofrezco a propiciar su huida, no es porque haya matado a un anticuario, sino porque es usted Markheim.

—Le abriré mi corazón —contestó Markheim—. El crimen en el que acaba de sorprenderme es el último. En mi camino hacia ese crimen he aprendido muchas lecciones; el crimen en sí es una lección, una lección trascendental. Hasta ahora me he visto impulsado con repugnancia a lo que no quería; era esclavo de la pobreza, arrastrado y hostigado por ella. Existen sólidas virtudes capaces de resistir a estas tentaciones; la mía no lo fue: tenía sed de placer. Pero hoy, de este hecho recojo una advertencia y riquezas; la fuerza y la renovada determinación de ser yo mismo. Paso a ser en todas las cosas un libre artífice en el mundo: empiezo a verme cambiado por completo, estas manos son agentes del bien, este corazón está en paz. Me invade algo de mi pasado; algo de lo que he soñado los domingos por la tarde al escuchar el sonido del órgano en la iglesia, de lo que vaticiné al derramar lágrimas sobre libros ilustres, o al hablar, siendo un niño inocente, con mi madre. He aquí mi vida; he vagado unos cuantos años, pero ahora veo una vez más mi ciudad de destino.

—Entiendo que invertirá ese dinero en la Bolsa —observó el visitante—, donde, si no me equivoco, ha perdido ya unos cuantos miles, ¿no es así?

—Sí —dijo Markheim—, pero esta vez tengo una operación segura.

—Esta vez volverá a perder —replicó el visitante tranquilamente.

—¡Ah, pero guardaré la mitad! —exclamó Markheim.

—Que también va a perder —dijo el otro.

La frente de Markheim se cubrió de sudor.

—¿Y bien? ¿Qué más da? —gritó—. Supongamos que lo pierdo, supongamos que vuelvo a hundirme en la miseria, ¿acaso una parte de mí, la peor, seguirá hasta el fin anulando la mejor? El mal y el bien fluyen en mí con fuerza, tirando de mí en

ambas direcciones. No quiero una sola cosa, las quiero todas. Soy capaz de concebir grandes actos, renuncias, martirios; y, aunque haya cometido un delito como el asesinato, la compasión no es ajena a mis pensamientos. Compadezco a los pobres, ¿quién mejor que yo conoce sus penurias? Los compadezco y los ayudo; tengo el amor en gran estima, me encanta la risa sincera; no hay en este mundo cosa buena ni cosa cierta que no ame con todo mi corazón. ¿Han de ser mis vicios los únicos que rijan mi vida, mientras mis virtudes yacen sin obrar efecto alguno, cual inútiles trastos del pensamiento? No, de ningún modo; también el bien es una fuente de actos.

Pero el visitante levantó el dedo.

—Treinta y seis años lleva usted en este mundo —dijo—, conociendo muchos cambios de fortuna y variedad de talantes, lo he observado en constante caída. Hace quince años se habría sobresaltado ante la idea del robo. Hace tres años habría palidecido ante la sola mención del asesinato. ¿Existe algún crimen, existe alguna crueldad o alguna vileza ante la cual retroceda? ¡Dentro de cinco años lo descubriré cometiéndola! Seguirá cayendo más y más bajo; solo la muerte tendrá la fuerza de detenerlo.

—Es verdad —dijo Markheim con voz ronca—, he aceptado el mal en cierta medida. Igual que les pasa a todos: los propios santos, por el mero hecho de vivir, se van haciendo menos delicados y se acomodan a su entorno.

—Le voy a plantear una sencilla pregunta —dijo el otro—, y cuando la responda, le voy a leer su horóscopo moral. En muchas cosas se ha vuelto más laxo, y es posible que haga usted bien. De cualquier forma, a todos los hombres les pasa lo mismo. Aun teniendo esto en cuenta, ¿en algún aspecto, por nimio que sea, se muestra usted más exigente con su propia conducta o en todas las cosas ha aflojado las riendas?

—¿En cualquier aspecto? —repitió Markheim, con angustia creciente—. No —añadió, desesperado—, ¡en ninguno! Me he relajado en todo.

—Entonces —dijo el visitante—, confórmese con lo que es, porque nunca cambiará; el papel que representa en esta obra ha sido irrevocablemente escrito.

Markheim guardó un largo silencio; fue el visitante el primero en romperlo.

—Siendo así —dijo—, ¿quiere que le enseñe el dinero?

—¿Y la gracia? —gritó Markheim.

—¿No la ha probado ya? —replicó el otro—. Hace dos o tres años, ¿no lo vi en una de esas reuniones evangelistas, y no era la suya la voz más alta al cantar el himno?

—Es cierto —dijo Markheim—, y ahora veo con claridad cuál es mi deber. Le agradezco estas lecciones con toda mi alma; he abierto los ojos, y me veo al fin tal como soy.

En ese momento, la nota aguda del timbre de la puerta resonó por toda la casa; y, como si aquella fuese la señal acordada que había estado esperando, el visitante cambió enseguida de actitud.

—¡La criada! —exclamó—. Ha vuelto tal como le advertí, ahora se enfrenta usted a otro trance difícil. Debe decirle que su amo está enfermo; debe hacerla entrar con semblante seguro pero más bien serio, ¡nada de sonrisas, ni aspavientos y le prometo éxito! Cuando la muchacha esté dentro y la puerta cerrada, la misma destreza con la que se deshizo del anticuario le permitirá eliminar de su camino este último peligro. A partir de ese momento, dispondrá de toda la tarde, y la noche, si fuera necesario, para registrar la casa, llevarse sus tesoros y ponerse a salvo. Se trata de una ayuda que le llega enmascarada de peligro. ¡Levántese! —gritó—. ¡Levántese, amigo, su vida pende de un hilo, levántese y actúe!

Markheim observó fijamente a su consejero.

—Si estoy condenado a hacer el mal —dijo—, aún me queda abierta una puerta a la libertad: puedo abstenerme de actuar. Si mi vida es una cosa enferma, puedo sacrificarla. Aunque yo esté, como usted bien dice, a disposición de la más pequeña tentación, sin embargo, todavía puedo, con un gesto decisivo, ponerme fuera del alcance de todas. Mi amor al bien está condenado a la esterilidad; es posible, ¡sea, pues! Aún me queda mi odio al mal, y de él, para su humillante decepción, verá cómo saco fuerzas y valor.

Las facciones del visitante empezaron a experimentar un hermoso y extraordinario cambio: una expresión de triunfo iluminó y suavizó su cara, al tiempo que la hacía apagarse hasta desaparecer. Pero Markheim no se detuvo a observar ni a comprender la transformación. Abrió la puerta y bajó las escaleras muy despacio mientras reflexionaba. Ante él vio pasar con calma su pasado; lo contempló tal como era, desagradable y agotador como un mal sueño, aleatorio como un homicidio sin premeditación, la escena de una derrota. La vida, así analizada, dejó de tentarlo; pero a lo lejos atisbó un tranquilo puerto para su barca. Se detuvo en el pasillo y desde arriba contempló la tienda; la vela seguía ardiendo al lado del cadáver. Todo estaba sumido en un raro silencio. Mientras así estaba, lo asaltaron pensamientos sobre el anticuario. Y entonces el timbre sonó de nuevo con impaciencia.

Recibió a la criada en el umbral con una especie de sonrisa.

—Será mejor que vaya a buscar a la policía —dijo—, he matado a su señor.

La Navidad de Karen

Amalie Skram

(1885)

Traducción

Blanca Ortiz Ostalé

Amalie Skram (1846-1905) nació en Bergen, en Noruega, en el seno de una familia de pequeños comerciantes. A los dieciocho años, forzada por las circunstancias, se casó con un acaudalado capitán de barco, del que se divorciaría en 1877 tras sufrir una fuerte depresión que la llevó a ser internada en un psiquiátrico. Se instaló entonces con sus dos hijos en Christiania (Oslo), donde inició su carrera literaria. En 1884 se trasladó a Copenhague con su segundo marido, el escritor danés Erik Stram, con el que tuvo una hija. Abrumada por sus obligaciones como ama de casa, escritora y madre, así como por el escaso éxito de sus obras, demasiado radicales para la época, se vio obligada a ingresar de nuevo en un psiquiátrico en Roskilde. En 1900 volvería a divorciarse y moriría seis años más tarde. Mujer apasionada y de gran belleza, pero infeliz y desengañada de los hombres y de su patria —haría grabar en su tumba «ciudadana danesa, escritora danesa»—, Amalie Skram puede considerarse la autora más destacada del naturalismo escandinavo. Los temas más recurrentes de su obra son los matrimonios desgraciados y los tópicos sexuales —*Constance Ring* (1885), *Lucie* (1888), *Fru Inès* (1891) y *Forraadt* (1892)—, el determinismo a través de las generaciones de una misma familia y las duras condiciones ambientales —la saga familiar *Hellemyrsfolket* (1887-1898)—, y la salud mental y el mundo de los manicomios —*Professor Hieronimus* (1895) y *På St. Jørgen* (1895).

Publicado en el diario danés *Politiken* en 1885, «La Navidad de Karen» («Karens Jul») nos recuerda que la Navidad siempre ha sido un significativo telón de fondo para contar tremendas historias de desamparo y privación. En este cuento una clara situación de exclusión social, la presencia de un policía y la intervención de las autoridades portuarias aportan a la desgracia, sin apenas subrayados, una dimensión política.

En uno de los muelles donde atracaban los vapores de Christiania, había hace ya algunos años una casucha de madera, con el tejado plano y sin chimenea, de unos dos metros y medio de largo por algo menos de ancho. En sus dos paredes transversales se abrían sendos ventanucos, uno frente al otro. La puerta, que miraba al mar, se cerraba desde dentro y desde fuera con unos garfios de hierro que se enganchaban a armellas de este mismo metal.

En su día la habían levantado para que los barqueros tuviesen un techo bajo el que guarecerse de la lluvia y el frío del invierno mientras esperaban, ociosos, a que alguien requiriese sus servicios. Después, cuando los vapores pequeños empezaron a engullir más y más tráfico, los barqueros se marcharon con la música a otra parte y la casa pasó a ser refugio ocasional de todos y de ninguno. Los últimos en utilizarla habían sido unos canteros que pasaban a comer de dos en dos un verano que repararon parte del muelle.

Desde entonces nadie había vuelto a prestar atención a aquella vieja casucha, y si continuaba en pie era porque las autoridades portuarias no habían tenido la ocurrencia de echarla abajo y porque nunca recibieron quejas de que estorbase a nada ni a nadie.

Hasta una noche de invierno poco antes de Navidad. Caía una suave nevada, pero los copos se derretían antes de tocar el suelo, dejando aún más empapada y grasienta la capa viscosa que recubría los adoquines del muelle. La nieve se acumulaba en los faroles de gas y en las grúas a vapor como una funda grisácea llena de flecos, y al acercarse a los barcos se entreveía en la oscuridad que colgaba de los aparejos como guirnaldas entre los mástiles. El aire brumoso y gris hacía lucir las llamas de los faroles con un sórdido resplandor anaranjado, mientras que las linternas de los barcos tenían un brillo turbio y rojizo. De cuando en cuando, la campana de un barco rasgaba la atmósfera húmeda como un bramido brutal porque a bordo la tocaban para el cambio de guardia.

El policía que patrullaba por el muelle se detuvo delante de un farol a la puerta de la antigua casa de los barqueros y sacó su reloj para ver si la noche estaba ya avanzada, pero, al acercarlo a la luz, oyó lo que parecía el llanto de un niño. Bajó la mano, escudriñó por todas partes y escuchó con atención. No, no era eso. Vuelta a levantar el reloj. Allí estaba de nuevo el llanto, esta vez confundido con un tenue siseo. Otra vez bajó la mano y otra vez se hizo el silencio. Pero ¿qué tomadura de pelo era ésa? Empezó a olisquear, pero no descubrió nada. Por tercera vez acercó el reloj al resplandor del gas y en esta ocasión pudo ver en paz que ya iban a dar las cuatro.

Continuó con su ronda por delante de la casa no sin cierta extrañeza, aunque acabó llegando a la conclusión de que eran imaginaciones suyas o algo semejante.

Cuando, al cabo de un rato, desanduvo el camino andado y se acercó a la casucha, la miró de soslayo. ¿Qué era eso? ¿Acaso no estaba viendo a alguien moverse dentro? A través de las ventanas, los faroles del muelle iluminaban el interior de tal modo que la luz parecía salir de dentro.

Se acercó a echar un vistazo. En efecto, había alguien: una figura encorvada sentada en un banco debajo de la ventana e inclinada sobre algo que él no alcanzaba a ver. Un paso le bastó para doblar la esquina y llegar hasta la puerta. Estaba atrancada.

—¡Abran! —gritó al llamar.

Oyó el ruido de alguien al levantarse precipitadamente, luego una especie de chillido sofocado y después se hizo el silencio.

Volvió a aporrear la puerta repitiendo:

—¡Los de dentro, abran! Abran de inmediato.

—¿Qué ocurre? Dios mío, si aquí no hay nadie —contestó una voz asustada al otro lado.

—Abran. ¡Es la policía!

—¡Jesús, la policía…! Ay, Dios mío, si soy yo nada más, no estoy haciendo nada, solo estaba aquí, ¿entiende usted?

—Haga el favor de abrir ahora mismo o ya verá lo que es bueno. ¿Quiere…?

No llegó a acabar la frase, porque en ese mismo instante la puerta se abrió y él se apresuró a agacharse, cruzar el umbral y entrar en una habitación tan baja que a duras penas podía mantenerse erguido.

—¿Es que está loca? ¡No abrirle a la policía! ¿En qué estaba usted pensando?

—Perdóneme, señor policía… Ya ve usted que le he abierto.

—Y ha sido lo más juicioso —refunfuñó él—. ¿Quién es y quién le ha dado permiso para acomodarse aquí?

—Soy Karen, nada más —susurró ella—. Estoy aquí con mi hijo.

El policía inspeccionó más detenidamente a su interlocutora. Era una mujer menuda con el rostro fino y pálido, marcado por una profunda cicatriz escrofulosa en la mejilla y que estaba más derecha que una vela; no parecía aún adulta. Llevaba una prenda de abrigo de color castaño claro —una especie de capote o chaquetón cuya hechura denotaba que había conocido tiempos mejores— y una falda más oscura, reducida a jirones por abajo, que le llegaba a la altura de los tobillos y dejaba entrever unos pies enfundados en unas botas militares agujereadas y sin cordones. En el brazo sostenía un hatillo de harapos apretado contra el regazo, y por uno de los extremos del hato asomaba algo blanco: la cabeza de una criatura que chupaba un pecho escuálido. Se tocaba con un retazo de pañuelo anudado a la barbilla y por la nuca le asomaban unas guedejas. El frío la estremecía de la cabeza a los pies y, cada vez que se movía, de sus botas escapaba un sinfín de chapoteos y crujidos, como si caminara sobre una sustancia pastosa.

—No creía que molestara a nadie —continuó en tono quejumbroso—, estaba aquí el cobertizo…

El policía se sentía acongojado. Su primera intención había sido echarla de allí con contundencia y dejarla marchar después de amonestarla. Sin embargo, ver a esta pobre niña con su criatura miserable entre los brazos, pegada al banco, pero sin atreverse a sentarse por miedo y por humildad, lo conmovió.

—Pero en el nombre de Cristo… ¿qué haces aquí, niña mía?

Al percibir la ternura de su tono, el miedo de la joven dio paso al llanto.

El policía cerró la puerta.

—Anda, siéntate —dijo—, que el niño pesa mucho para tenerlo en brazos.

Ella se dirigió lentamente al banco.

—Bueno, bueno —intentó alentarla él mientras tomaba asiento en el banco de enfrente.

—Se lo pido por Dios, señor policía… deje que me quede aquí —le rogó la mujer entre lágrimas—. No molestaré a nadie… a nadie… Lo dejaré todo limpio… Ya ve usted… aquí no hay suciedad… Eso de ahí son mendrugos de pan —añadió señalando un atadijo de trapos que había en el suelo—. De día salgo a pedir… En la botella tengo un poco de agua… Deje que me quede aquí por las noches hasta que recupere mi puesto… si volviese la señora…

Se interrumpió y se sonó con los dedos, que luego se limpió en la falda.

—Y ¿quién es esa señora? —preguntó el policía.

—Yo servía en su casa… Tenía una colocación muy buena; cuatro coronas al mes y el almuerzo, pero entonces di un mal paso y tuve que marcharme, claro. La señora Olsen fue en persona a procurarme una plaza en la casa de maternidad; es tan buena la señora Olsen… Seguí sirviendo hasta el día que tuve que ir a la maternidad y guardar cama, porque la señora Olsen está sola y dijo que me tendría en su casa hasta que ya no pudiera. Pero entonces la señora Olsen tuvo que salir de viaje, porque es comadrona, y cayó enferma estando en el campo, y ahora dicen que no habrá vuelto hasta el día de Navidad.

—Pero, por el amor de Dios, no puedes ir de acá para allá con esta criatura mientras esperas a la señora. ¿Qué sentido tiene eso?

El policía la miró con aire contrariado.

—No tengo adónde ir —se lamentó la mujer—. Desde que murió mi padre ya no queda quien me ampare cuando mi madrastra me echa.

—Pero ¿y el padre del niño?

—El padre, claro —dijo con un gesto apenas perceptible—. A ése no hay quien lo meta en vereda.

—Pero sabes que puedes hacer que lo condenen a pagar por el niño, ¿verdad?

—Sí, eso me han dicho. Pero ¿cómo, si no lo encuentran?

—Dime cómo se llama y te garantizo que aparecerá —aseguró el policía.

—Quién lo supiera —dijo la joven con calma.

—¡Cómo! ¿No sabes cómo se llama el padre de tu propio hijo?

Karen se metió el dedo en la boca y empezó a chupárselo. Su cabeza cayó hacia

delante. Una sonrisa boba y desvalida se pintó en su rostro.

—N… o… —susurró alargando las letras y sin sacarse el dedo de la boca.

—En mi vida he oído cosa igual —dijo el policía—. Y ¿cómo, en nombre del cielo, trabaste relación con él?

—Nos encontrábamos en la calle cuando oscurecía —le explicó ella—, pero no duró mucho porque desapareció y ya no volví a verlo.

—Y ¿no has preguntado por ahí?

—Sin parar, pero nadie sabe darme razón de él. Lo más probable es que haya encontrado trabajo en el campo, porque siempre andaba con caballos o con vacas; lo sé por el olor que traía.

—Pues sí que estamos listos —murmuró el policía—. Tienes que ir a registrarte en la Beneficencia —añadió en voz más alta— para que pongan orden en todo esto.

—No, no iré —replicó ella, repentinamente terca.

—Siempre será mejor ir a la casa de misericordia a que te den comida y cobijo que vivir como vives ahora —dijo el policía.

—Sí, pero cuando vuelva la señora Olsen… es tan buena la señora Olsen… me dejará servir en su casa, lo sé con seguridad porque me lo prometió… y conozco a una mujer que nos dará alojamiento por tres coronas al mes. Ella cuidará del niño mientras yo estoy en casa de la señora Olsen, y luego haré sus tareas cuando vuelva de trabajar con la señora. Todo se arreglará en cuanto haya vuelto la señora Olsen, y dicen que volverá para Navidad.

—Sí, sí, hija mía, cada quien es muy dueño de sus actos, pero aquí no puedes quedarte.

—Si solo estoy por las noches, ¿a quién le puede importar? Por Dios, déjeme, que el niño no chillará. Solo hasta que vuelva la señora… buen policía, solo hasta que vuelva la señora.

—Pero os moriréis de frío el pequeño y tú —dijo él contemplando sus míseros andrajos.

—Siempre estaremos mejor aquí dentro que en plena calle. Ay, señor policía… solo hasta que vuelva la señora.

—Mira, lo que tendría que hacer es llevarte a comisaría —dijo el policía, dudoso, rascándose detrás de la oreja.

La joven se abalanzó sobre él.

—No, por favor, por favor —sollozó agarrándose a su manga con los dedos helados—. Se lo suplico… en nombre de Dios… solo hasta que vuelva la señora.

El policía reflexionó. Tres días para Navidad, calculó.

—Bueno, bueno; de acuerdo —dijo al ponerse en pie—. Puedes quedarte hasta Navidad, pero ni un día más. Y fíjate bien: no debe enterarse nadie.

—Dios lo bendiga, Dios lo bendiga. ¡Muchísimas gracias! —exclamó ella.

—Pero tienes que marcharte a las seis en punto de la mañana, antes de que empiece a haber movimiento —añadió él al salir por la puerta.

A la noche siguiente, al pasar por la casucha, se detuvo a echar un vistazo. La joven estaba inclinada, recostada en el alféizar de la ventana. El perfil de su cabeza con el pañuelo anudado se dibujaba, tenue, contra el cristal. El pequeño mamaba de su pecho. No se movía, parecía dormida. Al romper el día, el tiempo cambió y empezó la helada. En las horas siguientes, el termómetro bajó de cero hasta doce grados. Hacía un frío lacerante y el aire estaba limpio y sereno. Las ventanas de la casa de los barqueros quedaron recubiertas de una gruesa capa de escarcha blanca que volvía los cristales totalmente impenetrables.

Para el día de Nochebuena el tiempo volvió a cambiar. A causa del deshielo, caían goterones por todas partes y casi era necesario ir con paraguas a pesar de que no llovía. Abajo, en el muelle, las ventanas de los depósitos quedaron libres de hielo y el estado del pavimento era peor que nunca.

Por la tarde, hacia las dos, llegó el policía. Había librado las dos últimas noches, con el visto bueno del médico, por unas fiebres pasajeras, y ahora iba a ver a alguien en uno de los vapores.

Su camino lo condujo por delante de la casa. A pesar de que ya había empezado a oscurecer, aun desde una distancia de varios pasos vio algo que lo impulsó a detenerse presa de una extraña inquietud: la mujer continuaba sentada exactamente en la misma posición en que la había dejado dos noches antes. El mismo perfil exacto contra el cristal. Cierto es que no hizo reflexión alguna, solo se quedó horrorizado ante esa exactitud petrificada. Lo recorrió un escalofrío. ¿Le habría ocurrido algo?

Corrió hacia la puerta; estaba cerrada. Rompió entonces un cristal, se hizo con una barra de hierro que pasó por la abertura y sacó el garfio de la armella. Después entró despacio y con mucha cautela.

Estaban muertos los dos. El niño, sobre la madre, aún en la muerte sujetaba el pecho con la boca. Le habían resbalado por la mejilla, desde el pezón, algunas gotas de sangre que se habían secado en su barbilla. Ella estaba terriblemente consumida, pero en su rostro se dibujaba una suerte de sonrisa tranquila.

—Pobre muchacha, bonita Navidad ha tenido —murmuró el policía secándose los ojos−. Aunque tal vez haya sido lo mejor para los dos. El Señor habrá tenido sus razones.

Volvió a salir, cerró la puerta y enganchó el garfio. Luego se apresuró a regresar a comisaría para dar parte del incidente.

El primer día laborable después de Navidad las autoridades portuarias dieron orden de derribar la vieja casa de los barqueros. No podían permitir que siguiera ahí, sirviendo de refugio a vagabundos de toda ralea.

Vanka

Antón P. Chéjov

(1886)

Traducción

Víctor Gallego Ballestero

Antón Pávlovich Chéjov (1860-1904) nació en Taganrog, a orillas del mar de Azov, en el sur de Rusia, en 1860. Hijo de un modesto comerciante, antiguo siervo que había conseguido comprar su libertad, así como la de su mujer y sus hijos, hizo sus primeros estudios en su ciudad natal. En 1879 ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Moscú: «La familiaridad con las ciencias naturales y los métodos científicos —escribiría— siempre me ha tenido en guardia, y siempre he intentado, cuando ha sido posible, ser coherente con los hechos de la ciencia, y, cuando no lo ha sido, he preferido no escribir». Desde el primer curso empezó a publicar «cuadros humorísticos» en revistas, con los que conseguía mantener a toda su familia (su padre, endeudado, su madre y sus hermanos habían tenido que trasladarse con él a Moscú), y pocos años después ya era un escritor profesional reconocido. 1888 fue un año clave en su carrera: publicó una novela corta *La estepa*, escribió su primera obra teatral, *Ivanov*, y recibió el premio Pushkin. En 1890 viajó a la isla de Sajalín, «con la intención de escribir un libro sobre nuestra colonia penal», que aparecería al año siguiente con el título *La isla de Sajalín*. En 1896 estrenó *La Gaviota*, su primer gran éxito en la escena, al que siguieron *El tío Vania* (1899), *Tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). Maestro del relato corto, algunas de sus obras más importantes se encuentran en ese género, en el que ha ejercido una influencia que sigue vigente.

«Vanka» («Vanka») se publicó en *La Gaceta de San Petersburgo* el 25 de diciembre de 1886. Si existe un cuento triste de Navidad, es muy posible que, dentro del «género», éste se lleve la palma.

Vanka Zhúkov, un muchacho de nueve años que tres meses antes había entrado como aprendiz en el taller del zapatero Aliajin, no se fue a la cama en Nochebuena. Esperó a que el patrón y sus ayudantes acudieran a los maitines, y una vez solo cogió del armario del patrón un frasquito con tinta, una pluma con la punta cubierta de herrumbre y, tras desplegar ante sí una arrugada hoja de papel, se puso a escribir. Antes de trazar la primera letra, dirigió varias miradas temerosas a la puerta y las ventanas, contempló de reojo el oscuro icono a cuyos lados se extendían estantes con hormas y se le escapó un suspiro entrecortado. Se había arrodillado delante de un banco sobre el que previamente había dispuesto el papel.

«¡Querido abuelo Konstantín Makárich! —escribió—. Voy a escribirte una carta. Te felicito la Navidad y te deseo todos los bienes de Dios. No tengo padre ni madre, solo me quedas tú».

Vanka dirigió la mirada a la oscura ventana, en la que parpadeaba el reflejo de la vela, y se imaginó vivamente la figura de su abuelo Konstantín Makárich, que trabajaba como vigilante nocturno para los señores Zhivárev. Era un viejo de sesenta y cinco años, pequeño y enjuto, pero extraordinariamente ágil y vivaracho, con cara siempre sonriente y mirada de borracho. De día dormía en la cocina de servicio o bromeaba con las cocineras y de noche, envuelto en una amplia zamarra, recorría la propiedad y daba golpes con su chuzo. Tras él, con la cabeza gacha, iban la vieja perra Kashtanka y el perro Anguila, que debía ese nombre a su color negro y a su cuerpo largo como el de una comadreja. Ese Anguila era sumamente respetuoso y zalamero, y miraba con idéntica ternura tanto a propios como a extraños, aunque no inspiraba demasiada confianza. Bajo su actitud respetuosa y su humildad se escondía la mayor de las perfidias. Nadie mejor que él sabía acercarse con cautela y morder la pierna a alguien, entrar en la despensa o robarle una gallina a un mujik. Le habían golpeado varias veces en las patas traseras, en un par de ocasiones estuvo a punto de ser ahorcado y todas las semanas recibía una paliza de muerte, pero siempre se recuperaba.

Ahora, seguramente, el abuelo está junto al portón, mirando con los ojos entornados las ventanas de la iglesia de la aldea, de un rojo brillante, y taconea con sus botas de fieltro, mientras bromea con la servidumbre. Lleva el chuzo colgado del cinturón. A causa del frío, encoge los hombros y agita las manos, y, con una risita de viejo, pellizca unas veces a la doncella y otras a la cocinera.

—¿Un poco de rapé? —dice, alargando a las criadas su tabaquera.

Ellas aspiran y estornudan. Del abuelo se apodera un júbilo indescriptible, estalla en una sonora carcajada y grita:

—¡Arráncalo que está pegado!

Luego les da a oler a los perros. Kashtanka estornuda, mueve el hocico y, ofendida, se aparta a un lado. Anguila, como es tan respetuoso, no estornuda y se limita a mover la cola. El tiempo es excelente. Corre un aire suave, transparente y fresco. La noche es oscura, pero se ve toda la aldea con sus tejados blancos y los regueros de humo que se escapan de las chimeneas, los árboles plateados por la escarcha, las montoneras de nieve. Todo el cielo está sembrado de estrellas que parpadean alegremente y la Vía Láctea se dibuja con tanta claridad como si la hubieran limpiado con motivo de las fiestas y la hubieran frotado con nieve…

Vanka suspiró, mojó la pluma y siguió escribiendo:

«Ayer recibí una paliza. El dueño me arrastró por los pelos hasta el patio y me azotó con el tirapiés porque me quedé dormido sin querer mientras acunaba a su hijo. Hace una semana la dueña me ordenó limpiar un arenque, yo empecé por la cola y ella cogió el arenque y me dio con él en los morros. Los ayudantes se ríen de mí, me mandan a la taberna por vodka y me obligan a robar los pepinos del patrón, y éste luego me golpea con lo primero que encuentra. Y casi no me dan de comer. Por la mañana recibo un trozo de pan, a mediodía papilla de avena y por la noche otra vez pan, mientras los patrones toman té y sopa de col. Me obligan a dormir en el zaguán y cuando su hijo llora no puedo pegar ojo, porque tengo que acunarlo. Querido abuelo, por el amor de Dios, llévame contigo a casa, a la aldea, ya no puedo más… Me inclino a tus pies y rogaré por ti eternamente, llévame de aquí o me moriré»…

Vanka torció la boca, se secó los ojos con su puño negro y sollozó.

«Te picaré el tabaco —continuó—, rezaré a Dios por ti y si hago algo mal, azótame todo lo que quieras. Si piensas que no puedo ocuparme de ninguna tarea, le pediré al mayordomo que me tome como limpiabotas o iré de zagal en lugar de Fedka. Abuelo querido, ya no puedo más, esto es sencillamente la muerte. Quisiera irme andando a la aldea, pero no tengo botas y me da miedo el frío. Cuando me haga mayor te alimentaré y no permitiré que nadie te ofenda, y cuando mueras rezaré por la paz de tu alma, igual que rezo ahora por mi madre Pelagueia.

»Moscú es una ciudad muy grande. Todas las casas son de señores y hay muchos caballos, pero no hay ovejas y los perros no son malos. Los niños no llevan estrellas y en el coro no dejan entrar a nadie. Una vez vi una tienda en la que vendían anzuelos y sedales para toda clase de peces, todo de muy buena calidad; hasta había un anzuelo que podría incluso con un siluro de quince kilos. También he visto tiendas en las que hay escopetas de todas clases, parecidas a las del señor; deben de costar unos cien rublos cada una… Y en las carnicerías hay urogallos, ortegas y liebres, pero los vendedores no te dicen dónde los cazan.

»Querido abuelo, cuando los señores pongan el abeto con las golosinas, coge una nuez dorada para mí y guárdala en el cofre verde. Pídesela a la señorita Olga Ignátievna, dile que es para Vanka».

Vanka suspiró convulsivamente y de nuevo fijó la vista en la ventana. Recordó que era el abuelo quien se encargaba de ir al bosque por el abeto de los señores, y que

siempre le llevaba con él. ¡Qué época más feliz! El abuelo se aclara la garganta, el hielo cruje y Vanka, imitando esos ruidos, carraspea. Antes de cortar el abeto, el abuelo enciende su pipa, pasa un buen rato oliendo tabaco, se ríe del aterido Vania… Los jóvenes abetos, cubiertos de escarcha, se alzan expectantes, sin saber cuál de ellos va a morir. De pronto, una veloz liebre pasa volando por los montículos de nieve… El abuelo no puede dejar de gritar:

—¡Cógela, cógela… cógela! ¡Demonio de bicho!

El abuelo llevaba el abeto talado a la casa señorial y allí empezaban a adornarlo… La que más se ocupaba de esa tarea era la señorita Olga Ignátievna, la favorita de Vanka. Cuando aún vivía su madre Pelagueia, que trabajaba como doncella en casa del señor, Olga Ignátievna le daba dulces a Vanka y, como no tenía nada que hacer, le había enseñado a leer, a escribir, a contar hasta cien e incluso a bailar la cuadrilla. Cuando Pelagueia murió, llevaron al huérfano Vanka a la cocina de servicio, junto a su abuelo, y de allí pasó a Moscú, a casa del zapatero Aliajin…

«Ven, querido abuelo —continuó Vanka—, te lo pido por el amor de Dios, llévame de aquí. Ten piedad de mí, un pobre huérfano. Todos me pegan, tengo un hambre horrible, mi tristeza es tan grande que no se puede contar y me paso todo el tiempo llorando. Hace unos días el patrón me golpeó la cabeza con una horma, me dio tan fuerte que me caí al suelo y me costó mucho levantarme. Mi vida es muy triste, peor que la de un perro… Saluda también a Alena, al tuerto Yegorka y al cochero, y no le des a nadie mi acordeón. Un saludo de tu nieto Ivan Zhúkov. Querido abuelo, no dejes de venir».

Vanka dobló en cuatro partes la hoja escrita y la metió en un sobre que había comprado la víspera por un kopek. Tras reflexionar un rato, mojó la pluma y escribió la siguiente dirección:

Para el abuelo, que está en la aldea.

Luego se rascó la cabeza, se quedó unos instantes pensativo y finalmente añadió: «Para Konstantín Makárich». Satisfecho de que no le hubieran molestado mientras escribía, se caló la gorra y, sin ponerse la zamarra, en mangas de camisa, salió corriendo a la calle…

Los dependientes de la carnicería, a los que había preguntado la víspera, le habían dicho que las cartas había que depositarlas en los buzones de correos, desde donde cocheros borrachos las distribuían por toda la tierra en coches de postas con tintineantes campanillas. Vanka corrió hasta el primer buzón e introdujo la valiosa carta por la ranura…

Al cabo de una hora, mecido por dulces esperanzas, dormía profundamente… Soñó con una estufa. Sobre ella estaba sentado el abuelo, descalzo, con las piernas colgando, leyendo la carta a las cocineras… Anguila daba vueltas junto a la estufa, moviendo el rabo…

La Nochebuena de la señora Parkins

Sarah Orne Jewett

(1890-1891)

Traducción

Cristina Marín Rubio

Sarah Orne Jewett (1849-1909) nació en South Berwick (Maine), un pequeño puerto en declive de Nueva Inglaterra. Desde pequeña se familiarizó con las historias y los paisajes de su tierra natal, ya que a menudo acompañaba a su padre, médico rural, cuando éste visitaba a sus pacientes. Aunque viajó mucho a Boston, siempre volvería a South Berwick, el Deephaven de sus narraciones. Publicó su primer relato importante en el *Atlantic Monthly* a los diecinueve años, y su reputación creció en las décadas de 1870 y 1880. Entre sus obras destacan *Deephaven* (1877), *A Country Doctor* (1884) y *La tierra de los abetos puntiagudos* (1896). En su literatura, quiso plasmar el habla, las tradiciones, leyendas y hábitos de una vida nativa americana que desaparecía ante sus ojos; y supo hacerlo con agudeza y humor, evitando el sentimentalismo. Aunque nunca se casó, Jewett vivió muchos años con la viuda de James T. Fields, el conocido editor del *Atlantic Monthly*. Las dos viajaron juntas por Europa, se relacionaron con intelectuales europeos y estadounidenses y formaron lo que entonces se llamaba «un matrimonio de Boston».

«La Nochebuena de la señora Parkins» («Mrs Parkins's Christmas Eve») se publicó por primera vez en dos números del *Ladies' Home Journal*, en diciembre de 1890 y enero de 1891. En la tradición dickensiana, este pausado y medido cuento ilustra de nuevo, pero sin el menor aparato, el poder iluminador y redentor de la humanidad.

PRIMERA PARTE (DICIEMBRE 1890)

El sol invernal empezaba a ponerse, pero iluminaba aún con su resplandor la sala de la señora Lydia Parkins. Hablar de una semejanza entre la desnudez de la sala y el mundo exterior ese 21 de diciembre podría parecer descortés, pero había cierta desnudez e inhospitalidad en ambos escenarios.

El papel frío y gris que revestía la pared, los deslucidos y escasos muebles, la indescriptible pobreza y falta de comodidades de la sala eran idénticos a la desnudez de la vegetación y a la crudeza e inclemencia de aquel día de principios de invierno, a menos que el sol brillara con un resplandor dorado como lo había hecho al final de la tarde; entonces, tanto la sala como la larga y helada carretera de la ladera y las lejanas montañas de poniente se veían totalmente transformadas.

La señora Parkins se sentaba muy erguida en una de las seis respetables sillas de madera con asiento de mimbre; estaba arreglando un lúgubre sombrero gris y negro de invierno y tenía el costurero en un extremo de la mesa situada frente a ella, entre las ventanas, y una fila de bobinas sobre el alféizar a su izquierda. El único lujo que se permitía era un escabel, una de esas pequeñas banquetas que se ven en los bancos de las iglesias, con un trozo de tapiz en la parte superior. La señora Parkins era tan bajita que, de no haber sido así, los pies no le habrían llegado al suelo desde su silla con asiento de mimbre; pero le horrorizaban las personas que apoyan los pies en los travesaños de las sillas y desgastan la pintura. Siempre estaba en guardia para reprimir esa deplorable costumbre en los jóvenes. De vez en cuando dirigía una mirada recelosa a la pequeña Lucy, a la que tenía enfrente en otra de las sillas. La niña había visitado a la señora Parkins con anterioridad, y en ese momento hacía tales esfuerzos por portarse bien que se le habían dormido los pies y sentía el cosquilleo de semejante suplicio. Se preguntaba si su madre no estaría casi lista para irse a casa.

La señora Deems seguía impávida en la mecedora, con el sol dándole de lleno en la cara. Era una mujer menuda, desenfadada, con un rostro ancho casi tan resplandeciente como el mismo sol invernal. Podría pensarse que ambos sostenían un combate con el fin de eclipsarse mutuamente, pero hasta ese momento no era la señora Deems la que pestañeaba y se retiraba de la contienda. Precisamente en ese momento se percató del abatimiento y de las miradas inquietas de la pequeña Lucy, y la animó a salir a corretear un rato y buscar alguna nuez bajo el árbol grande de la señora Parkins.

La puerta se cerró, y la señora Parkins cortó el hilo de su labor y dijo que allí no encontraría nueces; quizá le daría algunas a Lucy en una cesta cuando se marcharan a casa.

—¡Oh, da lo mismo! Me daba pena tenerla ahí sentada, en silencio —dijo tranquilamente la señora Deems—; a los niños les encanta corretear un poco.

—¿No hará ninguna trastada? —preguntó la anfitriona, temerosa.

—¿Lucy? —rió la madre—. ¡Tendría que conocerla mejor! A veces me gustaría que no fuera tan callada; ha salido a la familia de su padre, todos tan callados y cumplidores, sin la menor idea de cómo divertirse; en mi casa éramos tan alborotadores de niños que me cuesta entender a los Deems.

—Me habría encantado tener una hija como su Lucy —dijo la señora Parkins con un suspiro. Sostenía su sombrero gris y negro con la mano izquierda y lo miraba con censura—. Siempre llevaré luto por el señor Parkins —añadió—, pero tenía este lazo gris oscuro y me pareció buena idea ponérselo a mi sombrero negro; el fieltro está deslucido y los adornos de seda negra hacen que parezca aún más andrajoso.

—Tiene razón —reconoció con franqueza la señora Deems—. ¿Por qué no se compra uno para las reuniones, señora Parkins? Los sombreros de fieltro están a buen precio esta temporada, y tendrá éste de repuesto.

—Tengo uno lo bastante bueno para las grandes ocasiones —contestó la señora Parkins sin inmutarse—. Pienso aprovechar éste un invierno más.

Siguió recomponiendo el lazo gris, y la señora Deems la miró con un brillo en los ojos; tenía que decirle algo y no sabía cómo empezar; la señora Parkins lo sabía tan bien como ella y trataba de impedirlo, lo que complicaba aún más la situación.

—¡Bueno! —se atrevió a decir al fin—. Supongo que ya sabe para qué he venido; no puedo pasarme la tarde aquí sentada. Me gustaría preguntarle si va a colaborar con algo para el regalo del pastor.

La señora Parkins tenía la boca llena de alfileres y se los fue quitando lentamente antes de contestar. El sol se ocultaba tras una nube de nieve a ras del horizonte, y la señora Deems seguía brillando con luz propia. No hacía mucho calor en la sala y se echó el chal de lana sobre los hombros, como si fuera a marcharse a casa.

—No sé si tengo ganas de colaborar hoy, señora Deems —respondió la señora Parkins con tono resuelto—. No conozco mucho a la familia del pastor. Creo que *ella* ha tomado demasiadas cosas a su cargo; no me gusta mucho esa señora.

—Para mí es una de las mujeres más bondadosas y afables que hemos tenido en el pueblo —dijo la señora Deems—. El otro día comenté lo cariñosa que es con todo el mundo. Han tenido dificultades y alguna que otra vez pasan estrecheces, pero ella siempre encuentra la manera de ser muy generosa. Nunca han parecido creer que no hiciéramos lo bastante por ellos, siendo él el pastor de nuestra parroquia. Las familias de algunos clérigos esperan tanto de sus feligreses que, cuanto más haces por ellos, más creen que debes hacer; pero eso no ocurre con los Lane. Siempre están pensando qué pueden hacer por los demás, y lo hacen. A usted nunca le han gustado, no entiendo por qué.

—No es el mejor predicador del mundo —dijo la señora Parkins.

—Me da igual que no lo sea; las palabras son palabras, pero un hombre que vive

como el reverendo Lane es el mejor de los pastores —respondió la señora Deems.

—Bueno, no estoy en deuda con ellos —exclamó la anfitriona, alzando la vista—. No pienso hacer por esa familia más de lo que he hecho; aunque quizá les mande de vez en cuando unas manzanas o algo por el estilo.

—Como quiera —dijo la señora Deems, levantándose apresuradamente con aire irritado—. Ignoraba que no estuviera encantada de hacerlo, como todos los demás.

—No llevan mucho tiempo en el vecindario, y yo les pago mi parte del salario; no hay por qué exagerar.

—Han tenido gastos extra este otoño, y han sido muy compasivos y amables; se preocupan por todos nosotros, y hacía mucho tiempo que no contábamos con una ayuda como la que prestan a la parroquia. Ha sido muy duro para ellos tener que ingresar a su hijo en el hospital.

—Bueno, todo el mundo pasa malas épocas, y las familias de los clérigos tampoco se libran. Lo siento por el niño, se lo aseguro —añadió la señora Parkins con generosidad—. No se vaya, señora Deems; hacía tiempo que no venía a verme. Quiero que vea mi sombrero terminado, solo tardaré un minuto.

—Tengo que pasar por casa de los Dilby y pronto se hará de noche. Me encantaría que se acercara usted a verme. Tengo que ir a buscar a Lucy y andar un buen trecho.

—Creo que no voy a levantarme para acompañarla hasta la puerta, tengo el regazo lleno de cosas —dijo cortésmente la señora Parkins, y ésa fue su despedida.

Lucy estaba brincando al lado de la valla delantera para entrar en calor y entretenerse.

—No ha dicho nada de las nueces, ¿verdad, madre? —preguntó la niña; la señora Deems rió y negó con la cabeza.

Luego bajaron juntas el camino; la mano grande enfundada en un mitón agarraba con fuerza la mano pequeña, y las cabezas encapuchadas de vez en cuando se inclinaban la una hacia la otra, como si tuvieran una conversación muy animada. La señora Parkins las miró dos o tres veces, con recelo al principio, como si pensara que pudieran estar hablando de ella; después, con cierta tristeza. Ella provenía de una familia ahorradora y se había casado con un hombre ahorrador.

—Madre, ¿la señora Parkins es muy pobre? —preguntó la pequeña Lucy en tono compasivo.

La señora Deems sonrió, y le aseguró a la niña que, a excepción del coronel Drummond, no había nadie con tanto dinero como ella; aunque la señora Parkins ponía mucho cuidado en no disfrutar de sus recursos, y en no permitir que nadie lo hiciera. Lucy reflexionó un rato sobre esta extraña respuesta y luego empezó a dar saltos y cabriolas por el accidentado camino, sin soltar la cálida mano de su madre.

Esto era el 21 de diciembre, y lunes el día de la semana. El martes, la señora Parkins planchó un poco, y el miércoles decidió ir a Haybury para ingresar dinero en el banco y hacer alguna pequeña compra. Las mercancías eran más baratas en

algunos de los grandes almacenes de Haybury que en la tienda de la esquina de su pueblo; contaba con su caballo y siempre podía almorzar en casa de su prima. Cierto es que la prima le lanzaba continuas indirectas para que les comprara regalos a ella o a sus hijos, pero la señora Parkins podía soportarlo, y siempre descargaba su conciencia invitando a los chicos en la época de la siega y el secado del heno, aunque su colaboración le saliera más cara por su apetito cada vez mayor y el deterioro de la vivienda. La madre iba a pasar el día con ellos de vez en cuando, aunque todo el trabajo de la casa dependiera de ella, ya que había enviudado muy joven y no tuvo ayuda alguna hasta que los chicos acabaron el colegio. A uno le iba bien en la fábrica de zapatos y al otro en una tienda. La señora Parkins se sentía muy unida a su prima, pero pensaba que, si empezaba a dar, siempre esperarían algo de ella.

Como se ha dicho, el miércoles era el día señalado para la visita, a pesar de que, cuando llegó, resultó ser un día realmente invernal, frío y ventoso, con esporádicas ráfagas de nieve; como la señora Parkins sufría de neuralgia, desistió de salir hasta el día siguiente. Cuando despertó el jueves por la mañana se alegró de encontrarse con una temperatura cálida y el viento en calma. Sabía lo suficiente del clima para ver las nubes cargadas de nieve, pero solo había doce kilómetros hasta Haybury; podía salir temprano y regresar a casa después de comer. Así que, cuando llegó el muchacho que cuidaba el caballo y recogía la leña todas las mañanas, lo apremió y atosigó hasta dejarlo casi sin aliento; engancharon el caballo al carro y, con inusitada previsión, envolvieron un trozo de cerdo curado y lo colocaron bajo el asiento del carro; después, con una bufanda sobre el sombrero recién arreglado, un chal sobre la capa de los domingos y unos mitones sobre los guantes de lana, la señora Parkins se alejó en su carruaje. Todos los vecinos sabían que se dirigía a Haybury para ingresar en el banco ochenta y cinco dólares que los hermanos Dilby le habían pagado por el centeno plantado y ya medio cosechado. Lo más probable es que llevara bastante más dinero ese día; tenía la mejor granja de aquel yermo municipio y era una reputada administradora.

La prima era una buena mujer, afable, muy leal a los suyos y siempre dispuesta a recibirla en su casa. Aparte de que, si bien los oídos de Lydia Parkins permanecían sordos a las alusiones sobre sus necesidades y deseos actuales, era más que probable que sus hijos heredaran su granja y sus ahorros; no era una persona a la que se pudiera hablar con brusquedad o a la que fuera posible menospreciar. Es más, ningún corazón verdaderamente piadoso podía dejar de compadecerse de la enjuta, inquieta y severa mujercilla que actuaba como si siempre hubiera de estar a la defensiva contra un mundo usurpador y mendicante.

Mary Faber, como de costumbre, suplicó a la señora Parkins que se quedara a pasar la noche; la vida parecía depararle tan pocos placeres que el cambio le sentaría bien. No le ocasionaría ningún gasto, excepto el de guardar el caballo en un establo. La señora Faber insistió de corazón y añadió que nadie la estaría esperando en casa. Pero la señora Parkins se negó, como era habitual; temía que el sótano se helara. No

se habían reforzado las paredes ese otoño, como ella quería, pues había que pagar a los Dilby un dólar y un cuarto por hacerlo, y no tenía intención de darles ese gusto.

—¡Válgame Dios! ¿Por qué no aceptas que eres rica y dejas de preocuparte por los gastos pequeños? —preguntó la prima, armándose de valor—. No sé cómo puedes ser cada vez más rica y más pobre al mismo tiempo. —Su carácter bondadoso le impidió reprimir la risa mientras hablaba; ni la misma señora Parkins pudo evitar sonreír—. No sabes cuánto agradezco tu compañía, y has sido muy amable al traer esa deliciosa pieza de cerdo.

¡Si hubiera sabido el esfuerzo que su invitada tuvo que hacer para dársela después de llevarla hasta allí! Dos veces había vuelto a meterla debajo del asiento con tenaz indecisión, y solo acabó sacándola por temor a que los chicos pudieran descubrirla curioseando en el carro y se lo contaran a su madre. Cuántas veces había tenido en las manos algo para regalar y lo había vuelto a guardar media docena de veces sin acabar de decidirse a hacerlo. Su corazón albergaba aún impulsos ciegos de generosidad, si bien ella había ido adquiriendo habilidades para tranquilizar su conciencia y encontrar excusas para negarse a dar.

Los preparativos navideños en la pequeña y concurrida población la hicieron sentirse incómoda; sentía como un reproche la felicidad de la jovial prima pese a su escasez de recursos para el gobierno de la casa. El salario de los muchachos era sumamente bajo el primer año, incluso el segundo; pero su madre se enorgullecía de su sensatez, y seguía cosiendo y alquilando habitaciones y haciendo todo lo que estaba en su mano para ganar dinero. Parecía cansada y prematuramente avejentada; le dijo a la señora Parkins que le gustaría visitarla unos días en la granja el verano siguiente, y que los chicos comieran con unos vecinos.

—Nunca me permití el más mínimo descanso hasta que acabaron la escuela; ahora podré tomarme las cosas con más calma —afirmó la buena mujer, con un tono melancólico poco común en ella.

La señora Parkins la escuchó con cierto desasosiego; sabía que regalarle una pequeña cantidad de dinero de tanto en tanto habría supuesto una gran ayuda, si bien nunca podía decidirse a iniciar lo que prometía ser el despilfarro de su cuidadosamente atesorada fortuna. Sería también la ruina de los muchachos si llegaban a pensar que podían recurrir a ella en cada emergencia. A la larga los resarciría; no podía llevarse el dinero al otro mundo, y haría de la necesidad virtud.

La tarde concluía fría y oscura, y la nieve empezó a caer lentamente antes de que la señora Parkins dejara la calle de Haybury. Había vivido demasiado tiempo en el monte para no conocer bien el clima y, por un momento, mientras el viento le golpeaba la cara y veía el cielo y el horizonte nublados por la tormenta que se avecinaba, pensó en volver a casa de su prima. Si hubiera sido otra época del año, pero ¡en Nochebuena! El viejo caballo reunió todas sus fuerzas y apresuró el paso como si tuviera el suficiente sentido para preocuparse por las inclemencias del tiempo; al poco, el camino dio un viraje y el viento ya no fue tan frío y rápidamente

perdieron de vista la población, cruzando el llano que se extendía entre Haybury y las colinas de Holton. La señora Parkins estaba convencida de que llegaría a casa al anochecer, y el jamelgo hacía lo que podía. Abundaban los baches y el hielo en la carretera; el carro traqueteaba y cabeceaba; se estableció una especie de carrera entre la señora Parkins y la tormenta, y durante un tiempo pareció innegable que ella sería la ganadora.

La fuerza creciente del viento no acabó de imponerse hasta que hubieron recorrido casi la mitad de los doce kilómetros; la nieve, que en un principio solo se adhería como un ligero velo al chal-manta de la señora Perkins, y tamizaba de blanco la hierba helada a través de la llanura, terminó por acumularse encima de la desgastada piel de bisonte y formó una capa tan profunda sobre el camino que las ruedas comenzaron a atascarse. Era sorprendente el grosor de los copos y la rapidez con que caían; de nada le servía intentar protegerse la cara con la bufanda blanca, pues alcanzó tal espesor con la nieve que apenas le dejaba ver y parecía ahogarla. Empezó a oscurecer; la nevada arreciaba, y el caballo, subiendo las sobrecargadas colinas con el viejo carro bloqueado por la nieve, se veía obligado a parar una y otra vez. De repente, se le ocurrió a la señora Parkins la atroz idea de que no podría llegar a casa esa noche, y entonces tuvo que reconocer que no sabía bien dónde se encontraba. Los gruesos copos de nieve la cegaban; se volvió para ver si venía alguien; aunque bien podría encontrarse en medio de las inmensidades del Ártico. Se sintió paralizada y aturdida e intentó fustigar de nuevo al jadeante caballo; la pobre criatura intentaba avanzar desesperadamente. Debían de haberse alejado lo suficiente de la llanura para estar cerca de algunas casas; pero cada vez estaba más oscuro y la nieve caía con más fuerza mientras recorrían lentamente un kilómetro y medio más, hasta que les resultó imposible seguir; el animal se detuvo en seco, dio una sacudida para librarse del montón de nieve acumulada en el pescuezo y volvió la cabeza para mirar inquisitivamente a su dueña.

La señora Parkins empezó a llorar de frío, de miedo y de tristeza. Había leído relatos sobre terribles y repentinas tormentas en el oeste, y ahí estaba ella en mitad de la noche, sin comida, a la intemperie y desamparada.

—¡Oh! ¡Daría mil dólares por estar a salvo bajo un techo! —gimió la pobre mujer —. ¡Pobre de mí! ¿Por qué habré salido de esa casa caldeada?

Un extraño resplandor la deslumbró, y una visión de las tiendas de Haybury brillantemente iluminadas, del trasiego de los alegres clientes y del alborozo y la generosidad contagiosa de la Nochebuena se burló de la tacaña mujercita perdida y sentada allí toda desorientada. Los densos copos de nieve quedaban atrapados en las pestañas, helaban sus mejillas y se derretían entre los cordones de su sombrero gris, sobre el que se amontonaban formando una elevada corona que caía en su regazo cuando se movía. Si intentaba sacudirse la nieve, ésta se acumulaba en su recargada manopla y acrecentaba su torpeza. Era una tormenta terrible y pertinaz; a ese ritmo, caballo y conductora quedarían pronto sepultados y congelados en la carretera. Los

copos que se iban acumulando eran malévolos y misteriosos; eran enormes y caían con celeridad del cielo.

—¡Cielo santo! ¡Qué entumecida estoy! —murmuró la señora Parkins—. Y entonces recordó que el cajero del banco le había dicho esa mañana que era un día en que todos los demás sacaban dinero, que ella era la única que lo ingresaba. —Daría con gusto hasta el último céntimo a cualquiera que viniera y me ayudara a encontrar cobijo —dijo la pobre mujer—. ¡Oh, no sé si he escardado lo suficiente para merecer la salvación[70]! —y una sórdida sensación de vergüenza y fracaso dio al traste con cualquier esperanza que pretendiera brotar en su corazón. ¿Qué había hecho ella por Dios y por los hombres que ahora le otorgara el derecho a pensar en amor y en salvación?

Pese a todo parecía como si la ayuda tuviera que llegar en cualquier momento y como si esta gran emergencia careciese de gravedad. La vida de la señora Parkins había sido tan monótona, tan carente de emociones y situaciones trágicas que no podía entender, incluso en ese momento, que se encontraba en tan grave peligro. Volvió a pedir auxilio con todas sus fuerzas, y el caballo relinchó aún con mayor energía. Su única esperanza era que los dos hombres con que se había cruzado unos kilómetros antes recordaran que le habían aconsejado apresurarse, y volvieran para buscarla. El pobre y viejo caballo se había arrastrado con el carro hasta el borde de la carretera, al amparo de unos árboles de hoja perenne. La señora Parkins se deslizó bajo la piel de bisonte hasta el fondo de su frío y destartalado carro, y se tapó como pudo. Había muchas probabilidades de que la encontraran congelada bajo un ventisquero la mañana siguiente.

¡Por la mañana! ¡La mañana de Navidad!

¿Qué le deparaba el advenimiento de la Navidad, sepultada bajo la nieve en una tormenta de diciembre?

¿Algo? Sí, aunque lo ignoraba. ¡Qué poco sabía de lo que esa Nochebuena iba a aportar a su vida!

SEGUNDA PARTE (ENERO 1891)

Lydia Parkins era una mujer menuda y carente de vigor, pero, a medida que entraba en calor bajo su capa de mantas en el fondo del viejo carro, empezó a entrar en razón. Debía salir e intentar caminar por la nieve lo más lejos posible; no tenía sentido morir como un conejo en esa horrible tormenta. Sí, y debía desenganchar al caballo y dejarlo ir; así que bajó con arrojo a la nieve que le llegaba a la rodilla, donde ya se había formado un ventisquero. Se negaba a admitir que quizá estuviera perdida y pudiera morir de frío esa misma noche. No parecía apropiado para la señora de Nathan Parkins, que poseía un montón de dinero en el Banco de Haybury, una buena granja bien dividida entre cultivos y bosques, y que guardaba en su casa un cúmulo

de mantas y edredones, leña suficiente y ropa apropiada para el invierno. El viento que arreciaba sin cesar le hizo notar la flacidez y el frío del húmedo sombrero gris y negro en su pobre cabeza, más embotada y pesada que nunca. Perdió un guante y un mitón en la nieve mientras intentaba desenganchar el caballo, y se le entumecieron los dedos desnudos; pero se las arregló para liberar al bueno y vetusto animal, esperando que se las arreglara para avanzar y que alguien lo reconociera por el camino y acudiera a socorrerla; el caballo, sin embargo, se limitó a dar vueltas y más vueltas alrededor de ella y del carro, trastabillando, gimoteando y resistiéndose a que lo espantara.

—¿Qué clase de tormenta es ésta? —gruñó la señora Parkins, caminando por la nieve y tropezando sin querer con su vestido. El jamelgo la siguió dócilmente, y cuando ella dio un grito débil, áspero y mujeril, el viejo Major relinchó y se sacudió la nieve del lomo. La señora Parkins sabía en el fondo de su corazón que no podría llegar muy lejos con un viento semejante y a través de tales ventisqueros; finalmente sintió flaquear sus fuerzas, se hundió en la nieve al borde de la carretera y el caballo continuó solo. La oscuridad era terrible y el frío le calaba los huesos. Pasados unos minutos se incorporó y reanudó la marcha; en lugar de gritar por haber perdido de vista al caballo, le pareció más oportuno seguir sus huellas.

De repente, percibió un débil centelleo a su izquierda, y ¡qué dicha fue para sus ojos! La infortunada viandante apretó el paso; sin embargo, el viento arreció como si quisiera obligarla a retroceder. El caballo fue el primero en encontrar refugio; alguien lo había oído y salió de la casa dando un portazo que llegó a oídos de la señora Parkins. Intentó gritar de nuevo, pero apenas emitió un sonido. La luz parecía aún lejana, aunque en ese momento oyó unas voces y vio otra luz que se movía. Estaba tan agotada que tuvo que esperar a que vinieran a socorrerla. ¿Quién vivía en la primera casa a la izquierda después de pasar Oak Ridge? No podían ser los Donnell, porque estaban en Haybury y tenían la casa cerrada; debía de ser la casa del párroco, y ella se había alejado de la carretera que llevaba a su casa. El caballo, desorientado, había tomado el camino de la izquierda.

«Bueno —pensó la señora Parkins—, preferiría estar en cualquier otro sitio, pero lo único que me preocupa es encontrar cobijo. Estoy agotada y a punto de desmayarme».

La luz de la linterna llegó dando saltos rápidos, como si alguien caminara rápido, y oscilando como si estuviera en un barco pesquero que navegara en un mar proceloso. La señora Parkins empezó a acercarse y gritó a su salvador.

—¡Vaya por Dios, si es el pastor! —exclamó—. Soy la señora Parkins, o lo que queda de ella. He estado a punto de morir congelada no lejos de aquí. En mi vida había visto una tormenta así.

Se hundió en la nieve y fue incapaz de ponerse en pie. El clérigo era un hombre fuerte; se inclinó y la levantó como si fuera una niña; la llevó en brazos por el camino con la linterna colgada. Era una mujer menuda y poco dada a sentimentalismos, pero

había pasado muchísimo frío y un miedo espantoso y, por fin, estaba a salvo. Era como el buen pastor de la Biblia[71], y Lydia Parkins dejó de llorar; pero era como si hubiera perdido el habla y su corazón estuviera a punto de romperse. Parecía inevitable que el pastor la encontrara y la llevase al redil; es decir, a la parroquia; ella se sentía mareada y extraña otra vez, y su sombrero de repuesto gris y negro se desató y cayó en la nieve sin que lo advirtiera.

Cuando la señora Parkins abrió los ojos una luz brillante la obligó a cerrarlos de inmediato; descubrió acto seguido que se encontraba en el salón de la casa parroquial y que la mujer del clérigo se arrodillaba a su lado con expresión de inquietud; en el extremo opuesto había un árbol de Navidad con bonitos y brillantes adornos y alegres velitas en las ramas. Ella estaba cómodamente envuelta en unas cálidas mantas, pero se sentía muy cansada y débil. La mujer del pastor sonrió encantada:

—Enseguida se encontrará mejor —exclamó—. ¡Cada vez que pienso que estaba en medio de esta horrible tormenta! ¡No diga nada aún, querida! —añadió cariñosamente—. Voy a traerle una buena taza de té bien caliente. ¿Se encuentra bien? Olvídese de la tormenta. Mi marido se ha ocupado del caballo. Tenga, le pondré encima mi chal rojo, es más bonito que las mantas; su ropa está secándose en la cocina.

La mujer del pastor tenía un rostro muy dulce, y se quedó unos instantes mirando a su inesperada huésped; algo en el rostro delgado y suplicante del sofá la conmovió, y se inclinó para dar un beso a la señora Parkins. Resulta que llevaba años sin que nadie la besara, y unas lágrimas rodaron por sus mejillas mientras la señora Lane se daba la vuelta.

La mujer del pastor había pensado a menudo que la señora Parkins tenía un rostro severo y harto desagradable; era la feligresa de la parroquia que menos le gustaba; sin embargo, mientras encendía el fuego de la cocina, empezó a pensar qué podría encontrar para ponerle en el árbol de Navidad, y por qué nunca había advertido la mirada temerosa y tímida de la infortunada mujer.

«Es tan triste vivir completamente sola en esa granja tan enorme», pensó la señora Lane, consciente de la felicidad de su hogar y de sus hijos.

Los tres se acercaron en ese momento y la rodearon; John —cojeando— con su cara pálida de hombrecito, y Mary y la pequeña Bell, las niñas, de lo más sonrientes.

El clérigo volvió del establo, apagó la linterna de un soplo y la colgó. Envolvieron en mantas al caballo para que entrara en calor, como a su dueña, y le dejaron una buena cena en el pesebre. La casa parroquial estaba habitada por una familia feliz, y la señora Parkins podía oír sus risas tenues y sus susurros en la cocina. Después de todo eran las ocho, y era evidente que los niños ansiaban el comienzo de la celebración demorada. Las dos niñas se quedaron en la puerta y dirigieron su mirada primero a la invitada desconocida y luego al árbol de Navidad; poco después fueron con su madre a preguntar si la señora Parkins tenía fuerzas para celebrar la Navidad con ellos o prefería irse a la cama y dormir para recuperarse.

La señora Parkins no quería marcharse; empezaba a sentirse bien otra vez y tenía miedo de quedarse sola, sin saber exactamente por qué.

—Venga conmigo a la habitación —dijo la señora Lane— y póngase mi bata de doble capa, es bonita y cálida; seguro que le quedará bien, y así, en caso de que quiera levantarse más tarde, se encontrará más cómoda que envuelta en unas mantas.

Aunque aturdida por el pequeño alboroto, sorprendentemente la señora Parkins estaba encantada. El hecho de estar en aquel lugar tan seguro y agradable después del frío y el peligro le procuraba una insólita capacidad de goce y empatía. Se sentía joven y feliz, y se preguntaba qué iba a suceder. Se quedó quieta y dejó que la señora Lane cepillara su pelo cano, enmarañado con la humedad de la nieve, como si fuera una de las niñas; luego volvieron al salón. El fuego ardía con intensidad en la estufa Franklin[72]; el verano anterior, el pastor había desbrozado un abrupto terreno de la parroquia demostrando una gran energía y, como la señora Parkins advirtió enseguida, allí ardían algunas de las raíces de los pinos. Al enterarse del arduo trabajo que el pastor estaba llevando a cabo, había comentado que mejor haría dedicando ese tiempo a escribir sus sermones, y lo recordó ahora con una punzada en el corazón; admitió para sus adentros que en algunas ocasiones había sido mezquina con los Lane, y era una buena lección para ella estar a su merced ahora. Desde el rincón del viejo sofá, envuelta en la cálida bata, contemplaba sus caras afables, y una nueva sensación de cordialidad y esperanza se coló sigilosamente en su corazón.

—Tengo tanto calor ahora como frío hace un rato —aseguró al pastor.

El niño cojo y sus dos hermanas pequeñas se sentaron juntos delante del fuego; la señora Lane, en el sofá con la señora Parkins; y el clérigo empezó a pasar las hojas de una Biblia que había en la mesa. No parecía una reunión envarada y formal celebrada entre la superstición y la reverencia; más bien era como si el buen hombre estuviera contando a su familia la historia de alguien a quien todos querían y llevaban en su corazón. Dijo unas cuantas palabras sobre el nacimiento de Cristo, y que aquella noche «no hubo lugar para ellos en la posada[73]». Sí lo había para el soldado romano, el sacerdote y el recaudador de impuestos, pero no para Cristo; y habló de cómo culpamos a ese posadero y con frecuencia actuamos de la misma manera en la posada de nuestro corazón.

—Hay sitio para amigos, placeres y ganancias, y no lo hay para Cristo —dijo el pastor con tristeza, mientras los niños miraban con seriedad el fuego, tratando de entender. Luego escucharon otra vez la historia de los pastores y la estrella, y ésta sonó más hermosa que nunca; parecía totalmente nueva y maravillosa; y el reverendo rezó, y dio gracias en especial por la amiga que formaba parte de la familia esa noche, pues había logrado salvarse de un gran peligro. Después la familia Lane cantó su himno de Navidad junto a un viejo órgano que la madre tocaba: *Mientras los pastores vigilaban su rebaño por la noche*[74].

Lo cantaron a coro, como si adorasen el himno, y cuando terminaron y la estancia quedó de nuevo en silencio, la señora Parkins oyó el viento que soplaba afuera, las

grandes ramas del olmo que se balanceaban y crujían sobre la pequeña casa, y la nieve que golpeaba afanosamente las ventanas. Notó una rara calidez en su corazón; ya no tenía frío ni se sentía asustada o sola, ni tan siquiera egoísta.

Encendieron las velas del árbol; los pequeños hacían cabriolas, desbordantes de secretos, y gritaban con gran júbilo, y el árbol refulgía esplendoroso lleno de alegres adornos de nueces recubiertas de papel dorado y plateado, bolsitas cosidas con hilos brillantes, y toda clase de fruslerías caseras. Sin embargo, cuando aparecieron los verdaderos regalos, los regalos fruto de la reflexión, del cariño y de una profunda abnegación, la parte más luminosa de la familia resplandeció de felicidad y amor. Mientras la señora Parkins seguía en el sofá, uno tras otro le llevaron su ración de fruta colgada en el pequeño árbol, hasta que su regazo se colmó. Una de las niñas le dio una bolsa de caramelos, aunque éstos no abundaban en el árbol; la otra le regaló un marcapáginas, y el niño, que había cultivado un bonito geranio, se acercó cojeando para dárselo; la señora Lane le ofreció una bonita capota que su hermana había confeccionado para ella unas semanas antes, pues tenía otra que aún podía usar y no necesitaba dos. El pastor había encontrado para ella un librito de himnos que un amigo le había regalado en la conferencia de otoño, y, cuando la señora Parkins lo abrió, casualmente se topó con estas palabras: «Espacio para negarnos a nosotros mismos[75]». Sus ojos se llenaron de lágrimas sin saber por qué.

«Tengo que aprender a no ser mezquina», pensó casi con rabia.

Era lo menos que podía hacer, tener un gesto amistoso con esta gente tan amable; ellos la habían rescatado de la tormenta con tanta calidez y cariño; no parecían haberse enterado de que jamás les había dirigido una frase amable desde que llegaran al pueblo; de que solo ella se había mantenido al margen cuando su querido hijo, su único varón, luchaba contra una enfermedad que podría haberlo dejado lisiado de por vida. Había oído decir que existía una posibilidad de curación si su padre lo llevaba a un famoso cirujano de Nueva York. Pero los gastos del largo viaje y de las semanas de tratamiento lo hacían inviable. Los Lane estaban muy agradecidos de que estuviera vivo y pudiera pasar la noche de Navidad con ellos. La señora Parkins podía ver el brillo en los ojos llenos de lágrimas de su madre cuando lo miraba, y la cariñosa mano tendida del padre para sujetarlo cuando cruzaba la habitación cojeando.

—Me gustaría que Lucy Deems, mi vecina, estuviera aquí, para ayudar a sus niñas a celebrar la Navidad —dijo la señora Parkins, casi sin darse cuenta—. Su madre lo ha pasado muy mal; me gustaría traerla algún día cuando el viaje sea más cómodo.

—Conocemos a Lucy Deems —respondieron alegremente las niñas.

Luego, la señora Parkins recordó con pesar a su prima y a sus dos hijos, y lamentó que no se encontraran todos en casa del pastor. Parecía haber entrado en una nueva vida; incluso pensó en su inhóspita casa con rechazo, y se avergonzó en su fuero interno de su sótano y su desván llenos de comida y de su dinero en el banco de Haybury. Allí estaba ella con la bata de la señora Lane, como la mujer más pobre del

mundo; esa Nochebuena había llegado como una mendiga a la puerta de los Lane, y ellos le habían dado cobijo y la obsequiaban con toda clase de regalos; ¿dónde estaban su independencia y sus riquezas ahora? Era una extraña y la acogían[76]; lo hacían en nombre de Cristo, y éste los bendeciría, pero ¿qué podía decir ella?

—¡Dios mío, qué pobre soy! —balbuceó Lydia Parkins por segunda vez esa noche.

No se había desatado una tormenta igual en muchos años. Pasaron varios días hasta que pudieron comunicarse unos con otros a lo largo de las caminos vecinales bloqueados. Los hombres y el ganado estaban muertos de frío; los postes de telégrafos, derribados, y el tranquilo y placentero campo sintió como si hubiera estado en poder de unas fuerzas de la naturaleza implacables y violentas de las que nunca podría volver a fiarse. Pero salió el sol y reaparecieron los arrendajos azules y los cuervos; la nieve blanca se derritió y los granjeros volvieron a ir de acá para allá por los caminos. Concluido el aislamiento, una paz y buena voluntad desconocidas se manifestaron entre los vecinos; si bien la buena voluntad de la señora Parkins eclipsó a las del resto. Volvió a Haybury tan pronto como las carreteras pudieron transitarse; llevó a su prima Faber de visita a casa y, cuando se fue, iba con un carro lleno de víveres. El día de Año Nuevo hizo una visita a Lucy Deems, le regaló una enorme cesta repleta de nueces y le dijo que podía ir a buscar más cuando se le acabaran; y, sobre todo, poco después, el pastor anunció un domingo a los feligreses que estaría ausente los dos domingos siguientes. Una persona bondadosa iba a poner a su alcance una gran bendición, y con voz vacilante añadió que esperaba que todos rezaran por la recuperación de la salud de su querido hijo.

La señora Parkins, en su banco de la iglesia, no había tenido una expresión tan seria desde antes de Navidad. Nadie podía decir qué secretos arrepentimientos le habrían costado esos regalos y otros parecidos; sin embargo, ella sabía que solo una vida honrosa le permitiría alcanzar la paz de espíritu. Ya no podía seguir en el mundo mezquino y cerrado que ella misma había creado, tenía que aceptarlo como es y sacar el máximo provecho de su vida.

Algunos se reían y decían que su tacañería había desaparecido con el susto la noche de la tormenta; pero algunas veces se nos enseña y se nos conduce lentamente a un nivel más elevado de la existencia, inconsciente e irremediablemente, y el paso decisivo, una vez dado, rara vez se desanda. La señora Deems no tardó en decirle alegremente a una vecina:

—Bueno, siempre supe que la señora Parkins no tenía mala intención, solo que *no sabía cómo* ayudar al prójimo; era como si le diera miedo utilizar su dinero, como si creyera que no tenía derecho a gastarlo. Ahora parece convencida de que tiene toda la responsabilidad, y fíjate en lo bien que se porta. Está empezando a vivir; ayer no se enteró de nada en la primera oración de la mañana; se la ve radiante y no ha dejado de sonreír al hijo del pastor desde que lo vio andar tan derecho como cualquiera. Y he oído que uno de los hijos de su prima se quedará una temporada con ella. Se cansó de

trabajar en la fábrica de zapatos de Haybury. Quizá dé la talla y, con el tiempo, ella le deje llevar la granja.

—Oh, tampoco debemos esperar demasiado de ella —dijo la otra mujer, indulgente—. Estoy segura de que es un cambio maravilloso siempre que esté preparada. Los hábitos son a veces difíciles de corregir; la vida es una lucha continua, ¿no es así?

—Sí —respondió la señora Deems, con seriedad—. ¡Por allí va la señora Parkins en su viejo carro, con mi Lucy sentada a su lado, tan vivaracha como Nathan! ¿No tiene la señora Parkins una expresión mucho más simpática que antes? Cuánto más hace por los demás, y más se empobrece, más rica parece sentirse.

—No es muy corriente en una mujer de su edad volver sobre sus pasos. Nos permite creer que el Cielo cuida y ayuda a la gente —dijo la vecina.

Y las dos se quedaron mirando con grata admiración a la mujer enjuta y menuda que se alejaba por la accidentada carretera. Ya mediaba la primavera, pero la señora Parkins seguía luciendo su mejor sombrero de invierno; el viejo y roñoso, adornado con un lazo gris, lo encontraron las hijas del pastor al derretirse la nieve, y lo escondieron con mucho cuidado para el espantapájaros parroquial cuando llegara la siembra del maíz.

El despiste de una orquesta parroquial

Thomas Hardy

(1891)

Traducción
Catalina Martínez Muñoz

Thomas Hardy (1840-1928) nació en Higher Bockhampton (Dorset), hijo de un maestro de obras. Fue aprendiz y discípulo de un arquitecto en Dorchester y posteriormente delineante en Londres, en pleno fervor del estilo neogótico. En 1872, animado por George Meredith tras haber publicado tres novelas, *Desperate Remedies* (1871), *Los habitantes del bosque* (1872) y *Un par de ojos azules* (1873), abandonó la arquitectura para dedicarse a escribir. *Los habitantes del bosque* había iniciado ese mismo año el ciclo de «novelas de Wessex», nombre del antiguo reino sajón que ocupó gran parte del suroeste de Inglaterra entre los siglos VI y X; a este ciclo pertenecen, entre otras, *Lejos del mundanal ruido* (1874), donde el nombre de Wessex aparece explícitamente por primera vez, *El regreso del nativo* (1878), *The Trumpet-Major* (1880), *El alcalde de Casterbridge* (1886) y *Tess la de los d'Urberville* (1891), además de *Jude el Oscuro* (1895), cuya escandalosa acogida «curó» para siempre al autor, según sus propias palabras, «de todo interés por seguir escribiendo novelas». Su arte se concentró entonces en la poesía, en una serie de volúmenes editados en su mayor parte después de 1898. Fue autor también de un gran drama épico, *The Dynasts* (1904-1908), y publicó cuatro volúmenes de relatos breves: *Cuentos de Wessex* (1888), *Un grupo de nobles damas* (1891), *Pequeñas ironías de la vida* (1894) y *Un hombre cambiado* (1913).

«El despiste de una orquesta parroquial» es una de las historias de «Un batiburrillo de personajes» («A Few Crusted Characters»), publicado con el título de «Wessex Folk» en *Harper's Monthly Magazine* de marzo a junio de 1891. Luego formaría parte del volumen *Pequeñas ironías de la vida* (1894). Es un bonito y cómico cuento de navidades alcohólicas (un aspecto que no cabe olvidar) y sus consecuencias.

—Ocurrió el domingo siguiente a Navidad, que resultó ser el último en que tocaron en la galería de la iglesia de Longpuddle, aunque entonces ni lo sospecharan. Como quizá sepa usted, señor Lackland, los músicos eran muy buenos, casi tanto como los de la parroquia de Mellstock, que actuaban dirigidos por los Dewy, y eso es mucho decir. Formaban la orquesta Nicholas Puddingcome, el director y primer violín; Timothy Thomas, el violista; John Biles, el violín tenor; Dan'l Hornhead al serpentón; Robert Dowdle al clarinete y el señor Nicks al oboe, músicos de primera y hombres robustos y sanos, todos los que tocaban los instrumentos de viento. Por esta razón estaban muy solicitados en la semana de Navidad para actuar en bailes y fiestas porque, con la misma destreza con que interpretaban un salmo, improvisaban una giga o un baile de marineros, incluso mejor todavía, por no decir una irreverencia. O sea, que podían pasarse media hora tocando villancicos en el salón del señor hidalgo para las damas y los caballeros, y tomando té y café con ellos tan recatados como santos, y a la media hora siguiente estar en El Rincón del Calderero, desatados como caballos salvajes, interpretando el *Gallardo sargento de blanco* para nueve parejas de bailarines y bebiendo ron con sidra caliente como el fuego.

»Pues bien, esas navidades las pasaron de juerga en juerga noche tras noche, sin apenas pegar ojo. Y así llegó ese domingo siguiente a Navidad, su día funesto. Hacía un frío de muerte ese año, y no había quien parase sentado en la galería. La congregación, abajo en la nave, tenía una estufa para caldear el ambiente, pero en la galería no tenían nada. En la misa matinal, cuando el hielo avanzaba a razón de dos centímetros por hora, Nicholas dijo: "Por Dios, no soporto este frío, estoy helado; esta tarde nos meteremos algo caliente en el cuerpo, aunque tengamos que secuestrar a un rey y pedir un rescate".

»Así, por la tarde se presentó en la iglesia con un galón de cerveza y brandy caliente, previamente mezclado, que envolvieron con la funda de la viola de Timothy Thomas para que no se enfriara hasta el momento de beber, un poquito en la Absolución, otro poquito después del Credo y el resto al comienzo del sermón. Con este último trago, por fin entraron en calor y empezaron a sentirse a gusto, y mientras se prolongaba el sermón, que por desgracia para ellos fue muy largo esa tarde, se quedaron dormidos como troncos, desde el primero hasta el último.

»Era una tarde muy oscura, y al término del sermón no se veía en la iglesia nada más que las dos velas que el párroco había puesto en el púlpito, y su cara parlante detrás. Concluida su perorata, el párroco anunció el *Himno vespertino*, pero la orquesta no respondió al llamamiento. La gente empezó a volver la cabeza para ver qué pasaba, y Levi Limpet, un niño que estaba sentado en la galería, acurrucado entre Timothy y Nicholas, les dijo a los músicos:

»—¡Empezad! ¡Empezad!

»—¿Qué? —dijo Nicholas, despertándose sobresaltado. Y, como la iglesia estaba tan oscura y él tan confundido, pensó que seguía en la fiesta donde habían estado la noche anterior y, cogiendo su arco y su violín, empezó a tocar *El diablo entre los sastres*, que era en aquel entonces la giga favorita en el vecindario. Los demás, igual de aturdidos y sin dudarlo un instante, siguieron al líder con todas sus fuerzas, como tenían por costumbre. Y así continuaron interpretando esta melodía hasta que las notas graves hicieron estremecerse las telarañas del techo como si fueran fantasmas. Sin soltar el arco, al ver que nadie se movía, Nicholas (con la misma voz de mando que en los bailes cuando la gente no se sabía los pasos), gritó a pleno pulmón:

»—¡Las parejas de delante que crucen las manos! Y cuando el violín chirríe al final, ¡que todos los hombres besen a su pareja bajo las ramas del muérdago!

»Levi, el chiquillo, se asustó tanto que bajó las escaleras de la galería a la velocidad del rayo y se fue a casa. Al cura se le pusieron los pelos de punta al oír en su iglesia esta melodía diabólica y enloquecida y, creyendo que los músicos se habían vuelto locos, levantó una mano para decir:

»—¡Paren, paren, paren! ¡Paren, paren! ¿Qué es esto?

Pero los músicos no lo oyeron, con el ruido que estaban haciendo, y cuanto más gritaba el cura, con más brío tocaban ellos.

»Los feligreses se levantaron perplejos y exclamaron:

»—Pero ¡qué maldad es ésta! ¡Arderemos como Sodoma y Gomorra!

»También el señor hidalgo se levantó de su banco, forrado de paño verde, donde se encontraba en compañía de muchas damas y nobles caballeros invitados en su casa. Se plantó delante de la galería y blandió el puño, amenazando a los músicos:

»—¿Qué hacéis? ¡En este recinto sagrado! ¿Qué hacéis?

»Y entonces los músicos por fin lo oyeron y dejaron de tocar.

»—¡Nunca se ha visto cosa más insultante y vergonzosa! ¡Nunca! —clamó el señor hidalgo, que no sabía dominar sus pasiones.

»—¡Nunca! —subrayó el párroco, que había bajado del púlpito y estaba a su lado.

»—¡Ni aunque los ángeles del cielo —continuó el señor hidalgo (que a pesar de que era un hombre malvado por una vez parecía estar de parte de Dios)—, ni aunque los ángeles del cielo descendieran a la tierra, volveréis a tocar una sola nota en esta iglesia, hombres infames, después de este insulto a mí, a mi familia, a mis invitados, al párroco y a Dios Todopoderoso que habéis perpetrado esta tarde!

»Fue así como la infortunada orquesta por fin entró en razón y recordó dónde estaba. Y fue digno de ver a Nicholas Puddingcome y a Timothy Thomas y a John Biles escabullirse por las escaleras de la galería con sus violines bajo el brazo, y al pobre Dan’l Hornhead con su serpentón, y a Robert Dowdle con su clarinete, todos encogidos, como si fueran bolos. El párroco quizá hubiera podido perdonarlos al enterarse de lo ocurrido, pero el señor hidalgo jamás los perdonaría. Esa misma semana encargó un órgano de manivela capaz de tocar veintidós salmos nuevos,

dotado de un mecanismo tan preciso y singular que, por grande que fuera la inclinación al pecado del instrumentista, de él no salían más que salmos. Contrató a un hombre muy respetable para que accionara la manivela, como ya se ha dicho, y los músicos nunca volvieron a tocar en la iglesia.

Noche de paz, noche de amor…

Gustav Wied

(1891)

Traducción

Blanca Ortiz Ostalé

Gustav Wied (1858-1914) nació en Branderslev (Dinamarca), quinto de los once hijos de Carl August y Catha Wied, un matrimonio de prósperos granjeros. Antes de triunfar como escritor, fue profesor y actor de teatro. Novelista y dramaturgo, se mostró muy crítico con la sociedad de la época y en 1882 pasó catorce días en la cárcel tras la publicación de uno de sus relatos. Wied supo retratar con ironía la vida de una ciudad danesa de provincias, ridiculizando la hipocresía y el esnobismo de su pequeña burguesía. Entre sus obras destacan las novelas *Livsens Ondskab* [La maldad de la vida] (1899) y *Knagsted* [Knagsted] (1902), la obra de teatro *Dansemus* [El vals de los ratones] (1905) y el volumen de cuentos *Circus Mundi* (1909). Wied se suicidaría a los cincuenta seis años.

«Noche de paz, noche de amor…» («Glade Jul, dejlige Jul») se publicó por primera vez en el diario *København* el 2 de enero de 1891 con el título «En glædelig Jul» («Una feliz Navidad»). Con retrasos, incertidumbres y malentendidos, la Navidad acaba imponiendo aquí su mejor espíritu y propiciando los mejores sentimientos.

Si bien no era lo acordado, pasamos la Nochebuena en casa de los Larsen, «de árbol». La idea original era dar cuenta de nuestro ganso en soledad y echar una partida de hombre a tres bandas aderezada con ponche y puros habanos, y yo había concebido la descabellada esperanza de procurarme así, tal vez, las setenta coronas que había de pagar el uno de enero a las doce en punto.

Sin embargo, a media mañana recibimos recado de la familia de arriba: preguntaban si gustaríamos de subir a ver su árbol de Navidad esa tarde a las seis; habría muchos niños.

Yo voté por la partida, pero los otros dos, individuos más profundos, insistieron en elegir el árbol, niños incluidos. Y así se hizo.

Al dar las seis nos disponíamos a ahuecar el ala. Nos habíamos cenado el ganso a las cuatro y a continuación pasamos al café y el coñac; el uno en el sofá, el otro en la mecedora y el tercero en la *chaiselongue* del rincón, debajo del retrato de la bisabuela.

—¡Ah, Dios mío, sí, sí, sí! —exclamó el mayor de los tres, jurista y propietario de la casa donde nos encontrábamos—. ¡Qué agradable, la querida Dinamarca! —Y, dichas estas palabras, bostezó y se desperezó hasta que le crujieron las coyunturas.

—Y ¡que lo digas! —coincidí yo con un suspiro.

Pero el menor de nosotros, que es dependiente en una mercería, no dijo nada, y es que tenía a la novia en Rødby.

En ese momento, oímos bajar corriendo por las escaleras a uno de los mozalbetes de los vecinos. Acto seguido, un torbellino sacudió nuestra puerta, que finalmente se abrió:

—¡Que lo encienden, que lo encienden! —gritó el niño tomándome de la mano y sacándome a rastras. No tuvimos más remedio que subir por la escalera de servicio y atravesar la cocina y la alcoba hasta llegar al comedor. Habría allí entre seis y ocho chiquillos, rígidos y expectantes.

—¡Lo están encendiendo ahí dentro! —susurró el mío señalando el portier que velaba la entrada de la sala de estar.

Llegaron el jurista y el prometido. El jurista se desplomó de inmediato en un sillón, se sentó a una pequeña en el regazo y empezó a hacerle cosquillas en el cuello, arrancándole grititos de contento. El prometido se atrincheró en un rincón apartado desde el que se dedicó a lanzar tímidas sonrisas a los allí reunidos.

Apartaron el portier. ¡Allí estaba el árbol, con tantas velas que deslumbraba! Intenté humedecerme los ojos con unas gotas que llevo siempre en el bolsillo, pero cuando me quise dar cuenta ya me habían agarrado por las dos manos y ¡a dar vueltas y más vueltas en torno al árbol!

«¡Hola! —me dije—. ¡Ésta no era la idea!».

Pero tocaba dar vueltas. Los pequeños empezaron a cantar:

—Noche de paz, noche de amor…

«Sí, claro —pensé—. Cómo se nota que vosotros no tenéis que pagar setenta coronas el uno de enero a las doce en punto».

El jurista estaba en su salsa.

—Pero ¡canta, canta! —me animaba resoplando y con la cara muy roja.

—Me faltan medios —aduje a modo de disculpa— y, además, estoy afónico.

Poco después, la procesión se detuvo y todos se abalanzaron a desvalijar el árbol.

«¡Si hubiese un paquete para ti con setenta coronas!», me dije mientras devoraba una ciruela escarchada. Y lancé una miradita al jurista, que a mis ojos representaba el capital. Le había escrito una carta dándole a entender mi gran necesidad y la había enviado por correo la víspera de Nochebuena, pero él no había dicho ni mu en todo el santo día. En ese preciso instante, me hizo un guiño pícaro con el ojo derecho mientras anudaba un lazo al cuello de una muñeca de tarlatana roja que le había tocado en suerte a una de las niñas. Concebí cierta esperanza.

«Si hubiese un paquetito con setenta coronas dentro —pensé—, ¡cómo iba a cantar entonces!».

El prometido seguía languideciendo por los rincones. Ahora estaba aprisionado entre un armario y el piano, rasgando un sobre muy grueso de tamaño octavilla. Un brillo tierno iluminó su semblante y, una vez apartado el sobre, besó su contenido en silencio. El resto del mundo para él ya no existía.

«¡Santo Dios —pensé—, tiene que venir de Rødby! ¡Quién fuera joven como él!». Y al ver toda la dicha de cuantos me rodeaban y el dolor que me desgarraba a mí por dentro, me invadió la melancolía.

—¡Aquí hay algo para ti! —gritó de pronto una voz a mi lado. Y mi amiguito de antes me tendió un paquete.

Lo palpé con nerviosismo. Estaba blando. Podían muy bien ser billetes de diez coronas. Lancé otra miradita al jurista, que esta vez me hizo un guiño pícaro con los dos ojos.

«¡Noche de paz, noche de amor!», resonaba en mi interior mientras lo desenvolvía. Apareció algo grisáceo. «Billetes de diez coronas, ¡billetes de diez coronas!», pensé mientras la alegría de vivir me arrebataba con fuerza. De repente, percibí en toda su belleza la antigua tradición del árbol de Navidad, las canciones, los dulces y los regalos… Pero ¡qué diantre era *eso*! Si lo gris no era papel, ¡era lana!

Volví a mirar al jurista. Estaba de tan buen humor que le salía por los poros en forma de chispas.

A medida que tiraba y tiraba de aquella cosa para liberarla de su envoltorio, la cara se me iba poniendo más y más larga. Creo que hasta derramé una lágrima muda cuando al fin me vi allí plantado sosteniendo un par de rodilleras, ¡un par de rodilleras de lana gris con las cenefas azules!

El jurista, arrancándomelas de las manos, corrió a enseñárselas a nuestras anfitrionas.

—¡Las he encargado yo mismo, señora Larsen!

—¡Qué preciosidad! —exclamó ella—. ¡Y con cenefas de ganchillo!

Todas las señoras presentes admiraron la labor, los niños se olvidaron de sus juguetes e incluso el prometido se acercó a verlas, después de poner, eso sí, a buen recaudo a la muchacha de Rødby en el bolsillo de su pechera.

Pero yo estaba acabado. Tenía la sensación de que las velas del árbol se entrelazaban y escribían por el aire con letras flameantes: *¡El uno de enero a las doce en punto!*

—¿No te gustan? —preguntó el jurista ya de regreso con las rodilleras.

—Sí, sí —respondí sonriendo como una criatura en mantillas aquejada de retortijones—, ¡estoy totalmente encantado!

—Como siempre te quejas de frío en las rodillas…

—Sí, ¡una cosa atroz!

—¿En las rodillas? —insistió él; y creí entrever un guiño.

—¡Un frío terrorífico en las rodillas! —contesté con convicción.

—Entonces estarás contento, ¿no?

—¡Bien lo sabe Dios! —dije haciendo un esfuerzo por sobreponerme a mis lúgubres pensamientos—. ¡Que si estoy contento! ¡Contentísimo! Muchas gracias, viejo amigo, ¡jamás olvidaré la sorpresa que me has dado!

El jurista sonrió. Y yo diría que si se dio media vuelta y se apresuró a alejarse fue para ocultar el recochineo que se traía. ¡El muy ladino!

¡De buena gana le habría restregado por las narices sus rodilleras infames! De no haberse marchado, creo que nada me habría detenido.

A las ocho y media dieron por concluidas las celebraciones y bajamos a nuestra casa a jugar a las cartas.

Sin embargo, antes el jurista se empecinó en levantarme las perneras del pantalón para ver cómo me quedaban las rodilleras. Yo, pensando en la posibilidad de ablandarlo si me mostraba dócil, le dejé hacer; y es que aún no había renunciado a la esperanza de conseguir recursos.

Pero a lo que íbamos: el caso es que entre la partida, el ponche y los puros, subió la temperatura. Las rodilleras de lana molestaban y picaban, y las setenta coronas jugaban a tú la llevas con mi cerebro. Al jurista le brillaban los ojos como dos lámparas incandescentes y el bigote le subía y le bajaba de pura placidez. El prometido se sacaba del bolsillo la carta de cuando en cuando y se sumía con arrobo en su contemplación. Yo, en cambio, hacía más y más ponche y bebía vaso tras vaso a la salud de la patria, de una justicia mejor, del ferrocarril de Rødby y de todo lo divino y lo humano. Poco a poco logré, si no olvidar por completo las setenta coronas, al menos sí postergar el día uno de enero hasta dejarlo perdido en un futuro impreciso. Al final el jurista y el prometido hubieron de levantarme por debajo de los

brazos y acostarme entre los dos en mi lecho del dolor.

Por la mañana, salí a dar un paseo por la carretera que, a través de algunas colinas, lleva desde la ciudad hasta el largo y ancho mundo.

Había nieve por todas partes. El suelo era una única superficie blanca; el cielo estaba gris y yo tenía jaqueca.

Bueno, en realidad no era una jaqueca propiamente dicha, pero las cosas no andaban demasiado bien por ahí arriba. Tenía que recordar algo, pero no acababa de conseguir que aflorara del fondo de mi memoria hasta dibujarse en primer plano.

Caminaban hacia mí dos mozos vestidos de un paño recio de color celeste y calzados con zuecos. Apenas se les oía avanzar sobre la nieve blanda; encontré, además, a los tales mozos exageradamente pequeños; acarreaban entre los dos una cesta gigantesca por cuyo borde asomaba la cabeza de un jabalí.

«¡Uf! ¡Otro prócer dispuesto a atiborrarse!», me dije.

—¡Feliz Navidad! —me saludaron ellos levantándose el gorro. Yo no dije una palabra porque no estaba de humor. No me explicaba el motivo. Sin embargo, al mirar hacia abajo descubrí que no me había puesto los pantalones. Paseaba por la nieve en mangas de camisa y rodilleras.

«¡Ahora me lo explico todo», pensé.

Oí unos pasos detrás de mí.

Era un tipo larguirucho que no tardó en darme alcance.

—¡Felices fiestas! —me deseó.

—¡Métase usted en sus asuntos! —le contesté. Me disponía a abroncarlo, pero ya había pasado de largo y seguía su camino dándome la espalda.

No pude reprimir una carcajada, pues el hombre en cuestión tenía las piernas larguísimas y las llevaba enfundadas en un pantalón escocés. Además, como era estevado, parecía unas tenazas con cabeza. La levita no llegaba a cubrirle más que la mitad de las posaderas y del bolsillo trasero le asomaba la boquilla de una pipa formidable. Llevaba una bufanda enorme a rayas azules con los extremos por delante del abrigo y, en el centro de la curva trazada por las dos piernas, se bamboleaban como las pesas de un reloj de péndulo dos pompones azulados; la boquilla de la pipa se me antojaba la manecilla.

De improviso me di cuenta de que, en el fondo, era una desvergüenza inaudita por parte de tan ridículo personaje dirigirse a mí; y me apresuré a seguirlo. Pero él apretó también el paso, por lo que la distancia entre uno y otro continuó siendo la misma.

—¡Oiga, amigo! —grité.

Pero él no me entendía.

—¿Qué hora es? —volví a gritar.

Entonces fui testigo de un fenómeno que, dicho sea de paso, no me causó el menor asombro: la boquilla de la pipa inició un lento ascenso por sus posaderas y no

se detuvo hasta quedar en posición vertical entre los botones de la levita. Acto seguido, oí doce sonidos sordos.

«¿Tan tarde ya? —me pregunté—. ¡Entonces será mejor que vayas pensando en volver a casa!».

Y a casa volví. Mi cerebro seguía sin dar con aquello que no lograba recordar. Caminaba cabizbajo mirando mis pies descalzos, que avanzaban por la nieve.

«¡Es extraño que no tengas frío! —pensé—. Será cosa del deshielo».

Di alcance a una vieja pelleja que se arrastraba a duras penas y llevaba el rostro oculto por una capellina.

—¡Felices fiestas! —barboteó a mi paso.

—¡Habrase visto este calzador viejo! —mascullé apretando el ritmo. Pero ella se me agarró a la camisa y no me soltaba—. Señora —protesté indignado—, ¡esto es un atentado contra el pudor!

—Soy una pobre mujer…

—¿Es que no ve que casi no llevo ropa?

—¿Una monedita?

—Abuela —la interpelé en un intento de tocarle la fibra sensible—, ¿acaso cree que llevo calderilla en las rodilleras?

Intenté zafarme de ella, pero sus dedos ganchudos le permitían sujetarme con una efectividad extraordinaria.

—¡Suélteme!

—Entrada en años…

—¿En cuántos?

—¡Setenta! —contestó con una risotada.

—Set… —repetí; y me sentí traspasado por un escalofrío—, ¿setenta el uno de enero?

—Sí…

—¿A las… a las doce en punto?

—¡Sí, sí! —asintió vivamente; en ese momento cayó la capellina y vi el rostro de un hombre de narizota aguileña con una pluma en la boca.

Me solté con un alarido. Pero el hombre volvió a agarrarme y nos enzarzamos en una pelea.

—¡Ahora verás! —gritaba golpeándome en la cabeza con sus dedos huesudos—. ¡Ahora verás!

Pero yo lo cogí por la cintura y le hice la zancadilla. Rodamos ambos por la cuneta. Yo caí debajo. Sentí que el frío iba envolviendo mi cuerpo. Intenté defenderme, pero él me aplastaba la cara contra la nieve y poco le faltó para asfixiarme. Entonces hice acopio de las pocas fuerzas que me quedaban y grité con voz ronca y desesperada:

—¡Isaksen, Isaksen, no se preocupe! ¡Le pagaré su dinero!

En ese momento se esfumó. Yo me incorporé, me froté los ojos y me sequé la

cara.

Frente a mi cama estaba el jurista con un vaso vacío en la mano.

—Pues ¡sí que estaba cargado el ponche! —exclamó.

—¿Eres tú? —pregunté.

—¡Pues claro que soy yo…! Qué carajo, ¿te acuestas con las rodilleras? Ya veo que te han gustado, ya.

—¿Bebimos… bebimos… mucho ayer noche?

—¡Ya lo creo que bebimos! Y ¡ganaste a las cartas!

—¿De veras? —pregunté, de pronto completamente espabilado—. ¿Cuánto?

—Setenta…

—¿Coronas?

—No, no; céntimos, muchacho, ¡céntimos! —dijo él. Después volvió la cabeza y salió de mi cuarto.

Yo me quedé en la cama pensando que la vida era muy muy muy triste y nadie me comprendía.

Sin embargo, al poco se entornó la puerta, unos ojos me hicieron un guiño pícaro por la rendija y una voz grave de bajo declamó:

iba, holgazán, no tengo el día entero.
ksen, Isaksen, ¡aquí está su dinero!

Un sobre rollizo y alargado voló hacia la cama y cayó en mis manos.

Una vez persuadido de lo que había dentro, recordé el árbol de la víspera y canturreé en voz baja:

che de paz, noche de amor,
jurista bienhechor!

La aventura del carbunclo azul

Arthur Conan Doyle

(1892)

Traducción

Catalina Martínez Muñoz

Arthur Conan Doyle (1859-1930) nació en Edimburgo, hijo de un funcionario del gobierno de origen irlandés. Educado por los jesuitas en Stonyhurst, estudió Medicina en la Universidad de Edimburgo. Sus historias de Sherlock Holmes empezaron a publicarse en la *Strand Magazine* en 1891, si bien había escrito la primera de ellas, *Estudio en escarlata*, en 1887. El éxito de su personaje fue inmediato y más tarde recogería sus andanzas en cuatro volúmenes: *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *Las memorias de Sherlock Holmes* (1894), *El regreso de Sherlock Holmes* (1905) y *El archivo de Sherlock Holmes* (1927). En 1893, cansado de su personaje, decidió acabar con él, pero las protestas de los lectores le obligaron a «resucitarlo» con gran ingenio. Otras novelas de Sherlock Holmes son *El signo de los cuatro*, *El sabueso de los Baskerville* y *El valle del terror*. Para sustituir a su famoso detective, creó el personaje de Etienne Gerard, un joven oficial francés en la Europa napoleónica, cuyas memorias recogió en *Las hazañas del brigadier Gerard* (1896) y *Las aventuras de Gerard* (1903). Años después crearía al profesor Challenger, el científico y explorador de *El mundo perdido* (1912) y *El cinturón envenenado* (1913). Fue nombrado caballero en 1902, por su trabajo en un hospital de campaña en Bloemfontein (Sudáfrica) y su firme apoyo a Gran Bretaña en la Guerra de los Boers. Tras la muerte de su hijo en la Primera Guerra Mundial, se consagró a la causa del espiritismo. Murió en Sussex (Inglaterra) en 1930.

«La aventura del carbunclo azul» («The Adventure of the Blue Carbuncle») apareció por primera vez en la *Strand Magazine* en enero de 1892, y es uno de los doce relatos incluidos en *Las aventuras de Sherlock Holmes*, publicado en Londres por George Newnes el 31 de octubre de 1892. Éste es el primer cuento, en esta antología, en que la Navidad ambienta un episodio detectivesco, pero quizá lo más significativo, para su inclusión en ella, sea el gesto final de virtud navideña del detective.

Dos días después de Navidad pasé a visitar a mi amigo Sherlock Holmes con la intención de transmitirle las felicitaciones propias de esa época del año. Lo encontré tumbado en el sofá, con un batín rojo púrpura, el portapipas a su derecha y un montón de periódicos arrugados que evidentemente acababa de estudiar. A un lado del sofá había una silla de madera, y de una esquina de su respaldo colgaba un sombrero de fieltro raído, costroso y agrietado por varias partes. Una lupa y unas pinzas en el asiento indicaban que había colgado el sombrero de esta manera con el fin de examinarlo.

—Parece usted ocupado —dije—. No quisiera interrumpir.

—En absoluto. Me alegra tener un amigo con quien comentar mis indagaciones. El caso es de lo más trivial —explicó, señalando el sombrero con el pulgar—, pero guarda relación con algunos detalles que no carecen por completo de interés, incluso son instructivos.

Me acomodé en la butaca y calenté las manos en el fuego que chisporroteaba en la chimenea. Había helado esa mañana y una gruesa capa de escarcha cubría las ventanas.

—Supongo —señalé— que a pesar de su aspecto corriente ese sombrero está relacionado con algún suceso terrible… que es la pista que lo conducirá a la resolución de algún misterio y al castigo de algún delito.

—No. Nada de delitos —se rió Sherlock Holmes—. No es más que uno de esos incidentes caprichosos que suceden cuando cuatro millones de seres humanos viven apiñados en unos pocos kilómetros cuadrados. Entre las acciones y las reacciones de un enjambre humano tan numeroso, cabe esperar cualquier combinación de acontecimientos y pueden presentarse un sinfín de problemas menores que, sin ser delictivos, resultan sorprendentes y extraños. Ya hemos tenido experiencias similares.

—Tanto es así que tres de los seis últimos casos que he añadido a mis notas estaban enteramente libres de delito.

—En efecto. Se refiere usted al intento de recuperar los documentos de Irene Adler, al extraño caso de la señorita Mary Sutherland y a la aventura del hombre del labio leporino. Es indudable que este pequeño asunto se enmarcará en la misma categoría de sucesos inocentes. ¿Conoce usted a Peterson, el conserje?

—Sí.

—Es a él a quien pertenece este trofeo.

—Es su sombrero.

—No, no es suyo. Lo encontró. No sabemos quién es su dueño. Le ruego que lo observe no como un ajado bombín, sino como un problema intelectual. Lo primero es cómo ha llegado aquí. Llegó la mañana de Navidad, en compañía de un buen ganso

que en este momento seguramente se estará asando en el horno de Peterson. Los hechos son los siguientes. Alrededor de las cuatro de la madrugada del día de Navidad, Peterson, que, como usted sabe, es un hombre muy honrado, volvía a casa de algún jolgorio por Tottenham Court Road. A la luz de una farola vio a un hombre alto que iba delante de él, tambaleándose ligeramente, con un ganso blanco cargado al hombro. Cuando el desconocido llegó a la esquina de Goodge Street, tuvo un altercado con un grupo de maleantes. Uno de ellos le quitó el sombrero; el desconocido levantó el bastón para defenderse y, al blandirlo por encima de la cabeza, rompió el escaparate de un comercio. Peterson había echado a correr para proteger al hombre de sus agresores, pero el individuo en cuestión se asustó al romper el escaparate y, al ver que un hombre de uniforme se acercaba corriendo hacia él, soltó el ganso, puso pies en polvorosa y desapareció por el laberinto de callejuelas que hay detrás de Tottenham Court Road. Los maleantes habían huido al ver a Peterson, con lo que éste quedó dueño del campo y también del botín, que consistía en este maltrecho sombrero y un irreprochable ganso de Navidad.

—Y sin duda quiso devolvérselos a su dueño.

—Ahí radica el problema, mi querido amigo. Es cierto que el ave llevaba atada en la pata izquierda una tarjeta que decía «Para la señora de Henry Baker» y es igualmente cierto que en el forro del sombrero se apreciaban las iniciales «H. B»., pero, como se da la circunstancia de que hay cientos de Baker y cientos de señoras de Henry Baker en esta ciudad nuestra, no es fácil restituir a ninguno de ellos un objeto perdido.

—Y ¿qué hizo entonces Peterson?

—Me trajo el sombrero y el ganso la mañana de Navidad, sabiendo que a mí me interesan los problemas más insignificantes. El ganso lo hemos tenido hasta esta misma mañana, cuando empezó a presentar síntomas de que, a pesar de la helada, más valía comérselo sin demoras innecesarias. Peterson se lo ha llevado para que cumpla su destino final, mientras que yo aún conservo el sombrero del caballero desconocido que perdió su cena navideña.

—¿No ha puesto ningún anuncio el agredido?

—No.

—En ese caso, ¿qué pistas tiene de su identidad?

—Únicamente las que podamos deducir.

—¿A partir de su sombrero?

—Exacto.

—¿Eso será una broma? ¿Qué podemos averiguar a partir de este sombrero viejo?

—Aquí tiene mi lupa. Ya conoce usted mis métodos. ¿Qué puede deducir sobre la personalidad del hombre que llevaba esta prenda tan ajada?

Cogí el maltrecho sombrero y le di un par de vueltas con lástima. Era un bombín negro, de lo más corriente y muy usado. El forro de seda, que en su día debió de ser rojo, estaba bastante deslucido. No llevaba impresa la marca del fabricante, pero sí

las iniciales «H. B»., tal como señalaba Holmes, escritas a un lado. Tenía un ojal en el ala para pasar una goma elástica, pero la goma faltaba. Por lo demás, estaba agrietado, polvoriento y descolorido en algunas zonas, aunque se notaba que habían intentado disimular las manchas frotándolas con tinta.

—No veo nada —dije, devolviendo el sombrero a mi amigo.

—Todo lo contrario, Watson. Lo ve todo. Lo que ocurre es que no razona a partir de lo que ve. Es demasiado prudente a la hora de hacer deducciones.

—Dígame entonces, por favor, qué deduce a partir de este sombrero.

Lo cogió y lo observó con su característico gesto introspectivo.

—Quizá no sea tan sugerente como pudiera, pero de todos modos permite algunas deducciones muy claras y otras que al menos inclinan la balanza del lado de la probabilidad. A la vista del sombrero es obvio que su dueño es un individuo de elevada inteligencia y también que hace tres años gozaba de una buena posición, aunque ahora está pasando una mala racha. Era previsor, pero ya no lo es tanto. Esto apunta a una decadencia moral que, sumada a su declive económico, parece indicar que alguna influencia perniciosa, tal vez la bebida, se ha apoderado de él. Y también podría explicar el hecho evidente de que su mujer ha dejado de amarlo.

—¡Mi querido Holmes!

—No obstante, aún conserva cierto grado de dignidad —continuó, haciendo caso omiso de mi protesta—. Es un hombre que lleva una vida sedentaria: sale poco, está en mala forma física, es de mediana edad, tiene el pelo entrecano, se lo ha cortado hace pocos días y se pone fijador. Éstos son los hechos más patentes que pueden deducirse del sombrero. Y también, por cierto, es extremadamente improbable que disponga de instalación de gas en su casa.

—Me está usted tomando el pelo, Holmes.

—Ni muchísimo menos. ¿Es posible que ahora que le he expuesto mis conclusiones siga usted sin ver cómo he llegado a ellas?

—No cabe duda de que soy estúpido, y por tanto confieso que no soy capaz de seguir su razonamiento. Por ejemplo, ¿cómo dedujo que era un hombre inteligente?

Para responder a esta pregunta, Holmes se caló el sombrero. Le cubría la frente y se apoyaba en el puente de la nariz.

—Es cuestión de capacidad cúbica —explicó—. Un hombre con un cerebro tan grande tiene que tener algo dentro.

—Y ¿su declive económico?

—Este sombrero tiene tres años. Fue por aquel entonces cuando empezaron a llevarse las alas planas y curvadas en el borde. Es un sombrero de la mejor calidad. Fíjese en la cinta de seda y en la calidad del forro. Si hace tres años pudo permitirse un sombrero tan caro y no ha podido comprarse otro desde entonces, eso significa que su situación ha empeorado.

—Bueno, eso está claro, pero ¿qué me dice de la previsión y de la decadencia moral?

—Aquí tiene la previsión —dijo Sherlock Holmes, riéndose y tocando con el dedo el ojal para pasar la cinta elástica—. Los sombreros no se venden así. Que nuestro hombre encargara esta presilla denota cierta previsión, pues se tomó la molestia de adoptar esta precaución contra el viento. Ahora bien, como vemos que la goma se ha roto y no se ha molestado en sustituirla, es evidente que ya no es tan previsor como antes, y eso es una señal clara de que su carácter se está debilitando. Por otro lado, ha intentado disimular las manchas frotándolas con tinta, lo que indica que no ha perdido del todo la dignidad.

—Es un razonamiento verosímil.

—Los demás detalles, que es de mediana edad, tiene el pelo entrecano, se lo ha cortado recientemente y se pone fijador, pueden deducirse de una atenta observación de la parte inferior del forro. La lupa revela abundantes puntas de cabello, y el corte limpio hace pensar en las tijeras de un peluquero. Todas ellas están pegajosas, y huelen sin duda a fijador. El polvo, como puede observar, no es el polvo gris y arenoso de la calle, sino más bien pelusilla doméstica, lo que demuestra que lleva mucho tiempo colgado de un perchero, mientras que las huellas de humedad en el forro son una prueba fehaciente de que el dueño del sombrero transpira mucho y difícilmente está en buena forma física.

—¿Y su mujer? Ha dicho usted que había dejado de amarlo.

—Este sombrero lleva semanas sin cepillarse. El día en que lo vea a usted, mi querido Watson, con polvo de una semana en el sombrero, y su mujer le permita salir de casa en ese estado, temeré que también usted ha sufrido la desgracia de perder su cariño.

—Podría tratarse de un hombre soltero.

—No. Iba a casa con el ganso para hacer las paces con su mujer. Recuerde la tarjeta que el ave llevaba en la pata.

—Tiene usted respuesta para todo, pero ¿cómo diablos ha deducido que no cuenta con instalación de gas en casa?

—Una o dos manchas de sebo pueden ser casuales, pero si veo que no hay menos de cinco, concluyo que no cabe duda de que nuestro hombre está en frecuente contacto con el sebo de las velas: sube las escaleras, de noche, probablemente con el sombrero en una mano y una vela goteante en la otra. Sea como fuere, una lámpara de gas no produce manchas de sebo. ¿Satisfecho?

—Desde luego, es muy ingenioso —contesté, riéndome—, pero si como acaba usted de decir no se ha cometido ningún delito ni se ha causado más daño que la pérdida de un ganso, todo esto me parece una pérdida de tiempo.

Sherlock Holmes estaba a punto de responder cuando la puerta se abrió de golpe y Peterson, el conserje, entró en la sala con las mejillas encendidas y la expresión de un hombre perplejo.

—¡El ganso, señor Holmes! ¡El ganso, señor! —musitó.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir? ¿Ha resucitado y ha salido volando por la ventana

de la cocina? —preguntó Holmes, cambiando de postura para ver mejor el rostro del desconcertado Peterson.

—¡Mire, señor! ¡Mire lo que ha encontrado mi mujer en el buche del ganso! —Extendió la palma de la mano para mostrar una refulgente piedra azul, más pequeña que una habichuela, pero de tal pureza y resplandor que parpadeaba como una luz eléctrica en el hueco oscuro de la mano de Peterson.

Sherlock Holmes se levantó y lanzó un silbido:

—¡Por Júpiter, Peterson! Es un tesoro escondido. Supongo que sabe usted lo que tiene.

—¡Un diamante, señor! ¡Una piedra preciosa! Corta el cristal como si fuera arcilla.

—Es más que una piedra preciosa. Es «la» piedra preciosa.

—¡No será el carbunclo azul de la condesa de Morcar! —exclamé.

—Efectivamente. Debería reconocerla por el tamaño y la forma, porque últimamente he visto el anuncio en el *Times* a diario. Es una piedra totalmente única, de un valor incalculable, aunque la recompensa de mil libras que se ofrece por ella no equivale siquiera a la vigésima parte de su precio de mercado.

—¡Mil libras! ¡Dios Todopoderoso! —El conserje se desplomó en una silla y nos miró boquiabierto.

—Ésa es la recompensa, y tengo motivos para creer que en el fondo de este asunto hay razones sentimentales que podrían inducir a la condesa a desprenderse de la mitad de su fortuna con tal de recuperar la gema.

—Desapareció, si mal no recuerdo, en el hotel Cosmopolitan —señalé.

—Así es, el 22 de diciembre. Hace justo seis días. Se acusó a un fontanero, John Horner, de haberla sustraído del joyero de la condesa. Las pruebas en su contra eran tan contundentes que el caso ya ha pasado a los tribunales. Creo que por aquí tengo alguna crónica —dijo, revolviendo los periódicos y echando una ojeada a las fechas hasta que encontró uno, lo alisó y lo dobló por la mitad para leer el siguiente párrafo:

> Robo de joyas en el hotel Cosmopolitan. John Horner, de veintiséis años y profesión fontanero, ha sido acusado, el día 22 del mes corriente, de sustraer del joyero de la condesa de Morcar la valiosa gema conocida como el carbunclo azul. El jefe de servicio del hotel, James Ryder, ha declarado que el día del robo acompañó a Horner a las habitaciones de la condesa de Morcar para que soldara el segundo barrote de la rejilla de la chimenea, que estaba suelto. Se quedó un rato con Horner, pero recibió un aviso y tuvo que ausentarse. A su regreso vio que Horner había desaparecido, la cerradura del secreter estaba forzada y el pequeño cofre marroquí en el que, según se supo más tarde, la condesa acostumbraba a guardar su joya, estaba vacío sobre el tocador. Ryder dio la voz de alarma al instante y Horner fue detenido esa misma noche, si bien no se encontró la piedra ni en sus bolsillos ni en su domicilio. Catherine Cusack, la doncella de la condesa,

> manifestó que, al oír el grito de consternación de Ryder tras descubrir el robo, corrió a la habitación contigua, donde se encontró con la situación descrita por el testigo anterior. El inspector Bradstreet, de la división B, reveló que Horner se resistió con desesperación en el momento de ser detenido y proclamó su inocencia categóricamente. Al tener constancia de que el acusado ya había sido condenado por robo con anterioridad, el juez se negó a considerar el caso como una simple falta y dio traslado de la causa al juzgado de lo penal. Horner, que a lo largo del proceso ha dado muestras de una intensa emoción, se desmayó en el momento de oír las conclusiones, y tuvieron que sacarlo de la sala.

»¡Ajá! Hasta aquí el informe policial —dijo Holmes, apartando el periódico con aire pensativo—. La cuestión que a nosotros nos interesa resolver es la secuencia de acontecimientos que van desde el robo de la alhaja, en un extremo, hasta el buche de un ganso en Tottenham Road en el otro. Ya ve usted, Watson, que nuestras pequeñas deducciones han cobrado de pronto un cariz mucho más importante y menos inocente. Aquí está la piedra; la piedra salió del ganso y el ganso lo tenía el señor Henry Baker, el caballero del sombrero viejo y las demás características con que ya le he aburrido. Tenemos que localizar a este caballero a toda costa y averiguar cuál es su papel en este pequeño misterio. Debemos proceder para ello de la manera más sencilla, y eso pasa en primera instancia por poner un anuncio en todos los periódicos vespertinos. Si no diera resultado, recurriré a otros métodos.

—¿Qué dirá en el anuncio?

—Deme un lápiz y ese trozo de papel. Veamos: «Encontrados ganso y sombrero negro en la esquina de Goodge Street. El señor Henry Baker puede recuperarlos presentándose esta tarde, a las seis y media, en el 221B de Baker Street». Así queda claro y conciso.

—Por supuesto, pero ¿lo verá él?

—Bueno, seguro que está atento a los periódicos, porque se trata de una pérdida cuantiosa para un hombre pobre. Es evidente que al romper el escaparate sin querer y ver a Peterson se asustó, y no se le ocurrió nada más que huir, aunque seguro que no ha dejado de lamentar el impulso que lo llevó a desprenderse del ave. Además, al incluir su nombre en el anuncio, hay más posibilidades de que lo vea, pues todo el que lo conozca se lo hará notar. Aquí lo tiene, Peterson. Vaya enseguida a la agencia de publicidad y pida que publiquen este anuncio en los periódicos de la tarde.

—¿En cuáles, señor?

—Pues en el *Globe*, el *Star*, el *Pall Mall*, el *St. Jame's*, el *Evening News*, el *Standard*, el *Echo* y cualquier otro que se le ocurra.

—Muy bien, señor. ¿Y la piedra?

—Yo me encargaré de guardarla. Gracias. Y, una cosa, Peterson. Compre un ganso cuando vuelva y déjelo aquí conmigo, porque necesitamos uno para dárselo a ese caballero en el lugar del que su familia está ahora devorando.

Cuando el conserje se retiró, Holmes cogió la piedra y la observó a contraluz.

—Es una maravilla —dijo—. ¡Mire qué brillos y qué destellos! Claro que también es un imán para el delito. Como todas las piedras preciosas. Son el cebo del diablo. En las más grandes y antiguas, cada faceta equivale a un crimen sangriento. Esta piedra aún no ha cumplido los veinte años. Se encontró en las orillas del río Amoy, en el sur de China, y es tan singular porque presenta todas las características del carbunclo, con la salvedad de que tiene un tinte azulado en lugar de rojo rubí. A pesar de su juventud, ya cuenta con un historial sangriento. Se han cometido dos homicidios, un ataque con vitriolo, un suicidio y varios robos por culpa de este carbón cristalizado de nueve quilates. ¿Quién se imaginaría que un juguete tan hermoso es un proveedor de carne para el patíbulo y la prisión? Lo guardaré ahora mismo en mi caja fuerte y escribiré unas líneas a la condesa para decirle que lo hemos encontrado.

—¿Cree usted que ese tal Horner es inocente?

—No lo sé.

—¿Sospecha entonces que el otro, Henry Baker, tiene algo que ver en el asunto?

—Me parece mucho más probable que Henry Baker sea del todo inocente, que no tuviera la menor idea de que el ave que llevaba a casa valía mucho más que su peso en oro. No obstante, eso podré confirmarlo con una prueba muy sencilla si recibimos respuesta a nuestro anuncio.

—Y ¿hasta entonces no se puede hacer nada?

—Nada.

—En ese caso, proseguiré mi ronda profesional y volveré esta tarde a la hora señalada. Me gustaría presenciar la solución de este caso tan embrollado.

—Encantado. Ceno a las siete. Creo que hoy tenemos becada. Por cierto, a la vista de los últimos acontecimientos, quizá deba pedirle a la señora Hudson que le examine el buche.

Me entretuve con un paciente, y eran más de las seis y media cuando regresé a Baker Street. Al acercarme a la casa vi a un hombre alto, con boina escocesa y el abrigo abotonado hasta la barbilla, esperando junto al brillante semicírculo de luz que proyectaba el tragaluz desde el dintel de la entrada. Justo cuando yo llegaba a la puerta, ésta se abrió, y nos acompañaron a la sala de Holmes.

—El señor Henry Baker, supongo —dijo mi amigo, incorporándose de la butaca y saludando a su visitante con esa espontánea cordialidad que tan fácil le resultaba adoptar—. Por favor, siéntese al lado del fuego, señor Baker. Es una noche muy fría, y veo que su circulación se adapta mejor al verano que al invierno. ¡Ah, Watson, llega usted puntual!

—¿Es suyo este sombrero, señor Baker?

—Sí, señor. No cabe duda.

Era un hombre corpulento y cargado de hombros, con la cabeza voluminosa y un rostro amplio e inteligente, rematado por una perilla de color castaño entrecano. Un

tinte rojo en la nariz y las mejillas y un ligero temblor en la mano tendida me hicieron evocar la suposición de Holmes acerca de sus hábitos. Llevaba un abrigo negro y raído, con el cuello levantado, y de las mangas asomaban unas muñecas delgadas, sin rastro de puños o de camisa. Hablaba despacio, con voz entrecortada, escogiendo con cuidado las palabras, y daba en general la impresión de ser un hombre culto e instruido, maltratado por la fortuna.

—Hemos guardado estas cosas unos días —explicó Holmes—, porque esperábamos que pusiera usted un anuncio para dar sus señas. No entiendo que no lo haya hecho.

El caballero se rió con gesto avergonzado.

—No dispongo de tantos chelines como en otros tiempos —dijo—. Y estaba seguro de que la pandilla de maleantes que me atacó se llevó mi sombrero y el ganso. No quería gastar más dinero en el vano intento de recuperarlos.

—Es muy comprensible. Por cierto, ya que habla usted del ganso, nos vimos obligados a comérnoslo.

—¡A comérselo! —Nuestro visitante se alteró tanto que casi llegó a levantarse del asiento.

—Pues sí, nadie habría podido aprovecharlo. Supongo, sin embargo, que ese otro ganso que está sobre el aparador es más o menos del mismo peso y está completamente fresco, de manera que le servirá igual de bien para sus propósitos.

—¡Desde luego, desde luego! —contestó el señor Baker, con un suspiro de alivio.

—Por supuesto, aún conservamos las plumas, las patas y el buche de su ave, así que si lo desea…

El caballero se echó a reír de buena gana.

—Podrían servirme como reliquias de la aventura —dijo—, pero aparte de eso, no veo qué utilidad pueden tener los *disjecta membra* de mi difunto amigo. No, señor, creo que, con su permiso, limitaré mis atenciones a esa excelente ave que veo en el aparador.

Sherlock Holmes me miró fijamente, con un ligero encogimiento de hombros.

—Pues ahí tiene entonces su sombrero y su ave —dijo—. Por cierto, ¿tendría inconveniente en decirme dónde compró ese ganso? Soy aficionado a las aves de corral y rara vez he visto un ganso mejor cebado.

—Claro que sí, señor —dijo Baker, que se había levantado y ya tenía bajo el brazo su nueva propiedad—. Somos pocos los que frecuentamos la taberna Alpha, cerca del museo. Pasamos el día en el museo, ¿sabe usted? Este año, nuestro buen patrón, que se llama Windigate, ha creado un club del ganso, es decir, que a cambio de unos peniques a la semana todos sus clientes recibiríamos un ganso por Navidad. Yo pagué religiosamente, y lo demás ya lo sabe usted. Le estoy muy agradecido, señor, porque una boina escocesa no es lo mejor ni para mis años ni para mi dignidad. —Y con un ademán pomposo y cómico, nos hizo una solemne reverencia y se marchó por su camino.

—Descartado el señor Henry Baker —dijo Holmes cuando el caballero hubo cerrado la puerta—. Está claro que no sabe nada del caso. ¿Tiene hambre, Watson?

—No demasiada.

—En ese caso le propongo que aplacemos la cena y sigamos esta pista mientras aún esté caliente.

—Con mucho gusto.

Hacía una noche de perros, así que nos pusimos nuestros gabanes y nos abrigamos con bufandas. Las estrellas brillaban, frías, en el cielo raso, y el aliento de los transeúntes emitía el mismo vaho que un pistoletazo. Nuestros pasos resonaban fuertes y secos mientras cruzábamos el barrio de los médicos: Wimpole Street, Harley Street y Wigmore Street, hasta que llegamos a Oxford Street. En un cuarto de hora estábamos en Bloomsbury, en la taberna Alpha, un pequeño establecimiento situado en la esquina de una de las calles que van a Holborn. Holmes abrió la puerta del local y pidió dos cervezas al rubicundo tabernero, que llevaba un mandil blanco.

—Su cerveza tiene que ser excelente si es tan buena como sus gansos —dijo.

—¡Mis gansos!

El hombre parecía sorprendido.

—Sí, hace media hora he estado hablando con el señor Henry Baker, que es miembro de su club del ganso.

—¡Ah, sí! Ya comprendo. Pero los gansos no son nuestros, señor.

—¡No me diga! ¿Y de quién son?

—Verá, le compré dos docenas a un tendero de Covent Garden.

—¡Vaya! Conozco a algunos tenderos de por allí. ¿Quién era?

—Breckinridge, se llama.

—¡Ah! No lo conozco. Bueno, brindo por su salud y su prosperidad, patrón. ¡Buenas noches!

»Vamos a visitar al señor Breckinridge —dijo, abrochándose el abrigo cuando salimos al aire gélido—. Recuerde, Watson, que aunque al final de esta cadena tenemos algo tan corriente como un ganso, en el otro extremo tenemos a un hombre que a buen seguro deberá cumplir siete años de trabajos forzados, a menos que seamos capaces de demostrar su inocencia. Es posible que nuestras pesquisas confirmen su culpabilidad, pero, sea como fuere, hemos encontrado una línea de investigación que a la policía se le ha escapado y que ha llegado a nuestras manos por una increíble casualidad. Sigámosla hasta el final. ¡Rumbo al sur y a paso ligero!

Cruzamos Holborn, bajamos por Endell Street y continuamos hasta el mercado de Covent Garden por un laberinto de callejones de mala muerte. Uno de los puestos más grandes mostraba el rótulo de Breckinridge, y su dueño, un hombre de aspecto caballuno, rostro astuto y patillas recortadas, estaba ayudando a un muchacho a echar el cierre.

—Buenas noches. Hace mucho frío —dijo Holmes.

El tendero asintió y miró a mi compañero con gesto interrogante.

—Ha vendido usted todos los gansos, por lo que veo —prosiguió Holmes, señalando el mostrador de mármol vacío.

—Mañana podrá comprar quinientos si quiere.

—Eso no me sirve.

—Bueno, aún quedan algunos en ese otro puesto de ahí.

—Ya, pero a mí me han recomendado que viniera aquí.

—¿Quién se lo recomendó?

—El patrón del Alpha.

—Ah, sí. Le envié un par de docenas.

—Y bien buenos que eran. ¿Dónde los consiguió?

Para mi sorpresa, esta pregunta suscitó en el vendedor un estallido de ira.

—Oiga, señor —dijo, ladeando la cabeza y poniendo los brazos en jarras—. ¿Adónde quiere llegar? Aclaremos las cosas cuanto antes.

—Están bastante claras. Me gustaría saber quién le vendió los gansos que usted suministró al Alpha.

—Pues yo no pienso decírselo, mire usted.

—Es un asunto sin importancia. No entiendo por qué se acalora usted tanto por una nimiedad.

—¡Que me acaloro! Usted también se acaloraría si le estuvieran fastidiando tanto como a mí. Cuando pago un buen dinero por un buen producto, no quiero saber nada más del asunto. Pero esto es un no parar: que si dónde están los gansos, que si a quién se los ha vendido, que si cuánto quiere usted por los gansos. Cualquiera diría que no hay más gansos en el mundo, a la vista del revuelo que se ha armado.

—Bueno, yo no tengo ninguna relación con las personas que han venido a interrogarlo —dijo Holmes con indiferencia—. Si no quiere decírnoslo, pues no hay apuesta y listo. Pero es que me tengo por un entendido en aves de corral, ¿sabe usted?, y he apostado cinco libras a que el ave que me comí ayer se ha criado en el campo.

—Pues entonces ha perdido usted las cinco libras, porque se ha criado en la ciudad —replicó el tendero con brusquedad.

—De eso nada.

—Yo le digo que sí.

—No me lo creo.

—¿Se cree usted que entiende más de aves que yo, que las conozco desde que era un mocoso? Le digo que todas las aves que fueron al Alpha se criaron en la ciudad.

—No me convencerá nunca.

—¿Qué se apuesta?

—Sería como robarle, porque sé que tengo razón. Pero me apuesto con usted un soberano, para que aprenda a no empecinarse.

El vendedor se rió entre dientes y dijo:

—Trae los libros, Bill.

El chiquillo trajo un cuaderno fino y otro grande y con las tapas sucias y los dejó debajo de la lámpara.

—Y ahora, señor Sabelotodo —dijo el tendero—, creía que me había quedado sin gansos, pero antes de que termine verá usted que todavía queda uno en la tienda. ¿Ve este librito?

—¿Y?

—Es la lista de mis proveedores. ¿Lo ve? Pues bien, aquí, en esta página, está la gente del campo, y los números que siguen a los nombres indican dónde están anotados en el libro mayor. Y ahora, ¡mire! ¿Ve esta otra página escrita con tinta roja? Pues ésta es la lista de los proveedores de la ciudad. Lea el tercer nombre. Léalo en voz alta.

—Señora Oakshott, 117 Brixton Road: 249 —leyó Holmes.

—Eso es. Ahora, busque esa página en el libro mayor.

Holmes buscó la página indicada.

—Ahí lo tiene: señora Oakshott, 117 Brixton Road. Proveedora de huevos y aves de corral.

—Y ahora dígame, ¿qué pone en la última entrada?

—22 de diciembre. Veinticuatro gansos a siete chelines y seis peniques.

—Eso es. Ahí lo tiene. ¿Y qué pone debajo?

—Vendidos al señor Windigate, del Alpha, a 12 chelines.

—¿Qué me dice?

Sherlock Holmes parecía muy chafado. Se sacó un soberano del bolsillo, lo lanzó sobre el mármol y dio media vuelta con aire de estar demasiado disgustado para decir palabra. Dio unos pasos, se detuvo junto a una farola y se rió a carcajadas, pero en silencio, de esa manera tan característica.

—Cuando vea usted a un hombre con esas patillas recortadas y ese periódico, el *Pink'un*, asomando del bolsillo, no le quepa duda de que siempre podrá tentarlo a apostar —explicó—. Me atrevería a decir que si le hubiera puesto cien libras delante, no me habría dado una información más completa que la que le he sacado con la idea de que iba a ganarme la apuesta. Bien, Watson, creo que nos estamos acercando al final de nuestra búsqueda, y lo único que nos queda por determinar es si es conveniente que vayamos esta noche a ver a la señora Oakshott o si deberíamos dejarlo para mañana. A juzgar por lo que ha dicho ese hombre tan quisquilloso, está claro que hay más personas interesadas en el asunto, aparte de nosotros, y me parece que…

Un griterío procedente del puesto que acabábamos de abandonar interrumpió de pronto los comentarios de Sherlock Holmes. Dimos media vuelta y vimos a un hombre bajito, con cara de rata, en el centro del círculo amarillo que proyectaba la lámpara colgante, y a Breckinridge, enmarcado por la puerta de su tienda, amenazando fieramente con los puños a la figura encogida del otro.

—Estoy harto de ustedes y de sus gansos. ¡Váyanse todos al diablo! Como sigan

fastidiándome con estas tonterías les echaré al perro encima. Venga usted con la señora Oakshott y ya le contestaré yo a ella. Pero ¿qué pinta usted en todo esto? ¿Le he comprado a usted los gansos?

—No, pero uno de ellos era mío —gimió el hombrecillo.

—Pues entonces pregunte a la señora Oakshott.

—Ella me dijo que le preguntara a usted.

—Por mí como si quiere preguntarle al rey de Prusia. Ya estoy harto. ¡Fuera de aquí!

Dio un paso al frente con gesto amenazador y el desconocido se esfumó en la oscuridad.

—¡Ja! Esto puede ahorrarnos un viaje a Brixton Road —susurró Holmes—. Venga conmigo y veamos qué podemos sacarle a ese sujeto. —Echó a andar a grandes zancadas entre los grupos de personas que aún merodeaban alrededor de los puestos iluminados y no tardó en alcanzar al hombrecillo, y le dio un toque en el hombro. El individuo se volvió de un salto y, a luz de la farola, vi que todo rastro de color había desaparecido de su rostro.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó con voz temblorosa.

—Le ruego que me disculpe —dijo Holmes con amabilidad—, pero no he podido evitar oír la pregunta que acaba usted de hacerle al tendero, y creo que yo podría ayudarlo.

—¿Usted? ¿Quién es usted? ¿Cómo puede saber nada de este asunto?

—Me llamo Sherlock Holmes, y mi profesión consiste en saber lo que otros no saben.

—Pero usted no puede saber nada de esto.

—Disculpe, pero lo sé todo. Anda usted buscando unos gansos que la señora Oakshott, de Brixton Road, le vendió a un tendero llamado Breckinridge, y éste a su vez al señor Windigate, el dueño del Alpha, y éste a su club, del que es miembro el señor Henry Baker.

—Ah, señor, es usted justo el hombre que necesito —exclamó el individuo, con las manos extendidas y los dedos temblorosos—. Apenas puedo explicarle cuánto me interesa este asunto.

Sherlock Holmes hizo señas a un coche que pasaba.

—En ese caso será mejor que hablemos en una sala acogedora en vez de en este mercado azotado por el viento —dijo—. Pero antes de continuar, dígame, por favor, ¿a quién tengo el gusto de ayudar?

El hombre dudó un instante.

—Mi nombre es John Robinson —respondió, mirando a otro lado.

—No, no; el nombre verdadero —dijo Holmes en tono afable—. No es cómodo tratar de negocios con un alias.

El rubor cubrió las blancas mejillas del desconocido.

—De acuerdo. Mi verdadero nombre es James Ryder.

—Exacto. Jefe de servicio del hotel Cosmopolitan. Suba al coche, por favor, y podré contarle todo cuanto desea saber.

El hombrecillo nos miró alternativamente con ojos mitad asustados, mitad esperanzados, como quien no está seguro de si lo que le espera es un golpe de suerte o una desgracia. Por fin subió al coche, y en cuestión de media hora nos encontrábamos en la sala de estar de Baker Street. Nada se dijo durante el trayecto, pero la respiración entrecortada de nuestro acompañante y el modo en que cerraba y abría las manos denotaban su tensión nerviosa.

—¡Ya estamos aquí! —dijo Holmes alegremente cuando entramos en la sala—. Se agradece el fuego con este tiempo. Parece que tiene usted frío, señor Ryder. Siéntese en la silla de mimbre, por favor. Voy a ponerme las zapatillas antes de resolver este asuntillo suyo. ¡Listo! ¿Quiere saber qué ha sido de esos gansos?

—Sí, señor.

—O, mejor dicho, supongo, de ese ganso. Me figuro que era un ave en concreto la que a usted le interesaba: blanca, con una raya negra en la cola.

Ryder tembló de emoción.

—¡Eso es, señor! ¿Puede usted decirme adónde fue a parar?

—Aquí mismo.

—¿Aquí?

—Sí, y resultó ser un ave notabilísima. No me extraña que tenga usted tanto interés. Puso un huevo cuando ya estaba muerta: el huevo más hermoso, brillante y azul que se haya visto jamás. Lo tengo aquí, en mi museo.

Nuestro visitante se puso en pie y se agarró a la repisa de la chimenea con la mana derecha. Holmes abrió la caja fuerte y mostró el carbunclo azul, centelleante como una estrella, que irradiaba un frío fulgor. Ryder se quedó mirando la piedra con aire demacrado, dudando entre reclamarla o no reconocerla como propia.

—El juego ha terminado, Ryder —dijo Holmes con voz tranquila—. Sujétese bien, hombre, que se va a caer al fuego. Ayúdele a sentarse, Watson. No tiene sangre fría para delinquir impunemente. Dele un poco de brandy. ¡Eso es! Ahora ya tiene un aspecto un poco más humano. ¡Hay que ver qué mequetrefe!

Ryder se tambaleó un instante y estuvo a punto de caer, pero el brandy devolvió algo de color a sus mejillas, y se quedó sentado mirando a su acusador con aire temeroso.

—Tengo en mis manos todos los eslabones y las pruebas que necesito, así que es poco lo que usted puede decirme. Sin embargo, conviene aclarar ese poco para zanjar el caso. ¿Había oído usted hablar, Ryder, de esta piedra azul de la condesa de Morcar?

—Fue Catherine Cusack quien me habló de ella —contestó con voz quebrada.

—Comprendo. La doncella de la condesa. Y, claro está, no pudo resistir la tentación de hacerse con una fortuna tan inesperada de una manera tan sencilla, como les ha ocurrido a hombres mejores que usted. Sin embargo, ha sido poco escrupuloso

en sus métodos. Me parece, Ryder, que es usted un bellaco redomado. Usted sabía que Horner, el fontanero, se había visto envuelto en algún robo anteriormente, y que las sospechas recaerían sobre él desde el principio. ¿Qué hizo entonces? Pretextó una pequeña reparación en la habitación de la condesa, con ayuda de su cómplice, Cusack, y se las ingenió para enviar a Horner. Cuando el fontanero se marchó, usted desvalijó el joyero, dio la voz de alarma y consiguió que detuvieran a ese pobre desgraciado. A continuación…

Ryder se arrojó de pronto sobre la alfombra y se aferró a las rodillas de Sherlock Holmes.

—¡Por el amor de Dios, tenga piedad! —gritó—. ¡Piense en mi padre! ¡En mi madre! Esto les rompería el corazón. ¡Nunca he hecho nada malo! Y no volveré a hacerlo. Lo juro. Lo juro sobre la Biblia. ¡No me denuncie! ¡Por el amor de Dios, se lo suplico!

—Vuelva a la silla —dijo Holmes con severidad—. Está muy bien eso de llorar y arrastrarse ahora, pero bien poco pensó usted en el pobre Horner, acusado de un delito del que nada sabía.

—Desapareceré, señor Holmes. Me iré del país. Y así tendrán que retirar los cargos contra él.

—Ya hablaremos de eso. Ahora, cuéntenos la versión auténtica del segundo acto. ¿Cómo llegó la piedra al buche del ganso y cómo llegó el ganso al mercado? Más vale que nos diga la verdad, pues en ello reside su única esperanza.

Ryder se humedeció los labios secos.

—Se lo contaré tal como fue, señor —dijo—. Cuando detuvieron a Horner, pensé que lo mejor sería esconder la piedra cuanto antes, pues no sabía en qué momento podía ocurrírsele a la policía registrar mi habitación. En el hotel no había ningún lugar seguro. Salí, como si tuviera que hacer un recado, y fui a casa de mi hermana. Está casada con un hombre llamado Oakshott, y vive en Brixton Road. Se dedica a la cría de aves de corral. De camino hacia allí, cada hombre que veía me parecía un policía o un detective y, a pesar de que la noche era muy fría, estaba chorreando sudor cuando llegué a mi destino. Mi hermana me preguntó qué me pasaba y por qué estaba tan pálido, y le dije que estaba muy disgustado por el robo en el hotel. Poco después salí al patio y me fumé una pipa mientras decidía qué hacer a continuación.

»Tenía un antiguo amigo, Maudsley, que se fue por el mal camino y justo acababa de cumplir su condena en Pentonville. Un día nos encontramos, y me habló de las mañas de los ladrones y de cómo se deshacían de lo robado. Sabía que podía fiarme de él, porque conozco algunos asuntos suyos, así que decidí ir a Kilburn, que es donde vive, y confiarle mi situación. Él me enseñaría cómo convertir la piedra en dinero. El problema estaba en llegar a salvo hasta su casa. Recordaba la angustia que había pasado en el camino desde el hotel. Podían cogerme y registrarme en cualquier momento, y llevaba la piedra en el bolsillo del chaleco. Estaba apoyado en la tapia, contemplando a los gansos que merodeaban alrededor de mis pies, cuando de repente

se me ocurrió la idea que me permitiría derrotar al mejor detective que haya existido nunca.

»Mi hermana me había dicho semanas antes que podía escoger uno de sus gansos, como regalo de Navidad, y sabía que siempre cumplía su palabra. Decidí elegir un ganso en el acto, y llevar la piedra a Kilburn dentro del ave. Había un pequeño cobertizo en el patio, y me escondí detrás con una de las aves, un ejemplar magnífico, grande y con una raya en la cola. Lo sujeté, le abrí el pico y le metí la piedra hasta donde me permitieron los dedos. El ganso tragó, y noté que la piedra pasaba por el gaznate hasta el buche. Pero el bicho se puso a aletear y a forcejear, y mi hermana salió a ver qué pasaba. Cuando di media vuelta para hablar con ella, el ganso escapó volando y se fue con los demás.

»—¿Qué haces con ese pájaro, Jem? —preguntó mi hermana.

»—Bueno, como me dijiste que podía elegir un ganso por Navidad, estaba comprobando cuál es el más gordo.

»—Ah. Ya hemos apartado uno para ti. El ganso de Jem, lo llamamos. Es ese grande que está ahí. Hay veintiséis en total. Uno para ti, otro para nosotros y dos docenas para vender.

»—Gracias, Maggie. Aunque si te da lo mismo, me gustaría quedarme con el que acabo de coger.

»—El otro pesa lo menos un kilo y medio más, y lo hemos cebado especialmente para ti.

»—Da igual. Me quedaré con ése, y me lo llevaré ahora mismo.

»—Como quieras —dijo, un poco enfurruñada—. ¿Cuál es el que quieres?

»—Ese blanco con una raya en la cola, el que está justo en el centro.

»—Muy bien. Mátalo y llévatelo.

»Eso hice, señor Holmes, y me fui con el ave hasta Kilburn. Le conté a mi amigo lo que había hecho, porque es un hombre al que se le puede contar una cosa así. Casi se ahoga de tanto reírse. Cogimos un cuchillo y abrimos el ganso en canal. Se me cayó el alma a los pies, porque allí no había ni rastro de la piedra, y comprendí que había cometido un error fatal. Volví corriendo a casa de mi hermana. No quedaba ni un ave en el patio.

»—¿Dónde están los gansos, Maggie? —grité.

»—Se los ha llevado el tendero, Jim.

»—¿Qué tendero?

»—Breckinridge, de Covent Garden.

»—Pero ¿es que había otro ganso con una raya en la cola, como el que yo elegí?

»—Sí, Jem. Había dos con una raya en la cola. Nunca fui capaz de distinguirlos.

»Entonces, como es natural, lo entendí todo, y fui corriendo en busca del tal Breckinridge, pero ya había vendido el lote completo y no quiso decirme ni una palabra de quién se había llevado los gansos. Ya lo han oído ustedes esta noche. Siempre me ha contestado igual. Mi hermana cree que me estoy volviendo loco. A

veces yo también lo creo. Y ahora… ahora soy un ladrón, estoy marcado, sin haber llegado a tocar la riqueza por la que vendí mi honor. ¡Que Dios me ayude! ¡Que Dios me ayude!

Estalló en convulsos sollozos y hundió el rostro entre las manos.

Hubo un largo silencio, únicamente roto por su respiración entrecortada y el repicar de los dedos de Sherlock Holmes en el borde de la mesa. Entonces, mi amigo se levantó y abrió la puerta.

—¡Váyase! —dijo.

—¿Cómo dice, señor? ¡Dios lo bendiga!

—Ni una palabra más. ¡Váyase!

Y no hicieron falta más palabras. Se oyó una carrera, un tableteo en las escaleras, un portazo y los golpes secos de unos pies corriendo por la calle.

—A fin de cuentas, Watson —dijo Holmes, levantando la mano para alcanzar su pipa de arcilla—, la policía no me paga para subsanar sus deficiencias. Si Horner estuviera en peligro, la cosa sería distinta, pero este Ryder no testificará en su contra, y el proceso judicial no seguirá adelante. Supongo que estoy cometiendo un delito, pero es posible que esté salvando un alma. Este individuo no volverá a hacer nada malo. Está aterrorizado. Si terminara en la cárcel ahora, se convertiría en carne de presidio para el resto de su vida. Además, estamos en una época de perdón. El azar ha puesto en nuestras manos un problema de lo más caprichoso y singular, y resolverlo ha sido nuestra recompensa. Si tiene la bondad de tocar la campana, doctor, emprenderemos ahora otra investigación en la que también un ave será la protagonista.

Navidad prusiana

Léon Bloy

(1893)

Traducción

Marta Salís

Léon Bloy (1846-1917) nació en Périgueux (Dordoña) en el seno de una familia burguesa. A los dieciocho años se trasladó a París, donde llevó una vida bohemia y trabó amistad con el escritor Barbey d'Aurevilly, autor de *Las diabólicas*. Léon Bloy —«raro entre los raros», como lo definió Rubén Darío— fue un personaje inclasificable y contradictorio que atacó con vehemencia las corrientes literarias y de pensamiento de su época. Autor de novelas y ensayos, su temperamento extremista le llevó de un violento anticlericalismo al catolicismo más intransigente. Entre sus obras destacan *Le désespéré* (1886), *Le salut par les juifs* (1892), *Cuentos de guerra* (1893), *Historias impertinentes* (1894), *La mujer pobre* (1897), *Exégesis de los lugares comunes* (1902), *El peregrino de lo Absoluto* (1910-1912) y sus voluminosos *Diarios*. Autores de la talla de Kafka, Borges, Marguerite Yourcenar, Rubén Darío y Ernst Jünger se mostraron fascinados por su prosa.

«Navidad prusiana» («Noël Prussian») es uno de los relatos desasosegantes, salvajes y extraños de *Cuentos de guerra (Sueur de sang)*, una colección de episodios de la guerra francoprusiana —en la que Bloy combatió como voluntario— publicada en París (E. Dentu), en 1893. En él, la fuerza vivificadora de la Navidad, de una forma insólita en la tradición del género, se convierte en instrumento de una catástrofe moral, ante «el silencio execrable de los cielos».

Los trescientos ojos de la pequeña población de M. se dilataron para ver mejor a los dos oficiales alemanes, precedidos por un vigilante nocturno, que se dirigían a la casa del cura.

Los prusianos, a quienes se esperaba con angustia solo unos días más tarde, acababan de llegar. Se les había oído a lo lejos, en medio del fragor nocturno. Una voz aterrorizada gritó: «Los prusianos ya están aquí»; y un cuarto de hora después, a la orden de *Halt!*, un estruendo de culatas de fusil que hizo temblar los cristales atestiguó su odiosa presencia.

Ningún acto hostil. Esos extranjeros no parecían ávidos, como en todas partes, de molestar a los vecinos. Inmóviles y con el fusil apuntando al suelo trazaban una línea oscura en la parte baja del pueblo, delimitando una masa más oscura de la que surgían destellos de acero, estornudos y una especie de inmenso lamento, sordo y confuso.

Ningún «mensajero de la muerte», que diría Corneille, se adelantó para desesperación del consejo municipal. Simplemente, el que parecía el jefe se apeó del caballo y, seguido de un único oficial, pidió que le condujeran al presbiterio.

El reverendo Courtemanche era el cura más viejo del distrito. Sin saber que repetía las palabras de Heinrich Heine, de quien no había oído hablar jamás, se consideraba el primer hombre del siglo por haber nacido el 1 de enero de 1800; pretensión que además contradecía, como le había ocurrido al poeta alemán, la hostilidad de un maestro de escuela voltairiano que, con mayor o menor razón, le reprochaba ser, por el contrario, uno de los últimos hombres del siglo anterior.

Clérigo sin tacha, y carente de ambición, llevaba treinta años haciendo todo lo posible para que no le cambiaran de destino. La autoridad diocesana, a la que solo beneficiaba su edificante humildad, lo había olvidado a conciencia en aquella parroquia pobre que ningún otro sacerdote ambicionaba; y el pacífico anciano echaba así raíces cada vez más profundas a medida que perdía los dientes y el pelo.

Y vive Dios que no era un santo. ¿Acaso hay alguno en la provincia de Sarthe? Los descendientes de la raza guerrera de los cenómanos[77], antaño victoriosos en Italia al mando de Bellovèse, y que a César y a su lugarteniente les costó tanto dominar, no son un pueblo fácil de coronar con el nimbo. El entusiasmo religioso o simplemente militar no va con su temperamento, y el reverendo Courtemanche era de Le Mans, si no de Mamers.

Digno sacerdote, por lo demás, caritativo y desprovisto de orgullo, era cumplidor y diligente con los deberes de su ministerio, pero poco exaltado.

Retirado en su mísera casa, apenas más grande que la concha de un caracol, cuando no se dedicaba a los feligreses, su mayor gozo era clasificar amorosamente

conchas fósiles del período terciario, pizarras arcillosas o micáceas, fragmentos de pórfidos y lascas de feldespato, sin despreciar tampoco simples piedras y minerales de lo más ordinarios.

Gozaba de una sólida reputación de geólogo que llegaba hasta la capital del cantón, y había tenido el honor de que el ingeniero de caminos y canales le consultara varias veces sobre el tema.

Y, sin embargo, esa inocente manía le hacía olvidar tan poco su carácter que un día vendió algunas piezas raras de su colección, entre las que había una maravillosa pudinga de cuarzo hialino color violeta, llamado comúnmente amatista —tesoro del que se sentía extraordinariamente orgulloso—, a fin de reparar el altar de la Virgen, que amenazaba ruina; un sacrificio mayor para este hombre que la entrega de su propia vida, algo que al obispo le hizo gracia.

Cuando los temibles extranjeros se presentaron, serían más o menos las diez de la noche y el 24 de diciembre tocaba a su fin. Aunque de lo más inquieto por la llegada inminente de los prusianos, el cura se disponía, leyendo el solemne oficio nocturno, a celebrar la misa de gallo en su iglesia, aún en pie y preservada milagrosamente, hasta esa fecha, de los jabatos de la Invasión o de la Defensa Nacional.

Lo último que esperaba era que aquellos dos personajes entraran en su casa. Cuando aparecieron, su desconcierto fue enorme y se convirtió al instante en un miedo cerval. Ni por la salvación de su alma habría podido articular palabra.

¡Así que había llegado el terrible momento! ¡Cuántas plegarias, sin embargo, había dirigido a Dios en el último mes para que librara a su parroquia de la desgracia, suplicando, no obstante, que le concediera a él la gracia necesaria para soportar incluso el martirio si era absolutamente inevitable caer en manos de aquellos heréticos victoriosos!

Ahora la necesidad de aceptación se imponía. A toda prisa, evocó todos los suplicios inventados por la furia de los sectarios, esforzándose en calcular, a la buena de Dios, la fortaleza que necesitaría para sobrellevarlos con entereza…

El respeto a la verdad me obliga a añadir, ¡ay!, que en medio de tanta tribulación el pobre pastor no pensaba solo en su rebaño, sino que lanzaba miradas afligidas, miradas cargadas de una desolación excesiva, a las riquezas geológicas amontonadas a su alrededor y que acabarían siendo infaliblemente un botín para los bárbaros.

Este último temor estaba más que fundado porque los visitantes, asimismo paralizados y mudos, mostraban una estupefacción que sin duda podía tomarse por la codicia más desmedida.

Insólitamente desprovistos de su arrogancia, contemplaban desde el umbral a este menudo anciano de rostro infantil, a este Deucalión[78] eclesiástico monstruosamente rodeado de un número tan elevado de piedras que habrían podido renovar la raza humana destruida por los diluvios o los exterminios militares.

Finalmente, sin embargo, el más corpulento de los dos, un soberbio coronel de infantería bávaro, se animó a hablar:

—Señor cura —dijo, en un francés muy correcto—, espero que perdone a estos soldados en campaña las molestias que pueda ocasionarle su visita. Pero me han informado de que su pueblo, que se encuentra, al menos por el momento, fuera de la línea de operaciones, no ha sido ocupado por ninguna tropa francesa ni alemana. Y he deducido que nada se opondría a la celebración de la misa de gallo en su parroquia. Soy católico y le traigo un gran número de soldados que también lo son. Bastará con abrir las puertas de par en par. Los que no puedan entrar le verán de lejos, y eso servirá de consuelo a unos hombres condenados quizá a morir mañana. No creo, señor cura, que tenga derecho a negar algo así ni siquiera a unos enemigos de Francia.

Estas palabras inauditas penetraron en el alma del viejo Courtemanche como si fueran metralla. El reino mineral dejó de existir de golpe para él. Aquel dulce y tímido eclesiástico entró súbitamente en erupción, como un volcán.

—¡Oh! —gritó—. ¡Decir la santa misa de Emmanuel a unos incendiarios, a unos infanticidas, a unos abominables prusianos! ¿Acaso cree que soy un Judas, señor? Usted es quien manda, y tiene el poder de hacer daño a los hijos de Dios, y yo no soy más que un anciano, el más insignificante, el más débil de todos los sacerdotes de la diócesis, pero no me da miedo, ¿sabe?, y ni todos sus soldados juntos me impedirán decirle que es una vergüenza venir a burlarse de un pobre cura. Entrégueme a sus verdugos, estoy preparado. Soportaré los tormentos más crueles, si es necesario, con ayuda de Nuestro Señor, que *ha presenciado muchos* y sabrá fortalecerme.

Le costaba respirar. Empujado por su celo de holocausto hizo, en efecto, un gesto de mártir que ocasionó la caída de una considerable masa de piedrecillas clasificadas con esmero, algunas de las cuales rodaron hasta los pies del procónsul.

Éste, sin inmutarse, echó tranquilamente su bota hacia atrás y prosiguió con la misma cortesía:

—Señor cura, ha sido para mí un honor decirle que soy católico. Se lo repito ahora, *muy seriamente*.

Hubo un silencio durante el que se vieron temblar los labios del cándido sacerdote, fulminado por esta revelación.

El alemán sacó el reloj y continuó en el mismo tono:

—Son las diez y media. Tengo que estar en mi puesto a las cuatro de la madrugada. No me queda tiempo para palabras vanas. Tenga la amabilidad de preparar la ceremonia y disponerse a confesar a los que sabemos francés y queremos comulgar esta noche. En caso de negarse, *a las doce y cinco daré la orden de incendiar el pueblo…*

A las doce en punto, el cura, ataviado con los ornamentos blancos de la Natividad de

Jesucristo, subía al altar entre la magnificencia de las luminarias, de las puertas abiertas y del gran carillón que esparcía por el aire la alegría de los ángeles.

Por primera vez, quizá, desde el inicio de la invasión, los alemanes no habían maltratado a nadie. Incluso habían decorado la iglesia: las trescientas o cuatrocientas velas tan prodigiosas para las humildes murallas procedían de sus petates; y se encargaba de tocar las campanas uno de ellos, hijo, al parecer, de un maestro de capilla de Franconia.

Orden admirable y perfecto recogimiento entre aquel rebaño de adoradores sanguinarios. Los oficiales de más alto rango, con el sable desenvainado, cerca de la mesa de comunión; las dos primeras compañías en armas, dispuestas a lo largo de la nave según su escalafón, perfectamente alineadas; y el resto en la plaza, hasta perderse de vista, formando idénticos rectángulos.

En medio, un estrecho surco en el que se divisaban unas formas rastreras y negras, algunas mujeres, algunos niños llegados, temblorosos, para rogar al niño Jesús por Francia y por su cura.

De vez en cuando, una orden breve, seguida de un estremecimiento de acero que se perdía al final de las tinieblas exteriores.

Nada de cánticos. Ningún habitante del pueblo habría tenido fuerzas para cantar; y el coronel, por fortuna, había concedido la gracia inesperada de que no se cantara en alemán.

No tuvo más remedio que celebrar esa misa de gallo. Al infortunado reverendo Courtemanche le latía tan violentamente el corazón que se sorprendía de seguir vivo.

No solo tenía el deber de no abandonar a Jesús en su pesebre y de impedir a toda costa el exterminio o la ruina de su rebaño, sino que también, y por encima de todo, tenía que recordar que los prusianos, al igual que los demás hombres, habían sido redimidos por la sangre de aquel Recién Nacido.

Ni el vicario de Cristo en su sillón catedralicio habría podido excomulgarlos en un trance semejante; y, aunque las heridas de cien mil caídos por la patria fueran bocas que gritaran en su contra, ese enorme lamento elevado al cielo no habría bastado para silenciar el susurro de un incendiario o de un asesino de ancianos en el tribunal de la Penitencia.

Había oído en confesión a una veintena de esos caníbales arrodillados entre las Gotas infinitamente dulces de la preciosa Sangre del Sudor Divino.

Los había absuelto en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; les había devuelto al seno de la Iglesia, y les había impartido la bendición que libera e ilumina, la todopoderosa bendición sacerdotal ante la que se inclinan los Nueve Coros Angélicos.

Pillaje, incendios, masacres, violaciones, blasfemias y profanaciones: lo había escuchado y perdonado todo durante una hora.

Pero no era suficiente. Ahora tenía que consagrar para ellos el Pan y el Vino, y darles el Cuerpo de Cristo, la aterradora Carne de los mártires que les devolvería las fuerzas para volver a las andadas.

Ese humilde servidor de la mesa sagrada tuvo la sensación de que, tanto en su fuero interno como a su alrededor, todo se desmoronaba en la Casa de la Luz cuando tuvo que pronunciar ante todas esas lenguas feroces el «Corpus» embriagador de la Gratificación Eucarística:

—Que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma.

Una vez repartido lo que la Iglesia llama el «Fármaco de la Inmortalidad», apenas tuvo fuerzas para subir de nuevo al altar y decir las últimas oraciones. Mientras las campanas gloriosas repicaban con frenesí, las pesadas campanas de esa Navidad de ominosos vencedores sollozaron en lo alto, por encima de los campos, en el silencio execrable de los cielos.

Navidad en el Rin

Luigi Pirandello

(1896)

Traducción

Celia Filipetto

Luigi Pirandello (1867-1936) nació en Agrigento (Sicilia) en el seno de una familia de clase media comprometida políticamente con Garibaldi y el *Risorgimento*, movimiento que buscaba la unidad de Italia. Estudió en las universidades de Roma y de Bonn, donde se doctoró con una tesis sobre la lengua siciliana. Fue profesor de literatura italiana hasta que su creciente reputación como escritor le permitió dedicarse de lleno a la carrera literaria. Empezó escribiendo poesía y relatos cortos, pero fue en el teatro donde encontró su verdadera vocación. Sus primeras obras teatrales, escritas en siciliano, siguen la tradición popular del drama satírico de la Grecia clásica (*Liolà* sería la obra maestra de este período), pero Pirandello evolucionó hacia un teatro de elevadas ambiciones intelectuales y de mayor complejidad técnica, del que sería un buen ejemplo su trilogía *Seis personajes en busca de autor* (1921), *Cada uno a su manera* (1924) y *Esta noche se improvisa* (1929). Innovador de la técnica escénica, expresó su profundo pesimismo y su malestar por el sufrimiento humano a través de un humor macabro y desconcertante. Su inusitado acercamiento al partido fascista de Mussolini en la década de 1920 empañó una imagen que la consecución del Premio Nobel en 1934 no consiguió rehabilitar.

«Navidad en el Rin» («Natale sul Reno») se publicó por primera vez en la revista *Roma letteraria*, los días 24 y 25 de diciembre de 1896. Este cuento misterioso y lírico, donde muchos detalles son apenas sugeridos, explora dramáticamente el tema clásico de la nostalgia navideña, que se impone a la alegría y a la ilusión.

Roma, a finales de 1914

—¡Mamá accede por ti! —gritó Jenny batiendo palmas y entrando exultante en mi habitación.

Me volví y la miré con cara de asombro desde el rincón del fuego donde, desde hacía casi una hora, estaba encogido de frío, con las manos y los pies al cálido aliento del hogar, y el alma… ay, el alma, ¿quién sabe decir adónde va el alma en ciertos momentos, casi despojada de sentidos, inertes, mientras parece que los ojos miran sin ver?

—¡Eh! —exclamó enseguida Jenny, como aterida por mi frío—. ¡Pareces un viejo! ¡Figúrate si la nieve hubiese caído aquí dentro!

Y así diciendo me alborotó el pelo.

Yo tomé sus dos hermosas manos y las retuve entre las mías un buen rato.

—¡Trae, que te las caliento! ¿A qué accede mamá?

—¡A que festejemos la Navidad! —exclamó Jenny, recuperando la vivacidad con la que había entrado en mi habitación, y ocultando en ella la confusión que sentía al estrecharle yo las manos—. Compraremos un bonito abeto, alto… muy alto… Déjame que te diga cómo de alto…

—¿Cómo? —le pregunté sonriendo y estrechándole aún más las manos. Pero ella liberó una y añadió enseguida:

—¡Así de alto!

—¡Qué bien! Será bonito…

—Tanto como tú feo… Con estas cosas no se bromea. Suéltame la otra mano… ¿En qué pensabas?

Cerré los ojos, y me encogí de hombros soltando un largo suspiro por la nariz.

¿Acaso silbaba el viento por la garganta de la chimenea o es que en verdad oía, lejos, muy lejos, el sonido lento, nasal y acompasado de una gaita? ¿Provenía aquel sonido de las palabras de llanto que llevaba dentro de mí y que, sin duda por el nudo que me cerraba la garganta, antes que el camino de los labios había encontrado el de los ojos? ¿Acaso se henchía aquella gaita lejana con los profundos suspiros de mi intensa melancolía? Y ¿ese fuego que tenía delante de mí no era acaso la llamarada gregaria de los haces de avena frente a un rústico altarcillo en una plaza de mi lejana ciudad natal, en las noches inclementes de la pía novena? ¿Tintineaba el eslabón del pedernal? ¿Sonaba de veras, lejos, muy lejos, la gaita?

A veces, más bien con frecuencia, en esta sociedad llegamos a avergonzarnos incluso de la dignidad de nuestra alma; así, cierto pudor, falso pudor, nos impide revelar a una amable persona, íntima nuestra, ciertos sentimientos que, por

parecernos demasiado exquisitos y casi pueriles en su delicada inocencia, sospechamos que podrían ser recibidos con escarnio o, en el mejor de los casos, no ser apreciados, al haber nacido en nosotros de unas condiciones muy especiales del espíritu. Por eso no le dije a Jenny lo que pensaba.

—¡Qué molesto este viento! —dije en cambio—. No lo aguanto más… Lleva todo el día así, quejándose a través de la garganta de la chimenea. Y, como comprenderás, de noche, en el silencio, en la soledad, resulta francamente intolerable…

—¡Lo he entendido! —exclamó entonces Jenny, cogiendo una silla—. ¡Aquí me tienes a tu lado, gruñón! ¡Vamos, vamos, otro tizón para mí en el hogar! ¡Deja! Lo pongo yo, que tú estás muy arropado… ¡Ya está! De modo que mamá accede, ya lo has oído. ¡Y accede por ti! Ya te he dicho que en casa llevamos dos años sin celebrar la Navidad. Este año queremos resarcirnos. ¡Imagínate lo felices que se pondrán las niñas!

Las tres niñas a las que aludía Jenny eran sus hermanas de madre. En casa de L. llevaban dos años sin celebrar la Navidad en señal de luto por la muerte violenta del segundo marido de la señora Alvina, la madre de Jenny. Tras una vida muy desordenada, el señor Fritz L. se había quitado la vida de un tiro en la sien, en Neuwied, sobre la margen derecha del Rin. En más de una ocasión Jenny me había contado los siniestros detalles de ese suicidio, ocurrido después de una serie de horribles escándalos en la familia, y me había escenificado con tanta fuerza la figura y los modales de su padrastro que yo casi tenía la impresión de haberlo conocido. Había leído su última carta a su mujer, enviada desde Neuwied, adonde había ido para cumplir con su horrendo propósito; no recordaba haber leído jamás unas palabras de despedida y arrepentimiento más hermosas y más sinceras. Es sabido que desde Neuwied se puede disfrutar mejor de la salida del sol que desde ningún otro punto de las comarcas del Rin. «Lo he visto todo, lo he probado todo —escribía el marido a su mujer—, menos una sola cosa: en cuarenta años de vida jamás he visto el sol naciente. Mañana, desde la orilla, asistiré a este espectáculo que, siendo esta noche despejada, promete ser encantador. Veré el sol naciente y con el beso de su primer rayo pondré fin a mi vida».

—Mañana compraremos el árbol —prosiguió Jenny—. La tina ya la tenemos, está arriba, en la buhardilla, y dentro deben de estar las luces de colores, los festones variopintos, como los dejó él la última vez. Porque, sabes, cada Nochebuena era él quien lo adornaba, a escondidas, en la sala de abajo, al lado del comedor. Y ¡qué bien sabía adornarlo para sus niñas! Una vez al año, por estas fechas, se volvía bueno.

Turbada por el recuerdo, Jenny quiso ocultar el rostro apoyando la frente en el brazo de mi sillón, y, por supuesto, rezó en silencio.

—¡Mi querida Jenny! —exclamé yo, enternecido, y posé una mano sobre su cabeza rubia.

Cuando ella volvió a alzarla después de rezar, tenía los ojos anegados en

lágrimas; se sentó otra vez a mi lado y dijo:

—¡Todos nos volvemos buenos cuando se aproxima la Noche de Paz y perdonamos! Yo también me vuelvo buena, pese a que siempre digo que no sé perdonarle las condiciones en las que nos dejó. ¡No hablemos más! Escúchame, mañana iré primero a casa de Frau R., aquí al lado, y traeré un delantal lleno de arena de su jardín; con ella llenaremos la tina y meteremos dentro el abeto que nos traerán por la mañana temprano, antes de que las niñas se hayan levantado de la cama. ¡Ellas no deben enterarse de nada! Luego saldremos juntos a comprar los dulces y los regalitos que colgaremos de las ramas, manzanas y nueces. Las flores nos las dará Frau R. de su invernadero… Ya verás, verás qué hermoso quedará nuestro árbol. ¿Estás contento?

Asentí varias veces con la cabeza. Y Jenny se puso en pie.

—Ahora deja que me vaya… ¡Hasta mañana! De lo contrario, tu vecino pensará de mí lo peor. Ya sabes, está ahí, en su habitación, seguro que me habrá oído entrar a verte…

—¿Irá él también a la fiesta? —pregunté yo, contrariado.

—¡Claro que no! Se irá de parranda con sus dignos socios, ya lo verás… ¡Adiós, hasta mañana!

Jenny salió de puntillas y cerró la puerta muy despacio. Yo volví a sumirme en mis tristes pensamientos, hasta que el grito lastimero e intolerable del viento me apartó del fuego. Me acerqué a la ventana, limpié con el dedo el cristal empañado y me puse a mirar fuera: nevaba, la nieve seguía cayendo en remolinos.

De repente, mirar fuera a través de la franja brillante del cristal empañado reavivó en mí el recuerdo de mis primeros años, cuando en la Nochebuena, yo, niño crédulo, no satisfecho con el gran belén iluminado dentro de la habitación, espiaba así, para ver si en aquel cielo lleno de misterio aparecía de veras el fabuloso cometa mensajero…

Al día siguiente compramos el árbol sagrado para la fiesta; después subimos a la buhardilla a comprobar cuántos adornos de los que aún quedaban allá arriba podían servirnos antes de salir a comprar otros nuevos.

En un rincón oscuro estaba el pequeño y viejo abeto de hacía tres años, todo reseco, como un esqueleto.

—Mira —dijo Jenny—, éste es el último árbol que adornó él. Dejémoslo ahí, donde él lo puso. Así no correrá la misma suerte que el abeto de Hans Christian Andersen, que acabó como leña debajo del caldero. Mira, la tina. ¿Lo ves? Qué llena está; ojalá que la humedad no haya quitado el brillo y el color a las bolas de cristal y las lucecitas.

Todo se encontraba en buen estado.

Más tarde, Jenny y yo salimos juntos a comprar los juguetes y los dulces.

Mientras caminábamos pensé: ¡quién sabe cuánto contribuyen el frío intenso, la niebla, la nieve, el viento, la desolación de la naturaleza a que en estos países la fiesta de Navidad sea más reservada y profunda, más suavemente melancólica, poética y religiosa que en nuestra tierra!

Por la noche, en cuanto las niñas se acostaron, despejada la salita al lado del comedor, Jenny y yo mandamos a la criada que bajara la tina; la colocamos en un rincón y la llenamos de arena alrededor del tronco del árbol.

Trabajamos hasta tarde para decorar el pequeño abeto, que parecía contento con todos aquellos adornos, y se prestaba agradecido a nuestros cuidados amorosos, tendiendo las ramas para sostener las guirnaldas de papel de oro y plata, los festones, las bolas, las lucecitas, las cestitas con dulces, los juguetes, las nueces.

«¡No, estas nueces, no! —quizá pensara el pequeño abeto—. Estas nueces no me pertenecen, son frutos de otro árbol».

¡Abeto ingenuo! No sabes que nuestro arte más común es este de acicalarnos con aquello que no nos pertenece, y que, con demasiada frecuencia, nos apropiamos sin el menor escrúpulo del fruto del sudor ajeno…

—¡Espera, el cometa! —exclamó Jenny cuando el árbol estuvo listo—. ¡Se me olvidaba el cometa!

Y, sirviéndome de una escalera, coloqué en lo alto del árbol una estrella de papel dorado.

Admiramos un buen rato nuestra obra; después cerramos con llave la puerta de la salita, así al día siguiente nadie vería el árbol adornado hasta la noche, y nos fuimos a la cama esperando que, como compensación por el frío, la vigilia y la fatiga, recibiríamos los elogios de la madre y la alegría de las niñas.

En cambio… ¡Ay, no, no, por Jenny, que tanto había trabajado por sus pobres niñas, la buena de la señora Alvina no tendría que haberse echado a llorar la noche siguiente, como hizo, al ver el espléndido árbol iluminado sobre aquella alfombra de flores!

¡Había ido tan bien, hasta el último plato, la cena de Nochebuena, con aquella tarta de ciruelas y el pato relleno de castañas cocidas! Luego las niñas se habían puesto detrás de la puerta de la salita donde se levantaba el árbol y, juntando las manitas heladas en actitud de plegaria, habían entonado el coro dulcísimo y melancólico:

le Nacht, heilige Nacht…

Nunca olvidaré aquel árbol de Navidad, que adorné para otros más que para mí, y aquella fiesta que acabó en llanto, y nunca, nunca se borrarán de mis ojos las tres niñas huérfanas que, agarradas a las faldas de la madre, imploraban, ¡papá!, ¡papá!, mientras el árbol sagrado, cargado de regalos, iluminaba con luz misteriosa aquella salita cubierta de flores.

Felices

Władysław Reymont

(1897)

Traducción

Katarzyna Olszewska Sonnenberg

Władysław Reymont (1867-1925), alias literario de Władysław Rejment, nació en Kobiele-Wielkie, un pueblecito de Polonia. Sus padres querían que fuera sacerdote, pero él dejó el colegio y desempeñó distintos oficios (actor de teatro, maquinista, etc). antes de dedicarse a su pasión: la literatura. Formó parte de la corriente artística Joven Polonia, período modernista del arte, de la literatura y de la música que cubrió desde la década de 1890 hasta 1918. En 1924 ganó el Premio Nobel, debido sobre todo a su novela más conocida: *Chlopi* [Los campesinos] (1904-1909). Thomas Mann, Maksim Gorki y Thomas Hardy fueron sus rivales ese año. Entre sus obras destacan: *Komediantka* [La comediante] (1896), *Ziemia Obiecana* [La tierra de la gran promesa] (1897-1898), *Wampir* [El vampiro] (1911), *Rok 1794* [El año 1794] (1913-1918) y *Marzyciel* [El soñador] (1910). Murió en Varsovia a los cincuenta y ocho años.

Escribió el relato «Felices» («Szczęśliwi») en 1897. Años después se incluiría en el volumen *Na zagonie* [En la amelga], publicado por la editorial Wydawnictwo Gebethner y Wolff, en Varsovia, en 1923. La Navidad muestra en él su cara más devota, y también más sentimental.

—Si el señor va a tomar el té, se lo hago enseguida.

—¿Por dónde anda Mateusz que tienes que hacer su trabajo?

—Pero ¡si fue el señor quien le dio el día libre! *Asín* que salió *escopetao* para celebrar las fiestas con su mujer.

—Tienes razón. ¿Hiela mucho por allí?

—¡El frío te cruje bien, la nieve brilla y la helada muerde como un perro! —respondió la moza, que era un vivo ejemplo de belleza campesina: bastante alta, fuerte, rubicunda como una luna, y con un rostro de rasgos regulares y ojos grandes de azul intenso.

Se retocó el pañuelo rojo que llevaba en la cabeza y se puso a picar la leña de la chimenea con el atizador. Y, como no se atrevía a decir nada más, miró a hurtadillas al hombre que se sentaba junto a la ventana. Observaba con una pena no exenta de humildad su rostro cabizbajo, enjuto y nublado por la tristeza. Sus facciones, marcadas por el tormento, todavía eran jóvenes, pero carecían de energía, incluso podríamos decir que eran abúlicas. Sus ojos azules, un tanto desvaídos, brillaban algo somnolientos; y en sus movimientos había pesadez y desgana.

—¡Marcysia! Hazme entonces el té —dijo después de un largo silencio, y se quedó mirándola.

La joven bajó la vista y empezó a bregar afanosamente con el samovar.

—¿Dónde se ha metido tu padre?

—Papaíto no está. Se ha *marchao* a la ciudad a hacer las compras de Navidad.

—¿Entonces hoy es Nochebuena? —preguntó de nuevo.

—Pues claro que es Nochebuena. ¿Se va el señor hoy con los suyos?

—Sí que me voy, y además tengo que darme prisa.

Se levantó y empezó a deambular por la sala.

«Tengo vacaciones, me voy —pensaba mientras paseaba en círculos sobre el suelo de arcilla—. Me voy… Es Navidad… Me voy…». De pronto se detuvo en medio del cuarto: «Pues claro, ¡voy a casa de Józek, por algo me ha invitado!», se contestó a sí mismo y empezó a tomarse el té.

Se lo bebió rápidamente, se vistió muy deprisa, febrilmente, consultando el reloj todo el tiempo. Salió a la calle, recorrió con la vista cielo y tierra, y dio la vuelta hasta la parte de atrás de la casa, donde vivían sus caseros, que le hospedaban y le servían a menudo la comida.

—¡Que Dios os guarde, Wawrzonowa! —dijo, y le tendió la mano.

—¡Vaya con Dios, señor! —respondió la mujer mayor y, tras secarse la mano en el delantal, le apretó tímidamente la mano.

—¡Bueno, adiós, Marcysia!

La joven se ruborizó, quiso despedirse besándole la mano pero él la retiró vivamente llevándosela a la espalda.

—¿Cuándo volverá el señor? —preguntó Wawrzonowa.

—Todavía no lo sé ni yo, seguramente para San Esteban. ¡Bueno, que Dios os guarde!

—¡Que Dios le guarde a usted también, feliz viaje! —contestaron las dos doblándose en una reverencia.

En la calle, le envolvió un frío penetrante; el sol hacía centellear y resplandecer la nieve, y la escarcha cubría con su pelusa plateada los árboles y las cercas, y se agitaba en las techumbres de paja como el raquis de unas plumas. Las líneas telegráficas, que discurrían por detrás de la casa de Wawrzonowa en paralelo a la línea de ferrocarril, parecían tejidas con mechones de algodón y tintineaban con sonido amortiguado y prolongado.

Fue andando junto a las vías hasta que, a la altura del paso a nivel, un guardavía le cortó el paso.

—¿Me podría liberar usted del servicio para ir a la misa del gallo? Mi mujer me sustituiría en el paso a nivel —preguntó el guardavía humildemente.

—De acuerdo.

—Señor, se han *matao* dos perdices en la alambrada. Las ha *encontrao* Płoszka y las ha *traío*.

—Llevadlas a mi casa y decidle a Wawrzonowa que las cuelgue fuera para que les dé el fresco de la helada.

Siguió por las vías del ferrocarril. La nieve cubría con un manto blanco los campos, las zanjas, los terraplenes y la zona de las vías, donde sobresalían únicamente los cuatro hilos de los raíles, azulados y brillantes, dispuestos en línea recta.

Los árboles y arbustos que crecían a ambos lados de las vías estaban doblados por el peso de una gruesa capa de nieve. A su alrededor reinaba el vacío: un muro de bosques azulones, similares a unas franjas anchas, cerraba el horizonte por los tres lados, y, por el cuarto, se vislumbraban a lo lejos unas aldeas, como aplastadas bajo el peso de la nieve. El silencio era inmenso. Solo las cornejas alborotaban por las vías en busca de comida y levantaban el vuelo ruidosas; o, de vez en cuando, una bandada de perdices se elevaba gorjeando para precipitarse sobre uno de los montículos de piedras enormes que estaban desperdigados por el campo como almiares. Caminaba con paso apresurado porque aún le quedaban más de cinco kilómetros hasta la estación. Pasaba por delante de las casetas rojas de los guardavías de servicio, apretujadas unas junto a otras, mirando impaciente hacia delante.

Los trenes de mercancías circulaban a su lado tan silenciosos que parecía que no tocaran los raíles, sino que flotasen, dejando una estela de humo larga, rizada y rosada, que quedaba suspendida en el aire como una nube.

Llegó a la estación cansado, aunque todavía quedaba una hora para el tren de

pasajeros. En el despacho del jefe de estación estaba solo el responsable del turno al lado del aparato telegráfico.

—¿Le han dejado a usted solo? —le preguntó después de saludarle.

—Todos se han ido a casa de Witkowski para compartir la oblea[79] de Navidad y estarán de vuelta para cuando llegue el tren de pasajeros.

«¡Ay, bueno, la oblea…!», susurró sentándose en la *chaiselongue*. Se quedó callado, y después de un largo rato se preguntó para sus adentros: «Entonces, ¿dónde pasaré estas navidades? ¿Dónde?».

Hacía un mes, un amigo suyo le había invitado a pasar la Navidad en su casa; se suponía que iba a confirmárselo en una nueva carta, pero no lo hizo. Él tenía tantas ganas, le ilusionaba tanto pasar las fiestas como es debido, que, sin reparar en que su amigo no había confirmado la invitación, había pedido unos días de permiso y ahora se disponía a viajar a su casa. Pero, de pronto, le asaltaban las dudas, y una especie de vergüenza y de inseguridad se había apoderado de él.

«¿Por qué no habrá vuelto a escribirme? —pensaba cada vez más apenado—. Quizá no quiere…».

—¡Señor, han llegado sus padres con las señoritas, tiene que ir a verlos!

—Stanisław, ¿me puede usted sustituir al telégrafo? Voy un momento a mi casa, les saludo, tomamos la oblea de Navidad y enseguida vuelvo —le pidió el telegrafista.

—Pues claro —se sentó al aparato sin dilación. «Bien, pero ¿adónde iré a pasar la Navidad? ¿Con quién?», susurraba y una especie de dolor de soledad se iba filtrando poco a poco en su alma. «¿Adónde iré a pasar la Navidad?», sus pensamientos vagaban a vuelo tendido por el mundo pero él no encontraba ningún punto de apoyo al que agarrarse, ningún lugar adonde pudiera viajar, ni un alma que le estuviera esperando. Nada, un vacío absoluto.

El telégrafo empezó a reclamar su atención. Confirmó que estaba al aparato, estiró la cinta de papel y se dispuso a leer: «Felices fiestas para todos desde Bolimów».

«Quizá Józek me invitó, bueno, por compromiso, por amabilidad…», pensó.

«El equipaje, los adornos para los árboles de Navidad número 1247 no han venido pero en su lugar han traído los del número 112. Retener y devolver a su origen»: el aparato vociferaba de nuevo. Stanisław leía, anotaba, contestaba pero en su interior le dolía cada vez más no tener adónde ir, y pensaba con amargura que ese día, cuando todo el mundo se reuniese, cuando tantos corazones apurasen el cáliz de la alegría al calor de sus hogares, él sería el único que estaría solo, completamente solo, fuera del alcance de la alegría y la felicidad de esa fecha solemne.

«Acoplar los vagones de pasajeros al tren número 7», el telégrafo chillaba de nuevo.

«¡Qué apretados deben de estar allí! Todo el mundo se va a algún sitio a pasar la Navidad», pensaba con una silenciosa envidia, pero el aparato empezó a traquetear de

nuevo: «¡Mamaíta! Trae muchos caballos, llegamos en el tren de la tarde toda la pandilla. También Hela, los pasteles y las compras. Władek». Transcribió el telegrama y enseguida mandó un chico con él… Se hizo el silencio en el despacho, solo el reloj seguía con su monótono tictac, tictac.

«¡Mamaíta, mamaíta!», Stanisław repetía la palabra no sin cierto deleite mientras que en su alma una cuerda de tristeza se estaba tensando y vibraba débil pero dolorosamente…

El telegrafista irrumpió en el despacho. Tenía la cara iluminada de alegría, le habló a toda prisa de los suyos, y se puso a trabajar. Kubicki volvió a sentarse, en silencio, en la *chaiselongue*.

—El tren de pasajeros ha llegado —le informó el telegrafista.

Kubicki selló sus billetes en la caja y se dirigió al andén.

El tren había llegado y el bullicio invadió la silenciosa estación; las multitudes se apeaban, otros tantos aguardaban en el andén. Kubicki observaba los calurosos saludos, los besos, escuchaba los gritos de alegría; apretó los labios con más fuerza aún y se subió al tren. Estaba realmente abarrotado de gente.

Fue atravesando los vagones pero la apretura era enorme. Por todas partes multitud de mujeres, niños, fardos, paquetes, también rostros sonrientes, personas engalanadas y bullicio. Todos hablaban animadamente, sus ojos emanaban alegría, sus labios sonreían a los momentos venideros.

Se detuvo en la plataforma del último vagón y justo cuando el tren se ponía en marcha, saltó y renunció al viaje.

—¡Qué rayos! Hasta un perro tiene su casita y su amo, mientras que yo… —gruñó entre dientes enfadado; y se fue a la taberna, donde se puso a beber una copa tras otra.

Eran muchos los conocidos que pasaban por allí, le saludaban, intercambiaban con él algunas palabras insustanciales y se iban; él seguía en aquel lugar porque, en lo más profundo de su corazón, tenía la esperanza de que alguien le invitara a su casa a pasar la Nochebuena, pero nadie lo hizo.

El sol ya se estaba poniendo rojo cuando Kubicki se levantó, compró una botella de vodka y algunas fruslerías más en la taberna y se fue arrastrando los pies de vuelta a casa. Cuando ya estaba llegando, la nieve se sumía en la oscuridad, las profundidades brillaban como ópalos y el poniente se cubría de destellos dorados y púrpuras. Nada le importaba, nada sabía, salvo que estaba solo en el mundo.

Los Wawrzonowie le miraron sorprendidos pero no dijeron nada, él cogió la llave y se fue a su casa. Tal como estaba, se tiró en la cama y allí se quedó. Las horas pasaban perezosamente mientras seguía tumbado sin poder vencer el dolor, sin poder sobreponerse a la nostalgia y a la tristeza que le atenazaban. Se retorcía en la cama atormentado, estiraba los brazos como pidiendo ayuda, sus labios resecos suplicaban piedad; pero su suplicio continuaba, igual que su orfandad, y la compasión no llegaba. Un crepúsculo verdoso, lleno de fulgores rojos se filtraba en el cuarto a

través de las ventanas heladas y enterraba todo en el olvido, a la par que él recordaba sus años de vida errante, fragmentos de vida pasada, la eterna miseria de un hombre sin hogar, los traslados de un rincón a otro del país, y estos últimos cuatro años en el ferrocarril. Los últimos cuatro años que había pasado atado a esa vía del ferrocarril ocupando el puesto, mísero según todos, de un funcionario superior, habían sido para él una bendición; había pasado en el mismo lugar cuatro años tranquilos y tenía la impresión de que el destino le sonreía por fin. Se encontraba a gusto. Había cogido cariño a los campesinos y él mismo también se estaba convirtiendo en uno de ellos a ritmo acelerado, hasta el punto de evitar a sus antiguos amigos y la ciudad; ya no iba a ninguna parte porque, a decir verdad, tampoco tenía a nadie a quien visitar. Solo de vez en cuando se asustaba ante la idea de que podrían destituirle y enviarle al otro extremo de la línea. Los campesinos le trataban con amabilidad porque era bueno con los peones y él mismo sentía apego al pueblo y a los lugareños.

Se había ido olvidando del mundo y de la gente que había dejado atrás, también de su soledad, hasta que llegó este día que abrió en él las viejas heridas y le llenó de un profundo dolor al hacerle consciente de que estaba solo en el mundo, sin familia, sin amigos, sin un solo corazón amable… ¡Estaba solo!

Sus pensamientos vagaban dispersos por el mundo, parecía que buscaran un corazón y un alma afines, pero se precipitaron bruscamente como si le hubieran cortado las cuerdas y entonces empezó a gemir penosamente… ¡Estaba solo! Empezó a dar vueltas por el cuarto para apaciguar sus emociones, pero unas lágrimas interiores le seguían quemando por dentro inundando su corazón con una ola de sufrimiento punzante y áspero, así que volvió a gemir y a sujetarse el pecho que parecía que iba a explotarle de llanto… Su tormento no cedía, le sacudía, casi hasta el punto de hacerle perder la conciencia.

El carbón se estaba apagando lentamente, la penumbra de la tarde parecía inundar su dormitorio con un polvo esmeralda, al tiempo que, a través de la ventana, se vislumbraba un mundo extenso y helado, suspendido en un silencio y una quietud enormes.

«¡Solo! ¡Estoy solo en el mundo como un perro callejero!».

—¡Qué rayos! —dijo casi en voz alta, y sintió de repente que el dolor de la soledad, una desesperación muy grande, se apoderaba de él y le empujaba a la cama, donde estalló en un llanto poderoso, viril, capaz de desgarrarle el corazón, un llanto que le quemaba por dentro como el fuego, y le producía dolor, dolor, y dolor.

A su alrededor reinaba el silencio y la penumbra: únicamente su llanto espasmódico rompía el aire como la estela sangrienta de una terrible desesperación y fluía como una queja inmensa hacia lo infinito.

—¡Señor! —susurró Wawrzon.

Kubicki dio un brinco en la cama y miró hacia el campesino con ojos extraviados.

—Quizá quiere usted celebrar con nosotros la Nochebuena, señor. Mi mujer ya ha *preparao* lo que ha *podío*, no nos haga el feo… Mejor estar con los campesinos que

solo.

—Ah, bien… Bien —no era capaz de decir nada más de la emoción que le invadió. «Qué gente tan humilde y buena…», pensó agradecido de corazón y fue a la parte de atrás de la casa.

Marcysia estaba delante del zaguán esperando a que apareciera la primera estrella[80].

Silencio… El cielo estaba tranquilo y cubierto con remolinos de neblina; un espacio blanquecino se vislumbraba en su inmensidad inabarcable.

Un fulgor emanaba de las ventanas de los campesinos; de vez en cuando se oía el chirrido de la garrucha de un pozo, o la nieve crujía bajo los pies de alguien, o una teja o una cerca chirriaban en la helada, y luego otra vez el silencio, que inundaba el corazón de una dulce tranquilidad.

¡Ea! ¡Qué bien se está aquí, qué espacio y qué paz! ¡Ea!

—Ya han *aparecío* las primeras estrellas —susurró Marcysia al entrar en casa.

Wawrzon se acercó a Kubicki con el plato de las obleas de Navidad. Empezaron a compartir la oblea: los cuerpos se inclinaban unos hacia otros, se abrazaban, sus labios susurraban y en sus ojos brillaba la alegría de las almas creyentes y fraternas.

En el rincón del cuarto había una gavilla de trigo; sobre el mantel blanco Wawrzonowa dispuso cuencos con patatas y *borsch* de setas. Los niños estaban tranquilos porque en los rostros de los presentes había una solemnidad religiosa. Después del *borsch* acompañado de patatas, Marcysia sirvió arenques rebozados en harina y fritos en aceite, setas fritas, col con ciruela, luego, pasta con granos de adormidera y, finalmente, tortitas fritas en aceite, ya que los campesinos no toman lácteos en Nochebuena. Todos comieron con bastante apetito, solo a Kubicki le costaba tragar por la emoción que le embargaba.

—¡Señor, por favor, no nos ofenda dejando comida en el cuenco! —le pidió Wawrzon.

—No es una comida de señores pero está *prepará* con el corazón, no puede usted despreciarla —añadió la vieja Wawrzonowa.

—¡Muchas gracias, jamás olvidaré lo buenos que sois conmigo!

—Es que el señor es uno más, ni un pariente sería mejor y más agradable compañía. Es como si el señor fuera uno de los nuestros.

—Es que soy uno de los vuestros, soy un ser humano como vosotros, y me siento mejor entre vosotros, mejor…

Se quedó callado pero se sentía cada vez más a gusto y más tranquilo; la amargura, la pena, la soledad se alejaban a algún lugar más allá de los bosques y él se encontraba bien, como si estuviera en compañía de parientes y de personas bondadosas… Ese grillo que cantaba detrás de la estufa, esa mesa, esa gente, ese ambiente, ese silencio alrededor interrumpido únicamente por el crujido de las cercas o los aullidos de los perros, por el estruendo de los trenes que pasaban; esos ojos alegres y almas llenas de bondad; todo ello le traía a la memoria unas imágenes

familiares, de la niñez, que le llenaban de una ternura melancólica.

Les trajo de su casa té, azúcar, vodka, lo que tenía guardado.

—Tomad, queridos, tomad —susurraba y sentía que les entregaría su alma si se la pidieran.

Más tarde Marcysia empezó a leer el relato del nacimiento de Jesús de la Historia Sagrada. Wawrzonowa preparaba el té, Wawrzon echaba bocanadas de humo con su pipa corta y con un pie mecía la cuna del más pequeño de la familia.

—¡Dios! ¡Dulce Jesús! —Wawrzonowa decía en voz baja de vez en cuando y retorcía las manos—. ¡Pobrecito mío, nuestro querido Señor nació sobre la paja de un establo! ¡Todo un rey y nació en la miseria!

Kubicki se limitaba a escuchar dejándose llevar cada vez más por sus ensoñaciones. No le molestaban sus rostros, sus exclamaciones ingenuas, sus vestimentas sencillas, tampoco la lectura torpe de Marcysia a la que él mismo había enseñado a leer, nada; sentía como si hubiera crecido entre estas personas y entre esas paredes, como si nunca hubiera puesto los pies fuera de esa casa, como si fuese uno más, porque empezaba a sentir como ellos, y al igual que ellos también a él le enternecía ahora la desgracia de Jesús y sentía por Él, nacido en un pequeño establo, grandísima fe y amor.

Estaba tan a gusto, tan tranquilo y complacido, que un único pensamiento se le pasaba por la cabeza de vez en cuando y entonces su mirada se escapaba hacia Marcysia y se decía: «Me quedaré aquí… ¡Qué más da! Me quedaré…», y en su corazón notaba calor, y pensamientos algo borrosos sobre una felicidad apacible, pegada a la tierra, al lado de los suyos, le rondaban, obstinadamente, por la cabeza. «¡Qué más da, me quedaré aquí!».

Les agradeció amablemente la cena de Nochebuena y se fue a su casa. Y empezó a pasearse por su alcoba repitiendo cada vez con más frecuencia: «¡Me quedaré!». Y esa casa campesina y la familia de los Wawrzonowie le parecían su único refugio, y su vida futura se elevaba ante él como una estela clara, como los campos envueltos en las hierbas en ciernes de la primavera, cargados de silencio y tranquilidad. Las gallinas empezaron a cacarear por segunda vez y él seguía paseando y pensando, a la vez que repetía, ya del todo consciente: «Me quedaré. ¿Dónde voy a ir y a buscar qué?».

La puerta del zaguán chirrió, se asomó y preguntó:

—¿Va usted a la iglesia?

—Sí, mi mamaíta irá a mediodía. Yo voy *pa’* la misa del gallo y mi papaíto me recogerá más tarde.

—Marcysia, aguarda un momento, iremos juntos.

Se calzó deprisa unas botas altas, se puso un abrigo de pieles, y se marcharon los dos.

Era noche cerrada aún; las estrellas se veían pálidas a través de la niebla y sobre la nieve ascendían volutas de neblina. En las casas campesinas había todavía luz y en

el camino, aplastado por los patines de los trineos, se vislumbraban siluetas de personas y se oía el traqueteo de los trineos; por lo demás, reinaba el silencio inmenso de una noche de invierno.

Las voces resonaban claras en la helada, la nieve chirriaba bajo los pies, unas nubes de vaho se elevaban por encima de las personas y los caballos.

—¡Marcysia! —susurró cogiéndole de la mano.

—¿Qué? —ella le miró.

—¡Alabado sea Dios! ¿El señor también va a misa? —preguntó un campesino al acercarse—. ¡Vaya, qué frío tenemos, muerde como un perro rabioso! —se frotó las manos en los brazos y, como no recibió ninguna respuesta, les adelantó y se alejó.

Una vez fuera del pueblo caminaban por la calle Ancha, flanqueada por unos álamos enormes; en medio de ellos se dibujaba vagamente una larga hilera de personas que parecían sombras. El viento se movía suavemente y arrastraba la nieve estruendosamente, traía palabras sueltas, fragmentos de conversaciones y rezos pronunciados a media voz.

—¡Marcysia! —susurró aún más bajo pero con una dulzura que hizo estremecerse a la joven—. ¿Me aceptarías? —terminó la frase y sintió un gran alivio porque le había costado formular la pregunta con facilidad y sencillez.

La joven se paró, le miró con ojos ardientes y se alejó sin decir una palabra.

—¿Me aceptarías? —le preguntó de nuevo.

—¡Jesús, María y José! Pero ¡qué está diciendo, señor! —respondió con algo de pavor en la voz.

—Digo lo que pienso: si quieres, seremos marido y mujer. Para carnaval podríamos publicar las amonestaciones.

—¡Dios mío, Dios mío! Si no le hemos hecho *na* malo al señor y usted se ríe de nosotros de este modo… ¡Dios mío! —y se oyó un llanto silencioso y algunos sollozos.

—No llores, Marcysia, por favor, te estoy diciendo la verdad; si me aceptas, nos casaremos para carnaval.

—¡Dios mío, Dios mío! —repetía entre sollozos y el corazón le temblaba de una mezcla de emoción y temor.

Y después susurró:

—Eso no *pue* ser, no *pue* ser, el señor se está riendo de mí, una pobre *desgraciá* —no podía parar de llorar.

—Tontita —gruñó él impaciente y se calló porque un grupo de personas les alcanzó e iba justo detrás de ellos. Kubicki vio que Marcysia sollozaba sin hacer mucho ruido. Luego, levantó la cabeza cada vez más arriba y, finalmente, empezó a recitar en voz alta, con los campesinos, las horas marianas.

La iglesia estaba ya a rebosar. Todas las velas que había delante del altar estaban encendidas y arriba sobre el ciborio ardía solo una, como una estrella. A ambos lados del altar había sendos pinos, también a cada lado de los bancos, y uno se sentía como

en un bosque porque las paredes blancas brillaban como la escarcha entre las ramas.

Salió el cura y empezó a dar la primera misa.

Kubicki se detuvo en medio de la iglesia, Marcysia se puso de rodillas justo detrás, y él siguió de pie. Los campesinos le tendían amistosamente sus anchas manos, a cada rato alguien le decía: «¡Dios le bendiga!». Veía sus rostros azules de frío, de rasgos duros como tallados con un hacha, las cabelleras desgreñadas de los mozos de labranza y los flequillos cortados en línea recta de los campesinos viejos, sus ojos resplandecientes de bondad y de una fe ingenua y profunda. Le sonreían y le miraban amistosamente. No percibía el olor de los zapatos, recién untados de grasa para el frío, ni de los abrigos de piel mal curtidos, ni el aire viciado impregnado del olor agrio del pan de centeno. Las mujeres murmuraban en voz alta sus rezos y se golpeaban el pecho, un suspiro se escapaba de vez en cuando del pecho de todos, la muchedumbre se agitaba, se oía una tos o el llanto de un niño pequeño, y de nuevo todo se sumía en el silencio, en los tonos solemnes de los órganos, y en el resplandor de las velas que centelleaban como una gloria dorada; la voz del cura resonaba grave, las campanillas repiquetearon al aire sus sonidos agudos, y la emoción les iba uniendo a todos cada vez con más fuerza. La misa acabó y el cura entonó:

—Dios ha nacido. Los poderosos se estremecen[81]…

Y la multitud se unió a la canción y continuó entonándola con una voz poderosa que hizo temblar el suelo, y las ramas de los pinos y las llamas de las velas empezaron a agitarse uniendo sus movimientos y su resplandor con el brillo de los ojos de los presentes y el latir de su corazón, formando un único himno grande y alegre.

—Desdeñado, envuelto en la gloria…

Kubicki repetía las palabras, y un temblor caliente recorría su cuerpo porque todas esas voces, toda esa tensión solemne de las almas, le embargaban.

—Y ¡la palabra se hizo carne!

Cantaban cada vez más fuerte; las palabras, los sonidos, el resplandor, todo parecía arremolinarse y fluir hacia el mundo…; un aliento de fe profunda llevaba los cánticos a los pies del Desconocido.

—Mortal, el Rey de los siglos…

Kubicki cantaba cada vez más fuerte poniendo toda su alma en las palabras y sentía que esa iglesia, esa multitud que cantaba, esos sonidos y esa fe le arrancaban del corazón todos los malos recuerdos, y le hacían sentirse tranquilo y confiado como un niño.

—¡Marcysia, levántate! —le susurró cuando acabó de cantar el villancico, pues la joven había estado todo el tiempo arrodillada, y él podía sentir su rostro al lado de su pierna.

Salieron de la iglesia después de la segunda misa.

Wawrzon les esperaba fuera con los caballos. El cielo estaba azulón porque clareaba. La multitud se dispersó delante de la iglesia y empezaron a formar grupos.

Charlaban, se frotaban los brazos, golpeteaban con los pies contra el suelo porque la helada era muy fuerte.

Ya se había hecho de día y el sol estaba tiñendo de sangre el mundo cuando se subieron al trineo para marcharse a casa.

Reinaba el silencio y la escarcha se había apoderado de todo, como si alguien hubiese esparcido mechones de lana sobre los árboles. El sol se había levantado y el mundo emergía en tonos dorados y púrpuras, pintado con los colores del arcoíris; la nieve, la escarcha, los árboles, el cielo brillaban espléndidamente, el aire era tan limpio y cristalino que los caballos relinchaban y sus ollares expulsaban vaho.

Kubicki y Marcysia iban sentados juntos, mientras Wawrzon llevaba los caballos.

—¿Me quieres, eh? —preguntó estrechándola con su brazo derecho.

Ella se apretó más fuerte contra él y susurró en voz muy baja:

—¡Mi… mi Stachno! —y escondió la cara, que se le puso roja por semejante atrevimiento.

Mientras los patines del trineo silbaban barriendo la nieve a conciencia, Kubicki tenía ganas de ponerse de pie en el trineo y gritar de alegría; sin embargo, tan solo la apretó más fuerte contra él y susurró:

—¡Marcycha! ¡Marcycha!

—¡Stachno! ¡Por Dios! —susurró ella de emoción.

—¡Wawrzon! —Kubicki le llamó en voz alta.

—¿Diga? ¡Arre, pequeños, arre! —y chasqueaba con el látigo.

—Wawrzon, ¿me darás a tu Marcysia? ¿Qué me dices?

—¡Ria…! ¡Arre, pequeños, arre! —y dio un par de latigazos a los caballos, que salieron como escopetados, pero no dijo ni una palabra, como si la pregunta le hubiera aturdido.

—¿Me darás a Marcysia? De veras, te estoy pidiendo su mano, no es broma.

—¡So! —aflojó el paso de los caballos y se volvió, miró con atención a Kubicki y a su hija, luego aflojó las riendas, restalló el látigo y de nuevo volaron como el viento; él se inclinó hacia ellos y con una voz temblorosa llena de satisfacción, susurró—: Señor yerno… ¡Arre, jamelgos, arre! Señor yerno, le daré la mitad de mis tierras, una vaca rucia o una ruana… un ternero, un cerdo… gansos, gallinas. Su madre tampoco escatimará… La moza tendrá su ajuar, como corresponde. ¡Arre, jamelgos, arre! Y cuatro mil… ¡Vamos! ¡Arre! —gritó bruscamente mientras se ponía de pie en el trineo y azuzaba alegre a los caballos, que corrían a toda velocidad levantando trozos de nieve helada que les daban en la cara, mientras una corriente de aire gélido les picaba el rostro; pero ellos no sentían nada porque el viejo se volvía a cada rato y susurraba—: ¡Señor yerno! ¡Arre, jamelgos, arre!

—Marcysia, ¿me quieres? —susurró Kubicki, que ya no oía nada.

—Stachno… mi… Stachno… —respondió ella con dulzura y agarró su mano, y la beso largamente. Luego ya no dijeron nada más, solo se sonreían con los ojos, y sus almas, henchidas de amor y felicidad, volaban hacia el mundo centelleante.

Y eran felices, felices, felices…

El rey Baltasar

Clarín

(1901)

Leopoldo Alas «**Clarín**» (1852-1901) nació en Zamora, donde su padre era gobernador civil. Después de estudiar Derecho en la Universidad de Oviedo, de donde procedía su familia, se trasladó a Madrid para doctorarse y estudiar Letras en la Universidad Central. El joven dedicaría su tesis doctoral al profesor Francisco Giner de los Ríos, que tuvo una gran influencia en él, como en muchos otros intelectuales coetáneos, a través del krausismo, movimiento filosófico que el jurista y pedagogo Julián Sanz del Río introdujo en España y que culminaría con la creación de la Institución Libre de Enseñanza en 1876. Leopoldo Alas se dio a conocer como periodista, y firmó por primera vez con el seudónimo de Clarín −nombre de un personaje de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca− el 11 de abril de 1875 en el diario madrileño *El Solfeo*. En 1883 regresó a Asturias para ocupar la cátedra de Derecho Romano en la Universidad de Oviedo; cinco años después obtendría la de Derecho Natural. Además de *La Regenta* (1884-1885), su obra maestra, escribió una segunda novela, *Su único hijo* (1890), más de setenta cuentos y novelas cortas, y numerosos artículos sobre teoría literaria y temas políticos. Murió el 13 de junio de 1901, a los cuarenta y nueve años.

«El rey Baltasar» es el segundo de los cuentos incluidos en *El gallo de Sócrates* (1901). La importancia en España de la festividad de los Reyes Magos nos ha aconsejado incluirlo en esta antología, además de su tragicómico enfoque de los buenos sentimientos que despierta el espíritu navideño en los padres de familia.

I

Don Baltasar Miajas llevaba de empleado en una oficina de Madrid más de veinte años; primero había tenido ocho mil reales de sueldo, después diez, después doce y después… diez; porque quedó cesante, no hubo manera de reponerle en su último empleo, y tuvo que contentarse, pues era peor morirse de hambre, en compañía de todos los suyos, con el sueldo inmediato… inferior. «¡Esto me rejuvenece!», decía con una ironía inocentísima; humillado, pero sin vergüenza, porque «él no había hecho nada feo», y a los Catones de plantilla que le aconsejaban renunciar el destino por dignidad, les contestaba con buenas palabras, dándoles la razón, pero decidido a no dimitir, ¡qué atrocidad! Al poco tiempo, cuando todavía algunos compañeros, más por molestarle que por espíritu de cuerpo, hablaban con indignación del «caso inaudito de Miajas», el interesado ya no se acordaba de querer mal a nadie por causa del bajón de marras, y estaba con sus diez mil como si en la vida hubiese tenido doce.

Otras varias veces hubo tentativas de dejarle cesante, por no tener padrinos, aldabas, como decía él con grandísimo respeto; pero no se consumaba el delito; porque, a falta de recomendaciones de personajes, tenía la de ser necesario en aquella mesa que él manejaba hacía tanto tiempo. Ningún jefe quería prescindir de él y esto le valió en adelante, no para ascender, que no ascendía, sino para no caer. Sin embargo, no las tenía todas consigo, y a cada cambio de Ministerio se decía: «¡Dios mío! ¡Si me bajarán a ocho!». Por lo demás, no pensaba en la cosa pública más que cuando había crisis. Hasta que los chicos anunciaban por las calles: «¡El extraordinario con la caída del Ministerio!», don Baltasar no se acordaba de que había Estado, ni gobierno, ni intereses públicos en el mundo. Y no era que no comprase todas las noches, al retirarse, su periódico. Pero no era por la política: era por las charadas, los acertijos, anagramas, etc., etc.

Se metía en casa, y rodeado de su mujer y de sus tres hijos, dos varones y una hembra, pequeñuelos todavía, se entregaba a las dulzuras del hogar, de las zapatillas suizas, y de la sección amena de su periódico. No aborrecía el mundo, no era misántropo; pero no estaba a gusto más que entre los suyos, que eran la familia de que va hecho mérito, y unos cincuenta tiestos con flores, y veinte pájaros que tenía y cuidaba en un estrechísimo terrado, a que le daba derecho su cuarto piso con honores de guardilla. Era en la calle de Ferraz; desde aquella altura disfrutaba la vista de un panorama que le parecía asombroso, sobre todo por el silencio, por la soledad, por la luz esplendorosa y por el aire puro. Allí no venía a interrumpirle en sus contemplaciones de anacoreta lego o de bramán sin cavilaciones más bicho viviente que éste o el otro gato, que se le quedaba mirando, también perezoso, también

soñador y amigo de aquella soledad en la altura.

Miajas bajaba al mundo pensando en sus flores, sus aves y sus hijos; se enfrascaba en los expedientes con la afición que le había ido dando el amor al cumplimiento exacto del deber, y de todo lo demás que le rodeaba allá abajo no se daba cuenta siquiera. Como donde él vivía de veras, con toda el alma, era en su cuarto piso, en su terrado principalmente, las calles, la oficina, los paseos, todo le parecía metido en un pozo rastrero, ahogado… *in inferis. «¡Sursum corda!»*, le gritaba el pecho, aunque no en latín; y en cuanto podía, ¡arriba!, ¡al terrado! *La impureza del aire* de abajo era para Miajas una preocupación constante; creía deber la salud al aire puro de su retiro empingorotado. Cuando oía hablar de las prevaricaciones y manos puercas de muchos sujetos, algunos compañeros suyos, y pensaba con orgullo, en su inmaculada honradez, en su probidad segura, achacaba la diferencia por asociación de ideas, o mejor de imágenes, a la impureza del aire que se respiraba *allá abajo*. Se le figuraba que aquellas pobres gentes que casi nunca se codeaban con los gatos allá por las nubes, que no recibían, horas y horas, los soplos del aire puro, cerca del cielo, bajo torrentes de luz, en atmósfera transparente, se iban llenando de microbios morales que producían aquellas debilidades de conciencia, aquellas tristes caídas. Pero, en general, pensaba muy poco en todo esto. No le importaba lo que hacían los demás, y tampoco dedicaba mucho tiempo a recordar los propios méritos y servicios. Así, que casi tenía olvidadas ciertas visitas que le habían hecho *illo tempore*, en su humilde guardilla disimulada, ilustres personajes de la política y del foro. Dos habían sido los señorones que habían venido a pedir algo al pobre Miajas a tales alturas.

La oficina de don Baltasar era muy importante porque en ella se despachaban asuntos de muchísimo dinero, y como, en último resultado, el que entendía y en realidad resolvía las arduas cuestiones de minas o cosa así de que se trataba, era don Baltasar, y solo él; los que entendían de veras la aguja de marear querían y procuraban tenerlo de su parte; pues aún suponiendo que *más arriba* se quisiera atender más al favor que a la justicia y a la ley, mucho era, y en ocasiones indispensable, contar con el informe de aquel perito incorruptible. Una emperatriz o cosa así tenía grandísimos intereses en cierto negocio famoso, y era abogado y principal agente de la ilustre dama un santón político de los primeros, muy popular, elocuente… y largo. No se anduvo en chiquitas; con sus aires democráticos, subió al cuarto piso de Miajas, y entre bromitas, confianzas, promesas y veladísimas amenazas procuró ganar el ánimo del modestísimo empleado de diez mil reales, de quien ¡oh, escándalo!, en realidad dependía aquel asunto que importaba tantos millones. Pero ¡ay, amigo!, que el ilustre prócer no tenía razón; y Miajas, avergonzado, sintiéndolo infinito, como si cometiera un delito de lesa majestad o por lo menos de lesa soberanía nacional… dijo nones, y el señor aquel, elocuentísimo, jefe de partido, casi árbitro de los destinos del país, en ocasiones, tuvo que bajar el ciento y pico de escaleras, lo mismo que las había subido, sin sacar nada en limpio,

porque allí no se podía hacer nada sucio. Este triunfo no dejaba de halagar a don Baltasar, más que por el mérito de su honrada resistencia, por el honor de haber tenido en su casa, y suplicándole en vano y tratando de convencerle a tan conspicuo personaje. Sin embargo, se le mezclaba esta satisfacción con el remordimiento de no haber podido complacer a una eminencia como aquélla, y también tenía cierto escozor que era así como vagos temores de que algún día aquel *prócer* se vengara dejándole cesante, o por lo menos… bajándole a *ocho*.

La otra visita fue de otro santón no menos ilustre o influyente, también demócrata y que era un especialista en materias de conciencia. Cuando él, en un discurso decía: ¡Mi conciencia! Parecía decir: ¡Mis pergaminos! Pues él también andaba en cosas de minas, y también subió las cien escaleras y pico. Pero éste hizo ante todo grandes protestas de la pureza de sus intenciones; con toda sinceridad mostraba el gran disgusto que tenía solo con pensar que don Baltasar pudiera creer que venía a sobornarle, a deslumbrarle… Venía a convencerle; no tenía que esperar Miajas ni premio ni castigo, resolviese lo que quisiera. Se hablaba a su convicción y nada más. Y el señor de la conciencia sacó unos papelitos y los leyó; y discutieron él y Miajas, y después de dos horas, con la mayor naturalidad, don Baltasar declaró que aquel ilustre prohombre tenía razón, que la ley estaba con él y que el negociado informaría, si a él se le hacía caso, como pedía el insigne caballero, que de resultas se ganaría acaso millones. Y se fue el señor rectísimo, dejando a Miajas los papelitos aquellos, con su firma, y no volvió en la vida; ni el empleado de diez mil reales le debió jamás favor alguno ni se lo encontró cara a cara otra vez. No importaba: él guardaba como un tesoro los papelitos y sin decírselo a nadie, saboreaba el orgullo de haber tenido ante sí, tan fino, tan amable, al hombre más severo de España, al Catón más tieso de la Península. Pero después de algún tiempo fue olvidando la aventura y por fin ya disfrutaba de la contemplación de la propia honradez como de una cosa muy insípida, sin mérito grande, aunque indispensable. Estaba dispuesto a morir de hambre antes que a prevaricar en lo más insignificante. Pero el placer de este estado del alma era ya para él muy inferior al que le proporcionaba la solución de un jeroglífico.

II

Si aquellos señorones ilustres jamás hicieron nada bueno ni malo a don Baltasar; si el prócer de la conciencia no tuvo la amabilidad de mandarle siquiera unos cartuchos de dulces a los hijos de Miajas, no se portaron así el año de gracia de 189… los dos ricachos americanos que habían sacado de pila, respectivamente, al hijo mayor Carlos y a la hija Pepilla.

El día de Reyes, muy tempranito, los chicos se encontraron en el terrado sendos juguetes de todo lujo; él, guerrero indomable, con uniforme de teniente de caballería, con todas las armas y galones que eran de ordenanza; ella, una casa puesta para un

matrimonio de porcelana, con ama de cría y un chiquitín y dos criadas, una de ellas negra. Era una maravilla. El entusiasmo de aquellos niños pobres, que otros años se contentaban con una caja de pinturas de peseta y una *pepona* de precio semejante, no tuvo límites… ni entrañas. A Marcelo, el hijo segundo, el más cariñoso, más aplicado y más metido por los mimos de su padre, los Reyes… no le habían traído nada, porque nada era un cartucho de dulces que se encontró al lado de los soberbios juguetes. Pues bien, Pepilla y Carlos, no tuvieron lástima, ni siquiera delicadeza, y delante de su hermano, sin padrino rico, ni pobre, porque lo había sido su abuelo, ya difunto, hicieron alarde de su riqueza, de su suerte escandalosa, de su alegría insolente. Los niños son así, ya lo dijo Victor Hugo pintando el tormento de un sapo. ¿Cómo a don Baltasar no se le ocurrió remediar aquella injusticia de la suerte? No supo nada a tiempo. El encargado de dar la sorpresa fue un muchacho, que, con el mayor sigilo, de parte de los ricachos americanos, dejó de noche, con pretexto de una visita, en el terrado, los regalos aquellos con tarjetas en que se leía: «A Pepilla-Gaspar», y «A Carlitos-Melchor». El cartucho de dulces de Marcelo era uno de los tres que su madre había comprado, porque aquel año el presupuesto de los Miajas andaba apuradísimo, y la noche anterior, la del 4 al 5, el matrimonio, con profunda tristeza, resignado, había resuelto, después de melancólica deliberación, que era una locura gastar aquel año en juguetes, por modestos que fueran, cuando no había apenas para garbanzos ni para remendar botas de los chicos.

Cuando don Baltasar, muy temprano, subió al terrado, y vio a sus hijos en torno del portentoso hallazgo y se enteró de todo, y contempló la alegría loca, salvaje de los egoístas agraciados (¡inocentes de su alma!), y después miró a Marcelo que, pálido, sonreía, con una mueca dolorosa, chupando la cinta azul de seda de su cartucho de dulces, sintió una angustia dolorosa en el alma, una especie de agonía de todo lo bueno que tenía su corazón puro, de pobre resignado. «Aquello era lo mismo que una puñalada». «Dios los perdonará, pero sus queridos compadres habían incurrido en una omisión grosera, de solterones sin delicadeza; muy ricos, espléndidos, pero que no sabían lo que eran hijos…». «Aquellos juguetes finísimos, de príncipes, valían uno con otro, lo menos… treinta duros… ¡Virgen Santísima! Pues con treinta reales hubieran podido Melchor y Gaspar hacer feliz a toda la familia… y ahora, ahora…». en tono de broma, él, Miajas, estaba pasando por una amargura… pueril… que era inexplicable, por lo fuerte, por lo profunda.

«Si hubiera sido Pepilla la desheredada, a grito pelado hubiera hecho constar la más enérgica protesta. Llanto y patadas por tres horas, lo menos. Carlos hubiera disputado a puñadas el odioso privilegio, a no ser él el privilegiado. Marcelo… sonreía, luchaba por vencerse, por disimular la tristeza, ¡y tenía ocho años! ¡Ángel de mi alma! ¡Qué culpa tiene él de que su pobre abuelo se le haya muerto y de que yo… deba aún al panadero todo el pan que hemos comido en diciembre!».

Miajas no sabía qué decir, ni qué hacer, ni siquiera cómo mirar a su hijo segundo, que se quedaba sin juguete. Marcelo se fue hacia su padre, se le metió entre las

rodillas y empezó a acariciarse las mejillas frotando con ellas los raídos pantalones de su señor padre. Su papá era su juguete, de movimiento, de cariño; así parecía pensar el niño consolándose.

Aquellas caricias de resignación monstruosa, resignación a los ocho años, exaltaron más la sensibilidad paterna. Don Baltasar se creyó inspirado de repente, una inspiración mitad amor, mitad rebeldía; y ello fue que exclamó con voz nerviosa, enérgica, de fingida alegría:

—Observo, señores, que aquí falta un rey.

—¿Qué rey, qué rey? —gritaron Pepita y Carlos.

—Sí, falta uno. A ti el rey Melchor te regaló eso; a ti eso el rey Gaspar… Falta Baltasar que es el que trae el regalo de Marcelín, ¡cosa rica! Pero, amigo; como el rey Baltasar viene de más lejos, de más lejos, de allá, de… (Miajas era muy mal orientalista) de… la Cochinchina… pues, viene retrasado… por las nieves, ¡como los trenes a veces! Pero vendrá… ¡Oh! ¡Yo te lo fío que vendrá! ¡No pasa de mañana, Marcelín, cree a tu padre!

Marcelo, con lágrimas de inefable alegría en los ojos, sonriendo entre lágrimas, como Andrómaca, miraba a su padre extasiado, dudando de su felicidad futura… Creía y no creía en los Reyes, era acaso dudoso aquello del milagro de los juguetes puestos en el balcón, por manos invisibles… pero ahora se inclinaba a pensar que su rey esta vez iba a ser su padre, y se lo agradecía ¡tanto!, ¡tanto! Era mejor así. Pero ¿vendría el juguete?

—¿Y qué le va a traer? —preguntó Carlos entre incrédulo y envidioso de una dicha futura, de que ya no le tocaba nada.

—Eso… Dios lo sabe. Pero me parece a mí… que va a ser… ¿Tú qué opinas, Marcelo?

Marcelo era particularmente aficionado a las defensas de plazas fuertes, era el Vauban de la casa, y mientras Carlos se armaba hasta los dientes, él prefería construir murallas de cartón, y con un ingenio positivo improvisaba aspilleras, cañones, reductos, combinando los más heterogéneos desperdicios de la industria: dedales viejos, rodajas de pies de butacas rotos, cápsulas vacías de escopeta, cajas de cerillas y otra porción de inutilidades que, bien combinadas y distribuidas, convertían la mesa del comedor en una fortaleza muy respetable.

Marcelo opinó que el rey Baltasar le traería, si era amigo de cumplir, soldados de latón, de artillería, con cañones y todo…

III

Don Baltasar se echó a la calle aturdido, como borracho por las emociones de amor, amargura, despecho y decisión violenta que le llenaban el alma; se le figuraba que llevaba si no en la mano, en el alma, en la intención una tea incendiaria que debía

prender fuego a la moral pública que se debía al orden constituido, a los más altos principios; ¡qué sabía él! En fin, ello era que salía dispuesto a cumplir su promesa temeraria de encontrar al rey Baltasar y, no ya traerlo de Cochinchina, sino sacarlo del centro de la Tierra y hacerlo presentarse ante su Marcelo con un juguete verdaderamente regio, que no valiese menos que el de sus señores hermanos.

Lo primero que hizo… fue lo que hace el gobierno, pensar en los gastos, no en los ingresos; escoger el juguete monumental (así lo llamaba para sus adentros), sin pensar en la mina o en la lotería de donde había de sacar el dinero necesario para pagarlo.

Se paró, en la calle de la Montera, ante un escaparate de juguetes de lujo. Entre tanta monada de subido precio no vaciló un momento: la elección quedó hecha desde el primer momento; nada de armaduras, coches, velocípedos de maniquí, grandes pelotas, ni demás chucherías: lo que había de comprar a Marcelín era aquella plaza fuerte que estaba siendo la admiración de cuatro o cinco granujas que rodeaban a Miajas junto al escaparate. «¡Lo que puede la voluntad! —pensaba el humilde empleado—; estos chicos cargarían con esa maravilla del arte de divertir a los niños, con no menos placer que yo; en materia de posibles, allá nos vamos estos pilluelos y yo, y sin embargo, ellos se quedan con el deseo, y yo entro ahora mismo en el comercio y compro eso… y se lo llevo a Marcelín… ¿En qué está el privilegio, la diferencia? ¿En los cuartos? ¡No! ¡Mil veces no! En la voluntad. Es que yo quiero de veras que ese juguete sea de mi hijo».

Y entró, y compró la plaza fuerte que le deslumbraba con el metal de sus cañones, cureñas y cuantos pertrechos eran del caso.

Cuando Marcelín viera aquellas torres y murallas, casamatas, puentes, troneras, soldados, tremendas piezas de artillería, se volvería loco; creería estar soñando. ¡Para él tanta hermosura!…

Al ir a pagar después que el juguete estuvo sobre el mostrador, don Baltasar sintió un nudo en la garganta…

—Verán ustedes —dijo—; no me lo llevo ahora precisamente porque… naturalmente… no he de cargar con ese armatoste…

—Lo llevará un demandadero…

—No; no, señores; no se molesten ustedes. Déjenlo ahí apartado; yo enviaré por el juguete… y entonces… traerán el dinero… el precio…

Y salió aturdido y dando tropezones. —Ya no hay más remedio— iba pensando —. El juguete es mío; el contrato es contrato. Hay que buscar el dinero debajo de las piedras —pero en vez de ponerse a desempedrar la calle, se fue, como siempre, a la oficina.

Había grandes apuros por causa de arreglar asuntos que pedían del Ministerio despachados, y el director había dispuesto habilitar aquel día festivo.

Gran marejada político-moral-administrativa había por entonces en Madrid y en toda España; una de esas grandes *irregularidades* que de vez en cuando se descubren había puesto una vez más sobre el tapete la cuestión de los cohechos, prevaricaciones y demás clásicas manos puercas de la administración pública.

Los periódicos de circulación venían echando chispas; se celebraban grandes reuniones públicas para protestar y escandalizarse en colectividad; el Círculo Mercantil y una junta de abogados se empeñaban en empapelar a un ministro y a muchos próceres, al parecer poco delicados en materia de consumos y de ferrocarriles.

El Ministerio, amenazado con tanto ruido, se agarraba al poder como una lapa, y en las oficinas de Madrid había una terrible justicia de enero (del mes que iba corriendo) más o menos aparente.

Los subsecretarios, los directores, los jefes de negociado, estaban hechos unos Catones, más o menos serondos; no se hablaba más que de revisiones de cuentas de expedientes, en fin, se quería que la moralidad de los funcionarios brillara como una patena. Hacía mucho miedo.

—Siempre pagaremos justos por pecadores —decían muchos pecadores que todavía pasaban por justos.

Y a todo esto, don Baltasar Miajas sin enterarse de nada. Oía campanas pero no sabía dónde. El rum rum de las conversaciones referentes a los *chanchullos* legales llegaba a él, sin sacarle de sus habituales pensamientos; lo oía como quien oye llover. Él cumplía con su cometido y andando.

Cuando llegó aquel día ante la mesa de su cargo, dispuesto a sacar el precio del juguete de debajo de las piedras, no soñaba con que había en el mundo inmoralidad, empleados venales, etc., etc. Lo que él necesitaba eran diez duros.

No sabía que estaba sobre un *volcán*, rodeado de espías. Los pillos del negociado, que los había, estaban convertidos en Argos de la honradez provisional y temporera que el director del ramo había decretado dando puñetazos sobre un pupitre.

Y el diablo hizo, no la Providencia, como pensó don Baltasar, que cierto contratista, interesado en un expediente que Miajas acababa de despachar, de modo favorable para aquel señor, se le acercara, y fingiendo sigilo, pero con ánimo de que pudieran otros oficinistas enterarse de su generosidad, dejase entre unos papeles algunos billetes de banco.

Era un hombre tosco, acostumbrado a vencer así en las oficinas de su pueblo; y como no conocía a Miajas y quería ir anunciando su procedimiento expeditivo, para que se enterasen los que podían servirle el día de mañana, hizo lo que hizo de aquella manera torpe, que comprometía al infeliz covachuelista.

Don Baltasar en el primer momento no se dio cuenta de lo que acababa de suceder. Todavía no se había hecho cargo de tan vituperable acción, y ya los espías

del director se habían guiñado el ojo. Cuando el contratista insistió en su torpeza, llamando la atención de Miajas, éste… vio el cielo abierto, y equivocándose sin duda, atribuyó entonces a la Providencia aquella oportunidad del diablo. En otra ocasión, sin escandalizarse, con mucha humildad y modestia, hubiera devuelto al pillastre aquel su dinero, diciéndole con buenos modos que él había cumplido con su conciencia y que ya estaba pagado por el gobierno.

Pero… ahora… Marcelín… la plaza fuerte comprada… la promesa de traer al rey Baltasar aunque fuese de los pelos… y cierto profundo espíritu de rebelión… de protesta moral… En fin, ello fue que don Baltasar, en voz baja, temblorosa, dijo:

—¡Oh!, no, caballero; es demasiado; basta con un… pequeño recuerdo… Guarde usted eso, guarde usted eso, pronto —y metió entre unos papeles un billete de cincuenta pesetas.

A la mañana siguiente, en el terrado de la humilde vivienda de Miajas, su hijo segundo, Marcelo, encontró, con una tarjeta firmada por el *rey Baltasar*, el juguete pasmoso, la plaza fuerte que él había soñado.

Y por la tarde, el rey Baltasar recibió la noticia de que estaba cesante.

Por hacerle un favor no se le formaba expediente.

Justicia de enero.

No había perdido más que el pan y la honra.

Mientras sopla el Levante

Grazia Deledda

(1902)

Traducción

Cristina Marín Rubio

Grazia Deledda (1871-1936) nació en Nuoro, en Cerdeña, en el seno de una familia numerosa y acomodada. Al acabar la educación primaria, profundizó en sus estudios literarios de manera autodidacta. Publicó su primer relato a los quince años, y dos años después empezó a colaborar en la revista *L'ultima moda*. En 1900 contrajo matrimonio y se trasladó a Roma, donde residió hasta su muerte. Su marido, un funcionario que se convirtió en su agente literario, inspiraría *Suo marito*, la novela satiríca de Luigi Pirandello. La publicación de *Elias Portolu* en 1903 fue su consagración como escritora. Autora prolífica, Deledda nos narra la dureza de la vida en su isla natal y nos desvela antiguas leyendas y ritos, costumbres y normas sociales. «Intento recordar la Cerdeña de mi infancia —decía—, pero sobre todo la sabiduría profunda y auténtica, el modo de pensar y de vivir, casi religioso, de algunos viejos pastores y campesinos sardos». Ganaría el Premio Nobel de Literatura en 1926.

«Mientras sopla el Levante» («Mentre soffia il levante») apareció en la revista romana *Nuova antologia* el 16 de octubre de 1902, y más tarde fue incluido en el volumen *I giuochi della vita*, publicado en 1905 por Fratelli Treves Editori (Milán). La Navidad se sitúa aquí en un espacio comunitario muy regulado pero en el que una pareja de novios siempre puede encontrar un resquicio; pero la armonía no se pierde: un ciego los bendice.

Dice una antigua leyenda sarda que el cuerpo de los hombres nacidos la víspera de Navidad seguirá incorrupto hasta el final de los tiempos.

Éste era precisamente el tema del que a la sazón se hablaba en casa del tío[82] Diddinu Frau, un acaudalado labriego; Predu Tasca, el prometido de su hija, preguntó:

—Y ¿de qué sirve eso? ¿De qué puede servir el cuerpo cuando estemos muertos?

—Bueno —respondió el campesino—, ¿acaso no es una gracia divina evitar que nos convirtamos en cenizas? Cuando llegue el Juicio Universal, ¿no será algo extraordinario encontrar intacto nuestro cuerpo?

—¡Uf! Y eso, ¿quién puede saberlo? —dijo Predu con aire escéptico.

—Escucha, querido yerno —exclamó el campesino—, ¿te parece un buen tema para cantarlo esta noche?

Cabe decir que tío Diddinu es un poeta improvisador, al igual que lo fueran su padre y su abuelo; aprovecha con gusto cualquier ocasión para proponer un concurso de canto improvisado a poetas menos hábiles que él.

—¡No es que sea un tema muy alegre que digamos…! —dijo Maria Franzisca haciéndose la ocurrente porque el novio la observaba.

—¡Tú, a callar! ¡O te irás a dormir! —gritó el padre con rudeza.

Aunque poeta, era un hombre tosco que trataba a su familia, y en especial a las hijas, con una severidad casi salvaje. Suscitaba respeto y temor entre los suyos. En presencia del padre, Maria Franzisca no osaba sentarse al lado de su Predu (por lo demás, las costumbres del pueblo obligaban a los novios a guardar una respetuosa distancia) y se avenía a coquetear con él desde lejos, seduciéndolo con los movimientos de la bella y lozana mujer enfundada en el sugestivo vestido de *scarlatto*[83] o de *orbace*[84], y sobre todo, con la mirada de sus ardientes ojos azul verdosos, grandes como almendras maduras.

Era la víspera de Navidad: un día gris, cubierto si bien templado; soplaba un viento de Levante que traía el lejano y enervante calor del desierto y una especie de húmedo olor a mar. Parecía como si allende las montañas, sobre cuyas laderas verdeaba la fría hierba invernal, y más allá del valle, donde los almendros prematuramente florecidos se agitaban lanzando al viento casi con saña sus pétalos blancos como copos de nieve, ardiese un gran fuego del que llegara el calor sin vislumbrarse las llamas. Las nubes, que asomaban por las cimas de los montes elevándose y expandiéndose incesantes por el cielo, parecían formadas por el humo de aquel fuego invisible. Las campanas tocaban a fiesta; la gente, un tanto trastornada por el viento de Levante, corría por calles y casas organizando reuniones para festejar la Navidad; las familias se intercambiaban regalos: lechones, corderos otoñales,

carne, dulces, cascajo; los pastores ordeñaban la primera leche de las vacas para obsequiar a los señores, y la señora devolvía al pastor el recipiente lleno de legumbres, o de cualquier otra cosa, cuidándose de no devolverlo vacío para evitar malos augurios al ganado.

Predu Tasca, que también era pastor, sacrificó su mejor lechón, lo destripó, le untó la corteza con sangre, lo rellenó de ramas de asfódelo, lo metió en un cesto y se lo mandó de regalo a su novia. Y ella le dio un escudo de plata a la portadora del regalo y metió en el cesto un dulce hecho de almendras y miel.

Por la noche el novio fue a casa del tío Frau y agarró con fuerza la mano de la hija. Ella se ruborizó, rió con deleite y la retiró: en la mano cálida por el apretón amoroso encontró una moneda de oro[85].

Al punto paseó por la casa mostrando en secreto a todos el buen regalo de Predu. Fuera, las campanas repicaban, y el Levante expandía el sonido metálico en la noche cálida y húmeda. Predu vestía su bonito traje de fiesta medieval con el jubón de terciopelo azul y el gabán corto negro de *orbace* y terciopelo finamente acolchado, el cinturón de piel bordado y los botones de oro con filigrana.

El largo cabello negro, bien peinado y untado con aceite de oliva, le caía sobre las orejas; como ya había bebido vino y anís, brillaban sus ojos negros y ardían sus labios rojos entre la tupida barba negra. Era bello y rozagante como una deidad campestre.

—*Bonas tardas* —dijo sentándose al lado de su suegro delante del hogar, donde ardía un tronco de encina—. El Señor os conceda cien navidades. ¿Cómo lo estáis pasando?

—Como los viejos buitres que han perdido las garras —respondió el orgulloso campesino, que comenzaba a envejecer. Y recitó estos famosos versos:

mine cando est bezzu no est bonu[86]…

Fue entonces cuando se habló de la leyenda de los nacidos en la noche de Navidad.

—¡Iremos a la misa —exclamó el tío Diddinu—, y a la vuelta daremos cuenta de una buena cena, y después cantaremos!

—Incluso antes, si quiere.

—¡Antes, de ninguna manera! —respondió el tío Diddinu, golpeando el bastón contra la piedra del hogar—. Mientras dura, ha de respetarse la Santa Vigilia; nuestra Señora sufre los dolores del parto y nosotros no debemos cantar, ni comer carne. ¡Oh, buenas noches, Mattia Portolu! Siéntate allí y dime quiénes faltan por venir. ¡Maria Franzisca, trae la bebida! Dales de beber a estos corderillos.

La muchacha escanció la bebida e, inclinándose ante el novio y ofreciéndole el vaso centelleante como un rubí, lo embelesó con una mirada y una sonrisa ardientes. Entretanto, el recién llegado nombraba a los amigos que habían de llegar.

Las mujeres se afanaban ya en preparar la cena en torno al hogar situado en el centro de la cocina, marcado por unas tiras de piedra sobre el suelo. De una parte se sentaban los hombres; de la otra, cocinaban las mujeres; la mitad del lechón regalado por Predu Tasca estaba ensartado en un largo espetón, y un suave humo oloroso se expandía por la cocina. Llegó otro par de viejos parientes, dos hermanos que se habían negado a casarse para no dividir su patrimonio; parecían dos patriarcas, con cabellos largos y rizados que les caían sobre las largas barbas blancas; más tarde llegó un joven ciego que tanteaba y rozaba las paredes con un fino bastón de adelfa.

Uno de los viejos hermanos agarró a Maria Franzisca por la cintura, la empujó hacia donde se encontraba el novio, y dijo:

—¿Qué hacéis, corderitos de mi corazón? ¿Por qué estáis tan alejados como las estrellas? Cogeos de la mano, abrazaos…

Los dos jóvenes se miraron apasionadamente; pero el tío Diddinu alzó la voz de manera estruendosa:

—Déjalos en paz, viejo ariete: no necesitan tus consejos.

—¡Lo sé; ni los tuyos tampoco! ¡Ellos sabrán cómo aconsejarse mutuamente! —respondió el anciano.

—Si así fuera —afirmó el campesino—, tendría que espantar a este joven como se espanta a las moscas. ¡Tráenos de beber, Maria Franzisca!

La muchacha, algo molesta, se deshizo de los brazos del anciano, y Predu dijo, al tiempo que se colocaba la gorra y sonreía:

—¡Bien! No se puede cantar, ni comer, ni hacer ninguna otra cosa… Aun así, ¿se puede beber?

—Todo se puede hacer porque Dios es grande —murmuró el ciego, sentado al lado del novio—. Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Y bebieron, y ¡cómo bebieron! Solo Predu humedecía apenas los labios en el borde del vaso. Fuera repicaban las campanas; gritos y canciones vagaban con el viento. Hacia las once todos se levantaron para asistir a la misa del gallo; solo quedó en la casa la ancianísima yaya, que en su juventud había oído decir que en la noche de Navidad los muertos vuelven para visitar la casa de sus parientes. Por esta razón practicaba un antiguo rito: preparaba un plato de comida y una jarra de vino para los difuntos. También aquella noche, apenas se quedó sola, se levantó, cogió el vino y la comida y los dispuso en una escalera que subía del patio a los aposentos superiores de la casa. Un vecino menesteroso, al tanto de las creencias de la anciana, saltó el muro y vació el plato y la jarra.

Apenas regresaron de la misa, jóvenes y ancianos se pusieron a cenar con alborozo. Extendieron por el suelo largos sacos de lana y los cubrieron con manteles de lino hilados en casa; en grandes recipientes de greda amarilla y roja humeaban los macarrones cocinados por las mujeres, y en los tajos de madera Predu cortó con destreza el lechón asado en su justo punto.

Todos comían sentados en el suelo sobre esteras y sacos; una llama refulgente crepitaba en el hogar, expandiendo resplandores rojizos sobre las figuras de los invitados; parecía un cuadro homérico. Y ¡se bebía en abundancia!

Luego de cenar, las mujeres, por rigurosa voluntad del amo, hubieron de retirarse; los hombres, sentados o tumbados en torno al hogar, comenzaron a cantar. Estaban todos rojos hasta las orejas, con los ojos lánguidos, y sin embargo brillantes. El viejo campesino comenzó la pugna.

ıcas, gheneru meu, ello ite naras,
a sett'unzas de terra puzzinosa…[87]

—Entonces —cantaba el viejo—, qué opinas, yerno mío: ¿es mejor quedar reducido a siete onzas de polvo maloliente que encontrar intacto nuestro cuerpo el día del juicio final?, etc., etc.

Predu se ajustó la gorra y respondió:

—El tema es tétrico —cantó—, pensemos en otra cosa: cantemos al amor, al placer, a las hermosas Venus… en fin, a cosas alegres y agradables.

Todos, excepto el campesino, aplaudieron la estrofa pagana; el viejo poeta se enojó y contestó, en verso, que su adversario evitaba responder porque era incapaz de tratar tan excelso asunto.

A continuación, Predu volvió a encasquetarse la gorra y respondió, siempre con versos en sardo:

—Y bien, ya que así lo queréis, os respondo; el tema no me agrada porque es triste, no quiero pensar en la muerte precisamente esta noche de vida y de alegría, pero, ya que lo deseáis, os digo: en absoluto me preocupa si nuestro cuerpo queda intacto o se convierte en polvo. ¿Qué somos, una vez muertos? Nada. Lo importante es conservar el cuerpo sano y vigoroso mientras vivamos para trabajar y gozar… ¡nada más!

El campesino contestó. Predu continuaba insistiendo en los placeres y las alegrías de la vida: los dos viejos hermanos aplaudían; incluso el ciego daba señales de aprobación. El campesino fingía enfadarse, aunque en el fondo le complacía que su yerno se revelara como un buen poeta. ¡Ah… continuaría la fama tradicional de la familia!

Pero, al tiempo que trataba de demostrar la futilidad de los placeres carnales, el tío Diddinu bebía e incitaba a beber. Hacia las tres de la madrugada todos estaban ebrios; solo el ciego, gran bebedor, y Predu, que apenas había bebido, conservaban la lucidez.

Pero Predu se había embriagado con su canto, y a medida que el tiempo transcurría temblaba de gozo recordando una promesa de Maria Franzisca. Poco a poco se fue apagando la voz de los cantores: el anciano comenzó a balbucir; el joven fingió caerse de sueño. Todos terminaron amodorrados; solo el ciego seguía sentado,

royendo el tosco puño de su bastón.

De repente, el gallo cantó en el corral.

Predu abrió los ojos y miró al ciego.

«Él no me ve», pensó, levantándose con cautela; y salió al corral.

Maria Franzisca, que bajaba la escalera en silencio, se arrojó en sus brazos.

El ciego se percató de que alguien había salido y pensó que sería Predu; sin embargo, no se movió; antes, murmuró:

—Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Fuera, la luna corría tras las nubes diáfanas y el viento de Levante esparcía el olor a mar y la tibieza del desierto en la noche plateada.

Un regalo de Navidad en el chaparral

O. Henry

(1903)

Traducción

Miguel Temprano García

William Sydney Porter (1862-1910), más conocido por el seudónimo de **O. Henry**, nació en Greensboro, Carolina del Norte. Su juventud fue bastante turbulenta. Trabajó en una farmacia y en un rancho de ovejas antes de trasladarse a Austin, donde empezó a tener problemas con el alcohol y fundó un semanario humorístico, *The Rolling Stone*. Después de pasar tres años en la penitenciaria de Columbus, Ohio, por un desfalco en el First National Bank, donde trabajaba de cajero, cambió su nombre por el de O. Henry y se trasladó a Nueva York, la ciudad que sería el escenario de muchas de sus historias. Sus magistrales relatos cortos de final sorprendente, escritos en los primeros años del siglo XX para el semanario *New York World* y otras publicaciones, le dieron una gran popularidad y le convirtieron en uno de los mejores cuentistas norteamericanos. Minado por el alcoholismo y las dificultades económicas, O. Henry murió en Nueva York el 5 de junio de 1910. En su memoria se creo el O. Henry Award, uno de los premios literarios más prestigiosos del mundo. Entre otros, lo han ganado autores de la talla de William Faulkner, Dorothy Parker, Flannery O’Connor, John Updike, Truman Capote, Raymond Carver, e incluso el cineasta Woody Allen.

«Un regalo de Navidad en el chaparral» («A Chaparral Christmas Gift») apareció en la *Ainslee’s Magazine* de Nueva York en diciembre de 1903. Posteriormente sería uno de los veinticuatro relatos incluidos en *Whirligigs* (Doubleday, Page & Company, Nueva York, 1910). En vista de que la Navidad, con sus fiestas y reuniones, nunca deja de fomentar el espíritu comunitario, este cuento del Lejano Oeste demuestra que tampoco es mal momento para cometer públicamente una fechoría… o una genial bravuconada.

La causa originaria del conflicto tardó veinte años en crecer.

Pasado ese tiempo se vio que la espera había valido la pena.

Todos los que vivían a menos de setenta y cinco kilómetros del rancho Sundown habían oído hablar de ella. Tenía una espesa melena, un par de ojos castaños muy francos y una risa que resonaba por la pradera como el eco de un riachuelo. Se llamaba Rosita McMullen y era la hija del viejo McMullen del rancho de ovejas Sundown.

Dos pretendientes llegaron a lomos de dos caballos roanos —o, para ser más explícitos, en un alazán comido por las pulgas—. Uno era Madison Lane y el otro Frio Kid. Aunque en esa época nadie lo llamaba así, pues aún no se había ganado los honores de dicho título. Era solo Johnny McRoy.

Que nadie vaya a pensar que eran los únicos admiradores de la hermosa Rosita. Los broncos de al menos otra docena mascaban el bocado en el largo amarradero del rancho Sundown. En aquellos herbazales había muchos ojos de cordero que no pertenecían a los rebaños de Dan McMullen. Pero de todos esos caballeros, los que llegaron más lejos fueron Madison Lane y Johnny McRoy, así que vale la pena contarlo.

Madison Lane, un joven ganadero de la región de Nueces, ganó la carrera. Se casó con Rosita un día de Navidad. Armados, joviales, vocingleros y generosos, los vaqueros y los ovejeros dejaron de lado sus rencillas hereditarias y se unieron para celebrar la ocasión.

El rancho Sundown refulgía con las bromas, el estampido de los revólveres, el resplandor de las hebillas, los ojos brillantes y las francas felicitaciones de los ganaderos.

Pero, cuando el festejo nupcial estaba en su apogeo, apareció Johnny McRoy, devorado por los celos como un poseso.

—¡Yo te daré regalo de Navidad! —gritó con voz chillona, en la puerta con el Colt 45 en la mano. Ya entonces tenía reputación de buen tirador.

La primera bala le arrancó a Madison Lane el lóbulo de la oreja derecha. El tambor del revólver se desplazó más de dos centímetros. El siguiente disparo habría sido para la novia si Carson, un ovejero, no hubiese tenido el ánimo con el gatillo bien engrasado y a punto. Los revólveres de los invitados estaban en sus cintos colgados de unos clavos de la pared a modo de concesión al buen gusto. Pero Carson, con gran rapidez, le lanzó el plato de venado asado y frijoles a McRoy y le hizo fallar el tiro. Por eso la segunda bala tan solo hizo pedazos los blancos pétalos de una flor de yuca que colgaba a unos centímetros de la cabeza de Rosita.

Los invitados volcaron las sillas y saltaron a por sus armas. Dispararle al novio y

a la novia en una boda se consideraba de mala educación. En menos de seis segundos más de veinte balas silbaron apuntando al señor McRoy.

—La próxima vez no fallaré —gritó Johnny—, y habrá una próxima vez.

Y salió por la puerta.

Carson, el ovejero, decidido, después de su éxito al lanzar el plato, a lograr nuevas hazañas, fue el primero en llegar a la puerta. Lo mató un balazo que McRoy disparó desde la oscuridad.

Los ganaderos salieron en su busca clamando venganza, pues, aunque la muerte de un ovejero más de una vez ha quedado sin castigo, en este caso era una evidente fechoría. Carson era inocente; no había participado en la ceremonia de la boda y nadie le había oído decir: «Un día es un día» a los invitados.

Pero su venganza no llegó a cumplirse. McRoy huyó al galope en su caballo a ocultarse en el chaparral, sin dejar de proferir amenazas y maldiciones.

Esa noche nació Frio Kid. Se convirtió en el bandido de aquella parte del estado. El rechazo de la señorita McMullen hizo de él un hombre peligroso. Cuando unos oficiales fueron a buscarle por la muerte de Carson, mató a dos de ellos y empezó a llevar vida de forajido. Llegó a ser un excelente tirador con ambas manos. Se presentaba en los pueblos y los asentamientos, buscaba pelea a la menor ocasión, mataba a alguien y se burlaba de los agentes de la ley. Era tan frío, tan mortífero, tan rápido y estaba tan sediento de sangre que apenas se hicieron intentos por capturarle. Cuando por fin lo mató de un tiro un mexicano manco que a su vez estaba casi muerto de miedo, Frio Kid tenía la muerte de dieciocho personas sobre su conciencia. A casi la mitad los mató en duelo leal porque era más rápido al desenfundar. A los demás los asesinó por pura insidia y crueldad.

En la frontera se cuentan muchas historias sobre su valor y osadía. Pero no era de esos bandidos que a veces son nobles e incluso generosos. Dicen que nunca tuvo piedad con quien fuese el objeto de su ira. Sin embargo, en esta y en todas las navidades conviene tener fe, si es posible, en cualquier resquicio de bondad que pueda quedar en los demás. Y, si alguna vez Frio Kid tuvo un gesto de bondad o sintió un impulso de generosidad en su corazón, fue en esta época del año. He aquí cómo ocurrió.

Quien sea desdichado en amores no debería respirar el aroma de las flores de la retama. Aviva peligrosamente la memoria.

Un mes de diciembre, en la región de Frio, había una mata de retama en flor, pues el invierno había sido tan cálido como la primavera. Por allí pasaron a caballo Frio Kid y su cómplice y secuaz Frank el mexicano. Kid tiró de las riendas de su mustang y se sentó en la silla, sombrío y pensativo. El dulce y profundo aroma le tocó por debajo del hielo y el hierro.

—No sé en qué habré estado pensando, Mex —observó con la misma voz suave de costumbre—, pero había olvidado que tengo que hacer un regalo de Navidad. Mañana por la noche voy a matar a Madison Lane en su propia casa. Me quitó a mi

chica. Rosita no me habría despreciado si no se hubiese entrometido, no sé cómo he podido olvidarlo hasta ahora.

—Diablos, Kid —dijo el mexicano—, no digas tonterías. Sabes que no podemos acercarnos ni a un kilómetro de casa de Lane mañana por la noche. Anteayer vi al viejo Allen y me contó que Mad va a celebrar una fiesta navideña. ¿Recuerdas el tiroteo que organizaste el día de su boda y cómo le amenazaste? ¿Es que no crees que Mad tendrá los ojos bien abiertos por si aparece cierto individuo llamado Frio Kid? Me aburres cuando dices cosas así, Kid.

—Voy a ir a la fiesta de Navidad de Madison Lane —repitió sin acalorarse Frio Kid— y lo voy a matar. Tendría que haberlo hecho hace mucho. Caray, Mex, hace solo dos semanas soñé que Rosita se había casado conmigo y no con él; y que estábamos viviendo en una casa, y me sonreía. Qué demonios, Mex, me la quitó y pienso quitarle la vida, sí, señor, me la quitó una Nochebuena y una Nochebuena lo mataré.

—Hay otras formas de suicidarse —le aconsejó el mexicano—. ¿Por qué no te entregas al sheriff?

—Lo voy a matar —insistió Kid.

El día de Nochebuena hizo tan buen tiempo como en abril. Tal vez se notase en el aire la escarcha lejana, pero era un cosquilleo como el del agua de Selz, vagamente perfumado con las últimas flores de la pradera y el zacate.

Cuando cayó la noche, los cinco o seis salones del rancho estaban iluminados. En uno de ellos se hallaba el árbol de Navidad, pues los Lane tenían un crío de tres años, y esperaban a más de una docena de invitados de los ranchos cercanos.

A medianoche, Madison Lane llamó aparte a Jim Belcher y a otros tres vaqueros empleados en su rancho.

—Bueno, muchachos —dijo Lane—, tened los ojos abiertos. Haced rondas en torno a la casa y vigilad bien la carretera. Todos conocéis a Frio Kid, como le llaman ahora; si lo veis disparadle sin preguntar. No temo que venga, pero Rosita sí. Todas las navidades desde que nos casamos teme que venga a por nosotros.

Los invitados habían llegado en carromato y a caballo y se fueron acomodando.

La velada resultó muy agradable. Los invitados disfrutaron y elogiaron la excelente cena que había preparado Rosita y luego los hombres se dispersaron en grupos por los salones o salieron a charlar y fumar en la amplia veranda.

El árbol de Navidad, por supuesto, hizo las delicias de los niños, que sobre todo se alegraron cuando se presentó Santa Claus en persona con una magnífica barba blanca y empezó a repartir los regalos.

—Es mi papá —anunció Billy Sampson, que tenía seis años—. Conozco ese disfraz.

Berkly, un ovejero, antiguo amigo de Lane, abordó a Rosita cuando pasaba a su lado por la veranda, donde se había sentado a fumar.

—Bueno, señora Lane —dijo—, supongo que estas navidades ya se le habrá

pasado el miedo que le tenía al tal McRoy, ¿no? Madison y yo hemos estado hablando de él.

—Casi —respondió Rosita, con una sonrisa—, aunque a veces todavía me pongo nerviosa. Nunca olvidaré esa espantosa ocasión en que por poco nos mata.

—Es el bandido más despiadado del mundo —exclamó Berkly—. Los ciudadanos que vivimos cerca de la frontera deberíamos salir a cazarlo como a un lobo.

—Ha cometido crímenes horribles —dijo Rosita—, pero… no sé… Creo que todo el mundo tiene algo bueno. No siempre fue tan malo… de eso estoy segura.

Rosita se volvió hacia el pasillo y se cruzó con Santa Claus, que llegaba con su barba y sus pieles.

—Ahora mismo iba a echar mano al bolsillo para darle un regalo de Navidad a su marido. Pero he preferido dejarle uno a usted. Está en el cuarto de la derecha.

—Oh, gracias, amable Santa Claus —dijo Rosita muy alegre.

Rosita entró y Santa Claus salió al corral, donde corría aire más fresco.

En la habitación solo encontró a Madison.

—¿Dónde está el regalo que me ha dejado Santa Claus?

—No he visto ningún regalo —dijo riendo su marido—, a no ser que se refiriese a mí.

Al día siguiente, Gabriel Radd, el capataz del Rancho X O, pasó por la oficina de correos de Loma Alta.

—Bueno, parece que Frio Kid ha recibido por fin su dosis de plomo —le dijo al cartero.

—¿Ah, sí? ¿Cómo ha sido?

—¡Lo ha matado uno de los pastores mexicanos del viejo Sánchez! ¿Te lo puedes creer? ¡Frio Kid muerto a manos de un pastor de ovejas! Lo vio pasar por delante de su campamento anoche a las doce, y se asustó tanto que cogió un Winchester y le pegó un tiro. Lo raro es que Kid llevaba una barba de angora y un disfraz de Santa Claus. ¡Imagínate a Frio Kid haciendo de Santa!

Nochebuena

Ramón María del Valle-Inclán

(1903)

Ramón María del Valle-Inclán (1869-1936) nació en Villanueva de Arosa (Pontevedra), en el seno de una familia hidalga venida a menos. Tras la muerte de su padre, abandonó la carrera de Derecho y se trasladó a Madrid, donde frecuentó cafés y tertulias y publicó sin éxito sus primeros cuentos y artículos. Después de una temporada en México, se instaló en Pontevedra y empezó a cultivar su peculiar y extravagante imagen: capa, chalina, sombrero, polainas blancas y, sobre todo, sus largas «barbas de chivo», como diría Rubén Darío. En 1895 regresó a Madrid, donde conoció a Pío Baroja, Azorín y Unamuno, entre otras figuras literarias de la época. Dramaturgo, poeta y novelista, Valle-Inclán formó parte de la corriente modernista, como vemos, por ejemplo, en sus sonatas: *Sonata de otoño* (1902), *Sonata de estío* (1903), *Sonata de primavera* (1904) y *Sonata de invierno* (1905), aunque en sus últimas obras —*Relatos de la Guerra Carlista, Ruedo Ibérico* y *Tirano Banderas*— se acercara a las preocupaciones propias de la Generación del 98. Tanto su poesía como su teatro evolucionarían hacia el esperpento, que, inspirado en los escritos de Quevedo y en la pintura de Goya, él convirtió en un género literario. Murió una noche de Reyes en Santiago de Compostela.

«Nochebuena» se publicó en *El Imparcial* el 24 de diciembre de 1903. Más tarde formaría parte del volumen *Jardín Umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones*. Es una anécdota entre melancólica y jocosa que nos recuerda que la Navidad también es una buena ocasión para hablar de las costumbres del clero.

Era en la montaña gallega. Yo estudiaba entonces gramática latina con el señor arcipreste de Céltigos, y vivía castigado en la rectoral. Aún me veo en el hueco de una ventana, lloroso y suspirante. Mis lágrimas caían silenciosas sobre la gramática de Nebrija, abierta encima del alféizar. Era el día de Nochebuena, y el señor arcipreste habíame condenado a no cenar hasta que supiese aquella terrible conjugación: «Fero, fers, tuli, latum».

Yo, perdida toda esperanza de conseguirlo, y dispuesto al ayuno como un santo ermitaño, me distraía mirando al huerto, donde cantaba un mirlo que recorría a saltos las ramas de un nogal centenario. Las nubes, pesadas y plomizas, iban a congregarse sobre la sierra de Céltigos en un horizonte de agua, y los pastores, dando voces a sus rebaños, bajaban presurosos por los caminos, encapuchados en sus capas de juncos. El arco iris cubría el huerto, y los nogales oscuros y los mirtos verdes y húmedos parecían temblar en un rayo de anaranjada luz. Al caer la tarde, el señor arcipreste atravesó el huerto: andaba encorvado bajo un gran paraguas azul: se volvió desde la cancela, y viéndome en la ventana me llamó con la mano. Yo bajé tembloroso. Él me dijo:

—¿Has aprendido eso?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque es muy difícil.

El señor arcipreste sonrió bondadoso.

—Está bien: mañana lo aprenderás. Ahora acompáñame a la iglesia.

Me cogió de la mano para resguardarme con el paraguas, pues comenzaba a caer una ligera llovizna, y echamos camino adelante. La iglesia estaba cerca. Tenía una puerta chata de estilo románico, y, según decía el señor arcipreste, era fundación de la reina doña Urraca. Entramos. Yo quedé solo en el presbiterio, y el señor arzobispo pasó a la sacristía hablando con el monago, recomendándole que lo tuviese todo dispuesto para la misa del gallo. Poco después volvíamos a salir. Ya no llovía, y el pálido creciente de la luna comenzaba a lucir en el cielo triste e invernal. El camino estaba oscuro, era un camino de herradura, pedregoso y con grandes charcos. De largo en largo hallábamos algún rapaz aldeano que dejaba beber pacíficamente a la yunta cansada de sus bueyes. Los pastores que volvían del monte trayendo los rebaños por delante, se detenían en las revueltas y arreaban a un lado sus ovejas para dejarnos paso. Todos saludaban cristianamente:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea!

—Vaya muy dichoso el señor arcipreste y la su compaña.

—¡Amén!

Cuando llegamos a la rectoral era noche cerrada. Micaela, la sobrina del señor arcipreste, trajinaba disponiendo la cena. Nos sentamos en la cocina al amor de la lumbre: Micaela me miró sonriendo:

—¿Hoy no hay estudio, verdad?

—Hoy, no.

—¡Arrenegados latines, verdad?

—¡Verdad!

El señor arcipreste nos interrumpió severamente:

—No sabéis que el latín es la lengua de la Iglesia…

Y cuando ya cobraba aliento el señor arcipreste para edificarnos con una larga plática llena de ciencia teológica, sonaron bajo la ventana alegres conchas y bulliciosos panderos. Una voz cantó en las tinieblas de la noche:

s aquí venimos,
aquí llegamos,
os dan licencia
aquí cantamos!

El señor arcipreste les franqueó por sí mismo la puerta, y un corro de zagales invadió aquella cocina siempre hospitalaria. Venían de una aldea lejana; al son de los panderos cantaron:

ade ven baixo,
ade pasiño,
que non desperte
oso meniño,
oso meniño,
oso Jesús,
durme nas pallas
verce e sen luz[88].

Callaron un momento, y entre el júbilo de las conchas y de los panderos volvieron a cantar:

on fora porque teño
cara de aldeán,
alle catro biquiños
sa cara de mazán.
nos de aquí par'a aldea

xa vimos de ruar,
Jesús a dormir
démolo espertar[89].

Tras haber cantado, bebieron largamente de aquel vino agrio, fresco y sano que el señor arcipreste cosechaba, y refocilados y calientes, fuéronse haciendo sonar las conchas y los panderos. Aún oíamos el chocleo de sus madreñas en las escaleras del patín, cuando una voz entonó:

a casa é de pedra
año ergueuna axiña,
a que durmisen xuntos
cipreste e sua sobriña[90].

Al oír la copla, el señor arcipreste frunció el ceño. Micaela enderezose colérica, y abandonando el perol donde hervía la clásica compota de manzanas, corrió a la ventana dando voces:

—¡Mal hablados!… ¡Mal enseñados!… ¡Así vos salgan al camino lobos rabiosos!

El señor arcipreste, sin desplegar los labios, se paseaba picando un cigarro con la uña y restregando el polvo entre las palmas. Al terminar, llegose al fuego y retiró un tizón, que le sirvió de candela. Entonces fijó en mis sus ojos enfoscados bajo las cejas canas y crecidas. Yo temblé. El señor arcipreste me dijo:

—¿Qué haces? Anda a buscar el Nebrija.

Salí suspirando. Así terminó mi Nochebuena en casa del señor arcipreste de Céltigos, Q. S. G. H.[91]

La fiesta de Navidad de Reginald

Saki

(1904)

Traducción

Marta Salís

Hector Hugh Munro (1870-1916), más conocido por el seudónimo **Saki**, nació en Akyab, Birmania, antigua colonia británica y actual Myanmar, en 1870. Tras la muerte de su madre, cuando apenas tenía dos años, fue enviado con sus hermanos a casa de su abuela en North Devon (Inglaterra), donde se crió al cuidado de dos tías solteronas, ignorantes y crueles, que dejaron una profunda huella en su carácter y le hicieron aborrecer el mundo de los adultos. La tradición familiar le empujó a alistarse en la policía militar de Birmania, pero un ataque de malaria le obligó a volver a Inglaterra, donde empezó a escribir artículos de prensa. Fue corresponsal del *Morning Post* en los Balcanes, Rusia, Polonia y Francia. Macabro, ácido y divertido, Saki cultivó la sátira social. Entre sus obras destacan los volúmenes de cuentos, ejemplos de brevedad y eficacia, *The Chronicles of Clovis* (1912) y *Beasts and Super-Beasts* (1914). Discípulo de Oscar Wilde, Lewis Carroll y Rudyard Kipling, tendría gran influencia sobre P. G. Wodehouse. Su estilo se ha comparado con frecuencia con el de O. Henry y Dorothy Parker. Al estallar la Primera Guerra Mundial se alistó como voluntario en la Compañía de Fusileros Reales y murió en combate cerca de Beaumont-Hamel (Francia), en 1916.

«La fiesta de Navidad de Reginald» («Reginald’s Christmas Revel») es uno de los relatos de *Reginald*, volumen publicado en 1904 (Methuen & Co., Londres). Totalmente secularizada, la Navidad ya es aquí nada más que un obligado compromiso social, ocasión ideal para la sátira de costumbres.

Dicen (decía Reginald) que no hay nada más triste que la victoria salvo la derrota. Si alguna vez has pasado unas fiestas supuestamente felices con gente aburrida, quizá puedas considerar ese dicho. Nunca olvidaré las navidades que pasé en casa de los Babwold. La señora Babwold es pariente lejana de mi padre —una de esas señoras que acabas llamando prima—, y eso se consideró motivo suficiente para que yo tuviera que aceptar su invitación, más o menos la sexta vez que la hizo; aunque eso de que los hijos deban pagar los pecados de los padres… Espera, no encontrarás papel en ese cajón; ahí guardo viejos menús y programas de estreno.

La señora Babwold tiene una personalidad bastante solemne, y nadie la ha visto sonreír, ni siquiera cuando dice cosas desagradables a sus amigas o escribe la lista de la compra. Disfruta de sus placeres tristemente. Un elefante en un durbar imperial[92] produce una impresión muy parecida. Su marido se dedica a la jardinería, aunque caigan chuzos de punta. Cuando un hombre sale de casa mientras diluvia para quitar orugas de los rosales, suelo pensar que su vida hogareña deja algo que desear; en cualquier caso, tiene que ser muy molesto para las orugas.

Por supuesto, había más invitados. Había un tal comandante no sé cuántos que había cazado animales en Laponia, o algún lugar por el estilo; he olvidado qué eran, pero no por falta de recordatorio. Nos los servían fríos en casi todas las comidas, y él no dejaba de darnos detalles sobre lo que medían de un extremo al otro, como si creyera que íbamos a hacer con ellos ropa interior para el invierno. Yo lo escuchaba siempre con un embeleso que creía que me sentaba bien, y un día mencioné con la mayor modestia las dimensiones de un okapi que había cazado en las marismas de Lincolnshire. El comandante se puso de un hermoso color púrpura (recuerdo que en ese instante me dieron ganas de pintar el cuarto de baño de ese color), y creo que fue entonces cuando se dio cuenta de que yo no le gustaba. La señora Babwold adoptó su expresión de primeros auxilios a un accidentado, y le preguntó por qué no publicaba un libro de sus recuerdos cinegéticos; sería *tan* interesante. No recordó hasta más tarde que él ya le había regalado dos gruesos volúmenes sobre el tema, con su retrato y su autógrafo a modo de frontispicio y un apéndice sobre las costumbres del mejillón ártico.

Por la noche era cuando dejábamos de lado las preocupaciones y pasatiempos del día y vivíamos de verdad. Las cartas se consideraban demasiado frívolas y un modo poco instructivo de pasar el tiempo, así que casi siempre jugábamos a lo que llamaban el juego del libro. Te ibas a la gran sala, me figuro que en busca de inspiración, y luego volvías a entrar con una bufanda alrededor del cuello y pinta de bobo, y se suponía que los demás tenían que adivinar que eras Wee MacGreegor[93]. Me resistí a semejante estupidez mientras no fue una descortesía, pero finalmente, en

un momento de generosidad, consentí en disfrazarme de libro, aunque les advertí de que tardaría un rato. Esperaron casi cuarenta minutos, mientras yo jugaba a los bolos con unas copas de vino en compañía del chico de los recados; se juega con el corcho del champán, y gana el que tira más copas sin romperlas. Fui el ganador, cuatro de siete quedaron intactas; creo que William se puso demasiado nervioso. En el salón estaban bastante irritados por mi tardanza, y no parecieron calmarse cuando les expliqué que estaba «al final del pasillo[94]».

—Nunca me ha gustado Kipling —fue el comentario de la señora Babwold, cuando cayó en la cuenta del título—. No vi nada ingenioso en *Las lombrices de la Toscana*… ¿o ese libro es de Darwin?

Es cierto que estos juegos son muy educativos, pero, personalmente, prefiero el bridge.

Se supone que teníamos que celebrar la Navidad siguiendo la vieja tradición inglesa. La gran sala estaba llena de corrientes de aire, pero parecía el lugar idóneo para el festejo, y estaba decorada con abanicos japoneses y farolillos chinos, lo que le daba un aire inglés muy antiguo. Una joven de voz susurrante nos deleitó con un largo recitado sobre una niña que moría o hacia algo igual de trillado, y después el comandante nos hizo una descripción muy vívida de su lucha con un oso herido. En mi fuero interno deseé que los osos ganaran a veces en tales ocasiones; al menos ellos no irían luego pavoneándose por ahí. Antes de que pudiéramos recuperarnos, se nos obsequió con la lectura del pensamiento de un joven del que uno sabía por intuición que tenía una buena madre y un sastre mediocre; el tipo de joven que habla sin parar mientras come puré, y se alisa el pelo con recelo, como si éste fuera a devolverle el golpe. La lectura del pensamiento fue todo un éxito; él anunció que la poesía ocupaba el pensamiento de nuestra anfitriona, y ella reconoció que tenía en mente una de las odas de Austin[95]. Algo que no era ningún disparate. Imagino que en realidad daba vueltas a si un pescuezo de cordero y un poco de pudín de pasas frío bastarían para la cena del servicio al día siguiente. El colmo del desenfreno fue sentarse a jugar al halma[96] progresivo, con chocolate con leche para los ganadores. Me han educado con esmero, y no me gustan los juegos de ingenio que se premian con chocolate con leche, así que me inventé un dolor de cabeza y me retiré al dormitorio. Unos minutos antes me había precedido la señorita Langshan-Smith, una dama de lo más imponente, que siempre se levantaba a una hora intempestiva de la madrugada y daba la impresión de haber hablado con casi todos los gobiernos europeos antes del desayuno. En su puerta había pegado un papel con la petición firmada de que al día siguiente la despertaran a una hora especialmente temprana. Una oportunidad así no vuelve a presentarse en la vida. Tapé todo menos la firma con otra nota en la que escribí que, cuando leyeran esas palabras, ella habría puesto fin a una vida desperdiciada; y que pedía disculpas por las molestias que causaba, amén de expresar su deseo de un funeral militar. Instantes después reventé una bolsa de papel inflada y di un gemido teatral que habría podido oírse en el sótano. Luego seguí con mi

intención inicial y me fui a la cama. El ruido que armó aquella gente al forzar la puerta de la buena mujer fue verdaderamente indecoroso; ella se resistió con heroicidad, pero creo que la estuvieron registrando en busca de balas casi un cuarto de hora, como si se tratara de un campo de batalla histórico.

Detesto viajar el 26 de diciembre[97], pero de vez en cuando uno tiene que hacer cosas que le desagradan.

Las Estrellas Voladoras

G. K. Chesterton

(1911)

Traducción

Celia Filipetto

Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) nació en Londres en el seno de una familia de clase media. Estudió dibujo y pintura en la Slade School of Art, y trabajó en diferentes periódicos, incluso como editor de literatura espiritista y teosofía. Aunque en su juventud fue agnóstico militante, con los años se fue acercando al cristianismo y volvió a la religión de su infancia, el anglicanismo. Su conversión final al catolicismo causaría un gran revuelo. Cultivó con igual fortuna la poesía, el teatro, la biografía y la novela. Su mayor éxito lo alcanzó con una serie de relatos policíacos protagonizados por el padre Brown, un cura católico y miope, de aspecto desastrado y gran ingenuidad, que —gracias a su intuición y a su conocimiento de la naturaleza humana— resuelve los casos más atroces e inexplicables. Murió en su casa de Beaconsfield (Buckinghamshire) a los sesenta y dos años.

«Las Estrellas Voladoras» («The Flying Stars») apareció por primera vez en *The Saturday Evening Post*, el 20 de mayo de 1911. Más tarde sería uno de los doce relatos incluidos en *El candor del padre Brown*, el primer volumen dedicado a este personaje. En él el día de San Esteban es ocasión para «un delito navideño, un delito alegre, íntimo, de clase media inglesa, un delito a lo Charles Dickens» que, por mediación del padre Brown, no solo se resuelve sino que transforma benéficamente al criminal.

—El delito más hermoso que cometí —contaba Flambeau en su vejez altamente moral— gracias a una extraña coincidencia fue, además, el último. Lo cometí en Navidad. Como artista siempre había tratado de ofrecer delitos acordes a la temporada o a los paisajes especiales donde me encontraba; elegía para la catástrofe una terraza u otra, un jardín u otro, como si de un grupo de estatuas se tratara. Así, a los señores hay que estafarlos en amplios salones con paneles de roble, mientras que los judíos, por su parte, deberían verse de pronto sin un céntimo entre las luces y los biombos del Cafe Riche. Del mismo modo, en Inglaterra, cuando quería despojar a un deán de sus riquezas (algo no tan sencillo como pueda suponerse), deseaba tenderle la trampa, no sé si me explico, en los verdes prados y las torres grises de alguna ciudad catedralicia. Asimismo, en Francia, cuando le había sacado el dinero a un campesino rico y malvado (algo casi imposible), me complacía desplumar su indignada cabeza contra una hilera gris de álamos podados, en esas solemnes llanuras de Galia sobre las que se cernía el poderoso espíritu de Millet.

»Pues bien, mi último delito fue un delito navideño, un delito alegre, íntimo, de clase media inglesa, un delito a lo Charles Dickens. Lo perpetré en una buena y antigua casa de clase media, cerca de Putney, una casa con una entrada para carruajes en forma de media luna, una casa con un establo a un lado, una casa con el nombre en las dos verjas de acceso, una casa con una araucaria. Suficiente, ya conocéis la especie. En verdad creo que mi imitación del estilo de Dickens fue hábil y literaria. Casi da pena que esa misma noche me arrepintiera.

Flambeau pasaba entonces a contar la historia desde dentro; y así contada, desde dentro, también resultaba extraña. Vista desde fuera era del todo incomprensible, y es desde fuera como han de analizarla los extraños. Desde este punto de vista puede decirse que el drama empezó la tarde del día de San Esteban, cuando las puertas principales de la casa con el establo se abrieron al jardín con la araucaria y salió una muchacha a echar pan a los pájaros. Tenía una cara bonita y unos audaces ojos castaños; su apariencia, sin embargo, desafiaba toda conjetura, pues iba tan envuelta en pieles marrones que era difícil distinguir las pieles del cabello. No obstante, a juzgar por su cara atractiva, podría haber sido un osito dando sus primeros pasos.

La tarde invernal enrojecía hacia el crepúsculo, y una luz de rubí se extendía sobre los arriates sin flores, llenándolos, por así decirlo, con los fantasmas de las rosas muertas. A un lado de la casa, el establo; al otro, una senda entre muros de laureles llevaba al jardín más grande de atrás. Después de repartir el pan entre los pájaros (por cuarta o quinta vez aquel día, porque el perro siempre llegaba antes), la joven señorita recorrió discretamente el camino de laureles y llegó hasta las relucientes plantas perennes que había detrás. Una vez ahí lanzó una exclamación de

asombro, genuina o protocolaria, y, levantando la vista, en lo alto del muro, sentada a horcajadas, vio una fantástica figura.

—¡No salte usted, señor Crook! —gritó, alarmada—. ¡Está demasiado alto!

El individuo que cabalgaba el muro medianero cual caballo aéreo era un joven alto y anguloso, el cabello oscuro erizado como cerdas de cepillo, facciones inteligentes y hasta distinguidas, pero de tez cetrina, casi exótica. Todo esto saltaba aún más a la vista porque llevaba una corbata de un rojo agresivo, única prenda de su atuendo a la que parecía haber prestado atención. Tal vez fuera un símbolo. Hizo caso omiso de la súplica alarmada de la niña, y, arriesgándose a romperse las piernas, brincó como un saltamontes y cayó al suelo al lado de ella.

—Mi destino era ser ladrón —dijo apaciblemente—, y lo habría sido, estoy seguro, de no haber nacido en esa bonita casa de ahí al lado. De todas formas, no veo nada malo en ello.

—¿Cómo se le ocurre decir estas cosas? —le reprochó ella.

—Verá —dijo el joven—, si se nace en el lado errado del muro, no veo nada de malo en saltarlo.

—Nunca sé qué va a decir o hacer —dijo ella.

—A menudo yo tampoco —respondió el señor Crook—, aunque ahora estoy en el lado bueno del muro.

—Y ¿cuál es el lado bueno del muro? —preguntó la joven señorita sonriendo.

—Donde se encuentre usted —contestó el joven llamado Crook.

Mientras recorrían juntos la senda de los laureles hacia el jardín del frente sonaron tres bocinazos cada vez más cercanos y un automóvil de raudo ritmo, gran elegancia y color verde claro llegó veloz como un pájaro hasta la entrada principal y se detuvo zumbando.

—¡Hola, hola! —saludó el joven de la corbata roja—, aquí llega alguien nacido, en cualquier caso, del lado bueno del muro. No sabía, señorita Adams, que su Papá Noel fuera tan moderno.

—Ah, ése es mi padrino, sir Leopold Fischer. Suele venir por San Esteban.

Tras una ingenua pausa que, inconscientemente, delató cierta falta de entusiasmo, Ruby Adams añadió:

—Es muy amable.

El periodista John Crook había oído hablar de aquel eminente potentado de la ciudad; y no tenía la culpa si el potentado de la ciudad no había oído hablar de él, pues en algunos artículos aparecidos en *The Clarion* o *The New Age* sir Leopold había recibido un trato austero. Pero no dijo nada y observó ceñudo cómo descargaban el automóvil, proceso bastante largo. Un chófer de verde, pulcro y corpulento, se apeó de la parte delantera, y un sirviente de gris, pulcro y menudo, se apeó de la parte trasera, y entre los dos depositaron a sir Leopold delante de la puerta y empezaron a desembalarlo como si fuese un paquete cuidadosamente envuelto. Mantas para surtir un bazar, pieles de todos los animales del bosque, y bufandas de

todos los colores del arcoíris fueron desenrolladas de una en una hasta revelar algo semejante a una forma humana; la forma de un anciano caballero, cordial pero de aspecto extranjero, con una perilla gris y una sonrisa radiante, que restregaba sus enormes guantes de piel.

Mucho antes de que la revelación quedara completa, la amplia doble puerta del porche se había abierto de par en par y el coronel Adams (padre de la joven señorita de las pieles) había salido en persona a recibir a su eminente huésped y lo invitaba a entrar. Hombre alto, bronceado, y muy silencioso, lucía un gorro de fumador semejante a un fez, que le daba una apariencia de sirdar inglés o de bajá de Egipto. Con él iba su cuñado, recién llegado de Canadá, joven caballero y hacendado, grande y bullicioso, de rubia barba, que respondía al nombre de James Blount. Con él iba también la figura más insignificante de un cura católico de la parroquia vecina; la difunta esposa del coronel había sido católica, y los niños, como es costumbre en esos casos, habían sido educados en la fe de la madre. Todo en aquel cura parecía corriente, incluido el apellido, Brown; sin embargo, el coronel siempre había visto en él algo amigable, y, con frecuencia, lo invitaba a esas reuniones familiares.

El amplio vestíbulo de la casa disponía de espacio suficiente para dar cabida a sir Leopold y la operación de quitarle sus envoltorios. De hecho, el porche y el vestíbulo eran desproporcionadamente grandes en comparación con la casa y formaban, por así decirlo, una gran sala con la puerta principal en un extremo, y el pie de las escaleras, en el otro. Enfrente del amplio hogar del vestíbulo, encima del que colgaba la espada del coronel, se completó la operación y el grupo, con el taciturno Crook incluido, se presentó ante sir Leopold Fischer. El venerable financiero, sin embargo, daba la impresión de seguir peleándose con algunas partes de su bien acolchado atuendo, y, al fin, de un bolsillo muy interior del frac, sacó un negro estuche ovalado y explicó alegremente que se trataba del regalo de Navidad para su ahijada. Con una espontánea vanagloria que tenía algo de desarmante, enseñó el estuche para que todos lo vieran; el estuche se abrió con un leve toque y a punto estuvo de cegarlos. Fue como si el chorro de una fuente cristalina les hubiera dado en los ojos. En un nido de terciopelo naranja yacían, como tres huevos, tres diamantes blancos y brillantes que, con su fuego parecían encender el aire que los envolvía. Fischer sonrió con benevolencia y se impregnó de la estupefacción y el embeleso de la muchacha, de la sombría admiración y el brusco agradecimiento del coronel, del asombro de todo el grupo.

—Los guardaré, querida —dijo Fischer, y el estuche desapareció entre los faldones de su frac—. Cuánto he tenido que cuidarlos al venir hacia aquí. Se trata de los tres grandes diamantes africanos llamados las Estrellas Voladoras, por la de veces que han sido robados. Los más grandes delincuentes van en su busca, aunque incluso los matones que merodean por calles y hoteles no pueden resistir la tentación de hacerse con ellos. Podría haberlos perdido en el viaje hasta aquí. Algo bastante posible.

—Bastante natural, diría yo —gruñó el hombre de la corbata roja—. Yo no los culparía si se los robaran. Cuando la gente pide pan y no le dan ni una piedra, es posible que se apodere de la piedra.

—No permitiré que diga usted esas cosas —gritó la muchacha, con un extraño rubor—. No hace más que hablar así desde que se convirtió en un horrible como se diga. Ya sabe de qué le hablo. ¿Cómo se llama al que quiere abrazar al deshollinador?

—Santo —dijo el padre Brown.

—Creo —aclaró sir Leopold, con una sonrisa desdeñosa— que lo que Ruby quiere decir es socialista.

—Que un hombre sea radical no significa que coma raíces —observó Crook, con cierta impaciencia—. Y que sea conservador no supone que haga conservas. Y le aseguro que no se llama socialista el hombre que desea pasar una velada en compañía de un deshollinador. Socialista se refiere al hombre que quiere que se deshollinen todas las chimeneas y que al deshollinador le paguen por ello.

—Pero que no permitirá —añadió el cura en voz baja— que uno sea dueño de su propio hollín.

Crook lo miró con interés, incluso con respeto, y preguntó:

—Y ¿hay quien quiera ser dueño del hollín?

—Pues sí —contestó Brown, la especulación reflejada en los ojos—. He oído decir que los jardineros lo usan. Una Navidad, cuando el mago no se presentó, hice felices a seis niños solo con hollín… aplicado por fuera.

—¡Oh, qué bien! —gritó Ruby—. ¡Cómo me gustaría que lo hiciera con nosotros!

James Blount, el canadiense bullicioso, levantaba su vozarrón en una ovación y el asombrado financiero el suyo (en manifiesto gesto de desdén), cuando alguien llamó a la doble puerta de entrada. El cura la abrió, dejando ver otra vez el jardín del frente completo, con sus plantas perennes y su araucaria, que recibía la penumbra sobre el fondo de un crepúsculo violeta. La escena así enmarcada fue tan colorida y encantadora, como el decorado de fondo de una obra teatral, que por un momento se olvidaron de la insignificante figura plantada en la puerta. Venía el hombre cubierto de polvo, con un abrigo raído; se trataba, evidentemente, de un mensajero.

—¿Alguno de ustedes es el señor Blount? —preguntó y, con recelo, tendió una carta.

El señor Blount se sobresaltó y reprimió su respuesta afirmativa. Rasgó el sobre con asombro manifiesto y leyó la carta; se le nubló un poco el semblante, luego se le iluminó y se dirigió a su cuñado y anfitrión.

—Coronel —dijo con la alegre cortesía típica de las colonias—, siento mucho ser tan pesado, pero ¿le molestaría que un viejo conocido viniera esta noche a verme por unos asuntos de negocios? De hecho se trata de Florian, el famoso acróbata y cómico francés. Lo conocí hace años en el Oeste (es francocanadiense de nacimiento); al parecer, quiere proponerme un negocio, aunque no tengo la menor idea de qué puede ser.

—¡No faltaba más! —contestó el coronel despreocupadamente—. Querido mío, cualquier amigo suyo será bienvenido. No me cabe duda de que será buena compañía.

—Entonces se pintará de negro la cara, ¿no es eso? —comentó Blount, riéndose—. Y no me cabe duda de que nos pondría a todos un ojo negro. A mí me da igual, no soy refinado. Me gusta esa vieja y querida pantomima en la que un hombre se sienta encima de su chistera.

—Con tal de que no sea la mía —dijo sir Leopold Fischer, muy digno.

—De acuerdo, de acuerdo, no discutamos —dijo Crook con gracia—. Hay bromas peores que sentarse encima de una chistera.

La antipatía al joven de la corbata roja, nacida de sus opiniones rapaces y su evidente intimidad con su guapa ahijada, llevaron a Fischer a decir, en su estilo más sarcástico y autoritario:

—Seguro que ha encontrado usted algo mucho peor que sentarse encima de una chistera. Cuénteme, se lo ruego.

—Dejar que una chistera se me siente encima, por ejemplo —respondió el socialista.

—Vamos, vamos —intervino el hacendado canadiense con su bárbara benevolencia—, no estropeemos una agradable velada. Propongo que pensemos en algo para amenizar la noche. Que no sea pintar de negro las caras ni sentarse encima de sombreros, si no quieren, pero algo por el estilo. ¿Por qué no organizamos una de esas viejas y auténticas pantomimas inglesas, con payaso, colombina, y demás? Asistí a una con doce años, cuando me marché de Inglaterra, y desde entonces su recuerdo ha ardido en mi memoria como una hoguera. Regresé a la madre patria el año pasado, y compruebo que se ha perdido esa costumbre. Ahora todo son lacrimógenas comedias de hadas. Quiero un atizador al rojo vivo y un policía convertido en salchichas, y me vienen con princesas moralizando a la luz de la luna, pájaros azules y cosas por el estilo. Barba Azul es más de mi estilo, y me gusta más cuando lo convierten en Pantaleón.

—Estoy completamente a favor de convertir en salchichas a un policía —dijo John Crook—. He aquí una definición del socialismo mucho mejor que las que acaban de darse. Pero seguramente será muy complicado conseguir la vestimenta.

—¡En absoluto! —exclamó Blount, bastante entusiasmado—. Lo más rápido de organizar es una arlequinada, por dos motivos, primero, porque no hay límite para las bromas; y, segundo, porque todos los objetos están en la casa: mesas, toalleros de pie, cestas para la colada, y cosas así.

—Es verdad —reconoció Crook, asintiendo entusiasmado, sin dejar de pasearse—. Pero me temo que me faltará el uniforme de policía. Últimamente no he matado a ninguno.

Blount frunció un momento el ceño, pensativo, se golpeó el muslo y gritó:

—¡No le faltará! Aquí tengo la dirección de Florian. Él conoce a todos los sastres teatrales de Londres. Lo llamaré para que cuando venga nos traiga un uniforme de

policía. —Y de un salto se fue a telefonear.

—¡Ay, padrino, es maravilloso! —exclamó Ruby, casi bailando—. Haré de Colombina y tú de Pantaleón.

Con una especie de solemnidad pagana el millonario, aún tieso, dijo:

—Querida mía, me parece que tendrás que buscar a otro que haga de Pantaleón.

—Si tú me lo pides, haré de Pantaleón —dijo el coronel Adams, después de quitarse el cigarro de la boca, y ésa fue la primera y la última vez que habló.

—Deberíais poner una estatua —sugirió el canadiense al regresar radiante del teléfono—. Todo arreglado. El señor Crook hará de payaso; es periodista y se sabe los chistes más antiguos. Yo haré de Arlequín, el papel no requiere más que piernas largas y saber saltar. Mi amigo Florian me ha dicho que traerá el disfraz de policía y que se cambiará de camino aquí. Podemos actuar en este mismo vestíbulo, con el público sentado en la escalera de enfrente, en filas ascendentes. Esta puerta doble puede hacer de fondo del escenario, abierta o bien cerrada. Cerrada, se verá el interior de un ambiente inglés. Abierta, se verá un jardín iluminado por la luz de la luna. Sea como fuere, contribuirá a la magia.

Y, sacándose del bolsillo una tiza de billar que tenía por casualidad, trazó una línea en el suelo del vestíbulo, a medio camino entre la doble puerta de entrada y la escalera, para marcar las candilejas.

Fue un misterio cómo se consiguió organizar a tiempo semejante astracanada. Pero acometieron la tarea con esa mezcla de temeridad y diligencia que se encuentra en una casa donde hay juventud; y esa noche, en aquella casa había juventud, aunque tal vez no todos hayan aislado las dos caras y los dos corazones en los que ardía. Como suele ocurrir, la inventiva se fue desbocando más y más alimentada por el recato propio de las convenciones burguesas con las cuales debía crear. La Colombina estaba encantadora con una soberbia falda que recordaba extrañamente la gran pantalla de la lámpara del salón. El payaso y Pantaleón se pintaron de blanco con harina de la cocinera, y de rojo con el colorete de alguna otra criada que, como los auténticos benefactores cristianos, quedó en el anonimato. Al Arlequín, ya envuelto en papel de plata de las cajas de cigarros, se le impidió, no sin cierta dificultad, que desmontara la antigua araña victoriana para cubrirse con los cristales resplandecientes. En realidad, habría cumplido sin duda su propósito, de no haber Ruby desempolvado unas viejas joyas de fantasía que se había puesto en una fiesta de disfraces a la que había asistido como Reina de Diamantes. Y era tal el entusiasmo de James Blount, su tío, que estaba perdiendo todo freno, hasta el punto de parecer un colegial. De improviso le colocó una cabeza de burro de papel al padre Brown, que la llevó con paciencia e incluso encontró el modo de mover disimuladamente las orejas. Trató incluso de pegar una cola de burro de papel en los faldones del frac de sir Leopold Fischer. A lo que éste se negó ceñudo.

—Mi tío es la mar de absurdo —le dijo Ruby a Crook, sobre cuyos hombros la muchacha había colocado muy seria una ristra de salchichas—. ¿Por qué estará tan

descontrolado?

—Es el Arlequín de su Colombina —contestó Crook—. Yo no soy más que el payaso que hace las bromas de siempre.

—Ojalá fuera usted Arlequín —dijo ella, y dejó la ristra de salchichas colgando.

Aunque conocía con lujo de detalles cuanto ocurría entre bastidores e incluso había arrancado un aplauso al transformar una almohada en un bebé de pantomima, el padre Brown se fue para el frente y se sentó entre el público con la solemne expectación de un niño que asiste a su primera matiné. Eran pocos los espectadores, parientes, un par de amigos de la zona y los criados; sir Leopold ocupó el asiento delantero: su figura grande y su cuello, aún envuelto en pieles, ocultaban gran parte de la vista al clérigo diminuto que se había sentado detrás, aunque las autoridades artísticas jamás llegaron a establecer si el clérigo se había perdido demasiado. La pantomima fue totalmente caótica aunque no del todo desdeñable; la recorrió una furia de improvisación debida, en su mayor parte, a Crook, el payaso. En general, era un hombre inteligente, pero esa noche lo inspiraba una alocada omnisciencia, una juiciosa insensatez, la que asalta a un joven que, por un instante, ha visto cierta expresión en cierto rostro. Se suponía que debía actuar de payaso, pero en realidad hizo de todo menos eso, de autor (en la medida en que había un autor), de apuntador, de escenógrafo, de tramoyista y, sobre todo, de orquesta. En los súbitos intervalos de la graciosísima representación, se abalanzaba con disfraz completo sobre el piano y, aporreándolo, interpretaba alguna pieza popular absurda y apropiada a la vez.

El punto culminante de esto y de todo lo demás llegó en el momento en que al fondo del escenario se abrió de par en par la doble puerta de entrada, se vio el bonito jardín bajo la luz de la luna, y apareció de forma más destacada el famoso invitado profesional, el gran Florian, disfrazado de policía. La interpretación al piano que del coro policial de la ópera *Los piratas de Penzance* hizo el payaso quedó ahogada por los aplausos atronadores, pues cada gesto del gran cómico era una admirable aunque comedida versión del porte y los gestos de un policía. Arlequín saltó sobre él y lo golpeó en el casco; con un asombro admirablemente simulado, se dio media vuelta hacia el pianista, que tocaba *¿De dónde has sacado ese sombrero?*, y entonces el Arlequín dio otro brinco y le pegó otra vez (el pianista tocó unos cuantos acordes de *Luego nos tomamos otra*). Acto seguido Arlequín corrió a los brazos del policía y se tiró encima de él, en medio de un aplauso ensordecedor. Fue entonces cuando el extraño actor ofreció su famosa interpretación de un muerto, cuya fama aún perdura en todo Putney. Resultaba casi imposible de creer que una persona viva pudiera parecer tan exánime.

El atlético Arlequín lo zarandeó como un saco, lo hizo girar y lo lanzó como si fuese una maza, mientras el piano no dejaba de tocar unas melodías absurdas hasta la exasperación. Cuando, con esfuerzo, Arlequín levantó del suelo al cómico policía, el payaso interpretó *Me levanto después de soñar contigo*. Cuando se lo echó a la espalda atacó *Con mi hatillo al hombro*, y cuando, por último, Arlequín soltó al

policía con un ruido sordo de lo más convincente, el loco del piano se lanzó a interpretar una canción de ritmo tintineante, cuya letra, aún hoy, se cree que decía así: «Envié una carta a mi amada y por el camino se me cayó».

Llegados a esos límites de anarquía mental, al padre Brown le taparon el escenario y no vio nada más, porque el potentado de la ciudad que tenía enfrente se levantó cuan alto era y se hurgó todos los bolsillos con frenesí. Luego se sentó muy nervioso, sin dejar de palparse los bolsillos, y volvió a levantarse. Por un instante resultó francamente probable que, con paso enérgico, se dirigiera hacia las candilejas; a continuación lanzó una mirada feroz al payaso que tocaba el piano; luego salió precipitadamente de la sala sin decir palabra.

El cura observó unos minutos más al Arlequín diletante ejecutar, en torno a su enemigo espléndidamente desmayado, una danza absurda, aunque no por ello carente de elegancia. Con un arte real aunque grosero, Arlequín retrocedió sin dejar de bailar, cruzó la puerta y salió al jardín en calma y bañado por la luz de la luna. El improvisado traje de papel de plata, pegado con engrudo, que había desprendido profusión de destellos bajo las candilejas, resultó cada vez más mágico y plateado a medida que se alejaba danzando bajo el brillo de la luna. El público se fue aproximando con una lluvia de aplausos cuando Brown notó de pronto una palmada en el brazo y oyó que alguien le pedía en voz baja que fuera al estudio del coronel.

Siguió a quien lo había llamado con una incertidumbre creciente que la solemne comicidad de la escena del estudio no disipó. Allí se encontró al coronel Adams: seguía disfrazado de Pantaleón, mientras la barba de ballena rematada en una bolita que llevaba en la cabeza se balanceaba sobre su frente, pero la mirada de sus viejos ojos era tan triste que habría bastado para aguar una saturnal. Apoyado en la repisa de la chimenea, sir Leopold Fischer se agitaba con toda la gravedad del pánico.

—Es un asunto muy desagradable, padre Brown —dijo Adams—. El caso es que los diamantes que todos hemos visto esta tarde parecen haber desaparecido del bolsillo del frac de mi amigo. Y como usted…

—Como yo —añadió el padre Brown con una amplia sonrisa— estaba sentado justo detrás de él…

—A nadie se le ocurriría sugerir semejante cosa —dijo el coronel Adams, con una mirada decidida a Fischer que más bien sugería que a alguien se le había ocurrido sugerir algo parecido—. Solo le pido que me preste la ayuda que cualquier caballero prestaría.

—Y consiste en que se vacíe los bolsillos —dijo el padre Brown y, al hacerlo, aparecieron siete chelines y seis peniques, un billete de ida y vuelta, un pequeño crucifijo de plata, un breviario y una barrita de chocolate.

El coronel se lo quedó mirando y luego dijo:

—En realidad, más que lo que tiene en los bolsillos, me gustaría ver lo que tiene en la cabeza. Mi hija es de los suyos, lo sé; verá, últimamente ha… —y no terminó la frase.

—Últimamente —gritó el viejo Fischer— ha abierto la casa de su padre a un socialista salvaje que proclama en público que le robaría lo que fuera a un hombre más rico. Es el colmo. Aquí tiene al hombre más rico… que ya no lo es tanto.

—Si quiere lo que tengo en la cabeza, es suyo —dijo Brown un tanto cansado—. Ya dirá luego en cuánto lo estima. Pero lo primero que descubro en ese bolsillo en desuso es que los hombres que roban diamantes no hablan de socialismo. Sino que es más probable —añadió con recato— que lo denuncien.

Los otros dos se agitaron de pronto y el cura prosiguió:

—Verán, conocemos más o menos a esta gente. Ese socialista sería tan capaz de robar un diamante como de robar una pirámide. Debemos considerar de inmediato a ese otro que no conocemos. El hombre que encarnaba al policía, Florian. Me gustaría saber dónde andará exactamente en este momento.

Pantaleón se levantó de un salto y salió del estudio hecho una furia. Siguió un interludio durante el cual el millonario estuvo mirando al cura, y el cura, su breviario; regresó entonces Pantaleón y, con gravedad entrecortada, dijo:

—El policía sigue tumbado en el escenario. El telón ha subido y bajado media docena de veces y sigue ahí tumbado.

El padre Brown dejó su libro y se quedó en blanco, la mirada perdida en plena confusión mental. Poco a poco una luz comenzó a brillar en sus ojos grises y a continuación hizo una pregunta un tanto inoportuna.

—Discúlpeme, coronel, pero ¿cuánto hace que murió su esposa?

—¡Mi esposa! —exclamó el militar con sorpresa—. Murió hace un año y dos meses. Su hermano James no alcanzó a verla, pues llegó una semana más tarde.

El curita saltaba como un conejo tras recibir una perdigonada.

—¡Vamos! —gritó, presa de un entusiasmo inusitado—. ¡Vamos! ¡Hay que ir a ver a ese policía!

Se precipitaron hacia el escenario con el telón bajado, se abrieron paso bruscamente entre Colombina y el payaso (que, al parecer, cuchicheaban muy satisfechos), y el padre Brown se agachó al lado del cómico policía postrado.

—Cloroformo —dijo levantándose—, acabo de darme cuenta.

Siguió un silencio asombrado tras el cual el coronel dijo con calma:

—Haga el favor de explicarnos seriamente qué significa todo esto.

El padre Brown soltó de pronto una sonora carcajada que contuvo enseguida, y durante el resto de su explicación solo hubo de reprimirla por unos instantes.

—Señores —dijo con un hilo de voz—, no disponemos de mucho tiempo para hablar. Debo perseguir al delincuente. Pero este gran actor francés que interpretó al policía, este astuto cadáver con el que Arlequín bailó zarandeándolo de aquí para allá, era… —Se quedó otra vez sin voz, se dio media vuelta y echó a correr.

—¿Qué era? —gritó Fischer, inquisitivo.

—Un policía de verdad —contestó el padre Brown y, sin dejar de correr, se perdió en la oscuridad.

Había huecos y enramadas en el fondo de aquel jardín frondoso en el que los laureles y otros arbustos inmortales exhibían contra el cielo azul zafiro y la luna plateada, incluso en pleno invierno, unos colores cálidos como del sur. El verde colorido de los laureles ondulantes, el intenso añil violáceo de la noche, la luna cual monstruoso cristal, ofrecen un cuadro de un romanticismo casi irresponsable; y entre las ramas más altas de los árboles del jardín trepa una silueta, que poco tiene de romántico y mucho de imposible. Brilla de la cabeza a los pies, como vestido con diez millones de lunas; la luna real lo ilumina a cada instante y prende fuego a otro centímetro más de su cuerpo. Pero se columpia, brillando victorioso, del árbol bajo de este jardín al árbol alto y trepador del otro, y se detiene ahí solo porque una sombra ha pasado debajo del árbol más pequeño y, sin lugar a dudas, le ha gritado.

—Vaya, Flambeau —dice la voz—, en verdad parece usted una estrella voladora, aunque ya se sabe que siempre acaban cayendo.

Allá en lo alto, la brillante figura plateada parece inclinarse hacia delante entre las ramas de laurel y, segura de la huida, escucha a la figura de allá abajo.

—Nunca había estado usted tan bien, Flambeau. Muy ingenioso de su parte llegar de Canadá (con billete de París, supongo) justo una semana después de la muerte de la señora Adams, cuando nadie tenía ánimos para hacer preguntas. Más ingenioso fue seguirle la pista a las Estrellas Voladoras y apuntar la fecha en que Fischer vendría. Pero no hay ingenio sino puro genio en lo que siguió después. Robar las piedras preciosas para usted, supongo, no era nada. Podría haberlo hecho con uno de sus trucos de magia de cien otras maneras aparte de la farsa de colocarle a Fischer una cola de burro de papel en los faldones del frac. Pero en todo lo demás se ha eclipsado usted a sí mismo.

La figura de plata parece entretenerse entre las verdes hojas, como hipnotizada; aunque la huida sea cosa hecha, se queda mirando al hombre de abajo.

—Ah, sí —dice el hombre de abajo—, lo sé todo. Sé que no solo obligó a que se hiciera la pantomima sino que sacó de ella doble partido. Iba a robar las piedras preciosas sin llamar la atención; se enteró por un cómplice de que se sospechaba de usted y de que un policía competente llegaría esa misma noche siguiendo sus pasos para atraparlo. Un ladrón corriente habría agradecido el aviso y hubiera huido; pero usted es un poeta. Ya tenía la ingeniosa ocurrencia de ocultar las piedras preciosas entre los destellos de unas joyas de utilería. Ahora bien, comprendió que, si el disfraz era el de Arlequín, no desentonaría que un policía apareciera en escena. El honorable agente partió de la comisaría de Putney para venir en su búsqueda y cayó en la trampa más rara jamás ideada. Al abrirse la puerta principal, se encontró en el escenario de una pantomima navideña, donde el Arlequín danzante podía patearlo, apalearlo, dejarlo sin sentido y drogarlo, entre las sonoras carcajadas de los personajes más respetables de Putney. Ah, nunca estará usted mejor que esta noche. Y ahora, por cierto, si no es una molestia, devuélvame esos diamantes.

La rama verde donde se columpiaba la brillante figura crujió como pillada por

sorpresa; pero la voz siguió diciendo:

—Quiero que los devuelva, Flambeau, quiero que deje esta vida. Conserva aún la juventud, el sentido del honor y del humor; no crea usted que con ese oficio van a durarle. Los hombres podrán mantener cierto nivel de bien, pero nunca nadie ha sido capaz de mantenerse en el mismo nivel de mal. Es un camino que lleva cada vez más bajo. El hombre amable bebe y se vuelve cruel; el hombre franco mata y luego miente sobre ello. He conocido a muchos que empezaron como usted con la intención de ser un bandido honrado, un alegre ladrón que roba a los ricos, y acabaron hundidos en el fango. Maurice Blum empezó siendo un anarquista de principios, un paladín de los pobres; terminó siendo un espía rastrero y un soplón utilizado y despreciado por ambos bandos. Harry Burke empezó su movimiento a favor del préstamo gratuito cargado de buenas intenciones; ahora vive a costa de su hermana medio muerta de hambre para pagarse sus innumerables copas de brandy con soda. En un arranque de caballerosidad lord Amber empezó a frecuentar compañías poco recomendables; ahora está pagando chantaje a los buitres más ruines de Londres. El capitán Barillon fue el gran apache caballero antes de que usted naciera; murió en un manicomio, gritando de miedo a los soplones y peristas que lo habían traicionado y le habían dado caza. Ya sé, Flambeau, que el bosque que tiene ahí detrás es una promesa de libertad. También sé que en un abrir y cerrar de ojos podría perderse en él como un mono. Pero llegará el día, Flambeau, en que será usted un mono viejo y gris. Y entonces se encontrará usted libre en su bosque, con el corazón helado, próximo a la muerte, y las copas de los árboles estarán muy desnudas.

Todo siguió en calma, como si el hombrecito de abajo sujetara al otro en el árbol con una larga correa invisible; y siguió diciendo:

—Ya ha iniciado su camino cuesta abajo. Solía usted jactarse de no hacer nada malo, pero esta noche está haciendo usted algo malo. Está sembrando la duda sobre un muchacho honrado que tiene ya mucho en contra; lo está separando de la mujer que ama y que lo ama. Aunque hará usted cosas peores que ésa antes de morir.

Tres diamantes resplandecientes partieron del árbol y cayeron sobre el césped. El hombrecito se agachó a recogerlos y cuando se incorporó y miró otra vez hacia arriba, el pájaro plateado había volado de la jaula verde del árbol.

La devolución de las piedras preciosas (que recogió por casualidad nada menos que el padre Brown) puso fin a la velada con clamoroso júbilo; en el colmo del buen humor, sir Leopold llegó incluso a decirle al cura que, aunque él mismo era un hombre de ideas más amplias, era capaz de respetar a aquellos cuyo credo los obligaba a vivir enclaustrados y ajenos a este mundo.

La estrella blanca

Emilia Pardo Bazán

(1912)

Emilia Pardo Bazán (1851-1921) nació en La Coruña, ciudad que siempre aparece en sus novelas bajo el nombre de Marineda, en el seno de una familia gallega noble y acaudalada. Lectora infatigable desde la infancia, compuso sus primeros versos a los nueve años y publicó su primer cuento, *Un matrimonio del siglo XIX*, a los quince. En 1868 se instaló en Madrid. Después de viajar con su familia por varios países de Europa, entró en contacto con el krausismo a través de Francisco Giner de los Ríos, con quien le uniría una gran amistad. Poco antes de aceptar la dirección de la *Revista de Galicia* en 1880, escribió su primera novela, *Pascual López. Autobiografía de un estudiante de medicina*. En 1881 publicó *Un viaje de novios*, cuyo prólogo es fundamental para comprender lo que significa el naturalismo en su obra, y en 1882 *La tribuna*, novela de tema político-social. Su obra más reconocida es *Los pazos de Ulloa* (1886), un duro retrato del mundo rural gallego muy alejado de la visión idílica que ofrecía Pereda. Además de novelas y cuentos, escribió estudios literarios, libros de viajes, obras dramáticas, composiciones poéticas y más de mil quinientos artículos. Mujer fuerte e independiente, excepcional en la España de su época, tuvo que esperar hasta 1916 para ser nombrada catedrática de Literaturas Neolatinas, venciendo la oposición de los profesores de la Universidad Central de Madrid. No logró, sin embargo, ser admitida en la Real Academia Española.

«La estrella blanca» se publicó por primera vez en *La Esfera* el 3 de enero de 1912. En un país de profunda tradición católica como la España decimonónica, no es de extrañar que doña Emilia, colaboradora asidua de bastantes publicaciones periódicas, dedicara ocho cuentos a los Reyes Magos, en los que nos ofrece una visión muy personal y peculiar de estos misteriosos personajes.

De los tres Reyes de Oriente, llamados Magos, el más sabidor era el viejo Baltasar. En su palacio, de altas techumbres sostenidas con vigas de cedro, rodeado de fuertes muros de granito, y que guardaba escogida tropa, compuesta de mozos de las más nobles familias, había construido una especie de observatorio, una torre redonda, donde se encerraba, para consultar despacio las constelaciones y cubrir de enigmáticas rayas y letras de un desconocido alfabeto los pergaminos que le traían en abundancia, bien flexibles y curtidos, en lindos rollos, y las tablillas plaqueadas de cera que, surcadas por el estilete, iban alineándose alrededor de la cámara, en estantes de maderas preciosas.

El anciano rey no estaba engreído de su ciencia. En aquellos azules espacios que escrutaban sus ojos ansiaba adivinar leyes misteriosas, no sospechadas armonías de la creación; pero no lo conseguía. El ansia de conocer, de rasgar los velos en que envuelve sus operaciones la potencia creadora, le absorbía tanto, que descuidaba su reino. Un sobrino, ambicioso y activo, iba captándose las simpatías del pueblo y de la nobleza militar, y si no desposeía a su tío, era porque le consideraba entregado a inofensivas manías e incapaz de estorbar en nada.

En cambio, el rey Gaspar, sin ocuparse del cielo, consagraba sus artes mágicas al dominio y conquista de la tierra. Cuando al frente de sus aguerridas tropas entraba en país enemigo, iba prevenido de augurios y horóscopos. Todos creían que Gaspar estaba dotado del don de adivinación y se comunicaba directamente con el poder oculto que concede, al azar de la lucha, la victoria, y le seguían sin miedo, con fanatismo. Al verle, recio y resuelto, en la madurez de su edad, rigiendo su generoso bridón, sonriendo lleno de confianza entre las nubes de dardos y los remolinos de la batalla furiosa, repetían que un encanto le hacía invulnerable. Y, en efecto, jamás fue herido el Mago Rey: haciendo proezas de valor en todos los combates, ni flecha ni piedra logró alcanzarle, ni tajo de espada pudo rasguñar sus vestiduras. Pretendieron los romanos sojuzgar la tierra que Gaspar regía, y fueron rechazadas las veteranas legiones, maltrechas y rotas. Cuando el procónsul que las mandaba refirió al Senado que el rey sabía de magia y no era posible vencerle, se rieron del que venía dominado por supersticiones orientales y daba crédito a consejas ridículas. Y, entretanto, Gaspar, no satisfecho, se consumía en el afán de mayores conquistas, de llegar hasta Roma, de entrar en la ciudad y ponerle fuego y apoderarse del universal poder.

El tercer Mago, Melchor, reinaba sobre los etíopes, pueblo el más antiguo del mundo. Era joven; no pasaría de los veinticinco años, y su corazón y sus sentidos ardían con llamaradas de incendio. A pesar de su negra piel, su cuerpo era una estatua de bronce bruñido, esbelta, musculosa y elegante de formas. Rico en polvo de oro, perlas, plumas de avestruz y gomas olorosas, los trajinantes y caravaneros que le

compraban estas mercancías inestimables solían traerle en cambio esclavas blancas de diversos países. Temblorosas, tristes o resignadas, entraban en el palacio, que les tenía dispuesto Melchor, las hijas del Cáucaso, de perfecta belleza y rasgados ojos; las griegas, diestras en hacer versos y recitarlos al son de la lira; las persas, que huelen a rosa; las gaditanas, que saben de danzas voluptuosas; las fenicias, envueltas en negros velos; las hebreas, de nobles facciones, y hasta las romanas altivas, que no pocas veces se daban la muerte, ahorcándose con un jirón de su túnica, antes que sufrir la esclavitud y el abrazo del bárbaro rey. Melchor quería que sus cautivas estuviesen rodeadas de delicias y lujo. El palacio-serrallo era enorme y lo cercaban jardines y frondas de arbustos y árboles en flor, de hoja perenne, que aromaban el aire. Lagos tranquilos, surcados por embarcaciones diminutas, ofrecían los placeres del baño y del paseo, y en las barquillas remaban, en vez de hombres, simios amaestrados y esclavas de torso rudo, de gruesos labios rientes, forzudas y solícitas. Porque Melchor sufría de un mal cruel: en su apasionamiento, era celoso con rabia y recataba a sus mujeres de toda mirada varonil. Hubiese querido guardarlas dentro de una fortaleza sin que les diese ni el aire, pero la experiencia le había demostrado que, enclaustradas, enfermaban de consunción y morían de fiebre, y optó por rodear de altas tapias una extensión enorme y guardar allí el tesoro que con nadie quería compartir.

En el deleitoso retiro pasaba las tardes y las noches, revistando a sus hermosas, presenciando sus danzas y juegos, oyendo sus cánticos, preguntándoles por sus patrias lejanas y sintiendo un dolor recóndito cuando, al recuerdo, lágrimas involuntarias asomaban a los magníficos ojos de las concubinas.

A veces, Melchor, con dulzura, las interrogaba:

—¿No eres feliz, Dircé? ¿No me quieres, Faustina? ¿Anhelarías otro amor, Guluya?

Y cualquiera que la respuesta fuese, por tiernas que contestasen las caricias a la pregunta, Melchor quedaba triste hasta la muerte. Porque comprendía que su piel oscura, sus cabellos lanosos, no eran gratos, y que las bellas aparentaban una felicidad no sentida. Cada una de ellas había dejado, en su país, un predilecto: un heleno de perfil puro, de musculatura firme, bajo tez dorada; un tribuno militar; un patricio elegante; un pastor de Galilea, de rizos negros; un régulo ibérico que devoraba el espacio sobre un caballo de la Turdetania. Y Melchor, desesperado de borrar la memoria de sus invisibles rivales, acudía a la magia para conseguir el bien, a todos superior, de ser amado. No le bastaba la sumisión mecánica, el consentimiento de aquellos cuerpos seductores; exigía el alma, con rabiosa exigencia, no saciada nunca. Y ensayaba filtros y conjuros, encantaciones y evocaciones, convocando a las hechiceras de Tesalia, que se reúnen a la luz de la luna, a las pitonisas de Israel, practicando ritos sombríos, adoraciones de la serpiente y crueles ceremonias de propiciación del mal. Robaba cabellos, fragmentos de uñas y agua en que se habían lavado sus amadas, y con estos despojos componía bebedizos de amorosa sugestión.

Pero el amor no llegaba; Melchor no lo sentía vibrar en la humilde obediencia de las hermosas. Y salía de sus regazos más sediento, más magullado del alma, más melancólico, y se encerraba, a veces, semanas enteras, sin querer poner los pies en el recinto del serrallo, hasta que, alentando un poco, volvía a su inútil lucha con lo imposible, para recaer en la pena y en el despecho. ¡Una sola que le diese amor! ¡Y a ésa toda su vida!

En una de las crisis de sentimental desesperanza, pensó Melchor que acaso el viejo rey Baltasar, con su sabiduría, pudiese darle un remedio. Y, acompañado de séquito fastuoso, con escolta de camellos cargados de polvo de oro y mirra, emprendió el viaje, llegando en cuatro jornadas a la capital del viejo Mago. En el camino se había encontrado a Gaspar, que, al frente de una escogida hueste, se dirigía también a visitar al anciano rey, para proponerle una alianza. La misma pretensión expuso a Melchor. ¿Por qué no se unían los monarcas de Oriente y caían sobre Roma, que se declaraba señora de las demás naciones y las sometía a vasallaje y tributo? Melchor encontraba acertado el propósito de Gaspar, pero ambos convinieron en remitirse al parecer de Baltasar el Sapientísimo, que leía en los astros, sin duda, el porvenir.

Acogidos por el viejo con afabilidad y honor, reuniéronse a la tarde los tres Magos en la terraza del palacio real, y habiendo comido y bebido hasta saciarse, a la hora en que el sol se ha puesto y el firmamento es como tendido pabellón de terciopelo turquí, tachonado de diamantes y gemas, Baltasar, en tono paternal y benigno, dijo a sus huéspedes y convidados:

—Lo que desea Gaspar es muy conforme a su grande ánimo, a su valor de león; pero un pobre anciano como yo ya no sabe de guerras ni de hazañas. Si queréis, tratad de esa alianza con mi sobrino, que me ayuda a llevar el peso del Estado. Yo, en esta noche señalada, quiero hablaros de algo más importante.

—¿Más importante que expugnar a Roma?

—¿Más importante que el amor?

Estas dos exclamaciones no sorprendieron a Baltasar. Sus ojos de vidente se clavaron en los dos monarcas y sonrió con indulgencia.

—Oídme —pronunció—. Hace largos años que mis pupilas escrutan el espacio y registran los movimientos y giros de los cuerpos celestes. Inútilmente trato de descubrir qué interés tiene para la humanidad esa aglomeración de planetas y soles. ¿No os admira que sean tantos, tan centelleantes, tan remotos, que no se acerquen a nosotros jamás, mirándonos indiferentes desde la inmensidad fría?

Callaron Gaspar y Melchor, y prosiguió el Mago:

—Desde hace algún tiempo, sin embargo, parece que tengo el presentimiento de que el cielo habrá de acercarse a la tierra. Mis cálculos me permiten afirmar que aparecerá una estrella desconocida y esa estrella será la única que tendrá piedad de los humanos. He advertido signos de su aparición. Estamos aquí tres hombres que sufrimos de un ansia infinita. ¿No es cierto? ¿Por qué no había de ser esta misma

noche cuando se presente la estrella bienhechora?

El alto silencio, que parecía venir en ondas mudas del desierto cercano, la solemnidad del momento, impresionaron a los otros dos reyes. Su fantasía se entreabrió, como enorme cáliz de datura cargado de aroma.

Baltasar continuó, alzando sus dos manos abiertas como para orar:

—Los que estamos cerca de la muerte y hemos sido castos toda la vida y hemos permanecido en contacto con las ideas inmateriales, tenemos a veces revelaciones difíciles de explicar. Yo, en mi observatorio, he pensado que el mundo sufre, víctima de la injusticia y del dolor, y tiene que llegar la hora de que el cielo se acuerde de él. No adivino cómo podrá ser salvado el hombre, y, no obstante, creo firmemente que deberá serlo y que esta verdad está escrita en letras de lumbre en el cielo mismo. Si esto se os figura aprensiones de mi cabeza, ya debilitada por los años, no me las quitéis, porque son mi único consuelo, la recompensa de mi existencia, dedicada a lo espiritual.

—Padre mío, Baltasar —exclamó el negro, en quien la fe fue más súbita, y que besaba las manos del sabidor—, creo comprender lo que dices. El mundo está lleno de amargura. Se necesita alguna esperanza, y los que tenemos dolorido el corazón la buscamos como el ciervo las fuentes de agua viva.

—Se necesita —declaró Gaspar más reacio— derrocar a la insolente, a la inicua Roma; libertarnos de su tiranía.

—Hijo Gaspar —imploró el Mago mayor—, cree y verás caer Roma sin necesidad de combates, ni de sangre vertida en ellos. Cree y espera, que se acerca la hora; en verdad te lo digo.

Y Gaspar, a su vez, cayó postrado ante el viejo. Éste alzaba los ojos a la bóveda esplendente, toda acribillada de puntitos de luz. No se oía ni la respiración de los tres Reyes. No corría ni un soplo de aire.

De pronto, entre las luminarias del firmamento, una asomó que antes no era visible. Un astro de luz más blanca que las otras surgía con lentitud, majestuoso, y se acercaba tanto, que semejaba una luna pequeña. Alumbraba la terraza toda y arrastraba en pos de su globo de perla una cola de fulgor, larga, magnífica, desarrollada como el extremo del manto de una reina austral. Y Baltasar, a su vez, dobló la rodilla y lloró de gozo.

—¿La veis? —repetía—. ¿La veis?

Fue Melchor, el fervoroso, quien primero pronunció la frase decisiva:

—¡Sigámosla!

Y la siguieron, ignorando adónde los conducía, seguros de que era a la salvación. Los tres, por el polvoriento y prolijo desierto de arena, caballeros en sus dromedarios, iban felices, olvidado Baltasar de la ciencia; Gaspar, de la gloria; Melchor, de la amorosa locura. Irradiaba en sus ojos algo sobrenatural, y la estrella, precediéndoles siempre, parecía envolverlos en un triunfo perpetuo. Su claridad, de día, eclipsaba a la del sol.

Y, por haberla seguido, ¿no lo sabéis?, los Magos Reyes, de vuelta a sus reinos, fueron santos…

Los muertos

James Joyce

(1914)

Traducción

Marta Salís

James Joyce (1882-1941) nació en Dublín en una familia católica de clase media, y fue el mayor de diez hermanos. Estudió en un colegio de jesuitas y se graduó en Lenguas Modernas en la Universidad de Dublín. Aunque pasó casi toda su vida adulta fuera de Irlanda —vivió en Zúrich, Trieste, Roma, Locarno y París—, su universo literario está fuertemente enraizado en su ciudad natal. «Siempre escribo sobre Dublín —decía— porque, si logro atrapar el corazón de Dublín, conseguiré el de todas las ciudades del mundo. En lo particular se contiene lo universal». El *Ulises* (1922), su novela inspirada en la *Odisea*, le convertiría en uno de los autores más influyentes del siglo XX. También destacan en su producción la colección de cuentos *Dublineses* (1914), la novela *Retrato del artista adolescente* (1916) y el inclasificable *Finnegans Wake* (1939). Su obra completa incluye además tres libros de poesía, una obra de teatro, algunos ensayos y artículos de prensa y una abundante correspondencia. James Joyce murió en Zúrich a los cincuenta y ocho años.

«Los muertos» («The Dead») es el más extenso de los quince relatos que componen *Dublineses*, publicado en junio de 1914 por Grant Richards Ltd. (Londres). Olvidamos a veces que este clásico es un genuino cuento de Navidad.

Lily, la hija del portero, tenía los pies literalmente destrozados. En cuanto llevaba a un caballero al cuartito contiguo al despacho de la planta baja y le ayudaba a quitarse el abrigo, volvía a sonar la estridente campanilla de la entrada y tenía que cruzar corriendo el desnudo vestíbulo para recibir a otro invitado. Por suerte, no tenía que atender también a las damas. La señorita Kate y la señorita Julia habían pensado en eso y habían convertido el baño de arriba en un vestidor de señoras. La señorita Kate y la señorita Julia estaban allí, chismorreando, riéndose y alborotando, acercándose una detrás de otra al rellano de la escalera para asomarse a la barandilla y preguntar a Lily quién había llegado.

El baile anual de las señoritas Morkan era siempre un gran acontecimiento. Asistían todos sus conocidos: familiares, viejos amigos, miembros del coro de Julia, cualquiera de los alumnos de Kate con edad suficiente, e incluso algún alumno de Mary Jane. Ni una sola vez había dejado de estar a la altura. Durante años y años, hasta donde se podía recordar, había sido magnífico; desde que Kate y Julia, al morir su hermano Pat, dejaron la casa de Stoney Batter y se llevaron a Mary Jane, su única sobrina, a vivir con ellas en la casa sombría y desolada de Usher’s Island, cuyo piso superior habían alquilado al señor Fulham, un comerciante de grano que vivía en la planta baja. Hacía de eso unos treinta años como mínimo. Mary Jane, entonces una niñita de falda corta, se había convertido en el principal sostén de la familia, pues era la organista de Haddington Road[98]. Se había formado en la Academia[99] y todos los años daba un concierto a los alumnos en la sala superior del antiguo auditorio. Muchos de sus alumnos eran de las mejores familias de la línea de tranvía de Kingstown y Dalkey. A pesar de su edad, las tías también colaboraban. Julia, aunque peinaba canas, seguía siendo la soprano principal en la iglesia de Adán y Eva, y Kate, demasiado delicada para salir mucho, daba clases de música a principiantes en el viejo piano de mesa del cuarto trasero. Lily, la hija del portero, era su criada. Aunque llevaban una vida sencilla, les gustaba comer bien; todo de primera: el solomillo más tierno, té de a tres chelines y la mejor cerveza negra embotellada. Lily rara vez se equivocaba con sus encargos, así que se llevaba bien con sus tres señoras. Eran exigentes, nada más. Lo único que no tolerarían es que fuera respondona.

Por supuesto, tenían sobrados motivos para ser tan quisquillosas en una noche así. Y encima eran más de las diez y ni Gabriel ni su mujer habían dado señales de vida. Además, les aterrorizaba que Freddy Malins apareciera borracho. Por nada del mundo querían que un alumno de Mary Jane lo viera en ese estado; y, cuando estaba bebido, resultaba a veces muy difícil de manejar. Freddy Malins siempre llegaba tarde, pero ¿qué podría haber retrasado a Gabriel?; por eso se asomaban cada dos por tres a la barandilla para preguntar a Lily si Gabriel o Freddy habían llegado.

—Oh, señor Conroy —dijo Lily cuando le abrió la puerta a Gabriel—. La señorita Kate y la señorita Julia creían que no iba a llegar nunca. Buenas noches, señora Conroy.

—No me extraña —respondió Gabriel—, pero olvidan que mi mujer tarda tres horas interminables en vestirse.

Se quedó en el felpudo, quitándose la nieve de los chanclos, mientras Lily conducía a su mujer al pie de la escalera:

—Señorita Kate, ha llegado la señora Conroy —gritó.

Kate y Julia se apresuraron a bajar la escalera con paso inseguro. Las dos besaron a la mujer de Gabriel, comentaron que tenía que estar muerta de frío y le preguntaron si Gabriel estaba con ella.

—Aquí estoy, tía Kate, ¡tan puntual como el correo[100]! Vamos, subid. Voy enseguida —gritó Gabriel desde la penumbra.

Siguió limpiándose los pies con vigor mientras las tres mujeres subían riendo al vestidor de señoras. Un ligero manto de nieve se extendía como una capa sobre los hombros de su abrigo y como dos punteras en la parte delantera de sus chanclos; y, al desabotonarse entre chasquidos el grueso paño, rígido por la nieve, el aire helado y fragante de la intemperie escapó de todos sus pliegues.

—¿Está nevando otra vez, señor Conroy? —preguntó Lily.

Le había conducido al cuartito contiguo al despacho para ayudarle a quitarse el abrigo. Gabriel sonrió al oírle pronunciar su apellido con tres sílabas, y la miró. Era una muchacha delgada, en pleno crecimiento, con la tez pálida y el cabello color heno. La luz aumentaba su palidez. Gabriel la conocía desde que era niña, cuando se sentaba en el primer peldaño para acunar a su muñeca de trapo.

—Sí, Lily —contestó—, y no creo que pare en toda la noche.

Levantó la mirada al techo, que retumbaba con las pisadas y el arrastrar de pies del piso de arriba, escuchó un momento el piano y miró a la muchacha, que doblaba cuidadosamente su abrigo al fondo de un estante.

—Dime, Lily —dijo con cariño—, ¿sigues yendo a la escuela?

—No, señor —respondió ella—. Ya no volveré más.

—¡Vaya! —exclamó Gabriel alegremente—, entonces supongo que un día de éstos iremos a tu boda.

La muchacha volvió la cabeza para mirarlo y dijo con amargura:

—Los hombres son unos charlatanes, y lo único que quieren es una cosa.

Gabriel se sonrojó, como si hubiera cometido una indiscreción, y, sin levantar la vista, se sacudió los chanclos y restregó enérgicamente sus zapatos de charol con la bufanda.

Era un joven robusto y más bien alto. El color rubicundo de sus mejillas le llegaba hasta la frente, donde se diseminaba en unas pocas manchas sin forma de un rojo apagado; y en su rostro lampiño centelleaban sin descanso las lentes pulidas y la brillante montura dorada de las gafas que protegían sus ojos inquietos y delicados. Su

brillante pelo negro, peinado hacia atrás y con una raya en medio, se doblaba por detrás de las orejas, donde se rizaba ligeramente bajo la marca dejada por el sombrero.

Después de sacar lustre a los zapatos, se puso en pie y se estiró el chaleco para ajustarlo mejor a su cuerpo rollizo. Luego se apresuró a sacar una moneda del bolsillo.

—Lily —dijo, poniéndosela en la mano—, es Navidad, ¿no? Toma… aquí tienes un pequeño…

Se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¡Oh, no, señor! —exclamó la muchacha, siguiéndolo—. De veras, señor, no puedo aceptarlo.

—¡Es Navidad! ¡Es Navidad! —repitió Gabriel, trotando casi hacia la escalera y haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

La muchacha, al ver que ya estaba en la escalera, gritó:

—Está bien, muchas gracias, señor.

Gabriel esperó en la puerta a que terminara el vals, escuchando el roce de las faldas con el suelo y los pies que se arrastraban. Seguía turbado por la respuesta brusca y amarga de la joven. Le había producido una tristeza que trató de disipar arreglándose los puños de la camisa y el lazo de la corbata. Sacó del bolsillo del chaleco un pequeño papel y echó un vistazo al encabezamiento de su discurso. No sabía si leer los versos de Robert Browning, pues temía que estuvieran por encima del nivel de sus oyentes. Sería mejor alguna cita de Shakespeare o de las *Melodías*[101] que pudieran reconocer. El rudo golpeteo de los tacones masculinos y el roce de las suelas le recordaron que no eran tan cultos como él. Solo haría el ridículo si les recitaba poemas que no entendieran. Pensarían que se vanagloriaba de su educación. Saldría tan poco airoso con ellos como con Lily. Había adoptado un tono equivocado. Todo su discurso era un error del principio al fin, un rotundo fracaso.

Sus tías y su mujer salieron en ese momento del vestidor de señoras. Las tías eran dos ancianas menudas que vestían con sencillez. Tía Julia era unos centímetros más alta. Su pelo, peinado hacia atrás por encima de las orejas, era gris; al igual que era gris, con sombras más oscuras, su rostro grande y flácido. Aunque era corpulenta y caminaba erguida, sus ojos inexpresivos y sus labios entreabiertos la hacían parecer una mujer que no supiera dónde estaba ni adónde iba. Tía Kate era más vivaz. Su cara, más saludable que la de su hermana, estaba llena de pliegues y rugosidades, como una manzana roja reseca; y su pelo, trenzado del mismo modo anticuado, no había perdido el color de las castañas maduras.

Las dos besaron cariñosamente a Gabriel. Era su sobrino preferido, hijo de la difunta Ellen, su hermana mayor, que se había casado con T. J. Conroy, de la Autoridad Portuaria.

—Dice Gretta que no regresaréis a Monkstown esta noche, Gabriel —comentó la tía Kate.

—No —respondió él, volviéndose hacia su mujer—, ya tuvimos bastante el año pasado… ¿Te acuerdas, tía Kate, del catarro que cogió Gretta? Las ventanillas del carruaje no dejaron de traquetear en todo el camino, y el viento del oeste empezó a soplar en cuanto pasamos Merrion. ¡Menudo viajecito! Gretta cogió un catarro espantoso.

La tía Kate frunció severamente el ceño y asintió con la cabeza a cada palabra.

—Tienes razón, Gabriel, tienes razón —exclamó—. Todas las precauciones son pocas.

—Aunque Gretta, si la dejáramos —dijo Gabriel—, volvería a casa andando por la nieve.

La señora Conroy se rió.

—No le hagas caso, tía Kate —dijo—. Es un pesado. Se empeña en que Tom se ponga una visera verde por la noche y haga pesas, y obliga a Eva a comerse las gachas. ¡Pobrecilla! ¡No puede ni verlas!… ¿A que no sabéis lo que me obliga a ponerme ahora?

Soltó una carcajada y miró a su marido, cuyos ojos alegres y admirativos recorrían su vestido, su cara y su pelo. Las dos tías se rieron divertidas, pues solían bromear sobre los desvelos de Gabriel.

—¡Chanclos! —exclamó la señora Conroy—. Es lo último. En cuanto el suelo está mojado, tengo que ponerme unos chanclos. Incluso esta noche quería que me los pusiera, pero me he negado. Lo próximo que hará será comprarme una escafandra.

Gabriel rió nerviosamente y se tocó la corbata para darse confianza, mientras la tía Kate se desternillaba de risa. La sonrisa desapareció enseguida del rostro de la tía Julia y sus ojos melancólicos se dirigieron a la cara de su sobrino. Tras unos instantes de silencio, preguntó:

—Y ¿qué son unos chanclos, Gabriel?

—¿Unos chanclos? —exclamó su hermana—. ¡Santo cielo, Julia! ¿No sabes qué son unos chanclos? Te los pones sobre las… sobre las botas, ¿no es así, Gretta?

—Sí —respondió la señora Conroy—. Son de caucho. Ahora tenemos un par cada uno. Gabriel dice que todo el mundo los lleva en el continente.

—Ah, en el continente —murmuró la tía Julia, asintiendo lentamente con la cabeza.

Gabriel frunció el ceño y dijo, como si estuviera un poco enfadado:

—No son ninguna maravilla, pero Gretta los encuentra muy graciosos porque le recuerdan a los *Christy Minstrels*[102].

—Pero dime, Gabriel —dijo la tía Kate, con delicadeza—, te has ocupado del alojamiento, ¿verdad? Gretta nos estaba contando…

—Sí —contestó Gabriel—, he reservado una habitación en el Gresham[103].

—Por supuesto —dijo la tía Kate—, no se me ocurre nada mejor. Y los niños, Gretta, ¿no te preocupan?

—Bueno, solo es una noche —respondió la señora Conroy—. Además, está

Bessie para cuidarlos.

—Por supuesto —repitió la tía Kate—. ¡Qué cómodo tener una chica en la que se puede confiar! Mirad a Lily, no sé qué le ha pasado últimamente. No es la de antes.

Gabriel iba a preguntar algo al respecto, pero su tía se alejó de pronto para observar a su hermana, que bajaba lentamente la escalera asomándose por la barandilla.

—Me gustaría saber —exclamó casi con irritación— dónde va Julia. ¡Julia, Julia! ¿Dónde vas?

Julia, que había bajado media escalera, regresó y les dijo sin inmutarse:

—Ha llegado Freddy.

En ese instante, un aplauso y la floritura final del pianista anunciaron que el vals había terminado. Abrieron la puerta del salón desde dentro, y salieron algunas parejas. La tía Kate, apresuradamente, llevó a Gabriel a un lado y le susurró al oído:

—Anda, sé bueno y baja con disimulo, Gabriel, para ver si está bien; y no dejes que suba si está borracho. Estoy segura de que viene bebido. No me cabe la menor duda.

Gabriel se acercó a la barandilla y aguzó el oído. Oyó a dos personas que hablaban en el cuarto de los abrigos. Reconoció la risa de Freddy Malins. Bajó ruidosamente las escaleras.

—Menos mal que Gabriel está aquí —dijo la tía Kate a la señora Conroy—. Me siento mucho más tranquila cuando está en casa… Julia, la señorita Daly y la señorita Power tomarán algo de beber. Gracias por su hermoso vals, señorita Daly. Ha sido precioso.

Un hombre alto, de rostro marchito, piel morena y rígido bigote entrecano, preguntó al pasar con su pareja:

—¿Podemos tomar algo nosotros también, señorita Morkan?

—Julia —dijo la tía Kate sin la menor ceremonia—, aquí están el señor Browne y la señorita Furlong. Llévatelos con la señorita Daly y la señorita Power.

—Yo me ocuparé de las damas —dijo el señor Browne, frunciendo los labios hasta que el bigote se le erizó y sonriendo con todas sus arrugas—. ¿Sabe, señorita Morkan, que las mujeres me aprecian porque…?

No terminó la frase, pero, al ver que la tía Kate estaba demasiado lejos para oírle, se apresuró a llevar a las tres jóvenes al cuarto trasero. Ahí, en el centro, habían juntado dos mesas cuadradas, sobre las que la tía Julia y el portero estiraban y alisaban un enorme mantel. En el aparador habían colocado fuentes y platos, vasos y manojos de cuchillos, tenedores y cucharas. La parte superior del viejo piano de mesa, cerrado, servía también de estante para viandas y dulces. Junto a un aparador más pequeño en una esquina, dos hombres bebían unos refrescos.

El señor Browne condujo allí a las señoritas que tenía a su cargo y, bromeando, las invitó a tomar un poco del ponche caliente, fuerte y dulce de las damas. Como le dijeron que nunca bebían alcohol, abrió tres botellas de limonada para ellas. Luego

pidió a uno de los jóvenes que se apartara un poco, y, cogiendo la licorera, se sirvió un buen vaso de whisky. Los jóvenes le miraron con respeto mientras probaba un poco.

—Créanme —exclamó, sonriendo—, me lo ha recetado el médico.

Su rostro arrugado lució una sonrisa aún mayor, y las tres jóvenes se rieron como un eco musical de su jocoso comentario, agitando el cuerpo y moviendo nerviosamente los hombros. La más descarada dijo:

—Vamos, señor Browne, estoy segura de que el médico nunca le ha recetado nada parecido.

El señor Browne dio otro sorbo a su whisky y exclamó con voz de falsete:

—Ya saben que soy como la famosa señora Cassidy, que, según tengo entendido, dijo: «Bueno, Mary Grimes, si ves que no bebo, oblígame tú, porque lo necesito».

Su rostro acalorado e inclinado hacia delante con excesiva familiaridad y el acento dublinés de clase baja que había imitado hicieron que las jóvenes, instintivamente, recibieran en silencio sus palabras. La señorita Furlong, una de las alumnas de Mary Jane, preguntó a la señorita Daly cómo se llamaba el bonito vals que acababa de tocar; y el señor Browne, consciente de que no le hacían caso, se volvió rápidamente hacia los dos jóvenes, que sabían apreciarlo mejor.

Una mujer de tez encarnada y vestido violeta irrumpió en la habitación, dando palmadas entusiastas y gritando:

—¡Contradanza! ¡Contradanza!

La tía Kate entró pisándole los talones, gritando:

—¡Dos caballeros y tres damas, Mary Jane!

—Oh, aquí están el señor Bergin y el señor Kerrigan —dijo Mary Jane—. Señor Kerrigan, ¿le parece bien bailar con la señorita Power? Señorita Furlong, ¿puedo emparejarla con el señor Bergin? Así está bien.

—Tres damas, Mary Jane —insistió la tía Kate.

Los dos jóvenes preguntaron a las damas si tenían el placer de acompañarlos, y Mary Jane se volvió hacia la señorita Daly.

—Oh, señorita Daly, es usted tan amable… después de haber tocado los dos últimos bailes, pero nos faltan señoras esta noche.

—No se preocupe, señorita Morkan, de veras.

—Pero tengo una pareja muy agradable para usted, el señor Bartell D’Arcy, el tenor. Le pediré que cante después. Todo Dublín está entusiasmado con él.

—¡Tiene una voz tan preciosa, tan preciosa! —exclamó la tía Kate.

Como el piano empezó por segunda vez el preludio de la primera figura, Mary Jane salió rápidamente con los bailarines reclutados. Nada más marcharse, apareció la tía Julia mirando hacia atrás.

—¿Qué pasa, Julia? —preguntó la tía Kate, inquieta—. ¿Quién es?

Julia, que llevaba un montón de servilletas, se volvió a su hermana y dijo, sencillamente, como si la pregunta le sorprendiera:

—No es más que Freddy, Kate, y Gabriel está con él.

De hecho, justo detrás de ella se podía ver a Gabriel guiando a Freddy Malins a través del descansillo. Este último, un joven de unos cuarenta años, tenía la estatura y corpulencia de Gabriel, y la espalda muy encorvada. Su rostro era mofletudo y pálido, con algo de color únicamente en los gruesos lóbulos de las orejas y en las anchas aletas nasales. Tenía facciones toscas, nariz roma, una frente grande y abombada, y unos labios prominentes y carnosos. Con sus ojos de párpados hinchados y sus cuatro pelos despeinados parecía tener cara de sueño. Se reía a carcajadas de lo que le había contado a Gabriel en la escalera, al tiempo que se frotaba el ojo izquierdo con los nudillos del puño izquierdo.

—Buenas noches, Freddy —dijo la tía Julia.

Freddy Malins dio las buenas noches a las señoritas Morkan en un tono que, debido a su voz entrecortada, pareció descortés; y, advirtiendo que el señor Browne le sonreía desde el aparador, cruzó la habitación con paso más bien vacilante y empezó a repetir en voz baja lo que acababa de contar a Gabriel.

—No está tan mal, ¿verdad? —comentó la tía Kate a Gabriel.

—¡Qué va…! Apenas se le nota.

—¡Qué muchacho tan terrible! —exclamó ella—. Y la víspera de Año Nuevo prometió a su pobre madre que no bebería. Pero vamos al salón, Gabriel.

Antes de salir del cuarto con su sobrino, la tía Kate puso sobre aviso al señor Browne frunciendo el ceño y moviendo el dedo índice. El señor Browne asintió con la cabeza y, cuando ella se fue, le dijo a Freddy Malins:

—Y ahora, Teddy, te serviré un buen vaso de limonada para que te recuperes.

Freddy Malins, que se acercaba al punto culminante de su historia, rechazó el ofrecimiento con impaciencia, pero el señor Browne, dirigiendo la atención de Freddy Malins al desarreglo de su atuendo, llenó un vaso de limonada y se lo pasó. La mano izquierda de Freddy Malins cogió el vaso maquinalmente, mientras la mano derecha recomponía sin darse cuenta su vestimenta. El señor Browne, con la cara arrugada de nuevo por el regocijo, se sirvió un vaso de whisky mientras Freddy Malins, sin haber llegado al clímax de su historia, estallaba en carcajadas estridentes y bronquíticas; y, dejando el vaso rebosante en la mesa, empezó a frotarse el ojo izquierdo con los nudillos del puño izquierdo mientras repetía la última frase lo más claro posible en medio de su ataque de risa.

Gabriel no soportaba la pieza académica que estaba tocando Mary Jane, llena de pasajes rápidos y dificultosos. Le gustaba la música, pero aquella pieza carecía de melodía para él y dudaba que la tuviera para los demás invitados, aunque hubieran pedido a Mary Jane que tocara algo. Cuatro jóvenes que habían salido de la habitación trasera para escuchar el piano desde la puerta se alejaron silenciosamente de dos en dos a los pocos minutos. Las únicas que parecían seguir la música eran la propia Mary Jane —cuyas manos se deslizaban veloces por el teclado o se alzaban en las pausas sobre él como las de una sacerdotisa que soltara una maldición— y la tía

Kate, de pie a su lado para pasar las páginas.

Los ojos de Gabriel, molestos por el resplandor del suelo encerado bajo la gran araña de cristal, recorrieron la pared que había encima del piano. En ella colgaba un cuadro con la escena del balcón de *Romeo y Julieta,* junto a otro con los dos príncipes asesinados en la Torre[104], que la tía Julia había bordado de niña en lana roja, azul y marrón. Probablemente el tipo de labor que las niñas estaban un año entero aprendiendo en el colegio. Su madre le había bordado por su cumpleaños un chaleco de popelín morado con cabecitas de zorro, con un festón de raso marrón y botones redondos que parecían moras. Era extraño que su madre no tuviera talento musical, aunque la tía Kate solía decir que era el cerebro de la familia Morkan. Julia y ella siempre habían estado orgullosas de su seria y respetable hermana. Su fotografía estaba delante del espejo de pared que había entre dos ventanales. Tenía un libro abierto sobre las rodillas y señalaba algo a Constantine, que, vestido de marinero, se sentaba a sus pies. Era ella quien había elegido el nombre de sus hijos, pues era muy sensible a la dignidad de la vida familiar. Gracias a ella, Constantine era ahora el primer coadjutor de Balbrigan, y, gracias a ella, el propio Gabriel se había licenciado en la Royal University. Su rostro se nubló al recordar cómo se había opuesto a su matrimonio con Gretta. Algunas de las frases de desprecio que había pronunciado seguían doliéndole; en una ocasión la había llamado «una pueblerina mona», y eso no era en absoluto verdad. Era Gretta quien la había cuidado en su larga enfermedad en la casa de Monkstown.

Sabía que Mary Jane estaba a punto de acabar su pieza, pues tocaba de nuevo la melodía inicial, con una serie de rápidas escalas detrás de cada compás; y, mientras esperaba a que terminase, desapareció el resentimiento que la embargaba. La pieza acabó con trinos de notas agudas y una octava final de notas graves y profundas. Un aplauso cerrado acogió a Mary Jane, que, ruborizándose y enrollando la partitura, se escabulló de la sala. Los aplausos más fuertes procedían de los cuatro jóvenes de la puerta que se habían ido al cuarto trasero al empezar la pieza, pero que habían regresado cuando el piano dejó de sonar.

Se organizó una danza de lanceros. Gabriel se encontró emparejado con la señorita Ivors, una joven desenfadada y locuaz, de rostro pecoso y saltones ojos castaños. No iba nada escotada, y el gran broche que adornaba su cuello exhibía una divisa irlandesa.

Cuando se colocaron en su sitio, ella le espetó:

—¿Sabe que estoy enfadada con usted?

—¿Conmigo? —exclamó Gabriel.

Ella asintió muy seria con la cabeza.

—¿Por qué? —dijo Gabriel, sonriendo al verla tan solemne.

—¿Quién es G. C.? —preguntó la señorita Ivors, fijando su mirada en él.

Gabriel se sonrojó y estaba a punto de fruncir las cejas, como si no entendiera, cuando ella añadió sin rodeos:

—¡No se haga el inocente! He descubierto que escribe para el *Daily Express*. ¿No le da vergüenza?

—Y ¿por qué iba a darme vergüenza? —preguntó Gabriel, pestañeando e intentando sonreír.

—Pues yo me avergüenzo de usted —dijo la señorita Ivors, abiertamente—. ¡Mira que escribir para un periódico así! No sabía que fuera uno de esos irlandeses probritánicos.

Una expresión de perplejidad apareció en el rostro de Gabriel. Es cierto que escribía una columna literaria todos los miércoles en el *Daily Express*, por la que le pagaban quince chelines[105]. Pero eso no lo convertía en un probritánico. Los libros que le mandaban para reseñar le causaban casi más satisfacción que el miserable cheque. Le gustaba acariciar las tapas y pasar las páginas recién salidas de la imprenta. Casi todos los días, cuando terminaba las clases, vagaba por los muelles para visitar las librerías de viejo: Hickey's en Bachelor's Walk, Web's o Massey's en el muelle de Aston y O'Clohissey's en la callejuela. No sabía cómo responder a aquella acusación. Deseaba decir que la literatura estaba por encima de la política. Pero llevaban mucho tiempo siendo amigos y sus carreras habían discurrido paralelas, primero en la Universidad, después en la enseñanza: con ella no podía pronunciar una frase grandilocuente. Siguió pestañeando y tratando de sonreír, y murmuró sin demasiada convicción que no veía nada político en escribir críticas de libros.

Cuando les llegó el turno de cruzarse, Gabriel seguía de lo más confuso y agitado. La señorita Ivors se apresuró a cogerle la mano con afecto y a decir en tono dulce y amistoso:

—¡Solo era una broma! Vamos, nos toca cruzarnos.

Cuando volvieron a juntarse, la señorita Ivors empezó a hablar de los conflictos universitarios y Gabriel se sintió menos incómodo. Un amigo de ella le había mostrado su crítica de los poemas de Browning. Era así como había descubierto su secreto; pero a ella le encantaba lo que había escrito.

—Oh, señor Conroy, ¿por qué no viene de excursión a las islas Aran este verano? Vamos a pasar allí un mes entero. Será maravilloso estar en pleno Atlántico. Tendría que animarse. Voy con el señor Clancy, el señor Kilkelly y Kathleen Kearney. Sería fantástico que Gretta nos acompañara también. Ella es de Connacht, ¿no?

—Su familia —respondió Gabriel, secamente.

—Pero vendrán ustedes, ¿verdad? —dijo la señorita Ivors, poniendo con entusiasmo su cálida mano en el brazo de él.

—El caso —dijo Gabriel— es que he quedado en ir…

—En ir ¿dónde? —preguntó la señorita Ivors.

—Bueno, todos los años me voy en bicicleta con unos amigos y…

—Pero ¿dónde? —insistió la señorita Ivors.

—Bueno, solemos ir a Francia, o a Bélgica, o quizá a Alemania —contestó

Gabriel, incómodo.

—Y ¿por qué van a Francia o a Bélgica —dijo la señorita Ivors— en lugar de visitar su propio país?

—Bueno —respondió Gabriel—, en parte por no perder el contacto con otras lenguas y en parte por cambiar un poco.

—Y ¿no le preocupa perder el contacto con su propio idioma… el irlandés? —preguntó la señorita Ivors.

—Bueno —dijo Gabriel—, ya que sale el tema, le diré que el irlandés no es mi idioma.

Sus vecinos se habían vuelto para escuchar el interrogatorio. Gabriel miró nerviosamente a uno y otro lado e intentó conservar el buen humor durante aquel calvario que teñía de rubor su frente.

—Y ¿no tiene usted su propio país que visitar? —prosiguió la señorita Ivors—. No sabe nada de su gente ni de su tierra…

—Para serle sincero —contestó de repente Gabriel—, estoy hasta la coronilla de mi país, ¡hasta la coronilla!

—¿Por qué? —preguntó la señorita Ivors.

Gabriel no respondió, demasiado acalorado tras su respuesta.

—¿Por qué? —repitió la señorita Ivors.

Tenían que seguir bailando juntos, y, como él no contestaba, la señorita Ivors exclamó con vehemencia:

—Está claro que no tiene usted respuesta.

Gabriel intentó disimular su agitación participando en el baile con mucho brío. Evitó mirarla a los ojos, pues había visto su expresión malhumorada. Pero, cuando se encontraron en la larga cadena, le sorprendió que ella apretara su mano con firmeza. La señorita Ivors le miró sin levantar la cabeza, burlonamente, hasta que él sonrió. Y, justo cuando la cadena estaba a punto de empezar de nuevo, se puso de puntillas y le dijo al oído:

—¡Probritánico!

Cuando terminó el baile de los lanceros, Gabriel se dirigió a uno de los rincones más recónditos del salón, donde se sentaba la madre de Freddy Malins, una anciana obesa y delicada de pelo blanco. Hablaba entrecortadamente como su hijo y tartamudeaba un poco. Le habían dicho que Freddy había llegado y estaba bastante bien. Gabriel le preguntó si había tenido una buena travesía. Vivía con su hija casada en Glasgow y visitaba Dublín una vez al año. Ella le contestó apaciblemente que su travesía había sido maravillosa, y el capitán, de lo más atento con ella. Le habló también de la maravillosa casa de su hija en Glasgow, y de todos los amigos que tenían allí. Mientras la anciana seguía divagando, Gabriel intentó borrar de su memoria el desagradable incidente con la señorita Ivors. Desde luego, aquella joven, mujer, o lo que fuese, era una persona apasionada, pero cada cosa a su tiempo. Quizá él no debería haberle respondido de ese modo, pero ella no tenía derecho a llamarlo

probritánico delante de la gente, ni siquiera en broma. Había tratado de ridiculizarlo en público, asediándolo y mirándolo con sus ojos de conejo.

Vio cómo su mujer se acercaba a él entre las parejas que bailaban el vals. Cuando llegó a su lado, le dijo al oído:

—Gabriel, la tía Kate quiere saber si trincharás el ganso como de costumbre. La señorita Daly cortará el jamón y yo me ocuparé del budín.

—¡De acuerdo! —dijo Gabriel.

—Servirá a los más jóvenes en cuanto acabe este vals, así luego tendremos la mesa para nosotros.

—¿Has bailado? —preguntó Gabriel.

—Por supuesto que sí. ¿No me has visto? ¿Qué te ha pasado con Molly Ivors? ¿Has discutido con ella?

—¡Qué va…! ¿Por qué? ¿Ha dicho algo?

—Creo que sí. Bueno, a ver si consigo que señor D'Arcy nos cante algo. Tengo la impresión de que es un hombre muy engreído.

—Molly Ivors y yo no hemos discutido —dijo Gabriel, malhumorado—, pero se ha empeñado en que fuera al oeste de Irlanda, y le he dicho que no podía.

Su mujer juntó las manos excitada y dio un saltito.

—Oh, Gabriel, ¿por qué no vamos? —exclamó—. Me encantaría regresar a Galway.

—Si quieres, ve tú —dijo Gabriel, fríamente.

Ella lo miró unos instantes, luego se volvió hacia la señora Malins y dijo:

—¡Qué encanto de marido! ¡Se lo regalo, señora Malins!

Mientras Gretta se alejaba a través de la sala, la señora Malins, como si nadie la hubiera interrumpido, siguió hablando a Gabriel de los lugares tan bonitos que había en Escocia y de lo hermoso que era el paisaje. Su yerno las llevaba todos los años a los lagos, y solían ir a pescar. Su yerno era un magnífico pescador. Un día cogió un pez enorme y precioso, que después les dieron de cenar en el hotel.

Gabriel apenas escuchaba lo que decía. Ahora que se acercaba la cena, empezó a pensar de nuevo en su discurso y en la cita literaria. Cuando vio que Freddy Malins cruzaba la estancia para saludar a su madre, Gabriel le dejó su silla y se retiró al alféizar de la ventana. La sala se había quedado casi desierta, y de la habitación trasera llegaba el estrépito de platos y cuchillos. Los invitados que seguían en la sala parecían cansados de bailar y conversaban tranquilamente en pequeños grupos. Los dedos calientes y temblorosos de Gabriel daban golpecitos al frío cristal de la ventana. ¡Qué frío debía de hacer fuera! ¡Qué agradable sería dar un paseo solitario, primero a la orilla del río y después por el parque! La nieve cubriría las ramas de los árboles y brillaría en lo alto del monumento a Wellington. ¡Cuánto más agradable que sentarse a cenar en una mesa!

Repasó los puntos principales de su discurso: la hospitalidad irlandesa, recuerdos tristes, las tres Gracias, Paris[106], la cita de Browning. Repitió para sí una frase que

había escrito en su reseña: «Uno tiene la sensación de escuchar la música de un espíritu atormentado». La señorita Ivors había elogiado su crítica. ¿Era sincera? ¿Tenía realmente una vida propia detrás de todo aquel afán de propaganda? Nunca se habían sentido incómodos juntos hasta esa noche. Le inquietaba que ella pudiera estar en la mesa, mirándolo con ojos críticos y burlones, mientras él hablaba. Quizá no lamentase que su discurso fuera un fracaso. Se le ocurrió una idea que le infundió ánimo. Diría, refiriéndose a la tía Kate y a la tía Julia: «Damas y caballeros, la generación que decae ahora entre nosotros pudo haber tenido sus defectos, pero, en mi opinión, hizo gala de unas cualidades, como la hospitalidad, el sentido del humor y la humanidad, que parecen brillar por su ausencia en la nueva generación, tan seria e hipereducada». Muy bien: eso iba por la señorita Ivors. ¿Qué más le daba que sus tías solo fueran dos ancianas ignorantes?

Un murmullo en la sala atrajo su atención. El señor Browne acababa de entrar escoltando galantemente a la tía Julia, que se apoyaba en su brazo, sonriendo e inclinando la cabeza. Una salva irregular de aplausos la acompañó hasta el piano, y fue apagándose poco a poco cuando Mary Jane se sentó en el taburete y la tía Julia, ya sin sonreír, se dio la vuelta para que todos la oyeran. Gabriel reconoció el preludio. Era aquella vieja canción de la tía Julia: *Vestida para la boda*[107]. Su voz fuerte y clara atacó con vigor las florituras que embellecían la melodía y, aunque cantó muy rápido, no se saltó ni la más pequeña nota. Al seguir la voz sin mirar el rostro de la cantante, uno sentía y compartía la exaltación de un vuelo seguro y veloz. Gabriel y los demás se deshicieron en aplausos cuando terminó; a ellos se sumaron los procedentes de la invisible mesa de la cena. Todo parecía tan auténtico que un ligero rubor pugnó por asomar al rostro de la tía Julia cuando se inclinó para retirar del atril el viejo cancionero encuadernado en piel con sus iniciales en la tapa. Freddy Malins, que había ladeado la cabeza para escucharla mejor, siguió aplaudiendo cuando los demás se callaron, sin dejar de hablar animadamente con su madre, que movía lenta y gravemente la cabeza en señal de aquiescencia. Cuando ya no pudo aplaudir más, se levantó bruscamente y corrió hacia la tía Julia, cuya mano cogió y sujetó entre las suyas, entre apretones y zarandeos cuando le faltaban las palabras o su tartamudez resultaba insoportable.

—Se lo estaba diciendo a mi madre —exclamó—, nunca la había oído cantar tan bien, nunca. Jamás la había oído cantar con una voz tan hermosa como esta noche. Créame. Es la verdad. Le doy mi palabra de que es la verdad. Su voz nunca me había sonado tan pura y tan… tan clara y pura, nunca.

La tía Julia sonrió de oreja a oreja y murmuró algo sobre los cumplidos mientras se soltaba de la mano que le asía. El señor Browne extendió su palma abierta hacia ella y se dirigió a los que le rodeaban como un animador que presentara algún prodigio a su público:

—¡La señorita Julia Morkan, mi último descubrimiento!

Y estaba riéndose a carcajadas de su comentario cuando Freddy Malins se volvió

hacia él y dijo:

—Bueno, Browne, tiene usted mucha suerte si habla en serio. Lo único que puedo decir es que nunca la había oído cantar ni la mitad de bien desde que vengo a esta casa. Y es la pura verdad.

—Coincido con usted —exclamó el señor Browne—. Creo que su voz ha mejorado mucho.

La tía Julia se encogió de hombros y dijo con tímido orgullo:

—Hace treinta años tenía bastante buena voz.

—Yo solía decirle —dijo la tía Kate con contundencia— que desperdiciaba el tiempo en aquel coro. Pero nunca me hace caso.

Se volvió como si quisiera apelar al buen juicio de los demás frente a una niña testaruda, mientras la tía Julia, con una sonrisa reminiscente en los labios, se quedaba mirando al frente.

—No —prosiguió la tía Kate—, ni hace caso ni escucha los consejos de nadie… Trabajando como una esclava en aquel coro día y noche, día y noche. ¡A las seis de la mañana el día de Navidad! Y todo ¿para qué?

—Bueno, ¿acaso no es para honrar a Dios, tía Kate? —preguntó Mary Jane, haciendo girar el taburete del piano y sonriendo.

La tía Kate se volvió indignada hacia su sobrina y dijo:

—Sé bien lo que es honrar a Dios, Mary Jane, pero no me parece justo que el papa[108] expulse de los coros a las mujeres que se han dejado la vida en ellos para poner en su lugar a unos niñatos. Supongo que, si el papa lo hace, es por el bien de la Iglesia. Pero ni es justo, Mary Jane, ni está bien.

De lo más alterada, habría seguido defendiendo a su hermana en aquel asunto tan doloroso de no haber sido por Mary Jane, que, al ver que los bailarines regresaban, intervino para apaciguarla.

—Vamos, tía Kate, está escandalizando al señor Browne, que tiene otro credo.

La tía Kate se volvió hacia el señor Browne, que sonreía ante esa referencia a su religión, y dijo impetuosamente:

—No pongo en duda que el papa tenga razón. No soy más que una vieja estúpida y jamás me atrevería a hacer algo semejante. Pero existe eso tan normal que llamamos educación y gratitud. Y, si yo estuviera en el lugar de Julia, se lo diría en la cara al padre Healey.

—Y, además, tía Kate —dijo Mary Jane—, todos tenemos hambre y, cuando tenemos hambre, nos ponemos muy belicosos.

—Y, cuando tenemos sed, nos ponemos también muy belicosos —añadió el señor Browne.

—Así que será mejor que vayamos a cenar —prosiguió Mary Jane— y dejemos la discusión para luego.

Al salir de la sala, Gabriel se encontró en el descansillo con su mujer y Mary Jane, que trataban de convencer a la señorita Ivors de que se quedara a cenar. Pero la

señorita Ivors, que se había puesto el sombrero y estaba abotonándose la capa, no quería quedarse. No tenía el menor apetito y se había quedado más de lo debido.

—Pero solo serán diez minutos, Molly —dijo la señora Conroy—. No se retrasará por eso.

—Tiene que tomar algo —insistió Mary Jane—, ¡con todo lo que ha bailado!

—De veras, no puedo —exclamó la señorita Ivors.

—Me temo que no se ha divertido —dijo Mary Jane, abatida.

—Lo he pasado muy bien, se lo aseguro —contestó la señorita Ivors—, pero ahora tienen que dejar que me vaya.

—Y ¿cómo volverá a casa? —preguntó la señora Conroy.

—Oh, solo está a dos pasos del muelle.

Gabriel vaciló unos instantes antes de decir:

—Si me permite, señorita Ivors, la acompañaré a casa si realmente tiene que irse.

Pero la señorita Ivors se alejó de ellos.

—¡De ningún modo! —exclamó—. Por el amor de Dios, vuelvan con sus invitados y no se preocupen por mí. Sé cuidarme sola.

—¡Qué independiente es usted, Molly! —dijo la señora Conroy con toda franqueza.

—*Beannacht libh*[109] —gritó la señorita Ivors, riéndose, mientras bajaba la escalera.

Mary Jane, con expresión perpleja y apenada, la siguió con los ojos mientras la señora Conroy se asomaba a la barandilla para oír la puerta del vestíbulo. Gabriel se preguntó si sería el culpable de aquella marcha repentina. Pero la señorita Ivors no parecía enojada, se había reído al despedirse. Y Gabriel se quedó allí, con la mirada perdida.

La tía Kate salió con paso torpe del comedor, casi retorciéndose las manos de desesperación.

—¿Dónde está Gabriel? —gritó—. ¿Dónde se ha metido ese chico? Los invitados están esperando ahí dentro, con todo preparado, y ¡no hay nadie que trinche el ganso!

—Estoy aquí, tía Kate —exclamó Gabriel, repentinamente animado—, listo para trinchar una bandada de gansos si es necesario.

Un ganso gordo y dorado esperaba en un extremo de la mesa, y en el otro, sobre un lecho de papel rugoso salpicado de ramilletes de perejil, había un gran jamón despellejado y cubierto de migas, con un primoroso sombrerito de papel en el jarrete, junto a un redondo de ternera sazonado. Entre esos dos rivales de los extremos corrían filas paralelas de entremeses: dos pequeñas catedrales de gelatina, roja y amarilla; una fuente llana repleta de flanes de manjar blanco y confitura de frutos rojos; una gran fuente verde en forma de hoja, con el asa en forma de tallo, llena de racimos de pasas color púrpura y almendras peladas; una fuente gemela con un sólido rectángulo de higos de Esmirna, una fuente de natillas espolvoreadas con nuez moscada, un pequeño cuenco de bombones y dulces envueltos en papel dorado y

plateado y un jarrón de cristal con tallos de apio. En el centro de la mesa, como centinelas de un frutero con una pirámide de naranjas y manzanas americanas, había dos licoreras de cristal tallado, rechonchas y anticuadas, una con oporto y la otra con jerez oscuro. Sobre el piano cerrado descansaba un budín en una gigantesca fuente amarilla, y detrás de él se veían tres escuadras de botellas de cerveza negra, cerveza tostada y agua mineral, ordenadas según el color de su uniforme: las dos primeras, más oscuras, con etiquetas marrones y rojas; la tercera, más pequeña y clara, con bandas verdes transversales.

Gabriel se sentó muy decidido a la cabecera de la mesa y, después de examinar el filo del cuchillo, pinchó enérgicamente el ganso con su tenedor. Se sentía a sus anchas, pues era un experto trinchador y nada le gustaba más que sentarse a la cabecera de una mesa llena de viandas.

—Señorita Furlong, ¿qué quiere que le sirva? —preguntó—. ¿Ala o un trozo de pechuga?

—Un trocito de pechuga será suficiente.

—¿Y usted, señorita Higgins?

—Lo que usted quiera, señor Conroy.

Mientras Gabriel y la señorita Daly intercambiaban platos de ganso y platos de jamón y ternera sazonada, Lily iba de invitado en invitado con una fuente de patatas harinosas calientes y una servilleta en el antebrazo. Había sido idea de Mary Jane, que también había sugerido una salsa de manzana para el ganso, pero la tía Kate había dicho que siempre le había parecido suficientemente rico sin salsa y que esperaba no tener que comer algo peor. Mary Jane servía a sus alumnos, asegurándose de que tuvieran las mejores tajadas, y la tía Kate y la tía Julia abrían y traían del piano botellas de cerveza para los caballeros y de agua mineral para las damas. Había mucho barullo, risas y ruido; el ruido de órdenes y contraórdenes, de cuchillos y tenedores, de tapones de corcho y de vidrio. En cuanto terminó la primera ronda, Gabriel empezó a trinchar segundas raciones sin servirse a sí mismo. Todo el mundo protestó a voz en cuello y no tuvo más remedio que tomar un buen trago de cerveza negra, pues estaba muy acalorado. Mary Jane se sentó tranquilamente a cenar, pero la tía Kate y la tía Julia siguieron dando vueltas alrededor de la mesa, pisándose la una a la otra, estorbándose el paso y dándose la una a la otra órdenes que las dos desatendían. El señor Browne les pidió que se sentaran a cenar, al igual que hizo Gabriel, pero ellas contestaron que les sobraría tiempo para hacerlo, así que, finalmente, Freddy Malins se puso en pie y, agarrando a la tía Kate, la obligó a desplomarse en la silla en medio del regocijo general.

Cuando todos estuvieron servidos, Gabriel dijo, sonriendo:

—Y ahora, si alguien quiere un poco más de lo que la gente vulgar llama relleno, que lo diga.

Un coro de voces le conminó a empezar su cena, y Lily se acercó con tres patatas que le había guardado.

—Muy bien —exclamó Gabriel complaciente, mientras tomaba otro trago preliminar—, les ruego, damas y caballeros, que se olviden unos minutos de mi existencia.

Empezó a comer y no intervino en la discusión que amenizó la mesa mientras Lily recogía los platos. El tema de conversación era la compañía de ópera que actuaba en el Teatro Real. El señor Bartell D'Arcy, el tenor, un joven de tez oscura y elegante bigote, se deshizo en elogios sobre la primera contralto de la compañía, pero la señorita Furlong la encontraba bastante vulgar en escena. Freddy Malins dijo que, en la segunda parte de la pantomima del Gaiety, había un jefe negro que cantaba con una de las mejores voces de tenor que había oído nunca.

—¿Le ha oído usted? —preguntó al señor Bartell D'Arcy, que estaba al otro lado de la mesa.

—No —respondió el señor Bartell D'Arcy, con indiferencia.

—Porque me gustaría conocer su opinión —explicó Freddy Malins—. Creo que tiene una gran voz.

—Teddy sí que sabe lo que es bueno —dijo el señor Browne con familiaridad a los comensales.

—Y ¿por qué no va a tener también una buena voz? —preguntó Freddy Malins, con acritud—. ¿Porque no es más que un negro?

Nadie contestó, y Mary Jane volvió a llevar la conversación a la auténtica ópera. Uno de sus alumnos le había conseguido una entrada para *Mignon*[110]. No cabía duda de que era muy hermosa, dijo, pero traía a su memoria a la pobre Georgina Burns[111]. Los recuerdos del señor Browne se remontaban aún más, a los días en que las viejas compañías italianas pasaban por Dublín: Tietjens, Ilma de Murzka, Campanini, el gran Trebelli, Giuglini, Ravelli, Aramburo. En aquellos tiempos, dijo, sí que se podía escuchar en Dublín algo parecido al canto. Contó también cómo el gallinero del viejo Teatro Real estaba siempre abarrotado, y cómo una noche un tenor italiano cantó cinco bises de *Dejadme morir como un soldado*[112], dando el do de pecho en cada ocasión, y cómo los jóvenes de la galería, empujados a veces por el entusiasmo, desenganchaban los caballos del carruaje de alguna *prima donna* para llevarla ellos mismos a su hotel[113]. ¿Por qué ya nunca se interpretaban las grandes óperas de antaño, como *Dinorah*, *Lucrezia Borgia*?, preguntó. Porque ya no había voces para cantarlas: ése era el motivo.

—Oh, vamos —dijo el señor Bartell D'Arcy—, supongo que hay tan buenos cantantes hoy como entonces.

—Y ¿dónde están? —preguntó el señor Browne, con aire desafiante.

—En Londres, París, Milán —respondió el señor Bartell D'Arcy, con vehemencia —. Imagino que Caruso, por ejemplo, es tan bueno, si no mejor, que cualquiera de los cantantes que acaba de decir.

—Es posible que tenga razón —dijo el señor Browne—. Pero sepa usted que lo dudo mucho.

—Oh, daría cualquier cosa por escuchar a Caruso —exclamó Mary Jane.

—Para mí —dijo la tía Kate, que había estado chupando un hueso— solo ha existido un tenor. Que me gustara, quiero decir. Pero supongo que ninguno de ustedes habrá oído hablar de él.

—¿Quién era, señorita Morkan? —preguntó cortésmente el señor Bartell D'Arcy.

—Se llamaba Parkinson —contestó la tía Kate—. Lo oí cantar en su mejor momento, y creo que su voz de tenor era la más pura que ha salido jamás de la garganta de un hombre.

—Qué raro —comentó el señor Bartell D'Arcy—. Ni siquiera he oído hablar de él.

—Sí, sí, la señorita Morkan tiene razón —dijo el señor Browne—. Recuerdo haber oído hablar del viejo Parkinson, pero es muy anterior a mí.

—Un hermoso, puro, dulce y melodioso tenor inglés —afirmó la tía Kate con entusiasmo.

Cuando Gabriel terminó, trasladaron el enorme budín a la mesa. El ruido de tenedores y cucharas empezó de nuevo. La mujer de Gabriel servía cucharadas de budín y pasaba los platos. En medio de la mesa, Mary Jane los rellenaba con gelatina de frambuesa o de naranja, o manjar blanco con confitura. La tía Julia había hecho el budín y todos la felicitaron. Ella dijo que no estaba lo bastante dorado.

—Bueno, señorita Morkan —dijo el señor Browne—, espero estar lo bastante dorado para usted… A tono con mi apellido[114].

Todos los caballeros, salvo Gabriel, hicieron los honores al budín de la tía Julia. Como Gabriel nunca comía postre, le habían preparado el apio. Freddy Malins cogió también un tallo y se lo comió con el budín. Le habían contado que el apio era lo mejor para la sangre, y él estaba justo en tratamiento. La señora Malins, que llevaba en silencio toda la cena, explicó que su hijo iría a Mount Melleray[115] al cabo de una semana más o menos. Los comensales hablaron entonces de Mount Melleray, de lo tonificante que era su aire, y de lo hospitalarios que eran los monjes, que jamás cobraban ni un penique a sus huéspedes.

—¿Quieren decir —preguntó el señor Browne, incrédulo— que cualquiera puede ir allí, instalarse como en un hotel, vivir del cuento y marcharse sin pagar nada?

—Bueno, casi todo el mundo hace algún donativo al monasterio cuando se va —contestó Mary Jane.

—Ojalá tuviéramos alguna institución parecida en nuestra Iglesia —dijo el señor Browne, cándidamente.

Y se quedó perplejo cuando oyó que los monjes nunca hablaban, se levantaban a las dos de la mañana y dormían en sus ataúdes[116]. Quiso saber por qué.

—Es una norma de esa orden monástica —dijo la tía Kate con firmeza.

—Sí, pero ¿por qué? —preguntó el señor Browne.

La tía Kate repitió que era una norma, eso bastaba. El señor Browne parecía no entenderlo. Freddy Malins le explicó, lo mejor que pudo, que los monjes trataban de

expiar los pecados de todos los pecadores del mundo. La explicación no resultó muy clara, pues el señor Browne sonrió y dijo:

—Me gusta mucho la idea, pero, en vez de un ataúd, ¿no podría servirles una cómoda cama de muelles?

—El ataúd —dijo Mary Jane— es para recordarles su último trance.

La conversación se había vuelto tan lúgubre que la mesa se sumió en el silencio, y todos oyeron cómo la señora Malins cuchicheaba a su vecina:

—Los monjes son muy bondadosos, unos hombres muy píos.

Las pasas y las almendras y los higos y las manzanas y las naranjas y los bombones y los dulces pasaron de comensal en comensal, y la tía Julia ofreció a sus invitados una copa de oporto o de jerez. Al principio, el señor Bartell D'Arcy no quiso beber nada, pero uno de sus vecinos le dio un codazo y le susurró algo que le animó a aceptar la invitación. Poco a poco, mientras se llenaban las últimas copas, la conversación se interrumpió. Reinó el silencio, roto únicamente por el ruido del vino y el movimiento de las sillas. Las tres señoritas Morkan posaron la mirada en el mantel. Alguien tosió un par de veces, y unos pocos caballeros dieron unos golpecitos en la mesa pidiendo silencio. Cuando no se oyó una mosca, Gabriel empujó hacia atrás su silla.

Los golpecitos se hicieron más fuertes para animarle y luego cesaron por completo. Gabriel apoyó sus diez dedos temblorosos en el mantel y sonrió nerviosamente a los asistentes. Al tropezarse con un montón de ojos que lo miraban, desvió la vista a la araña del techo. El piano tocaba un vals y podía oír el roce de las faldas contra la puerta del salón. Quizá hubiera gente fuera en el muelle, en medio de la nieve, contemplando las ventanas iluminadas y escuchando la música. El aire era puro allí. A lo lejos se veía el parque con los árboles cubiertos de nieve. El monumento a Wellington tenía un brillante gorro blanco que lanzaba sus destellos hacia el oeste sobre los campos níveos de Quince Acres[117].

—Damas y caballeros —empezó Gabriel—. Me ha tocado en suerte esta noche, como en años anteriores, una tarea muy agradable, pero una tarea para la que, dada mi poca facilidad de palabra, no soy el más indicado.

—¡No, no! —protestó el señor Browne.

—En cualquier caso, solo puedo pedirles que sean indulgentes conmigo y me presten atención unos instantes mientras intento expresarles con palabras cuáles son mis sentimientos.

»Damas y caballeros, no es la primera vez que nos reunimos bajo este hospitalario techo, alrededor de esta hospitalaria mesa. No es la primera vez que somos los destinatarios… o, quizá debería decir, las víctimas… de la hospitalidad de ciertas damas bondadosas.

Trazó un círculo en el aire con el brazo y se detuvo. Todos rieron o sonrieron a la tía Kate, a la tía Julia y a Mary Jane, que se ruborizaron, pletóricas. Gabriel prosiguió, más animado:

—Cada año que pasa estoy más convencido de que nuestro país no tiene una tradición que deba honrar más y proteger con mayor celo que su hospitalidad. Una tradición que, creo por experiencia (y he salido bastante al extranjero), es única entre las naciones modernas. Es posible que algunos lo consideren un defecto en vez de un motivo de orgullo. Pero, aunque esto fuera cierto, se trata, en mi opinión, de un defecto magnífico que espero que sigamos cultivando mucho tiempo. De una cosa, al menos, estoy seguro: mientras este techo cobije a las bondadosas damas que he nombrado antes (y deseo de corazón que sea así por muchos, muchísimos años), la tradición de la genuina, cordial y cortés hospitalidad irlandesa, que nuestros antepasados nos han transmitido y nosotros transmitiremos a nuestros descendientes, seguirá viva entre nosotros.

Un expresivo murmullo de aprobación recorrió la mesa. A Gabriel le asaltó la idea de que la señorita Ivors no estaba y había tenido la descortesía de marcharse; y dijo con seguridad en sí mismo:

—Damas y caballeros:

»Una nueva generación crece entre nosotros, una generación animada por nuevas ideas y nuevos principios. Seriamente entusiasmada con esas nuevas ideas, su entusiasmo, aunque descaminado, es, en mi opinión, eminentemente sincero. Pero vivimos en unos tiempos de escepticismo y, si se me permite la expresión, de pensamientos atormentados; y a veces temo que a esta nueva generación, por educada e hipereducada que sea, le falten todas esas cualidades de humanidad, hospitalidad y gentileza propias del pasado. Al escuchar esta noche los nombres de todos esos grandes cantantes de antaño, he tenido la sensación, debo confesar, de que vivimos en una época con más limitaciones. Aquellos días, sin exagerar, pueden ser calificados de abiertos; y, si se han ido para siempre, espero que, al menos, en reuniones como ésta sigamos hablando de ellos con orgullo y afecto, atesorando en nuestro corazón el recuerdo de todas aquellas personalidades, muertas y desaparecidas, cuya fama el mundo no permitirá que se desvanezca.

—¡Así se habla! —exclamó el señor Browne.

—Sin embargo —continuó Gabriel, en un tono más suave—, es inevitable que en reuniones como ésta nos asalten pensamientos más tristes: añoranzas del pasado, de la juventud, de los cambios sufridos, de las caras ausentes que echamos de menos esta noche. El camino de la vida está sembrado de tantos recuerdos tristes… Si estuviéramos siempre dándoles vueltas, nos faltaría el ánimo necesario para hacer frente a nuestro trabajo entre los vivos. Todos tenemos en este mundo obligaciones y afectos que reclaman, y con razón, nuestros titánicos esfuerzos.

»Así que no me demoraré en el pasado. No dejaré que ningún lúgubre principio moralizador nos importune esta noche. Nos hemos reunido por unos momentos lejos del bullicio y las prisas de la vida cotidiana. Estamos aquí como amigos, como compañeros, como colegas, incluso hasta cierto punto, animados por una auténtica camaradería, y como invitados de… ¿cómo podría llamarlas?… las tres Gracias del

Dublín musical.

La mesa estalló en aplausos y risas ante esta alusión. La tía Julia pidió en vano a sus dos vecinos que le repitieran lo que Gabriel había dicho.

—Dice que somos las tres Gracias, tía Julia —dijo Mary Jane.

La tía Julia no lo entendió, pero miró sonriendo a Gabriel, que continuó con el mismo buen humor:

—Damas y caballeros:

»No interpretaré esta noche el papel que desempeñó Paris[118] en otra ocasión. No trataré de elegir entre ellas. Sería una tarea odiosa y estaría fuera de mi alcance. Pues, cuando las contemplo de una en una (ya sea a la decana de nuestras anfitrionas, cuyo corazón generoso, demasiado generoso, es algo proverbial para los que la conocen; a su hermana, que parece poseer el don de la eterna juventud y cuya voz ha sido una sorpresa y una revelación para cuantos la hemos oído cantar esta noche; o por último, pero no menos importante, a nuestra anfitriona más joven, llena de talento, alegre, trabajadora y la mejor de las sobrinas), confieso, damas y caballeros, que no sabría a cuál de ellas darle el premio.

Gabriel miró a sus tías y, al ver la gran sonrisa de la tía Julia y las lágrimas que asomaban a los ojos de la tía Kate, se dispuso a terminar su discurso. Levantó su copa de oporto con galantería mientras los demás comensales palpaban las suyas, expectantes.

—Brindemos por las tres juntas —exclamó—. Brindemos por su salud, bienestar, larga vida, felicidad y prosperidad; y ¡ojalá mantengan mucho tiempo la posición destacada que se han labrado en su profesión, así como la admiración y el afecto que se han ganado en nuestro corazón!

Todos los invitados se pusieron de pie, copa en mano, y, volviéndose hacia las tres señoras sentadas, cantaron al unísono bajo la batuta del señor Browne:

que son unas muchachas excelentes,
que son unas muchachas excelentes,
que son unas muchachas excelentes,
empre lo serán, y siempre lo serán.

La tía Kate recurrió descaradamente al pañuelo, e incluso la tía Julia pareció emocionada. Freddy Malins marcaba el compás con su tenedor de postre y los cantantes, mirándose los unos a los otros como en melodiosa conferencia, entonaron con entusiasmo:

nenos que digan mentiras,
enos que digan mentiras.

Luego, volviéndose hacia sus anfitrionas, cantaron:

que son unas muchachas excelentes,
que son unas muchachas excelentes,
que son unas muchachas excelentes,
empre lo serán, y siempre lo serán.

A la aclamación que siguió se sumaron, más allá de las puertas del comedor, muchos otros invitados; y los vítores se repitieron una y otra vez, dirigidos por Freddy Malins con el tenedor en alto.

El aire glacial de la madrugada entró en el vestíbulo donde esperaban, por lo que la tía Kate dijo:

—Que alguien cierre la puerta. La señora Malins va a morirse de frío.

—Browne está ahí fuera, tía Kate —dijo Mary Jane.

—Browne parece estar en todas partes —contestó la tía Kate, bajando la voz.

Mary Jane se rió al oír su tono.

—¡Es tan atento! —exclamó con ironía.

—Parecen haberlo instalado en casa como el gas —continuó la tía Kate en el mismo tono— durante todas las navidades.

Esta vez se rió divertida, y añadió rápidamente:

—Pero dile que entre, Mary Jane, y cierra la puerta. ¡Ojalá no me haya oído!

En ese momento se abrió la puerta del vestíbulo y apareció en el umbral el señor Browne, que entró muerto de risa. Vestía un sobretodo largo de color verde, con puños y cuello de falso astracán, y llevaba en la cabeza un gorro de piel ovalado. Señaló el muelle nevado, del que llegaba un silbido estridente y prolongado.

—Teddy piensa traer a todos los coches de punto de Dublín —dijo.

Gabriel salió del cuartito contiguo al despacho, luchando por ponerse el abrigo; y, mirando a uno y otro lado, preguntó:

—¿Aún no ha bajado Gretta?

—Está recogiendo sus cosas, Gabriel —contestó la tía Kate.

—¿Quién toca arriba? —preguntó Gabriel.

—Nadie. Todo el mundo se ha marchado.

—Oh, no, tía Kate —dijo Mary Jane—. Bartell D'Arcy y la señorita O'Callaghan todavía no se han ido.

—Alguien teclea el piano, en cualquier caso —comentó Gabriel.

Mary Jane miró a Gabriel y al señor Browne y dijo, tiritando:

—Me da frío verlos tan abrigados, caballeros. Odiaría tener que volver a casa a estas horas.

—Pues lo que más me gustaría en este instante —aseguró el señor Browne— es dar un maravilloso paseo por el campo o conducir velozmente entre las varas con un buen corcel.

—Antes teníamos carruaje y un magnífico caballo —dijo la tía Julia con tristeza.

—El inolvidable Johnny —añadió Mary Jane, riéndose.

La tía Kate y Gabriel se rieron también.

—Y ese Johnny ¿por qué era tan maravilloso? —preguntó el señor Browne.

—El difunto y llorado Patrick Morkan, nuestro abuelo —explicó Gabriel—, a quien todos conocían al final de su vida como el viejo caballero, era fabricante de cola.

—Oh, vamos, Gabriel —exclamó la tía Kate, riendo—, tenía un molino de almidón.

—Bueno, cola o almidón —dijo Gabriel—, el viejo caballero tenía un cuadrúpedo llamado Johnny. Y Johnny trabajaba en el molino del viejo caballero, dando vueltas sin parar para moverlo. Y todo iba muy bien; pero ahora viene la parte trágica de Johnny. Un buen día el viejo caballero decidió ir con la gente de postín a un desfile militar en el parque.

—Qué el Señor se apiade de su alma —dijo la tía Kate, compasiva.

—Amén —respondió Gabriel—. Así que, como iba diciendo, el viejo caballero le puso el arnés a Johnny y, con su mejor chistera y su mejor cuello duro, salió con gran pompa de su mansión ancestral en algún lugar cercano a Back Lane[119], según tengo entendido.

Todo el mundo se rió, incluso la señora Malins, del modo en que Gabriel lo contaba, y la tía Kate dijo:

—Oh, vamos, Gabriel, no vivía en Back Lane. Solo tenía allí el molino.

—Salió de la mansión de sus antepasados —continuó Gabriel— con su carruaje tirado por Johnny. Y todo fue estupendamente hasta que Johnny divisó la estatua del rey Billy[120]; y ya sea porque se enamoró del caballo del rey Billy, o porque creyó estar de vuelta en el molino, el caso es que empezó a dar vueltas a la estatua.

Gabriel caminó en círculo por el vestíbulo con sus chanclos mientras los demás se reían a carcajadas.

—Y siguió dando vueltas y vueltas —prosiguió Gabriel—, y el viejo caballero, que era muy pomposo, montó en cólera y dijo: «¡Vamos, señor! ¿Se puede saber qué pretende? ¡Johnny! ¡Johnny! ¡Qué comportamiento tan insólito! ¡No entiendo a este caballo!».

Las risotadas que siguieron a la imitación de Gabriel se vieron interrumpidas por un golpe contundente en la puerta principal. Mary Jane corrió a abrirla y dejó entrar a Freddy Malins. Éste, con el sombrero en la nuca y los hombros encogidos por el frío, jadeaba y echaba humo después de tanto esfuerzo.

—Solo he podido conseguir un coche de punto —dijo.

—Bueno, ya encontraremos otro en el muelle —señaló Gabriel.

—Sí —dijo la tía Kate—. Más nos vale que la señora Malins no siga en medio de la corriente.

Su hijo y el señor Browne ayudaron a la señora Malins a bajar los escalones de

entrada y, después de muchas maniobras, la encaramaron al carruaje. Freddy Malins subió tras ella y estuvo mucho tiempo colocándola en su asiento, con ayuda de los consejos del señor Browne. Finalmente, Freddy Malins logró acomodarla e invitó al señor Browne a que fuera con ellos. Después de una larga y confusa conversación, el señor Browne entró en el carruaje. El cochero se arrebujó en la manta que llevaba en las rodillas, y se inclinó para que le dijeran cuál era su destino. La confusión aumentó, y Freddy Malins y el señor Browne, sacando la cabeza por sus respectivas ventanillas, le dieron diferentes direcciones. El problema era dónde dejar al señor Browne que les viniera de camino, y la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane se sumaron a la discusión desde el umbral, con órdenes contradictorias e inconsistentes y muchas carcajadas. Freddy Malins, por su parte, se reía tanto que no podía hablar. Metía y sacaba la cabeza por la ventanilla a cada momento, corriendo el peligro de perder el sombrero, y contaba a su madre cómo iba la discusión, hasta que finalmente el señor Browne gritó al desconcertado cochero elevando su voz por encima de todo aquel barullo:

—¿Sabe dónde está el Trinity College?

—Sí, señor —dijo el cochero.

—Pues, cuando se tope con la verja de entrada del Trinity College —dijo el señor Browne—, le explicaré dónde ir. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor —dijo el cochero.

—A toda velocidad al Trinity College.

—Muy bien, señor —dijo el cochero.

El caballo recibió un latigazo y el carruaje se alejó traqueteando por el muelle en medio de un coro de risas y adioses.

Gabriel no había salido al umbral con los demás. Estaba en un rincón oscuro del vestíbulo, con la mirada pendiente de la escalera. Había una mujer en el peldaño más alto, también en la penumbra. Él no podía ver su cara, pero sí los pliegues color terracota y rosa salmón de su falda, que parecía blanca y negra en la oscuridad. Era su mujer. Se apoyaba en la barandilla, escuchando algo. A Gabriel le sorprendió su quietud, y aguzó el oído para escuchar también. Pero solo oyó las risas y la discusión en los escalones de entrada, unos acordes del piano y unas notas cantadas por una voz masculina.

Se quedó inmóvil entre las sombras del vestíbulo, tratando de reconocer la melodía que entonaba aquella voz y mirando a su mujer. Había elegancia y misterio en su porte, como si ella fuera el símbolo de algo. Se preguntó de qué podía ser el símbolo una mujer en la penumbra de una escalera, escuchando una música lejana. Si fuera pintor, la pintaría de ese modo. El sombrero de fieltro azul realzaría el color bronce de su pelo en medio de las tinieblas, y los pliegues oscuros de su falda harían resaltar los claros. Si fuera pintor, *Música lejana* sería el título de ese cuadro.

La puerta principal se cerró; y la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane cruzaron el vestíbulo, riéndose todavía.

—Este Freddy es terrible, ¿verdad? —dijo Mary Jane—. ¡Realmente terrible!

Gabriel no respondió, pero señaló el lugar de la escalera donde estaba su mujer. Ahora que habían cerrado la puerta de entrada, la voz y el piano se oían con más claridad. Gabriel levantó la mano para que guardaran silencio. La canción parecía seguir la antigua escala irlandesa[121] y el cantante parecía inseguro de la letra y de su voz. La voz, que la lejanía y la ronquera del cantante volvían quejumbrosa, iluminaba débilmente la cadencia de la melodía con palabras que expresaban un gran dolor:

la lluvia cae sobre mis mechones
rocío humedece mi piel,
hijo tiene frío…

—¡Oh! —exclamó Mary Jane—. Es Bartell D'Arcy quien canta, y no ha querido hacerlo en toda la noche. Le pediré que cante una canción antes de irse.

—Sí, sí, Mary Jane, por favor —dijo la tía Kate.

Mary Jane pasó rozando a los demás y corrió hacia la escalera, pero, antes de llegar a ésta, el canto cesó y el piano se cerró bruscamente.

—¡Qué pena! —exclamó—. ¿Se va ya el señor D'Arcy, Gretta?

Gabriel oyó a su mujer responder que sí, y la vio bajar hacia ellos. Unos pasos detrás venían el señor Bartell D'Arcy y la señorita O'Callaghan.

—Oh, señor D'Arcy —dijo Mary Jane—, ¡qué malo es usted! ¡Mira que marcharse cuando estamos escuchándolo embelesados!

—No he hecho más que pedírselo toda la noche —dijo la señorita O'Callaghan—, y la señora Conroy también, pero dice que tiene un catarro horrible y no puede cantar.

—Oh, señor D'Arcy —exclamó la tía Kate—, ¡menuda mentira nos ha contado!

—Pero ¿no ven ustedes lo ronco que estoy? —dijo el señor D'Arcy de malos modos.

Se apresuró a entrar en el cuartito de al lado del despacho y se puso el abrigo. Los demás, desconcertados por su rudeza, no supieron qué decir. La tía Kate frunció las cejas e hizo señas a todos para que olvidaran el asunto. El señor D'Arcy se tapó cuidadosamente el cuello con aire malhumorado.

—Es el tiempo —comentó la tía Julia, tras unos instantes de silencio.

—Sí, todo el mundo anda resfriado —dijo enseguida la tía Kate—, todo el mundo.

—Dicen —añadió Mary Jane— que no habíamos tenido tanta nieve en treinta años; y esta mañana he leído en el periódico que está nevando en toda Irlanda.

—Me encanta ver la nieve —dijo la tía Julia, melancólicamente.

—A mí también —exclamó la señorita O'Callaghan—. La Navidad no me parece realmente Navidad sin un buen manto de nieve.

—Pero al pobre señor D'Arcy no le gusta la nieve —dijo la tía Kate, sonriendo.

El señor D'Arcy regresó al vestíbulo, todo abrigado y abotonado, y, en tono

arrepentido, les contó la historia de su catarro. Todos le dieron consejos, le dijeron cuánto lo lamentaban y le pidieron encarecidamente que protegiera su garganta del aire nocturno. Gabriel miró a su mujer, que no intervenía en la conversación. Estaba justo debajo del polvoriento tragaluz en forma de abanico que había sobre la puerta de entrada, y la llama del gas iluminaba el hermoso color bronce de su pelo, que Gabriel había visto cómo ella secaba al fuego pocos días antes. Seguía en la misma postura que antes, y no parecía consciente de lo que decían a su alrededor. Finalmente, se volvió hacia ellos, y Gabriel vio que tenía las mejillas rojas y los ojos brillantes. Una súbita oleada de alegría embargó su corazón.

—Señor D'Arcy —dijo ella—, ¿cómo se llama esa canción que cantaba usted?

—*La joven de Aughrim* —contestó el señor D'Arcy—, pero no la recuerdo bien. ¿Por qué? ¿La conoce?

—*La joven de Aughrim*[122] —repitió ella—. No me acordaba del nombre.

—Es una melodía preciosa —dijo Mary Jane—. Lamento que no tuviera bien la voz esta noche.

—Vamos, Mary Jane —exclamó la tía Kate—, deja en paz al señor D'Arcy. No consentiré que nadie le moleste.

Al ver que todos estaban listos para partir, los guió hasta la puerta, donde se dieron las buenas noches.

—Buenas noches, tía Kate, y gracias por una velada tan agradable.

—Buenas noches, Gabriel. ¡Buenas noches, Gretta!

—Buenas noches, tía Kate, y muchísimas gracias. Buenas noches, tía Julia.

—Oh, buenas noches, Gretta… No te había visto.

—Buenas noches, señor D'Arcy. Buenas noches, señorita O'Callaghan.

—Buenas noches, señorita Morkan.

—Buenas noches de nuevo.

—Buenas noches a todos. Que lleguen bien a casa.

—Buenas noches. Buenas noches.

Aún no había despuntado el alba. Una luz pálida y amarillenta se cernía sobre las casas y el río; y el cielo parecía cada vez más bajo. El suelo estaba fangoso; y solo quedaban retazos de nieve en los tejados, en los parapetos del muelle y en las verjas de la zona. La luz rojiza de las farolas seguía iluminando el ambiente tenebroso, y, al otro lado del río, el Palacio de Justicia se elevaba amenazante sobre un cielo cargado de nubes.

Gretta caminaba delante de él junto al señor Bartell D'Arcy, con los zapatos bajo el brazo, envueltos en un papel marrón, y la falda recogida para no mancharse de barro. Ya no había elegancia en su porte, pero los ojos de Gabriel seguían brillando de júbilo. La sangre corría impetuosa por sus venas; y los pensamientos bullían en su cerebro, orgullosos, alegres, tiernos, audaces.

Ella caminaba delante de él tan grácil y tan erguida que Gabriel sintió el deseo de correr tras ella sin hacer ruido, agarrarla por los hombros y decirle algo estúpido y

cariñoso al oído. Le parecía tan frágil que quería defenderla de algo y después quedarse a solas con ella. Momentos de su vida íntima explotaron como estrellas en su memoria. Junto a la taza del desayuno, un sobre color heliotropo qué el acariciaba con la mano. Unos pájaros gorjeaban en la hiedra y una cortina iluminada por el sol reverberaba en el suelo: era tan feliz que no podía comer. En un andén abarrotado de gente, él dejaba un billete en la cálida palma del guante de ella. A su lado, a la intemperie, contemplaba entre las rejas de una ventana a un hombre que fabricaba botellas en un horno rugiente. Hacía mucho frío. El rostro de Gretta, fragante en medio del aire glacial, estaba muy cerca del suyo; y ella de pronto gritó al hombre del horno:

—¿Quema mucho el fuego, señor?

Pero el hombre no le oyó con el estruendo del horno. Tanto mejor. Quizá le hubiera contestado de malos modos.

Otra oleada de alegría, más tierna aún, escapó de su corazón y recorrió cual cálido torrente sus arterias. Como el dulce fuego de las estrellas, momentos de su vida en común, que nadie conocía ni conocería nunca, iluminaron su memoria. Tuvo ganas de rememorarlos con ella, de hacerle olvidar los años de su monótona vida juntos y recordar solo los instantes de éxtasis. Pues los años, sentía, no habían colmado ni su alma ni la de ella. Ni los hijos, ni los escritos de él, ni el gobierno de la casa en el caso de ella habían colmado el dulce fuego de sus almas. En una carta que él le había escrito entonces, decía: «¿Por qué palabras como éstas me parecen tan frías y anodinas? ¿Será porque no existe una palabra lo bastante tierna para llamarte?».

Al igual que una música lejana, estas líneas escritas años antes le llegaron desde el pasado. Deseaba estar a solas con ella. Cuando todos se hubieran ido, cuando los dos estuvieran en la habitación del hotel, estarían juntos y a solas. Él le diría dulcemente:

—¡Gretta!

Quizá ella no le oyera enseguida: estaría desvistiéndose. Pero algo en su voz le llamaría la atención. Ella se volvería y lo miraría…

En la esquina de Winetavern Street encontraron un coche de punto. Gabriel se alegró de su ruidoso traqueteo, pues le libró de la obligación de conversar. Ella miraba por la ventanilla y parecía fatigada. Los demás hablaron muy poco, señalando algún edificio o alguna calle. El caballo galopó cansino bajo el cielo tenebroso de la madrugada, arrastrando pegado a él su viejo carricoche traqueteante; y Gabriel volvía a estar en un carruaje con ella, galopando hacia un barco, galopando hacia su luna de miel.

Cuando el coche de punto cruzó el puente de O’Connell, la señorita O’Callaghan comentó:

—Dicen que nadie cruza el puente de O’Connell sin ver un caballo blanco.

—Esta vez he visto a un hombre blanco —dijo Gabriel.

—¿Dónde? —preguntó el señor Bartell D’Arcy.

Gabriel señaló la estatua[123], cubierta de retazos de nieve. Luego la saludó familiarmente con la cabeza y con la mano.

—Buenas noches, Dan —dijo con alegría.

Cuando el carruaje se detuvo ante el hotel, Gabriel se apeó de un salto y, a pesar de las protestas del señor Bartell D'Arcy, pagó al cochero. Le dio un chelín de propina. El hombre se despidió de él diciendo:

—Que tenga un próspero año, señor.

—Y usted también —respondió Gabriel, cordialmente.

Gretta se apoyó en su brazo para salir del coche y mientras, de pie en la acera, daba a los demás las buenas noches. Se apoyó en su brazo con delicadeza, con la misma delicadeza que cuando había bailado con él unas horas antes. Gabriel se había sentido entonces orgulloso y feliz; feliz porque era suya, orgulloso de su elegancia y de su porte de mujer casada. Pero ahora que se habían avivado en él tantos recuerdos, el primer roce de su cuerpo, musical, extraño y perfumado, le hizo sentir una fuerte punzada de deseo. Amparado en el silencio de ella, apretó su brazo contra él; y, ante la puerta del hotel, tuvo la impresión de que ambos habían escapado de su vida y deberes, del hogar y de los amigos, y huían juntos con el corazón radiante y salvaje en busca de una nueva aventura.

Un anciano dormitaba en el vestíbulo en un enorme sillón con dosel. Encendió una vela en la recepción y los guió hasta la escalera. Le siguieron en silencio, con el ruido sordo de sus pisadas en la espesa alfombra que cubría los peldaños. Gretta subió detrás del portero, con la cabeza inclinada, los frágiles hombros encorvados como si cargara algo y la falda ciñéndole el cuerpo. Él habría abrazado sus caderas y la habría obligado a detenerse, pues su deseo de poseerla era tan acuciante que le temblaban los brazos, y solo contuvo el violento impulso de su cuerpo clavándose las uñas en la palma de la mano. El portero se paró en la escalera para enderezar la vela que estaba goteando. Ellos se pararon también, un escalón más abajo. En medio del silencio, Gabriel oyó cómo caía la cera derretida en la palmatoria, así como los latidos de su corazón bajo las costillas.

El portero les condujo a lo largo del pasillo y abrió una puerta. Dejó su inestable vela en un pequeño tocador y les preguntó a qué hora tenían que despertarlos.

—A las ocho —dijo Gabriel.

El portero señaló el interruptor de la luz eléctrica y empezó a murmurar unas disculpas, pero Gabriel le interrumpió:

—No necesitamos más luz. La de la calle es suficiente. Y, oiga —añadió, señalando la vela—, podría usted hacernos el favor de llevarse ese bonito objeto.

El portero volvió a coger la vela, aunque muy despacio, sorprendido de algo tan insólito. Después farfulló las buenas noches y se fue. Gabriel cerró la puerta con llave.

La luz espectral de una farola de la calle arrojaba un largo rayo desde la ventana hasta la puerta. Gabriel tiró el abrigo y el sombrero en un sofá y cruzó la habitación

para acercarse a la ventana. Bajó la vista para mirar la calle, tratando de calmarse un poco. Después se dio la vuelta y se apoyó en una cómoda, de espaldas a la luz. Gretta se había quitado el sombrero y la capa, y estaba frente a un espejo oscilante, desabrochándose la cintura. Gabriel se quedó en silencio unos instantes, contemplándola, y dijo:

—¡Gretta!

Ella se alejó del espejo lentamente y caminó por el rayo de luz hacia él. Su rostro parecía tan serio y fatigado que las palabras no salieron de los labios de Gabriel. No, todavía no era el momento.

—Pareces cansada —dijo.

—Sí, un poco —respondió ella.

—¿Te encuentras mal?

—No, cansada; nada más.

Ella se dirigió a la ventana y se quedó allí, mirando fuera. Gabriel esperó de nuevo y entonces, temiendo que le dominara su timidez natural, dijo bruscamente:

—¡Por cierto, Gretta…!

—¿Qué pasa?

—¿Sabes que ese pobre Malins…? —se apresuró a añadir.

—Sí. ¿Qué le ocurre?

—Bueno, el pobre muchacho es honrado, a fin de cuentas —continuó Gabriel con una voz que no parecía suya—. Me ha devuelto el soberano que le presté, y la verdad es que no esperaba que lo hiciera. Es una pena que no se quite de encima a ese Browne, porque, en realidad, no es mala persona.

Gabriel estaba muy contrariado. ¿Por qué parecía ella tan ausente? Él no sabía cómo empezar. ¿Estaría ella también disgustada por algo? ¡Ojalá se volviera hacia él o se le acercara espontáneamente! Poseerla en un momento así sería brutal. No, antes tenía que ver un poco de pasión en sus ojos. Deseó ser amo y señor de su inexplicable estado de ánimo.

—¿Cuándo le prestaste esa libra? —preguntó ella, poco después.

Gabriel se esforzó por contenerse y no empezar a maldecir al borracho de Malins y su libra. Deseaba gritarle desde el fondo de su alma, estrechar su cuerpo, dominarla. Pero dijo:

—Oh, en Navidad, cuando abrió la pequeña tienda de tarjetas navideñas en Henry Street.

Estaba tan inflamado de furia y de deseo que no la oyó acercarse desde la ventana. Gretta se detuvo unos instantes delante de él, mirándolo de un modo extraño. Luego, poniéndose de puntillas y apoyando dulcemente las manos en sus hombros, le besó.

—Qué generoso eres, Gabriel —dijo.

Gabriel, estremeciéndose de placer ante lo inesperado de su beso y de su comentario, le acarició el pelo y empezó a alisárselo hacia atrás, rozándolo apenas

con los dedos. Recién lavado, lo tenía suave y brillante. El corazón de Gabriel rebosaba de felicidad. Justo cuando más lo ansiaba, ella se le había acercado voluntariamente. Tal vez sus pensamientos discurrieran paralelos. Tal vez Gretta, percibiendo su impetuoso deseo, hubiera querido ceder. Ahora que ella había ido a él tan fácilmente, se preguntaba el porqué de su timidez.

Siguió sosteniendo su cabeza entre las manos. Después, deslizando rápidamente un brazo por su cuerpo y estrechándola, dijo en voz baja:

—Gretta, querida, ¿en que estás pensando?

Ella no contestó, y se resistió ligeramente a su abrazo. Él dijo de nuevo, muy bajito:

—Cuéntamelo, Gretta. Creo que puedo adivinarlo, ¿no es así?

Ella tardó en responder. Luego dijo, echándose a llorar:

—Me acuerdo de esa canción, *La joven de Aughrim*.

Se separó de él y corrió al costado de la cama, donde se dejó caer con los brazos extendidos y ocultó el rostro. Gabriel se quedó inmóvil unos instantes, después la siguió. Al pasar por delante del espejo de pie, se vio reflejado de cuerpo entero: la ancha y ceñida pechera de la camisa, la cara cuya expresión siempre le desconcertaba, y la brillante montura dorada de sus gafas. Se detuvo a escasos pasos de ella y dijo:

—¿Qué le pasa a esa canción? ¿Por qué te hace llorar?

Ella levantó la cabeza de entre los brazos y se enjugó los ojos con el dorso de la mano, como una niña.

—¿Por qué, Gretta? —preguntó él, en un tono más cariñoso del que pretendía.

—Me recuerda a una persona que la cantaba hace mucho tiempo.

—Y ¿quién era esa persona de hace tanto tiempo? —dijo Gabriel, sonriendo.

—Una persona que conocí en Galway cuando vivía con mi abuela —respondió ella.

La sonrisa desapareció del rostro de Gabriel. Una ira sorda empezó a adueñarse de nuevo del fondo de su pensamiento y el fuego tibio de su deseo se avivó furiosamente en sus venas.

—¿Alguien de quien estabas enamorada? —preguntó, irónico.

—Era un muchacho que conocía —contestó ella—; se llamaba Michael Furey. Cantaba esa canción, *La joven de Aughrim*. Era muy delicado.

Gabriel guardó silencio. No quería que su mujer pensara que sentía interés por ese muchacho tan delicado.

—Me parece estar viéndolo —dijo ella, poco después—. ¡Con aquellos ojos tan grandes y tan oscuros! Y aquella expresión… ¡aquella expresión!

—Oh, ¿entonces estabas enamorada de él? —dijo Gabriel.

—Salía a pasear con él —respondió ella— cuando estaba en Galway.

Una idea cruzó por la imaginación de Gabriel.

—Tal vez por eso querías ir a Galway con Molly Ivors —dijo con frialdad.

Ella lo miró y preguntó desconcertada:

—¿Para qué?

Sus ojos hicieron que Gabriel se sintiera incómodo. Se encogió de hombros y dijo:

—¡Yo qué sé! Para verlo quizá.

Ella dejó de mirarlo y, en silencio, recorrió con la vista el rayo de luz que llegaba hasta la ventana.

—Está muerto —dijo finalmente—. Murió a los diecisiete años. ¿No es algo terrible morir tan joven?

—¿A qué se dedicaba? —preguntó Gabriel, aún con ironía.

—Trabajaba en la fábrica de gas —dijo ella.

Gabriel se sintió humillado por el fracaso de su tono burlón y por la evocación de aquella imagen de entre los muertos, un muchacho de la fábrica de gas. Mientras él recordaba su vida íntima juntos, lleno de ternura, alegría y deseo, ella había estado comparándolo con otro. Le asaltó una vergonzosa conciencia de sí mismo. Se vio como una figura ridícula, el chico de los recados de sus tías, un sentimental nervioso y bienintencionado, que soltaba discursos a los ignorantes e idealizaba su grotesca lascivia, el tipo fatuo y digno de lástima que había visto reflejado en el espejo. Instintivamente, se puso más de espaldas a la luz para que ella no viera la vergüenza que ardía en su frente.

Gabriel trató de mantener el tono de fría interrogación, pero su voz sonó humilde e inexpresiva.

—Supongo que estabas enamorada de ese Michael Furey, Gretta —dijo.

—Éramos muy amigos en aquel tiempo —respondió ella.

Su voz era tenue y triste. Gabriel, consciente de lo inútil que sería llevarla donde él pretendía, le acarició una mano y preguntó, también con tristeza:

—Y ¿de qué murió tan joven, Gretta? De tuberculosis, ¿verdad?

—Creo que murió por mi culpa —contestó ella.

Un terror indefinido atenazó a Gabriel ante esta respuesta, como si, en una hora que él había esperado de triunfo, algún ser impalpable y vengativo se dispusiera a atacarle, reuniendo fuerzas contra él en su mundo nebuloso. Pero se sobrepuso con ayuda de la razón y siguió acariciando la mano de Gretta. No le hizo más preguntas, pues comprendió que ella se lo contaría todo. Tenía la mano caliente y húmeda: no respondía a su cariñoso roce, pero él siguió acariciándola como había acariciado la primera carta de ella una mañana de primavera.

—Fue en invierno —dijo Gretta—, al principio del invierno en que yo iba a dejar a mi abuela para venir al convento de Dublín. Y él estaba muy enfermo en su alojamiento de Galway, y no le dejaban salir. Ya habían escrito a su familia de Oughterard. Decían que tenía tisis o algo así. Nunca lo supe exactamente.

Hizo una breve pausa y suspiró.

—Pobre muchacho —dijo—. Me quería mucho y era tan dulce y amable.

Salíamos a pasear juntos, ¿sabes, Gabriel?, como hacen en el campo. Él habría estudiado canto de no haber sido por su enfermedad. Pobre Michael Furey, tenía una voz preciosa.

—Y ¿qué pasó? —preguntó Gabriel.

—Cuando llegó el momento de marcharme de Galway y venir al convento, había empeorado y no me dejaron verlo, así que le escribí que me iba a Dublín y volvería en verano, y que esperaba que entonces se encontrara mejor.

Se calló unos instantes para dominar su voz, después continuó:

—La noche anterior a mi partida, estaba en casa de la abuela en Nun’s Island[124], preparando el equipaje, cuando oí que tiraban guijarros a mi ventana. El cristal estaba tan mojado que no podía ver nada, así que bajé corriendo las escaleras y me escabullí por la puerta de atrás; y allí estaba el pobre muchacho, al fondo del jardín, temblando de frío.

—Y ¿no le dijiste que se fuera a casa? —preguntó Gabriel.

—Le supliqué que se fuera enseguida y le dije que aquella lluvia lo mataría. Pero me contestó que no deseaba vivir. ¡Me parece estar viendo sus ojos! Estaba al final de la valla, donde había un árbol.

—Y ¿se fue a casa? —quiso saber Gabriel.

—Sí, se fue a casa. Y, cuando yo llevaba solo una semana en el convento, se murió y lo enterraron en Oughterard, de donde era su familia. ¡Ay, el día en que me enteré de que había muerto!

Empezó a llorar a lágrima viva y, sumida en el desconsuelo, se tiró boca abajo en la cama y sollozó sobre el edredón. Gabriel sostuvo su mano un poco más, sin saber qué hacer, y luego, temeroso de importunarla en su dolor, la soltó con delicadeza y se dirigió sin hacer ruido a la ventana.

Estaba profundamente dormida.

Gabriel, apoyado en un codo, miró unos instantes sin resentimiento su cabello enmarañado y su boca entreabierta, escuchando su respiración acompasada. Así pues, había vivido aquella historia de amor: un hombre había muerto por ella. Apenas le dolía ya pensar en el papel tan pobre que, como marido, le había tocado desempeñar en su vida. La observó mientras dormía, como si ellos dos nunca hubieran sido marido y mujer. Los ojos curiosos de Gabriel se posaron un rato en su cara y en su pelo: y, mientras imaginaba cómo habría sido entonces, en los días de su primera belleza juvenil, sintió una extraña y amorosa compasión por ella. No se habría dicho siquiera a sí mismo que su rostro ya no era hermoso, pero sabía que ya no era el rostro por el que Michael Fury había desafiado a la muerte.

Quizá no le había contado toda la historia. Miró la silla donde ella había tirado algunas de sus prendas de vestir. Una cinta de la enagua rozaba el suelo. Una bota estaba en posición vertical, con la caña doblada; su pareja yacía de costado. Recordó

el caos de emociones que se había desatado en él una hora antes. ¿Cuál había sido su origen? La cena de las tías, su ridículo discurso, el vino y el baile, el jolgorio al despedirse en el vestíbulo, el placer de pasear bajo la nieve a la orilla del río. ¡Pobre tía Julia! Ella pronto sería también una sombra con la sombra de Patrick Morkan y su caballo. Mientras cantaba *Vestida para la boda*, Gabriel había percibido unos instantes en su rostro macilento ese aire de otro mundo. Pronto, quizá, se vería sentado en esa misma sala, vestido de negro, con el sombrero de seda en las rodillas. Las persianas estarían bajadas, y la tía Kate se sentaría a su lado llorando, sonándose la nariz y contándole cómo había muerto Julia. Él buscaría en su cabeza palabras que pudieran consolarla, pero todas serían huecas e inútiles. Sí, sí: eso ocurriría muy pronto.

El aire de la habitación le heló los hombros. Cautelosamente, se tumbó cuan largo era bajo las sábanas, al lado de su mujer. Uno por uno, todos se convertían en sombras. Mejor adentrarse con temeridad en ese otro mundo, en el apogeo de una pasión, que consumirse y marchitarse miserablemente con la edad. Pensó en cómo la mujer que yacía a su lado había guardado en el corazón durante años aquella imagen de los ojos de su amado al decirle que no deseaba vivir.

Lágrimas generosas llenaron los ojos de Gabriel. Nunca había sentido algo así por una mujer, pero sabía que ese sentimiento tenía que ser amor. Con los ojos anegados en llanto y en medio de la penumbra, creyó vislumbrar la silueta de un joven bajo un árbol del que caían gotas de lluvia. Había otras siluetas al lado. Su espíritu se había acercado a esa región donde moran las innúmeras huestes de los muertos. Era consciente, aunque no pudiera aprehenderla, de su existencia trémula y caprichosa. Su propia identidad se desvanecía en un mundo gris e impalpable: el mundo sólido, en el que esos muertos se habían criado y vivido en otro tiempo, se esfumaba y desaparecía.

Unos golpecitos en el cristal le hicieron volverse hacia la ventana. Había empezado a nevar de nuevo. Contempló somnoliento cómo los copos, oscuros y plateados, caían oblicuamente en la luz de la farola. Había llegado el momento de que él emprendiera su viaje al oeste. Sí, los periódicos tenían razón: nevaba en toda Irlanda. La nieve caía en cada rincón de la sombría llanura central, y en las montañas peladas, caía suavemente en el tremedal de Allen y, más al oeste, en las negras y revueltas olas del Shannon. Caía, también, en cada rincón del solitario cementerio de la colina donde Michael Furey yacía enterrado. Cubría con un grueso manto las cruces torcidas y las lápidas, los espinos yermos, las puntas de lanza de la pequeña verja de entrada. Su espíritu se desvanecía poco a poco mientras oía la nieve caer suavemente de uno a otro extremo del universo y, como el descenso de su último trance, sobre todos los vivos y los muertos.

Cuento de Navidad

Dino Buzzati

(1945)

Traducción

Mercedes Corral

Dino Buzzati (1906-1972) nació en Belluno, en Italia, en el seno de una familia acomodada. Tras estudiar Derecho en la Universidad de Milán, empezó a trabajar de cronista en el *Corriere della Sera*, el periódico con el que colaboró toda su vida. Fue enviado especial en Jerusalén, Praga, Tokio, Nueva York, entre otras ciudades. En 1933 publicó *Barnabo de las montañas*, que obtuvo un notable éxito, y dos años después *El secreto del bosque viejo*. Su consagración como escritor llegaría con *El desierto de los tártaros* (1940), su obra maestra, que le convirtió en una de las figuras más destacadas de la literatura italiana del siglo XX. Escribió, asimismo, numerosos relatos para el *Corriere della Sera* y otras publicaciones, que más tarde recopiló en varios volúmenes. «El más mágico de los escritores italianos», según Indro Montanelli, murió en Milán a los sesenta y cinco años.

«Cuento de Navidad» («Racconto di Natale») se publicó en el *Corriere della Sera* el 25 de diciembre de 1945 con el título «Lunga ricerca nella notte di Natale». Posteriormente se incluyó en *Sesenta relatos* (Mondadori, Milán, 1958), con el que Buzzati ganaría el Premio Strega, máximo galardón literario en Italia. De ambiente clerical, alterna, de una forma realmente original, lo devoto y lo absurdo.

El antiguo palacio arzobispal es tétrico y con ojivas, y sus muros rezuman salitre. En las largas noches de invierno, vivir en él es un suplicio. La catedral colindante es inmensa, se tardaría más de una vida en recorrerla por completo, y en ella hay tal maraña de capillas y sacristías que, después de siglos de abandono, aún quedan algunas prácticamente inexploradas. ¿Qué hará el día de Nochebuena el descarnado arzobispo completamente solo, mientras la ciudad entera está de fiesta? ¿Cómo logrará vencer la melancolía?, se pregunta la gente. Todos cuentan con algún consuelo: el niño tiene un tren y un Pinocho, su hermanita una muñeca, la madre a sus hijos alrededor, el enfermo una nueva esperanza, el viejo solterón a su compañero de libertinaje, el preso la voz de otro preso en la celda contigua. ¿Qué hará el arzobispo? El diligente don Valentino, secretario de su excelencia, sonreía al oír hablar así a la gente. El día de Nochebuena el arzobispo tiene a Dios. Arrodillado totalmente solo en medio de la catedral gélida y desierta, a primera vista podría inspirar pena, pero ¡si la gente supiera! Totalmente solo no está, y tampoco tiene frío ni se siente abandonado. En Nochebuena, Dios inunda el templo para el arzobispo, las naves rebosan literalmente de él, hasta el punto de que las puertas apenas pueden cerrarse. Y, aunque no hay estufas, hace tanto calor que las viejas culebras blancas se despiertan en los sepulcros de los históricos abades y suben por los respiraderos de los sótanos, asomando amablemente la cabeza por los confesionarios.

Así es como estaba aquella noche la catedral: desbordante de Dios. Y, aunque sabía que no era tarea suya, don Valentino se entretenía, acaso con demasiada voluntad, en preparar el reclinatorio del prelado. Los abetos, los pavos y el champán no hacían ninguna falta. Ésa sí era una auténtica Nochebuena. En estos pensamientos estaba, cuando oyó que llamaban a la puerta. «¿Quién llamará a la puerta de la catedral el día de Nochebuena? —se preguntó don Valentino—. ¿Acaso no han rezado todavía lo suficiente? ¿Qué mosca les habrá picado?». Pese a todo, fue a abrir y, junto a una ráfaga de viento, entró un pobre harapiento.

—¡Cuánto Dios! —exclamó éste con una sonrisa, mirando a su alrededor—. ¡Qué maravilla! Se siente incluso desde fuera. Monseñor, ¿no me podría dejar un poquito? Piense que es Nochebuena.

—Es de su excelencia el arzobispo —respondió el cura—. Lo necesitará dentro de un par de horas. Su excelencia lleva ya la vida de un santo, ¡no pretenderás que ahora renuncie también a Dios! Y además yo nunca he sido monseñor.

—¿Ni un poquito, reverendo? ¡Hay tanto! ¡Su excelencia ni siquiera lo notaría!

—Te he dicho que no… Puedes irte… La catedral está cerrada al público —y despidió al mendigo con un billete de cinco liras.

Pero, en cuanto el desdichado salió de la iglesia, Dios desapareció. Asustado, don

Valentino miró a su alrededor, escrutando las bóvedas tenebrosas: tampoco estaba allí arriba. El espectacular aparato de columnas, estatuas, baldaquinos, altares, catafalcos, candelabros y paños, normalmente tan misterioso y poderoso, se había vuelto de repente inhospitalario y siniestro. Y dentro de un par de horas el arzobispo bajaría.

Preocupado, don Valentino entreabrió una de las puertas que daban al exterior y miró en la plaza. Nada. Tampoco allí fuera, pese a ser Nochebuena, había rastro de Dios. De las mil ventanas encendidas llegaban ecos de risas, de copas rotas, de músicas e incluso de blasfemias. Pero nada de campanas ni cantos.

Don Valentino salió en plena noche y se fue por las calles profanas, entre el estruendo de banquetes desenfrenados. Pero él sabía dónde debía ir. Cuando entró en la casa, la familia estaba sentándose a la mesa. Todos se miraban benévolamente entre sí y alrededor de ellos había un poco de Dios.

—Feliz Navidad, reverendo —dijo el cabeza de familia—. ¿Quiere sentarse?

—Tengo prisa, amigos —respondió él—. Por un descuido mío, Dios ha abandonado la catedral y su excelencia irá a rezar dentro de poco. ¿No me podrían dar el suyo? Al fin y al cabo, ustedes están acompañados, no lo necesitan para nada.

—Querido don Valentino —dijo el cabeza de familia—, me parece que ha olvidado usted que hoy es Nochebuena. ¿Precisamente hoy deberían prescindir mis hijos de Dios? Me sorprende usted, don Valentino.

Y en el mismo momento en que el hombre hablaba así, Dios se fue de la habitación, las sonrisas dichosas desaparecieron y el capón asado parecía arena entre los dientes.

Así pues, don Valentino volvió a ponerse en camino, en plena noche, por las calles desiertas. Caminó y caminó y por fin lo volvió a ver. Había llegado a las puertas de la ciudad y frente a él, en la oscuridad, se extendía la gran campiña, ligeramente blanquecina por la nieve. Sobre los prados y las hileras de moreras, ondeaba Dios, como si estuviera esperando. Don Valentino se postró.

—Pero ¿qué hace, reverendo? —le preguntó un campesino—. ¿Quiere coger una enfermedad con este frío?

—Mira allí arriba, hijo. ¿No ves nada?

El campesino miró sin extrañarse:

—Sí, es nuestro —dijo—. Todos los años viene a bendecir nuestros campos en Nochebuena.

—Escucha —dijo el cura—. ¿No me podrías dar un poco? En la ciudad nos hemos quedado sin él, incluso las iglesias están vacías. Déjame un poquito para que el arzobispo pueda al menos pasar una Nochebuena en condiciones.

—¡Ni hablar, querido reverendo! ¡A saber qué repugnantes pecados han cometido en su ciudad! ¡Es culpa de ustedes! Arréglenselas como puedan.

—Seguro que hemos pecado. Pero ¿quién no peca? Puedes salvar muchas almas, hijo, solo con decirme que sí.

—¡Bastante tengo con salvar la mía! —rió sarcásticamente el campesino y, en el

mismo momento en que lo decía, Dios se alzó de sus campos y desapareció en la oscuridad.

Don Valentino se fue a buscar todavía más lejos. Dios parecía volverse cada vez más escaso. Quienes tenían un poco no querían cederlo y, en el preciso momento en que se negaban a compartirlo, Dios desaparecía, alejándose cada vez más.

Entonces don Valentino llegó a los límites de un páramo enorme, al fondo del cual, justo en el horizonte, resplandecía suavemente Dios, como una nube alargada. El cura se postró en la nieve:

—¡Espérame, Señor! —suplicaba—. ¡Por mi culpa el arzobispo se ha quedado solo, y esta noche es Nochebuena!

Pese a tener los pies helados, se echó a andar en medio de la niebla. Se hundía hasta la rodilla y de vez en cuando caía al suelo cuan largo era. ¿Cuánto resistiría?

Hasta que oyó un coro de voces angélicas difuso y conmovedor y vio un rayo de luz en medio de la niebla. Abrió una puertecita de madera: al otro lado había una iglesia enorme y, en el centro, rodeado de algunas velas, se encontraba un cura rezando. La iglesia estaba llena de paraíso.

—Hermano —gimió don Valentino al límite de sus fuerzas, helado—, tenga piedad de mí. Por mi culpa, mi arzobispo se ha quedado solo y necesita a Dios. Dame un poco, te lo ruego.

El hombre que estaba rezando se volvió lentamente. Y al reconocerlo, Valentino se puso más pálido si cabe.

—Feliz Nochebuena, don Valentino —exclamó el arzobispo saliendo a su encuentro, completamente rodeado de Dios—. Bendito muchacho, ¿dónde te habías metido? ¿Se puede saber qué has ido a buscar en esta noche de perros?

La Navidad de un niño en Gales

Dylan Thomas

(1952)

Traducción

María José Chuliá García

Dylan Thomas (1914-1953) nació en Swansea, en Gales, hijo de un profesor de escuela y escritor frustrado. De una gran precocidad, al terminar la escuela secundaria, trabajó en el *South Wales Evening*, entre otras publicaciones. A los dieciocho años se marchó a Londres, donde en 1934 publicó *Dieciocho poemas,* obra muy elogiada por la crítica. Con *Veinticinco poemas* se afianzó en el mundo literario de Londres, y con *Mapa de amor* (1939) se consagró como máximo representante del movimiento poético Nuevo Apocalipsis. Alcanzó su plenitud poética con *Defunciones y nacimientos* (1946). Contrajo matrimonio con Caitlin MacNamara, con quien tendría tres hijos, y se estableció en Laugahrne. Escribió más de cuatrocientos poemas y una veintena de cuentos, así como guiones radiofónicos y de televisión. Sus lecturas públicas y sus grabaciones para la BBC tuvieron tanto éxito que hizo cuatro giras por Estados Unidos. En su cuarto viaje, sufrió un coma etílico después de una intensa y prolongada depresión y falleció en un hospital de Nueva York a los treinta y nueve años.

«La Navidad de un niño en Gales» («A Child's Christmas in Wales») es un texto radiofónico que Dylan Thomas grabó en 1952. La historia se publicó por primera vez en 1954 (New Directions Publishing, Nueva York). Tradición, memoria e infancia se unen en este curioso relato autobiográfico.

Por aquellos años, las navidades se parecían tanto unas a otras en aquel remoto pueblo pesquero, sin ningún otro ruido que el murmullo de voces distantes que sigo oyendo algunas veces antes de dormir, que nunca consigo recordar si estuvo nevando durante seis días con sus noches cuando yo tenía doce años, o si nevó durante doce noches y doce días cuando tenía seis.

Las navidades fluyen como una luna fría e inquietante que avanzara por el cielo que aboveda nuestra calle de camino al traicionero mar; y se detienen en el borde de las olas de aristas glaciales —verdaderos congeladores de peces—, y yo hundo las manos en la nieve y desentierro cualquier cosa que pueda encontrar. Me veo sepultando la mano en ese festivo montón, blanco como la lana y con forma de campana con lengua, que descansa al borde de un mar que entona villancicos, y me vienen a la memoria la señora Prothero y los bomberos.

Todo sucedió una tarde de Nochebuena; me encontraba en el jardín de la señora Prothero con su hijo Jim esperando a que aparecieran los gatos. Estaba nevando. Siempre nevaba en Navidad. Diciembre, en mis recuerdos, era blanco como Laponia aunque sin renos. Pero sí había gatos. Con las manos envueltas en calcetines, pacientes, heladas y encallecidas, esperábamos a los felinos para tirarles bolas de nieve. Lustrosos y grandes como jaguares, con unos bigotes horribles, salivando y gruñendo, se deslizarían sobre los blancos muros del jardín trasero avanzando furtivamente, mientras Jim y yo, cazadores de ojos de lince, tramperos vestidos con gorro de piel y zapatos mocasines procedentes de la bahía del Hudson, allende Mumbles Road, apuntaríamos al verde de sus ojos y les tiraríamos las bolas.

Los gatos eran muy listos y no aparecían nunca. Nosotros, cual tiradores árticos calzados como esquimales, estábamos tan quietos en el silencio amortiguado de las nieves eternas —eternas del miércoles anterior— que ni siquiera oímos el primer grito de la señora Prothero, que surgió de su iglú al fondo del jardín. O si lo oímos lo confundimos con la lejana provocación de nuestro enemigo y presa, el gato polar del vecino. Sin embargo, el tono de voz aumentó rápidamente.

—¡Fuego! —gritó la señora Prothero mientras golpeaba el gong que se usaba para avisar cuando la cena estaba lista.

Salimos corriendo hacia la casa atravesando el jardín con las bolas de nieve en los brazos; efectivamente, salía humo del comedor. La señora Prothero anunciaba la ruina como los pregoneros de Pompeya y el gong seguía resonando. Esto era mejor que todos los gatos de Gales dispuestos en fila sobre el muro. De un salto, entramos en la casa cargados con las bolas de nieve y nos paramos en la puerta, que seguía

abierta; todo estaba lleno de humo.

Verdaderamente, algo se estaba quemando; quizá fuera el señor Prothero, que tenía la costumbre de echarse allí una cabezada con un periódico sobre la cara después de comer. Pero no; él estaba en medio de la sala exclamando: «¡Qué navidades tan buenas!». mientras aventaba el humo con una zapatilla.

—Llamad a los bomberos —gritaba la señora Prothero mientras golpeaba el gong.

—No van a estar —decía el señor Prothero—. Es Navidad.

Las llamas no se veían; solo había nubes de humo, y en medio de ellas se encontraba el señor Prothero agitando su zapatilla como si fuera el director de la orquesta.

—Haced algo —dijo. En ese mismo instante, lanzamos todas las bolas de nieve al humo (yo creo que no le acertamos al señor Prothero) y salimos corriendo de la casa rumbo a la cabina de teléfono.

—Vamos a llamar también a la policía —dijo Jim.

—Y a la ambulancia.

—Y a Ernie Jenkins; a él le gustan los fuegos.

Pero solo llamamos a los bomberos, que llegaron poco después en su camión. Aparecieron tres hombres altos con sus cascos puestos y metieron una manguera en la casa. El señor Prothero salió justo a tiempo, antes de que abrieran el grifo. Posiblemente nadie haya vivido una Nochebuena con tantos avatares. Y, después de que los bomberos, que aún seguían en la sala mojada y humeante, cerraran la manguera, la tía de Jim, la señorita Prothero, bajó las escaleras y les miró fijamente; Jim y yo esperábamos entretanto, muy quietos, para oír qué les decía. Ella siempre sabía qué decir. Se quedó mirando a los tres bomberos, ahí tan altos y con sus cascos brillantes en medio del humo y de las cenizas, y de las bolas de nieve que empezaban a derretirse, y dijo:

—¿Les gustaría leer algo?

Hace muchos muchos años, cuando yo era un crío, cuando había lobos en Gales y los pájaros del color de las enaguas de franela roja se marchaban a toda prisa sobrevolando las colinas con forma de arpa, cuando cantábamos y nos revolcábamos toda la noche y todo el día en cuevas que olían como las tardes de los domingos en los fríos y húmedos salones de las casas de campo, y perseguíamos con las quijadas de los diáconos a los ingleses y a los osos, antes del motor de explosión, antes de la rueda, de las yeguas con cara de duquesa, cuando montábamos a caballo sin silla por las suaves y alegres pendientes, entonces nevaba sin cesar. Pero aquí aparece un niño que va diciendo:

−El año pasado también nevó. Hice un muñeco de nieve y mi hermano lo tiró y yo tiré a mi hermano, y después nos pusieron la merienda.

—Ahora bien, aquélla no era la misma nieve, creo yo. Nuestra nieve no solo caía a cubos del cielo, sino que cubría el suelo como con un chal y flotaba, y se acumulaba en los brazos, las manos y el cuerpo de los árboles; la nieve crecía de la noche a la mañana sobre los tejados de las casas como un musgo puro y viejo; cubría minuciosamente los muros como hace la hiedra, y se depositaba como una muda y entumecida tormenta de blancos pedazos de postales navideñas sobre el cartero que abría la verja.

—¿Había también carteros?

—Con los ojos lacrimosos, las narices como cerezas por culpa del viento, y unos mitones puestos, caminaban hasta las puertas sobre sus anchos y congelados pies. Y la nieve crujía a su paso. Entonces, llamaban con unos modos muy varoniles. Pero lo único que los niños oían eran las campanas.

—¿Quieres decir que cuando el cartero llamaba a la puerta, toc-toc, sonaban campanas?

—Quiero decir que las campanas que los niños oían sonaban en su interior.

—Yo solo oía truenos algunas veces, pero nunca campanas.

—También sonaban las campanas de la iglesia.

—¿En su interior?

—No, no, no; me refiero al campanario, que, aunque era negro como un murciélago, estaba teñido de blanco por la nieve, y en él repicaban obispos y cigüeñas. Y anunciaban sus noticias por el pueblo vendado, por la congelada espuma de las cuestas de polvo y de helado, por el crepitante mar. Era como si en Navidad todas las iglesias retumbaran de júbilo debajo de mi ventana, como si las veletas con forma de gallo cacarearan sobre nuestra valla.

—Pero vuelve a los carteros.

—No eran más que simples carteros, encantados con sus caminatas, con los perros, con las navidades, con la nieve. Llamaban a las puertas con los nudillos morados…

—La nuestra tiene una aldaba negra.

—Y después se quedaban sobre la alfombra blanca que daba la bienvenida en los diminutos porches; respiraban con fuerza y resoplaban, formando fantasmas con su aliento, y pasaban de un pie a otro dando saltitos, como los niños que quieren salir.

—¿Y luego los regalos?

—Y luego los regalos, después del aguinaldo. Y el cartero, aterido, con la nariz colorada y en forma de botón, bajaba haciendo eses por la congelada y rutilante cuesta por la que nosotros nos deslizábamos encima de una bandeja de té. Tenía las botas llenas de hielo, como un hombre con zuecos de pescadero. Sacudía su bolso como si fuera una giba de camello solidificada, daba la vuelta a la esquina sobre un pie con gran rapidez, y cuando te dabas cuenta —¡Dios mío!— había desaparecido.

—Vuelve a los regalos.

—Estaban los regalos útiles: tapabocas de los antiguos tiempos de los carruajes,

mitones hechos para perezosos gigantes, bufandas de cebra fabricadas con un material como la goma sedosa que se estiraban hasta las polainas, deslumbrantes boinas escocesas hechas de almazuelas como las fundas de las teteras, y gorros de disfraz de conejo y pasamontañas para las víctimas de las tribus reductoras de cabezas; las tías, que siempre llevaban prendas de punto en contacto directo con la piel, dejaban ásperos chalecos de lana con pelo; y entonces te preguntabas cómo les podía quedar a ellas piel alguna; y una vez me encontré un morral de los de los caballos hecho a ganchillo por una de mis tías, la cual, desafortunadamente, no volvió a relinchar entre nosotros. Y libros sin dibujos sobre los que los pequeños, a pesar de estar avisados con «eso no se hace», patinarían en el estanque del granjero Giles; de hecho un día lo hicieron y terminaron hundiéndose; y libros que contaban todo sobre la avispa, excepto el porqué.

—Sigue ahora con los regalos inútiles.

—Bolsas con muñequitos de gominola húmeda de muchos colores y una bandera doblada y una nariz falsa y una capucha de conductor de tranvía y una máquina que picaba billetes y tocaba una campana; nunca un tirachinas; una vez, por un error que nadie pudo explicar, un hacha pequeña; y un pato de goma que, cuando lo apretabas, hacía un ruido que no parecía el de un pato, sino más bien un «muu» que más se asimilaba al maullido que podría emitir un gato ambicioso, deseoso de convertirse en vaca; y un cuaderno de dibujo en el que podía pintar la hierba o los árboles o el mar o los animales del color que se me antojara; y las ovejas azul cielo brillante siguen rumiando inalterables en un campo bermellón bajo unos pájaros amarillentos que tienen el pico de los colores del arcoíris. Caramelos duros y blandos de toffee, de dulce de leche y variados, caramelos crujientes, de menta, galletitas, helados, mazapán y dulce de café con leche galés para los galeses. Y tropas de brillantes soldaditos de latón que, si bien no podían luchar, podían correr perfectamente. Y juegos de la oca. Y sencillos mecanos para ingenieros en potencia, con todas las instrucciones. ¡Sí! ¡Serían sencillos para Leonardo! Y un silbato para que ladren los perros y despierten al anciano de la puerta de al lado, que entonces empieza a golpear con el bastón en su pared y termina tirando el cuadro de la nuestra. Y una cajetilla de cigarros: te ponías uno en la boca y te quedabas en una esquina de la calle esperando en vano, horas y horas, a que una anciana te regañara por fumar, momento en el cual le dabas un bocado con una sonrisita. Y después venía el desayuno bajo los globos.

—Y ¿venían tus tíos, como pasa en casa?

—En navidades siempre venían algunos tíos. Siempre los mismos. Y todas las mañanas, por Navidad, con el silbato de molestar a los perros y los cigarros de azúcar, yo escudriñaba la tapizada ciudad buscando las noticias del mundo en miniatura, y siempre encontraba algún pájaro muerto al lado de la oficina de Correos o de los columpios abandonados y teñidos de blanco; quizá un petirrojo con todos sus brillos apagados menos uno. Hombres y mujeres volvían de misa abriéndose camino con palas entre la nieve, con la nariz colorada como si hubieran salido de la taberna y

con las mejillas curtidas por el viento; se apiñaban, todos albinos, juntando sus compactas y discordantes plumas negras para hacer frente a la nieve hostil. El muérdago colgaba de las abrazaderas del gas en todos los salones; al lado de las cucharillas de postre había jerez y nueces y botellas de cerveza y galletas crujientes; y los gatos, con sus abrigos de piel, observaban el fuego; y el rescoldo, acumulado en un gran montón, lanzaba chispas; todo estaba listo para las castañas y los atizadores calientes. Algunos de los hombres, los más orondos, tíos míos casi sin ninguna duda, se sentaban en los salones, se quitaban el cuello de la camisa y saboreaban sus nuevos puros sujetándolos pensativos con el brazo estirado, se los llevaban de nuevo a la boca, tosían un poco, y volvían a sujetarlos otra vez como esperando a que explotaran; y algunas de las tías, las más enjutas, a quienes echaban de la cocina o de cualquier sitio que tuviera que ver con la comida, se sentaban en el mismo borde de la silla, muy dignas y tiesas, con miedo a romperse, como las copas y las salseras desgastadas.

No había muchos que se atrevieran aquellas mañanas a caminar por las calles llenas de montones de nieve: había un anciano que, siempre con un bombín beige y guantes amarillos y, en esta época del año, con polainas para la nieve, daba siempre un paseo hasta el blanco campo de bolos a buen ritmo, ida y vuelta, y lo hacía tanto con lluvia como a pleno calor, fuera el día de Navidad o el del juicio final; alguna vez vi a dos jóvenes lozanos, con sendas pipas, grandes y candentes, sin abrigos y con las bufandas al viento, que paseaban despacio y sin hablar hasta el desamparado mar para abrir el apetito, para airear los malos humos, quién sabe, o con la intención de meterse en las olas hasta que no quedara nada de ellos salvo las dos espirales de humo de su inextinguible pipa. Entonces me marché a casa rápidamente, y los aromas a salsas de cenas ajenas, el olor a ave, a coñac, a pudín y a carne picada empezaron a llegar sinuosos hasta mis orificios nasales, cuando de un montón de nieve que había a un lado de la carretera salió un chico, que era mi viva imagen; llevaba un cigarro con la punta rosa y le quedaban restos de un ojo morado. Arrogante como un camachuelo, me miró de reojo.

Me pareció tan odioso, tanto por su aspecto como por los ruidos que hacía, que estuve a punto de ponerme en la boca mi silbato para perros y borrarle de la faz de la Navidad, cuando de repente, guiñando su ojo amoratado, introdujo en la boca su silbato y sopló de una manera tan estridente, tan alto, tan exquisitamente alto, que sin duda, a lo largo de toda la nevada calle por la que retumbó aquel ruido, las caras voraces se asomaron a las ventanas profusamente adornadas, pegándose contra los cristales con sus mofletes llenos de ganso.

Para cenar había pavo y pudín flambeado, y después de la cena los tíos se sentaron junto al fuego, se desabrocharon los botones, colocaron sus grandes y sudorosas manos sobre las cadenas de los relojes, refunfuñaron un rato y se quedaron dormidos. Madres, tías y hermanas correteaban de aquí para allá, llevando las soperas. La tía Bessie, a la que ya había asustado dos veces con un ratón de cuerda,

gimoteaba junto al aparador mientras se bebía un vino de saúco. El perro estaba vomitando. La tía Dosie se tuvo que tomar tres aspirinas, y la tía Hannah, a la que le gustaba el oporto, estaba en medio del patio trasero, inaccesible por la nieve, cantando como un zorzal de gran pechera. Yo inflaba los globos para comprobar lo grandes que podían llegar a ser; y cuando estallaban —cosa que hacían uno tras otro —, los tíos daban un bote y murmuraban. Aquella tarde, abundante y pesada, mientras los tíos resoplaban como ballenatos y la nieve seguía cayendo, yo me senté entre festones y lámparas chinas mordisqueando unos dátiles, tratando de hacer el prototipo de una fragata, siguiendo las instrucciones para ingenieros en potencia, pero terminé por construir algo que podía confundirse con un tranvía marino.

Otras veces salía rechinando con mis brillantes botas nuevas al mundo de las nieves. Continuaba hasta el promontorio que había junto al mar, buscaba a Jim y a Dan y a Jack, y paseábamos en silencio a través de las calles tranquilas, dejando unas grandes y profundas huellas en las ocultas aceras.

—Apuesto algo a que la gente cree que han pasado unos hipopótamos.

—¿Qué harías si vieras un hipopótamo bajando por nuestra calle?

—Haría esto: ¡pam! Le arrojaría sobre los raíles y le echaría rodando cuesta abajo para después hacerle cosquillas debajo de la oreja; él menearía la cola.

—¿Qué harías si vieras dos hipopótamos?

Cuando pasamos por la casa del señor Daniel vimos a los hipopótamos con los costados de hierro que se dirigían hacia nosotros bramando, golpeándose y rechinando por la nieve resbaladiza.

—Dejémosle al señor Daniel una bola de nieve en su buzón.

—Mejor escribamos algo en la nieve.

—Escribamos: «El señor Daniel se parece a un spaniel corriendo por su pradera».

Otras veces, caminábamos por el litoral nevado.

—¿Los peces podrán ver que está nevando?

El cielo, silencioso y encapotado, se deslizaba suavemente hasta el mar. Ahora nos habíamos convertido en unos viajeros cegados por el reflejo de la nieve, perdidos en medio de las colinas del norte, cuando vimos a unos perros inmensos con papada y un barril colgando del cuello que venían hacia nosotros despacio, en desorden, recitando *Excelsior*[125] entre ladridos. Volvimos a casa por unas calles solitarias en las que solo había algunos chicos manoseando con sus dedos rojos y desnudos la nieve repleta de rodaduras; nos silbaron, pero, mientras subíamos con esfuerzo la cuesta, sus voces fueron desapareciendo entre los graznidos de los pájaros del puerto y las sirenas de los barcos que estaban en medio de la erizada bahía. Y después, a la hora del té, los tíos se mostraban alegres; y en el centro de la mesa aparecía la tarta glaseada como una lápida de mármol. La tía Hannah echaba ron al té, por aquello de que una vez al año no hace daño.

Desempolvemos ahora las increíbles historias que contábamos junto al fuego mientras la luz de gas burbujeaba como un buceador. Los fantasmas ululaban como

los búhos en aquellas largas noches en las que no me atrevía ni a mirar sobre mi hombro; los animales se ocultaban en los chiribitiles que había debajo de la escalera y el contador del gas avanzaba, tic-tic-tic. Y recuerdo una vez que fuimos a cantar villancicos: no asomaba ni una rodajita de luna que alumbrara las calles vacías. Al final de una carretera muy larga había un camino que llevaba a una casa enorme, y aquella noche nos tropezamos con la oscuridad del camino, todos aterrados, todos con una piedra en la mano por si acaso, todos demasiado orgullosos para decir ni una sola palabra. El viento soplaba a través de los árboles y hacía ruidos como los de los abominables hombres primitivos que resuellan en las cavernas, con sus patas posiblemente palmeadas. Alcanzamos la casa. Era una mole negra.

—¿Qué vamos a cantarles? ¿*Hark the Herald*?

—No —dijo Jack—. Mejor, *Good King Wenceslas*. A la de tres.

Una, dos y tres, y empezamos a cantar; nuestras voces sonaban alto y aparentemente distantes en la oscuridad tapizada por la nieve, alrededor de aquella casa habitada por alguien a quien no conocíamos. Estábamos muy juntos, los unos pegados a los otros, cerca de la lóbrega puerta.

od King Wencelas looked out
the Feast of Stephen…[126]

Y después, una vocecita seca, como la de alguien que no ha hablado durante mucho tiempo, se unió a nosotros; una voz susurrante, áspera y discordante, que sonó desde el otro lado de la puerta; una voz baja y desapacible que surgió de la cerradura. Y cuando paramos de correr estábamos ya enfrente de nuestra casa; el salón estaba precioso; los globos flotaban bajo las botellas de agua caliente de las lámparas de carburo; todo estaba en orden de nuevo y la ciudad relucía.

—A lo mejor era un fantasma —dijo Jim.

—A lo mejor era un trol —dijo Dan, que siempre estaba leyendo.

—Vamos adentro a comprobar si queda algo de gelatina —dijo Jack. Y eso fue lo que hicimos.

En la noche de Navidad siempre sonaba algo de música. Un tío tocaba el violín, un primo cantaba *Cherry Ripe*, y otro tío *Drake’s Drum*. En nuestra pequeña casa hacía mucho calor. La tía Hannah, que se había pasado al vino de chirivías, cantó una canción sobre los corazones heridos y la muerte, y después otra en la que decía que su corazón era como el nido de un pájaro; y después todos volvieron a reír; y después yo me fui a la cama. Mirando por la ventana de mi dormitorio la luz de la luna y la nieve interminable del color del humo, pude ver las luces de las ventanas de las otras casas que había en nuestra cuesta, y escuchar la música que surgía de ellas en aquella noche larga y tranquila. Apagué la lámpara de gas y me metí en la cama. Dediqué algunas palabras a la cercana y santa oscuridad, y después me dormí.

El regalo

Ray Bradbury

(1952)

Traducción

Marta Salís

Ray Bradbury (1920-2012) nació en Waukegan, en Illinois. Su familia se mudó varias veces hasta establecerse en Los Ángeles. A los dieciocho años empezó a vender periódicos para ganarse la vida, y, como era un ávido lector, decidió formarse y pasar la mayor parte de su tiempo en la biblioteca leyendo libros. Escribió cuentos y novelas de distintos géneros, pero se le conoce sobre todo como autor de ciencia ficción por dos obras emblemáticas: *Crónicas marcianas* (1950), una colección de relatos sobre la colonización del planeta Marte que cambió para siempre el género fantástico y entusiasmó a Borges, y *Fahrenheit 451* (1953), una hermosa fábula sobre la perennidad de la lectura. Bradbury trabajó también como guionista en muchas películas (escribió el guión de *Moby Dick* para John Huston) y series de televisión, y fue autor de ensayos y poemas. Existe un asteroide llamado Bradbury en su honor. Murió a los noventa y un años en Los Ángeles.

«El regalo» («The Gift») apareció por primera vez en la revista *Esquire* en diciembre de 1952. Posteriormente sería uno de los relatos incluidos en *Remedio para melancólicos* (1960). Por lo que se ve, en 2052, por Navidad, los niños seguirán queriendo que sus padres los hagan felices… con vistosos regalos.

Al día siguiente sería Navidad y, mientras los tres se dirigían a la base de lanzamiento, los padres estaban preocupados. Era el primer vuelo espacial de su hijo, su primer viaje en cohete, y querían que todo fuera perfecto. Por eso, cuando en la aduana les obligaron a dejar el regalo, que pesaba unos gramos más de lo permitido, y el arbolito con sus bonitas velas blancas, les pareció como si les hubieran despojado de la celebración navideña y de su amor.

El niño los esperaba en la terminal. Mientras iban hacia él, después de discutir en vano con los oficiales interplanetarios, los padres se dijeron en voz baja:

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada, nada. No *podemos* hacer nada.

—¡Estúpidas normas!

—¡Con la ilusión que le hacía el árbol!

La sirena aulló, y los pasajeros corrieron al cohete de Marte. Los padres entraron los últimos, y el niño, entre ellos, pálido y silencioso.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo el padre.

—¿Qué…? —preguntó el niño.

El cohete despegó, y se vieron lanzados a la oscuridad del espacio.

El cohete siguió avanzando con una estela de fuego, y dejó atrás la Tierra, el 24 de diciembre del 2052, para dirigirse a un lugar donde no existía el tiempo, ni los meses, ni los años, ni las horas. Los pasajeros durmieron el resto del primer «día». Hacia medianoche, según la hora terráquea que marcaban sus relojes neoyorquinos, el niño se despertó y dijo:

—Quiero mirar por el portillo.

Solo había un portillo, una gran «ventana» de cristal increíblemente grueso, en la cubierta superior.

—Todavía no —dijo el padre—. Te llevaré más tarde.

—Quiero ver dónde estamos y adónde vamos.

—Quiero que esperes por un motivo —dijo el padre.

Había estado despierto, volviéndose de un lado para otro, pensando en el regalo abandonado, en la fiesta de Navidad, en el árbol perdido y las velas blancas. Y, finalmente, hacía apenas cinco minutos, creía haber tenido una idea. Si conseguía ponerla en práctica, el viaje sería maravilloso.

—Hijo mío —dijo—, dentro de media hora exactamente será Navidad.

—Oh —exclamó la madre consternada, pues no quería que se lo dijera. Esperaba, de algún modo, que el pequeño lo olvidara.

La cara del niño se animó. Le temblaron los labios.

—Sí, ya lo sé. Tendré un regalo, ¿verdad? ¿Tendré un árbol? ¿Tendré un árbol?

Me lo prometisteis…

—Sí, sí, todo eso y mucho más —contestó el padre.

—Pero… —empezó a decir la madre.

—Lo digo en serio —dijo el padre—. Lo digo completamente en serio. Y ahora disculpadme. Enseguida vuelvo.

Los dejó solos unos veinte minutos. Cuando regresó, sonreía.

—¡Qué poco falta!

—¿Me prestas tu reloj? —preguntó el niño.

Le dieron el reloj, que el pequeño sujetó entre los dedos mientras continuaba su tictac en medio del fuego, del silencio y del movimiento imperceptible del cohete.

—¡*Ya* es Navidad! ¡Navidad! ¿Dónde está mi regalo?

—Vamos a verlo —dijo el padre, cogiéndole del hombro.

Salieron de la cabina, bajaron a la entrada y subieron por una rampa; la madre los seguía.

—No entiendo nada —repetía ella.

—Enseguida lo entenderás. Ya hemos llegado.

Se detuvieron ante la puerta cerrada de una gran cabina. El padre llamó tres veces, y luego dos, en código. La puerta se abrió, y llegó hasta ellos la luz de la cabina y un murmullo de voces.

—Entra, hijo —dijo el padre.

—Está oscuro.

—Te llevaré de la mano. Vamos, mamá.

Entraron en la cabina y la puerta se cerró; el interior estaba realmente oscuro. Y apareció ante ellos un gigantesco ojo de cristal, de un metro y medio de alto por dos de ancho, por el que se veía el espacio.

El niño se quedó sin aliento.

Detrás de él, el padre y la madre se quedaron también sin aliento; y, en medio de la oscuridad, varias personas empezaron a cantar.

—Feliz Navidad, hijo —exclamó el padre.

Las voces de la cabina entonaron los viejos y familiares villancicos; el niño avanzó lentamente y aplastó la cara contra el cristal helado del portillo. Y se quedó un montón de tiempo mirando el espacio, la noche profunda y el resplandor, el resplandor de cien mil millones de maravillosas velas blancas…

Una Navidad

Truman Capote

(1982)

Traducción

Paula Brines

Truman Streckfus Persons (1924-1984), más conocido como **Truman Capote**, nació en Nueva Orleans. Sus padres se divorciaron cuando tenía cuatro años e, hijo único, pasó su niñez yendo de una casa de familiares a otra, hasta que el segundo marido de su madre, un cubano apellidado Capote, lo adoptó y se lo llevó con ellos a Nueva York. Escritor precoz, a los diecisiete años consiguió un trabajo en *The New Yorker*, donde empezó a publicar artículos y cuentos. Su primera novela, *Otras voces, otros ámbitos* (1948), le hizo famoso de la noche a la mañana. Comenzaron entonces sus años de gloria con colaboraciones en Broadway y en Hollywood, y otros éxitos sonados como *Desayuno en Tiffany's* (1958). La cima de su carrera llegó con la publicación de *A sangre fría* (1966), que le convirtió en el padre de la *non-fiction novel* y en un pionero del Nuevo Periodismo. Entre sus últimas obras destaca *Música para camaleones* (1980). Truman Capote falleció en Los Ángeles a los cincuenta y nueve años.

«Una Navidad» («One Christmas») apareció por primera vez en la revista *Ladies' Home Journal* en diciembre de 1982. Sería la última obra publicada en vida del autor. En este cuento aparentemente nostálgico, la Navidad se vive en un ambiente enrarecido y extrañamente sexy, donde la decepción de las ilusiones (incluso de las religiosas) halla sin embargo su recomposición y su remedio.

Para Gloria Dumphy

Primero, un breve preámbulo autobiográfico. Mi madre, mujer excepcionalmente inteligente, era la chica más guapa de Alabama. Todo el mundo lo decía, y era verdad. A los dieciséis años se casó con un hombre de negocios de veintiocho que provenía de una buena familia de Nueva Orleans. El matrimonio duró un año. Ella era demasiado joven tanto para ser madre como para ser esposa; era además demasiado ambiciosa: quería ir a la universidad para tener una carrera. De modo que dejó a su marido; y, por lo que a mí se refiere, me puso al cuidado de su numerosa familia de Alabama.

Durante años, rara vez vi a ninguno de mis padres. Mi padre tenía asuntos en Nueva Orleans, y mi madre, tras graduarse, empezaba a abrirse camino por sí misma en Nueva York. En lo que a mí me concernía, ésta no era una situación desagradable. Era feliz donde me hallaba. Tenía a muchos parientes amables conmigo, tías y tíos y primos y, especialmente, a una prima ya mayor, con el pelo canoso, una mujer ligeramente tullida llamada Sook. Señorita Sook Faulk. Tenía otros amigos, pero ella era, con mucho, mi mejor amiga.

Fue Sook quien me habló de Papá Noel, de su barba abundante, su traje rojo y su ruidoso trineo cargado de regalos, y yo la creí, del mismo modo que creía que todo era voluntad de Dios, o del Señor, como siempre le llamó Sook. Si tropezaba, o me caía del caballo, o pescaba un gran pez en el riachuelo, bueno, para bien o para mal, todo era por voluntad del Señor. Y eso fue lo que dijo Sook al recibir las alarmantes noticias de Nueva Orleans: mi padre quería que yo fuera a pasar con él la Navidad.

Lloré. No quería ir. Nunca había salido de aquella aislada y pequeña ciudad de Alabama, rodeada de bosques, granjas y ríos. Jamás me acostaba sin que Sook me peinara el pelo con los dedos y me besara para darme las buenas noches. Además, me asustaban los extraños, y mi padre era un extraño. A pesar de haberlo visto varias veces, su imagen se confundía en mi memoria; ignoraba qué aspecto tenía. Pero como decía Sook: «Es la voluntad del Señor. Y, quién sabe, Buddy, quizás hasta veas la nieve».

¡Nieve! Hasta que aprendí a leer por mí mismo, Sook me leyó muchos cuentos, y parecía haber cantidad de nieve en la mayoría de ellos. Deslumbrantes copos de ensueño deslizándose por los aires. Era algo con lo que soñaba; algo mágico y misterioso que deseaba ver y sentir y tocar. Por supuesto, ni Sook ni yo no lo habíamos hecho nunca; ¿cómo habríamos podido hacerlo viviendo en un lugar tan caluroso como Alabama? No sé cómo pudo pensar que yo vería nieve en Nueva Orleans, ya que Nueva Orleans es aún más calurosa. Pero qué más da. Intentaba

infundirme coraje para emprender el viaje.

Me dieron un traje nuevo. Me colgaron en la solapa una tarjeta con mi nombre y mi dirección. Eso, por si me perdía. El caso es que iba a hacer el viaje solo. En autobús. En fin, todos pensaron que estaría a salvo con mi tarjeta. Todos, menos yo. Estaba asustado; enfadado. Furioso con mi padre, ese extraño, que me forzaba a abandonar mi casa y a separarme de Sook por Navidad.

Se trataba de un viaje de más de setecientos kilómetros, poco más o menos. Mi primera parada fue Mobile. Allí, cambié de autobús, y viajé horas y horas por tierras pantanosas a lo largo de la costa hasta llegar a una ciudad ruidosa, con tranvías tintineantes y mucha gente peligrosa con pinta extranjera.

Era Nueva Orleans.

Y, de pronto, al bajar del autobús, un hombre me rodeó con sus brazos y me exprimió la respiración; reía y lloraba; un hombre alto y apuesto, riendo y llorando. Dijo:

—¿No me conoces? ¿No conoces a tu padre?

Yo había enmudecido. No dije una sola palabra hasta que, al fin, mientras íbamos ya en un taxi, le pregunté:

—¿Dónde está?

—¿La casa? No muy lejos.

—No, la casa no. La nieve.

—¿Qué nieve?

—Creía que habría un montón de nieve.

Me miró con extrañeza, pero acabó por reír.

—Nunca ha nevado en Nueva Orleans. Al menos que yo sepa. Pero escucha: ¿oyes ese trueno? Seguro que va a llover.

No sé qué es lo que más me asustaba, si el trueno, los fulminantes rayos que lo seguían, o mi padre. Aquella noche, al acostarme, seguía lloviendo. Recité mis oraciones y recé para estar pronto de vuelta en casa con Sook. No sabía cómo iba a poder dormirme sin que ella me diera el beso de las buenas noches. Lo cierto es que no conseguía dormirme, de modo que me puse a pensar en lo que iba a traerme Papá Noel. Quería un cuchillo con el mango de nácar. Y un gran rompecabezas. Un sombrero de vaquero con un lazo de rodeo. Un rifle BB para matar gorriones. (Años más tarde, tuve una escopeta BB con la que maté un sinsonte y un mirlo, y jamás he podido olvidar cuánto lo sentí y cuánta pena me dio; nunca volví a matar otra cosa, y todos los peces que pesqué los devolví al agua). También quería una caja de lápices. Y, más que cualquier otra cosa, una radio, pero sabía que era imposible: no conocía ni a diez personas que tuvieran radio. Recordarán que era la época de la Depresión, y en el Profundo Sur eran pocas las casas que tenían radio o refrigerador.

Mi padre tenía las dos cosas. Parecía tenerlo todo: un coche con el asiento trasero descubierto, por no hablar de una casita color rosa en el Barrio Francés, con balcones de hierro forjado y un patio interior ajardinado, lleno de flores y refrescado por una

fuente en forma de sirena. También tenía media docena, por no decir toda una docena, de amigas. Al igual que mi madre, mi padre no había vuelto a casarse; pero los dos tenían admiradores asiduos, y, quisiéranlo o no, antes o después recorrieron el camino del altar; en realidad, mi padre lo recorrió seis veces.

Pueden, pues, comprobar que tenía un gran encanto; y, de hecho, parecía seducir a la mayoría de la gente, a todos menos a mí. Eso era lo que me azaraba tanto, siempre arrastrándome de aquí para allá para que conociera a sus amigos, a todos, desde el banquero hasta el barbero que le afeitaba cada día. Y, naturalmente, a todas sus amigas. Y lo que es peor: se pasaba el tiempo besándome, achuchándome y presumiendo de mí. ¡Me sentía tan avergonzado! Primero, no había nada de que presumir. Yo era un auténtico chico de campo. Creía en Jesús y rezaba concienzudamente mis oraciones. Estaba convencido de que existía Papá Noel. Y, en mi casa de Alabama, excepto para ir a la iglesia, nunca llevaba zapatos, ni en invierno ni en verano.

Era una auténtica tortura ser arrastrado por las calles de Nueva Orleans dentro de aquellos zapatos fuertemente atados, calientes como el infierno, tan pesados como de plomo. No sé qué era peor, si los zapatos o la comida. En mi casa estaba acostumbrado al pollo a la parrilla, a las verduras estofadas, a las judías con mantequilla, a pan de maíz y a otras cosas reconfortantes. Pero ¡esos restaurantes de Nueva Orleans! Nunca olvidaré mi primera ostra, era como un mal sueño deslizándose por mi garganta; tuvieron que transcurrir décadas antes de que volviera a tragar otra. En cuanto a toda esa comida criolla cargada de especias, solo pensarlo me da acidez. No señor, yo añoraba las galletas recién sacadas del horno, la leche fresca de vaca y la melaza casera.

Mi pobre padre no tenía ni idea de cuán desgraciado era yo, en parte porque nunca dejé que lo notara ni porque jamás se lo dije; en parte porque, aunque mi madre protestara, él se las había ingeniado para conseguir mi custodia legal durante las vacaciones de Navidad.

Me decía:

—Di la verdad, ¿no quieres venir a vivir aquí conmigo, en Nueva Orleans?

—No puedo.

—¿Qué significa que no puedes?

—Añoro a Sook. Añoro a Queenie; tenemos un conejito de Indias muy divertido. Lo queremos mucho.

Dijo mi padre:

—¿Es que a mí no me quieres?

Dije yo:

—Sí.

Pero la verdad es que, a excepción de Sook y de Queenie y de unos pocos primos y de un retrato de mi hermosa madre al lado de la cama, no tenía una idea muy clara de lo que significaba querer.

Pronto lo descubrí. La víspera de Navidad, mientras caminábamos por Canal Street, me paré en seco, extasiado ante un objeto mágico que vi en el escaparate de una gran tienda de juguetes. Era la maqueta de un avión lo bastante grande como para sentarse dentro y pedalear como en una bicicleta. Era verde y tenía una hélice roja. Estaba convencido de que, si pedaleaba con la suficiente energía, ¡el avión despegaría y levantaría el vuelo! ¡Habría sido en todo caso fantástico! Ya podía ver a mis primos allí abajo mientras yo volaba por entre las nubes. ¡Ver para creer! Reí; reí y reí. Fue la primera vez que mi padre pareció sentirse a gusto conmigo, aunque no sabía qué me había parecido tan divertido.

Aquella noche recé para que Papá Noel me trajera el avión.

Mi padre había comprado ya un árbol de Navidad, y estuvimos un montón de tiempo en un supermercado eligiendo cosas para adornarlo. Entonces cometí un error. Coloqué un retrato de mi madre bajo el árbol. En el momento en que mi padre lo vio, se puso pálido y empezó a temblar. Yo no sabía qué hacer. Pero él sí. Fue hacia un armario y sacó de él una botella y un vaso largo. Reconocí la botella porque todos mis tíos de Alabama tenían muchas exactamente iguales. ¡Puro Moonshine, licor destilado ilegalmente durante la Prohibición! Llenó el vaso y se lo bebió de un trago. Hecho esto, fue como si el retrato se hubiera desvanecido.

Esperé, pues, la Nochebuena y el siempre excitante advenimiento del orondo Papá Noel. Por supuesto, jamás había visto ese enorme y ruidoso gigante con la panza hinchada dejarse caer por la chimenea y exhibir alegremente su generosidad debajo de un árbol de Navidad. Mi primo Billy Bob, que era un miserable enanito, pero que tenía un cerebro como un puño de hierro, afirmaba que todo eso era una tontería, que no existía semejante criatura.

—¡Vaya! —dijo—. Creer que Papá Noel existe es como creer que una mula es un caballo.

Esta disputa tenía lugar en la plaza del pequeño juzgado. Le contesté:

—Existe Papá Noel porque lo que hace es voluntad del Señor, y todo lo que es voluntad del Señor es verdad.

Y, escupiendo en el suelo, Billy Bob se alejó:

—¡Bueno, al parecer, tenemos a otro predicador entre nosotros!

Siempre me hacía a mí mismo la promesa de no dormir en Nochebuena, quería oír el baile saltarín del reno en el tejado y quedarme allí, al pie de la chimenea, esperando a Papá Noel para saludarle. Y, en aquella Nochebuena en particular, nada me parecía más fácil que quedarme despierto.

La casa de mi padre tenía tres pisos y siete habitaciones, algunas espaciosas, sobre todo las tres que daban al jardín del patio: el salón, el comedor y una sala de música para los que querían bailar, tocar música y jugar a las cartas. Los dos pisos superiores estaban adornados con balcones de hierro forjado, cuyos intrincados barrotes verde oscuro se hallaban delicadamente entrelazados con buganvilla y rizadas guirnaldas de orquídeas, planta esta que parece un lagarto chasqueando su

lengua roja. Era el tipo de casa ostentosa con suelos encerados, algún mimbre por aquí y algún terciopelo por allá. Podría haber sido confundida con la casa de un rico; era más bien la casa de un hombre con pretensiones de elegancia. Para un pobre (pero feliz) chico descalzo de Alabama, era todo un misterio el modo en que se las arreglaba para satisfacer esta aspiración.

No había en cambio misterio alguno en lo que se refiere a mi madre, quien, tras graduarse en la universidad, se esforzaba por ejercer todos sus encantos mientras luchaba por encontrar en Nueva York un novio que pudiera permitirse vivir en pisos de Sutton Place y adquirir abrigos de marta cibelina. No, los recursos de mi padre le eran de sobra conocidos, aunque nunca mencionara el asunto hasta años después, cuando ya había podido comprarse collares de perlas que colgaban de su cuello envuelto en pieles.

Había ido a visitarme a uno de esos internados esnobs de Nueva Inglaterra (donde mi enseñanza era costeada por su rico y generoso marido), cuando algo que comenté la enfureció; gritó:

—¡Conque no sabes por qué vive tan bien! Yates y cruceros por las islas griegas. Pues por ¡sus mujeres! Piensa en esa larga lista. Todas viudas. Todas ricas. Muy ricas. Y todas mucho mayores que él. Demasiado viejas para que cualquier joven sensato se case con ellas. Es por lo que eres su único hijo. Y ésta es la razón por la que jamás volveré a tener otro; yo era demasiado joven para tener hijos, pero él era una bestia, acabó conmigo, me estropeó.

Just a gigolo, everywhere I go, people stop and stare… Moon, moon over Miami… This is my first affair, so please be kind… Hey, mister, can you spare a dime?… Just a gigolo, everywhere I go, people stop and stare…[127]

Mientras estuvo hablando (yo intentaba no escuchar, porque, al decirme que mi nacimiento había acabado con ella, estaba ella acabando conmigo), estas melodías, u otras semejantes, rondaban por mi cabeza. Me ayudaban a no escucharla, y me recordaban la extraña e inolvidable fiesta que dio mi padre en Nueva Orleans en aquella Nochebuena.

Iluminaron el patio de velas, al igual que las tres habitaciones que daban a él. La mayoría de los invitados estaban reunidos en el salón, donde en la chimenea un pálido fuego arrancaba destellos al árbol de Navidad; otros muchos bailaban en la sala de música y en el patio a los acordes de un gramófono. Tras haber sido presentado a los invitados y agasajado por todos, me enviaron arriba; pero, desde la terraza detrás de la contraventana francesa de la puerta de mi habitación, podía ver toda la fiesta, observar a las parejas mientras bailaban. Vi a mi padre bailando un vals con una mujer elegante alrededor del estanque que rodeaba la fuente de la sirena. Era realmente elegante, y llevaba un ligero vestido plateado que relucía a la luz de las velas; pero era mayor, como mínimo diez años mayor que mi padre, quien, en aquella época, tenía treinta y cinco.

De pronto me di cuenta de que mi padre era, con mucho, el más joven de su

fiesta. Ninguna de las mujeres, por encantadoras que fueran, era más joven que la esbelta bailadora de vals con el ondulante traje plateado. Lo mismo ocurría con los hombres, quienes, en su mayoría, fumaban aromáticos puros habanos; más de la mitad eran lo suficientemente viejos para ser padres de mi padre.

Vi entonces algo que me hizo parpadear. Mi padre y su ágil acompañante se habían desplazado sin dejar de bailar hasta un lugar semioculto por las orquídeas; se abrazaban y se besaban. Me quedé tan sobrecogido, tan *furioso*, que corrí a mi habitación, salté dentro de la cama y me tapé la cabeza con las sábanas. ¿Qué podía querer mi joven y apuesto padre de una vieja como aquélla? Y por qué ¿toda esa gente ahí abajo no se iba de una vez para que Papá Noel pudiera entrar? Estuve horas despierto oyendo cómo se marchaban los invitados y, cuando mi padre dio las buenas noches por última vez, oí cómo subía las escaleras y abría la puerta de mi dormitorio para echar un vistazo; pero me hice el dormido.

Muchas cosas ocurrieron que me tuvieron despierto toda la noche. Primero, las pisadas, el ruido de mi padre subiendo y bajando las escaleras, respirando con dificultad. Tenía que ver qué hacía. Me escondí en el balcón, entre la buganvilla. Desde allí tenía una visión completa del salón, del árbol de Navidad y de la chimenea, donde todavía ardían pálidas llamas. Además, podía ver a mi padre. Andaba a gatas por debajo del árbol disponiendo una pirámide de paquetes. Envueltos en papel púrpura, y rojo y dorado, y azul y blanco, crujían levemente cuando él los movía. Me sentía aturdido, ya que lo que veía me obligaba a reconsiderarlo todo. Si se suponía que estos regalos eran para mí, obviamente no habían sido enviados por el Señor ni repartidos por Papá Noel; no, eran regalos comprados y envueltos por mi padre. Lo que significaba que mi detestable primito Billy Bob, y otros tan detestables como él, no mentían cuando se burlaban de mí y me decían que no existía Papá Noel. El peor pensamiento era: ¿sabía Sook la verdad y me había mentido? No, Sook nunca me habría mentido. Ella *creía*. Eso era, aunque tuviera sesenta y tantos años, de alguna manera era al menos tan niña como yo.

Estuve observando hasta que mi padre terminó su tarea y apagó las pocas velas que aún quedaban encendidas. Esperé hasta asegurarme de que estaba en la cama y dormía. Entonces bajé silenciosamente hasta el salón, que todavía olía a gardenias y a puros habanos.

Me senté allí a pensar: ahora seré yo quien tenga que decirle la verdad a Sook. Una ira, un extraño rencor, crecía en mi interior: no iba dirigido a mi padre, aunque acabara siendo él la víctima.

Al amanecer, examiné las tarjetas colgadas en cada uno de los paquetes. Todas decían: «Para Buddy». Todas, excepto una que rezaba: «Para Evangéline». Evangéline era una negra ya mayor que bebía Coca-Cola todo el día y que pesaba ciento cincuenta kilos; era el ama de llaves de mi padre —también lo había criado ella—. Decidí abrir los paquetes: era la mañana de Navidad, estaba despierto, ¿por qué no? No me tomaré la molestia de describir lo que había dentro: solo camisas,

jerséis y tonterías por el estilo. Lo único que me gustó fue una soberbia pistola de pistones. Sin saber por qué, se me ocurrió que sería divertido despertar a mi padre con un tiro. Y lo hice. *Bang. Bang. Bang.*

Salió disparado de la habitación, con los ojos de par en par.

Bang. Bang. Bang.

—Buddy, ¿qué diablos crees que estás haciendo?

Bang. Bang. Bang.

—¡Para eso de una vez!

Me reí.

—Mira, papá. Mira cuántas cosas maravillosas me ha traído Papá Noel.

Más calmado, entró en el salón y me abrazó.

—¿Te gusta lo que te ha traído Papá Noel?

Le sonreí. Él me sonrió. Fue un largo momento de ternura que se rompió cuando dije:

—Sí, papá, pero ¿qué me vas a regalar *tú*?

Su sonrisa se esfumó. Sus ojos se entrecerraron con suspicacia; podía leerse en su cara la sospecha de que yo le había tendido una trampa. Pero entonces se sonrojó, como si se avergonzara de pensar en lo que estaba pensando. Palmeó mi cabeza, carraspeó y dijo:

—Bueno, había pensado que era mejor esperar y dejar que eligieras algo que desearas realmente. ¿Hay algo que quieras muy particularmente?

Le recordé el avión que habíamos visto en la tienda de juguetes de Canal Street. Su rostro asintió. Oh, sí, recordaba el avión y cuán caro era. La cuestión es que, al día siguiente, yo ya estaba sentado en el avión, soñando que me elevaba hacia el cielo, mientras mi padre firmaba un talón para el feliz vendedor. Habíamos hablado de cómo se transportaría el avión hasta Alabama, pero me mostré firme, insistí en que tenía que ir conmigo en el autobús que tomaba a las dos de aquella misma tarde. El vendedor lo solucionó llamando a la compañía de autobuses, que dijo que podrían arreglarlo con facilidad.

Pero todavía no me había librado de Nueva Orleans. El problema ahora era una gran petaca de «Moonshine»; puede que fuera por mi partida, pero el hecho es que mi padre había estado dándole al trago todo el día y, camino de la estación, me asustó al cogerme de las muñecas y susurrarme con amargura:

—No voy a dejar que te vayas. No puedo dejar que vuelvas con esa familia de locos a ese viejo caserón de locos. Hay que ver lo que han hecho contigo. ¡Un niño de seis años, casi siete, hablando de Papá Noel! Todo es culpa suya, de esas viejas solteronas agriadas, con sus Biblias y sus calcetas, de esos tíos tuyos, todos borrachos. *Escúchame*, Buddy. ¡Dios no existe! *No existe* ningún Papá Noel.

Me apretaba las muñecas con tanta fuerza que me hacía daño.

—A veces, santo cielo, pienso que tu madre y yo, los dos, tendríamos que pegarnos un tiro por haber permitido que esto ocurriera. —Él nunca se quitó la vida,

pero mi madre sí; pasó a mejor vida hace treinta años—. Dame un beso. Por favor. Por favor. Dame un beso. Dile a tu papá que le quieres.

Pero yo no podía hablar. Estaba aterrado de perder el autobús. Y me preocupaba el avión, atado con correas a la baca del taxi.

—Dilo: «Te quiero». Dilo. Por favor. Buddy. Dilo.

Por suerte para mí, el taxista era un hombre de buen corazón. Si no hubiera sido por su ayuda, la de unos mozos eficaces y la de un amable policía, no sé qué hubiera ocurrido al llegar a la estación. Mi padre se tambaleaba tanto que apenas podía andar, pero el policía habló con él, le serenó, le ayudó a mantenerse derecho, y el taxista prometió devolverlo a casa sano y salvo. Sin embargo, mi padre no se iría hasta ver cómo los mozos me acomodaban en el autobús.

Una vez dentro, me acurruqué en el asiento y cerré los ojos. Sentía un extraño malestar. Un dolor agobiante que me hería por todas partes. Pensé que, si me sacaba los gruesos zapatos de ciudad, auténticos monstruos torturadores, aquella agonía remitiría. Me los quité, pero el misterioso dolor no me abandonó. En cierto modo, nunca más me abandonó; nunca más lo hará.

Doce horas más tarde estaba en casa, en cama. La habitación estaba a oscuras. Sook, sentada a mi lado, se balanceaba en una mecedora; un ruido tan sedante como el de las olas en el océano. Había intentado contarle todo lo que había ocurrido, y tan sólo me detuve cuando me quedé tan ronco como un perro aullador. Me pasó los dedos por el pelo y dijo:

—Por supuesto que existe Papá Noel. Solo que es imposible que una sola persona haga todo lo que hace él. Por eso el Señor ha distribuido el trabajo entre todos nosotros. Por eso todo el mundo es Papá Noel. Yo lo soy. Tú lo eres. Incluso tu primo Billy Bob. Ahora ponte a dormir. Cuenta estrellas. Piensa en la cosa más apacible. Como la nieve. Siento que no llegaras a verla. Pero ahora la nieve cae entre las estrellas.

Las estrellas destellaban, la nieve se arremolinaba dentro de mi cabeza; la última cosa que recordé fue la voz serena del Señor encomendándome algo que hacer. Y, al día siguiente, lo hice. Fui con Sook a la oficina de correos y compré una postal de un penique. Hoy, todavía existe esa postal. Fue encontrada en la caja de caudales de mi padre cuando murió, el año pasado. Esto es lo que le había escrito: «Hola papá espero que estés bien como yo y estoy aprendiendo a pedalear muy rápido en mi avión estaré pronto en el cielo así que ten los ojos muy abiertos y sí te quiero Buddy».

El cuento de Navidad de Auggie Wren

Paul Auster

(1990)

Traducción

Maribel de Juan

Paul Auster (1947) nació en Nueva Jersey, en el seno de una familia judía de clase media y de ascendencia polaca. Estudió literatura francesa, italiana e inglesa en la Universidad de Columbia (Nueva York). Después de trabajar en un petrolero, vivió tres años en Francia, donde trabajó como traductor, «negro» literario y cuidador de una finca. En 1974 se instaló en Nueva York y empezó a escribir artículos para revistas, poesías y obras de teatro de un acto. En 1976 publicó su primera novela, *Squeeze Play*, que no tuvo el menor éxito, y en 1981 se casó con la escritora Siri Hustvedt. Entre sus obras destacan *El palacio de la luna* (1989), que le valió la consagración internacional, *La trilogía de Nueva York* (1991) y *Leviatán* (1992), Premio Medicis a la mejor novela extranjera publicada en Francia. Fue Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2006.

«El cuento de Navidad de Auggie Wren» («Auggie Wren's Christmas Story») se publicó por primera vez en el *New York Times* el 25 de diciembre de 1990. Seducido por este relato, el director de cine Wayne Wang, convenció a Paul Auster para que escribiera el guión de una película. El resultado fue *Smoke*, Premio Especial del Jurado y Oso de Plata en el festival de cine de Berlín (1995). *Blue in the Face* sería su continuación. Este cuento es particularmente interesante porque contiene una teoría sobre sí mismo y sobre el propio género del cuento de Navidad. Como cierre de esta antología, el lector podrá juzgar cuán acertado está.

Leí este cuento a Auggie Wren. Dado que Auggie no queda demasiado bien en él, por lo menos no todo lo bien que a él le habría gustado, me pidió que no utilizara su verdadero nombre. Aparte de eso, toda la historia de la cartera perdida, la anciana ciega y la comida de Navidad es exactamente como él me la contó.

Auggie y yo nos conocemos desde hace casi once años. Él trabaja detrás del mostrador de un estanco en la calle Court, en el centro de Brooklyn y, como es el único estanco que tiene los puritos holandeses que a mí me gusta fumar, entro allí bastante a menudo. Durante mucho tiempo apenas pensé en Auggie Wren. Era el extraño hombrecito que llevaba una sudadera azul con capucha y me vendía puros y revistas, el personaje pícaro y chistoso que siempre tenía algo gracioso que decir del tiempo, de los Mets o de los políticos de Washington, y nada más.

Pero luego, un día hace varios años, él estaba leyendo una revista en la tienda cuando casualmente tropezó con la reseña de un libro mío. Supo que era yo porque la reseña iba acompañada de una fotografía, y a partir de entonces las cosas cambiaron entre nosotros. Yo ya no era simplemente un cliente más para Auggie, me había convertido en una persona distinguida. A la mayoría de la gente le importan un comino los libros y los escritores, pero resultó que Auggie se consideraba un artista. Ahora que había descubierto el secreto de quién era yo, me adoptó como a un aliado, un confidente, un camarada. A decir verdad, a mí me resultaba bastante embarazoso. Luego, casi inevitablemente, llegó el momento en que me preguntó si estaría dispuesto a ver sus fotografías. Dado su entusiasmo y buena voluntad, no parecía que hubiera manera de negarme.

Dios sabe qué esperaba yo. Como mínimo, no era lo que Auggie me enseñó al día siguiente. En una pequeña trastienda sin ventanas abrió una caja de cartón y sacó doce álbumes de fotos negros e idénticos. Dijo que aquélla era la obra de su vida, y no tardaba más de cinco minutos al día en hacerla. Todas las mañanas durante los últimos doce años se había detenido en la esquina de la avenida Atlantic y la calle Clinton exactamente a las siete y había hecho una sola fotografía en color de exactamente la misma vista. El proyecto ascendía ya a más de cuatro mil fotografías. Cada álbum representaba un año diferente y todas las fotografías estaban dispuestas en secuencia, desde el 1 de enero hasta el 31 de diciembre, con las fechas cuidadosamente anotadas debajo de cada una.

Mientras hojeaba los álbumes y empezaba a estudiar la obra de Auggie, no sabía qué pensar. Mi primera impresión fue que se trataba de la cosa más extraña y desconcertante que había visto nunca. Todas las fotografías eran iguales. Todo el proyecto era un curioso ataque de repetición que te dejaba aturdido, la misma calle y los mismos edificios una y otra vez, un implacable delirio de imágenes redundantes.

No se me ocurría qué podía decirle a Auggie, así que continué pasando las páginas, asintiendo con la cabeza con fingida apreciación. Auggie parecía sereno, mientras me miraba con una amplia sonrisa en la cara, pero, cuando yo llevaba varios minutos observando las fotografías, de repente me interrumpió y me dijo:

—Vas demasiado deprisa. Nunca lo entenderás si no vas más despacio.

Tenía razón, por supuesto. Si no te tomas tiempo para mirar, nunca conseguirás ver nada. Cogí otro álbum y me obligué a ir más pausadamente. Presté más atención a los detalles, me fijé en los cambios en las condiciones meteorológicas, observé las variaciones en el ángulo de la luz a medida que avanzaban las estaciones. Finalmente pude detectar sutiles diferencias en el flujo del tráfico, prever el ritmo de los diferentes días (la actividad de las mañanas laborables, la relativa tranquilidad de los fines de semana, el contraste entre los sábados y los domingos). Y luego, poco a poco, empecé a reconocer las caras de la gente en segundo plano, los transeúntes camino de su trabajo, las mismas personas en el mismo lugar todas las mañanas, viviendo un instante de sus vidas en el objetivo de la cámara de Auggie.

Una vez que llegué a conocerles, empecé a estudiar sus posturas, la diferencia en su porte de una mañana a la siguiente, tratando de descubrir sus estados de ánimo por estos indicios superficiales, como si pudiera imaginar historias para ellos, como si pudiera penetrar en los invisibles dramas encerrados dentro de sus cuerpos. Cogí otro álbum. Ya no estaba aburrido ni desconcertado como al principio. Me di cuenta de que Auggie estaba fotografiando el tiempo, el tiempo natural y el tiempo humano, y lo hacía plantándose en una minúscula esquina del mundo y deseando que fuera suya, montando guardia en el espacio que había elegido para sí. Mirándome mientras yo examinaba su trabajo, Auggie continuaba sonriendo con gusto. Luego, casi como si hubiera estado leyendo mis pensamientos, empezó a recitar un verso de Shakespeare.

—Mañana y mañana y mañana —murmuró entre dientes—, el tiempo avanza con pasos menudos y cautelosos.

Comprendí entonces que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Eso fue hace más de dos mil fotografías. Desde ese día Auggie y yo hemos comentado su obra muchas veces, pero hasta la semana pasada no me enteré de cómo había adquirido su cámara y empezado a hacer fotos. Ése era el tema de la historia que me contó, y todavía estoy esforzándome por entenderla.

A principios de esa misma semana me había llamado un hombre del *New York Times* y me había preguntado si querría escribir un cuento que aparecería en el periódico el día de Navidad. Mi primer impulso fue decir que no, pero el hombre era muy persuasivo y amable, y al final de la conversación le dije que lo intentaría. En cuanto colgué el teléfono, sin embargo, caí en un profundo pánico. ¿Qué sabía yo de la Navidad?, me pregunté. ¿Qué sabía yo de escribir cuentos por encargo?

Pasé los siguientes días desesperado, guerreando con los fantasmas de Dickens, O. Henry y otros maestros del espíritu de la Natividad. Las propias palabras «cuento de Navidad» tenían desagradables connotaciones para mí, en su evocación de

espantosas efusiones de hipócrita sensiblería y melaza. Ni siquiera los mejores cuentos de Navidad eran otra cosa que sueños de deseos, cuentos de hadas para adultos, y por nada del mundo me permitiría escribir algo así. Sin embargo, ¿cómo podía nadie proponerse escribir un cuento de Navidad que no fuera sentimental? Era una contradicción en los términos, una imposibilidad, una paradoja. Sería como tratar de imaginar un caballo de carreras sin patas o un gorrión sin alas.

No conseguía nada. El jueves salí a dar un largo paseo, confiando en que el aire me despejaría la cabeza. Justo después del mediodía entré en el estanco para reponer mis existencias, y allí estaba Auggie, de pie detrás del mostrador, como siempre. Me preguntó cómo estaba. Sin proponérmelo realmente, me encontré descargando mis preocupaciones sobre él.

—¿Un cuento de Navidad? —dijo él cuando yo hube terminado—. ¿Solo es eso? Si me invitas a comer, amigo mío, te contaré el mejor cuento de Navidad que hayas oído nunca. Y te garantizo que hasta la última palabra es verdad.

Fuimos a Jack's, un restaurante angosto y ruidoso que tiene buenos sándwiches de *pastrami* y fotografías de antiguos equipos de los Dodgers colgadas en las paredes. Encontramos una mesa al fondo, pedimos nuestro almuerzo y luego Auggie se lanzó a contarme su historia.

—Fue en el verano del 72 —dijo—. Una mañana entró un chico y empezó a robar cosas de la tienda. Tendría unos diecinueve o veinte años, y creo que no he visto en mi vida un ratero de tiendas más patético. Estaba al lado del expositor de periódicos de la pared del fondo, metiéndose libros en los bolsillos del impermeable. Había mucha gente junto al mostrador en aquel momento, así que al principio no le vi. Pero, cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, empecé a gritar. Echó a correr como una liebre, y cuando yo conseguí salir de detrás del mostrador, él ya iba como una exhalación por la avenida Atlantic. Le perseguí más o menos media manzana, y luego desistí. Se le había caído algo, y como yo no tenía ganas de seguir corriendo me agaché para ver lo que era.

»Resultó que era su cartera. No había nada de dinero, pero sí su carnet de conducir junto con tres o cuatro fotografías. Supongo que podía haber llamado a la poli para que le detuviera. Tenía su nombre y dirección en el carnet, pero me dio pena. No era más que un pobre desgraciado, y cuando miré las fotos que llevaba en la cartera, no fui capaz de enfadarme con él. Robert Goodwin. Así se llamaba. Recuerdo que en una de las fotos estaba rodeando con el brazo a su madre o su abuela. En otra estaba sentado, a los nueve o diez años, vestido con un uniforme de béisbol y con una gran sonrisa en la cara. No tuve valor. Me figuré que probablemente era drogadicto. Un pobre chaval de Brooklyn sin mucha suerte, y, además, ¿qué más daban un par de libros de bolsillo?

»Así que me quedé con la cartera. De vez en cuando sentía el impulso de devolvérsela, pero lo posponía una y otra vez y nunca hacía nada. Luego llega la Navidad y yo me encuentro sin nada que hacer. Generalmente el jefe me invita a

pasar el día en su casa, pero ese año él y su familia estaban en Florida visitando a unos parientes. Así que estoy en mi piso esa mañana compadeciéndome un poco de mí mismo, y entonces veo la cartera de Robert Goodwin en un estante de la cocina. Pienso, qué diablos, por qué no hacer algo bueno por una vez, así que me pongo el abrigo y salgo para devolver la cartera personalmente.

»La dirección estaba en Boerum Hill, en las casas de protección oficial. Aquel día helaba, y recuerdo que me perdí varias veces tratando de encontrar el edificio. Allí todo parece igual, y recorres una y otra vez la misma calle pensando que estás en otro sitio. Finalmente encuentro el apartamento que busco y llamo al timbre. No pasa nada. Deduzco que no hay nadie, pero lo intento otra vez para asegurarme. Espero un poco más y, justo cuando estoy a punto de marcharme, oigo que alguien viene hacia la puerta arrastrando los pies. Una voz de vieja pregunta quién es, y yo contesto que estoy buscando a Robert Goodwin.

»—¿Eres tú, Robert? —dice la vieja, y luego descorre unos quince cerrojos y abre la puerta.

»Debe tener por lo menos ochenta años, quizá noventa, y lo primero que noto es que es ciega.

»—Sabía que vendrías, Robert —dice—. Sabía que no te olvidarías de tu abuela Ethel en Navidad.

»Y luego abre los brazos como si estuviera a punto de abrazarme.

»Yo no tenía mucho tiempo para pensar, ¿comprendes? Tenía que decir algo deprisa y corriendo, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, oí que las palabras salían de mi boca.

»—Está bien, abuela Ethel —dije—. He vuelto para verte el día de Navidad.

»No me preguntes por qué lo hice. No tengo ni idea. Puede que no quisiera decepcionarla o algo así, no lo sé. Simplemente salió así, y de pronto, aquella anciana me abrazaba delante de la puerta y yo la abrazaba a ella.

»No llegué a decirle que era su nieto. No exactamente, por lo menos, pero eso era lo que parecía. Sin embargo, no estaba intentando engañarla. Era como un juego que los dos habíamos decidido jugar, sin tener que discutir las reglas. Quiero decir que aquella mujer *sabía* que yo no era su nieto Robert. Estaba vieja y chocha, pero no tanto como para no notar la diferencia entre un desconocido y su propio nieto. Pero la hacía feliz fingir y, puesto que yo no tenía nada mejor que hacer, me alegré de seguirle la corriente.

»Así que entramos en el apartamento y pasamos el día juntos. Aquello era un verdadero basurero, podría añadir, pero ¿qué otra cosa se puede esperar de una ciega que se ocupa ella misma de la casa? Cada vez que me preguntaba cómo estaba, yo le mentía. Le dije que había encontrado un buen trabajo en un estanco, le dije que estaba a punto de casarme, le conté cien cuentos chinos, y ella hizo como que se los creía todos.

»—Eso es estupendo, Robert —decía, asintiendo con la cabeza y sonriendo—.

Siempre supe que las cosas te saldrían bien.

»Al cabo de un rato empecé a tener hambre. No parecía haber mucha comida en la casa, así que me fui a una tienda del barrio y llevé un montón de cosas. Un pollo precocinado, sopa de verduras, un recipiente de ensalada de patatas, pastel de chocolate, toda clase de cosas. Ethel tenía un par de botellas de vino guardadas en su dormitorio, así que entre los dos conseguimos preparar una comida de Navidad bastante decente. Recuerdo que los dos nos pusimos un poco alegres con el vino, y cuando terminamos de comer fuimos al cuarto de estar, donde las butacas eran más cómodas. Yo tenía que hacer pis, así que me disculpé y fui al cuarto de baño que había en el pasillo. Fue entonces cuando las cosas dieron otro giro. Ya era bastante disparatado que hiciera el numerito de ser el nieto de Ethel, pero lo que hice luego fue una verdadera locura, y nunca me lo he perdonado.

»Entro en el cuarto de baño y, apiladas contra la pared al lado de la ducha, veo un montón de cámaras, seis o siete. De treinta y cinco milímetros, completamente nuevas, aún en sus cajas, mercancía de primera calidad. Deduzco que eso es obra del verdadero Robert, un sitio donde almacenar botín reciente. Yo no había hecho una foto en mi vida, y ciertamente nunca había robado nada pero, en cuanto veo esas cámaras en el cuarto de baño, decido que quiero una para mí. Así de sencillo. Y, sin pararme a pensarlo, me meto una de las cajas bajo el brazo y vuelvo al cuarto de estar.

»No debí ausentarme más de unos minutos, pero en ese tiempo la abuela Ethel se había quedado dormida en su butaca. Demasiado Chianti, supongo. Entré en la cocina para fregar los platos y ella siguió durmiendo a pesar del ruido, roncando como un bebé. No parecía lógico molestarla, así que decidí marcharme. Ni siquiera podía escribirle una nota de despedida, puesto que era ciega y todo eso, así que simplemente me fui. Dejé la cartera de su nieto en la mesa, cogí la cámara otra vez y salí del apartamento. Y ése es el final de la historia.

—¿Volviste alguna vez? —le pregunté.

—Una sola —contestó—. Unos tres o cuatro meses después. Me sentía tan mal por haber robado la cámara que ni siquiera la había usado aún. Finalmente tomé la decisión de devolverla, pero la abuela Ethel ya no estaba. No sé qué le había pasado, pero en el apartamento vivía otra persona y no sabía decirme dónde estaba ella.

—Probablemente había muerto.

—Sí, probablemente.

—Lo cual quiere decir que pasó su última Navidad contigo.

—Supongo que sí. Nunca se me había ocurrido pensarlo.

—Fue una buena obra, Auggie. Hiciste algo muy bonito por ella.

—Le mentí, y luego le robé. No veo cómo puedes llamar a eso una buena obra.

—La hiciste feliz. Y además la cámara era robada. No es lo mismo que si la persona a quien se la quitaste fuese su verdadero propietario.

—Todo por el arte, ¿eh, Paul?

—Yo no diría eso. Pero por lo menos le has dado un buen uso a la cámara.

—Y ahora tú tienes tu cuento de Navidad, ¿no?

—Sí —dije—. Supongo que sí.

Hice una pausa durante un momento, mirando a Auggie mientras una sonrisa malévola se extendía por su cara. Yo no podía estar seguro, pero la expresión de sus ojos en aquel momento era tan misteriosa, tan llena del resplandor de algún placer interior, que repentinamente se me ocurrió que se había inventado toda la historia. Estuve a punto de preguntarle si se había quedado conmigo, pero luego comprendí que nunca me lo diría. Me había embaucado, y eso era lo único que importaba. Mientras haya una persona que se la crea, no hay ninguna historia que no pueda ser verdad.

—Eres un as, Auggie —dije—. Gracias por ayudarme.

—Siempre que quieras —contestó él, mirándome aún con aquella luz maníaca en los ojos—. Al fin y al cabo, si no puedes compartir tus secretos con los amigos, ¿qué clase de amigo eres?

—Supongo que estoy en deuda contigo.

—No, no. Simplemente escríbela como yo te la he contado y no me deberás nada.

—Excepto el almuerzo.

Devolví la sonrisa de Auggie con otra mía y luego llamé al camarero y pedí la cuenta.

Notas

[1] Se refiere a los relatos que forman la colección *Phantasiestücke in Callots Manier (Fantasías a la manera de Callot*, 1814-1815), de la cual forma parte esta historia. *[Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique una procedencia distinta, es de la traductora. Y así será en cada uno de los relatos de esta antología]*. <<



[2] Es el título de uno de los coros del *Mesías* (1741), oratorio compuesto por Georg Friedrich Händel (1685-1759). <<

[3] Hoffmann utliza alternativamente el nombre en la forma francesa (Julie), de moda en la época, o en la original latina, Julia. Personajes femeninos con este nombre aparecen frecuentemente en su obra y responden a la figura real de su alumna, Julia Marc, a la que dio clases de canto durante su estancia en la ciudad de Bamberg entre 1808 y 1810 y de la que acabó enamorándose perdidamente, aunque era veinte años menor que él. <<

[4] Con toda seguridad se refiere al pianista y compositor, maestro de Moses Mendelssohn, Ludwig Berger (1777-1839), a quien Hoffmann conocía en persona. <<



[5] Se refiere a Frans van Mieris el viejo (1635-1681), uno de los más reputados retratistas neerlandeses, discípulo de Rembrandt. <<

[6] Es un personaje de la obra *Kaiser Oktavian* [El emperador Octaviano] (1802) de Ludwig Tieck (1733-1853). En el cuarto acto de la segunda parte, Clemens se disfraza de peregrino y adopta el paso aquí descrito. <<



[7] Es un juego de cartas de origen español en el que un jugador entra en el juego contra los demás exclamando precisamente *l’hombre*. En el mismo juego, se denomina *codille* a las bazas de los contrincantes. <<



[8] Literalmente, bajo los tilos. Era la avenida principal del Berlín de la época; hoy conserva el mismo nombre. <<

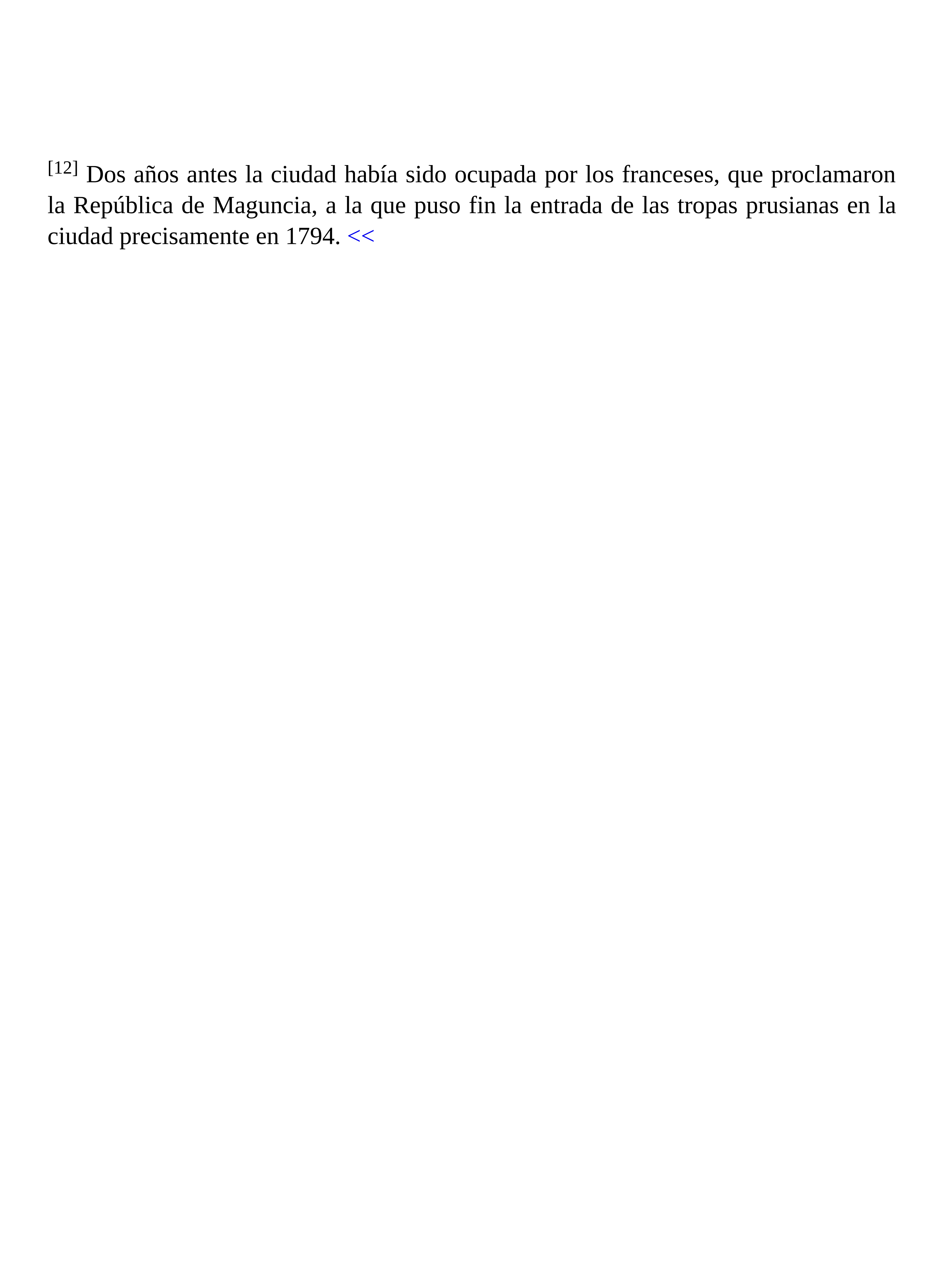


[9] Era un conocido almacén de vinos, situado en la Jägerstrasse 56, en el que se vendían también productos italianos. <<

[10] Es el famoso vino de 1811, tan alabado en la literatura alemana por haber sido la mejor cosecha del siglo. Goethe se refiere a él en numerosas ocasiones, entre otras en *El carnaval de Roma* (1816) y en su poemario *Diván oriental y occidental* (1819). <<



[11] De origen polaco e introducidos en el ejército alemán por Federico el Grande de Prusia, los ulanos constituían un cuerpo de caballería ligera con lanza. <<



[12] Dos años antes la ciudad había sido ocupada por los franceses, que proclamaron la República de Maguncia, a la que puso fin la entrada de las tropas prusianas en la ciudad precisamente en 1794. <<



[13] Se refiere a la segunda escena del segundo acto de la *Segunda parte de Enrique IV* (1600) de Shakespeare: «¿No es una indignidad de mi parte tener ganas de beber una cerveza cualquiera?». <<



[14] En la época, se denominaba «filisteo» a la persona estrecha de miras, que no aspiraba más que a su bien personal. <<

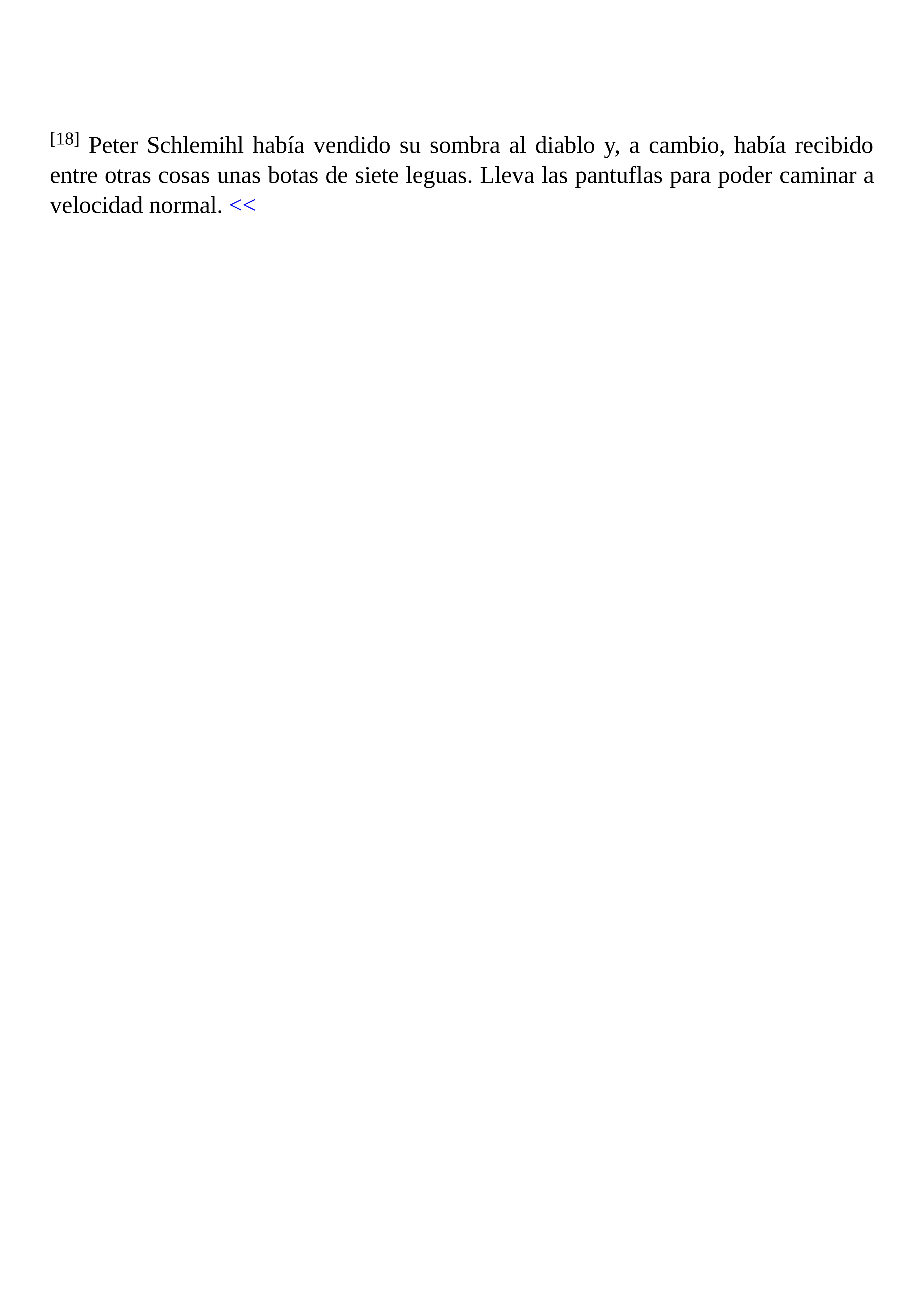
[15] La descripción del individuo se corresponde con el grabado de la portada da la primera edición del relato de Adalbert von Chamisso (1781-1838) *La maravillosa historia de Peter Schlemihl* (1814), al que Hoffmann se referirá más adelante. Se trataba, en realidad, de un retrato del propio Chamisso. <<



[16] Con similares palabras caracteriza el sapo a Fausto y a Mefistófeles en la escena de la taberna de Auerbach en la primera parte de *Fausto* (V, v. 2178). <<



[17] Chaqueta con pequeños faldones que en el siglo XVIII solían llevar los soldados rusos y polacos. <<



[18] Peter Schlemihl había vendido su sombra al diablo y, a cambio, había recibido entre otras cosas unas botas de siete leguas. Lleva las pantuflas para poder caminar a velocidad normal. <<

[19] Los hermanos Boucher tenían un invernadero en las afueras de Berlín. <<



[20] En su viaje, Schlemihl visita el Chimborazo, el volcán ecuatoriano de 6310 m de altura. <<

[21] El viajero entusiasta se dirige aquí, como en alguna otra ocasión a lo largo del texto, al propio E. T. A. Hoffmann, tal como se puede comprobar más adelante en la posdata. <<

[22] Conocido generalmente como «el general Suvárov», se trata en realidad de Aleksandr Suvórov (1730-1800), mariscal ruso que aplastó el levantamiento polaco del general Tadeusz Kościuszko y en 1799 expulsó a los franceses del norte de Italia. Fue famoso por no haber perdido una sola batalla. <<

[23] Las denominadas «neblinas», producidas con una linterna mágica. El pintor y miembro de la Academia de las Artes de Berlín Karl Georg Enslen (1792-1866) tenía un «gabinete óptico-cosmoránico», donde llevaba a cabo este tipo de ilusiones ópticas. <<

[24] Philipp Veit (1893-1877), hijastro de Friedrich Schlegel. En 1814 pintó el cuadro de Maria Anna von Hessen-Homburg, princesa de Prusia, al que se hace referencia. <<

[25] *La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, contada por Adalbert von Chamisso y editada por el barón Friedrich de la Motte-Fouqué, Núremberg, J. L. Schrag, 1814. *[Nota del autor]*. <<



[26] El dueño de la posada Zum goldnen Adler, en la que Hoffmann se alojó en 1807 y en 1814, se llamaba efectivamente Mathieu. Estaba situada en la Dönhoffplatz. <<



[27] Famosas confiterías de Berlín, que exhibían en los escaparates escenas hechas de confites. <<



[28] Raskal era el criado de Peter Schlemihl, que lo traicionó y se casó con su novia, Mina. <<

[29] Por todas partes. <<

[30] Charlatán. <<

[31] Enamorado. <<

[32] Un mal tipo, un hombre abominable. <<

[33] La redoma de Dapertutto contenía sin duda agua de lauroceraso rectificada, lo que se denomina cianuro. El consumo de una cantidad muy pequeña de esta agua (menos de una onza) produce los efectos descritos. Horn, *Archivo de experimentos médicos*, 1830, mayo a diciembre, p. 510. *[Nota del autor]*. <<

[34] La región de Franconia, y en especial la ciudad de Núremberg, era conocida por la fabricación de muñecos de plomo, de ahí que la mujer le pida un soldado para el niño. El dulce de especias es el famoso *Lebkuchen*, una especialidad de Núremberg, que suele comerse en Navidad. <<

[35] Los Locofocos fueron una facción del Partido Demócrata que existió entre 1835 y 1840. Fundada en Nueva York, su principal objetivo era oponerse a Tammany Hall, la organización del partido en dicha ciudad. <<



[36] Según la leyenda, el herrero Dunstan agarró por la nariz, con unas tenazas calientes, al demonio que intentaba tentarlo. <<



[37] Una crisis financiera llevó a Estados Unidos en 1837 a cancelar su deuda externa, en buena parte contraída con el Reino Unido. <<

[38] *Valentina y Orson* es la historia de dos hermanos abandonados de niños en un bosque. Se la suele incluir en el ciclo carolingio. Las diferentes versiones del relato parecen provenir de un perdido original francés. <<

[39] Alusión al cuento «Nur Al-Din y su hermano Sams Al-Din», de las *Mil y una noches*. A la hija de Sams Al-Din se la fuerza a casarse con el palafrenero jorobado del sultán, pero gracias a la magia de los genios, el hijo de Nur Al-Din sustituye en la boda al palafrenero, que pasa toda la noche colgado cabeza abajo. Badr Al-Din es luego transportado por los genios en paños menores a las puertas de Damasco. <<



[40] William Wordsworth, *Written in March* (1801): «El ganado que pasta, / sin alzar la cabeza, / ¡son cuarenta comiendo como uno!». <<

[41] Referencia a *Otelo, el moro de Venecia*, de William Shakespeare, I, i, 63-64: «Antes de que pase mucho tiempo llevaré el corazón en la manga para que me lo piquen las cornejas». <<

[42] Dickens alude a Andrew Agnew (1793-1849), un sabatario estricto, que presentó un proyecto de ley en el Parlamento para forzar un cumplimiento más estricto del precepto del descanso dominical, inspirado en la norma judía. El proyecto de ley nunca superó los trámites parlamentarios, aunque se presentó varias veces entre 1832 y 1837. *Canción de Navidad* se publicó por vez primera en diciembre de 1843. <<

[43] Marcos, 9, 36. <<

[44] Joe Miller, actor inglés (1684-1738). Después de su muerte, John Mottley publicó un libro titulado *Joe Miller's Jests, or the Wits Vade-Mecum* [Las chanzas de Joe Miller o vademécum de los ingenios] (1739), una colección de chistes un tanto ordinarios de los que solo tres se atribuyen a Miller. El número de bromas fue aumentando en sucesivas ediciones, con lo que, a la larga, un tanto injustamente, a cualquier chiste añejo se lo calificaba de «uno de los de Joe Miller». <<

[45] Parte más antigua de la ciudad. En la actualidad, el centro financiero de Londres.
<<



[46] Columna dórica de 61 metros de altura erigida en la City de Londres, entre 1671 y 1677, para conmemorar el gran incendio de 1666. <<

[47] *À la mode*. <<



[48] Se refiere al Hampstead Heath, una zona verde de 320 hectáreas a solo seis kilómetros de Trafalgar Square. <<

[49] Se refiere a los habitantes de Schleswig-Holstein que, entre 1848 y 1850, apelando al denominado Privilegio de Ripen de 1460, por el que se garantizaba la unión de ambos ducados, se alzaron en contra de la anexión al reino de Dinamarca. <<

[50] «La mejor almohada es la conciencia sana». <<

[51] Procedente de otras regiones, la tradición del árbol de Navidad llegó al norte de Alemania, donde, con muy contadas excepciones, no era fácil conseguir grandes abetos, a principios del siglo XIX. <<



[52] Es uno de los villancicos más conocidos de Lutero, basado en un texto del Evangelio de san Lucas (2, 8-18). <<

[53] *Tausendkünstler*, una caja de experimentos para niños. <<



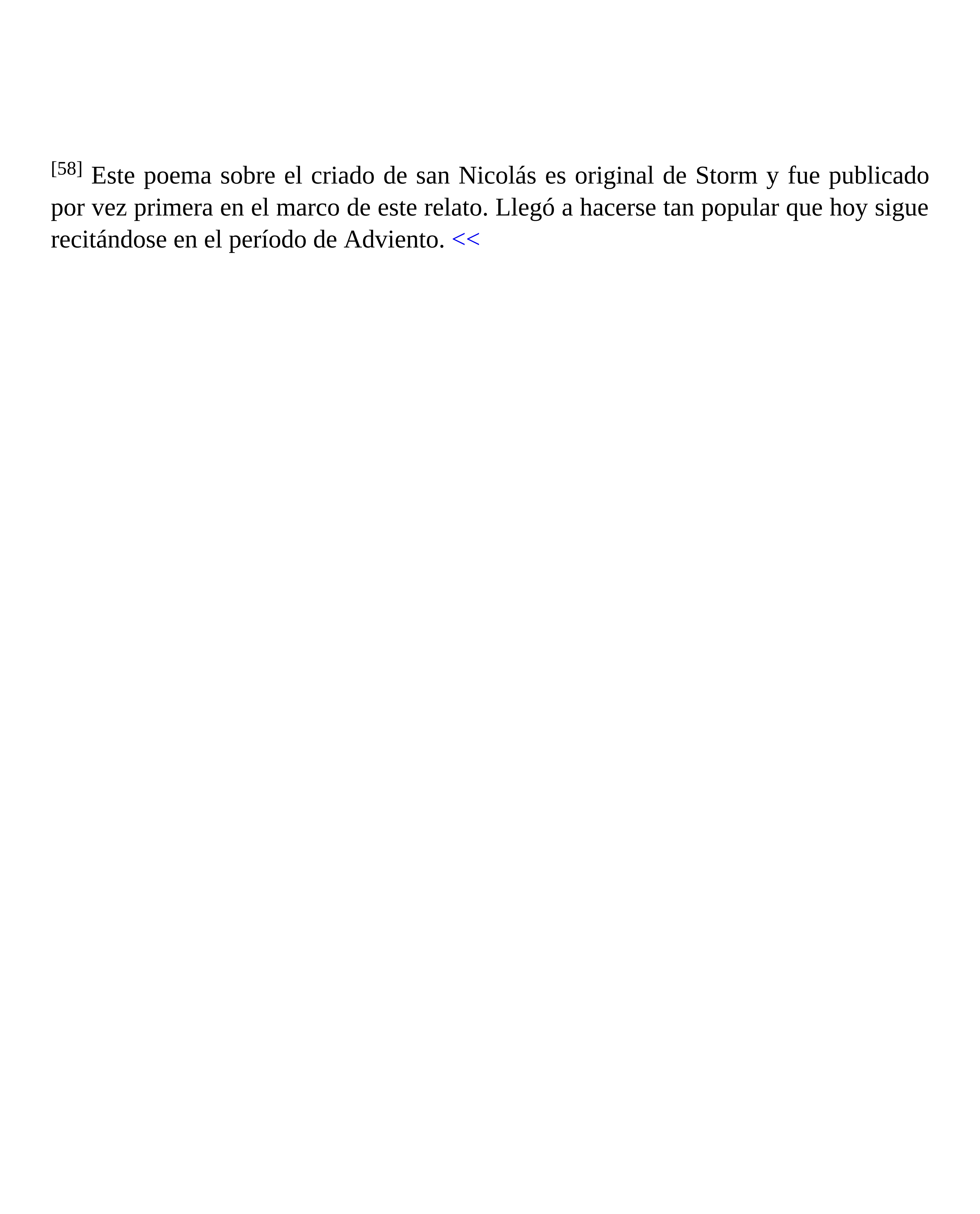
[54] En su origen, estos jardines eran una representación del Paraíso, utilizado aquí seguramente como sustituto del abeto. <<

[55] De Schleswig. <<

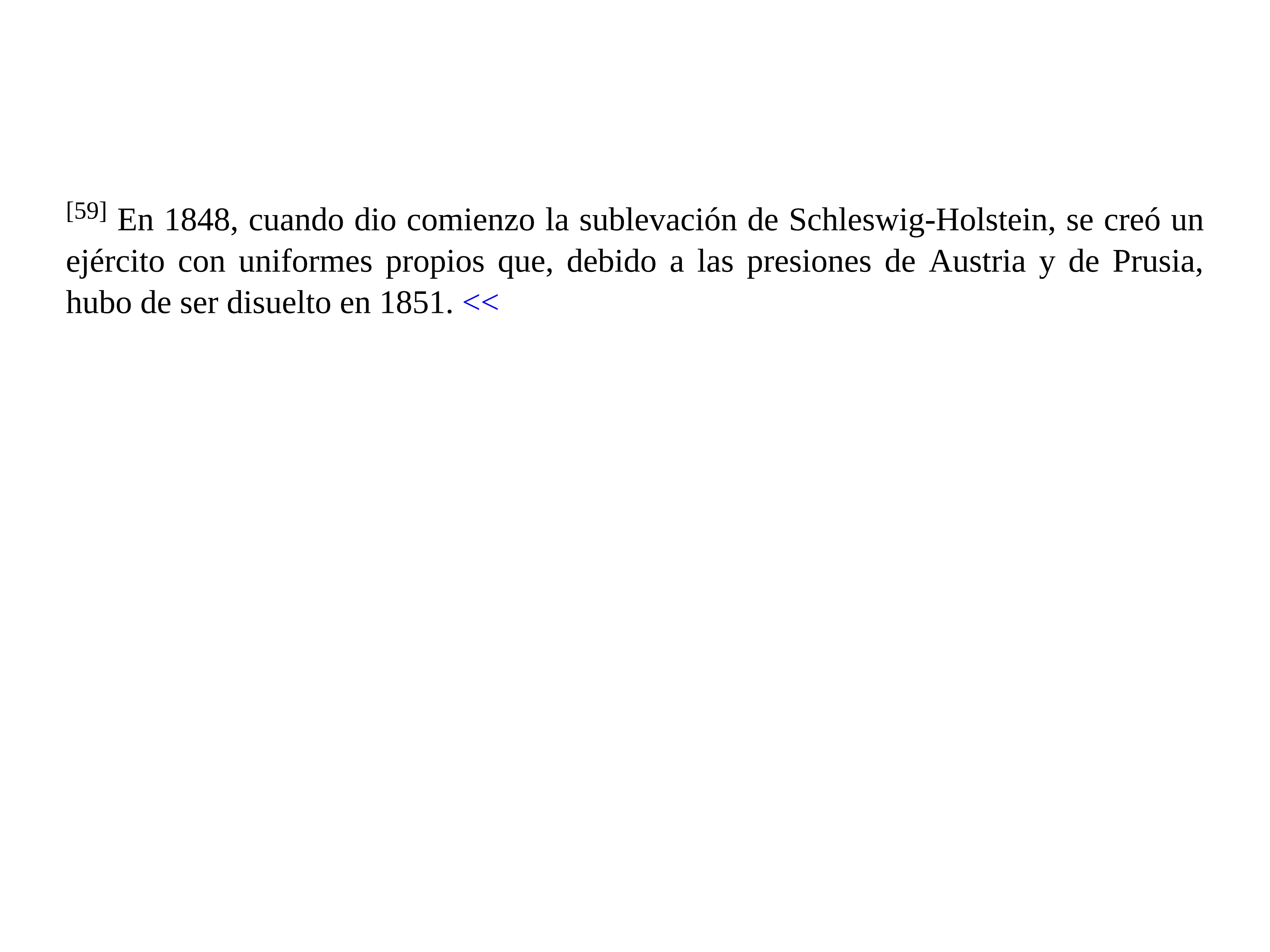
[56] Se refiere a la conocida canción de celebración del Año Nuevo para coro mixto y capella del poeta y traductor Johann Heinrich Voss (1751-1826), compuesta en 1784. <<



[57] Si la punta quedaba señalando la puerta, eso significaba que ese año salía de casa, es decir, se casaba. <<



[58] Este poema sobre el criado de san Nicolás es original de Storm y fue publicado por vez primera en el marco de este relato. Llegó a hacerse tan popular que hoy sigue recitándose en el período de Adviento. <<



[59] En 1848, cuando dio comienzo la sublevación de Schleswig-Holstein, se creó un ejército con uniformes propios que, debido a las presiones de Austria y de Prusia, hubo de ser disuelto en 1851. <<

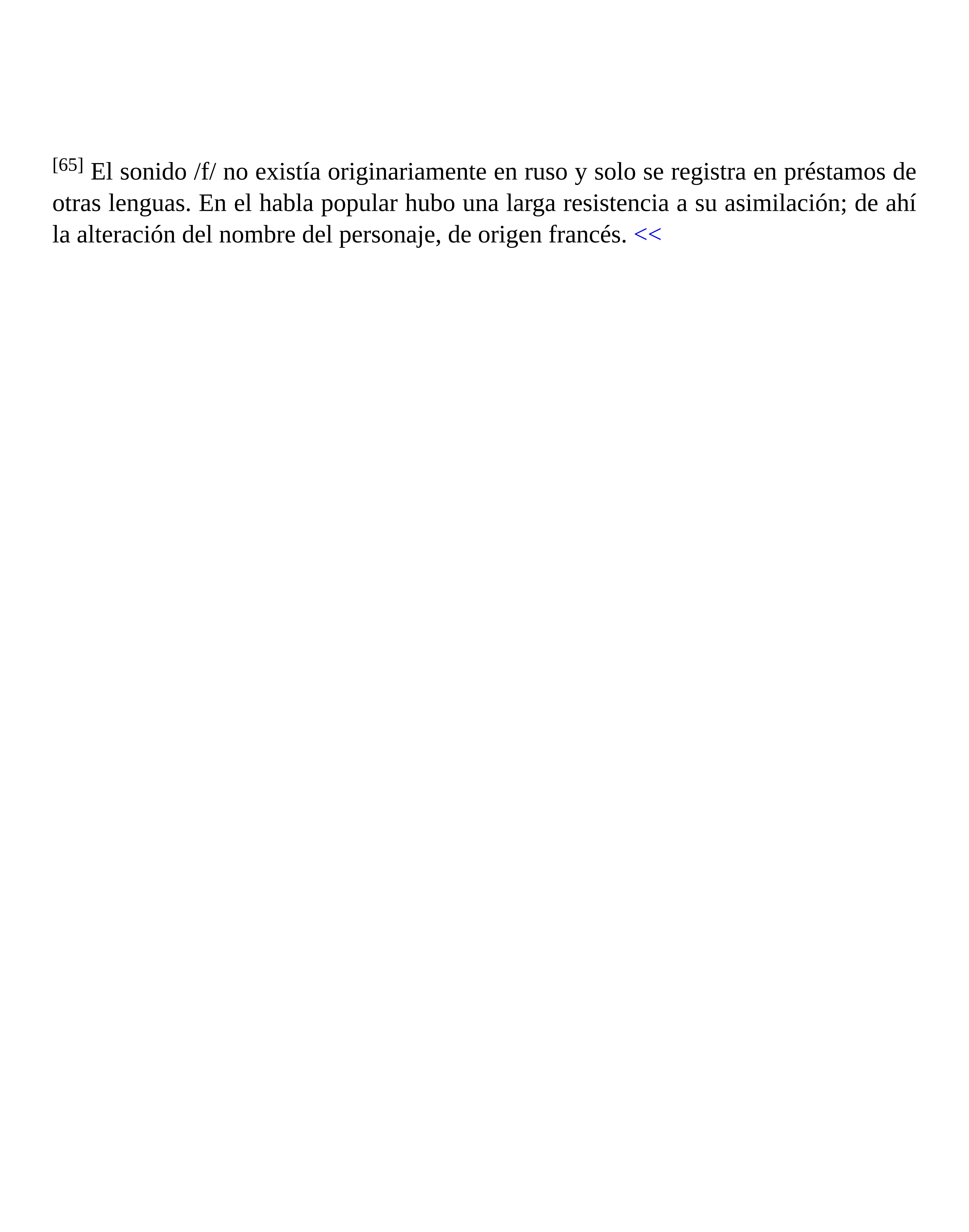
[60] Los pliegos de historietas aparecieron por vez primera en 1844, en la editorial muniquesa Braun & Schneider: de ahí que fueran conocidas como «historietas de Múnich». Entre los autores más conocidos se encontraban Moritz von Schwind (1804-1871) y el amigo de Storm, Otto Speckter (1807-1871). <<

[61] Rezo para bendecir la mesa. <<

[62] Vino elaborado cerca de la localidad de Châteauneuf-du-Pape, la denominación más conocida de la parte sur del valle del Ródano. <<

[63] Se refiere a la milla sueca, que, en aquella época, equivalía a 10 688,54 metros. <<

[64] Sanguijuelas. <<



[65] El sonido /f/ no existía originariamente en ruso y solo se registra en préstamos de otras lenguas. En el habla popular hubo una larga resistencia a su asimilación; de ahí la alteración del nombre del personaje, de origen francés. <<

[66] Una arshina equivalía a 71,12 cm. <<

[67] Capturado en el curso de la desastrosa campaña napoleónica en Rusia en 1812. <<

[68] Especie de caftán corto. <<



[69] Condecoración por la participación en la guerra contra la invasión de los ejércitos de Napoleón, en 1812. <<

[70] Podría aludir a la parábola de Jesucristo de los talentos (Mateo, 25). <<

[71] Jesús se identifica como el buen pastor que da su vida por sus ovejas en Juan, 10, 11. <<

[72] Estufa cerrada de leña inventada por Benjamin Franklin en 1741. <<

[73] Lucas, 2, 7. <<

[74] Lucas, 2, 8. Himno navideño compuesto por el poeta Nahum Tate (1652-1715). <<

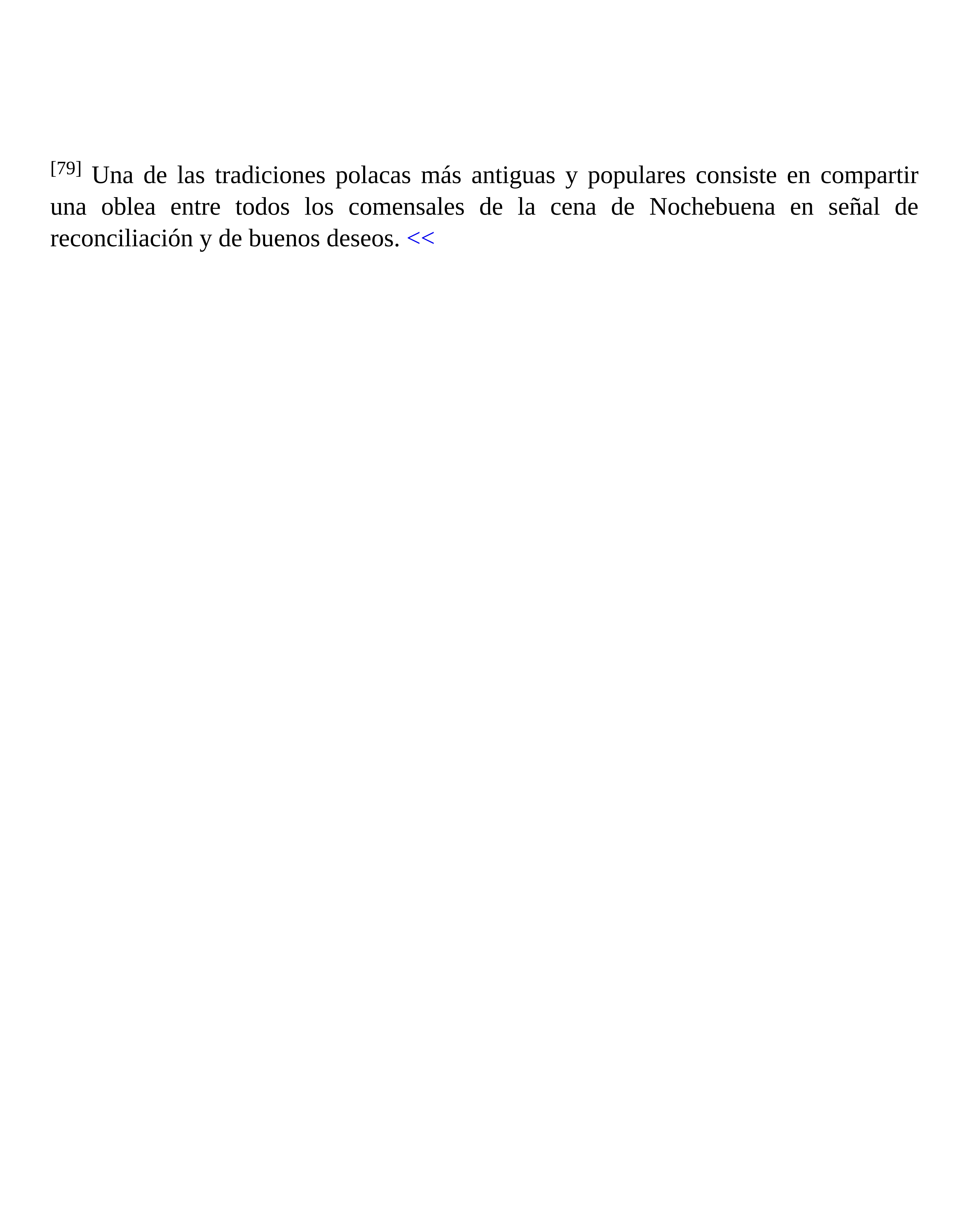


[75] El primer poema, «Mañana», de *The Christian Year* (1827) de John Keble (1792-1866). <<

[76] Alusión a Mateo, 25, 35. <<

[77] Pueblo galo asentado en Maine, en la provincia de Sarthe. <<

[78] En la mitología griega, hijo de Prometeo. Construyó un arca y sobrevivió en compañía de Pirra, su mujer, al gran diluvio de Zeus. Ambos repoblaron la tierra tirando piedras que se convirtieron en personas. <<



[79] Una de las tradiciones polacas más antiguas y populares consiste en compartir una oblea entre todos los comensales de la cena de Nochebuena en señal de reconciliación y de buenos deseos. <<



[80] Según la tradición, los comensales de la cena de Nochebuena se sientan a la mesa después de que aparezca la primera estrella en el firmamento. <<

[81] Letra de uno de los villancicos polacos más populares. <<

[82] Título respetuoso que se da en Cerdeña a los ancianos del pueblo. <<

[83] Paño de lana de alta calidad teñido de rojo escarlata. <<

[84] Tejido de lana artesanal del lugar. <<

[85] «En las ocasiones solemnes, Pascua, Navidad y fiestas locales de Nuoro […], el novio debe hacer regalos a la novia. Si puede le regala una moneda de oro, un lechón asado en Navidad, si no, dulces, un pañuelo *et simila*» (Grazia Deledda, *Tradizioni popolari di Nuoro*). <<

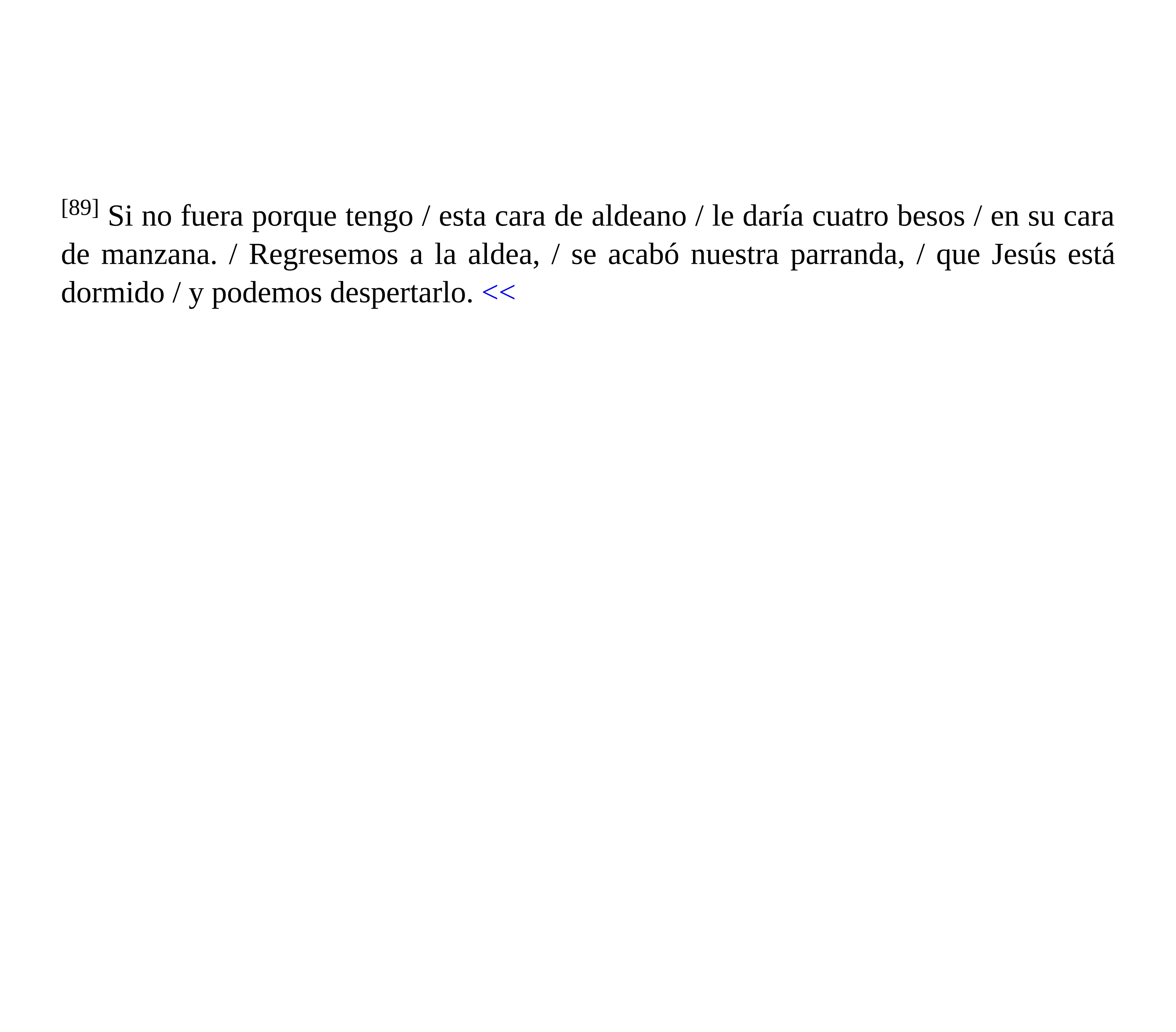


[86] El hombre, cuando envejece, no sirve para nada… (Canción popular de Nuoro, Cerdeña). <<



[87] Entonces, yerno mío, ¿qué me dices? / ¿a quién, por siete onzas de tierra maloliente…? <<

[88] Hablad bien bajito, / andad muy despacio, / que no se despierte / nuestro pequeñín, / nuestro pequeñín / el niño Jesús / que duerme entre pajas / sin cuna y sin luz. <<



[89] Si no fuera porque tengo / esta cara de aldeano / le daría cuatro besos / en su cara de manzana. / Regresemos a la aldea, / se acabó nuestra parranda, / que Jesús está dormido / y podemos despertarlo. <<



[90] Esta casa es de piedra / el diablo la hizo al vuelo / para que durmieran juntos / el arcipreste y su sobrina. <<

[91] Que santa gloria haya. <<



[92] Ceremonias que los gobernantes británicos celebraban con gran pompa en Delhi, inspiradas en un ritual de la corte mogol en el siglo XVIII. <<

[93] Protagonista de los artículos del *Glasgow Evening Times* que publicaba el periodista John Joy Bell (1871-1934). Alcanzó tal popularidad que el autor acabó recogiendo sus andanzas en un libro. <<

[94] En el original, *At the End of the Passage* [Al final del camino], título de un conocido relato de Rudyard Kipling. *Passage*, además de «camino», significa «pasillo». <<

[95] Alfred Austin (1835-1913), poeta inglés casi olvidado en nuestros días. <<

[96] Juego de tablero, no muy diferente de las damas. <<

[97] Festivo en Gran Bretaña. <<

[98] Se refiere a la iglesia de St. Mary, en Haddington Road. <<

[99] Royal Irish Academy of Music. <<



[100] En el Dublín de la época el correo funcionaba de maravilla. Había cinco recogidas y cinco entregas al día. <<

[101] Se refiere a las *Melodías irlandesas*, del poeta Thomas Moore (1779-1852). Escritas entre 1807 y 1834, se encontraban en todos los hogares irlandeses. <<



[102] Espectáculos cómicos en que los actores cantaban y bailaban con la cara pintada de negro. <<

[103] Uno de los mejores hoteles de Dublín. <<

[104] Se refiere al joven rey Eduardo V, de doce años, y a su hermano Ricardo, de nueve, encerrados y asesinados en la Torre de Londres. Tradicionalmente se ha considerado a su tío Ricardo III el responsable de estas muertes. <<



[105] Una cantidad más que respetable; la paga semanal de muchos trabajadores irlandeses de la época. <<

[106] Se refiere al hijo de Príamo, rey de Troya. <<

[107] Adaptación libre en inglés de un aria del acto I de *I Puritani di Scozia* (1835), de Vincenzo Bellini, cuyo libreto se inspiró en la novela *Eterna mortalidad* (1816) de Walter Scott. <<

[108] Pio X acababa de prohibir que en los coros de las iglesias cantaran mujeres. <<

[109] En gaélico irlandés, «Dios te bendiga», es decir, «adiós». <<

[110] Ópera cómica con música de Ambroise Thomas y libreto en francés de Barbier y Carré, basado en la novela *Wilhelm Meister* de Goethe. <<

[111] Famosa soprano de la década de 1880; su éxito fue bastante efímero. <<



[112] Aria de *Maritana*, ópera en tres actos con música de William Vincent Wallace y libreto de Edward Fitzball, estrenada en Londres en 1845. <<



[113] Ocurrió realmente en 1868, después del éxito apoteósico de la famosa soprano alemana Therese Tietjens en el Teatro Real de Dublín. <<



[114] «Brown» (dorado) es el término que emplea la tía Julia para referirse al budín; «Browne» es el apellido de su invitado. <<



[115] Nombre popular de la abadía de St Bernard de Trappe, en el sudeste de Irlanda, famoso retiro para la cura del alcoholismo. <<

[116] Exageración popular de las estrictas normas de la orden trapense. <<

[117] En el centro de Phoenix Park; era allí donde se celebraban las paradas militares. <<



[118] Paris, hijo del rey de Troya, se vio obligado a elegir entre Atenea, Afrodita y Hera; la más hermosa de las tres se quedaría con la manzana de oro. <<

[119] Que no era precisamente una zona elegante. <<

[120] Guillermo III de Inglaterra (1650-1702). <<



[121] Se refiere a la escala pentatónica de la música tradicional irlandesa, es decir, la sucesión de cinco sonidos, alturas o notas diferentes dentro de una octava. <<

[122] *The Lass of Aughrim*, versión del oeste de Irlanda de la balada escocesa *The Lass of Lochroyan*, recogida por F. J. Child en *English and Scottish Popular Ballads* (1882-1898). Nora, la mujer de Joyce —que había nacido en Galway, cerca de Aughrim—, solía cantarla. <<



[123] Del héroe irlandés Daniel O’Connell (1775-1847), conocido como el Libertador por su militancia en pro de la emancipación católica. <<

[124] Que no es una isla, sino una zona de Galway. <<

[125] Poema de Walt Whitman. <<

[126] El buen rey Wenceslao miraba hacia fuera / en la fiesta de San Esteban. <<

[127] Célebre canción ligera de la época: «Solo un gigoló, allí donde voy la gente se para y me mira… La luna, la luna sobre Miami… Ésta es mi primera aventura, por favor, trátame bien… Eh, señor, ¿le sobran diez centavos?… Solo un gigoló, allí donde voy la gente se para y me mira». <<